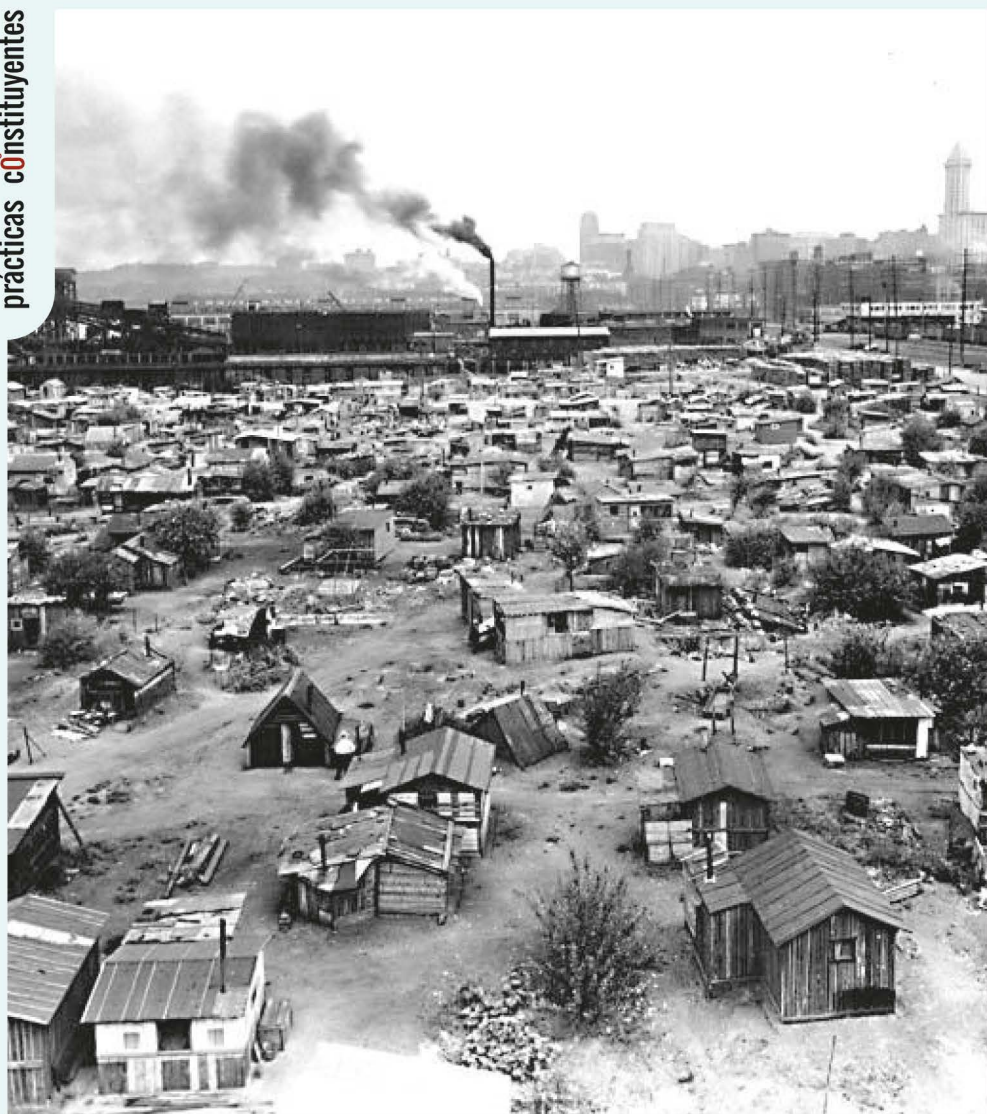


prácticas **c**onstituyentes



COLAPSO Y REVOLUCIÓN

ENSAYOS SOBRE TEORÍA Y POLÍTICA

Paul Mattick

traficantes de sueños

La presente selección ha sido publicada con permiso de Paul Mattick jr.

© 2023, de esta edición, Traficantes de Sueños.

Licencia Creative Commons: Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0
Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Primera edición en castellano: Noviembre de 2023.

Título: Colapso y revolución. Ensayos sobre teoría y política

Autor: Paul Mattick

Traducción: Marisa Pérez Colina (introducción), Pablo Oliveros Gregorio (cap. 4, 5, 6, 8, 10, 11, 15), J. A. Tapia (cap. 7) y Mikel Angulo Tarancón (cap. 13). El resto de capítulos han sido reelaborados o retraducidos para esta edición a partir de traducciones previas al castellano, tal y como se señalan en las notas respectivas.

Maquetación y diseño de cubierta: Traficantes de Sueños

Traficantes de Sueños

C/ Duque de Alba, 13. 28012, Madrid.

Tlf: 915320928. [e-mail:editorial@traficantes.net]

Impresión:

Cofás artes gráficas

ISBN: 978-84-19833-09-9

Depósito legal: M-322223-2023

COLAPSO Y REVOLUCIÓN

ENSAYOS SOBRE TEORÍA Y POLÍTICA

PAUL MATTICK

INTRODUCCIÓN:
CHARLES REEVE

prácticas cōnstituyentes

traficantes de sueños

ÍNDICE

Introducción. Paul Mattick (1904-1981). La pasión por la revolución o la distancia imposible entre pensamiento y acción. <i>Charles Reeve</i>	11
Mattick en castellano. <i>Corsino Vela</i>	25
Primera parte. Teoría política marxista	27
1. Los contrastes entre Luxemburg y Lenin (1935)	29
2. Karl Kautsky: de Marx a Hitler (1939)	61
3. La leyenda de Lenin (1935)	79
4. León Trotsky (1940)	91
Segunda parte. El fascismo y el Estado	99
5. ¿Fascismo o revolución mundial? Manifiesto y programa del United Workers Party of America (1934)	101
6. ¿Cuán novedoso es el «Nuevo orden» del fascismo? (1941)	131
7. La hez de la humanidad (1935)	153
8. La Gran Depresión y el New Deal (1977)	165
Tercera parte. Crisis económicas	193
9. La teoría marxista del valor-trabajo (1969)	195
10. La crisis permanente. La interpretación de Henryk Grossman sobre la teoría marxista de la acumulación de capital (1934)	207
11. Las dinámicas de la economía mixta (1964)	235
12. El capital monopolista (1967)	253
Cuarta parte. Capitalismo y revolución	277
13. Capitalismo y ecología. Del colapso del capital al fin del mundo (1976)	279
14. El hombre unidimensional en la sociedad de clases. Extractos de una crítica a Marcuse (1972)	299
15. Marxismo: ayer, hoy y mañana (1978)	319

PAUL MATTICK (1904-1981)
LA PASIÓN POR LA REVOLUCIÓN O LA DISTANCIA
IMPOSIBLE ENTRE PENSAMIENTO Y ACCIÓN

Charles Reeve

I

A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX, una presencia significativa de intelectuales autodidactas puebla el movimiento socialista, tanto en las corrientes anarquistas como en las del socialismo marxista. Estas personalidades se forjaban una sólida cultura política por fuera de los cauces habituales de las instituciones académicas o burocráticas. Uno de sus rasgos característicos era que, contraria a cualquier separación entre conocimientos, dicha cultura solía ir acompañada de una sensibilidad literaria y artística. Mientras los profesionales de la política tendían a enclaustrarse en su «oficio» de dirigentes, los revolucionarios autodidactas preferían ensanchar sus conocimientos y sensibilidades más allá del campo político, enriqueciendo así el contenido de la propia idea de lo político.

La Revolución alemana de 1918-1920 fue una consecuencia directa del desastre de la Primera Guerra Mundial y, en particular, de la derrota de Alemania. A la rabia por la responsabilidad del militarismo imperial en la innoble carnicería de la guerra se sumó un factor relevante: la influencia de las ideas de la Revolución rusa entre soldados y proletarios. El desmoronamiento de las instituciones de gobierno dejó un vacío que fue inmediatamente colmado por la creación de una vasta red de consejos en el ejército, en las empresas y en los lugares de trabajo. Fue un movimiento espontáneo que se extendió a toda velocidad por todo el país y en el que Paul Mattick participó como joven obrero. La profunda transformación de la vida social alcanzó dimensiones imprevisibles y alumbró a mujeres y hombres animados por un deseo de cambio radical. La potencia de las corrientes literarias y artísticas que marcaron la época, la cultura europea y la cultura mundial es bien conocida. No lo es tanto, sin embargo, la influencia que esas transformaciones revolucionarias en Alemania tuvieron en la juventud. A diferencia de Rusia, una sociedad mayoritariamente rural, en Alemania la dinámica de subversión del antiguo orden se desarrolló en una sociedad urbana industrial, moderna para la época. La profunda

decepción con la socialdemocracia, asociada a la guerra y al militarismo y percibida como una fuerza conservadora seducida por el compromiso con las fuerzas del pasado, incitó primero a una ruptura y después a una superación de sus valores y principios de acción. Esto dio origen a nuevas aspiraciones que pusieron en cuestión las viejas formas de vida y dieron luz a una visión distinta del mundo por venir.

Una de las particularidades de este nuevo movimiento fue la aparición de una corriente de jóvenes revolucionarios autodidactas animados por las ideas de autoorganización y de autoemancipación. Ideas que se concretaron en la creación espontánea de los consejos, tan opuestos a la vieja separación entre teoría y práctica como al «socialismo de los jefes». Estos jóvenes revolucionarios inscribieron su militancia y su vida primero, por supuesto, en el movimiento de los consejos, después en la agitación radical de la corriente diversa de los espartaquistas,¹ por último en las organizaciones surgidas de estas corrientes y autónomas respecto de las instituciones del viejo movimiento obrero de obediencia socialdemócrata. Sin llegar a fundirse, todas estas fuerzas coincidían en llevar lo más lejos posible la capacidad subversiva de las luchas, a la vez contra los despojos reaccionarios del viejo orden imperial militarista y contra las instituciones grises y burocráticas de una socialdemocracia tan poderosa como esclerotizada. En tanto fuerza mayoritaria del viejo movimiento obrero, la socialdemocracia —partidos y sindicatos— se había convertido rápidamente en salvadora del peligroso y mortífero mundo capitalista, en lo sucesivo concebido como susceptible de reforma y de modernización. Para entender la potencia de la breve Revolución alemana en toda su dimensión, la riqueza de sus corrientes radicales, la novedad de sus iniciativas políticas —destacando, para empezar, la autoinstitución de una vasta red de consejos obreros— es preciso dar cuenta de la impetuosa energía creadora de esa juventud revolucionaria autodidacta. La trama entre la acción política y la acción creativa era el fruto de dos necesidades indisociables: el anhelo de expresarse y el de crear un mundo nuevo. La idea de la acción autónoma consciente y el rechazo de la política burocrática dirigista —proveniente primero de la socialdemocracia y más tarde del leninismo— fue siempre el faro de estos jóvenes espacios revolucionarios.

¹ Durante la guerra, el Partido Socialdemócrata (SPD), una poderosa organización de un millón de miembros, se dividió en dos tendencias: la que apoyaba a la santa alianza y la que se oponía a la guerra. Más adelante, la fracción contraria a la guerra (alrededor de un tercio del partido) se dividió entre un grupo moderado, el Partido Socialdemócrata Independiente (USPD), y los radicales (los espartaquistas y otros grupos independientes). Tiempo después, los radicales se dividieron a su vez entre el Partido Comunista Alemán (KPD), próximo a las concepciones bolcheviques y el Partido Comunista Alemán de los Trabajadores (KAPD), de orientación antiparlamentaria y crítico con el sindicalismo tradicional. Paul Mattick formó parte de esta última organización.

Paul Mattick formó parte de este movimiento. Joven rebelde, su escuela política y cultural fue el epicentro revolucionario que doblegó el viejo mundo del Imperio. Teniendo en cuenta sus orígenes de clase no cabe hablar de él como un «intelectual». Su paso por la escuela fue más que fugaz. Mattick se educó a sí mismo, se «autoeducó» por así decir. Pero su evolución no fue una experiencia solitaria, sino vivida desde su implicación en el movimiento, en la acción política, en la interacción con sus camaradas. Tanto en el campo de la política como en el de la teoría económica e, incluso, en el de la sensibilidad literaria y artística, Paul Mattick fue el producto de una época revolucionaria. No fue un caso aislado. En un pasaje particularmente expresivo de uno de los pocos textos donde aborda cuestiones biográficas, Mattick recuerda su proceso de formación autodidacta para destacar cómo, lejos de tratarse de un periplo individual y aislado, su trayectoria formativa era deudora tanto de las circunstancias históricas de transformación social profunda, como de las interacciones colectivas. El revolucionario autodidacta se forjaba en un colectivo vivo y en constante transformación.

En sus propias palabras: «Entre los catorce y los dieciocho años, cuando vivía en Alemania, en Berlín y en Renania, estaba probablemente muy por debajo de la media». Refiriéndose a los otros jóvenes revolucionarios espartaquistas con los que se relacionaba, Paul Mattick precisa: «Su nivel intelectual estaba muy por encima del mío y fue junto a ellos con quienes más aprendí. [...] Me daba cuenta de que en la organización siempre había jóvenes obreros que escribían mucho mejor que yo». Mattick se pregunta entonces qué fue lo que lo distinguió finalmente de sus compañeros, por qué acabó obteniendo mayor reconocimiento que ellos. El único motivo fue, a su juicio, que a diferencia de él «esta gente joven e inteligente decidió retirarse en un momento dado. Quienes en aquel momento brillaban por encima de la media no siguieron adelante. Dejaron de militar. Yo, sin embargo, continué. Por eso me encontré de repente por encima de la media. Ellos se apearon de la Historia, por así decir. Probablemente hayan terminado como pequeños artesanos, como pequeños burgueses. Integrados o vencidos por la indiferencia». Mattick señala, por último, «siempre me sorprendió la inteligencia de los jóvenes militantes de mi organización. Siempre tenía a alguien como referente. Me impresionaban [...]. Me mantuve toda la vida en la actividad política, quizá por azar, quizá por cualquier otro motivo. Quién sabe. Solo la perspectiva de toda una vida puede dar la impresión de que estaba por encima de la media. La realidad es que esto no era en absoluto así».² Como ejemplo de obreros revolucionarios que lo «superaban con creces», que estaban «intelectualmente

² Paul Mattick, *La révolution fut une belle aventure. Des rues de Berlin en révolte aux mouvements radicaux américains (1918-1934)*, París, l'Échappée, 2013, pp. 132-133.

por encima de él», Mattick cita al holandés Henk Canne Meijer³ y al alemán Jan Appel.⁴ Se trata de dos nombres importantes en ese contexto, de militantes procedentes del mundo obrero que escribieron y publicaron prolíficamente sobre temas teóricos y cuestiones relativas a la organización revolucionaria en el área política del comunismo antibolchevique.

Cuarenta años más tarde, tras la publicación en danés de su libro *Marx y Keynes* en 1973, Paul Mattick fue invitado por unos estudiantes a una serie de conferencias en la universidad de Roskilde, cerca de Copenhague. Respondió que estaría encantado de poder aceptar la invitación pero tan solo poseía un certificado de obrero tornero de 1923, expedido por el centro de formación de Siemens, en Berlín. El caso era que entre una y otra fecha, este teórico no convencional y sin título universitario alguno se había convertido en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial —de acuerdo incluso a sus propios detractores— en un fino conocedor del pensamiento de Marx. Algunos de sus libros eran de lectura obligatoria para todas aquellas y aquellos que aspiraran a una comprensión crítica del capitalismo contemporáneo. Por esta razón —y gracias también a la indulgencia de las autoridades universitarias post 68— Paul Mattick pudo disfrutar finalmente de un año escolar (1973-1974) en Dinamarca discutiendo sobre la historia del movimiento obrero, así como sobre la relación entre fascismo y crisis capitalista.

II

Hoy principalmente conocido como teórico de las crisis económicas y como militante de los consejos obreros, Paul Mattick estuvo asimismo

³ Henk Canne Meijer (1890-1962), muy activo en los pequeños grupos comunistas de los consejos holandeses, era muy cercano a Herman Gorter y a Anton Pannekoek. Más allá de su actividad en los Países Bajos, se dedicó muy especialmente a tratar de conectar los diferentes grupos e individuos de esta corriente a nivel internacional en la década de 1930. Escribió varios textos relevantes sobre los principios del movimiento de los consejos. Desde la década de 1930 y hasta el final de su vida estuvo muy ligado a Paul Mattick y a su actividad política en Estados Unidos.

⁴ Jan Appel (1890-1985) participó en la Revolución alemana de Hamburgo. Gran organizador y agitador, formó parte de la liga Espartacus, para convertirse, más adelante, en uno de los miembros relevantes del comunista KPD. En 1920 formó parte de la mayoría del KPD que creó el partido antiparlamentario KAPD. Como delegado de este último, participó en Rusia en el III Congreso de la III Internacional, en los debates en los que las minorías comunistas europeas antibolcheviques se opusieron a la orientación burocrática centralista de la Internacional. De vuelta en Alemania, su intensa participación en actividades ilegales le supuso varios arrestos. Fue precisamente en prisión donde escribió la primera versión de uno de los libros más innovadores y originales de la corriente comunista de los consejos, un proyecto de reorganización social fundado sobre un sistema de consejos, publicado en 1930. Tiempo después, también colaboró con las distintas publicaciones comunistas de los consejos promovidas en Estados Unidos por Paul Mattick.

comprometido con los acontecimientos revolucionarios que sacudieron Europa y con las organizaciones del movimiento obrero en el transcurso de las primeras décadas del siglo XX. Volvamos brevemente a su biografía.⁵

Nacido en 1904 en Alemania en el seno de una familia obrera socialista, Paul Mattick pasó su infancia en Berlín. Sus padres eran inmigrantes pobres procedentes de Pomerania, en el Báltico, una región actualmente polaca. Su padre era un militante socialdemócrata indignado por la carnicería de la Primera Guerra Mundial que terminó rechazando la línea chovinista de los jefes socialistas para unirse al nuevo Partido Socialdemócrata Independiente, el USPD, de orientación pacifista. Como chaval de la calle, Mattick vivía en los márgenes de la pequeña delincuencia donde se manifestaba ya una revuelta contra la organización de la sociedad de clases. En 1918, a sus 14 años, se adhirió a la organización juvenil de la Liga Espartaquista y participó en la Revolución alemana, siempre del lado de las tendencias más radicales. De espíritu independiente, inagotable energía e inteligencia despierta, Mattick fue elegido miembro del consejo obrero de aprendices en Siemens, empresa en la que trabajaba. Participó en todas las huelgas y en todos los enfrentamientos insurreccionales. Activo en todos los combates de calle durante el golpe reaccionario de Kapp⁶ en marzo de 1920, Mattick se unió después al nuevo partido comunista de orientación no parlamentaria y crítico con el sindicalismo integrador, el KAPD —Partido Comunista Obrero Alemán—. Durante la Acción de Marzo de 1921 volvió a participar en la primera línea de agitación y acción políticas.⁷ Detenido en varias ocasiones, estuvo a punto de ser ejecutado en dos de ellas a manos de los esbirros de la República de Weimar y su refuerzo de los «cuerpos francos», cuyas acciones ya presagiaban el «nuevo orden» que estaba por llegar. Escribió sus primeros textos para la prensa revolucionaria cuando aún era muy joven. A partir de 1923 y ya instalado en Colonia, se acercó a los círculos radicales donde se vivía de forma precaria y donde el trabajo creativo y de agitación política iban de la mano en un periodo

⁵ La biografía de Paul Mattick escrita por Gary Roth es una obra de referencia, un trabajo que cabe completar con su extensa autobiografía —suscitada por una entrevista de Michael Buckmiller realizada en Vermont (Estados Unidos) en julio de 1976— publicada en Francia y Alemania con el título de *La révolution fut une belle aventure*. Estas son las dos fuentes de las que hemos recogido lo esencial de los hechos mencionados aquí. También hemos recurrido a recuerdos personales de encuentros con Paul Mattick entre 1970 y 1971.

⁶ El golpe recibió el nombre de uno de sus principales instigadores de extrema derecha.

⁷ El levantamiento obrero en Alemania Central desencadenado a partir de la ocupación de fábricas en marzo de 1921 recibió el nombre de la «Acción de Marzo». Fue aplastado por las fuerzas militares del nuevo Estado republicano con la ayuda de los «cuerpos francos», esto es, las bandas armadas procedentes de la descomposición del ejército imperial. Esta derrota dio un vuelco a la relación de fuerzas y supuso el principio del fin del periodo revolucionario. Militantes de ambos partidos comunistas, KPD y KAPD, lucharon juntos, mientras las respectivas estrategias de sus direcciones estaban enfrentadas. Uno de los líderes de la Acción de Marzo fue el revolucionario del KAPD, Max Hölz (véase nota 10).

de fuerte represión. En esa época, Paul Mattick estaba muy ligado al pintor William Seiwert, miembro activo de una organización obrera unitaria (AAU-D) opuesta a la doble organización (partido y sindicato). Seiwert formaba parte del primer grupo dadaísta de Colonia y, más adelante, del núcleo de artistas conocido como «Los Progresistas de Colonia».⁸ Escribió varios artículos criticando la idea, tan apreciada por los comunistas ortodoxos, de un «arte proletario». Mantuvo asimismo una estrecha amistad con el agitador Ret Marut a quien escondió en su casa de Colonia tras la derrota de la revolución de los consejos en Múnich.

La pasión por la escritura se apoderó en aquel momento de Mattick, cuyos artículos fueron apareciendo en distintas publicaciones.⁹ A mediados de la década de 1920 las condiciones de vida se complicaron bastante y Mattick se sumó a unos grupos informales que realizaban expropiaciones. El objetivo de dichas acciones era garantizar la supervivencia tanto de la prensa revolucionaria como de un número creciente de militantes excluidos de las fábricas y perseguidos por la policía socialdemócrata de Weimar.¹⁰ En 1926 el movimiento revolucionario se encontraba exangüe y en pleno reflujo. Por el contrario, la ola nacionalsocialista crecía ofreciendo un proyecto nacionalista y racista a un sentimiento de impotencia y de frustración que se estaba apoderando de la sociedad, apropiándose de una parte del programa reformista de la socialdemocracia y copiando modelos de organización, de propaganda y de acción al dirigismo bolchevique.¹¹ Cuando, alineadas con los intereses de Moscú, las fuerzas comunistas contribuyeron a la victoria de la contrarrevolución y a la marginación de los grupos anticapitalistas radicales, muchos revolucionarios se quedaron sin perspectivas y solo continuaron su lucha para sobrevivir. Fue entonces cuando Mattick decidió migrar a Estados Unidos.

⁸ Acerca de *Los progresistas de Colonia*, véase el texto de Paul Mattick Jr. «Modernisme et communisme antibolchevique, Les Progressistes de Cologne», *Oiseau-Tempête*, núm. 4, París, invierno de 1998.

⁹ Conocido principalmente por sus ensayos políticos y de crítica de la economía política, Paul Mattick escribió asimismo un buen número de testimonios, relatos, crónicas y textos literarios: una selección de estos textos editada por Gary Roth y esencialmente centrada en el periodo estadounidense se publicará en Estados Unidos a lo largo del año 2023.

¹⁰ Frente a la visión mitificada e idealizada de Weimar que existe en la actualidad, conviene recordar que entre 1921 y 1922 las cárceles de la nueva República encerraban a alrededor de 6.000 prisioneros políticos vinculados a actividades revolucionarias. En julio de 1928, una ley de amnistía sacada adelante por la presión popular devolvió la libertad a muchos militantes. Sobre la actividad de estos grupos y el sorprendente recorrido de uno de sus líderes, léase Max Hölz, *Un rebelle dans la révolution, Allemagne 1918-1921* (con traducción, presentación y notas de Serge Casseron), París, Ediciones Spartacus, 1988.

¹¹ Para un análisis de los fenómenos fascistas desde el punto de vista de los comunistas de los consejos, léase el texto de Paul Mattick, «Karl Kautsky. From Marx to Hitler», de junio de 1939, recogido en este volumen y en la compilación de escritos *Intégration capitaliste et rupture ouvrière* (traducción de Serge Bricianer y prefacio de Robert Paris), París, EDI, 1972.

Así comenzaba una nueva etapa de su vida.

Instalado en una pequeña ciudad del Medio Oeste donde se puso a trabajar como metalúrgico, Mattick decidió aprovechar este aislamiento provincial para sumergirse en la lectura, principalmente de Marx. A la vez que sostenía su vínculo con los núcleos comunistas antibolcheviques que sobrevivían en Alemania y en otros lugares de Europa, comenzó a entrar en contacto con las organizaciones socialistas de la emigración alemana en Estados Unidos. Trató de resucitar el viejo *Chicagoer Arbeiterzeitung* (CAZ), el periódico del que August Spies fuera editor en 1886. Pero sus intentos fueron en vano. Muy pronto la llamada a la acción colectiva lo llevó a mudarse a Chicago donde militó con los sindicalistas revolucionarios estadounidenses, los IWW, para cuya prensa escribía. En los «wobblies»,¹² Mattick volvió a encontrar el espíritu internacionalista e igualitario y la acción directa autónoma que practicaban los grupos revolucionarios alemanes en la década de 1920. En un primer momento Mattick se empeñó, sin demasiado éxito, en acercar la red internacional de los «wobblies» a los núcleos europeos de la corriente comunista de los consejos. En Chicago participó en la vida de distintos pequeños grupos de comunistas heterodoxos. Finalmente, él y sus amigos se implicaron intensamente en el movimiento de desempleados que había empezado a desarrollarse a comienzos de la crisis de 1929, sobre todo en la región de Chicago. Este movimiento, al que se consagraron todas las organizaciones de la izquierda estadounidense, ganó las principales ciudades industriales del país. En 1934, ante la amplitud y la radicalidad de las movilizaciones, el gobierno federal de Roosevelt se vio obligado a responder y lo hizo en forma de un vasto programa nacional de trabajos públicos. Paul Mattick fue uno de los representantes elegidos en la Conferencia Nacional de los Comités de Desempleados reunida en Chicago en 1933. De esta época Mattick diría más adelante que fue la más bella de su vida: «Yo mismo era un desempleado, no trabajaba, y estaba continuamente inmerso en el movimiento, ¡era mi vida! Desde la mañana hasta la noche me dedicaba a moverme por todas partes, me veía con miles de personas y conseguía sobrevivir sin trabajar [...] Fue una época verdaderamente maravillosa con la que aún sigo soñando a día de hoy».¹³

La agitación y la politización sociales, así como el renacido interés por las ideas revolucionarias le abrieron nuevas perspectivas a Mattick, quien cada vez más escribía y colaboraba en distintas revistas de la izquierda estadounidense. En 1934, la pequeña corriente comunista antibolchevique estadounidense comenzó a publicar una revista, la *International Council*

¹² Así es cómo se conocía a los militantes de los IWW. Sobre ellos, léase, Joyce Kornbluh, *Wobblies and Hobos, les Industrial Workers of the World, agitateurs itinérants aux Etats-Unis, 1905-1919*, París, Ed. L'Insomniaque, 2012.

¹³ *La révolution fut une belle aventure...*, p. 119.

Correspondance, que se convertirá más adelante en *Living Marxism* (1938-41) y finalmente en *New Essays* (1942-43). Paul Mattick fue su editor y su principal artífice. Además de él mismo y sus amigos, también colaboraron en ella Anton Pannekoek, Karl Korsch y Otto Rühle. Muchos de los escritos de Paul Mattick publicados más adelante en distintas antologías proceden de este periodo.¹⁴ Durante esos años (1930-40) también trabajó de forma intermitente con las eminencias de la Escuela de Fráncfort instaladas en Nueva York, que subcontrataban informes, estudios y análisis a los intelectuales alemanes refugiados en el Nuevo Mundo.¹⁵

La guerra y su «prosperidad» dieron un vuelco a la situación política. Ante el inevitable ascenso del «patriotismo obrero», Mattick y sus compañeros se vieron obligados a retirarse, su postura había dejado de sintonizar con la realidad y llegaba a poner en riesgo sus propias vidas. Después de haber pasado casi toda la guerra como obrero de fábrica en Chicago, en 1948 Paul Mattick se instaló en Nueva York. Allí se volvió a formar un pequeño círculo de radicales y artistas en ruptura con las corrientes dominantes.¹⁶ Fue de nuevo así, en los ambientes creativos, donde el revolucionario reencontró la energía necesaria para alimentar su deseo de subvertir el mundo. A principios de 1953, Paul Mattick se retiró a una comarca apartada de Vermont para construir su propia casa. Allí vivió durante los difíciles años de la Guerra Fría, con su esposa Ilse y su pequeño hijo Paul. En 1960 se instalaron en Cambridge (Boston), para integrar un nuevo círculo de complicidad política junto a Zellig Harris, Noam Chomsky, Joyce y Gabriel Kolko, Herbert Marcuse y Howard Zinn. El largo periodo de aislamiento llegó a su fin con el nuevo interés por las ideas del comunismo antiautoritario, a finales de la década de 1960. Paul Mattick viajó entonces en diferentes ocasiones a Europa, invitado por grupos de la extrema izquierda contestataria surgidos del movimiento estudiantil.

Si bien *Marx y Keynes*¹⁷ es su obra más conocida, fueron muchos los textos de Mattick que circularon e incidieron en los grandes debates políticos de estos ámbitos y corrientes de las décadas de 1960 y 1970, especialmente

¹⁴ Véase, en especial, *Intégration capitaliste et rupture ouvrière...*

¹⁵ Paul Mattick escribió en 1936 un análisis del movimiento de desempleados en Estados Unidos para la revista del Instituto de Investigación Social dirigido por Horkheimer. No se publicó pero fue finalmente editado en la década de 1960 por la editorial Neue Kritik, ligada al movimiento estudiantil SDS alemán. Sobre las difíciles relaciones entre estos intelectuales precarizados y el Instituto, cabe leer la correspondencia entre K. Korsch y P. Mattick, *Marxiana, Critica della Politica e dell'economia politica*, enero-febrero de 1976, Bari, y K. Korsch, *Gesamtausgabe*, T. 8, 1908-1939.

¹⁶ Entre ellos se encontraban los pintores Nell Blaine, Willem de Koenig y Fairfield Porter, el poeta Kenneth Rexroth, el fotógrafo Rudy Burckhardt y el historiador de arte Meyer Shapiro.

¹⁷ Paul Mattick, *Marx and Keynes: the limits of the mixed economy*, Nueva York, P. Sargent, 1969 [ed. cast.: *Marx y Keynes, los límites de la economía mixta*, Buenos Aires, RYR, 2014].

en Alemania, Dinamarca, Francia e Italia. Sus análisis y concepciones de un comunismo antibolchevique influyeron en toda una generación de radicales de la misma forma que ahora siguen atrayendo a todas aquellas personas comprometidas con los principios de la autoemancipación social.

III

A lo largo de su experiencia de lucha en Chicago, durante los debates en el seno de los comités de desempleados y de los grupos radicales, Paul Mattick comenzó a interesarse por las teorías de las crisis. En aquel periodo descubrió la obra del polaco Henryk Grossman, economista marxista poco ortodoxo, próximo a Horkheimer y profesor, desde 1925, en el Institut für Sozialforschung de Fráncfort.¹⁸ Pese a sus profundos desacuerdos políticos, Mattick mantuvo una relación epistolar regular con Grossman hasta el exilio neoyorquino de este último, en mayo de 1938.¹⁹ Partiendo de la teoría de la acumulación de Marx, Grossman había roto con la tesis predominante entre los teóricos socialistas que vinculaba los límites de la acumulación capitalista al problema de la realización del plusvalor —la teoría del subconsumo—. Su explicación de la crisis remitía, por el contrario, a la ley de «la tendencia decreciente de la tasa de ganancia», el problema de la rentabilidad del capital cuyas raíces se hallaban en las contradicciones de la producción de plusvalor, esto es, en el terreno de la explotación. La teoría del valor trabajo de Marx, la relación capital-trabajo, se volvía a situar así en el centro del análisis del proceso de acumulación capitalista. Paul Mattick y sus amigos de los comités de desempleados extrajeron implicaciones prácticas inmediatas de este novedoso enfoque: la repercusión en la vida cotidiana de las consecuencias sociales de la ralentización de la acumulación hace posible la toma de conciencia tanto de la naturaleza desequilibrada del sistema como de sus límites y permite suscitar, en consecuencia, la cuestión de la subversión del capitalismo mediante un movimiento independiente de los trabajadores.

¹⁸ Henryk Grossman, *Das Akkumulations –und Zusammenbruchsgesetz des kapitalischen Systems*, Leipzig, 1929 (reimpresión, Fráncfurt, 1967). Del mismo autor cabe leer en francés, *Marx, l'économie politique classique et le problème de la dynamique*, París, Champ Libre, 1975, con un prefacio de Paul Mattick, «Henryk Grossmann, théoricien de l'accumulation et de la crise». Y una biografía de H. Grossman: *Rick Kubun, Henryk Grossman and the Recovery of Marxism*, University of Illinois Press, 2007.

¹⁹ En su biografía de Paul Mattick, Gary Roth describe con precisión y rigor la compleja relación entre ambos. Cabría decir que Mattick profesaba un enorme respeto por la obra de Grossman y la difundió ampliamente en los medios radicales. Grossman, por su parte, siempre mantuvo una distancia cordial pero fría con Mattick. Es cierto que en el plano político Grossman era profundamente leninista y las ideas del comunismo de los consejos le resultaban ajenas. En el plano personal, Grossman siempre protegió su carrera profesional vinculada al Instituto dirigido por Horkheimer, mientras Mattick luchaba por la supervivencia material, la suya y la de su familia.

De acuerdo con esta concepción defendida por Mattick, crisis y subversión de la organización social son cuestiones inseparables. La construcción de una oposición ideológica, vanguardista, deja de ser una condición previa para el despertar de la acción. La actividad autoemancipadora, el desarrollo de un proyecto de transformación social, se asientan en la conciencia de las condiciones reales de existencia. La tarea de los revolucionarios consiste en «revelar lo que está oculto».²⁰ Esto se distancia, por lo tanto, del reformismo socialdemócrata y de la vanguardia bolchevique, corrientes en las que la conciencia elaborada por la organización revolucionaria desempeña un papel determinante e, incluso, imprescindible. Paul Mattick no dejará de señalarlo: «Sin crisis no hay revolución. Esta es una vieja convicción que procede de Rosa Luxemburgo, a quién se llamó la “teórica de la catástrofe”. Yo también soy un político de la catástrofe. No concibo que la clase obrera se enfrente al capitalismo si la sociedad no vive una crisis profunda con un estado de decadencia permanente. Si esto no sucede, la clase obrera se integra en el sistema capitalista. Sin catástrofe, no hay socialismo posible. Ahora bien, esta solo puede nacer del propio capitalismo. La clase dominante puede dominar de forma consciente la política pero no la economía. Y la crisis será económica».²¹ Esta es una idea que sigue resonando de forma sorprendente en nuestros días.

Tras la Segunda Guerra Mundial el nuevo impulso del capitalismo se interpretó como resultado y éxito del keynesianismo, la prueba de que el sistema estaba alcanzando, por fin, un estadio maduro de estabilidad. Sobre la base precisamente de su concepción de las crisis, Mattick se posicionó a contracorriente, iniciando desde 1947 una reflexión crítica sobre la intervención del Estado en la economía. Después de haber escrito algunos artículos al respecto para distintas revistas estadounidenses, en 1953 terminó la redacción de *Marx y Keynes, los límites de la economía mixta*. El libro no se publicó hasta 1969 en Estados Unidos y, salvo en algunos pequeños círculos de la izquierda marxista no estalinista, pasó prácticamente desapercibido en aquel entonces. El capitalismo atravesaba un periodo de prosperidad y la crítica de la «sociedad de consumo» parecía la única posibilidad de romper la integración o así lo formuló Herbert Marcuse en ese momento.²² Paul Mattick planteó por su parte que las

²⁰ *La révolution fut une belle aventure...*, p. 139.

²¹ *Ibidem*, pp. 155-156.

²² Herbert Marcuse, *L'Homme unidimensionnel. Essai sur l'idéologie de la société industrielle avancée* (1954) [ed. cast.: *El hombre unidimensional: ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*, trad. Antonio Elorza, Barcelona, Ariel, 2005]. Paul Mattick escribió una crítica de esta obra, «Les limites de l'intégration» (1969), de la que una parte se incluye en este volumen. Pese a sus desacuerdos, Mattick y Marcuse se apreciaban y mantenían relaciones cordiales. Marcuse consideraba además que la única verdadera crítica que había suscitado su libro había sido la de Mattick.

nuevas formas de intervención del Estado en la economía no eran más que una solución provisional, pasajera, a los problemas del capitalismo que terminarían generando nuevas contradicciones y desequilibrios. De ahí su fórmula de la «falsa prosperidad». Cincuenta años más tarde los contornos de la hipótesis expuesta por Mattick se corresponden sorprendentemente con el marco actual del movimiento del capitalismo. Cabe observar así una tendencia al estancamiento de la economía, caracterizado por un crecimiento débil que alterna con fases de recesión interrumpidas por empujes intervencionistas de los Estados. Intervencionismo que conduce a su vez al aumento de la deuda pública y de la inflación, a la extensión de los sistemas de crédito y de los mecanismos especulativos.

Para Mattick, Keynes era un pensador burgués revolucionario, crítico de las teorías clásicas y liberales, de la idea de la capacidad reguladora «natural» del mercado. A su manera, Keynes reconocía que la intervención del Estado era la consecuencia de los problemas de acumulación. Mattick concedió ciertamente que la intervención estatal había transformado el capitalismo y prolongado su existencia. Pero también recordó que fue la guerra y sus tremendas destrucciones, y no las políticas keynesianas, lo que finalmente logró restablecer la rentabilidad del capital y reactivar la máquina económica. Paul Mattick se dedicó así a confrontar «la teoría y la práctica keynesianas con una crítica marxista» argumentando que la teoría del valor-trabajo seguía siendo un método de análisis válido tras la intervención del Estado en la economía y buscó, por ende, las causas de la crisis de rentabilidad del capital privado en las contradicciones de las relaciones sociales de explotación.

A raíz de la «falsa prosperidad» posterior a la Segunda Guerra Mundial se operó una convergencia entre la izquierda keynesiana y algunas corrientes nuevas del marxismo que puso el acento en la reactivación del consumo inducida por los gastos del Estado. Al criticar la tesis del subconsumo, Paul Mattick demostró que en la promoción del consumo (sobre todo vía gastos militares) la intervención estatal no modificaba en absoluto los desequilibrios del sistema, ya que el problema de rentabilidad del capital privado continuaba sin resolverse. «En otras palabras, la crisis no se supera sino que se aplaza mediante unos gastos que no cabría calificar como acumulación de capital ni en el más singular despliegue imaginativo».²³

Frente a los partidarios del liberalismo, Mattick demostró que el crecimiento de la intervención del Estado no es la causa de los problemas del capitalismo privado, sino que, por el contrario, son las dificultades

²³ «Marxism and Monopoly Capital» (*Progressive Labor*, julio-agosto de 1967), recogido en *Intégration capitaliste et rupture ouvrière. Critique des économistes marxistes nord-américains de souche stalinienne*, Baran y Sweezy. También incluido en este volumen.

para generar beneficio del sector privado las que justifican el intervencionismo. Según los liberales contemporáneos, es el intervencionismo del Estado lo que provoca el estancamiento. Paul Mattick argumentó que el proyecto keynesiano de intervención pretendió ser una respuesta al descenso de rentabilidad del capital. Pero en su opinión, la práctica keynesiana de estímulo de la economía y de reducción de la pauperización social no solo no logra cumplir sus objetivos, sino que genera nuevos límites a la acumulación capitalista, una visión que difiere radicalmente del discurso liberal conservador.

Según Paul Mattick los límites de la economía mixta son inherentes al crecimiento de esta intervención, esto es, al aumento de la producción social inducida por los fondos públicos. Estos fondos, procedentes de los beneficios del sector privado o financiados por la deuda, afectan a la rentabilidad total del capital ya que la producción inducida por encargo del Estado no genera nuevos beneficios de forma directa, pero sí da lugar a una redistribución de los beneficios totales en favor de los sectores capitalistas.

Este análisis parece haber sido confirmado por el movimiento real del capitalismo moderno. La intervención del Estado se ha extendido a todos los sectores. Indispensable para lo que se conoce como economía mixta, para la consecución de la «falsa prosperidad», esta es la única forma de mantener mínimamente el empleo y el equilibrio social, algo que preocupaba enormemente a Keynes. El problema es que la idea keynesiana según la cual en un periodo de recesión los déficit del Estado podían ser absorbidos por la reactivación privada de la producción de beneficios no se ha confirmado nunca. Desde la Segunda Guerra Mundial la reactivación siempre ha llegado de la mano de un crecimiento constante de la deuda pública. Como señala Mattick, «las condiciones que permitían que esta solución fuera eficaz están en vías de desaparición». Ciertamente las crisis demuestran que Keynes tenía razón cuando advertía que «el libre juego del mercado» amenaza la supervivencia del capitalismo. Pero las crisis también demuestran que el intervencionismo no toca los cimientos de la rentabilidad del capital como pone de manifiesto el nivel alcanzado por la deuda soberana que ha terminado bloqueando el funcionamiento financiero del sistema. Lo cual lleva, a la larga, a un nuevo problema, característico de la época actual: el agotamiento del proyecto keynesiano. Este agotamiento aboca a las clases dirigentes a vacilar entre dos opciones: la necesaria reducción del déficit y el recrudecimiento de la recesión y el desempleo. El proyecto neoliberal procede, de hecho, de esta nueva situación pero se agota rápidamente porque sus elecciones no solo no son capaces de invertir la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, sino que también agravan el desequilibrio económico y social del modo de producción capitalista.

El deseo de demostrar que las crisis son inherentes al funcionamiento contradictorio del capitalismo y que la naturaleza inestable e irracional del sistema genera injusticias sociales y barbarie de forma necesaria y constante es lo que impulsa a Paul Mattick a reflexionar sobre las crisis del capitalismo. También que la falta de rentabilidad del capitalismo es un problema cada vez más difícil de superar. En *Marx y Keynes*, Mattick analiza cómo el episodio histórico del keynesianismo no ha servido para salvar al capitalismo sino tan solo para posponer las formas de su contradicción fundamental: la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. Al ser solo provisional, la eficacia de los medios utilizados para asegurar dicha prolongación termina generando nuevas dificultades al sistema. Hoy, precisamente cuando el modo de producción capitalista se ha impuesto en todo el planeta, la ilusión de una prosperidad constante se disuelve en la recesión más grave desde la Segunda Guerra Mundial. El análisis de las teorías de las crisis y la crítica keynesiana desarrollados por Paul Mattick se ve así confirmado por el desastre social, ecológico y humano al que asistimos. Y si las políticas monetarias y fiscales se revelan incapaces de aportar una solución a la crisis es precisamente porque dicha solución reside en el restablecimiento de la rentabilidad del capital que pasa, a su vez, por el aumento de la explotación, la desvalorización y la concentración del capital existente.

Paul Mattick murió en Boston, en febrero de 1981. Tenía 77 años. «La revolución —dijo en el ocaso de su vida— fue una hermosa aventura». Una pasión que, como toda pasión, no había envejecido.

Su último libro —inacabado y editado por su hijo, Paul Mattick Jr. en 1983— lo dedicó a la memoria de Marinus van der Lubbe,²⁴ a quien quería reconocer como un luchador revolucionario que trató de destacar

²⁴ Marinus van der Lubbe, obrero holandés cercano a los grupos de los comunistas de los consejos, prendió fuego al Reichstag, en Berlín, el 27 de febrero de 1933. Su idea era despertar a los trabajadores alemanes para incitarles a una acción autónoma contra el nazismo y en pos de la destrucción del capitalismo. Detenido, torturado y condenado a muerte, fue decapitado en Leipzig el 10 de enero de 1934. El nazismo lo acusó de homosexual, simple de espíritu e instrumento del partido comunista, y los estalinistas de provocador nazi. Un juego de calumnias que permitió y sigue permitiendo que no se aborde políticamente la responsabilidad mutua de ambas fuerzas políticas en el advenimiento de este periodo crucial de la historia contemporánea. Acerca de este episodio, véanse *Marinus van der Lubbe, Carnets de route de l'incendiaire du Reichstag*, París, Verticales/Le Seuil, 2003 (escritos de Marinus Van der Lubbe presentados por Yves Pagès y Charles Reeve) y Nico Jassies, *Marinus van der Lubbe y el incendio del Reichstag*, Barcelona, Alikornio, 2008. Para una actualización de este «caso» y sus diferentes interpretaciones, véase la obra de Didier Chauvet, *L'incendie du Reichstag et ses suites, Berlin, 27-28 février 1933*, París, Editions L'Harmattan, 2022.

la necesidad de actuar de forma consciente y autónoma contra la lógica más bárbara del sistema. El título del libro, *Marxism. Last Refuge of the Bourgeoisie?* [Marxismo, ¿último refugio de la burguesía?],²⁵ remite a una idea de Rosa Luxemburgo en su crítica a la socialdemocracia. En esta obra, Paul Mattick vuelve una vez más sobre los límites inherentes al modo de producción capitalista, fundamento del desequilibrio del sistema, desvelados por la crítica marxista. Estos desequilibrios pueden ser superados por arreglos, mediante políticas reformistas igualmente viejas y agotadas, o enfrentar a las sociedades, de forma cada más inesquivable, a una elección: ¿emancipación o barbarie?

Plantear la pregunta abre ya el camino a la posibilidad de una respuesta. Como escribía Ludwig Feuerbach en *La esencia del cristianismo*, «los límites del presente y del pasado» no pueden constituirse jamás «en límites de la humanidad y del futuro».

París / Tavira, 2022

²⁵ Paul Mattick, *Marxism. Last Refuge of the Bourgeoisie?*, Londres, Merlin Press, 1983.

MATTICK EN CASTELLANO

Corsino Vela

LA PRESENCIA DE LA OBRA de Paul Mattick en España comienza a mediados de la década de 1970 gracias a algunas iniciativas editoriales impulsadas desde reducidos círculos académicos y militantes que «descubrieron» el *comunismo de los consejos*, no leninista, al mismo tiempo que las tendencias autónomas del movimiento obrero y popular de final de la dictadura franquista adquirirían una cierta relevancia. Con ello se pretendía superar la esclerosis intelectual y práctica del marxismo ideológico que inspiraba tanto a la izquierda socialdemócrata como a la leninista. De todos modos, aunque la obra de Paul Mattick no llegara a tener el reconocimiento que merecía, tampoco puede decirse que fuera un autor desconocido en aquellos años. A continuación, reproducimos una relación —que no pretende ser completa— de la obra publicada en castellano de Paul Mattick principalmente en aquel tiempo:

- *Crítica de Marcuse. El hombre unidimensional en la sociedad de clases*, editorial Grijalbo, 1974.
- «Lenin y su leyenda», en *Crítica del bolchevismo*, editorial Anagrama 1976.
- En la revista *Negaciones* (núm. 1, octubre 1976), apareció el texto titulado «El nuevo capitalismo y la vieja lucha de clases», y en el núm. 6 (1978?) «Valor y precio en Marx».
- *Crítica de los neomarxistas* y *Crisis y teoría de la crisis* aparecieron en el año 1977, los meses de enero y mayo respectivamente, editados por Península.
- *Los consejos obreros y la cuestión sindical* fue publicado por Miguel Castellote en 1977.
- Prólogo a «Los consejos obreros», de Anton Pannekoek, editado por Zero-ZYX, 1977
- *Rebeldes y renegados. La función de los intelectuales y la crisis del movimiento obrero* fue publicado por la editorial Icaria en 1978.

- *Integración capitalista y ruptura obrera*, Laia editorial, 1978.
- En la revista *Etcétera, correspondencia de la guerra social*, en el núm. 2 (junio de 1984), que fue dedicado a la memoria de Paul Mattick, fallecido un año antes, aparecieron dos ensayos suyos: «La crisis mundial y el movimiento obrero» y «El marxismo ayer, hoy y mañana». En el núm. 5 (febrero de 1985), fue publicado «La economía de la cybernation». Asimismo, en la colección «mínimas» de la misma revista fue publicado el ensayo «¡Las barricadas deben ser derribadas! El fascismo de Moscú en España 1937», extraído de *Expectativas fallidas (España 1934-1939)* que, editado bajo el sello Adrede ediciones en 1999, recogía el punto de vista de la corriente comunista de los consejos acerca de la República y la guerra española. Este volumen incluyó nueve ensayos y reseñas de Paul Mattick que habían aparecido en *International Council Correspondence*.
- *Crisis económica y teoría de las crisis: un ensayo sobre Marx y la «ciencia económica»*, Maia Ediciones, 2014.

En México, su obra *Marx y Keynes. Los límites de la economía mixta* fue editada por Ediciones Era en 1975, que también publicó en 1980, *Crítica de la economía política contemporánea*. Asimismo, la editorial Siglo XXI editó en 1978 *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?*

En Argentina, en 1976, con motivo de la publicación de «Los consejos obreros», de Anton Pannekoek por la Editorial Proyección, fue incorporada la traducción de la introducción a la edición estadounidense, firmada conjuntamente con Jeremy Brecher.

En Venezuela, Enzo del Búfalo y Marc Geoffroy recopilaron en *Un marxismo maldito* (tres volúmenes, 1983) artículos de diversos autores representantes de la corriente del comunismo de los consejos, entre los cuales se encuentra el ensayo de Paul Mattick «Divergencias entre Rosa Luxemburgo y Lenin».

En www.marxists.org pueden encontrarse textos traducidos en castellano, algunos de los cuales forman parte de recopilaciones recogidas en estos libros.

**PRIMERA PARTE
TEORÍA POLÍTICA
MARXISTA**

I

LOS CONTRASTES ENTRE LUXEBURG Y LENIN (1935)*

ROSA LUXEBURG al igual que Lenin desarrollaron su pensamiento a partir de los principios generales de la socialdemocracia previa a la Tercera Internacional, en la que ambos desempeñaron un papel importante. Sus obras no solo influyeron en el movimiento obrero ruso, polaco y alemán sino que tuvieron una resonancia mundial. Ambos fueron símbolos del movimiento que se oponía al revisionismo y al reformismo de la Segunda Internacional. Sus nombres están indisolublemente unidos a la reorganización del movimiento obrero durante y después de la Primera Guerra Mundial, y ambos fueron marxistas para los cuales la teoría era parte constitutiva de la práctica política. Como seres humanos enérgicos, eran —por utilizar una expresión que gustaba a Rosa Luxemburg— «velas que ardían por ambos cabos».

Aunque Luxemburg y Lenin se fijaron la misma tarea —la reactivación revolucionaria del movimiento obrero estancado en el reformismo y el derrocamiento de la sociedad capitalista a escala mundial— recorrieron caminos distintos; y si bien siempre se profesaron un gran respeto mutuo, mantuvieron posiciones antitéticas acerca de cuestiones decisivas de táctica revolucionaria, así como sobre muchas cuestiones teóricas relativas a la revolución. Puede decirse aquí que, en muchos puntos esenciales, las concepciones de Luxemburg diferían de las de Lenin como el día de la noche, o —lo que es lo mismo— como los problemas de la revolución burguesa difieren de los problemas de la revolución proletaria. Ahora que ambos están muertos, resulta estúpido que algunos leninistas inconsistentes traten, partiendo de consideraciones políticas o con el fin de sacar provecho, de acercar sus posiciones o de atenuar sus contrastes. Estos intentos no

* Publicado originalmente como «Die Gegensätze zwischen Luxemburg und Lenin», *Rätekorrespondenz*, núm. 12, septiembre de 1935, pp. 1-23. Existen dos versiones previas de este texto en castellano: la traducida como «Luxemburg *versus* Lenin» por el blog elsudamericano.wordpress.com y la publicada en la antología de textos de Paul Mattick, *Rebeldes y renegados. La función de los intelectuales y la crisis del movimiento obrero*, trad. de Guiomar Egüilor, Barcelona, Icaria, 1978, pp. 31-69. Ambas traducciones han servido de base para la presente versión. Las notas con la edición original y la referencia a la publicación en español, se han añadido a la edición original.

constituyen más que una estúpida falsificación de la historia que no sirven a nadie salvo a los mistificadores y solo temporalmente.

Lo que unió a Luxemburg y a Lenin fue su lucha común contra el reformismo de preguerra y el chauvinismo de la socialdemocracia durante la guerra. Pero esta lucha vino a su vez acompañada de la controversia en lo que se refiere al camino que conduce a la revolución; y dado que la táctica es inseparable de los principios, por la controversia en relación con el contenido y la forma del nuevo movimiento obrero. Aunque es bien sabido que ambos fueron enemigos declarados del revisionismo, y por esta razón sus nombres a menudo se mencionan juntos, por otra parte es extremadamente difícil, hoy en día, formarse una idea real de las diferencias entre ellos. Ciertamente, la Tercera Internacional, en la última década, en relación con su crisis política interna, a menudo ha usado y abusado del nombre de Rosa Luxemburg, especialmente en sus campañas contra lo que llama «luxemburguismo contrarrevolucionario», pero no ha servido ni para conocer mejor la obra de Luxemburg, ni para clarificar sus diferencias con Lenin. En general, se considera que es mejor dejar al pasado bajo tierra; pues así al igual que la socialdemocracia alemana se negó una cierta ocasión —«por falta de dinero»¹— a publicar las obras de Rosa Luxemburg, también la Tercera Internacional (a través de Clara Zetkin)² traicionó la promesa de publicar dichas obras.

Aún así, cada vez que se perfila una competencia a la Tercera Internacional, Rosa Luxemburg entra en escena. Incluso la socialdemocracia tiene a menudo el mal gusto de hablar con amor y tristeza de la «revolucionaria errante», cuya muerte se recuerda más como resultado de su «impetuoso carácter»,³ que de la bestial brutalidad de los mercenarios del camarada Noske.

Hay también quien, después de la experiencia de las dos Internacionales, y de declararse interesado en la construcción de un nuevo movimiento verdaderamente revolucionario, además de mostrarse dispuesto a aprender de la experiencia del pasado, se limita a restringir la profunda distancia entre Luxemburg y Lenin a la cuestión nacional, e incluso aquí, casi exclusivamente a los problemas tácticos referidos a la independencia de Polonia. En esta empresa, se extreman las medidas a fin de suavizar esta oposición en todo lo posible, de aislarla y de encerrarla en la afirmación, que contradice todos los hechos, de que Lenin salió victorioso de este conflicto.

¹ Carta del comité editorial del *Neue Zeit* a Rosa Luxemburg, 6 de enero de 1916.

² C. Zetkin, «La Postura de Rosa Luxemburg sobre la Revolución rusa», publicada por la Internacional Comunista, 1922.

³ En innumerables artículos de la prensa socialdemócrata.

La disputa entre Luxemburg y Lenin sobre la cuestión nacional no puede separarse de los problemas sobre los que ambos estaban en desacuerdo. Dicha cuestión está estrechamente vinculada a todas las que atañen a la revolución mundial y no constituye más que un ejemplo de la diferencia fundamental entre ambos, esto es, de la diferencia entre la idea *jacobina* y un concepto verdaderamente proletario de la revolución mundial. Si, tal y como sostiene Max Shachtman,⁴ la concepción de Luxemburg surge claramente en contraposición a la aventuras nacionalistas del periodo de Stalin en la Tercera Internacional, también debe considerarse como justificada en oposición a Lenin. Por mucho que la política de la Tercera Internacional pueda haber cambiado desde la muerte de Lenin, la cuestión nacional ha permanecido verdaderamente *leninista*. Un leninista debe por necesidad, adoptar una posición opuesta a la de Luxemburg; pues esta no es solo su oponente teórico, sino su enemigo mortal. La posición de Luxemburg es incompatible con el bolchevismo leninista, por lo que nadie que apele a la autoridad de Lenin puede al mismo tiempo valerse de Rosa Luxemburg.

La oposición al reformismo

El desarrollo del capitalismo mundial, la expansión imperialista, los crecientes monopolios con sus ganancias extraordinarias, hicieron posible la formación transitoria de una aristocracia en el movimiento obrero, la promulgación de legislación social y una mejora general del nivel de vida medio de los obreros. Todo esto a su vez llevó a la difusión del revisionismo y al desarrollo del reformismo en el movimiento obrero. El marxismo revolucionario, puesto en cuestión frente al desarrollo capitalista, fue sustituido por la teoría según la cual la vía al socialismo pasa por la democracia. Con la legalización del movimiento obrero, que tal contexto hizo posible, se aseguró la lealtad de muchos de los que pertenecían a la pequeña burguesía, que pronto asumieron el liderazgo intelectual del movimiento, repartiéndose con obreros pretenciosos de reciente ascenso social las ventajas materiales de los puestos de mando disponibles. A finales de siglo, el reformismo había triunfado en toda línea. La resistencia a este desarrollo por parte de los marxistas denominados «ortodoxos», encabezados por Kautsky, nunca pasó de un mero verbalismo y también esa resistencia se vio pronto debilitada. Entre los más conocidos teóricos de la época, deben mencionarse particularmente a Luxemburg y a Lenin que llevaron implacablemente su lucha hasta el final, no solo contra el reformismo establecido, sino también contra los «ortodoxos» en interés de un verdadero movimiento obrero marxista.

⁴ Cf. artículo de Max Shachtman «Lenin y Rosa Luxemburg» en *The New Internationalist*, marzo de 1935.

De todos los ataques contra el revisionismo, el de Rosa Luxemburg fue de los más poderosos. En su polémica con Bernstein⁵ señaló una vez más, en oposición a la absurdidad del puro legalismo, que «la explotación de la clase trabajadora como proceso económico no puede ser abolida o suavizada a través de la legislación en el contexto de la sociedad burguesa».⁶

La reforma social, tal y como ella sostenía, «no ataca la explotación capitalista, sino que la regula y ordena en interés de la propia sociedad capitalista».⁷

El capital, dice Rosa Luxemburg, no se dirige al socialismo, sino al derrumbe, y es en tanto dirigiéndose al derrumbe, como los obreros deben adecuar su acción —nada por tanto de reforma, sino revolución—. Esto no significa, sin embargo, que tengamos que renunciar a las cuestiones del presente. El marxismo revolucionario lucha también por mejorar la situación de los obreros en la sociedad capitalista. Pero, a diferencia del revisionismo, está mucho más interesado en la forma en que la lucha se lleva a cabo que en los objetivos inmediatos. Para el marxismo, las luchas sindicales y políticas sirven esencialmente para desarrollar los factores subjetivos de la revolución obrera y para generar una conciencia de clase revolucionaria. El burdo planteamiento de la reforma en tanto contraria a la revolución supone falsear el problema; a estas oposiciones debe dársele el lugar adecuado en el conjunto del proceso social. Debemos evitar perder de vista el objetivo final, la revolución proletaria, a través de la lucha por las reivindicaciones cotidianas.

De forma análoga, Lenin atacó el revisionismo, ya que para él, también, las reformas solo eran maniobras de la lucha dirigidas a la conquista del poder político.

Ambos estaban de acuerdo en la necesidad de reforzar el movimiento marxista, pero cada uno tomó su propia posición en la lucha revolucionaria por el poder. Así se vio por primera vez su desacuerdo, cuando las condiciones de Rusia antes, durante y después de la revolución de 1905 hicieron de la lucha revolucionaria por el poder una cuestión vital que debía ser afrontada de manera concreta. Por tanto, el conflicto entre Luxemburg y Lenin se dirigió en primer término sobre los problemas tácticos, la cuestión de la organización y la cuestión nacional.

⁵ R. Luxemburg, *Sozialreform oder Revolution? Mit einem Anhang: Miliz und Militarismus*, Leipzig, Verlag der Leipziger Volkszeitung, 1899 [ed. cast.: *Reforma o Revolución*, Madrid, Akal, 2015].

⁶ *Ibidem*.

⁷ *Ibidem*.

Sobre la cuestión nacional

Lenin, fuertemente influido por Kautsky, creía que los movimientos por la independencia nacional debían ser considerados como progresivos, ya que «el Estado nacional ofrece, sin duda alguna, las condiciones más favorables para el desarrollo del capitalismo». En su polémica con Rosa Luxemburg afirmó que la demanda del derecho a la autodeterminación de las naciones es revolucionaria debido a que «se trata una demanda democrática que no es en absoluto diferente de las demás demandas democráticas». Sí, «en el espíritu del nacionalismo burgués de toda nación oprimida», afirma, «hay un contenido democrático general contra la opresión, y a este contenido le prestamos un apoyo incondicional».⁸

La actitud de Lenin hacia el derecho de autodeterminación fue, como se desprende de otras de sus obras, igual que su actitud hacia la democracia.⁹ Hay que conocer esta actitud hacia la democracia a fin de comprender su actitud hacia la cuestión nacional y el derecho a la autodeterminación de las naciones.

En su tesis sobre *La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación*, dice: «Sería por completo erróneo pensar que la lucha por la democracia pueda distraer al proletariado de la revolución socialista, o relegarla, posponerla, etc. Por el contrario, así como es imposible un socialismo victorioso que no realizara la democracia total, así no puede prepararse para la victoria sobre la burguesía un proletariado que no libere una lucha revolucionaria a ultranza por la democracia».

Por lo tanto, parece claro que para Lenin los movimientos nacionalistas y las guerras no fueron otra cosa que sublevaciones y guerras por la democracia, en las que el proletariado no puede dejar de participar, ya que la lucha por la democracia era para él, por supuesto, la condición previa necesaria de la lucha por el socialismo. «Si es posible la lucha por la democracia, la guerra por la democracia también es posible».¹⁰ «La expresión “defensa de la patria” en una guerra verdaderamente nacional, no es en modo alguno una forma de engaño» y en tal caso Lenin está a favor de la defensa. «Cuando la burguesía de la nación oprimida está en lucha contra el opresor», escribe, «estamos en todos los casos, más ardientemente que cualquiera, a favor de ella, porque somos los más incondicionales y consistentes enemigos de todo tipo de opresión».¹¹

⁸ Lenin, *El Derecho de las naciones a la autodeterminación* (1914), en *Obras Completas*, 54 vols., Moscú, Editorial Progreso, 1981-1988.

⁹ Lenin, *Sobre la caricatura del Marxismo y el economicismo imperialista* (1916) en *Obras Completas*, 54 vols., Moscú, Editorial Progreso, 1981-1988.

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ Lenin, *El derecho de las naciones a la autodeterminación...*

Lenin permaneció fiel a esta posición hasta el final y lo mismo ha hecho el leninismo hasta el día de hoy —siempre y cuando no pusiese en peligro al propio régimen bolchevique—. Con un ligero cambio, sin embargo: si para Lenin antes de la Revolución rusa las guerras y movimientos de liberación nacional eran parte del movimiento democrático en general, después de la revolución se convirtieron en parte de la revolución mundial del proletariado.

La posición de Lenin, tal y como se ha expuesto, le parecía a Rosa Luxemburg totalmente equivocada. En el *Panfleto Junius*,¹² publicado durante la guerra, afirma brevemente su propio punto de vista de la siguiente manera: «Mientras subsistan los Estados capitalistas, es decir, mientras la política mundial imperialista determine y regule la vida interna y externa de una nación, no puede haber “autodeterminación nacional” ni en la guerra ni en la paz. [...] En el actual clima imperialista no puede haber guerras de defensa nacional y todo programa socialista que ignore esta precisa situación histórica y que en la vorágine de la guerra mundial se deje gobernar por los aislados puntos de vista de un solo país, tiene los pies de barro».

Rosa Luxemburg mantuvo esta opinión hasta el final, incapaz de hacer la menor concesión a Lenin en este sentido.

Después de la Revolución rusa, cuando la política del derecho de las naciones a la autodeterminación llegó a la praxis, Luxemburg se preguntó por qué los bolcheviques se aferraban obstinadamente y con inquebrantable encarnizamiento a la consigna del derecho a la autodeterminación, después de todo esa política «está en manifiesta contradicción con el centralismo en otros campos y con la actitud que han tomado con respecto de otros principios democráticos. [...] La contradicción aquí manifiesta es tanto más incomprensible cuanto que, como veremos más adelante, todo lo relativo a las formas democráticas de la vida política en cada país constituye, efectivamente, una base valiosa e imprescindible de la política socialista, mientras que el famoso "derecho de autodeterminación de las naciones" no es otra cosa que fraseología hueca y patrañas pequeñoburguesas».¹³

Rosa Luxemburg considera esta falsa política nacional de Lenin como una «forma de oportunismo», encaminada a «atraer a la causa de la revolución, a la causa del proletariado socialista a las muchas nacionalidades del imperio ruso»; al igual que el oportunismo con respecto de los campesinos,

¹² Rosa Luxemburg (aka Junius), *Die Krise der Sozialdemokratie. Anhang: Leitsätze über die Aufgaben der internationalen Sozialdemokratie*, Berna, Unionsdruckerei, 1916 [ed. cast.: *La crisis de la socialdemocracia*, Madrid, Akal, 2017].

¹³ R. Luxemburg, *Die russische Revolution. Eine kritische Würdigung*, Berlín, Gesellschaft und Erziehung, 1922 [ed. cast.: *La Revolución rusa*, Madrid, Akal, 2019].

«cuya hambre de tierras había de satisfacerse con la consigna de expropiación directa de la tierra a la nobleza, y así ponerlos del lado de la revolución y del gobierno proletario».

En ambos casos, desgraciadamente, el cálculo resultó falso. Contrariamente a las perspectivas de los bolcheviques una tras otra «las naciones liberadas» se aprovecharon de la libertad apenas concedida para asumir una posición hostil frente a la Revolución rusa, aliándose en contra de ella con el imperialismo alemán, bajo cuya protección llevaron el estandarte de la contrarrevolución [...] Por supuesto, en todos estos casos no son realmente las «naciones» las que practicaron esa política reaccionaria, sino únicamente las clases burguesas y pequeñoburguesas [...] que deforman el «derecho a la autodeterminación nacional», convirtiéndolo en un instrumento de su política contrarrevolucionaria de clase. Pero es justamente aquí donde llegamos al meollo de la cuestión, donde se revela el carácter utópico-pequeñoburgués de esta expresión nacionalista, que en la cruda realidad de la sociedad de clases, especialmente en los momentos de las contradicciones más agudas, se convierte simplemente en un instrumento de dominio de la clase burguesa.¹⁴

Esta inyección por los bolcheviques de la cuestión de las luchas nacionales y de las tendencias separatistas en medio de la lucha revolucionaria fue considerada por Rosa Luxemburg como el haber «arrojado la mayor confusión en las filas del socialismo». Y prosigue así: «Los bolcheviques aportaron la ideología que más tarde utilizarían las fuerzas contrarrevolucionarias; reforzaron la posición de la burguesía y debilitaron la del proletariado [...] Bajo el lema de la autodeterminación de las naciones, los bolcheviques llevaron el agua al molino de la contrarrevolución, con lo cual no solamente suministraron la ideología para el estrangulamiento de la Revolución rusa, sino, también, para la liquidación de toda la guerra mundial ya planeada por la contrarrevolución».

¿Por qué entonces Lenin insiste tan obstinadamente —podemos preguntarnos una vez más con Rosa Luxemburg— en el lema de la autodeterminación de las naciones y el de la liberación de los pueblos oprimidos? No cabe duda de que este lema está en contradicción con la demanda de la revolución mundial, en la que Lenin estaba tan interesado como Luxemburg. Sin embargo como todos los marxistas de la época, Lenin no creía que Rusia pudiera resistir en la lucha revolucionaria sola con sus propias fuerzas. Lenin estaba de acuerdo con Engels en que «si la Revolución rusa es la señal para la revolución obrera de Occidente y ambas se completan formando una unidad, podría ocurrir que ese régimen comunal

¹⁴ *Ibidem*.

ruso fuese el punto de partida para la implantación de una nueva forma comunismo». ¹⁵ Por lo tanto, no solo estaba claro para Lenin que los bolcheviques tenían que conquistar el poder en Rusia, sino también que la Revolución rusa debía ser una revolución europea y por lo tanto una revolución mundial caso de que su destino fuera el socialismo. Sobre la base de la situación objetiva resultante de la Guerra Mundial, Lenin no era más capaz que Luxemburg de concebir que Rusia pudiera resistir a las potencias capitalistas si la revolución no se expandía por Europa occidental. Para Rosa Luxemburg era muy improbable que «los rusos fueran capaces de resistir en aquel aquelarre de brujas». ¹⁶ Esta opinión no estaba basada en su experiencia o en una desconfianza hacia el pueblo, como hicieron Lenin y Trotski, quienes vocearon acerca del derecho a la autodeterminación de las naciones, la necesidad de hacer concesiones a los campesinos, etc. Tampoco se debió a los ataques imperialistas contra la Revolución rusa, o a la propaganda de la socialdemocracia, que demostró a través del análisis estadístico que el atrasado desarrollo económico de Rusia no justificaba la revolución, ni era propicio para el socialismo. Luxemburg creía esto principalmente porque, como escribió en la cárcel, «la socialdemocracia en el Occidente altamente desarrollado está compuesta de miserables cobardes, que dejarán que los rusos se desangren mirándolos tranquilamente». ¹⁷ Por mucho que criticara a los bolcheviques desde el punto de vista de las necesidades de la revolución mundial, Luxemburg estaba a favor de la revolución bolchevique, y se esforzó continuamente en señalar sus dificultades económicas debido a la falta de ayuda por parte del proletariado de Europa occidental. «Ciertamente», escribe, «no estoy muy satisfecha con los bolcheviques incluso ahora con su fanatismo por la paz [Brest-Litovsk]. Pero después de todo [...] no se les puede culpar. Se ven en un atasco, solo tienen la posibilidad de elegir entre dos males y eligen el menor. Son otros los responsables de que la Revolución rusa se vuelva en provecho del diablo». Y añade: «Los socialistas alemanes en el poder pueden proclamar que el gobierno de los bolcheviques en Rusia es una caricatura de la dictadura del proletariado. Si esto es o no verdad, se debe únicamente a la conducta del proletariado alemán que es, a su vez, una caricatura “socialista” de la lucha de clases». ¹⁸

Rosa Luxemburg murió muy temprano para constatar que la política bolchevique, si bien dejó de impulsar el movimiento revolucionario mundial, todavía fue capaz de garantizar el gobierno de los bolcheviques en el marco del capitalismo de Estado. Tal y como Liebknecht, en total acuerdo con Rosa Luxemburg, escribió desde la cárcel: «Si la revolución

¹⁵ Prólogo de Engels a la edición alemana de 1890 del *Manifiesto Comunista*.

¹⁶ R. Luxemburg en *Cartas a Luise Kautsky*, noviembre-diciembre de 1917.

¹⁷ *Ibidem*.

¹⁸ R. Luxemburg, *Die russische Revolution...*

alemana no tiene lugar, quedan para la Revolución rusa dos alternativas: morir peleando o mostrar al mundo una modesta y escuálida apariencia de vida».¹⁹

Los bolcheviques escogieron la segunda opción. «Hay comunistas en Rusia», escribía Eugen Varga cuando aún era marxista, «que se han cansado de esperar a la revolución europea y que han acabado por acostumbrarse a la idea del aislamiento de Rusia. Los países capitalistas podrían de todas formas vivir como buenos vecinos [...] con una Rusia que mirase la revolución social de los demás países como un asunto que no les atañe [...] Tal embotellamiento de la Rusia revolucionaria [...] retardaría el curso de la revolución mundial».²⁰

La política nacional de Lenin no se demostró fatal para el gobierno bolchevique. Es cierto que grandes áreas se han mantenido separadas de Rusia y se han convertido en estados reaccionarios, pero el poder del Estado bolchevique se encuentra más firme que nunca. Al parecer la línea leninista ha sido confirmada y las advertencias de Rosa Luxemburg han resultado injustificadas. Pero este juicio es cierto solo en la medida en que se refiere a la poderosa posición del aparato estatal bolchevique; ello no significa que sea válido desde el punto de vista de la revolución mundial, el punto de vista que estaba en el centro de la disputa entre Luxemburg y Lenin. La Rusia bolchevique todavía existe, por supuesto; pero no como lo que era al principio, no como el punto de partida de la revolución mundial, sino como un baluarte contrario a la misma.

La Rusia saludada por Rosa Luxemburg, y con ella por todo verdadero revolucionario, ha traicionado su promesa original; lo que quedaba era una Rusia sobre la cual Rosa Luxemburg ya en 1918 expresó el siguiente temor: «Se aproxima como espantoso espectro [...] una alianza de los bolcheviques con Alemania. Una alianza bolchevique con el imperialismo alemán sería el más terrible golpe para la moral del socialismo internacional [...] Con el grotesco “apareamiento” entre Lenin y Hindenburg la fuente moral de toda luz, allá en el Oriente, se extinguiría [...] La revolución socialista [...] bajo patrocinio del imperialismo alemán [...] esa sería la cosa más monstruosa que todavía pueda verse sobre la faz de la tierra. Y además, sería [...] una pura utopía. Cualquier revés político de los bolcheviques en la noble lucha que desempeñan contra fuerzas superiores, así como la actual situación histórica, sería preferible a esta caída moral».²¹

¹⁹ K. Liebknecht, *Politische Aufzeichnungen aus dem Nachlass*, Berlín 1921.

²⁰ E. Varga, *Die wirtschaftspolitischen Probleme der proletarischen Diktatur*, Hamburgo 1921.

²¹ R. Luxemburg, «Was will der Spartakusbund?», *Die Rote Fahne*, 1918.

A pesar de que la larga amistad entre la Rusia leninista con la Alemania de Hindenburg había de enfriarse más tarde durante cierto tiempo y de que la dictadura bolchevique prefiera hoy descansar en las bayonetas francesas en particular y en la *Sociedad de las Naciones* en general, no por ello esta alianza dejaba de realizar algo que siempre había sostenido teóricamente, y a lo que Bujarin, en el Cuarto Congreso Mundial de la Comintern, dio clara expresión de la siguiente manera: «No hay diferencia de principio entre un préstamo y una alianza militar [...] Ya somos lo suficientemente fuertes como para concluir una alianza militar con otra burguesía, con el fin de aplastar a otra burguesía por medio de ese Estado burgués. Esta forma de defensa nacional, esto es, la alianza militar con los Estados burgueses, hace que el deber de los camaradas de cualquier país concreto sea el de contribuir a llevar a este bloque a la victoria».

En el grotesco apareamiento entre Lenin y Hindenburg, entre los intereses capitalistas y los de los dirigentes bolcheviques, se pone de manifiesto, para el caso, el declive de la ola revolucionaria mundial, un declive que aún no ha tocado fondo. El movimiento obrero alrededor del nombre de Lenin es un juguete de la política capitalista, absolutamente incapaz de cualquier acción revolucionaria. La táctica de Lenin, dirigida a utilizar los movimientos nacionalistas para los fines de la revolución mundial, se ha demostrado un error histórico. Las advertencias de Rosa Luxemburg eran más justificadas de lo que ella se atrevió a creer.

Las naciones «liberadas» han acabado por formar un anillo fascista en torno a Rusia. La Turquía «liberada» fusiló a los comunistas con armas suministradas por Rusia. China, apoyada en su lucha nacional por la libertad por Rusia y la Tercera Internacional, estrangula a su movimiento obrero de una manera que recuerda demasiado a la Comuna de París. Miles y miles de cadáveres obreros testimonian la pertinencia de la opinión de Rosa Luxemburg con su frase acerca de que el derecho a la autodeterminación de las naciones no es más que una «patraña pequeñoburguesa». Hasta qué punto «la lucha por la liberación nacional era una lucha por la democracia» quedó ampliamente manifiesto en las aventuras nacionalistas de la Tercera Internacional en Alemania, aventuras que contribuyeron a las condiciones previas para la victoria del fascismo. Bastaron diez años de competencia con Hitler en pro del título al verdadero nacionalismo para convertir a los propios obreros en fascistas. Litvinov celebró en la Sociedad de las Naciones la victoria de la idea leninista de la autodeterminación de los pueblos con ocasión del plebiscito del Sarre. Frente a estas consecuencias, queda así plenamente justificado el asombro frente a quien, como Max Shachtman, todavía hoy están dispuestos a decir: «A pesar de la fuerte crítica de Rosa a los bolcheviques por su política nacional después de la revolución, esta última vino confirmada por los resultados».²²

²² Max Shachtman en *The New International*, marzo de 1935.

Es preciso, además, señalar a este respecto que la actitud de Lenin sobre la cuestión nacional no fue en absoluto de una coherencia definitiva, sino que siempre se vio subordinada a los intereses de los bolcheviques. De hecho, era absolutamente contradictoria. Lenin escribe: «Las acciones revolucionarias en tiempo de guerra contra el gobierno del propio país, sin duda indican no solo el deseo de su derrota, sino también la voluntad de promover esa derrota».²³ Si se lleva este razonamiento a sus últimas consecuencias, se llega a una absurda contradicción. Dado que los países beligerantes no se ven igualmente afectados por el derrotismo y al mismo tiempo por la revolución proletaria, esta táctica facilita la victoria de aquel país que se ve menos afectado por tal fenómeno y favorece así la opresión del país vencido. Durante una guerra imperialista el proletariado puede, según Lenin, ser partidario de la derrota del propio país. En caso de que la derrota se haya producido, los obreros pueden cambiar de bandera y apoyar a su burguesía en su lucha por la liberación nacional. Cuando más tarde, la «nación oprimida» con la ayuda del proletariado tome de nuevo su lugar entre las naciones, los obreros podrán, una vez más, dejar de lado la defensa nacional. ¿Es esta quizás una interpretación capciosa del pensamiento de Lenin? Echemos un vistazo a la práctica real. En 1914-1918, Lenin y los bolcheviques se opusieron a la defensa nacional frente a Alemania. En 1919-23 participaron en la defensa nacional y por la liberación nacional de Alemania. Finalmente, cuando gracias a la ayuda del proletariado, Alemania volvió a convertirse en un poder imperialista, se opusieron una vez más a la defensa nacional. Y de lo que estén a favor o en contra mañana dependerá de las constelaciones de poder de la próxima guerra mundial, que verá a Rusia como aliada de tal o cual grupo. La táctica derrotista representada por Lenin durante la última guerra está en total contradicción con el *derecho a la autodeterminación de las naciones* y a las *guerras de liberación nacional*. Es una serpiente que se muerde la cola; el proletariado desempeña el papel de la justicia compensatoria entre los rivales capitalistas. Rosa Luxemburg se esforzó en señalar de todas las formas posibles que esto no tiene nada que ver con la *lucha de clases marxista*.

Lenin fue un político práctico y solo como táctico se distinguió esencialmente de los teóricos de la Segunda Internacional. Lo que ellos buscaban alcanzar por medio de formas democráticas, él trató de conquistarlo por medios revolucionarios. Lenin quería realizar el socialismo *para* los obreros no con discursos en el parlamento, sino mediante la fuerza en el campo real de la lucha de clases.

Lenin quiso hacer la revolución para las masas por medio de su partido, en la medida en que el partido se ganaba el favor de las masas. El poder

²³ Lenin y Zinoviev, *Gegen den Strom*, Hamburgo, 1921.

tenía que quedar en manos de los bolcheviques para que los explotados de Rusia pudieran ser liberados. El poder tenía que estar en manos de los bolcheviques a fin de que la revolución pudiera vencer al capitalismo mundial. La toma del poder político por el partido era el principio y el fin de la política leninista, una política que a menudo ha sido aclamada como astuta y flexible, pero que en realidad fue puramente oportunista.

Frente a la revolución, la burguesía rusa no estaba en condiciones de hacerse con el poder y mantenerlo, debido a que no poseía los medios para resolver el problema agrario, que se dejó como herencia a los bolcheviques. «Hemos llevado como nadie la revolución democrática burguesa a su término», declaró Lenin en el cuarto aniversario de la revolución de Octubre, y esta revolución se llevó a cabo con la ayuda del campesinado. Para mantener el poder, los bolcheviques sopesaron constantemente la oposición entre campesinos y obreros y siguieron tanto en Rusia como en el exterior la conocida política del zig-zag. Esta política hizo de la historia de la Tercera Internacional la historia de sus crisis y sus fracasos.

La primera concesión real a los campesinos permitió a Rosa Luxemburg prever, aunque fuera de forma aproximada, el inevitable futuro de la Rusia bolchevique, a menos que la fuerza reactiva de esta «transgresión» fuera sorprendida por la revolución mundial. «La consigna de la ocupación y reparto inmediato de las tierras entre los campesinos», escribía, «lanzada por los bolcheviques, tenía que actuar necesariamente en dirección contraria a lo que se pretendía. Esta consigna no solo no es una medida socialista, sino que es su opuesto, y levanta dificultades insuperables ante el objetivo de transformar las relaciones agrarias en un sentido socialista».²⁴ Rosa Luxemburg, que en ese entonces estaba en la cárcel, no sabía que los campesinos se habían repartido la tierra incluso antes de que los bolcheviques lo autorizaran, y que estos últimos se limitaron a legalizar lo que ya era prácticamente una situación de hecho. La acción espontánea de las masas campesinas fue más rápida que la palabra de los «portadores de la conciencia revolucionaria», tal y como los bolcheviques gustaban definirse.

Los bolcheviques querían, sin embargo, llevar la revolución burguesa a su fin, y para este propósito también se requería la transformación de los campesinos en obreros asalariados agrícolas: realizando así la capitalización de la agricultura. Este proceso está aún en marcha y en todo el mundo se celebra como colectivización; en ningún modo se ha completado, ni puede serlo sin dar lugar a nuevos conflictos revolucionarios.

Es obvio que los leninistas pueden sostener que Luxemburg estaba equivocada cuando afirmaba que sin la revolución mundial el bolchevismo

²⁴ R. Luxemburg, *Die russische Revolution...*

tenía que capitular ante el problema campesino. Sin embargo, dicha opinión también implica demostrar que el bolchevismo ha llevado efectivamente al socialismo. Lo que existe en Rusia, sin embargo, no es socialismo, sino capitalismo de Estado. Incluso si puede ser llamado socialismo, sigue siendo capitalismo de Estado que explota mano de obra asalariada; en este aspecto, los temores de Luxemburg, por mucho que hayan sido atenuados, se han visto plenamente confirmados después de todo.

Los movimientos campesinos en los primeros años de la Revolución rusa obligaron a los bolcheviques, si querían conservar el poder, a aceptar un curso de acción que necesariamente obstaculizaba la revolución mundial y que en la propia Rusia llevó a un capitalismo de Estado, que posteriormente tendría que ser derrocado de forma revolucionaria por el proletariado, caso de que este quisiera llegar al socialismo. Pero lo que importa resaltar es el hecho de que justamente por la ayuda campesina, los bolcheviques fueron capaces de conquistar el poder y que además ellos consideraban como suficiente mantener en sus manos los puestos de mando políticos y económicos para llegar, mediante una política correcta, al socialismo. El curso de acción al que los bolcheviques se vieron obligados por las atrasadas condiciones de Rusia —la más metódica centralización de la autoridad y las concesiones a los campesinos— apareció ante ellos como fruto de su propio éxito y su sagaz política, lo que también intentaron extender al ámbito internacional.

Las leyes del movimiento de la Revolución rusa habían sido previstas por Lenin con notable claridad mucho antes de su estallido, y toda su teoría y práctica fue modelada para encajar en estas condiciones rusas. Esta es la explicación de su rígido centralismo, su clara concepción del papel del partido, su aceptación de las ideas de Hilferding sobre la socialización y también su posición en la cuestión nacional.

Aunque Rosa Luxemburg, por su familiaridad con las condiciones rusas, fue muy capaz de entender la política leninista y analizar su base como ningún otro marxista pudo hacerlo, y aunque ella fue capaz, en la medida en que los bolcheviques parecían entonces una fuerza revolucionaria mundial, de aceptar todo esto como inevitable, atacó con todas sus fuerzas el propósito, sobre la base de esta situación especial de Rusia, de crear una receta para la solución de las tareas revolucionarias de los obreros en todo el mundo. «Lo peligroso comienza», dice acerca de la política leninista, «cuando los bolcheviques tratan de hacer de la necesidad virtud e intentan demostrar que esta táctica, fruto de circunstancias contingentes, es aplicable a toda época futura y la proponen al proletariado internacional como modelo de táctica socialista que debe ser universalmente imitado».²⁵

²⁵ *Ibidem*.

En tanto la alianza entre los campesinos y los obreros había cumplido las expectativas de Lenin de poner el poder en manos de los bolcheviques, este concibió el curso de la revolución mundial como un proceso similar, aunque en una escala mayor. Los pueblos oprimidos eran en su mayor parte naciones agrarias, y de hecho en su política campesina la Internacional Comunista trató de combinar los intereses agrarios y los proletarios a escala mundial con el fin de plantarlos en oposición al capital, a la manera rusa, y derrotarlo en todo el mundo.

Los movimientos de liberación nacional en las colonias y los de las minorías nacionales en los países capitalistas obtuvieron también el apoyo de los bolcheviques, ya que de esta modo se debilitaba la intervención imperialista de los países capitalistas en Rusia.

Sin embargo, la revolución mundial se negó a ser tratada como una copia ampliada de la Revolución rusa. Las aventuras de la Internacional Comunista en sus esfuerzos por hacer de sí misma una internacional de obreros y campesinos son reconocidos como graves errores; en lugar de fomentar el movimiento revolucionario contra el capitalismo, lo desintegraron. Todo lo que podía lograrse de esta manera era la consolidación del poder estatal bolchevique en Rusia, ganando a cambio un largo respiro histórico que condujo a una situación, tanto en Rusia como a nivel internacional, como la que enfrentamos todavía hoy.

Mientras la posición de Lenin sobre la cuestión nacional tuvo su origen, por un lado, en el punto de vista socialdemócrata previo a la guerra —que él no superó completamente— y, por otro, le pareció un medio para el establecimiento y la consolidación del dominio bolchevique en Rusia y su eventual ampliación a escala mundial; para Rosa Luxemburg no tuvo otro significado que el de una política equivocada, por la que se pagaría un alto precio.

En contraste con Lenin, para quien, coherentemente con su posición general, la organización y la conquista del poder por el partido era el presupuesto necesario para la victoria del socialismo, la mirada de Rosa Luxemburg consideró las exigencias de clase del proletariado. Además, mientras que la teoría y la práctica de Lenin estaban en su mayor parte vinculadas con las condiciones atrasadas de Rusia, Rosa Luxemburg tomó, de forma constante, como punto de partida a los países capitalistas más desarrollados y por tanto fue incapaz de ver en la «misión histórica» de la clase obrera un problema de partido y de dirección. Luxemburg dio más importancia a los movimientos espontáneos de masas y a la iniciativa espontánea de los obreros que al crecimiento de la organización y a la calidad de los dirigentes. De esta forma, difería sustancialmente de Lenin en su valoración del factor de la «espontaneidad» en la historia y, por lo tanto,

también en lo que respecta al papel de la organización en la lucha de clases. Pero, antes de entrar en estas diferencias, nos gustaría contrastar brevemente los puntos de vista de Lenin y Luxemburg sobre la teoría marxista de la acumulación, ya que este problema está estrechamente relacionado con todos los demás.

El derrumbe del capitalismo

En su campaña contra los revisionistas, Rosa Luxemburg había ya señalado que el movimiento obrero debe estar preparado para hacer frente al problema de la revolución, y no al de la reforma, puesto que el capitalismo se dirige inevitablemente a su derrumbe.

En contraste con el revisionismo, tendente a atribuir al capitalismo una duración ilimitada, Luxemburg sostuvo que «con la hipótesis de que la acumulación capitalista no tiene ningún límite económico, el socialismo pierde su base granítica de necesidad histórica objetiva. Esto nos arroja a la niebla de los sistemas y escuelas premarxistas que pretendían deducir el socialismo de la mera injusticia y maldad del mundo actual y de la pura determinación revolucionaria de la clase obrera».²⁶

Su principal obra, *La acumulación de capital*, concebida como parte de su lucha contra el reformismo, se dirigió a demostrar el límite objetivo del desarrollo capitalista, y fue al mismo tiempo una crítica de la teoría marxista de la acumulación.²⁷

De acuerdo con Luxemburg, Marx había planteado el problema de la acumulación del capital en general, pero lo dejó sin respuesta. *El capital* le parecía «incompleto», un «tronco»; tenía «lagunas» que debían colmarse. Marx había «representado el proceso de acumulación de capital en una sociedad compuesta solo por capitalistas y obreros»; en su sistema «pasó por encima del comercio exterior» de manera que es «tan necesario como al mismo tiempo imposible, realizar el plusvalor en su sistema fuera de las dos clases sociales existentes». En Marx, la acumulación de capital «había entrado en un círculo vicioso»; su obra contiene «evidentes contradicciones», que ella se propuso superar.

Luxemburg fundaba la necesidad del derrumbe capitalista en «la contradicción dialéctica en la que la acumulación capitalista requiere, para su

²⁶ R. Luxemburg, *Die Akkumulation des Kapitals oder was die Epigonen aus der Marx'schen Kritik gemacht haben. Eine Antikritik*, Leipzig, Franke, 1921.

²⁷ R. Luxemburg, *Die Akkumulation des Kapitals. Ein Beitrag zur ökonomischen Erklärung des Imperialismus*, Berlín, Vorwärts, 1913 [ed. cast.: *La acumulación de capital*, 2 vols., Barcelona, Orbis, 1985].

movimiento, de estar rodeada por zonas no capitalistas [...] y solo puede continuar durante el tiempo que tal entorno exista».²⁸

Luxemburg veía las dificultades para la acumulación en la esfera de la circulación, en el proceso de circulación y realización del plusvalor, mientras que para Marx estas dificultades ya están presentes en la esfera de la producción, dado que para él la acumulación es una cuestión de valorización del capital (*Kapitalverwertung*). La producción de plusvalor, y no su realización, es para él, el verdadero problema. Sin embargo, al parecer de Rosa Luxemburg, una parte del plusvalor no podía entenderse dentro de un sistema capitalista como el representado por Marx; su conversión en nuevo capital solo era posible por medio del comercio exterior con los países capitalistas. Esta es la forma en la que plantea el asunto: «El proceso de acumulación tiende a sustituir en todas partes la economía natural por la economía mercantil simple, la economía mercantil simple por la economía capitalista y en todos los sectores el dominio absoluto de la producción del capital, como modo de producción único y absoluto. Una vez que el resultado final se ha alcanzado —aunque esto sigue siendo solo una construcción teórica— la acumulación se vuelve imposible. La realización y la capitalización del plusvalor se transforma en una tarea insoluble [...] La imposibilidad de la acumulación significa, en términos capitalistas, la imposibilidad de seguir desarrollando las fuerzas productivas y, por tanto, la necesidad histórica objetiva de la superación del capitalismo».²⁹ Estas reflexiones de Rosa Luxemburg no eran nuevas; lo único original en ellas era el fundamento que les proporcionó.

Luxemburg trató de demostrar su exactitud haciendo referencia al esquema de la reproducción de Marx en el segundo volumen de *El capital*. Según Marx, el capital debe acumularse. Debe haber una relación bien definida entre las diferentes ramas de la producción para que los capitalistas puedan encontrar en el mercado medios de producción, obreros y medios de consumo para la reproducción.

Esta relación, que escapa al control de los seres humanos, se sostiene ciegamente por sí misma a través del mercado. Marx redujo todo ello a dos grandes sectores: la producción de medios de producción y la producción de medios de consumo. Ilustró la relación de cambio entre ambos sectores por medio de cifras arbitrariamente elegidas. Sobre la base de este esquema marxista, la acumulación procede aparentemente sin perturbaciones. El intercambio entre los dos sectores se da sin problemas.

²⁸ *Ibidem*.

²⁹ *Ibidem*.

«Al tomar este esquema literalmente», dice Rosa Luxemburg, «pareciera como si la producción capitalista realizara exclusivamente el total de su plusvalor y empleara el plusvalor capitalizado para sus propias necesidades. En tanto la producción capitalista es ella misma la compradora exclusiva de su plusproducto, la acumulación de capital no encuentra límites [...] En virtud de los presupuestos marxistas, el esquema no permite otra interpretación que la producción ilimitada en aras de la producción».³⁰

Pero eso, dice Rosa Luxemburg, puede no ser, después de todo, el «propósito» de la acumulación. Tal producción como la sugerida por el esquema está «desde el punto de vista capitalista desprovista de sentido». «La tesis marxista de la acumulación no da respuesta a la pregunta de para quién se lleva realmente a cabo la producción ampliada [...] Ciertamente, en el curso de la acumulación, el consumo de los obreros aumenta, al igual que el de los capitalistas; aún así, el consumo personal de los capitalistas recae bajo el punto de vista de la reproducción simple. Y se pregunta: ¿para quién producen los capitalistas cuando no consumen toda el plusvalor, sino que practican la abstinencia voluntaria, es decir acumulan? [...] Mucho menos el propósito de la acumulación ininterrumpida puede ser el mantenimiento de un ejército cada vez mayor de obreros, ya que el consumo de los obreros es en términos capitalistas una consecuencia de la acumulación, pero nunca su propósito y su presupuesto [...] Si el esquema marxista de la reproducción ampliada se ajustara a la realidad, indicaría el final de la producción capitalista».³¹

Sin embargo, según Rosa Luxemburg, en el esquema marxista, es simplemente imposible tener una relación de intercambio libre de fricciones entre los dos grandes sectores de la producción. «La hipótesis del incremento de la composición orgánica del capital demostraría que el mantenimiento de la necesaria proporción cuantitativa queda excluida de antemano; es decir, la imposibilidad de la acumulación continuada es demostrable en términos puramente esquemáticos y cuantitativos. El intercambio entre ambos sectores es imposible, sigue habiendo un excedente no vendible en el sector de bienes de consumo, una sobreproducción de plusvalor que solo puede realizarse en los países no capitalistas».³²

Con esta teoría Rosa Luxemburg también explicaba las necesidades imperialistas de los países capitalistas. La teoría de Rosa Luxemburg está en contradicción directa con la opinión de Lenin sobre dicha cuestión, como puede verse en todas sus obras sobre economía. En perfecto acuerdo con Marx, Lenin identificó las contradicciones que señalaban

³⁰ *Ibidem*.

³¹ *Ibidem*.

³² *Ibidem*.

las limitaciones históricas del capitalismo, no en la esfera de la circulación como Rosa Luxemburg, sino en la esfera de la producción. Lenin se posicionó sin críticas y sin reservas a favor de las teorías económicas marxistas, que consideraba completas y exentas de toda carencia. En sus propias obras teóricas se limitó a emplear las doctrinas marxistas para la investigación del desarrollo del capitalismo en general y del capitalismo ruso en particular. Hay una obra especial de Lenin, aunque todavía sin traducir, contra la teoría de la acumulación de Rosa Luxemburg, pero se limita a repetir el punto de vista que él estableció en todas sus otras obras sobre la cuestión y con el cual simplemente nos hemos familiarizado aquí, con el fin de comprender por completo toda la fuerza de la contradicción entre las dos concepciones.

En sus escritos contra los *narodniki*, Lenin ya había anticipado muchos de sus argumentos, que más tarde empleó contra Rosa Luxemburg. Los *narodniki* afirmaban que el mercado capitalista local era insuficiente para la expansión de la economía capitalista y, además, que esta se veía reducida continuamente debido al empobrecimiento paralelo de las masas. Al igual que Rosa Luxemburg después, los *narodniki* tampoco podían conceder que el plusvalor capitalista pudiera realizarse sin los mercados extranjeros. Según Lenin, sin embargo, el problema de la realización del plusvalor no tenía nada que ver con esta cuestión; «con traer a colación al comercio exterior no se resuelve el problema, solo se lo desplaza». ³³

Para Lenin, la necesidad del mercado extranjero para un país capitalista «no se explica en absoluto por las leyes de la realización del producto social (y del plusvalor en particular), sino por el hecho de que el capitalismo solo surge como resultado de una circulación de mercancías altamente desarrollada la cual va más allá de las fronteras del Estado». ³⁴

La colocación del producto en el mercado exterior no explica nada, «sino que exige en sí una explicación, es decir, la búsqueda de su equivalente [...] Cuando se habla de las «dificultades» en la realización», dice Lenin, «es necesario también darse cuenta de que esas “dificultades” no solo son posibles sino también inevitables, y, de hecho, lo son en relación con todas las partes del producto capitalista, y no solo en relación con el plusvalor. Las dificultades de este tipo, las cuales se originan en la distribución no proporcional de las diferentes ramas de la producción, surgen constantemente no solo vinculadas con la realización del plusvalor, sino también con la realización del capital variable y del capital constante; no solo vinculadas con la realización del producto en la forma de bienes de

³³ Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, 1899 en *Obras Completas*, 54 vols., Moscú, Editorial Progreso, 1981-1988.

³⁴ *Ibidem*.

consumo, sino también en la forma de medios de producción».³⁵ «Como se sabe», escribe Lenin en su *Caracterización del romanticismo económico* (1899), «la ley de la producción capitalista consiste en el hecho de que el capital constante aumenta más rápidamente que el capital variable; es decir, una parte cada vez mayor del capital recién formado fluye a aquel sector de la producción social que produce medios de producción. En consecuencia, este sector debe crecer incondicionalmente más rápido que el de los medios de consumo. En consecuencia, los medios de consumo llegan a ocupar una parte cada vez menos prominente en la masa total de la producción capitalista. Y eso se encuentra en plena armonía con la misión histórica del capitalismo y su estructura social específica: la primera consiste en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad; la última se opone a la utilización de las mismas por la masa de la población».

Para Lenin nada «es más equívoco que deducir de esta contradicción entre la producción y el consumo, que Marx hubiera impugnado las posibilidades de realización del plusvalor en la sociedad capitalista, o que haya explicado las crisis como resultado de un consumo insuficiente [...] Las diferentes ramas de la industria que se sirven de uno u otro mercado no se desarrollan uniformemente, se superponen entre sí, al tiempo que la industria más desarrollada busca mercados extranjeros. Tal circunstancia no indica en absoluto que para la nación capitalista sea imposible realizar un plusvalor [...] Solamente señala la falta de proporción del desarrollo de las diversas industrias. Con una distribución diferente del capital nacional, la misma cantidad de productos podría realizarse dentro del país».³⁶

Según Lenin, Marx con su esquema de reproducción había «explicado por completo el proceso de realización del producto, en general, y del plusvalor, en particular, al tiempo que había revelado que no existía ninguna justificación para traer a colación la cuestión del mercado exterior».³⁷ La predisposición del capitalismo a las crisis y sus tendencias expansionistas son explicadas por Lenin debido a la falta de uniformidad en el desarrollo de las diversas ramas de la industria. Es de la naturaleza monopolista del capitalismo de donde Lenin deriva la constante expansión colonial y el reparto imperialista del mundo. Por medio de la exportación de capital y del control de las fuentes de materias primas, la burguesía de los principales países capitalistas obtiene enormes beneficios adicionales». La expansión imperialista, en su opinión, «no sirve tanto para la realización del plusvalor como para aumentar la masa de beneficios».³⁸

³⁵ *Ibidem.*

³⁶ *Ibidem.*

³⁷ *Ibidem.*

³⁸ Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, 1916, en *Obras Completas*, 54 vols., Moscú, Editorial Progreso, 1981-1988.

No cabe duda de que la concepción de Lenin es mucho más cercana a Marx que la de Rosa Luxemburg. Es cierto que esta última tuvo bastante razón en reconocer en la teoría marxista de la acumulación la ley del derrumbe del capitalismo; sin embargo Luxemburg pasó por alto la base sobre la que se fundaba este punto de vista marxista y presentó una teoría propia de la realización de capital, que Lenin rechazó correctamente como *no marxista* y falsa. Sin embargo es interesante observar a este respecto que en la bibliografía adjunta a su biografía de Marx, Lenin se refirió a los «análisis de Otto Bauer sobre la falsa interpretación (luxemburguista) de la teoría marxista».³⁹

Ahora bien, la crítica de Bauer⁴⁰ a la teoría de la acumulación de Rosa Luxemburg había sido refutada correctamente por esta última en su *Anti-crítica* como una «vergüenza para el marxismo oficial»: De hecho, en sus ataques Bauer no reiteró otra cosa que la concepción revisionista de que el capitalismo carece de límites objetivos. Según Bauer, «el capitalismo es concebible incluso sin la expansión» [...] «El derrumbe del capitalismo», dice, «no se debe a la mecánica imposibilidad de la realización del plusvalor», sino a «la exasperación a la que impulsa a las masas del pueblo [...] Este recibirá el golpe de gracia de la clase obrera en constante crecimiento, educada, unida y organizada a través del mismo mecanismo de la propia producción capitalista».⁴¹

Mediante una modificación del esquema de la reproducción que evitaba muchos de los defectos deplorados por Rosa Luxemburg en Marx, Bauer trató de demostrar que incluso suponiendo un aumento de la composición orgánica del capital, era todavía posible un intercambio libre de fricciones entre los dos sectores dentro el esquema de la reproducción capitalista. Rosa Luxemburg demostró, sin embargo, que incluso en su esquema modificado permanecía un excedente invendible en el sector de consumo, y que a fin de ser realizado obligaba a la conquista de nuevos mercados. A esto, Bauer no tenía nada que objetar. Y, no obstante, Lenin se refirió a él como el «crítico de la falsa teoría de Rosa Luxemburg».

Los argumentos de Bauer no solo dejaron indemne a Rosa Luxemburg, sino que las mismas conclusiones que extrajo de su esquema y que apuntaban a la posibilidad de una acumulación ilimitada (independientemente del problema de la relación de intercambio entre ambos sectores de la producción) podían demostrarse carentes de todo fundamento dentro de su mismo esquema. Henryk Grossman demostró que si el esquema de Bauer

³⁹ Lenin, *Bibliografía del marxismo*, en *Obras Completas*, 54 vols., Moscú, Editorial Progreso, 1981-1988.

⁴⁰ O. Bauer, *Die Akkumulation des Kapitals*, Neue Zeit, 1913.

⁴¹ *Ibidem*.

se extendía a fin de abarcar un periodo de tiempo más largo, el resultado no hubiera sido la expansión sin fricciones del capitalismo de Bauer, sino el derrumbe de la expansión del capital. La lucha contra la teoría del derrumbe de Rosa Luxemburg solo había conducido a otra teoría similar.⁴²

La controversia entre Luxemburg y Bauer, hacia quien se dirigían las simpatías de Lenin, fue una disputa por nada, y de nuevo es interesante señalar que Lenin no logró captar la insensatez de todo el debate. Esta discusión trató acerca de la posibilidad o imposibilidad de una relación de intercambio libre de fricciones entre los dos sectores del esquema de reproducción marxista, del cual dependía la plena realización del plusvalor. En el sistema de Marx, el esquema fue pensado simplemente como una ayuda para el análisis teórico, y no fue concebido como si tuviera base objetiva alguna en la realidad. Henryk Grossman, en su convincente reconstrucción del plan de *El capital* de Marx,⁴³ así como en otros trabajos, puso de manifiesto el verdadero significado del esquema de reproducción, y de este modo estableció el debate sobre la teoría de la acumulación de Marx sobre bases nuevas y más fecundas. Toda la crítica dirigida a Marx por Luxemburg sobre la base de este esquema fue postulada según la hipótesis de que el esquema de reproducción tenía un fundamento objetivo.

Pero, tal y como dice Grossman, «el esquema, en sí mismo, no hace ninguna afirmación en el sentido de representar una imagen de la realidad capitalista concreta. Es solo un eslabón en el proceso marxista de aproximación, uno que forma junto a otros supuestos simplificadores, en los cuales se basa el esquema, y con las modificaciones posteriores mediante las cuales el asunto se vuelve progresivamente un todo más concreto e inseparable. Por lo tanto, cada una de estas tres partes sin las otras dos se vuelve simplemente incomprendible para el reconocimiento de la verdad, y no puede tener como ulterior significado más que el de una etapa preliminar del conocimiento, el primer paso en el proceso de acercamiento a la realidad concreta (*Annäherungsverfahren*)».⁴⁴

El esquema marxista trata de los valores de cambio, pero en realidad las mercancías no son intercambiadas según su valor, sino sobre la base de su precio de producción. «En un esquema de reproducción basado en valores, se deben verificar diferentes tasas de beneficio en cada sección del mismo esquema. Sin embargo existe una tendencia de las diferentes tasas de beneficio a ser equiparadas en tasas promedio, una circunstancia que

⁴² H. Grossman, *Das Akkumulations- und Zusammenbruchsgesetz des kapitalistischen Systems*, Leipzig, C. L. Hirschfeld, 1929 [ed. cast.: *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*, Ciudad de México, Siglo XXI, 1978].

⁴³ H. Grossman, *Die Aenderung des Aufbauplans des Marxschen Kapital*, 1932.

⁴⁴ H. Grossman, *Die Wert-Preis-Transformation bei Marx und das Krisenproblem...*

ya se encuentra contenida en el concepto de precios de producción. De manera que si se quiere tomar el esquema como base para afirmar o negar la posibilidad de la realización del plusvalor, primero habría que transformarlo en un esquema de precios». ⁴⁵

Incluso si Rosa Luxemburg tuvo éxito en demostrar que, en el esquema marxista, el intercambio completo de las mercancías resulta imposible, que cada año debe producirse una excedente creciente de bienes de consumo, ¿qué habría probado? «Solo la circunstancia de que el “remanente invendible” en el sector de consumo aparece dentro del esquema de valor, según el supuesto de que las mercancías sean intercambiadas por sus valores». ⁴⁶ Pero este supuesto no existe en la realidad. El esquema de valor en el que se basa el análisis de Luxemburg presenta diferentes tasas de beneficio en los diversos sectores de la producción, y estas tasas no son equiparadas a tasas promedio, ya que el esquema no tiene en cuenta la competencia. ¿Qué valor tienen entonces las conclusiones de Luxemburg en lo que respecta a la realidad, cuando se derivan de un esquema que no tiene validez objetiva?

«Dado que la competencia da lugar a la transformación de los valores en precios de producción y, en consecuencia y, por tanto, la redistribución del plusvalor entre los sectores de la industria (según el esquema), por lo que necesariamente se produce un cambio en la anterior relación de proporcionalidad entre las esferas del esquema, es bastante posible e incluso probable que un “equilibrio de consumo” en el esquema del valor desaparezca subsecuentemente en el esquema de precios de producción y, a la inversa, un original equilibrio del esquema de valor se transforme subsecuentemente en una desproporción en el esquema de precios de producción». ⁴⁷

La confusión teórica de Rosa Luxemburg se ilustra mejor por el hecho de que, por una parte, ve en la tasa media de beneficio el factor dominante que «considera a cada uno de los capitales individuales solo como una parte del capital social total, y le asigna el beneficio como parte proporcional del plusvalor extraída a la sociedad independientemente de la cantidad extraída por este efectivamente», ⁴⁸ y por el hecho de que, por otra, examina la cuestión de si es posible un intercambio completo, sobre la base de un esquema que no conoce la tasa media de beneficio. Si se considera esta tasa media de beneficio, el argumento de la desproporción de Rosa Luxemburg pierde todo valor, ya que algunos capitalistas venden por encima y otros por debajo del valor, y ya que sobre la base del precio de producción la parte del plusvalor no vendible puede desaparecer.

⁴⁵ *Ibidem.*

⁴⁶ *Ibidem.*

⁴⁷ *Ibidem.*

⁴⁸ R. Luxemburg, *Die Akkumulation des Kapitals...*

La ley de la acumulación de Marx es idéntica a la de la caída de la tasa de beneficio. La caída de la tasa de beneficio puede compensarse por el crecimiento de la masa de beneficios solamente por un tiempo limitado, tras el continuo incremento de la acumulación. El capitalismo no se comporta según lo dicho por Marx por un exceso de plusvalor que no llega a ser realizado, sino por la falta de plusvalor. Rosa Luxemburg pasó completamente por alto las consecuencias de la caída de la tasa de beneficio; y por esta razón, también tuvo que plantear la cuestión, sin sentido desde el punto de vista marxista, de la «finalidad» de la acumulación.

Se dice —escribe— que el capitalismo caerá debido a la caída de la tasa de beneficio [...] Esta seguridad viene disipada desafortunadamente por una sola frase de Marx, a saber, la afirmación de que para los grandes capitales la caída de la tasa de beneficio se ve contrarrestada por la masa de beneficio. La superación del capitalismo debido a la caída de la tasa de beneficio está por lo tanto bastante lejos, algo así como el tiempo necesario para la extinción del sol.⁴⁹

Luxemburg no entendió que mientras Marx ciertamente había establecido tal hecho, al mismo tiempo sugirió también su límite, sostuvo que la caída de la tasa de beneficio se traduce en la caída de la masa de beneficio; de hecho, Luxemburg no se dio cuenta de que la primera es expresión de la segunda, que al principio es solo una caída relativa, y después una caída absoluta de la masa de beneficio, en relación con las necesidades del capital para la acumulación.

Ciertamente, Lenin había considerado inconcebible que «la tasa de ganancia tuviera una tendencia a caer»⁵⁰ y se refirió al hecho de que «Marx había analizado minuciosamente esta tendencia, así como las diversas circunstancias que la ocultan o la contrarrestan».⁵¹ Sin embargo, Lenin tampoco comprendió claramente la importancia de esta ley en el sistema marxista. Un hecho que explica, por un lado, su aceptación de la réplica de Bauer a Rosa Luxemburg y por el otro la restricción de su propia explicación de la crisis al desarrollo desigual de los distintos sectores de la producción. Esto también explica sus concepciones contradictorias, en las cuales unas veces cree en un final inevitable del capitalismo y otras enfatiza que para el capitalismo no hay ninguna situación sin salida. En sus obras no se encuentra ningún argumento económico convincente sobre el final del capitalismo y sin embargo al mismo tiempo tiene la más firme convicción de que el sistema se dirige inevitablemente a su caída. Esto

⁴⁹ R. Luxemburg, *Die Akkumulation des Kapitals oder was die Epigonen...*

⁵⁰ Lenin, *Karl Marx*, en *Obras Completas*, 54 vols., Moscú, Editorial Progreso, 1981-1988.

⁵¹ *Ibidem*.

puede explicarse por el hecho de que, si bien no creía —como Bauer y la socialdemocracia— en la posibilidad de la transformación reformista del capitalismo en socialismo, no obstante creía igual que ellos que el derrocamiento del capitalismo era exclusivamente una cuestión del desarrollo de la conciencia revolucionaria de la clase obrera o, más precisamente, una cuestión de organización y liderazgo.

La espontaneidad y el papel de la organización

Ya hemos visto que Rosa Luxemburg había enfatizado correctamente que la ley de la acumulación de Marx es al mismo tiempo la ley del derrumbe del capitalismo. Su razonamiento era equivocado, pero sus conclusiones eran correctas. Aunque su explicación de la ley del derrumbe divergía totalmente de la de Marx, reconoció la existencia de esa ley. Los argumentos de Lenin en contra de la concepción *luxemburguista* eran sólidos y, en la medida en que lo eran, estaban en completa sintonía con Marx; no obstante, Lenin evadió la cuestión de si el capitalismo se enfrenta a un límite objetivo. Su propia doctrina de la crisis era inadecuada e inconsistente. Su teoría, aunque más correcta, no dio lugar a conclusiones verdaderamente revolucionarias. El argumento de Rosa Luxemburg, aunque equivocado, siguió siendo revolucionario. Ya que la cuestión es la de enfatizar y demostrar la tendencia del capitalismo al derrumbe.

Lenin, que todavía estaba mucho más cerca de la socialdemocracia que Rosa Luxemburg, vio el derrumbe del capitalismo más como un acto político consciente que como una necesidad económica. No entendió que la respuesta al problema de si el factor predominante en la revolución proletaria es político o económico, no pertenece a la teoría abstracta, sino a la situación concreta del momento. Ambos factores, más allá de lo puramente conceptual, son en realidad inseparables.

Lenin había aceptado gran parte de las especulaciones de Hilferding acerca del desarrollo capitalista, que según este último tendía hacia lo que se llamaba un «cartel general».⁵² Y esto no solo porque, como sucedió al principio, Lenin encarnaría el carácter burgués de la inminente Revolución rusa y por tanto se adaptó conscientemente a sus necesidades y manifestaciones burguesas; sino también porque se vio condicionado por la actitud de Hilferding hacia los países capitalistas más desarrollados y de esta manera llegó a sobrevalorar el «aspecto político» de la revolución proletaria.

⁵² R. Hilferding, *Das Finanzkapital*, en *Marx-Studien. Blätter zur Theorie und Politik des wissenschaftlichen Sozialismus*, vol. 3, Viena, 1910 [ed. cast.: *El capitalismo financiero*, Madrid, Tecnos, 1963].

Según Lenin, es equivocado suponer (y esta opinión venía respaldada por la situación internacional) que estamos viviendo en la era de la revolución proletaria en estado puro; de hecho, para Lenin una revolución de este tipo no puede darse nunca. La verdadera revolución es para Lenin la conversión dialéctica de la revolución burguesa en revolución proletaria. Las demandas de la revolución burguesa que todavía están en el orden del día solo podrán cumplirse a futuro en el marco de la revolución proletaria; pero esta revolución solo es proletaria en cuanto a su dirección, ya que abarca a todos los oprimidos que pueden convertirse en aliados del proletariado: los campesinos, las clases medias, los pueblos coloniales, las naciones oprimidas, etc. Esta auténtica revolución se lleva a cabo en la época del imperialismo, el cual, impulsado por los monopolios económicos, es para Lenin un capitalismo «parasitario» y «estancado», la «fase superior del capitalismo» inmediatamente antes del estallido de la revolución social.⁵³ El imperialismo lleva, según la concepción de Lenin, «a la socialización de la producción en sus más variados aspectos; arrastra, por decirlo así, a pesar de su voluntad y conciencia, a los capitalistas a un nuevo régimen social, de transición entre la plena libertad de concurrencia y la socialización completa».⁵⁴

El capitalismo monopolista, según Lenin, ha logrado que la producción esté madura para la socialización; la única cuestión pendiente es tomar el control de la economía de las manos de los capitalistas y ponerlo en manos del Estado, para después regular la distribución según principios socialistas. Toda la cuestión del socialismo se reduce a la conquista del poder político por el partido proletario, que luego hará realidad el socialismo para los obreros. En lo que concierne a la cuestión de la construcción socialista y sus problemas de organización, no hubo diferencias entre Lenin y la socialdemocracia. La única diferencia estriba en la forma en que el control sobre la producción iba a ser adquirido: por medios parlamentarios o por medios revolucionarios. La posesión del poder político, el control sobre el monopolio absoluto, eran en ambas concepciones una solución suficiente para el problema de la economía socialista. Es también por esta razón que Lenin no se alarma ante la perspectiva del capitalismo de Estado. Así, en el XI Congreso del Partido Bolchevique, dijo en contra de sus oponentes: «El capitalismo de Estado es aquella forma de capitalismo que estaremos en condiciones de restringir, de establecer sus límites; este capitalismo se vincula con el Estado, y el Estado es la parte más avanzada de los obreros, la vanguardia. Nosotros somos el Estado. [...] Y es de nosotros de quien dependerá la naturaleza de ese capitalismo de Estado».⁵⁵

⁵³ Lenin, *Mensaje al Primer Congreso de los Soviets*, 1917, en *Obras Completas*, 54 vols., Moscú, Editorial Progreso, 1981-1988.

⁵⁴ Lenin, *El Imperialismo, fase superior...*

⁵⁵ Intervención de Lenin en el XI Congreso del Partido Bolchevique, en *Obras Completas*, 54 vols., Moscú, Editorial Progreso, 1981-1988.

Mientras que para Otto Bauer la revolución proletaria solo dependía de la actitud de los obreros organizados y con conciencia de clase, de la voluntad política —lo que significaba, al considerar la organización socialdemócrata que dominaba por completo a sus miembros, que en la práctica dependía de Otto Bauer y compañía—, para Lenin, en cambio, el destino del capitalismo de Estado dependía de la actitud del partido, que a su vez está determinada por la burocracia. Así la historia se convierte de nuevo en la historia de la magnanimidad, la abnegación y la valentía de un grupo de personas educadas en estas virtudes por los más virtuosos de todos.

Pero con esta posición sobre el capitalismo de Estado, que para Lenin viene determinado conforme a la voluntad y no a las leyes económicas, a pesar del hecho de que las leyes del capitalismo de Estado no son otras que las del capitalismo monopolista, Lenin solo se había mantenido fiel a sí mismo; en última instancia, para Lenin la revolución también dependía de la calidad del partido y de sus dirigentes.

En esto estaba completamente de acuerdo con Kautsky, para quien la conciencia revolucionaria (una conciencia que para este era ideología y nada más), indispensable para la revolución, solo podía ser aportada a los obreros desde fuera, en tanto los obreros eran incapaces de desarrollarla por sí mismos. Lenin afirmó también que «la clase obrera con sus únicas fuerzas solo está en condiciones de elaborar una conciencia tradeunionista, es decir, la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patrones, reclamar al gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros, etc. En cambio, la doctrina del socialismo ha surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas elaboradas por intelectuales, por hombres cultos de las clases poseedoras».⁵⁶ Según Lenin, los obreros eran incapaces de desarrollar una conciencia política, presupuesto necesario para la victoria socialista. De esta manera, una vez más el socialismo había dejado de ser el «trabajo de la clase obrera», como opinaba Marx; el socialismo dependía ahora de la ideología revolucionaria de la burguesía; y sin duda el «marxista» religioso J. Middleton Murry está hoy simplemente siguiendo el rastro de Kautsky y de Lenin cuando llega a la conclusión lógica de que todo el socialismo no es más que «substancialmente un movimiento de burgueses convertidos».⁵⁷

Ciertamente, Lenin permanece sobre suelo marxista cuando afirma que los obreros son incapaces de desarrollar una conciencia política. En su polémica con Arnold Ruge, que tristemente se lamentaba acerca de la falta de conciencia política y avanzaba al respecto sus dudas, ya que después

⁵⁶ Lenin, *¿Qué hacer?*, 1902, en *Obras Completas*, 54 vols., Moscú, Editorial Progreso, 1981-1988.

⁵⁷ *El Marxismo — un simposio*, Londres 1935.

de todo esa conciencia debería haber sido producida por el pauperismo de la época, Marx dijo: «Que la miseria social engendra el entendimiento político es falso, antes al contrario, es el bienestar social lo que produce el entendimiento político. El entendimiento político es una forma de idealismo, se da en quien ya posee, en quien está cómodamente instalado».⁵⁸

Pero la coincidencia con Marx termina aquí y Lenin cae al nivel de un revolucionario burgués, *à la* Ruge, cuando no logra imaginar una revolución proletaria sin esa conciencia intelectual, cuando hace de la revolución una cuestión de intervención consciente de «los que saben», de los revolucionarios profesionales. En contra de esta concepción de Ruge y de Lenin, Marx dijo: «Cuanto más madura y extendida es la comprensión política de un pueblo, tanto más el proletariado, por lo menos al principio del movimiento, derrocha sus fuerzas en revueltas dispersas, inútiles y bañadas en sangre. En tanto piensa de forma política, y ve la razón de todos los abusos en la voluntad, ve todos los medios de remediarlos en la violencia y en el derrocamiento de una determinada forma de Estado. [...] De este modo su entendimiento político le oculta las raíces de la miseria social, falseando así la comprensión de su verdadero objetivo. Así su entendimiento político traiciona su instinto social».⁵⁹

Contra la afirmación de Ruge (y la posición de Lenin) de que una revolución es imposible sin un «alma política», Marx responde: «De acuerdo con su naturaleza limitada y ambigua, una revolución con alma política organiza una esfera dominante en la sociedad a expensas de la propia sociedad».⁶⁰ Pero Lenin nunca había apuntado más allá de un cambio de dominio sobre los medios de producción, en tanto esto le parecía suficiente para el socialismo. De ahí también su énfasis en el factor político, subjetivo —una circunstancia que le llevó a considerar el trabajo de organización del socialismo como un acto político—. Según Marx, efectivamente no hay socialismo sin revolución, y esta revolución es el acto político del proletariado. Pero el proletariado «tiene necesidad de este acto político en tanto sigue necesitando de destrucción y disolución. No obstante, tan pronto como empieza su actividad organizadora y empieza a perseguir su propio fin, el socialismo se despoja de su apariencia política».

En el pensamiento de Lenin sobreviven de forma innegable elementos burgueses, como el hacer depender el fin del capitalismo de ciertos presupuestos políticos que no están necesariamente presentes; pensar que el crecimiento de los monopolios coincide con la socialización de la

⁵⁸ K. Marx, «Glosas críticas marginales al artículo “El rey de Prusia y la reforma social. Por un prusiano”», *Vorwärts!*, núm. 63, 7 de agosto de 1844.

⁵⁹ *Ibidem*.

⁶⁰ *Ibidem*.

producción; resolver el problema del socialismo con la sustitución de la vieja burocracia por una nueva; y finalmente reducir la revolución a una competencia entre los revolucionarios y la burguesía por ganar el favor de las masas.

Dicha actitud tenía necesariamente que minimizar el elemento revolucionario del movimiento espontáneo de masas, su poder y claridad de objetivos, a fin de estar en condiciones de magnificar consecuentemente el papel del individuo y de la *conciencia socialista* aunque fuera congelada en una *ideología*.

Ciertamente, Lenin no puede negar el factor de espontaneidad, pero para él es «esencialmente nada más que la forma embrionaria de la conciencia»,⁶¹ que madurará con la organización y solo entonces se volverá realmente revolucionaria en tanto completamente consciente. El despertar espontáneo de las masas no le satisface; no es suficiente para la victoria socialista. «La organización de esta lucha», escribe Lenin, «no se ha hecho menos necesaria porque las masas se incorporen espontáneamente al movimiento. Ante al contrario, la organización se hace, por eso, más necesaria que nunca».⁶²

El error inherente a la teoría de la espontaneidad, dice, es que «menosprecia el papel del elemento consciente» y que «se resiste a un fuerte liderazgo individual», que para Lenin es «esencial para el éxito de la clase». Los puntos débiles de la organización son para Lenin los puntos débiles del propio movimiento obrero. La lucha debe ser organizada, la organización debe ser planificada; todo depende de eso y de una dirección correcta. Esta última puede tener influencia sobre las masas, y esta influencia vale más que las masas. Dónde y cómo se organizan las masas, ya sea en *soviets* o en sindicatos, es para él indistinto. Lo importante es que sean dirigidas por los bolcheviques.

Rosa Luxemburg considera estas cuestiones de una forma bastante diferente. No confunde la *conciencia revolucionaria* con la *conciencia intelectual* de los *revolucionarios profesionales* leninistas, en tanto para ella la conciencia revolucionaria es la conciencia práctica de las propias masas, que se convierte en acción y se dilata bajo el impulso de la necesidad. Las masas actúan de forma revolucionaria porque no pueden actuar de otra manera, y porque deben actuar. El marxismo para Luxemburg no es solamente una *ideología* que se cristaliza en una organización, sino algo que el proletariado realiza viviendo y luchando, no porque lo quiera, sino porque no puede hacer otra cosa. Mientras que para Lenin las masas son solo el material de

⁶¹ Lenin, *Sobre los Sindicatos*, en *Obras Completas*, 54 vols., Moscú, Editorial Progreso, 1981-1988.

⁶² Lenin. ¿Qué hacer?...

trabajo de los revolucionarios conscientes, de la misma manera que para el conductor de tranvía, el tranvía solo sirve para viajar, en los escritos de Rosa Luxemburg los revolucionarios conscientes surgen no solo de una reflexión cada vez más profunda, sino en mayor medida aún de las mismas masas en el momento de su acción revolucionaria efectiva. No solo rechaza por principio el énfasis excesivo en el papel de la organización y de la dirección; sino que demuestra a partir de la experiencia que «durante la revolución es extremadamente difícil, para cualquier órgano dirigente del movimiento proletario, prever y calcular las ocasiones y factores que pueden conducir a explosiones y cuáles no [...] La concepción rígida, mecánica-burocrática solo puede concebir la lucha como producto de una organización que cuenta con cierto nivel de fuerza. Por el contrario, la explicación viva y dialéctica es que la organización es un producto de la lucha».⁶³

Sobre el movimiento de la huelga de masas de Rusia en 1905, dice: «No hubo un plan determinado previamente, no hubo una acción organizada; las proclamas de los partidos apenas podían seguir el paso a los levantamientos espontáneos de las masas; los dirigentes apenas tenían tiempo de formular las consignas para la ferviente multitud proletaria». Y, generalizando, prosigue: «Si estallan las huelgas de masas en Alemania, con toda seguridad que no serán los trabajadores mejor organizados [...] quienes demostrarán la mayor capacidad para la acción, sino los peor organizados o los totalmente desorganizados».⁶⁴

«Las revoluciones», subraya expresamente, «no pueden hacerse a voluntad. Tampoco es esta la tarea del partido. En todo momento, nuestro deber es solamente hablar claramente sin miedo y sin temor; es decir, a nosotros nos atañe aportar a las masas una clara visión de cuáles son las tareas a realizar en un momento histórico determinado, y divulgar la línea política de acción y las consignas que se desprenden de la situación. La respuesta al problema sobre el *cuándo* y el *cómo* del movimiento revolucionario entrará en contacto con las masas debe dejarse con confianza a merced de la historia. Aunque el socialismo puede aparecer en principio como una voz que clama en el desierto, prepara sin embargo una posición moral y política cuyos frutos recogerá más tarde, cuando llegue la hora de la realización histórica».⁶⁵

La concepción de la espontaneidad de Rosa Luxemburg ha sido acusada —el término exacto con el que generalmente se la definiría era el de «política de la catástrofe»— de estar dirigida contra la organización del propio movimiento obrero. Frecuentemente Luxemburg consideró

⁶³ R. Luxemburg, *Massenstreik, Partei und Gewerkschaften*, Hamburgo, Erdmann Dubber, 1906 [ed. cast.: *Huelga de masas, partido y sindicatos*, Madrid, Siglo XXI, 2015].

⁶⁴ *Ibidem*.

⁶⁵ R. Luxemburg, «Was will der Spartakusbund...».

necesario hacer hincapié en que su concepción no era «en pro de la desorganización». ⁶⁶ «Los socialdemócratas», escribió, «constituyen la vanguardia más esclarecida y consciente del proletariado. No pueden ni atreverse a esperar de manera fatalista, con los brazos cruzados, el advenimiento de la “situación revolucionaria”; aquello que, en toda movilización popular espontánea, cae de las nubes. Por el contrario ahora, como siempre, deben acelerar el desarrollo de los acontecimientos». ⁶⁷

Rosa Luxemburg consideraba esta función de la organización como posible y, por lo tanto, como bienvenida, como una cuestión propia del curso de las cosas, en cambio Lenin le añadía un valor de necesidad absoluta, haciendo que la revolución en su conjunto dependiera del cumplimiento de esta necesidad. Esta diferencia con respecto de la importancia de la organización para la revolución también implica dos concepciones diferentes con respecto de la forma y el contenido de la organización misma. Según Lenin, «el único principio de organización serio al que deben atenerse los dirigentes de nuestro movimiento ha de ser el siguiente: el más severo secreto conspirativo, la más rigurosa selección de los afiliados, ⁶⁸ y la preparación de revolucionarios profesionales. Si se cuenta con estas cualidades, está asegurado algo mucho más importante que el “ambiente democrático”, a saber: la plena confianza mutua, propia de camaradas, entre los revolucionarios. Es indiscutible que necesitamos esta confianza porque en Rusia no se puede ni hablar de sustituirla por un control democrático general. Cometeríamos un gran error si creyéramos que, por ser imposible un control verdaderamente “democrático”, los afiliados a una organización revolucionaria se vuelven irresponsables: estos no tienen tiempo de pensar en las formas de juguete de la democracia (democracia en el seno de un apretado núcleo de camaradas entre los que reina confianza mutua), pero sienten muy vivamente su responsabilidad». ⁶⁹

Por medio de las normas de la organización (que, en la medida en que son democráticas, no significan nada), Lenin quería «forjar un arma más o menos afilada contra el oportunismo. Cuanto más profundas sean las fuentes del oportunismo, tanto más afilada deberá ser el arma». ⁷⁰ Este arma era el

⁶⁶ R. Luxemburg, *Briefe an Karl und Luise Kautsky*, Berlín, E. Laub, 1923.

⁶⁷ R. Luxemburg, *Massenstreik...*

⁶⁸ Este «principio» fue abandonado por Lenin siempre que tal acción le pareció oportuna. Así descartó a los 50.000 obreros revolucionarios del Partido Obrero Comunista Alemán (KAPD) para no privarse de los cinco millones de votos del reformista Partido Socialista Independiente de Alemania (USPD).

⁶⁹ Lenin, *¿Qué hacer?...* El idealismo de Lenin también puede verse en esta formulación. En vez de asegurarse el control efectiva y materialmente a través de organizar tal control dentro de la organización, lo reemplaza por «algo mejor», por las frases «confianza entre los camaradas» y «sentimiento de responsabilidad». Sin embargo, en la práctica, esto significa: obediencia mecánica, órdenes desde arriba, conformidad desde abajo.

⁷⁰ Lenin. *Un paso adelante, dos pasos atrás*, en *Obras Completas*, 54 vols., Moscú, Editorial Progreso, 1981-1988.

«centralismo», la más estricta disciplina en el partido, la total subordinación de todas las actividades a las instrucciones del comité central. Por su parte, Rosa Luxemburg fue admirablemente capaz de ubicar este «espíritu vigilante»⁷¹ de Lenin en la situación especial de los intelectuales rusos; pero «es erróneo —escribe contra Lenin— pensar que, al no ser aún realizable la dominación de la mayoría del proletariado ilustrado dentro de su organización de partido, se puede sustituir “provisionalmente” por una “dominación única delegada” del poder central del partido, de modo que la ausencia de control público de la acción de los órganos del partido por parte de las masas obreras se puede sustituir igualmente por el control inverso que ejerce el comité central sobre la actividad del proletariado revolucionario». Y aunque la autoorganización de los obreros llevara a grandes errores y pasos en falso, Rosa Luxemburg consideraba tal eventualidad como buena, ya que estaba convencida de que «los errores cometidos por un movimiento obrero verdaderamente revolucionario son infinitamente más fructíferos y valiosos que la infalibilidad del “comité central” más eficiente».

Las diferencias entre Luxemburg y Lenin que hemos señalado aquí ya han sido en parte más o menos superadas por la historia. Muchas de las cosas que dieron sustancia a esta controversia no tienen lugar hoy en día. No obstante, el factor esencial de sus debates, si la revolución depende del movimiento obrero organizado o del movimiento espontáneo de los obreros, es de la más acuciante importancia. Aquí también la historia ya ha decidido a favor de Rosa Luxemburg. El leninismo yace enterrado bajo las ruinas de la Tercera Internacional. Está surgiendo un nuevo movimiento obrero no contaminado por los residuos socialdemócratas, que todavía eran reconocibles en Lenin y en Rosa Luxemburg, pero que tampoco tiene intención de renunciar a las lecciones del pasado. La distancia respecto de las mortales influencias tradicionales del viejo movimiento obrero se ha convertido en su primer requisito y aquí Rosa Luxemburg puede ser de gran ayuda tanto como el leninismo ha sido un gran obstáculo. Este nuevo movimiento obrero, con su inseparable núcleo de revolucionarios conscientes puede hacer más con la teoría revolucionaria de Luxemburg, a pesar de sus muchas debilidades, y extraer de ella más esperanza, que de todos los logros de la Internacional leninista. Como dijo Rosa Luxemburg en cierta ocasión, en plena guerra mundial y de derrumbe de la Segunda Internacional, así pueden decir también los revolucionarios actuales frente al derrumbe de la Tercera Internacional: «No hemos perdido y llegaremos a vencer si no olvidamos la forma de aprender».

⁷¹ R. Luxemburg, «Organisationsfragen der russischen Sozialdemokratie» [Problemas de organización de la socialdemocracia rusa], *Die Neue Zeit*, núm. 22, 1903-1904.

II KARL KAUTSKY: DE MARX A HITLER (1939)*

KARL KAUTSKY murió en Ámsterdam a finales de 1938; tenía entonces 84 años. Fue considerado el más eminente teórico que el marxismo haya contado en sus filas desde la muerte de sus fundadores, y no sería exagerado afirmar que fue el más representativo. Kautsky reúne en sí, de forma muy clara, la dimensión revolucionaria y reaccionaria de este movimiento. Pero, mientras Engels se sentía con el derecho a declarar sobre la tumba de Marx que su amigo «fue sobre todo un revolucionario», nadie se hubiera atrevido a decir otro tanto sobre su discípulo más famoso. En un artículo conmemorativo, Friederich Adler escribe: «Como teórico y político, Kautsky será siempre blanco de crítica; aun cuando poseía un espíritu abierto y durante toda su vida permaneció fiel a un maestro supremo: su conciencia».¹

La conciencia de Kautsky se fraguó justamente cuando la socialdemocracia alemana se iniciaba. Austríaco de nacimiento, era hijo de un escenógrafo que trabajaba en el Teatro Imperial de Viena. Desde 1875, poco después de su mayoría de edad, empezó a colaborar en los periódicos obreros, pero hasta 1880 no se adhirió al partido socialdemócrata alemán y, desde entonces, según sus palabras, «empezó a evolucionar en dirección a un marxismo coherente, metódico».²

Fue sobre todo la lectura del *Anti-Düring*, de Engels, la que le llevó en esta dirección y debió en gran parte su orientación a Edouard Bernstein, entonces secretario del «millonario» socialista Höchberg (que financió la publicación de sus primeras obras). Gracias a su pluma, Kautsky pronto adquirió notoriedad dentro del movimiento obrero; en 1883 fundó la revista *Die Neue Zeit* que, bajo su dirección, se convirtió en el principal órgano teórico de la socialdemocracia alemana.

* Publicado originalmente como «Karl Kautsky: From Marx to Hitler» para *Living Marxism* en 1939. La primera traducción en castellano, en la que se basa esta versión, fue incluida en el volumen: *Paul Mattick, Rebeldes y renegados. La función de los intelectuales y la crisis del movimiento obrero*, trad. de Guiomar Eguilor, Barcelona, Icaria, 1978, pp. 101-123.

¹ F. Adler, *Der sozialistische Kampf*, París, 1938, p. 271.

² K. Kautsky, *Aus der Frühzeit des Marxismus*, Praga, 1936, p. 20.

La obra de Kautsky nos sorprende no solo por la multiplicidad de temas que afronta, sino por su extensión. Una bibliografía escogida de este autor abarcaría, en efecto, muchísimas páginas. Todo lo que tuvo alguna importancia en el movimiento socialista, a lo largo de los últimos sesenta años o incluso solo lo que parecía tenerla, encontró eco en su obra. Esta revela que Kautsky fue esencialmente un maestro y que, al considerar la sociedad desde el punto de vista de un maestro de escuela, estaba perfectamente cualificado para asumir el papel de inspirador dentro de un movimiento, cuya gran preocupación fue siempre la de educar tanto a obreros como a capitalistas. En su calidad de especialista de los «aspectos teóricos» del marxismo, Kautsky podría parecer más revolucionario de lo que convenía al movimiento que servía. Pasaba por ser marxista «ortodoxo» y se esforzaba por salvaguardar la herencia de Marx, como un tesorero que guarda el dinero de la organización. Sin embargo, el carácter «revolucionario» de su enseñanza no se veía más que en la medida en que contrastaba con la ideología burguesa generalmente profesada antes de la guerra. En cambio, sus teorías, comparadas con las revolucionarias elaboradas por Marx y Engels, no eran ni más ni menos que una vuelta a formas de pensamiento menos elaboradas y a una concepción menos clara del sistema capitalista y sus implicaciones. Guardián del tesoro marxista, no sospechó nunca lo que este contenía.

En 1862, en una carta a Kugelmann, Marx expresaba la esperanza de que sus obras menos «populares», escritas con el fin de revolucionar la ciencia económica, acabarían finalmente por abrirse camino entre el gran público; una vez dadas las premisas científicas, su divulgación sería fácil, añadía. «En 1883 —escribe Kautsky—, descubrí mi vocación: difundir, vulgarizar y, en la medida en que fuera capaz, profundizar los resultados científicos obtenidos por Marx en el pensamiento y en la investigación».³ Sin embargo, también Kautsky, este gran divulgador del marxismo, defraudaría las esperanzas de Marx; las simplificaciones que aquel se permitió, se convirtieron en una nueva forma de mixtificación, que no permitía comprender el verdadero carácter de la sociedad capitalista. Pero aun a pesar de ello, las teorías de Marx eran con mucho superiores a todas las teorías económicas y sociales de la burguesía, y los escritos de Kautsky entusiasmaron a cientos de miles de trabajadores conscientes. Efectivamente, Kautsky daba expresión a sus ideas en un lenguaje mucho más cercano al de ellos que un pensador más independiente como Marx. Aunque este último revelara en más de una ocasión sus dotes de fuerza y claridad expresivas, ciertamente no tenía espíritu de maestro como para sacrificar las exigencias de la propaganda a la satisfacción de sus caprichos intelectuales.

³ *Ibidem*, p. 93.

Hay que entender en un sentido más concreto lo que hemos dicho de Kautsky, es decir, que encarnó en igual medida el lado «reaccionario» del viejo movimiento obrero. En el origen de estos elementos reaccionarios existe, de hecho, un condicionamiento objetivo y si Kautsky, y con él el viejo movimiento obrero, acabaron por asumir subjetivamente el papel de defensores de la sociedad capitalista, no lo hicieron más que tras un largo periodo de contracción ante una realidad hostil. Como ya señalaba Marx en *El capital*: «Un aumento en el precio del trabajo, como consecuencia de la acumulación de capital, solo significa, de hecho, que la cadena de oro a la que el capitalista liga el salario de forma indisoluble, y que este sigue reforzando, es ya lo bastante larga como para permitir un aflojamiento de la tensión».⁴ La posibilidad, en condiciones de formación progresiva de capital, de mejorar las condiciones laborales y de elevar el precio del trabajo transformó la lucha obrera en una fuerza de expansión capitalista. A semejanza de la competencia, esta tuvo como consecuencia acelerar la acumulación del capital y, por tanto, el ritmo de «progreso». Todo lo que los obreros ganaban quedaba compensado por una creciente explotación que, a su vez, permitía una más rápida expansión.

Así, la misma lucha de clase de los obreros acababa por servir a los intereses, no ciertamente de los capitalistas individuales, sino del capital en general. Las victorias de los trabajadores se volvieron siempre contra los vencedores. Cuanto más ganaban los obreros, más se enriquecía el capital. Todo aumento por «parte obrera» contribuía a aumentar la división entre salarios y beneficios. La fuerza del movimiento obrero, aunque pareciese aumentar rápidamente, ocultaba en realidad un continuo debilitamiento en lo que se refiere al desarrollo del capital. Las «conquistas» de los trabajadores, en las cuales Edouard Bernstein veía el principio de una nueva era del capitalismo, no podían concluirse, en el terreno de la acción social, más que con la derrota aplastante de la clase obrera, apenas el capitalismo pasara de la expansión al estancamiento. Y la liquidación del viejo movimiento obrero, a la que Kautsky asistió, demostró que las miles de derrotas sufridas durante el periodo de ascenso del capitalismo, aunque fuesen celebradas con otros tantos triunfos del gradualismo no fueron en realidad más que un gradualismo de la derrota obrera, sobre un terreno en el que la ventaja se volvía inevitablemente en favor de la burguesía. Por lo tanto, el revisionismo de Bernstein, que consistía en tomar las apariencias por la realidad y derivaba del imperialismo burgués, aunque fuese al principio denunciado por Kautsky, acabó por servir de trampolín a este último. De hecho sin la praxis no revolucionaria del antiguo movimiento obrero, cuya

⁴ K. Marx, *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie. Erster Band. Buch 1: Der Produktionsprozeß des Kapitals*, en *Marx Engels Werke (MEW)*, vol 23, p. 646 [ed. cast.: *El capital*, Ciudad de México, FCE, vol. I, sec. 3, p. 59].

teoría fue formulada por Bernstein, Kautsky nunca habría encontrado ni el movimiento ni la base material que le permitieron ser considerado un gran teórico marxista.

Esta situación objetiva que, como se ha visto, transformó los acontecimientos del movimiento obrero en otras tantas etapas en el camino de su liquidación final, creó una ideología no revolucionaria, más adecuada que la precedente a la situación inmediata y destinada a ser vilipendiada más tarde como manifestación del socialreformismo, del oportunismo, del socialpatriotismo y de la traición declarada. Pero esta «traición» no atormentaba, en absoluto, a sus pretendidas víctimas. Por el contrario, la mayoría de los obreros organizados aprobaba este cambio de camisa del movimiento socialista, ya que era acorde con sus aspiraciones, nacidas dentro de un capitalismo en pleno desarrollo. Las masas eran tan poco revolucionarias como sus dirigentes, ya que unos y otros no intentaban más que *participar* en el progreso capitalista. La organización pretendía no solo obtener una mayor parte del producto social, sino también un mejor entendimiento a nivel político. Se aprendió a pensar en términos de democracia, se empezaron a colocar como consumidores que exigían acceso a los beneficios de la cultura y de la civilización. Es significativo el hecho de que Franz Mehring pensara concluir su *Geschichte der deutschen Sozialdemokratie* [Historia de la socialdemocracia alemana] con un capítulo titulado «El arte y el proletariado». Ciencia para los obreros, escuelas para los obreros, participación obrera en todas las instituciones de la sociedad capitalista, estos eran en sustancia los deseos reales del movimiento. En vez de desear el fin de la ciencia capitalista, se reclamaban científicos de origen obrero; en vez de desear la abolición de las leyes capitalistas, se formaron juristas obreros. La proliferación de historiadores del movimiento obrero, de poetas, de economistas, de periodistas, de médicos, de dentistas, todos al servicio de los obreros, así como la multiplicación de diputados socialistas y burócratas sindicalistas, era considerada como la señal más segura de la socialización triunfante de la sociedad, que se convertía al mismo tiempo y cada vez más en la sociedad de los obreros. Todo aquello en lo que se podía participar en medida creciente, fue pronto juzgado digno de defenderse. A los ojos del antiguo movimiento obrero, la expansión de capital habría aportado a los trabajadores un mayor bienestar y una más grande consideración; esta era una convicción profunda, al mismo tiempo consciente e inconsciente al limitarse a actuar dentro de la estructura del capitalismo. Las organizaciones obreras debían hacer suyos los problemas del rendimiento del capital. Estas se limitaban a oponer una resistencia puramente verbal a las rivalidades frenéticas que la competencia suscitaba entre países capitalistas. En una primera época, es verdad, el movimiento pensaba solo en una «patria mejor», que se convirtiese en la patria de los

trabajadores, como ya lo había sido de las demás clases; pero luego se pronunció en defensa de las «conquistas» y finalmente en defensa de la patria *tout court*, «tal cual es».

Las buenas disposiciones que los «discípulos» de Marx daban entonces prueba que dentro de la sociedad burguesa no eran unilaterales. Las mismas luchas que la burguesía había sostenido contra la clase obrera, le habían enseñado la necesidad de «comprender el problema social». La clase dirigente se acercaba cada vez más a una interpretación materialista de los fenómenos sociales, con la consecuente y progresiva yuxtaposición de las ideología profesadas por ambas partes, lo que contribuía a instaurar «una armonía» basada en una desarmonía real, en la oposición de clases dentro del capitalismo en ascenso. Sin embargo, los «marxistas» ardían en deseos, aún más que los burgueses, de «aprovechar las lecciones del adversario». Y mucho antes de la muerte de Engels empieza a desarrollarse el revisionismo. Todavía vivos, Engels y el propio Marx dieron más de una vez señales de ceder, dejándose exaltar por los aparentes éxitos del revisionismo. Pero lo que en ellos significó únicamente una provisional modificación de los principios fundamentales, esencialmente coherentes, lo eleva al rango de «fe» y de «ciencia» aquel movimiento que identifica el progreso con cajones sindicales cada vez más llenos y con victorias electorales cada vez más amplias.

Después de 1910, la socialdemocracia se divide en tres grandes corrientes: la de los revisionistas, declarados partidarios del imperialismo alemán; la «izquierda», famosa por los nombres de R. Luxemburgo, Mehering, Liebknecht y Pannekoek; y el «centro», que se proclamaba fiel a las opciones tradicionales, pero solo en teoría, ya que en la práctica la socialdemocracia alemana se veía obligada a atenerse al «posibilismo», es decir, a la táctica preconizada por Berstein. Oponerse a esta última no podía significar más que una sola cosa: ir contra la praxis socialdemócrata en su conjunto. La «izquierda» no se afirmó como tal hasta que no empezó a denunciar a la socialdemocracia como parte integrante de la sociedad capitalista. Se necesitó, sin embargo, mucho más que una batalla de ideas para eliminar las divergencias que dividían a ambos campos; estas fueron ahogadas en la sangre del grupo de los espartaquistas, en 1919, durante la represión terrorista de Noske.

Iniciada la guerra, la «izquierda» se encontraba en prisión y la «derecha» en el cuartel general del Kaiser. El «centro», dirigido por Kautsky, simplemente prescindió de todos los problemas del movimiento socialista al declarar que ni la socialdemocracia ni su Internacional podían funcionar durante los periodos de guerra, ya que ambas eran esencialmente instrumentos de paz. «Esto —escribía Rosa Luxemburgo— constituye una típica actitud de eunucos. Ahora que Kautsky lo ha hecho suyo, podrá leerse el

Manifiesto de la forma siguiente: proletarios del mundo entero uníos en tiempos de paz y degollaos en tiempos de guerra».⁵

La guerra y sus repercusiones hundieron el muro de la «ortodoxia» marxista de Kautsky. Después de haber sido uno de los más fervientes discípulos, Lenin volvió la espalda a su maestro. Tal y como escribió a Chliapnikov, en octubre de 1914: «Rosa Luxemburgo tenía razón al afirmar que en Kautsky existe la actitud cortesana del teórico, la servidumbre o, en términos más explícitos, el servilismo frente a la mayoría del partido, frente al oportunismo. No existe actualmente nada más nocivo ni peligroso para la independencia ideológica del proletariado que la baja presunción y abyecta hipocresía demostrada por Kautsky, que quiere enmascararlo todo y hacerlo como un prestidigitador que intenta tranquilizar con sofismas y verbalismo pseudocientíficos la conciencia naciente de los obreros».⁶

Cuando asumió un aire «respetable», el movimiento obrero fue invadido por una muchedumbre de intelectuales, deseosos de satisfacer su anhelo de colaboración de clase. Kautsky se distinguía de estas figuras mediocres por un amor más vivo hacia la teoría que, sin embargo, se negaba a confrontar con los hechos, al igual que una madre que en nombre del amor quiere mantener alejado a su hijo de las «vergonzosas realidades de la vida». Solo como teórico Kautsky podía seguir siendo un revolucionario; de buena gana dejó los asuntos prácticos del movimiento a otros. Pero esto significaba una verdadera y propia automixtificación. En el papel de teórico «puro», Kautsky dejaba de ser en el mismo instante un revolucionario, o mejor dicho no podía convertirse en revolucionario. Cuando, terminada la guerra, el telón de la historia se levantó sobre la batalla real entre las fuerzas del socialismo y del capitalismo, sus teorías se hundieron, en tanto separadas de la praxis del movimiento que se presumía representaban.

Aunque Kautsky hubiera tomado posición contra las sucesivas demostraciones chovinistas prodigadas por su partido y se hubiera abstenido de compartir el entusiasmo belicista de sus camaradas Ebert, Schidemann y otros, y aunque hubiese rechazado igualmente pronunciarse en favor de la suscripción *incondicional* a los créditos de guerra, se vio obligado, sin embargo, a destruir hasta el final el mito de su ortodoxia marxista con sus propias manos, mito creado y alimentado durante treinta años de discursos, libros, opúsculos y artículos. Él, que en 1902,⁷ proclamaba que el mundo había entrado en una época de luchas proletarias para la conquista del poder, tachaba esta empresa de pura locura ahora que los obreros se tomaban en serio sus propuestas. Él, que había combatido con tanto ardor

⁵ R. Luxemburgo en *Die Internationale*, primavera de 1936.

⁶ Lenin, *Obras*, vol. 35, p. 165.

⁷ K. Kautsky, *Sozialisten und krieg*, Praga, 1937, p. 673.

el ministerialismo de Millerand y de Jaurès en Francia, exaltaba veinte años después, en Alemania, la política de coalición ministerial perseguida por la socialdemocracia y lo hacía con los mismos argumentos que sus antiguos adversarios. Él, que en 1909 se interrogaba sobre la «vía hacia el poder», acariciaba después de la guerra el sueño de un «ultraimperialismo» que hiciera reinar la paz en el mundo, y pasó el resto de su vida reinterpretando su pasado para justificar la ideología de la colaboración de clases que actualmente profesaba. En su última obra escribía así: «A lo largo de su lucha de clase, el proletariado se transforma cada vez más en vanguardia de la reconstrucción de la sociedad, reconstrucción que se convierte en el gran objetivo común también de capas sociales no proletarias. Esto no significa traicionar la idea de la lucha de clases. Yo he sostenido este punto de vista mucho antes de la aparición del bolchevismo, como testimonio, por ejemplo, mi artículo “Las clases. Interés particular e interés general”, publicado en 1903 en *Neue Zeit*, donde sostenía que la lucha de clase del proletariado solo conoce la solidaridad de la humanidad y no la solidaridad de clases».⁸

Sin embargo, es absurdo considerar a Kautsky como un «renegado», lo que significaría no comprender nada de la teoría y de la praxis socialdemócrata, ni mucho menos las de Kautsky. Este se prometía solo una cosa: ser un buen servidor, no teniendo otro fin en la vida que contentar a sus maestros, Marx y Engels.

Kautsky hablaba del primero en el puro estilo socialdemócrata y filisteo, recurriendo en gran medida a epítetos del tipo «espíritu superior», «olímpico», «Zeus atronador» y otros. Al evocar el primer encuentro con su héroe, se alababa por haber recibido de este la «acogida desdeñosa que Goethe había reservado a su joven discípulo Heine».⁹ Era como si Kautsky se hubiera jurado a sí mismo no desilusionar nunca a Engels, cuando este les consideró a Bernstein y a él como «irreprochables representantes de la teoría de Marx». De hecho, durante la mayor parte de su vida, se comportó como ardiente defensor de la «letra escrita». Kautsky era realmente sincero cuando deploraba en una carta a Engels «que casi todos los intelectuales del partido [...] soñaban solo con colonias, ideas nacionales y la resurrección del viejo pasado alemán, fantaseando con acercarse al gobierno, sustituir la lucha por el poder por la “Justicia” y manifestaban su aversión por la concepción materialista de la Historia, “este dogma marxista” tal y como lo definían».¹⁰

Engels comprendía demasiado bien las razones de esta precoz «degeneración del movimiento». Respondiendo a Kautsky, afirmaba: «El desarrollo

⁸ *Ibidem*.

⁹ K. Kautsky, *Aus der Frühzeit des Marxismus...*, p. 50.

¹⁰ *Ibidem*, p. 112.

capitalista burgués se ha revelado más fuerte que la contrapresión revolucionaria; para que tenga lugar una nueva sublevación hará falta que se verifique cualquier catástrofe, por ejemplo, que Inglaterra pierda el dominio del mercado mundial o que en Francia se produzca bruscamente una situación revolucionaria».¹¹ Pero nada de este tipo sucedió. Los socialistas no miraban ya a la revolución. Antes bien, Berstein, no queriendo desilusionar al hombre al que debía tanto, esperó a la muerte de Engels para proclamar que «el fin no cuenta nada, el movimiento lo es todo». Hay que añadir, por otra parte, que Engels contribuyó en parte proporcional a reforzar la corriente reformista, al final de su vida. Se trataba en su caso de una debilidad personal; sin embargo, sus epígonos se unieron a esta actitud, considerándola como un elemento preponderante. De vez en cuando, Marx y Engels volvían, sin embargo, a las posiciones intransigentes del *Manifiesto* y de *El capital* sobre todo en la *Crítica del Programa de Gotha*, cuya publicación se postergó para no poner en dificultades a los defensores del compromiso. La burocracia del partido cedió solo tras una larga lucha, lo que llevó a Engels a exclamar un día: «¡Es verdaderamente una brillante idea exponer la ciencia socialista alemana, liberada hoy de la ley bismarckiana contra los socialistas, con sus propias leyes socialistas, formuladas por los funcionarios del Partido Socialdemócrata!»¹²

Kautsky defendía un marxismo castrado. El marxismo radical, revolucionario, anticapitalista, había sucumbido frente al desarrollo del capitalismo. En un discurso pronunciado en 1872, después de la clausura del Congreso de la Internacional de La Haya, el propio Marx declaró: «El obrero deberá conquistar un día la supremacía política para consolidar la nueva organización del trabajo [...]. Pero no pretendemos en absoluto afirmar que para alcanzar tal objetivo exista identidad de medios [...] Y no negamos que existen países como EEUU e Inglaterra [...], en los que los trabajadores pueden llegar a realizar sus fines por medios pacíficos». Esta afirmación permitía a los propios revisionistas declararse marxistas, y todo lo que Kautsky pudo contestar —por ejemplo, con ocasión del Congreso Socialdemócrata de Stuttgart de 1898— fue aducir que los progresos de la democracia y de la socialización, lo cuales, según los revisionistas estaban en vías de realización en los países anglosajones, no lo estaban por el contrario en Alemania. Tomando a su vez las afirmaciones de Marx sobre la posibilidad de realizar en cualquier país una transformación social pacífica, se limitaba a añadir que por su parte auguraba que «se pudiera conseguir el socialismo sin tener que pagarlo con una catástrofe». Pero esta posibilidad le parecía dudosa.

¹¹ *Ibidem*, p. 156.

¹² *Ibidem*, p. 275.

Se comprende fácilmente que, sobre estas bases de pensamiento, Kautsky encontrara perfectamente lógico defender después de la guerra que, existiendo actualmente en Alemania y Rusia todas las premisas para un rápido despegue de las instituciones democráticas, se abría al mismo tiempo en ambos países la vía del paso pacífico al socialismo. La vía pacífica le parecía más segura, en la medida en que favorecía el desarrollo de aquella «solidaridad de la humanidad» que tanto le importaba. Los intelectuales socialistas intentaban rivalizar en cortesía con la burguesía, que había aprendido a tratarlos con deferencia. A fin de cuentas, ¿no se encontraban entre gentes pertenecientes al mismo mundo? La vida ordenada, esa vida pequeñoburguesa que un fuerte movimiento socialista aseguraba a la intelectualidad, les incitaba a acentuar el aspecto ético y cultural del mundo. Si Kautsky alimentaba frente a los métodos bolcheviques un odio equivalente al que le infundían los guardias blancos, aprobaba, no obstante, sin reservas, y contrariamente a estos últimos, los fines que los bolcheviques se habían propuesto. Más allá de la dimensión proletaria de la revolución, los líderes del movimiento socialista veían perfilarse un caos capaz de arrastrarlos a ellos junto al poder burgués. Su odio al «desorden» ocultaba la voluntad de defender privilegios materiales, sociales e intelectuales. A sus ojos, la acción ilegal no podía llevar al socialismo, sino a la derrota; eran partidarios de la legalidad a toda costa, único medio de hacer conservar a las organizaciones y sus líderes el dominio del movimiento de clase. El modo con el que lograron sofocar desde su nacimiento la revolución proletaria demuestra no solo que las «victorias» obtenidas por los obreros en el campo económico se volvían contra ellos, sino también que su «victoria» en el plano político se revelaba funesta para su emancipación. El principal obstáculo a una solución radical de la cuestión social estaba en la socialdemocracia, partido respecto de cuyo crecimiento los trabajadores se habían acostumbrado a medir su poder.

Nada prueba de forma más clara el carácter revolucionario de las teorías de Marx que las dificultades para mantenerlas en periodos no revolucionarios. Kautsky no se equivocaba, pues, al sostener que el movimiento socialista estaba condenado a la inacción en tiempos de guerra, ya que esta última impedía provisionalmente la revolución. Para el revolucionario esto significa aislamiento, una derrota temporal. Este debe esperar un cambio de situación, esperar que el consenso dado a la guerra caiga a causa de la imposibilidad objetiva de concretar en los hechos este consenso subjetivo. Un revolucionario se encuentra inevitablemente de cuando en cuando «fuera de la refriega». Creer que siempre es posible una praxis revolucionaria, que se exprese a través de la acción autónoma de los trabajadores, significa recaer en las ilusiones democráticas. Pero es mucho más difícil mantenerse «fuera», ya que el cambio de situación es completamente imprevisible y

nadie quiere encontrarse en posición de desventaja cuando se verifique. La coherencia existe solo a nivel teórico. No se puede decir que las teorías de Marx fueran inconsistentes. Sin embargo, se puede decir que Marx no fue consecuente, es decir, que también él se vio obligado a adaptarse a los cambios y que, persistiendo en su voluntad de acción en periodos no revolucionarios, debió actuar en contradicción con sus teorías. Estas últimas concernían únicamente a los puntos esenciales de la lucha de clases que oponían el proletariado a la burguesía. Sin embargo, la praxis de Marx era continua; esta afrontaba los problemas «a medida que se presentaban» y, por tanto, problemas que no siempre era posible resolver recurriendo a los principios fundamentales. Al negarse a admitir la necesidad de un repliegue en los periodos de progreso del capitalismo, el marxismo podía intervenir solo yendo contra su propia esencia, que teóricamente considera la lucha de clases revolucionaria como un fenómeno real y siempre presente. En realidad, la teoría de la lucha de clases permanente no posee mayor fundamento que la concepción burguesa del progreso permanente. No es posible hacer nada para que el curso de las cosas vaya automáticamente en el sentido deseado; por el contrario, hay que combatir en condiciones inciertas, sujetas a bruscas variaciones, bajo amenaza constante del jaque total. En épocas en que la historia corre a favor del capitalista, la masa simplemente numérica de los obreros enfrentados al poderoso Estado de clase, no representa al gigante sobre cuyas espaldas descansan los parásitos capitalistas, sino al toro que tiene que moverse en las direcciones en las que su nariz le obliga a ir. Mientras el capitalismo continuaba su fase de progreso, el marxismo pudo subsistir solo como una ideología, que justificaba una praxis contraria al mismo en todos los aspectos. Pero incluso, bajo esta vestimenta, los acontecimientos reales reducían ulteriormente su alcance. Como pura y simple ideología, el marxismo estaba destinado a desaparecer cuando grandes convulsiones sociales requirieran su metamorfosis y los transformaran de ideología indirecta a ideología directa de la colaboración de clases en favor de los intereses capitalistas.

Marx elaboró su teoría durante un periodo revolucionario. Fue entonces el más avanzado de los revolucionarios burgueses y también el más cercano al proletariado. Pero la derrota de la revolución burguesa en Alemania y su consecuente triunfo en el contexto de la contrarrevolución convencerían a Marx de que la clase obrera constituía la única clase del mundo moderno. Y sobre esta base concibió la teoría socioeconómica de la revolución proletaria. Al infravalorar, como muchos de sus contemporáneos, la fuerza y la capacidad de adaptación del capitalismo, se equivocó al declarar próximo el fin de la sociedad burguesa. Marx se encontraba frente a esta alternativa: o colocarse fuera del curso real de los acontecimientos y agarrarse por tanto a ideas radicales pero irrealizables, o participar

dentro de la situación histórica del momento en las luchas reales, reservando para «tiempos mejores» la aplicación de las teorías revolucionarias. Esta última posibilidad fue muy pronto racionalizada con la fórmula del «justo equilibrio entre la teoría y la praxis»; al mismo tiempo, la derrota o la victoria del proletariado volvió a convertirse en una simple cuestión de «buena» o «mala» táctica, de organización adecuada o no a sus objetivos y de dirigentes capaces o incapaces. Si el elemento jacobino, inherente al movimiento al que Marx quiso ligar su nombre, tuvo un desarrollo tal, ello se debió menos al primitivo lazo de Marx con la revolución burguesa, que a la praxis no revolucionaria del movimiento mismo, atribuible al carácter no revolucionario de la época.

Así, el marxismo de Kautsky era un marxismo convertido en ideología y, por ello, destinado a decaer con el tiempo en el idealismo. En realidad, la «ortodoxia» de Kautsky consistía en conservar artificialmente ideas contradictorias con la praxis y destinadas así a degradarse, ya que la realidad es siempre más fuerte que la ideología. Pero una «ortodoxia» real exigía como requisito necesario la reaparición de una coyuntura revolucionaria, en cuyo caso, sin embargo, la «ortodoxia» habría significado no una fidelidad hacia la «letra escrita», sino la aplicación de los principios de la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado a una nueva situación. Las obras de Kautsky permiten seguir en todas sus fases y con gran claridad la regresión que la praxis impone a la teoría.

Kautsky trató en sus escritos no solo los problemas específicos del movimiento obrero, sino también casi todos los problemas sociales. Sus numerosos artículos y libros pueden, sin embargo, dividirse en tres géneros: economía, historia y filosofía. Respecto de la economía política no puede afirmarse que contribuyera gran cosa a su desarrollo. Además de encargarse de la edición de los manuscritos de Marx, de 1904 a 1910, que recogió bajo el título *Teorías de las plusvalías*, Kautsky se dedicó a divulgar las teorías económicas de Marx, sobre todo las del primer volumen de *El capital*, sin alejarse, no obstante, de la interpretación que los teóricos socialistas de la época, revisionistas incluidos, daban en general a los fenómenos económicos. Lo demuestra el hecho de que ciertas partes de su célebre obra, *Las doctrinas económicas de Karl Marx* fueran readactadas por Edouard Bernstein. De hecho Kautsky tuvo una parte muy modesta en las vivaces controversias que las teorías formuladas por Marx en el segundo y tercer volumen de *El capital* suscitaron a partir de 1885. Efectivamente, a sus ojos, el primer volumen, que trata el proceso de producción, de la manufactura y la explotación incluía todo lo que los trabajadores necesitaban saber para luchar de forma organizada contra el capital. En cuanto a los otros dos volúmenes, que trataban más detalladamente sobre la tendencia a la crisis y al hundimiento manifestado por el sistema capitalista,

estos no trataban de una realidad inmediata e interesaron poco a Kautsky y a todos los teóricos marxistas del periodo de progreso del capitalismo. En una revisión del segundo volumen de *El capital* (1866), Kautsky formuló la hipótesis de que este poseía un menor interés para los obreros, ya que trataba sobre todo del problema de la realización del plusvalor, que, a fin de cuentas, afectaba más bien a los capitalistas. Cuando Bernstein, queriendo refutar las doctrinas económicas marxistas, atacó la teoría del derrumbe, Kautsky, en un intento de defender el marxismo, se limitó a responder que Marx no había profesado nunca una teoría que reconociese la existencia de un límite objetivo al funcionamiento del sistema, y sostuvo que este concepto era una mera invención de Bernstein. Es en la esfera de la circulación donde Kautsky situaba el origen de las dificultades y contradicciones del capitalismo: ya que el consumo no podía aumentar al mismo ritmo que la producción, debía conseguirse una permanente superproducción que, a su vez, generaba la necesidad política del recurso al socialismo. Cuando Tougan-Baranovsky formuló, mediante su teoría del desarrollo ilimitado del capital —según el cual este último crea su propio mercado y por tanto puede impedir la aparición de desequilibrios—, teoría destinada a ejercer una profunda influencia sobre toda la corriente reformista, Kautsky¹³ le respondió que el bajo consumo obrero hacía inevitable las crisis, que tenía como efecto producir las condiciones subjetivas de la transformación del capitalismo en socialismo. Pero, veinticinco años después, admitía claramente haber infravalorado las posibilidades del sistema capitalista, dado que este último se revelaba «mucho más dinámico desde el punto de vista económico, que medio siglo antes».¹⁴

La falta de rigor y confusión demostradas por Kautsky en teoría económica¹⁵ llegaron a su culminación cuando hizo suyas las tesis de Tougan-Baranovsky, al que antes había combatido. Esta metamorfosis constituye solo un aspecto de su cambio total de actitud hacia el pensamiento burgués y la sociedad capitalista. Siguiendo las mismas afirmaciones de Kautsky, su mejor obra, resultado y coronación de toda una vida de investigación, fue *La concepción materialista de la historia*, libro en el que trató, en más de 2.000 páginas, la evolución de la naturaleza, la sociedad y el Estado. Esta obra no solo revela una pedante forma de exposición, así como un amplio conocimiento de las teorías y de los hechos; demuestra también hasta qué punto su autor se había hecho una idea errónea sobre el marxismo. En ella, efectivamente, Kautsky volvió decididamente la espalda

¹³ Véase la serie de artículos que Kautsky publicó en 1902 en *Die Neue Zeit*.

¹⁴ K. Kautsky, *Die materialistische Geschichtsauffassung*, Berlín, 1927, p. 623.

¹⁵ H. Grossmann ha descrito brillantemente en *Das Akkumulations und Zusammenbruchsgesetz des kapitalistischen System* (Leipzig, 1929) y criticado como convenía el carácter limitado de la teorías económicas de Kautsky, así como su transformación en el tiempo.

a la ciencia marxista, proclamando abiertamente «que algunas revisiones del marxismo son de vez en cuando inevitables»;¹⁶ es decir, acabó considerando suyas concepciones que aparentemente había combatido toda su vida. No contento con abandonar la interpretación del marxismo, Kautsky presenta su *opus magnum* como una concepción propia de la historia, concepción que, aunque no del todo alejada de la de Marx y Engels, no es por ello, menos independiente. Sus maestros, al descuidar indebidamente el papel de los factores naturales en la historia, según él, han restringido demasiado el alcance de su concepción. Partiendo no de Hegel sino de Darwin, Kautsky intenta «ampliar el campo del materialismo histórico, hasta su completa fusión con la biología».¹⁷ Pero esta profundización no es, en definitiva, más que una vuelta a las posiciones de la burguesía revolucionaria que Marx había superado en su crítica a Feuerbach. Sobre la base de los filósofos burgueses, sus predecesores en este materialismo naturalista, Kautsky no pudo, al igual que ellos, evitar concebir la historia de la sociedad dentro de una perspectiva idealista; y, por ello, al considerar el Estado, vuelve paulatinamente a la vieja concepción burguesa, según la cual, la historia de la humanidad coincide con la historia de los Estados. De este modo, concluye Kautsky su historia del Estado democrático burgués: «La época de la lucha de clases violenta ha terminado. Y pacíficamente, gracias a la propaganda y al sistema electoral es posible hoy allanar los conflictos y tomar decisiones».¹⁸

No pudiendo aquí discutir punto por punto estas voluminosas obras,¹⁹ nos limitaremos a subrayar que, de un extremo a otro, en ellas se sostiene cuanto de dudoso existía en el «marxismo» de su autor. Junto a la regresión histórica, puede subrayarse todavía que Kautsky no dejó nunca de considerar su participación en el movimiento obrero como una actividad social de tipo burgués. Este hecho resulta hoy evidente: Kautsky no logró nunca comprender verdaderamente la posición de Marx y Engels o, al menos, estuvo siempre lejos de suponer que pudiese existir una relación directa entre la teoría y la praxis. Daba la impresión de haber estudiado seriamente el pensamiento de Marx, pero en realidad no lo tomó nunca en serio. Como tantos curas que rezuman devoción, pero que actúan en la práctica de modo muy distinto a sus enseñanzas, Kautsky no se dio cuenta de la dualidad, que en su fuero interno separaba el pensamiento de la acción. Hubiera estado muy de acuerdo con aquel burgués del cual Marx decía que quiere ser «capitalista únicamente en interés de los obreros». Pero también

¹⁶ K. Kautsky, *Die materialistische Geschichtsauffassung...* vol. II, p. 60.

¹⁷ *Ibidem*, p. 629.

¹⁸ *Ibidem*, p. 431.

¹⁹ Véase la exhaustiva crítica de Karl Korsch sobre la obra en cuestión: *Die materialistische Geschichtsauffassung. Eine Auseinandersetzung mit Karl Kautsky*, Leipzig, 1929.

es verdad que Kautsky había rechazado acceder a esta afortunada condición, si hubiera debido, por ello, renunciar a los métodos «pacíficos» de la democracia burguesa. «Rechaza la melodía bolchevique que rompe los tímpanos», escribe Trotski, «pero no busca otra; el viejo pianista renuncia completamente a tocar su instrumento de la revolución».²⁰

Hacia el final de su vida, Kautsky tuvo que admitir la imposibilidad de realizar con medios pacíficos y democráticos aquellas formas de capitalismo, cuya realización auguraba; por ello, efectuó un cambio de 180 grados. Él, que en otros tiempos se había arrogado el título de defensor de una ideología marxista completamente separada de la realidad y que hacía únicamente el juego a los adversarios, se convertía ahora en defensor del *laissez-faire*, es decir, de una ideología absolutamente desprovista de realismo dentro de una sociedad que evolucionaba hacia un capitalismo de tipo fascista, una ideología que secundaba esa sociedad, así como su marxismo había secundado al capitalismo de tipo democrático. «Actualmente está de moda —dice en su última obra— despreciar la economía liberal, pero las teorías de Quesnay, Adam Smith y Ricardo no están en absoluto superadas. Marx tomó sus principios esenciales y los perfeccionó; pero no negó nunca que la producción para el libre mercado fuera la mejor base para el desarrollo de la producción. La diferencia entre Marx y los economistas clásicos consiste en el hecho de que estos últimos veían en la producción de mercado por cuenta de individuos privados la única forma concebible de producción, mientras que Marx consideraba que la forma de producción más evolucionada, la producción de mercado, generaba en virtud de su propio desarrollo condiciones tales que permitían pasar a una forma superior de producción, la producción social, gracias a la cual la sociedad —es decir la población trabajadora en su conjunto— gestiona los medios de producción, destinándolos a satisfacer las necesidades y ya no a generar beneficio. El modo de producción socialista obedece a leyes que le son propias, distintas por tanto, en muchos aspectos, de las leyes que rigen la producción de mercado. Sin embargo, mientras esta última predomine, funciona tanto mejor en la medida en que son respetadas las leyes de su movimiento, descubiertas en la época liberal».²¹

Estas ideas resultan bastante sorprendentes en un hombre que editó las *Teorías de la plusvalía* de Marx, obra que prueba indiscutiblemente «cómo Marx y Engels nunca profesaron en su vida la superficial opinión, según la cual los nuevos contenidos de la teoría socialista y comunista derivan, como consecuencia lógica, de las teorías archiburguesas de Quesnay, Smith y Ricardo».²² He aquí plenamente justificada nuestra tesis de que Kautsky

²⁰ L. Trotski, *Terrorismo y comunismo*, 1920.

²¹ K. Kautsky, *Sozialisten und krieg...*, p. 665.

²² K. Korsch, *Karl Marx*, París, 1971, p. 99. Véase también los prólogos de Engels a la edición alemana de *Miseria de la filosofía* (1884) y el segundo libro de *El capital* (1885).

fue un excelente alumno de Marx y Engels, pero solo en la medida en que podía traducir el marxismo según sus personales y limitados conceptos sobre el desarrollo social y sobre la sociedad capitalista. A sus ojos, la sociedad «socialista», esto es, la lógica consecuencia del desarrollo de la producción del mercado capitalista, no es más que un capitalismo de Estado. Cuando un día Kautsky sostuvo equivocadamente que la ley marxista del valor subsistiría en una economía socialista, a condición de que el valor fuese regulado conscientemente y no fijado más que por el juego de las «ciegas» leyes de mercado, Engels le hizo observar que el valor constituye una categoría estrictamente histórica y que, como había aparecido con la producción capitalista, del mismo modo estaba destinada a desaparecer con ella.²³ Kautsky reconsideraría esta opinión, como lo demuestra su obra *Las doctrinas económicas de Karl Marx* (1887), donde considera el valor como una categoría histórica. Más tarde, sin embargo, respondiendo en *La revolución proletaria y su programa* (1922) a ciertas críticas burguesas sobre la teoría económica del socialismo, no dudó de nuevo en introducir, dentro de su esquema de la sociedad socialista, las nociones de valor, mercado, dinero y producción de mercancías. Lo que una vez fue histórico se volvió eterno. Engels había hablado, pues, en vano. Kautsky había vuelto a sus orígenes, a la *pequeña burguesía*, que odiaba por igual al poder de los monopolios y al socialismo, al tiempo que aspiraba a una transformación únicamente cuantitativa de la sociedad, a una reproducción ampliada del *statu quo*, a un capitalismo mejorado y revigorizado, basado en una democracia más real y amplia, contra una sociedad capitalista que no tiene otra elección que la de exasperarse en el fascismo o transformarse en comunismo.

Si Kautsky prefería la producción de libre mercado y su expresión política a la «economía» de estilo fascista, era porque era deudor del primero de estos sistemas debido a su amplia grandeza y escasa miseria. Así como había blindado a la democracia burguesa con fraseología marxista, ahora oscurecía la realidad fascista con fraseología democrática. Por el momento, al volver sus pensamientos hacia atrás en lugar de hacia adelante, incapacitó mentalmente a sus seguidores para la acción revolucionaria. Este hombre al que, poco antes de su muerte, la marea fascista arrollaría arrastrándolo de Berlín a Viena, de Viena a Praga y de Praga a Ámsterdam, publicó en 1937 un libro, *Los socialistas y la guerra*, que demuestra claramente como un «marxista», que había trocado la concepción marxista del desarrollo social por una concepción idealista, llega inevitablemente a un punto de regresión, en el que el idealismo desemboca en delirio. Se cuenta en Alemania que Hindenburg, asistiendo un día al desfile de las unidades de asalto nazis, se inclinó hacia uno de sus ayudantes de campo

²³ K. Kautsky, *Aus der Frühzeit des Marxismus...*, p. 145.

y le susurró: «No dudaba de que haríamos tantos prisioneros rusos». En su último libro Kautsky vive todavía mentalmente en Tannenberg. La obra describe minuciosamente las distintas actitudes asumidas, desde el siglo XV hasta nuestros días, por los socialistas y sus precursores respecto del problema de la guerra. Aunque sin ser consciente de ello, Kautsky demuestra que el marxismo se vuelve ridículo, cuando pretende poner de acuerdo las necesidades y exigencias del proletariado con las de la burguesía.

Kautsky escribió dicho libro, para decirlo con sus palabras, «con el fin de definir la posición que los socialistas y los demócratas debían asumir en caso de que estallase una nueva guerra, a pesar de todos los esfuerzos por impedirlo». Y prosigue: «No existe ninguna respuesta inmediata a este problema antes de que empiecen las hostilidades y que pueda verse quién ha provocado el conflicto y por qué». Y continúa: «Si se desencadenase una guerra, los socialistas deberían intentar mantener su unidad y hacer que su organización supere la prueba, de forma que pueda recoger el fruto de sus esfuerzos allí donde se hundan los regímenes impopulares. En 1914, esta unidad se rompió y todavía sufrimos esta calamidad. Pero hoy las cosas están más claras que entonces: la oposición entre Estados democráticos y Estados no democráticos es mucho más clara y hay razón para esperar que, si se llegase a una guerra mundial, todos los socialistas se encontrarían del mismo lado: del lado de la democracia».²⁴

Lo que sabemos sobre el último conflicto mundial y sus consecuencias hace comprender la inutilidad de buscar lejos las causas de la guerra y no es un secreto quiénes la desencadenaron. Pero plantearse este problema es menos estúpido de lo que parece a primera vista. Bajo la aparente ingenuidad se trasluce, en efecto, la voluntad de servir al capitalismo bajo una forma, combatiéndola bajo otra. Se trata de inducir a los trabajadores a tomar parte en la guerra que se aproxima, a cambio del derecho al voto y el derecho a constituir organizaciones al servicio del capital y su burocracia dirigente. Es la vieja política de Kautsky, siempre dispuesta a permutar millones de cadáveres obreros por algunas concesiones de la burguesía. En realidad, sean cuales sean los regímenes políticos y las declaraciones oficiales de los distintos Estados beligerantes, las guerras capitalistas no pueden ser más que guerras por el beneficio y, por tanto, guerras contra la clase obrera; dado que las cosas se plantean en estos términos, los trabajadores no tienen la más mínima posibilidad de elección entre una participación condicionada o incondicionada. Por el contrario, la guerra —y también el periodo que precede a su desenlace— estará marcada, tanto en los países fascistas como en los antifascistas, por una dictadura militar absoluta. La guerra está destinada a destruir todas las diferencias que subsisten entre

²⁴ K. Kautsky, *Sozialisten und krieg...*, p. VIII.

los regímenes democráticos y los demás. Los obreros se alinearon con Hitler, al igual que se habían alineado con el Káiser, estos sostuvieron a Roosevelt, al igual que habían sostenido a Wilson. Murieron por Stalin al igual que habían muerto por el Zar.

A Kautsky no le inquietaba la realidad del fascismo, ya que para él la democracia era la forma natural del capitalismo. La nueva situación era sólo una enfermedad, una locura temporal, algo realmente ajeno al capitalismo. Estaba convencido de que una guerra librada en favor del restablecimiento de la democracia permitiría al capitalismo avanzar nuevamente hacia su lógico final, la comunidad socialista. Esta es la razón por la que en 1937 diagnosticó: «Hemos llegado a un momento en el que es posible abolir la guerra como medio para resolver los conflictos entre naciones»;²⁵ y predijo: «La política de conquista perseguida por Japón en China o los italianos en Etiopía constituye el último vestigio del pasado, del periodo del imperialismo. Todo parece indicar que no habrá ya ninguna guerra más de este tipo».²⁶ Afirmaciones similares abundan en este libro, ¡y pensar que el mundo de su autor se reducía a las cuatro paredes de una biblioteca en la que faltaban los estantes dedicados a la historia contemporánea! Kautsky, efectivamente, creía que, incluso sin guerra, el fascismo sería vencido y la democracia restaurada y que la evolución pacífica hacia el socialismo habría podido seguir su curso como en los bellos días anteriores al fascismo. ¿Por qué? Porque, decía él, «el carácter personal de la dictadura demuestra por sí mismo que su duración no puede exceder el espacio de una vida».²⁷

Kautsky estaba convencido así de que al episodio fascista seguiría una vuelta «a la normalidad», a una democracia abstracta, cada vez más socialista, la cual perfeccionaría las reformas iniciadas en la época gloriosa de la participación de los socialistas en el gobierno. Pero cerró los ojos frente al hecho de que la reforma fascista es hoy la única reforma del capitalismo objetivamente posible. De hecho, el «programa de socialización» que los socialdemócratas no osaron nunca realizar cuando detentaban el poder, fue en gran parte realizado por los fascistas. Al igual que las reivindicaciones de la burguesía alemana no fueron satisfechas en 1848 sino después, por la consiguiente contrarrevolución, así el programa de la socialdemocracia fue realizado por Hitler. Y a Hitler, de hecho, y no a la socialdemocracia, se debe el cumplimiento de viejas aspiraciones socialistas como la *Anschluss* de Austria y el control estatal de la industria y de la banca. Fue Hitler, y no la socialdemocracia, quien proclamó festivo el Primero de Mayo. Y más en

²⁵ *Ibidem*, p. 265.

²⁶ *Ibidem*, p. 656.

²⁷ *Ibidem*, p. 646.

general, basta con comparar lo que los socialistas decían querer, pero no hicieron nunca, con la política seguida en Alemania después de 1933, para comprender que Hitler realizó el programa de la socialdemocracia, pero sin recurrir a sus servicios. Como Hitler, los socialdemócratas combatieron al mismo tiempo al bolchevismo y al comunismo, y como él, prefirieron la realización de un control estatal a un sistema de capitalismo de Estado tan extremo como el sistema soviético. Pero los socialdemócratas no tuvieron nunca el valor de adoptar las medidas que la ejecución de este programa requería, fue Hitler quien se encargó de ello. Kautsky, al igual que se había revelado incapaz de pensar que la teoría marxista pudiera desembocar en una praxis marxista, no logró comprender que una política capitalista de reformas debía tener efectos prácticos y que esta fue justamente la obra del fascismo. Si la vida de Kautsky enseña algo a los trabajadores es justamente que la lucha contra el fascismo debe necesariamente ser también una lucha contra la democracia burguesa, una lucha contra el kautskismo. No es exagerado, por tanto, resumir así su vida: de Marx a Hitler.

III

LA LEYENDA DE LENIN (1935)*

CUANTO MÁS DURA y amarillenta se torna la piel del Lenin momificado, y cuanto más crece el número de visitantes al Mausoleo Lenin, más disminuye el interés por el verdadero Lenin y su significado histórico. Cada vez más monumentos son erigidos en su memoria, cada vez se filman más películas en donde él interpreta el papel central, cada vez más libros se escriben sobre él, al tiempo que los reposteros rusos hacen postres con los rasgos de su cara. Y sin embargo, el derretimiento de las caras de chocolate de Lenin puede compararse con la falta de claridad y la inverosimilitud de las historias que se cuentan sobre él. Aunque el Instituto Lenin de Moscú publique sus obras completas, estas carecen de sentido sin las fantásticas leyendas que se han formado alrededor de su nombre. Tan pronto como la gente empezó a preocuparse por los botones del cuello de la camisa de Lenin, también dejó de interesarse por conocer sus ideas. Todos, entonces, diseñaron su propio Lenin, y si bien no de acuerdo con su propia imagen, en cualquier caso sí según sus propios deseos. Lo que la leyenda de Napoleón es a Francia y la leyenda de Fredricus Rex [Federico rey] es a Alemania, la leyenda de Lenin es a la nueva Rusia. Así como antes la gente se negaba absolutamente a creer en la muerte de Napoleón, y aguardaban la resurrección de Fredricus Rex, en la Rusia actual existen campesinos para los cuales el nuevo «padrecito Zar» no ha muerto sino que continúa satisfaciendo su insaciable apetito exigiéndoles tributo. Otros encienden lámparas eternas bajo el retrato de Lenin: para ellos es un santo, un redentor al cual rezan por su ayuda. Millones de ojos miran millones de estos retratos, y ven en Lenin al Moisés ruso, a San Jorge, a Ulises, a Hércules, a Dios o al Diablo. El culto a Lenin se ha convertido en una nueva religión ante la cual incluso los comunistas ateos se arrodillan con gusto: hace la vida más fácil en todos los sentidos. Lenin aparece ante ellos como el

* Publicado originalmente en *International Council Correspondence*, vol. 2, núm. 1, diciembre 1935 y reimpresso en *Western Socialist*, vol. 13, núm. III, enero de 1946. Existía una traducción previa al castellano de este texto realizada por el Círculo Internacional de Comunistas Antibolcheviques, disponible en la página web de *La bataille socialiste*. La presente traducción se ha apoyado en esta versión.

padre de la República Soviética, el hombre que hizo posible la victoria de la revolución, el gran líder sin el cual ellos ni siquiera existirían. Pero no solo en Rusia y no solo en forma de leyenda popular, sino para una gran parte de la *intelligentsia* marxista a lo largo del mundo, la Revolución rusa se ha convertido en un evento mundial tan vinculado al genio de Lenin que uno tiene la impresión de que sin él esa revolución y por lo tanto también la historia mundial podría haber tomado un curso enteramente distinto. Sin embargo, un análisis verdaderamente objetivo de la Revolución rusa revelará lo insostenible de esa idea.

«La afirmación de que la historia es hecha por los grandes hombres es desde un punto de vista teórico totalmente infundada». Tales son las palabras en las que el propio Lenin se refiere a la leyenda que insiste en hacerlo a él solo responsable de los «éxitos» y de los «crímenes» de la Revolución rusa. Lenin consideró la guerra mundial como determinante de la revolución, tanto tomada como causa directa de su estallido como por el momento en el que esta tuvo lugar. Sin la guerra, dice, «la revolución se hubiera retrasado posiblemente varias décadas». La idea de que el estallido y el curso de la Revolución rusa dependían en gran medida de Lenin implica necesariamente una identificación completa de la revolución con la toma del poder por los bolcheviques. Trotski ha afirmado en este sentido que todo el crédito por el éxito de la insurrección de octubre pertenece a Lenin; que la resolución de la insurrección fue llevada adelante por él solo contra la oposición de casi todos sus amigos del partido. Pero la toma del poder por los bolcheviques no dota a la revolución del espíritu de Lenin; al contrario, Lenin se había adaptado tan completamente a las necesidades de la revolución que prácticamente llevó a cabo la tarea de esa misma clase a la que tan ostensiblemente había combatido. Por supuesto, se afirma a menudo que con la toma del poder estatal por los bolcheviques la en principio revolución democrático burguesa fue desde ese momento transformada en una revolución socialista proletaria. ¿Pero es realmente posible que alguien crea seriamente que un solo acto político es capaz de reemplazar toda una evolución histórica; que siete meses —de febrero a octubre— fueron suficientes para dar forma a las precondiciones económicas de una revolución socialista en un país que estaba luchando por deshacerse de sus trabas feudales y absolutistas a fin de facilitar su entrada en el capitalismo moderno?

Hasta la época de la revolución, y en muy gran medida incluso hoy en día, el papel decisivo del desarrollo económico y social de Rusia vino jugado por la cuestión agraria. De los 174 millones de habitantes del imperio antes de la guerra, solo 24 vivían en las ciudades. De cada 1.000 personas empleadas en actividades económicas, 719 estaban relacionadas con la agricultura. A pesar de su enorme importancia económica, la mayoría de

los campesinos todavía soportaban una existencia desdichada. La causa de su deplorable situación era la insuficiencia de tierras. El Estado, la nobleza y los grandes terratenientes se aseguraban para sí, con brutalidad asiática, una inconcebible explotación de la población.

Desde la abolición de la servidumbre (1861) la escasez de tierra para las masas campesinas fue la cuestión alrededor de la cual giraron todas las demás cuestiones de la política doméstica rusa. Era el punto principal de todos los proyectos de reforma, que veían en ella la fuerza motriz de la revolución que se aproximaba, y que debía ser desactivada. La política financiera del régimen zarista, con sus siempre nuevos impuestos indirectos, empeoró aun más la situación de los campesinos. Los gastos del ejército, la flota, y el aparato estatal alcanzaron magnitudes gigantescas, tanto más grandes cuanto mayor era la parte del presupuesto estatal que se dirigía a propósitos improductivos; estos arruinaron totalmente los fundamentos económicos de la agricultura.

«Tierra y Libertad» fue, por lo tanto, la necesaria demanda revolucionaria de los campesinos. Bajo esta consigna tuvieron lugar una serie de levantamientos campesinos que pronto, en el periodo de 1902 a 1906, tomaron una escala significativa. En combinación con las huelgas de masas de los obreros que tenían lugar al mismo tiempo, produjeron una conmoción tan violenta en el corazón del zarismo, que ese periodo puede ser ciertamente denominado como un «ensayo» de la revolución de 1917. El modo en el que el zarismo reaccionó frente a estas rebeliones viene ilustrado, mejor que en ninguna otra parte, en la expresión del por entonces vicegobernador de Tambiovsk, Bogdanovitch: «Cuanto más fusilados, menos arrestos». Y uno de los oficiales que tomó parte en la supresión de las insurrecciones escribió: «Todo alrededor nuestro es derramamiento de sangre; todo está en llamas; disparamos, derribamos, apuñalamos». Fue en este mar de sangre y llamas donde nació la revolución de 1917.

A pesar de la derrota, la presión de los campesinos continuó siendo una creciente amenaza. Llevó a las reformas de Stolypin, las cuales, sin embargo, fueron solo gestos vacíos, que se limitaron a verter promesas, que en realidad no hicieron avanzar ni un paso en la cuestión agraria. Una vez, no obstante, se extendió el dedo meñique, pronto se abrió toda la mano. El empeoramiento de la situación campesina provocado por la guerra, la derrota del ejército zarista en el frente, las crecientes revueltas en las ciudades, la caótica política zarista en la que todo razonamiento coherente era desechado y el dilema general resultante para todas las clases de la sociedad, llevaron a la revolución de febrero, que antes de nada resolvió de manera definitiva y violenta la cuestión agraria, que había ardido durante medio siglo. Su carácter político, sin embargo, no vino impreso sobre la revolución por el movimiento campesino; este movimiento simplemente

le dio una enorme relevancia. En los primeros anuncios del comité ejecutivo central de los consejos de obreros y soldados de San Petersburgo la cuestión agraria ni siquiera fue mencionada. Pero los campesinos lograron pronto la atención del nuevo gobierno. Hartos de esperar emprendieron la acción directa; en abril y mayo de 1917 las decepcionadas masas campesinas empezaron a apropiarse de la tierra por sí mismas. Los soldados en el frente, temerosos de no obtener su parte en la nueva distribución, abandonaron las trincheras y volvieron apresuradamente a sus pueblos. Llevaron sus armas consigo y de esta manera no ofrecieron al gobierno ninguna posibilidad de detenerlos. Todas las apelaciones del gobierno al sentimiento nacional y a la sacralidad de los intereses rusos no tuvieron ningún efecto sobre la urgencia de las masas por satisfacer al fin sus propias necesidades económicas. Y aquellas necesidades estaban contenidas en la consigna «paz y tierra». Se decía en esos tiempos que los campesinos impedidos a permanecer en el frente, con la excusa de que si no lo hacían los alemanes ocuparían Moscú, se veían bastante sorprendidos y respondían a los emisarios del gobierno: «¿Y a nosotros qué? Somos del gobierno de Tamboff».

Lenin y los bolcheviques no inventaron la victoriosa consigna de «la tierra para los campesinos»; más bien, aceptaron la revolución campesina real que tenía lugar independientemente de ellos. Tomando ventaja de la vacilante actitud del régimen de Kerensky, que todavía tenía esperanzas de poder resolver la cuestión agraria por medio de la discusión pacífica, los bolcheviques se ganaron la buena voluntad de los campesinos y de esta manera pudieron quitar de en medio al gobierno de Kerensky y tomar el poder para sí mismos. Pero esto resultó posible únicamente en tanto agentes de la voluntad de los campesinos, mediante la sanción de su apropiación de la tierra, y fue solo a través de su apoyo que los bolcheviques fueron capaces de mantenerse en el poder.

La consigna «la tierra para los campesinos» no tiene nada que ver con los principios comunistas. El reparto de las grandes haciendas en un gran número de pequeñas granjas independientes fue una medida directamente opuesta al socialismo y que solo podía justificarse como una necesidad táctica. Los posteriores cambios en la política hacia los campesinos por parte de Lenin y los bolcheviques fueron incapaces de efectuar cualquier modificación en las consecuencias necesarias de esta política oportunista original. A pesar de todas las colectivizaciones, que hasta ahora se limitan en gran medida al aspecto técnico de las fuerzas productivas, la agricultura rusa está, aun hoy en día, básicamente determinada por intereses y motivos económicos privados. Y esto implica la imposibilidad, también en el campo industrial, de llegar a algo más que a una economía capitalista de Estado. Aun si este capitalismo de Estado apunta a transformar completamente a

la población campesina en asalariados agrícolas sujetos a explotación, es improbable alcanzar este propósito frente a los nuevos choques revolucionarios vinculados a tal aventura. La presente colectivización no puede ser considerada como la realización del socialismo. Esto se ve claramente cuando uno considera a los observadores de la escena rusa como Maurice Hindus, que creen posible que «incluso si los Soviets colapsaran, la agricultura rusa permanecería colectivizada, con un control quizás más por parte de los campesinos que del gobierno». Pero incluso si la política agraria bolchevique llevara al fin deseado, a un capitalismo de Estado que dominara toda la economía nacional, la situación de los obreros sería la misma que antes. Tampoco podría considerarse tal consumación como una transición al socialismo real, ya que aquellos elementos de la población ahora privilegiados por el capitalismo de Estado defenderían sus privilegios contra todo cambio, exactamente igual que hicieron los propietarios privados en la revolución de 1917.

Los obreros industriales eran todavía una muy pequeña minoría de la población y por lo tanto eran incapaces de imprimir a la Revolución rusa un carácter acorde a sus propias necesidades. Los elementos burgueses que también combatían al zarismo pronto recularon ante la naturaleza de sus propias tareas. No podían acceder a una solución revolucionaria de la cuestión agraria, ya que la expropiación general de la tierra podría terminar fácilmente en la expropiación de la industria. Ni los campesinos ni los obreros les seguían. El destino de la burguesía fue decidido por la alianza temporal entre estos últimos grupos. No fue la burguesía, sino los obreros quienes llevaron la revolución burguesa a su conclusión; el lugar de los capitalistas fue ocupado por el aparato estatal bolchevique bajo la consigna leninista «si lo único que nos queda es el capitalismo, entonces hagámoslo». Por supuesto que los obreros habían derrocado al capitalismo en las ciudades, pero solo para convertir al aparato del partido bolchevique en su nuevo amo. En las ciudades industriales la lucha obrera continuó con las demandas socialistas, aparentemente de forma independiente de la revolución campesina aun cuando tenía lugar al mismo tiempo y, no obstante, estaba determinada decisivamente por aquella. Las demandas revolucionarias originales de los obreros eran objetivamente imposibles de llevarse a cabo. Los obreros fueron capaces, con la ayuda de los campesinos, de conquistar el poder del Estado para su partido, pero este nuevo Estado tomó pronto una posición directamente opuesta a los intereses de los obreros. Una oposición que aun hoy asume formas que hacen posible que se pueda hablar de «zarismo rojo»: supresión de huelgas, deportaciones, ejecuciones en masa, y por lo tanto el surgimiento de nuevas organizaciones ilegales que están llevando a cabo una revuelta comunista contra el actual «socialismo». Las recientes conferencias sobre la extensión de la democracia en

Rusia, la idea de introducir una especie de parlamentarismo, la resolución del último congreso de los soviets acerca de desmantelar la dictadura, todo esto es meramente una maniobra táctica diseñada para compensar los últimos actos de violencia del gobierno contra la oposición. Estas promesas no deben ser tomadas en serio, son resultado de la práctica leninista, siempre bien calculada para funcionar en dos sentidos al mismo tiempo en pro de su propia estabilidad y seguridad. El zigzag de la política leninista proviene de la necesidad de adaptarse en todo momento al cambio en las relaciones de fuerza de las clases en Rusia, de tal manera que el gobierno siempre permanezca dueño de la situación. Así hoy se acepta lo que el día antes fue rechazado, o viceversa: la carencia de principios ha sido elevada al nivel de principio; al partido leninista solo le importa una cosa, el ejercicio del poder estatal a cualquier precio.

En este punto, sin embargo, solo estamos interesados en demostrar que la Revolución rusa no dependía de Lenin ni de los bolcheviques, sino que el elemento decisivo fue la revuelta de los campesinos. El mismo Zinoviev, cuando todavía estaba en el poder y al lado de Lenin, afirmó tan tarde como en el XI Congreso del Partido bolchevique (marzo-abril de 1921): «No fue la vanguardia proletaria a nuestro lado, sino la llegada a nosotros del ejército, porque exigíamos la paz, lo que constituyó el factor decisivo de nuestra victoria. El ejército, sin embargo, estaba formado por campesinos. Si no hubiéramos sido apoyados por los millones de campesinos soldados, nuestra victoria sobre la burguesía hubiera sido imposible». El gran interés de los campesinos en la cuestión de la tierra y su escaso interés en la cuestión del gobierno permitió a los bolcheviques llevar a cabo una lucha victoriosa por el gobierno. Los campesinos no tenían problema en dejarle el Kremlin a los bolcheviques, siempre y cuando su propia lucha contra los terratenientes no se viera obstaculizada.

Pero incluso en las ciudades, Lenin no fue el factor decisivo en los conflictos entre el capital y el trabajo. Antes al contrario, se vio arrastrado por los obreros, que en sus demandas y en sus acciones fueron mucho más lejos que los bolcheviques. No fue Lenin quien dirigió la revolución, la revolución lo dirigió a él. Tan tarde como en el levantamiento de Octubre, Lenin restringió sus anteriores y más profundas demandas al control de la producción, al tiempo que deseaba detenerse en seco tras la socialización de los bancos y las instalaciones de transporte, sin llegar a la abolición general de la propiedad privada; sin embargo, los obreros no prestaron atención a sus opiniones y expropiaron a todas las empresas. Es interesante recordar que el primer decreto del gobierno bolchevique fue dirigido contra las expropiaciones salvajes y no autorizadas de las fábricas a través de los consejos obreros. Pero esos soviets eran entonces todavía más fuertes que el aparato partidario y obligaron a Lenin a promulgar el decreto para la

nacionalización de todas las empresas industriales. Fue solo bajo presión de los obreros que los bolcheviques consintieron este cambio en sus propios planes. Gradualmente, a través de la extensión del poder estatal, la influencia de los soviets se debilitó, hasta el punto en que hoy no sirven para otra cosa que para propósitos decorativos.

Durante los primeros años de la revolución, hasta la introducción de la Nueva Política Económica [NEP] (1921), hubo por supuesto cierta experimentación en un sentido comunista. Esto no es, sin embargo, mérito de Lenin, sino de aquellas fuerzas que lo convirtieron en un camaleón político que en ocasiones asumía colores reaccionarios y en otras colores revolucionarios. Los nuevos levantamientos campesinos contra los bolcheviques llevaron primero a Lenin a una política más radical, dando mayor énfasis a los intereses de los obreros y de los campesinos pobres que habían llegado tarde a la primera distribución de tierras. Pero luego esta política se mostró como un fracaso, ya que los campesinos pobres, cuyos intereses fueron de esta manera privilegiados, se negaron a apoyar a los bolcheviques y Lenin «se volvió de nuevo hacia los campesinos medios». En ese caso, Lenin no tuvo escrúpulos en fortalecer nuevamente a los elementos capitalistas-privados, al tiempo que antiguos aliados, que se habían convertido en una incomodidad, fueron derribados a cañonazos, como fue el caso en Kronstadt.

El poder, y nada más que el poder: a esto se reduce finalmente la sabiduría política de Lenin. Que los medios por el cual se obtiene y llevan al mismo determinan a su vez la manera en que ese poder se aplica, era un asunto de escaso interés. El socialismo, para Lenin, era en última instancia un tipo de capitalismo de Estado, a imagen del «modelo del servicio postal alemán». Y fue este capitalismo de Estado el que a su manera encaró, porque de hecho no había nada más que encarar. Simplemente era una cuestión de quién iba a ser el beneficiario del capitalismo de Estado y aquí Lenin no dio prioridad a nadie. Fue así como George Bernard Shaw, a su vuelta de Rusia, estuvo bastante acertado cuando, en una conferencia ante la Sociedad Fabiana de Londres, afirmó que «el comunismo ruso no es nada más que la puesta en práctica del programa fabiano que hemos estado predicando los últimos 40 años».

Nadie, sin embargo, ha sospechado aún que los fabianos constituyan una fuerza revolucionaria mundial. Y Lenin es, por supuesto, antes que nada aclamado como un revolucionario mundial, a pesar del hecho de que el actual gobierno ruso por el cual se administra su «Estado» niegue esto mismo enfáticamente cuando la prensa publica informes de brindis rusos por la revolución mundial. La leyenda de la trascendencia mundial-revolucionaria de Lenin se nutre de su consecuente posición internacional durante la guerra mundial. En ese momento, para Lenin

resultaba imposible concebir que una revolución en Rusia no tuviera repercusiones adicionales, quedando abandonada a sí misma. Había dos razones para este punto de vista: primero, porque tal pensamiento estaba en contradicción con la situación objetiva resultante de la guerra mundial; y en segundo lugar, asumió que la embestida de las naciones imperialistas contra los bolcheviques rompería la espalda de la Revolución rusa si el proletariado de Europa occidental no venía al rescate. El llamamiento de Lenin a la revolución mundial fue principalmente un llamamiento en apoyo a sostener el poder bolchevique. La prueba de que no fue mucho más que esto la proporciona su inconstancia en esta cuestión: además de hacer sus demandas por la revolución mundial, al mismo tiempo se pronunció por el «derecho a la autodeterminación de todos los pueblos oprimidos», por su liberación nacional. Sin embargo esta política dual de los bolcheviques tenía su raíz en la necesidad jacobina de mantener el poder. Gracias a ambas consignas, las fuerzas de intervención de los países capitalistas en los asuntos de Rusia se vieron debilitadas, de esta manera su atención se vio desviada hacia sus propios territorios y colonias. Eso supuso un respiro para los bolcheviques. Con la intención de hacerlo lo más largo posible, Lenin estableció su Internacional. Fijó para la misma dos tareas: por un lado, la subordinación de los obreros de Europa occidental y América a la voluntad de Moscú; por otro, el fortalecimiento de la influencia de Moscú sobre los pueblos de Asia Oriental. El trabajo en el campo internacional fue modelado siguiendo el curso de la Revolución rusa. La meta consistió en combinar los intereses de los obreros y los campesinos a escala mundial, al tiempo que se aseguraba el control bolchevique de los mismos por medio de la Internacional Comunista. De esta manera se aseguró al menos el apoyo al poder estatal bolchevique en Rusia; y en caso de que la revolución mundial se extendiera, estaba por ganarse el poder sobre el mundo. Aunque el primer objetivo se logró con cierto éxito, no pasó lo mismo con el segundo. La revolución mundial no podía hacerse a través de una imitación a escala global de la Revolución rusa y las limitaciones nacionales de la victoria en Rusia hicieron necesariamente de los bolcheviques una fuerza contrarrevolucionaria en el plano internacional. De esta manera, la reivindicación de la «revolución mundial» se convirtió en la «teoría del socialismo en un solo país». Y esta no es una perversión del punto de vista leninista —como Trotski, por ejemplo, afirma hoy— sino la consecuencia directa de la política mundial pseudorevolucionaria perseguida por el mismo Lenin.

En ese momento quedó claro, incluso para muchos bolcheviques, que la restricción de la revolución en Rusia convertiría a la propia Revolución rusa en un obstáculo para la revolución mundial. Así, por ejemplo, escribió Eugen Varga en su libro *Problemas económicos de la dictadura del proletariado*, publicado por la Internacional Comunista (1921): «Existe el peligro

de que Rusia pueda ser excluida como la fuerza motriz de la revolución mundial [...] Hay comunistas en Rusia que se han cansado de esperar a la revolución europea y desean sacar lo mejor de su aislamiento nacional [...] Con una Rusia que considerase la revolución social de otros países como algo que no la concierne, los países capitalistas podrían vivir en una vecindad pacífica. Estoy lejos de creer que tal embotellamiento de la Rusia revolucionaria sería capaz de detener el progreso hacia la revolución mundial. Pero ese progreso se verá ralentizado».

Y con la agudización de las crisis internas en Rusia en esa época, no pasó mucho tiempo antes de que casi todos los comunistas, incluido el propio Varga, tuvieran el sentimiento del que el mismo Varga se quejaba. De hecho, antes incluso, en 1920, Lenin y Trotski se esforzaron con ahínco en estimular las fuerzas revolucionarias de Europa. La paz en todo el mundo era un requisito con el fin de asegurar la construcción del capitalismo de Estado en Rusia bajo el auspicio de los bolcheviques. Era desaconsejable que esta paz fuera perturbada por la guerra o por nuevas revoluciones, porque en cualquier caso un país como Rusia seguramente se vería arrastrado. De forma consecuente, Lenin impuso, a través de la división y de la intriga, un curso neorreformista en el movimiento obrero de Europa occidental, un curso que llevó a su total disolución. Fue con palabras afiladas que Trotski, con la aprobación de Lenin, se volvió contra la insurrecta Alemania central (en 1921): «Debemos decir llanamente a los obreros alemanes que vemos en esta filosofía de la ofensiva el mayor peligro y en su aplicación práctica el mayor crimen político». Y en 1923, ante otra situación revolucionaria, Trotski declaró al corresponsal del *Manchester Guardian*, de nuevo con la aprobación de Lenin: «Por supuesto que estamos interesados en la victoria de las clases trabajadoras, pero no es en absoluto nuestro interés que estalle la revolución en una Europa ensangrentada y exhausta y que el proletariado reciba de manos de la burguesía nada más que ruinas. Estamos interesados en el mantenimiento de la paz». Diez años más tarde, cuando Hitler tomó el poder, la Internacional Comunista no movió un dedo para prevenirlo. Trotski no solo está equivocado, sino que revela una falla de memoria que resulta indudablemente de la pérdida de su uniforme, cuando caracteriza hoy el fracaso de Stalin a la hora de ayudar a los comunistas alemanes como una traición a los principios del leninismo. Esta traición fue constantemente practicada por Lenin y por el mismo Trotski. Pero de acuerdo con el aforismo de Trotski, lo importante no es lo que hay que hacer, sino quién debe hacerlo.

Stalin es, de hecho, el mejor discípulo de Lenin, en lo concerniente a su actitud respecto del fascismo alemán. Los bolcheviques por supuesto no se abstuvieron de entrar en una alianza con Turquía y prestar ayuda política y económica al gobierno de ese país incluso en un momento en el que

estaban tomando las más brutales medidas contra los comunistas, medidas que frecuentemente eclipsaron las acciones de Hitler.

En vista del hecho de que la Internacional Comunista continúa operando simplemente como una agencia para el turismo ruso, en vista del colapso en todos los países de los movimientos comunistas controlados por Moscú, la leyenda de Lenin como un revolucionario mundial está sin duda lo suficientemente debilitada como para que pueda contarse con su desaparición en un futuro cercano. Por supuesto, aun hoy los que se aferran a la Internacional Comunista ya no operan según la noción de la revolución mundial, sino que hablan de la «Patria de los Trabajadores» de la cual sacan su entusiasmo siempre y cuando no tengan que verse forzados a vivir allí como obreros. Aquellos que continúan aclamando a Lenin como el revolucionario mundial por excelencia, en realidad se emocionan nada más que con los sueños políticos de poder mundial de Lenin, sueños que hoy se han desvanecido por completo.

La contradicción que existe entre el significado histórico real de Lenin y lo que por lo general se asocia a él mismo es mayor y a la vez más inescrutable que en el caso de cualquier otro personaje que haya actuado en la historia moderna. Hemos demostrado que no puede hacerse responsable del éxito de la Revolución rusa, y también que su teoría y su práctica no puede, como se ha hecho tan a menudo, ser aclamada como de importancia revolucionaria mundial. Tampoco, a pesar de todas las afirmaciones de lo contrario, puede otorgársele el mérito de haber extendido o complementado el marxismo. En la obra de Thomas B. Bram titulada *Una aproximación filosófica al comunismo*, recientemente publicada en la Universidad de Chicago, el comunismo todavía es definido como «una síntesis de las doctrinas de Marx, Engels y Lenin». No solo en este libro, sino también en general, y particularmente en la prensa de los partidos comunistas, Lenin es puesto en tal relación con Marx y Engels. Stalin ha denominado al leninismo como «el marxismo en el periodo del imperialismo». Tal posición, de todos modos, deriva de la única justificación de una infundada sobrevaloración de Lenin. Lenin no ha añadido al marxismo ningún elemento que pueda ser calificado como nuevo e independiente. La concepción filosófica de Lenin es el materialismo dialéctico desarrollado por Marx, Engels y Plejanov. Es a través de estos que trata todos los problemas importantes: es su criterio en todo y la última corte de apelación. En su principal obra filosófica, *Materialismo y empiriocriticismo*, Lenin simplemente repite a Engels a la hora de trazar las oposiciones de los diferentes puntos de vista filosóficos hacia la gran contradicción primaria: materialismo *versus* idealismo. Mientras en la primera posición, la Naturaleza es lo primario y la Mente lo secundario, la otra posición sostiene exactamente lo contrario. Esta formulación previamente conocida es documentada por

Lenin con material adicional de diversos campos del conocimiento. De esta modo, no puede pensarse en ningún enriquecimiento esencial por parte de Lenin a la dialéctica marxista. En el campo de la filosofía, hablar de una escuela leninista es un despropósito.

En el campo de la teoría económica, tampoco se le puede atribuir a Lenin una importancia independiente. Sus escritos económicos son más marxistas que aquellos de sus contemporáneos, pero son solamente aplicaciones brillantes de las doctrinas económicas ya existentes asociadas al marxismo. Lenin no tuvo ninguna intención de ser un teórico independiente en materia de economía; para él, Marx ya había dicho todo lo fundamental a este respecto. Para Lenin, era imposible ir más allá de Marx, y por eso se preocupó nada más que por comprobar que los postulados marxistas estaban en concordancia con el desarrollo real. Su principal obra económica, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, constituye un testimonio elocuente en este sentido. Lenin nunca quiso ser más que el discípulo de Marx y es así que solo como leyenda pueda hablarse de una teoría del «leninismo».

Lenin quería sobre todo ser un político práctico. Sus trabajos teóricos son casi exclusivamente de naturaleza polémica. Combate a los enemigos (teóricos o no) del marxismo, que Lenin identifica en sus propias luchas políticas y de los bolcheviques en general. Para el marxismo, la práctica decide sobre la verdad de una teoría. En cuanto al esfuerzo práctico por actualizar las doctrinas de Marx, es posible que Lenin haya prestado un gran servicio al marxismo. Sin embargo, en lo que concierne al marxismo, toda práctica es social, esta puede ser modificada o verse influida por individuos pero solo de manera muy limitada, nunca decisiva. No hay duda de que la unión de teoría y práctica, del objetivo final y de las cuestiones concretas del momento, por las cuales Lenin estuvo constantemente interesado, puede ser aclamada como un gran logro. Pero la medida de este logro es de nuevo el éxito obtenido, y ese éxito, como ya hemos dicho, fue negado por Lenin. Su obra no solo fracasó a la hora de hacer avanzar al movimiento revolucionario mundial; también fracasó a la hora de formar las precondiciones para una verdadera sociedad socialista en Rusia. El éxito (tal y como fue) no lo llevó más cerca de su objetivo, sino que lo alejó del mismo.

Las condiciones actuales en Rusia y la presente situación de los obreros en todo el mundo deberían ser suficiente prueba para cualquier observador comunista de que la actual política «leninista» es justamente lo opuesto de su fraseología. Y a la larga, tal condición debe, sin duda, destruir la leyenda de Lenin construida artificialmente, para que la historia misma finalmente coloque a Lenin en su apropiado lugar histórico.

IV LEÓN TROTSKI (1940)*

CON LEÓN TROTSKI ha fallecido el último de los grandes líderes del bolchevismo. Ha sido su actividad, durante los últimos 50 años, lo que ha mantenido algunos de los contenidos originales de la ideología bolchevique. La gran herramienta utilizada para que la atrasada Rusia adoptase su actual forma de capitalismo de Estado.

Como todos los hombres cuya sabiduría práctica es mayor que la teórica, a Trotski se le recordará mas por la importancia de sus logros, que por los razonamientos que le han acompañado. Cercano a Lenin, fue sin duda alguna la figura de mayor importancia de la Revolución rusa. No obstante, la necesidad de líderes como Lenin y Trotski, así como los efectos de estos liderazgos, solo ponen sobre la palestra la absoluta impotencia de las masas proletarias a la hora de resolver sus propias necesidades reales en medio de una cruel situación de inmadurez histórica.

Las masas deben ser guiadas, pero sus líderes solo pueden actuar de acuerdo con sus propias necesidades. La necesidad de liderazgos como los practicados por los bolcheviques no señalan otra cosa que la necesidad de disciplinar y aterrorizar a las masas, para que estas vivan y trabajen en armonía con los planes de la nueva clase dominante. Este tipo de liderazgo demuestra por sí mismo la existencia de relaciones de clase, políticas y económicas, así como la irreconciliable oposición entre dirigentes y dirigidos. La imponente personalidad de León Trotski revela el carácter antiproletario de la Revolución bolchevique tanto como la deificada momia de Lenin en el mausoleo de Moscú.

Para que unos puedan ser líderes, otros deben carecer de poder. Para ser la vanguardia de los trabajadores, la élite debe usurpar todas las posiciones sociales clave. Como la burguesía del pasado, los nuevos líderes deben tomar y controlar todos los medios de producción y destrucción. Para preservar su control y que este sea efectivo, los líderes deben fortalecer su

* Publicado originalmente en *Living Marxism*, otoño de 1940. Traducido para este volumen por Pablo Oliveros Gregorio.

posición de forma constante mediante la expansión burocrática, así como dividir continuamente a los dominados. Solo los amos pueden ser líderes.

Trotsky era uno de esos amos. Ante todo fue un experto propagandista, el más grande e infatigable orador, estableciendo así su posición de liderazgo en la revolución. Luego se convirtió en el maestro creador del ejército rojo, luchando contra la *derecha* y la *izquierda*, en nombre del bolchevismo, del cual también pretendía ser amo. Y es ahí donde fracasó. Cuando los líderes hacen historia, aquellos que son liderados dejan de contar, pero no desaparecen. Confiando en las fuerzas de los grandes eventos históricos, Trotsky mostró su incapacidad y negligencia a la hora de ser un oportunista eficiente, capaz de moverse entre las bambalinas del desarrollo burocrático que estaba en el punto de mira de la historia mundial.

Hoy en día los grandes hombres ya no son necesarios. La propaganda moderna puede hacer pasar a cualquier fraude por un héroe, cualquier personalidad mediocre por un alguien con vastos conocimientos en cualquier campo. La propaganda transforma a través de su esfuerzo colectivo a cualquier líder mediocre, incluso estúpido, como Hitler y Stalin, en grandes hombres. Los líderes se transforman en símbolos de una forma de organización colectiva inteligente, gracias a su voluntad por mantener aquellas estructuras socialmente instituidas. Fuera de Rusia, Trotsky fue rápidamente reducido a la figura del maestro de una pequeña secta de revolucionarios profesionales y sus apoyos. Era «el viejo sabio», la indiscutible autoridad en el crecimiento artificial de la escena política destinada a acabar en el absurdo. Convertirse en el amo de una IV Internacional, de la misma manera que su enemigo Stalin era el amo de la III, se convirtió en la ilusión por la cual murió.

No hay necesidad de rastrear el desarrollo individual de Trotsky, basta con su autobiografía. Tampoco es necesario remarcar sus muchas cualidades literarias y de otro tipo. Su trabajo, sobre todo su *Historia de la Revolución rusa*, inmortalizarán su figura como escritor y político. Pero existe una necesidad real de oponerse al desarrollo de la leyenda en torno a la figura de Trotsky, que hará de este líder de la revolución del capitalismo de Estado ruso un mártir de la clase obrera internacional. Una leyenda que debe ser desechada junto con todos los postulados y aspectos del bolchevismo.

Louis Ferdinand Céline dijo una vez que las revoluciones deberían ser juzgadas veinte años más tarde. Y habiéndolo hecho, solo encontró palabras de condena para el bolchevismo. Nosotros, sin embargo, podemos hacer un buen balance actual sobre la experiencia bolchevique sin caer en ningún tipo de moralismo. En perspectiva, resulta bastante sencillo observar el desarrollo de una nueva fase del capitalismo, iniciada a partir de la

Primera Guerra Mundial y a partir del bolchevismo. Sin ningún atisbo de dudas, Rusia era en 1917 el eslabón más débil de la cadena del desarrollo capitalista mundial. Pero para ese momento, el expansivo desarrollo de la producción, vinculado a economías del tipo *laissez-faire*, no era ya posible, el capitalismo en su forma total asociada a la propiedad privada estaba en fase vegetativa. Solo un poder sujeto a un centralismo total, a un mandato dictatorial sobre el conjunto de la sociedad, podía garantizar la estabilidad de un orden social basado en la explotación, capaz de asegurar el crecimiento de la productividad por encima del declive del capitalismo mundial.

No debe haber duda alguna de que los líderes bolcheviques estaban convencidos de que creando su propia estructura de capitalismo de Estado —la cual, tras veinte años se ha convertido en el ejemplo para profundizar en la evolución del capitalismo en su conjunto— lo hacían construyéndola según sus propias necesidades y deseos, así como los del conjunto del proletariado mundial. Incluso cuando se dieron cuenta de que no podían hacer frente al hecho de que su sociedad continuaba sosteniéndose sobre la explotación del trabajo, trataron de cambiar la constancia de este hecho, construyendo una teoría que excusaba a los líderes bolcheviques al identificar su posición de dominación con el interés de los dominados. Teóricamente, el motor del desarrollo social en una sociedad de clases —la lucha de clases— había desaparecido, pero en la práctica, bajo la apariencia de la dictadura del proletariado lo que había surgido no era sino un régimen autoritario. A la creación, consolidación y ocultamiento de este régimen, Trotski le debe la mayoría de sus galones. Unos galones que tuvo a bien lucir hasta el final. Y es que al reflexionar sobre el papel que Trotski ejerció en los primeros años de la Rusia bolchevique se comprende su negativa a admitir que la Revolución bolchevique solo fue capaz de cambiar la forma del régimen capitalista sin poder terminar con la forma capitalista de explotación. Fue la oscuridad de ese periodo lo que enturbió su capacidad de comprensión.

En el retraso general en el que permanecía la Rusia zarista, la *intelligentsia* tenía pocas oportunidades para mejorar su posición. Las capacidades y talentos de las clases medias instruidas no se veían realizadas en medio del estancamiento de la sociedad rusa. Era una situación paralela a la de las condiciones de la clase media italiana y alemana tras los pactos de Versalles y el advenimiento de la crisis posterior. En estos tres países y ante estas situaciones, tanto la *intelligentsia* como amplios segmentos de la clase media se politizaron a la contra de un sistema económico en declive. En la búsqueda de ideologías y aliados que fueran útiles como armas, todos debían apelar a la capa proletaria así como al resto de elementos descontentos de la sociedad. Como resultado de la frustración de los intelectuales, bajo una situación de atrofia y estancamiento económico, tanto los líderes

bolcheviques como los del movimiento fascista no eran proletarios, sino elementos pertenecientes a la clase media.

En Rusia, antes de 1917, el desarrollo de la ideología revolucionaria tuvo lugar con la ayuda de las teorizaciones del socialismo occidental, a saber, el marxismo. Pero esta ideología solo sirvió para el acontecimiento revolucionario, nada más. Y tuvo que ser modificada de forma constante para poder servir a las crecientes necesidades de la revolución que dio lugar al capitalismo de Estado. Finalmente, esta ideología acabó por perder toda traza de conexión con la realidad, convirtiéndose en una religión, una herramienta para asegurar el poder de la nueva clase dominante.

Al emplear este particular desarrollo teórico, la *intelligentsia* rusa, apoyada en algunos trabajadores ambiciosos, fue capaz de tomar el poder y sostenerlo gracias a la desintegración de la estructura social zarista, el débil vínculo entre las capas campesinas y proletarias, el atraso de la conciencia proletaria y el débil estado del capitalismo internacional como consecuencia de la guerra. Habiendo llegado al poder con la ayuda de este marxismo rusificado, Trotski, después de perder su posición de mando, no tuvo más opción que mantener la forma original de la ideología revolucionaria frente a la degeneración del marxismo llevada a cabo por los estalinistas. Escapar de la jaula del sistema social que ayudó a construir fue un lujo que pudo permitirse. Un lujo que le permitió llevar una vida digna, la vida del opositor. Pero si por cualquier circunstancia hubiera tenido la oportunidad de volver al poder, su forma de actuar no habría diferido en absoluto de aquellas acciones llevadas a cabo por Stalin. Después de todo, el georgiano no era sino el producto vivo de las políticas llevadas a cabo por Lenin y Trotski. De hecho, los «estalinistas», como grupo particular, siempre y cuando estén bajo control, son el tipo de personajes que líderes como Lenin y Trotski más querían y necesitaban. En ocasiones, sin embargo, ocurre que las tornas se invierten. Y es que ese tipo de bolcheviques, elevados a las posiciones de poder llevan hasta sus últimas consecuencias la máxima de que los únicos garantes de la seguridad son el encarcelamiento, el exilio y el asesinato.

En 1925, los métodos de represión todavía no estaban lo suficientemente desarrollados como para asegurar y sostener el poder absoluto del supremo líder, en aquel momento las herramientas de las que se valía el poder dictatorial todavía estaban capadas por la tradición de las democracias capitalistas. Aun tras la muerte de Lenin todavía no cabía hablar del Líder, sino solo de liderazgo. Cuando Trotski se vio forzado al exilio, la inmadurez de las formas autoritarias de gobierno le salvó la vida durante quince años. Sin embargo, ese atraso sería pronto superado. Stalin pudo aniquilar con facilidad todas las viejas y nuevas oposiciones enfrentadas al mandato a su poder. El arrollador éxito de Hitler tras «la noche

de los cuchillos largos», al eliminar toda oposición a su persona de un plumazo, mostró a Stalin el camino para solucionar sus propios problemas. Quien fuera sospechoso de haber sostenido ideas contrarias a las de Stalin y su poder absoluto, todo aquel que con su capacidad crítica se mostrase capaz de hacer llegar sus ideas a los desvalidos o descontentos burócratas era eliminado. Esto no se hizo al estilo «nibelungo» por el que los fascistas alemanes se deshicieron de Röhm, Strasser y sus seguidores, sino a la manera oculta, intrigante y cínica de los Juicios de Moscú, siendo explotada incluso la muerte de los potenciales opositores a mayor gloria del todopoderoso y amado líder Stalin. Los aplausos y vítores de aquellos que ocupaban los despachos de los purgados estaban asegurados. Hacer que las masas aceptasen el miserable final de la «vieja guardia bolchevique» era solo otra de las tareas del ministro de propaganda. De esta forma, toda Rusia, no solo el grupo de burócratas dirigentes, pudo participar en acabar con «los traidores de la patria de los trabajadores».

Y es que aun cuando los defensores del estalinismo, en su *naïveté*, celebran la muerte de Trotski en sus fiestas privadas, deberían preguntarse por qué Stalin podría estar interesado en quitarse de en medio a Trotski. Después de todo, ¿qué tipo de daño podría causar Trotski al todopoderoso Stalin y su Gran Rusia? En cualquier caso, una burocracia capaz de destruir miles de libros solamente porque contienen el nombre de Trotski, que reescribe la historia una y otra vez solo para borrar cualquier rastro de la oposición que ha eliminado, que pone en escena los Juicios de Moscú, es completamente capaz de reclutar a un asesino o buscar a un voluntario dispuesto a silenciar toda voz discordante con el canto al unísono de las bondades de la nueva clase dominante en Rusia. La autoidentificación exaltada con su líder por parte de cualquier paria dentro del partido comunista, el fanatismo idiota desplegado por estos personajes cuando la verdad se muestra ante sus rostros, hace que no exista ni un atisbo de sorpresa acerca del asesinato de Trotski. Lo único que sorprende es que no fuera asesinado antes. Para comprender las razones del asesinato de Trotski no hace falta más que observar los mecanismos y el espíritu de cualquier organización de corte bolchevique, las trotskistas incluidas.

¿Qué daño les podría haber causado Trotski? Precisamente porque Trotski no quería hacer daño a su Rusia y su Estado obrero, es por lo que la burocracia bolchevique le guardaba un odio tan profundo. Por la misma razón ocurre que en todo país donde los trotskistas están presentes no pretenden cambiar ni lo más mínimo la concepción de partido ideada por Lenin, en tanto su espíritu sigue siendo el espíritu del bolchevismo. Por esta razón, les odian los que se reclaman dueños de los partidos comunistas.

El rápido acontecer de la historia hace posible lo que antes parecía imposible. En un mundo donde los cimientos del orden se tambalean, la

estabilidad de los gobiernos no es segura. Nadie sabe cuál será el siguiente punto en el que golpeará el huracán. Cada uno de los gobiernos debe prepararse para las oportunas eventualidades. Dentro de este contexto, Rusia no constituye una excepcionalidad respecto de los grandes cambios que el mundo está experimentando. Porque Trotski insistió en defender la herencia de 1917, porque siguió siendo el bolchevique que vio en el capitalismo de Estado la base del socialismo y en el gobierno del partido el gobierno de los trabajadores, porque no quería nada más que el reemplazo de Stalin y su camarilla de burócratas, era realmente un peligro para estos últimos.

Que defendiera otros argumentos como el de la «revolución permanente» frente a la consigna del «socialismo en un solo país» era lo de menos, porque tanto la permanencia de la revolución como el aislamiento internacional de Rusia dependían no de eslóganes y decisiones políticas, sino de realidades sobre las que incluso el más poderoso de los partidos no tiene ningún control. Ese tipo de diatribas únicamente sirven para posicionarse entre los intereses ordinarios por los que compiten los distintos partidos políticos.

Precisamente el carácter no revolucionario de las posiciones de Trotski en lo que concierne a Rusia era lo que hacía de él una figura tan peligrosa. La burocracia rusa sabe que en la situación mundial actual no se pueden dar transformaciones revolucionarias en interés del proletariado mundial. Y es que esta burocracia dictatorial actúa y piensa en términos que le son propios a las dictaduras y las burocracias. Es a los pretendientes al trono a quienes temen, no a la chusma de la calle. Para Napoleón era fácil controlar a cualquier multitud agitada; sin embargo, encontró bastante más difícil hacer frente a las maquinaciones de Fouché y Talleyrand. Un Trotski vivo siempre podría volver al poder con la ayuda de los estratos inferiores de la burocracia rusa cuando el momento oportuno llegase. La oportunidad de desbancar a Stalin dependía para Trotski de restringir sus críticas a Stalin de forma individual, denunciando la brutalidad sin sentido y las enfermizas actitudes de los acólitos de Stalin, tan propias de nuevos ricos. Trotski comprendió rápidamente que si quería volver al poder debía contar con el apoyo de la mayor parte de la burocracia y que su única posibilidad de sentarse de nuevo en el Kremlin pasaba por una conjura palaciega o una favorable y triunfal versión de la noche de los cuchillos largos. Trotski era lo suficientemente realista —a pesar de toda la dosis de misticismo de su programa político— para comprender la estupidez que supondría hacer un llamamiento a los trabajadores rusos, esos mismos trabajadores que han aprendido a ver en sus amos sus nuevos explotadores, por miedo y necesidad. No aceptar y tolerar la nueva situación de la economía rusa significa rendirse a la posibilidad de mejorar la situación propia. Y es que mientras la economía rusa se encuentre en una fase expansiva, la ambición

y la apología personal dominarán sobre los individuos. Los imbéciles son los que más ganan cuando sienten que alterar una situación escapa de su control. Precisamente porque Trotski no era un revolucionario, sino alguien que competía por el liderazgo de Rusia bajo las condiciones presentes —siempre dispuesto a seguir el llamamiento de una burocracia en reorganización, si una crisis nacional exigiera la abdicación de Stalin— se fue volviendo cada vez más peligroso para aquellos asentados en el poder, así como para sus nuevas aventuras imperialistas. El asesinato de Trotski no es sino otra de las consecuencias del renacimiento del imperialismo ruso.

En la actualidad, el bolchevismo se muestra como la fase inicial de un gran movimiento, que avanza lento pero con paso firme y que seguramente tenga un alcance mundial, del cual se espera que siga perpetuando la explotación capitalista, la cual ya no funciona bajo los parámetros de una economía basada en la propiedad privada, sino en grandes unidades capitalistas de Estado. El gobierno de los comisarios bolcheviques encuentra su conclusión lógica en las dictaduras fascistas que se propagan a lo largo y ancho del planeta. Y es que tan poco sabían lo que hacían Lenin y Trotski cuando luchaban en nombre del socialismo, como tan poco saben acerca de lo que hacen hoy Hitler y Mussolini cuando pelean por la grandeza de Alemania y el Imperio Romano. Resulta que en este mundo existe una gran diferencia entre lo que los hombres quieren hacer y lo que realmente hacen. Los hombres, por muy grandes que sean, son pequeños frente a la historia, que queda fuera de su alcance y los sorprende con los resultados de sus increíbles proyectos.

En 1917, Trotski sabía tan poco como nosotros que la Revolución bolchevique acabaría con la creación de un movimiento fascista internacional y la preparación y ejecución de otra nueva guerra mundial. Si hubiera sido consciente de la dirección que tomaría el desarrollo histórico, habría sido asesinado de la misma manera, pero veinte años antes, o habría ocupado el lugar de Stalin. Habiendo acontecido los hechos bajo la forma que hoy conocemos, Trotski ha terminado siendo una víctima de la contrarrevolución fascista contra el movimiento obrero y la paz mundial.

Sin embargo, pese al hecho de que fue Stalin quien asesinó a Trotski, pese a la sustitución de todas las formas del bolchevismo por el fascismo, una evaluación de la figura histórica de Trotski debería situarlo en el mismo lugar que ocupan los Lenin, Mussolini, Stalin y Hitler, como uno más de entre los más grandes líderes del movimiento internacional que intenta, a sabiendas o no, prolongar el sistema capitalista de explotación con métodos ideados primero por el bolchevismo, complementados después por la Alemania fascista y finalmente glorificados en la carnicería general que estamos experimentando. Tras esto, el movimiento obrero puede comenzar.

SEGUNDA PARTE
EL FASCISMO Y EL ESTADO

V
¿FASCISMO O REVOLUCIÓN MUNDIAL?
MANIFIESTO Y PROGRAMA DEL UNITED WORKERS
PARTY OF AMERICA (1934)*

Prefacio

En un periodo de profundización constante de la crisis mundial, mientras se produce un proceso general y absoluto de pauperización de la clase obrera en todo el mundo; ante la tendencia imperialista en ciernes, que prepara una nueva carnicería a escala mundial; frente al empuje del fascismo, que avanza a lo largo y ancho del globo ante nosotros; pese al triunfo temporal de las fuerzas capitalistas sobre la lápida del otrora poderoso movimiento obrero internacional; tras la más grande derrota del comunismo internacional, el United Workers Party of America, UWP [Partido de los Obreros Unidos de Estados Unidos] presenta este pequeño folleto a todo revolucionario serio, con el fin de ayudar a comprender mejor nuestra situación actual y confrontar algunas de las confusiones ideológicas que en la actualidad se encuentran extendidas en el seno de la clase obrera.

El movimiento dialéctico del mundo convierte todo problema en un problema histórico. En el desarrollo de este movimiento cambia el rol de las organizaciones y de las ideas. Lo que fue revolucionario se transforma en reaccionario. Las organizaciones, tácticas e ideologías que supusieron un avance progresivo para el proletariado en su conflicto contra el capitalismo se transforman con el tiempo en un escollo para el desarrollo de la lucha. Lo que una vez fue revolucionario, pese a que se haya transformado en reaccionario, se vive como Tradición en sus contenidos y formas originales, obstaculizando el desarrollo de nuevas fuerzas revolucionarias. Es por eso que se vuelve necesario que el arma de la crítica se transforme en la crítica de las armas.

El Partido y su Programa no son sino la expresión del rol que la conciencia revolucionaria juega en la historia. Es parte de la historia, no la historia misma. Un programa por sí mismo no es significativo de nada a

* Publicado originalmente como «World-wide Fascism or World Revolution? Manifesto and Program of the United Workers Party of America» en 1934. Su factura y propósito lleva, no obstante, el indudable sello de Mattick. Traducido para este volumen por Pablo Oliveros Gregorio.

menos que venga continuado por la acción de una parte de la clase trabajadora. Si el programa es práctico, si es realista, se convierte en una fuerza que combinada con las fuerzas revolucionarias que son creadas por las condiciones objetivas que implica el desarrollo capitalista por sí mismo, pueden ser capaces de acortar los gritos del parto de una nueva sociedad.

Nuestra opinión no es otra que la siguiente: no nos encontramos ante el final de una crisis, más bien en el comienzo de una crisis sistémica que afecta a todo el capitalismo mundial.

Y en paralelo, no pensamos que nos encontremos en el final, sino asistiendo al nacimiento de un nuevo movimiento obrero revolucionario, que debe desarrollar unas bases teóricas y de principios totalmente nuevas. Los comienzos son siempre arduos y toda voz revolucionaria se siente como si predicase en el desierto, pero estamos convencidos de que tarde o temprano este movimiento avanzará, haciendo que lo que hasta ayer solo parecía una abstracción se convierta en la práctica del proletariado en lucha. Las tradiciones deben ser quebradas para llevar a cabo la unidad entre teoría y praxis. La revolución solo es posible cuando esta unidad se convierte en realidad. El interés que persigue este panfleto no es otro que ayudar al movimiento revolucionario a acercarse a esta situación.

The United Workers Party of America

Marzo de 1934.

El periodo de crisis general del capitalismo

Son ya cinco los años de crisis de alcance mundial. Todas las perspectivas señalan que se producirá una profundización de una crisis internacional todavía mayor. La producción industrial mundial se encuentra por debajo de sus parámetros de 1914 y continúa disminuyendo. El ejército de desempleados, que en la actualidad ya constituye la mitad del proletariado industrial, continúa creciendo. El caos de la economía política fuerza todo en una mortal caída de los beneficios. Las teorías de los economistas de la clase dominante se vuelven cada vez más ridículas y las ilusiones pequeño-burguesas se transforman en un pánico irrefrenable. De elemento de progreso, el capitalismo se ha convertido en un elemento restrictivo. Su movimiento hacia el colapso genera una serie de catástrofes que llevan a la raza humana a una miseria y sufrimiento cada vez mayores, en una escala superior a la de ninguna otra crisis precedente.

Las tradiciones impiden a los trabajadores comprender el hecho de que la depresión actual no puede ser superada dentro de los límites capitalistas. La esperanza, que la clase dominante ha implementado en la cabeza de los

trabajadores, de que una nueva bonanza económica vendrá, no ha sido todavía dejada de lado, pese a la dificultad creciente para defender el sistema, tal y como este se presenta a partir de su práctica diaria. El capitalismo ha superado muchas crisis y depresiones a lo largo de su desarrollo. Cada superación del momento de crisis ha supuesto un paso en el desarrollo, que no ha hecho sino sentar las bases para una nueva crisis en un nuevo plano más elevado. Pero lo cierto es que cada periodo de depresión ha venido seguido por un nuevo auge, un *boom*. Todas y cada una de las depresiones fueron superadas ¿por qué esta habría de ser diferente? La extensión mundial, así como la profundidad de la crisis presente, puede explicar su intensidad y extensión, pero no es capaz de demostrar la permanencia de su naturaleza.

Es necesario que la clase obrera entienda que la crisis actual es una crisis permanente del capitalismo. El análisis de la situación actual debe tener en cuenta la consideración de que nos encontramos ante un nuevo periodo histórico, un periodo de declive positivo para el orden capitalista. De la posición que el movimiento obrero adopte sobre la crisis y el colapso definitivo del capitalismo, dependerá el carácter mostrado por el movimiento. Si no consigue explicar el por qué de las crisis, de las leyes que sientan las bases de la actual sociedad y sus tendencias, entonces fracasará en su cometido.

El alcance histórico del desarrollo capitalista

El proceso de reproducción capitalista se repite sobre sí mismo, no bajo una forma circular, sino como una espiral que se cierra en torno a un punto. La producción capitalista debe, atravesada por sus propias contradicciones, conducir a su propia negación, pero solo la acumulación de todas las contradicciones puede transformarlas en algo diferente, en un proceso revolucionario.

De acuerdo con Marx, el desarrollo histórico aparece indudablemente unido al desarrollo de las fuerzas productivas. Cuando las fuerzas productivas crecen, las relaciones productivas deben cambiar para no entrar en contradicción consigo mismas. El capitalismo como sistema económico persigue la misión histórica de desarrollar las fuerzas productivas de la sociedad con un alcance mucho mayor que en cualquier otro sistema anterior. La carrera por los beneficios bajo el capitalismo constituye la razón de ser del desarrollo de las fuerzas productivas. Por esa misma razón, el proceso de desarrollo solo puede sostenerse en la medida en que sea capaz de producir beneficios. No existe colapso económico, siempre y cuando se produzcan beneficios y se satisfaga la necesidad de acumulación progresiva. Cuando la acumulación no puede reanudarse, tal y como ocurre en la actual crisis, es que el capitalismo ha alcanzado su límite histórico y comienza su estadio de declive. Solo bajo esta fase es posible que surja un auténtico movimiento obrero revolucionario.

Marx consideraba el movimiento de las leyes económicas desde dos puntos de vista: primero, como «un proceso de la historia natural» y, segundo, con su forma histórica específicamente social. El desarrollo de las fuerzas productivas tuvo lugar en todos los sistemas sociales, un proceso que a partir de la mejora de las herramientas y los métodos de organización del trabajo incrementa la capacidad productiva. El proceso productivo capitalista, además de todas las características naturales que comparte con el resto de los sistemas productivos, se caracteriza por ser un proceso que produce valor y plusvalor. Es debido a dicha característica que el capitalismo ha sido capaz de acelerar el desarrollo de las fuerzas productivas de una manera tan sorprendente. Las fuerzas productivas no son solo máquinas, materias primas y fuerza de trabajo, sino también capital. El desarrollo significa la expansión de la producción y reproducción del capital, y esto solo es posible cuando el plusvalor o el beneficio es el resultado último del proceso productivo. Al analizar el proceso de producción de plusvalor, Marx pudo identificar la base del conflicto entre las fuerzas productivas y su utilización capitalista. Cuando no se produce suficiente plusvalor en la producción, no existe posibilidad de profundizar en el desarrollo de las fuerzas productivas. En ese momento, la forma capitalista debe implosionar para dar lugar a un sistema económico y social más avanzado.

El proceso de acumulación capitalista

El desarrollo progresivo general de la humanidad en toda forma de sociedad se expresa a partir del desarrollo de los medios y los métodos de producción. Este incremento tiene como resultado un incremento de la productividad del trabajo y de la cantidad de productos debido a la reducción del trabajo socialmente necesario. En el capitalismo, esto se expresa por la inversión cada vez mayor que el capital realiza en los medios de producción y cada vez menor en la parte viva del trabajo. Y aunque es cierto que cuando el capitalismo se encuentra en periodos de alza, la cantidad de capital invertido en medios de producción no para de aumentar, la cantidad de capital invertido sobre la fuerza de trabajo también aumenta, pero a menor velocidad que la primera. En los momentos cumbre del desarrollo capitalista, el número de trabajadores empleados en relación con el capital total no solo decrece de forma relativa, sino también de manera absoluta. Y dado que la explotación de los trabajadores es la única fuente de producción de beneficios, los beneficios obtenidos por los capitalistas deben disminuir con el aumento de la acumulación.

El incremento de la composición orgánica del capital viene acompañado por la caída de la tasa de ganancia. Esta caída de la tasa de ganancia no supone por sí mismo un peligro para el capitalismo, siempre y cuando

exista la posibilidad de seguir acumulando a una velocidad mayor a la que disminuye la tasa de ganancia. Esto se vuelve posible incrementando la explotación o expandiendo el campo de la producción capitalista. Pero cuando este incremento en la masa general de beneficios sirve para compensar la caída de la tasa de ganancias, o incluso puede llegar a superarla, la masa de beneficios crece de manera más lenta que la cantidad de beneficios que resulta necesaria para satisfacer la necesidad siempre creciente de acumulación. La caída de la tasa de ganancia es un indicador de la caída relativa de la masa de ganancia, que en estadios superiores de la acumulación se traduce en una caída absoluta de la misma.

Para que la acumulación prosiga, el plusvalor producido por los trabajadores debe utilizarse cada vez más para el desarrollo del aparato productivo, reduciendo, en consecuencia, la parte destinada al trabajo adicional y al consumo de los capitalistas. Tendencialmente, este proceso se acerca a un punto donde todo el plusvalor es necesario caso de poder relanzar el proceso de acumulación. En ese momento, los capitalistas se ven forzados a incrementar enormemente la explotación sobre los trabajadores, para que siga siendo posible producir algún beneficio que compense dicha inversión en el desarrollo. La lucha de clases se vuelve en ese momento más profunda. Si la cantidad de plusvalor producida sigue sin ser suficiente para abastecer las necesidades del proceso de acumulación, aun a costa de la más intensa y brutal explotación, este proceso se detiene, dando lugar a la crisis.

El estancamiento del proceso de acumulación conduce a una crisis general que afecta a todas las esferas de la producción. El capital, que resulta demasiado pequeño como para ser reinvertido y obtener beneficios, se convierte en excedente de capital. El crecimiento del capital ha sido más rápido que las bases sobre las que se sostiene el crecimiento de los beneficios. Tiene así lugar una sobreproducción, lo que provoca un doble fenómeno: por un lado, el plusvalor de capital no puede ser reinvertido en una producción que genere beneficios, y por otro, un vasto ejército de desempleados no puede encontrar trabajo. El proceso productivo solo puede reanudarse bajo la condición de que se generen beneficios, pero si esta posibilidad queda excluida, la crisis adquiere un carácter permanente. Una crisis permanente significa para el capitalismo colapso.

El colapso del capitalismo y sus contratendencias

La teoría de la acumulación de Marx es la ley del colapso del capitalismo. La tendencia hacia el colapso se expresa en la crisis y se supera en la crisis. Si la crisis es una expresión del colapso, el colapso final no es más que la crisis liberada de todas sus contratendencias.

Las contratendencias son, por lo general, intentos de restablecer la expansión capitalista sobre la base del beneficio a partir de la reorganización total de los mecanismos de producción y distribución. En todos los periodos de crisis previos, las contratendencias adoptadas han servido para cambiar el signo de la depresión económica hacia un nuevo *boom* de crecimiento. Las tendencias para ayudar al capitalismo a superar la crisis son de lo más diverso: racionalización general de la producción, reducción de los costes productivos, bajada de los salarios, reducción de los beneficios que obtiene la clase media capitalista, depreciación, amortización y devaluación del capital, asegurar plusvalor extra mediante la expansión de la rapiña imperialista, obtención de materias primas más baratas a través del imperialismo, mejorar la relación con los mercados nacional y mundial, entre muchas otras.

Las tendencias contra el colapso capitalista, como toda relación, son de naturaleza histórica. Pero en el curso de su desarrollo, pierden su poder o son completamente superadas. En un determinado momento del desarrollo capitalista, la intensificación de la productividad del trabajo no hace aumentar los beneficios, sino que los disminuye. La pauperización de la clase obrera alcanza sus límites absolutos. La expansión capitalista mundial se da de bruces con el límite natural de las fronteras del mundo. Existe por tanto un límite absoluto hasta el cual la producción capitalista puede continuar expandiéndose y desarrollándose. Las medidas que otrora sirvieron para ayudar al capitalismo a superar las crisis previas han fallado frente a la actual depresión. Estas ya no pueden seguir actuando como contratendencias o su efecto es demasiado débil ante la profundidad de la actual crisis internacional del capitalismo.

Extraer la conclusión de que esta crisis es permanente y que nos encontramos en la fase terminal del sistema capitalista depende del análisis de las tendencias enfrentadas entre sí. Si existe cualquier posibilidad de restablecer y estabilizar los beneficios, profundizar en la expansión y la acumulación, esta debe ser considerada.

El capitalismo monopolista y las contratendencias en vías de extinción

Cuando el capitalismo monopolista se encuentra en una situación de depresión, restringe su producción cerrando algunas de sus empresas. Si la demanda aumenta, la satisface a partir de la reapertura de las plantas o fábricas necesarias. La gran capacidad de reservas productivas del capitalismo monopolista hace innecesaria la necesidad de nuevas y mayores inversiones en capital fijo. En esa misma línea, también delimita el progreso técnico. En una fase superior termina por restringir el desarrollo de los mercados a través de los medios productivos, en vez de invertir en ellos.

La posibilidad de una revolución técnica, que pueda llevar a una depreciación de amplias masas de capital, no puede ser ya una variable esperable, debido a que la restricción de la fuerza productiva se convierte en una «necesidad vital» para el capitalismo monopolista. Esto es cierto aun cuando se trata de un síntoma del proceso de colapso del sistema. El capitalismo vive ahora muriendo.

En las crisis previas, la devaluación de capital ha sido un factor importante para la recuperación económica. Ha servido para disminuir la composición orgánica del capital, reduciendo de esta manera el capital total, para que los beneficios fueran relativamente mayores. En crisis previas, tras las bancarrotas masivas que obligaron a cerrar un gran número de empresas capitalistas, aquellas empresas que sobrevivieron se vieron obligadas por la competencia a tener que asumir un periodo general de caída de los precios a fin de poder reducir los costes de producción. En esta circunstancia, se vuelven necesarias nuevas y más potentes máquinas que sirvan para asegurar los beneficios bajo la nueva condición de precios más bajos. La demanda de nuevas porciones de capital fijo se incrementa y esta demanda empuja a un nuevo *boom* de las industrias. Sin embargo, en la crisis actual, el gran número de bancarrotas no ha traído consigo este tipo de efecto.

Cuán poco significa una devaluación forzada del capital en el capitalismo monopolista, se ve claro cuando comparamos la productividad del capital monopolista en relación con la producción social total. Existen industrias donde el 90 % de la producción social es realizada por el capital monopolista. Esto es algo especialmente cierto en EEUU. Casi la mitad de la producción social total a escala internacional, en los más importantes nichos de la producción, viene realizada por el capital monopolista ¿Qué puede generar entonces la bancarrota de algunas pequeñas empresas en estas condiciones? La depresión actual ha demostrado que esta contratendencia, la devaluación del capital, está a punto de desaparecer.

La racionalización puede todavía enriquecer a algunos capitalistas individuales, ayudándoles a resolver algunos de sus problemas; pero entendiendo la sociedad como una totalidad, el proceso de racionalización en el capitalismo monopolista tiende a generalizar la pobreza en la sociedad. De esta forma, aun cuando el proceso de racionalización puede servir para ahorrar costes salariales y reducir la producción, toda esa parte que ha conseguido ahorrarse se pierde debido a los gastos que produce la estructura del capitalismo improductivo cristalizado en el cierre de empresas y las menores posibilidades que encuentra el mercado para realizarse como consecuencia de este mismo proceso. En las fases superiores de la acumulación, este proceso de racionalización del capital se muestra como un

procedimiento fallido que ya no sirve como medio para superar la crisis, produciendo un contraefecto que agudiza la crisis capitalista.

La exportación de capital, que bajo la fase imperialista es una de las principales herramientas de la que se valen los capitalistas para impulsar el crecimiento y la superación de la crisis, ha disminuido hasta ser prácticamente inexistente a escala internacional. Como consecuencia, la competencia interimperialista por la pugna de los mercados extranjeros se exagera. Los pasos hacia una guerra a escala mundial continúan mostrándose como una amenaza constante.

La crisis actual se distingue de todas las precedentes por el hecho de que las tendencias que la contrarrestan no están presentes o son demasiado débiles como para operar con éxito a la hora de relanzar los beneficios a un nivel donde una nueva expansión sea posible. Esto impide que el capital inactivo pueda ser puesto a funcionar, para reanudar de nuevo el proceso de acumulación capitalista.

El capitalismo en su crisis terminal

La disminución del plusvalor total intensifica la lucha intercapitalista por apoderarse de una porción mayor del mismo. Las maniobras políticas de los diferentes intereses existentes no son sino el reflejo de esta situación económica. La severidad de la actual crisis hace por ejemplo imposible, para el capital industrial, hacerse cargo de sus obligaciones con el capital bancario e incluso poder afrontar el pago de los intereses. Las quiebras industriales vienen acompañadas de quiebras del capital bancario. El coste de medidas como la inflación (o similares), que son llevadas a cabo para liquidar deudas, es asumido por el capital bancario, la clase media y el proletariado.

En su lucha por incrementar los beneficios posibles, el capitalismo se ve obligado a llevar a cabo fuertes envites contra la pequeña burguesía, eliminando todos los beneficios posibles que consumen los estratos intermedios. El incremento de las clases medias se produce de forma más lenta que su proceso de proletarianización. No obstante, en tanto este sistema necesita de la clase media para poder asegurar su propia existencia, la total eliminación de la misma resulta imposible bajo el capitalismo.

Con la crisis terminal del capitalismo monopolista, se profundiza la crisis crónica de la agricultura. La desproporción entre los precios de la industria y los precios agrarios empuja a los campesinos de muchos países a la revuelta. A regañadientes, el capitalismo se ve empujado a realizar concesiones favorables a la población campesina, tales como: reformas de las tarifas aduaneras, los préstamos y los créditos concedidos por el Estado, la estabilización de los precios, ayudas directas a cambio de reducción de la

producción, etc. No hace falta señalar que normalmente estas concesiones se hacen a expensas de los trabajadores.

El proceso de pauperización del proletariado se desarrolla en concomitancia con el desarrollo del capitalismo. En el momento de auge del capitalismo se produce una pauperización relativa que en la fase terminal del capitalismo se transforma en pauperización absoluta. Los recortes de los salarios y el empeoramiento generalizado de las condiciones del proletariado producen una miseria de masas. Para prevenir el desorden social, el capitalismo se ve forzado a conceder ayudas paliativas. Del mismo modo también, se ve obligado a fortalecer el «poder coercitivo» del Estado a fin de prevenir y reprimir la agitación social. El mantenimiento del Estado se vuelve cada vez más costoso. De este modo, se profundiza la contradicción entre la necesidad de incrementar los beneficios y la disminución de la masa de beneficios disponibles, en tanto estos deben ser utilizados en otras funciones que provocan un aumento de los costes improductivos.

Mientras las crisis se agudizan, las posibilidades que permitan una recuperación parcial van desapareciendo, convirtiendo el colapso capitalista en una posibilidad cada vez más probable. El colapso político, en tanto tendencia, se sigue de esta incapacidad para hacer frente a la crisis, pero antes debemos considerar otras posibles contratendencias.

Algunas tendencias hacia el «capitalismo de Estado» y «la economía planificada»

La ilusión de que el capitalismo superará la actual crisis presupone mantener la esperanza de que existe la posibilidad de desarrollar otra forma superior de capitalismo que no sea la de su fase monopolista. Esta creencia es imposible bajo el marco de la propiedad privada. El «capitalismo de Estado», en un sentido económico, no es superior al capitalismo monopolista, sino otro de sus múltiples rostros. Se trata de una medida política dirigida a contrarrestar los riesgos políticos que acompañan al choque de clases de la última fase capitalista. La base política de la clase dominante se vuelve demasiado estrecha en esta etapa y tiene que involucrar más directamente el poder estatal en interés del capitalismo monopolista.

La escasez de beneficios y la imposibilidad de superar la depresión conduce a la intensificación de la lucha por el reparto del plusvalor. Las relaciones sociopolíticas en el capitalismo adquieren un alto grado de inestabilidad. La lucha entre las fracciones financieras, industriales y agrarias por sus intereses particulares se intensifica en su pugna por el control del aparato gubernamental. Este conflicto no es más que el reflejo político de la profunda crisis mundial. Entre las numerosas modificaciones posibles,

será el capital monopolista, la fracción más poderosa, la que tenga el control final de la situación.

La lucha de la clase media

La clase media, que vive directa o indirectamente de la extracción de plusvalor, no guarda ninguna causa común, económica o política con el proletariado, aunque a menudo tratan de arrastrar a la clase obrera a su causa. La esperanza y su lucha es la de la promoción de sí desde su modesta posición para convertirse en auténticos burgueses. Y esto solo es posible en la medida en que el capitalismo funciona; además, las oportunidades de ascender son más propicias cuando el capitalismo funciona bien. La pauperización generalizada de la clase media no modifica, por lo general, su actitud contra la clase obrera, sino que agudiza su conflicto por escapar de la condición proletaria. Se inclinan así de manera más clara hacia la posición capitalista. Cuando su esperanza puede todavía sostenerse, continúan siendo aliados de la clase dominante y, por ello, la mayor de las fuerzas contrarias a la revolución proletaria.

Los intereses agrarios

Por lo general, los agricultores, con la excepción de aquellos que con la industrialización de sus empresas agrícolas han podido transformarse en capitalistas por sus propios medios, tienen intereses diferenciados de los de los capitalistas financieros e industriales. En tanto el desarrollo capitalista se sostiene en parte sobre la base de la destrucción del modo de vida campesino, mantener los beneficios de los agricultores en el mínimo posible se convierte en interés de los capitalistas, a fin de asegurar mayores beneficios para sí mismos. Para poder recortar los salarios de la industria, es necesario que existan productos agrícolas baratos. El atraso técnico de la producción agrícola ha permitido a los agricultores ciertos privilegios, en la medida en que sus beneficios no estaban calculados dentro de la tasa media de ganancia. La eliminación de los beneficios agrícolas supone un alivio sobre la presión que los capitalistas soportan debido a la crisis. Con el uso de más y más capital fijo en la agricultura, este privilegio ha quedado eliminado, pero aún queda un largo trecho por recorrer para que la agricultura sea realmente industrializada. Mientras tanto, la lucha entre los agricultores y capitalistas nunca cesa, siendo esta otra expresión de la creciente socialización del trabajo. La creciente especialización de la producción agraria permite también desplazar capitales y controlar más los precios y las ganancias de los agricultores.

Los agricultores no luchan contra el capitalismo, sino por sus propios «intereses» en el interior del propio sistema. Los agricultores defienden su propiedad privada, amenazada por los procesos expropiatorios del capitalismo monopolista. Esta pugna continuará mientras el capitalismo siga en pie. En el desarrollo de esta lucha, una parte de los agricultores se verá empujada a la lucha contra la otra parte.

Se producirá entonces una situación de guerra sin cuartel dirigida a asegurar la propia existencia, cada uno luchando por evitar su eliminación. Los agricultores se volverán cada vez más radicales y rebeldes, pero en un sentido reaccionario. La lucha de los agricultores en defensa de su propiedad privada no los hace más cercanos a los trabajadores, sino que los transforma en enemigos.

Las políticas del movimiento de los agricultores parecen en ocasiones muy amigables hacia los trabajadores, tratando de buscar su apoyo. Los agricultores apoyan las demandas de altos salarios para los trabajadores industriales, porque tienen interés en que los trabajadores consuman a precios altos los productos cultivados por ellos. Sin embargo, esta actitud cambia completamente de signo cuando la cuestión es planteada en términos de comunismo o capitalismo. El comunismo no se plantea como una solución para los agricultores, pues este implica la expropiación de su propiedad privada para llevar a cabo el proceso de socialización. El comunismo implica, por tanto, un acto radical. El proceso expropiatorio que se produce bajo el capitalismo es gradual y solo afecta a algunos pequeños sectores de los agricultores cada vez.

Los frentes de la lucha de clases en el capitalismo monopolista se vuelven más claros que nunca. A un lado, se sitúan los que tienen algo que perder, aunque se trate solamente de su esperanza; al otro, aquellos que ni la esperanza tienen.

En el periodo de auge del capitalismo, el proceso de concentración y centralización se expresa como continuación de la acumulación del capital total. Actualmente, en su periodo de declive, este proceso solo puede producirse a través de la eliminación de los capitalistas más débiles y de la merma de las condiciones de vida de la clase media y de los agricultores, además de la general y absoluta pauperización de los trabajadores. La tendencia que se expresa bajo el capitalismo de Estado es la expresión política de este proceso en un momento de estancamiento del capitalismo monopolista. La concentración económica necesita una mayor concentración política en manos del grupo que conforma la clase dominante.

El «capitalismo de Estado» solo puede expresarse como una tendencia, siempre incompleta. Esta no es sino otra prueba del hecho de que el capitalismo monopolista se ha convertido en un escollo para el desarrollo

social de la productividad. También prueba el carácter permanente de la crisis actual.

Las tendencias hacia la «economía planificada»

La pendiente hacia el «capitalismo de Estado» está marcadamente relacionada con aquellas tendencias capitalistas hacia una mayor «planificación económica»; se han hecho así intentos por copiar el modelo ruso, pero sin discernir las diferencias de desarrollo económico entre los distintos países. Esto es especialmente cierto en el caso de las naciones fascistas y aquellas que se encuentran en proceso de fascistización. Se está llevando a cabo un enorme ejercicio de propaganda a favor de la planificación económica, señalando que este modelo servirá para acabar con la desproporción entre los distintos sectores productivos, que eliminará la competencia, permitirá regular los salarios, la jornada de trabajo y los precios de las mercancías. Incluso el control de los beneficios ha sido tomado en consideración.

La «economía planificada» capitalista es un imposible, ya que este sistema solo puede desarrollarse siempre y cuando mantenga su naturaleza anárquica. Bajo la relación social capitalista, una economía planificada solo puede ser un capitalismo estático; y un capitalismo estacionario no puede ser otra cosa que un capitalismo en crisis permanente. Incluso si estas teorías a favor de la planificación económica llegaran a ser aplicadas, este impulso se agotaría con rapidez tan pronto comenzase un nuevo *boom* económico. Pero un nuevo periodo de crecimiento solo puede darse cuando el proceso de acumulación capitalista se reanude. Esto supone impulsar la producción capitalista, no poniéndole freno mediante restricciones. Esto solo puede ocurrir incrementando, y no disminuyendo, la naturaleza anárquica del capitalismo.

Los experimentos a favor de la «economía planificada» practicados en Estados Unidos, Italia y Alemania solo han servido para demostrar que este proceso no puede servir más que a los intereses del capital monopolista. Este proceso toma la forma de una *trustificación* forzosa, organización de carteles, créditos estatales, acuerdos de topes salariales basados en la generalización de la pobreza, explotación del trabajo económico de los desempleados, disminución del coste de las ayudas para los parados, etc. Y aunque todas estas cosas van en favor del interés del capitalismo, no son por sí solas capaces de resolver la crisis.

El New Deal

El programa del New Deal ideado por el régimen de Roosevelt no es más que la nueva concepción que asume el movimiento monopolista del

capitalismo americano en su crisis permanente. El único valor que el New Deal puede tener para el capitalismo entendido como una totalidad pasa por el fortalecimiento de la ideología del capital. Para lograr dicho fin, los medios utilizados por Roosevelt no pueden ser más simples: se han tomado prestadas algunas de las reformas planteadas por el movimiento obrero estadounidense, que aún continúa anclado en concepciones liberales. Estas consignas han sido pensadas para encauzar la desproporción existente entre los diferentes sectores de la industria, acabar con la competencia desleal, la promoción de salarios más altos y la defensa de una menor jornada laboral, precios más altos, un mejor sistema bancario y otras ideas que por momentos tenían un componente sensacionalista.

Su aplicación en la práctica contrasta con los eslóganes y la propaganda que se ha hecho sobre el New Deal: todos y cada uno de los esfuerzos por aplicar estas medidas se vieron frustrados por la fuerza de los hechos. Al haber fracasado todas y cada una de las ideas planteadas, ya no hay recuperación posible. La expansión no llegó a darse en ningún momento, tampoco se incrementó el crédito a la industria, los parados apenas se vieron afectados por las reformas. En su lugar, los proyectos agrícolas quedaron como un ejemplo de la locura del sistema, echando a perder los productos agrícolas debido a las restricciones existentes a la producción, sin que estas medidas fueran capaces de producir ningún tipo de alivio sobre la carga soportada por los agricultores. La eliminación de la «competencia desleal» solo fue dirigida contra los pequeños talleres de los pequeños capitalistas, lo que sirvió para producir una mayor concentración que a su vez provocó una mayor concentración de capital, agudizando la crisis generalizada. La racionalización de la producción exigió la eliminación de la reducción de la jornada laboral, pero sin afectar a las tasas de desempleo. Todas estas bonitas teorías fallaron como medios para poder superar la situación de depresión económica.

Sí bien es cierto que la Civil Works Administration (CWA) sirvió para dar empleo temporal a un gran número de desempleados, provocando un ligero *boom* en determinadas industrias, las estadísticas demostraron que la suma total de los salarios no solo no aumentó durante dicho periodo, sino que disminuyó. Los precios de los bienes de consumo necesarios para los trabajadores aumentaron de forma más rápida que los salarios. Con el New Deal, los trabajadores, como clase, recibieron menos de la producción social total de lo que recibían previamente. Las políticas de Roosevelt solo aumentaron el *tempo* del proceso de pauperización general. El único resultado que conllevó la aplicación del New Deal fue el de una mayor planificación en la generalización del proceso de pauperización de la clase trabajadora. Y es que aun cuando estas medidas han sido un éxito a la

hora de eliminar la competitividad, la sobreacumulación de capital sigue en marcha, arrastrando al capitalismo al colapso.

El fascismo

La reducción de los beneficios por la crisis general intensifica la lucha de clases. La lucha política, al igual que la económica, se ha intensificado durante este periodo. Debido al proceso de concentración, las bases políticas para el gobierno social se han estrechado. A fin de fortalecer sus fuerzas políticas se ha vuelto necesario para los capitalistas asegurar el apoyo de la clase media y de los agricultores. Los antiguos métodos democráticos han dejado de ser efectivos, a la vez que se ha vuelto necesario recurrir a métodos más directos y concisos. El gobierno se queda pequeño, se recurre a la dictadura, y es así como la caldeada situación de agitación social propia de la última fase del capitalismo debe ser suprimida y controlada a fin de que el sistema pueda sobrevivir.

La ideología social del fascismo

Como en todas las demás sociedades de clases, la conciencia social es en el capitalismo una ideología. El propósito de esta ideología es ocultar el carácter real del capitalismo; ocultar los diferentes intereses de clase y la lucha de clases. En la realidad capitalista, no existen intereses comunes. Tiene que fingirse, a modo de ideología, una apariencia de interés común para posibilitar una práctica social. Las necesidades del capitalismo se identifican como las necesidades de toda la raza humana.

Con la actual profundización de la lucha de clases y la creciente contradicción entre ideología y realidad, cada vez resulta más difícil sostener la farsa de la colaboración interclasista como interés general del conjunto de la sociedad. En esta situación, se vuelve necesario señalar y atacar la idea de la lucha de clases desde su propia raíz. El capital, a través de sus voceros de clase media, se convierte en «social» y deja de ignorar la lucha de clases, para pasar a hacerla responsable de todas las dificultades que el sistema capitalista atraviesa. Invertiendo las tornas, la lucha de clases no es ya un producto de la crisis, sino su causante y la idea de la lucha de clases es planteada como un asunto que los criminales marxistas han traído al mundo. De este forma, las ideas marxistas constituyen un peligro, no solo para el capital, sino para el conjunto de la sociedad. El «socialismo» real hace necesaria la abolición de la lucha de clases. La lucha de clases no se acaba con la eliminación de las clases, sino con la destrucción de la «idea» marxista de lucha de clases. Las clases medias, que prefieren permanecer como clase media en lugar de convertirse en proletarios, adoptan esta idea,

y por eso se enfrentan con el capital monopolista contra los trabajadores. El movimiento obrero ha señalado lo que distingue a las clases; ahora el capitalismo apunta a lo que une a las clases.

El ultranacionalismo supone un aspecto importante de la ideología capitalista. El fascismo se convierte así en «nacionalsocialista». Dentro de esta concepción, la nación debe levantarse bien contra el resto del mundo, bien contra sus enemigos particulares. La propaganda a favor de las aventuras imperialistas refuerza enormemente las ideas de que «terceros» factores, diferentes a la sociedad de clases, son responsables de toda la miseria en la que se encuentran los habitantes de un determinado país.

El fascismo no se rige, sin embargo, por una ideología única y específica; en cada país adopta peculiaridades propias de su historia, el grado de desarrollo y otros elementos singulares de cada uno de los lugares donde toma forma. En lo esencial, sin embargo, el fascismo se desarrolla para mantener el orden social existente en todos los lugares donde toma forma.

Los deseos de la clase media consiguieron cumplirse con mayor facilidad en el pasado que en la actualidad, y es por eso que el fascismo se muestra como una ideología reaccionaria. En Europa, el fascismo se lamenta haciendo un llamamiento «a volver a los viejos tiempos», mientras que en Estados Unidos la queja pasa por volver a «los días de la frontera», dejando así clara su posición. En realidad, el fascismo acaba cumpliendo su papel de agente a favor del proceso de concentración del capital y sirve para salvaguardar los beneficios de la clase dominante.

Que el fascismo exista en los países menos desarrollados no altera el hecho de que se trate de una forma de gobierno propia del capitalismo monopolista de Estado. El zarismo, por ejemplo, solo se distingue de la Alemania nazi por el hecho de que en el primer caso es un poder feudal el que trata de sostenerse en el poder, mientras que en el segundo es un régimen capitalista el que trata de imponer su control sobre el conjunto de la sociedad.

En un momento de crisis generalizada, el fascismo se plantea como un escenario propio de la barbarie capitalista. Bajo esta forma de gobierno, el asesinato se convierte en una ciencia política y el robo en una forma de economía. La necesidad de pauperización de los trabajadores como única forma para seguir sosteniendo los beneficios implica disponer de un proletariado pasivo. Para que esto pueda ser así, deben concederse suficientes privilegios a los asesinos. La rebelión de las clases medias se dirige así no contra el capitalismo, sino contra su proceso de empobrecimiento, encauzando toda la energía de esta clase a los intereses del capitalismo en contra de la única clase revolucionaria, el proletariado.

En Estados Unidos, con el fracaso del New Deal, se tiende a considerar que el gobierno de Roosevelt se convertirá en un régimen fascista dictatorial, conclusión que, con todo, no tiene por qué ser necesariamente correcta. La dictadura capitalista solo puede tener lugar allí donde la clase media es relativamente débil. Solo cuando existe una clase obrera amenazante, cuando la clase media se vuelve rebelde, cuando existe una situación verdaderamente revolucionaria frente al capitalismo, la clase dominante se ve obligada a promover las tendencias fascistas.

Las nuevas organizaciones fascistas que se han constituido en Estados Unidos tratando de copiar al movimiento hitleriano no son en esencia fascistas, sino proyectos propios de políticos menores y de naturaleza privada. Las fuerzas fascistas reales se encuentran organizadas en viejas organizaciones como la American Legion o la AFL, que han sido siempre el bastión político de todas las fuerzas reaccionarias de la clase media y de la aristocracia obrera. Si estas organizaciones todavía no son fascistas, es solo por el hecho de que, para los capitalistas, la lucha de clases no se ha desarrollado en Estados Unidos hasta el punto de hacer necesario una intervención sobre el terreno en la que empleen hasta sus últimas reservas. Sin embargo, cuando la clase media se empobrezca más de lo que lo está en la actualidad, el fascismo crecerá en Estados Unidos a un ritmo mucho más vertiginoso que en ningún otro sitio. De hecho, si la situación continúa en Estados Unidos como en la actualidad, el fascismo tiene muchas más posibilidades de desarrollarse que el movimiento obrero revolucionario.

El viejo movimiento obrero muere con el capitalismo y esto permite al fascismo alistar en sus filas a muchos trabajadores. De la reforma social se les dirige al socialfascismo. Pero al contrario de lo que plantea este cambio, la única vía que tiene la clase obrera para escapar de su miseria pasa necesariamente por destruir el fascismo y el sistema capitalista. En este sentido, la crisis terminal del capitalismo difiere de todas las crisis previas en el hecho de que, aun cuando una parte de los capitalistas sea capaz de superar la crisis desde el punto de vista de la obtención de beneficios, la continuación del capitalismo solo significará el empeoramiento constante de las condiciones de vida de los trabajadores, en tanto la porción de la producción social que obtendrán los trabajadores será cada vez más pequeña, siendo para estos nada menos que la muerte y la hambruna, la única perspectiva real bajo el capitalismo.

La naturaleza internacional de la crisis y de la lucha de clases obligará a asumir la dictadura de la clase dominante, a lo largo y ancho del globo, convirtiendo al fascismo en una amenaza mundial. Si queremos evitar esta situación, la única solución posible pasa por que los obreros destruyan el capitalismo mediante la revolución mundial. La historia ha llegado a tal

punto que se plantea una clara disyuntiva: fascismo o revolución mundial, comunismo o barbarie.

El viejo movimiento obrero

El análisis económico de la actual situación ha demostrado que en la actualidad existen las condiciones objetivas necesarias para llevar a cabo la revolución social. No obstante, la situación política es completamente diferente. En cierto sentido, la burguesía internacional no ha sido capaz de afrontar en ningún momento la caótica situación generada por la economía. Las continuas derrotas que ha sufrido el movimiento obrero revolucionario han culminado en el aniquilamiento del movimiento obrero en Alemania, el cual debía ser la palanca para empujar la revolución mundial. Estas derrotas no pueden ser únicamente atribuidas a la falta de previsión del movimiento, sino también al hecho de que los trabajadores no han sido capaces de aprehender el significado de la crisis permanente, permaneciendo así encorsetados en las tradiciones y los métodos del viejo movimiento, que en la actualidad no suponen más que escollos en el camino hacia la revolución.

Debemos situar los comienzos y desarrollos del viejo movimiento obrero en el periodo de ascenso del capitalismo, momento donde el proceso de pauperización de la clase obrera se producía de forma relativa. Según observadores poco atentos, la teoría marxiana de que la acumulación capitalista trae consigo la acumulación de miseria para los proletarios ha resultado incorrecta. Según esta visión, el incremento de la producción traía aparejado que mejorasen las condiciones de vida de los trabajadores. El hecho de que los trabajadores obtuvieran una parte cada vez menor del producto social en relación con lo que se produce era simplemente ignorado. Los sindicatos y partidos reformistas parlamentarios crecían e incluso parecía incrementar la influencia política de los trabajadores. La política oportunista donde los obreros conseguían reformas a cambio de alinearse con uno de los bandos capitalistas enfrentado a otras fracciones capitalistas, obteniendo ventajas de las divisiones existentes entre los mismos, no eran sino la constatación palpable del atraso político en el que se situaba la lucha de clases. Esta era la base sobre la que se asentaba el movimiento obrero en un periodo donde solo eran posibles las reformas, en un periodo en el que el movimiento obrero solo podía sostener una política basada en el marco capitalista. La forma que adoptaba la lucha entre el capital y el trabajo se basaba en el reparto del producto social, lucha que, al fin y al cabo, debido a sus principios, se circunscribe al marco de la sociedad capitalista.

La teoría del colapso y el principio de la revolución fueron así fácilmente olvidados, instaurando en su lugar la idea del «desarrollo pacífico

hacia el socialismo». Los intereses del movimiento obrero se convirtieron en los intereses del conjunto de la sociedad, eso sí, bajo su forma capitalista. Para el reformismo, la causa de la crisis se debía a la insuficiente capacidad de organización capitalista. El problema era así identificado no en la producción capitalista, sino en la circulación de las mercancías y en la competencia. De acuerdo con el reformismo, este bache podía resolverse mediante la concentración del capital y la educación de los trabajadores hasta que estos adquiriesen el poder político legal suficiente como para implementar el socialismo a través de la legislación. La lucha revolucionaria fue dejada completamente de lado, ocupando su lugar este tipo de políticas capitalistas, hasta el punto de que el movimiento obrero se convirtió en una herramienta para el control del capitalismo

Del socialreformismo al socialfascismo

Con el advenimiento de la Guerra Mundial, el viejo movimiento obrero de preguerra, articulado en torno a la Segunda Internacional, dejó de lado todas las proclamas socialistas y comenzó a defender a los capitalistas de sus respectivos países. Demostró que su forma reaccionaria no era más que un manto para su contenido reaccionario. Durante el periodo revolucionario que se abrió con el final de la guerra, estas organizaciones que se habían construido para luchar a favor de las reformas, desde dentro del capitalismo, también demostraron su incapacidad para tomar ventaja de la ventana de oportunidad abierta por la situación revolucionaria.

A todo momento revolucionario le corresponde su movimiento revolucionario. En el fragor de las insurrecciones centroeuropeas y rusas es donde nació el nuevo movimiento obrero. Su objetivo era derrocar al sistema capitalista. Los medios de los que se valieron para tal fin fueron las nuevas organizaciones obreras: los comités de base, los consejos obreros, los soviets.

En esta situación, y una vez más, el viejo movimiento obrero fue capaz de servir a los intereses capitalistas, derrotando al joven movimiento revolucionario con la matanza de miles de proletarios revolucionarios en Alemania y arrebatando el control de los soviets a los obreros, para así instaurar la dictadura del partido bolchevique sobre los trabajadores. Con nuevas formas, eslóganes y líderes, la Tercera Internacional se convirtió en el nuevo centro organizativo del viejo movimiento obrero. Una nueva apariencia, pero el mismo viejo contenido socialdemócrata. Dio así comienzo un nuevo periodo de cháchara tradeunionista e impostura parlamentaria que ha llevado al proletariado de derrota en derrota.

El desarrollo ruso

Para comprender la naturaleza de la Tercera Internacional, el movimiento bolchevique y algunos de sus opositores, tales como los neobolcheviques de la «Cuarta internacional», es necesario llevar a cabo un repaso del desarrollo ruso.

El proletariado industrial que lideró y combatió en la Revolución rusa lo hizo por el interés del comunismo. No obstante, los campesinos, que fueron la inmensa mayoría y auténtica fuerza de la revolución, no apuntaron más lejos que a un nuevo reparto de la tierra. Su principal motivación pasaba por la revuelta contra las condiciones feudales que impedían el desarrollo de la técnica capitalista en su forma agraria. Desde 1917, estos han sido de forma continuada un factor determinante en el desarrollo ruso.

El característico atraso económico del país impedía la construcción de una sociedad socialista. La única política posible bajo dichas condiciones pasaba por otorgar cualquier concesión para poder seguir en el poder. La política de otorgar cualquier concesión a escala nacional e internacional se ha desarrollado hasta tal punto que esta medida actúa de forma directa en contra de los intereses del proletariado industrial y la revolución mundial.

Aunque es cierto que dicha política fue adoptada de forma temporal, con la idea de ser desechada en cuanto la revolución mundial se extendiese por toda Europa, con las derrotas del movimiento obrero alemán en 1919, primero, y en 1923, después, la ilusión puesta en una revolución permanente mundial fue desechada. El nuevo objetivo principal no era sino sostener y fortalecer el poder del partido bolchevique en Rusia.

El hecho de que la sección del partido comunista ruso haya sido la más grande de la Tercera Internacional ha hecho que este partido se constituya como la sección dominante, un hecho que además ha venido reforzado por la localización de la sede de la Internacional en Moscú. Tomando los intereses nacionales e internacionales de Rusia como un factor determinante, la Tercera Internacional ha creado partidos de masas en varios países con el fin de apoyar el desarrollo ruso. Además, las diferentes secciones que componen el movimiento comunista fueron obligadas a adoptar posiciones políticas reformistas y oportunistas en aras de competir con los partidos de la Segunda Internacional, para así poder controlar y usar amplias masas de trabajadores según sus intereses. Estableciendo como principio central la defensa de la Unión Soviética para todos los partidos miembros de la Tercera Internacional, la revolución proletaria fue dejada de lado, para colocar como deber fundamental de todo comunista la defensa del régimen bolchevique y la construcción del socialismo en Rusia. Toda crítica dirigida contra esta dirección era descartada de forma directa, pues

la victoria bolchevique de 1917 servía como pretexto para encubrir toda práctica contrarrevolucionaria.

Las medidas que debían servir como respiro para que la Unión Soviética pudiera asegurar su supervivencia establecieron la base para el rápido crecimiento de una sólida burocracia. La dictadura del proletariado fue rápidamente convertida en dictadura de la burocracia sobre el proletariado. Esta burocracia enseguida comenzó a identificar sus propios intereses con los intereses del proletariado ruso, incluso con los del proletariado internacional. Todas aquellas empresas que la burocracia soviética ha decidido emprender han sido llevadas a cabo siguiendo el «interés de la revolución internacional». Los acuerdos comerciales, las alianzas militares con Estados capitalistas, la paz mundial como requisito para llevar a cabo la industrialización necesaria para prepararse para las próximas aventuras imperialistas, acabar con los auténticos movimientos revolucionarios en nombre del comunismo y la creación de nuevas formas de explotación del proletariado bajo el nombre de socialismo de Estado, constituyen la presente práctica política de la burocracia soviética y su herramienta, la Internacional Comunista.

Así, la actividad principal de algunos de los partidos que constituyen la Tercera Internacional se ha convertido en hacer de propagandistas a favor de Rusia. Mostrando los grandes avances de «la madre patria de los trabajadores», los trabajadores de otros países están convencidos de que la solución a sus problemas pasa por seguir el ejemplo de los trabajadores rusos. Una vez más, la actividad revolucionaria, al igual que sucedía en la Segunda Internacional, es reducida al acto propagandístico. Siguiendo esta lógica, un día, los trabajadores serán convencidos y, al tomar conciencia, actuarán. Aquellos que mejor sepan ejercer el arte de la agitación y la propaganda triunfarán. A esto se le llama hoy «marxismo» y leninismo.

¿La construcción del socialismo?

El objetivo de Lenin de construir el «Estado socialista» o el «capitalismo de Estado bajo control obrero» (que constituye ante todo una utopía) ha llevado finalmente al desarrollo de un capitalismo de Estado que controla a los trabajadores. Se ha acabado con todas las tendencias socialistas, mientras que las líneas capitalistas se han vuelto más fuertes. Dentro de la ideología imperante, que es necesaria para encubrir la realidad tras un velo, se describe este proceso como «el Estado comunista» y «la construcción del socialismo». La base económica, sin embargo, es la explotación de los trabajadores. En el lugar de los viejos explotadores capitalistas y feudales, se sientan ahora los nuevos amos al mando, la burocracia organizada. Es esta burocracia, y no los trabajadores, quienes tienen el control sobre los

medios de producción y por ende sobre todo producto. Así es como se garantiza la explotación del proletariado.

A los trabajadores se les explica que aunque la explotación persista, en una etapa superior de desarrollo al proletariado se les devolverá su esfuerzo bajo la forma de beneficios sociales y salarios más altos. Sin embargo, la aplicación del comunismo de Estado ha probado que con su desarrollo los trabajadores no solo no reducen, sino que ven incrementada su explotación. Aunque existen datos que muestran que los salarios de los trabajadores han aumentado, lo cierto es que estos no han experimentado un incremento tan rápido como el de la productividad. Aquí nos encontramos con un proceso de pauperización relativa de los trabajadores, que en otra fase de desarrollo se transformará en pauperización absoluta. El hecho de que no existan desempleados solo sirve como prueba de que el desarrollo industrial no ha sido capaz de convertir al campesinado en trabajadores industriales al ritmo que requieren las técnicas de producción actuales, pues alcanzado un cierto umbral en las fases que recorre la industrialización, el desempleo se convierte en una necesidad, tal y como ocurre en otros países capitalistas.

La relación entre capital y salarios en la producción rusa, la producción de objetos destinados a convertirse en valores de cambio, y el control que ejerce la burocracia, no los trabajadores, sobre los medios de producción, excluye cualquier desarrollo posible hacia el comunismo en Rusia. Esta nueva forma de explotación ha creado una nueva clase dominante, que es tan enemiga de la revolución proletaria como lo eran los anteriores capitalistas. Una nueva revolución proletaria se convierte en el horizonte necesario para los obreros rusos. La relación capitalista con la producción está abocada al incremento de la miseria para el proletariado, a la crisis y finalmente al colapso.

Las políticas aplicadas por la Tercera Internacional para convertir al movimiento comunista en un cuerpo de defensa de Rusia han desviado a los obreros organizados de la auténtica lucha de clases, aquella que apuesta por la revolución proletaria y el comunismo.

Tradiciones bolcheviques

Las tradiciones del pasado siempre sirven como un velo para ocultar el desarrollo real del presente. El proletariado continúa llevando a cabo la lucha de clases de la misma forma en la que lo hacía en el pasado. Pese al hecho de que ambas Internacionales hayan fracasado como organizaciones revolucionarias, la ideología de estas organizaciones persiste e impide el desarrollo de una auténtica conciencia revolucionaria. Nos encontramos

ante una situación donde en los países en los que el movimiento obrero ha sido destruido, los proletarios tratan de reconstruir sus organizaciones siguiendo las viejas formas y principios de antes.

Los grupos de oposición que han criticado de forma severa a la Tercera Internacional por su política oportunista y repleta de contradicciones tratan de reconstruir un movimiento neobolchevique. No obstante, la crítica que estos grupos exponen se basa en los aspectos tácticos incorrectos de la Internacional Comunista, que tratan de señalar que los pobres resultados de algunas de sus secciones se deben a la existencia de liderazgos deficientes.

La cuestión queda así convertida en un asunto de buenos y malos liderazgos, que no son más que meras especulaciones, ya que nadie es capaz de dilucidar por cuánto tiempo los líderes seguirán siendo buenos o si de pronto se transformarán en malos jefes. La lucha competitiva que se desarrolla entre líderes y burócratas en el seno del movimiento es una de las bases características de la lucha entre la Internacional Comunista y sus opositores, una lucha en la que tratan de hacer pasar por historia mundial la pugna entre distintas fracciones políticas.

Todo el programa de los grupos neobolcheviques que componen la IV Internacional puede ser resumido en su esquema de «volver a Lenin»; sin embargo, en lo que a Lenin respecta, este no hizo ni más ni menos que llevar a cabo la reivindicación de la dictadura del proletariado en un país atrasado, adaptando la forma que adquiriría dicha consigna en Rusia. Consecuentemente, el paso de la dictadura del proletariado a la dictadura del partido era resultado del atraso del país. El triunfo de los bolcheviques en 1917 es de naturaleza histórica; el acierto de sus tesis en ese momento en Rusia no asegura el éxito de las mismas en otros Estados ni en otro periodo histórico. Dicho esto, la consigna «volver a Lenin» es en realidad una frase estúpida. No cabe hacer distinciones entre leninismo y estalinismo, en tanto el segundo no es sino el producto del primero. El movimiento mundial no se enfrenta únicamente a la derrota del estalinismo, sino al hecho de que todo el periodo bolchevique, que se inició con Lenin, ha llegado a su fin histórico. La cuestión revolucionaria actual se plantea en la disyuntiva entre bolchevismo o comunismo.

Para los bolcheviques, así como para los reformistas agrupados en torno a la Segunda Internacional, el desarrollo de la conciencia de clase parece determinado por el desarrollo del partido. Sin el partido correcto, sin las tácticas correctas y la dirección correcta, los trabajadores estaban indefensos. Los trabajadores pueden llevar a cabo sus luchas, pero estas luchas no pueden triunfar sin el partido correcto que las guíe. En este esquema, el partido se convierte en la figura determinante. El partido de la revolución es aquel que posee el programa y las tácticas más correctas. La táctica

correcta depende del liderazgo adecuado. Si llevamos esta tesis hasta sus últimas consecuencias, la historia se convierte de nuevo en la historia de los grandes hombres.

La cuestión de los sindicatos

La lucha entre burocracias que compiten entre sí en el seno del movimiento se manifiesta en los intentos por crear organizaciones de masas. Con ese objetivo en mente, se produce el acercamiento al movimiento sindical, en un intento de ganarse al proletariado trabajando dentro de los sindicatos o emprendiendo intentos por hegemonizar y controlar a los sindicatos. Es por ello que el análisis del movimiento sindical se vuelve necesario.

El éxito de los sindicatos depende de que una sección de los trabajadores mejore sus condiciones a expensas del resto del proletariado. A este éxito se le presupone la existencia de una división en el seno de la clase obrera, expresada en una minoría organizada y una mayoría de la clase que permanece desorganizada. De esta forma, los sindicatos nunca pueden representar los intereses de la clase obrera. Además, bajo el capitalismo, estas organizaciones solo pueden funcionar siendo tanto más funcionales cuanto más estable es el sistema. El papel central del sindicato pasa por organizar las luchas por las reformas del sector más organizado de los trabajadores frente al proceso de pauperización relativa que se produce en el periodo de ascenso del capitalismo, pero durante el periodo de crisis permanente, en el cual el proceso de pauperización deviene absoluto, los sindicatos pierden toda posibilidad de actuar a favor del sector organizado de la clase obrera. Incluso peor, durante el periodo de crisis los sindicatos no solo toman una función pasiva en el conflicto capital / trabajo, sino que se transforman en una fuerza reaccionaria que opera en contra de todas las luchas reales que llevan a cabo los trabajadores en contra del capital en detrimento de su nivel de vida.

Debido a la tendencia a la huelga espontánea en la fase superior del capitalismo y a la posibilidad de que las cúpulas burocráticas del movimiento sindical pierdan su capacidad de control sobre los obreros, esta estructura pierde incluso su valor a ojos de la clase dominante. Es por ello que las estructuras sindicales se transforman en «baluartes contra la revolución», convirtiéndose en uno de los mejores apoyos del sistema. Al neutralizar la capacidad de acción de grandes sectores del proletariado, los sindicatos se convierten en una fuerza tan fuerte en favor del fascismo como lo es el movimiento fascista al luchar por sí mismo.

Las políticas «entristas» para controlar los sindicatos o convertirlos en organizaciones revolucionarias son tan imposibles como la política

socialista de convertir en revolucionarios los gobiernos capitalistas. En aquellos países que tengan oportunidad de desarrollar nuevos sindicatos comunistas, estos se volverán tan reaccionarios como los viejos sindicatos.

Cuando la crisis capitalista se agudice hasta alcanzar un estadio peligroso, el capitalismo destruirá a los sindicatos o los convertirá en serviles organizaciones fascistas en contra de los trabajadores. El sistema capitalista no podrá seguir permitiendo que sigan funcionando de manera independiente, debido al peligro que supone que las cúpulas pierdan el control sobre los trabajadores y estos inicien un periodo de luchas que resulte peligroso para el capitalismo en un periodo tan precario.

En un momento de crisis permanente, el movimiento sindical ha alcanzado el final de su tiempo histórico. Por eso debe ser abolido en tanto representa una amenaza para el movimiento revolucionario.

Participar en política parlamentaria

Los partidos políticos parlamentarios, de la misma forma que las organizaciones sindicales, se construyen por medio de un sistema en cuya cúspide se sitúa la cúpula burocrática, la cual controla a todos los miembros y actividades que se desarrollan en la organización. La organización siempre funciona siguiendo los intereses de dicha burocracia, lo que ocurre en detrimento de los intereses de los trabajadores.

Los parlamentos pertenecen a la clase capitalista y al sistema capitalista; su función es servir como un instrumento regulador en términos legales para gestionar las diferencias existentes entre los distintos grupos capitalistas dentro del sistema. Su uso como «tribuna revolucionaria» es completamente inútil y durante el periodo de depresión permanente no puede siquiera permitir la más mínima reforma a favor de los trabajadores. El uso de las elecciones como «termómetro del nivel de conciencia del proletariado» es solo otra máscara para la falsedad parlamentaria, pues el «parlamentarismo revolucionario» es imposible en la misma medida en que la participación queda determinada por la actividad parlamentaria basada en el compromiso, el cual solo puede significar que los trabajadores renuncien a sus intereses de clase.

Los parlamentos también sirven como medio para introducir ilusiones en la cabeza de los trabajadores. Para este fin, la lucha activa y la iniciativa obrera no es necesaria, en la medida en que los líderes de las organizaciones obtienen los resultados que buscan en los parlamentos. Cuando nos enfrentamos al ascenso del fascismo mundial, es un crimen llamar a la participación en la actividad parlamentaria, la cual distrae con ilusiones a los proletarios de su auténtica lucha.

En la última fase del capitalismo monopolista, el parlamentarismo pierde su valor incluso entre la clase capitalista. La «democracia», también como ideología, no puede ser ya tolerada, y la dictadura fascista se convierte en el único medio para asegurar el control absoluto para el capitalismo.

Construir partidos políticos parlamentarios en un momento en el que estos han sido históricamente superados, supone una derrota del movimiento revolucionario de la clase obrera, en la medida en que abandona la auténtica lucha, así como el movimiento revolucionario real.

El nuevo movimiento obrero revolucionario

Tanto para el reformismo como para el bolchevismo, el desarrollo de la conciencia de clase aparece indisociablemente unido al desarrollo del partido. El partido es la cabeza pensante de la lucha de clases y de la revolución. Sin el partido, especialmente sin el partido con el programa y las tácticas correctas, los trabajadores son inútiles. Los trabajadores pueden revelarse, pero sin el correcto liderazgo del partido no pueden alcanzar la victoria. El *tempo* del desarrollo del partido es el *tempo* de la revolución misma. En esta concepción, los eslóganes y las tácticas son importantes, pero la parte más importante es el liderazgo del partido. Esto provoca que la iniciativa de las masas sea aniquilada y que sea la disciplina del partido lo único que cuente. La influencia del partido lo es todo, la revolución solo es el resultado de esta.

La lealtad al partido significa en última instancia lealtad a la burocracia que controla el partido. El partido no puede ser controlado por los trabajadores mismos y tampoco puede existir ningún frente unificado de los trabajadores, debido a la competencia entre los diversos grupos de líderes.

De Lenin a Kautsky, la concepción del viejo movimiento obrero defiende la postura de que los trabajadores por sí mismos jamás serán capaces de desarrollar una conciencia de clase real y que el partido es necesario para llevar la conciencia a las masas. Esta es una concepción mecanicista del papel que la conciencia ocupa en el desarrollo de la lucha de clases, que nada tiene que ver con Marx y el marxismo. Para Marx, la revolución proletaria es inevitable y se desarrolla por fuera del proceso social de desarrollo de las fuerzas productivas. El proletariado, un poder productivo por sí mismo, una clase independiente de la ideología de cualquier organización, es la materialización de la conciencia de clase que resulta del movimiento dialéctico de la sociedad de una forma inferior a una superior. Incluso si la revolución y la conciencia es un proceso de intercambio, la revolución es el factor principal. La revolución, no la ideología, es el factor determinante.

La conciencia de clase no tiene por qué expresarse en forma de partido, también puede manifestarse bajo otras formas organizativas. Aunque el partido fuera, durante un tiempo, la expresión de su cristalización, el proceso histórico hace que esto no tenga por qué ser correcto en cualquier caso. El hecho de que en los últimos veinte años el partido nunca haya sido el factor determinante en cualquier situación revolucionaria resulta innegable. Los *soviets*, los comités de acción y los consejos de soldados y trabajadores han sido la expresión espontánea de los trabajadores en lucha.

La conciencia de clase revolucionaria puede tomar y toma la forma de ideología bajo el capitalismo, pero constituye más que eso, al ser idéntica a las luchas materiales de los trabajadores, independientemente de la ideología que estos adopten. A medida que se desarrolla el proceso económico e histórico, la ideología surge como producto de las necesidades y las luchas de los trabajadores en acción. La conciencia de clase desde fuera de la clase en acción no significa nada.

Los soviets

En la fase última del periodo de declive del capitalismo, la clase dominante no puede aceptar siquiera la más ligera turbulencia económica. Su posición se convierte en tan precaria que deben suprimir incluso el menor de los movimientos llevado a cabo por los trabajadores. Los capitalistas se ven forzados a combatir a los proletarios como si estos fueran revolucionarios, independientemente de lo atrasada que sea la posición ideológica de estos trabajadores. De esta forma, obligan a los trabajadores a contraatacar como si estuviesen luchando por sus objetivos revolucionarios. En contra de sus deseos, la clase dominante enseña a los trabajadores el arma de la guerra civil. El capitalismo no solo produce sus propios sepultureros, sino que también les enseña cómo combatir al capitalismo.

El fascismo destruirá al viejo movimiento obrero, pero necesitará construir una nueva burocracia que sustituya su lugar. Para asegurar su propia existencia, su posición de poder, la nueva burocracia debe suprimir de forma continuada al movimiento obrero. La crisis permanente fuerza el terror continuo, convirtiéndose en una expresión de la barbarie capitalista en su fase terminal. Esta represión podrá retrasar la organización de los trabajadores, pero no puede detener la lucha de clases.

Nuevas organizaciones crecerán y desaparecerán, pero otras nacerán y ocuparán su lugar. Ninguna de estas será lo suficientemente estable o llegará a estar lo suficientemente extendida como para tener el poder de controlar a amplias capas del proletariado. Las grandes organizaciones centralizadas no seguirán siendo posibles bajo la situación de la dictadura capitalista.

Sin embargo, la necesidad política de aislar y atomizar a los trabajadores por parte de la clase dominante no modifica la exigencia económica de concentrar grandes cantidades de trabajadores en talleres, fábricas, centros de desempleados, proyectos civiles, etc. Allí donde se encuentren los trabajadores y desarrollen sus intereses comunes, se organizarán según nuevas formas que no podrán ser controladas o eliminadas. El proletariado se organizará así para la acción, eligiendo nuevos líderes entre sus propias filas. Los comités de acción son el único liderazgo posible para los consejos obreros y los *soviets*. En caso de ser derrotados, los liderazgos obreros, siempre unidos y bajo control obrero, sufrirán las mismas penurias que el proletariado derrotado. Los *soviets* o los consejos obreros, que han constituido la organización real de las insurrecciones proletarias, se convierten, bajo la situación de crisis permanente del capitalismo, en la única forma posible de organización obrera. La supresión del capital hace surgir las organizaciones e instrumentos de lucha.

Estas organizaciones, pese a su debilidad organizativa, tendrán entre sus filas a los auténticos revolucionarios. Su claridad antagonista tendrá más que decir en las acciones de masas venideras que todo el seguidismo a los líderes propios del viejo movimiento obrero. La organización del proletariado será la característica de estos movimientos. Los *soviets* se transforman en la práctica diaria misma de la clase obrera; de este modo, la revolución se convierte en una cuestión cotidiana. La revolución, que es la obra del proletariado como clase y que solo se puede poner en acción colocándose por encima de todos los intereses de los grupos y partidos, solo puede ser triunfante en función de que tenga la forma de los *soviets*.

El papel del partido

El partido comunista revolucionario es un instrumento para la revolución y como tal debe servir para cumplir dicho propósito. El partido no puede tener intereses diferenciados de los del proletariado, pues no es sino la expresión del hecho de que las minorías adquieren la conciencia revolucionaria antes que las masas, usando dicha ventaja solo en favor de los intereses del proletariado. De esta forma, no busca asegurar poder para sí mismo o para su burocracia, sino que busca fortalecer el poder de los consejos obreros, los *soviets*. Al partido le interesa no asegurar sus posiciones, sino que el poder esté en manos de los obreros mismos en los comités proletarios. Esta estructura no busca liderar a los obreros, sino que debe funcionar como altavoz para que los trabajadores ejerzan su propia iniciativa. Es una organización para la propaganda comunista y muestra con el ejemplo cómo llevar a cabo las luchas.

El partido comunista revolucionario no compite con otras organizaciones en la captación de miembros, ni busca ejercer el control sobre las masas obreras. Al no buscar ningún nicho de poder dentro del capitalismo, no encuentra utilidad en los sindicatos y parlamentos. Al contrario, al tomar constancia de la naturaleza reaccionaria de los mismos, el partido debe luchar contra todas aquellas organizaciones que apartan a los trabajadores de sus auténticas luchas y objetivos revolucionarios.

Debido a que la explotación del obrero bajo el capitalismo solo es posible debido a que la burguesía controla los medios de producción y sus frutos, el partido no lucha únicamente por la revolución, sino también por hacer que estos instrumentos estén bajo control obrero. La revolución proletaria a favor del comunismo debe abolir el sistema de salarios y es por ello que el partido defiende la postura de la abolición de la relación entre salario y capital. El partido lucha contra el «comunismo de Estado» en favor del auténtico comunismo, al igual que lucha contra la dictadura del partido en nombre de la dictadura del proletariado.

Aunque este estadio de conflicto final entre capitalismo y comunismo todavía no se ha alcanzado en Estados Unidos, esto no excluye la posibilidad de que exista un auténtico programa revolucionario. El partido, en tanto no tiene intereses diferenciados de los del proletariado, lucha junto con este en todas sus luchas, señalando siempre la necesidad última de la revolución proletaria. El partido participa en las luchas por reivindicaciones inmediatas siempre que los propios trabajadores participen directa y efectivamente en la lucha. Se niega a hacer nada por los trabajadores, ya que nadie puede hacer nada por ellos que ellos mismos no puedan lograr. El partido participará en las luchas de los desempleados, en las huelgas y en cualquier otra actividad que profundice en la lucha de clases, desarrollando la propia iniciativa y la militancia proletaria. El partido no se vincula bajo ninguna circunstancia a ninguna forma de actividad parlamentaria ni actúa como mediador entre capital y trabajo en el ámbito sindical. El partido solo está interesado en las luchas de los trabajadores y la revolución proletaria, hacer negocio con el movimiento obrero se lo deja a sus enemigos.

Nosotros, la clase obrera, nos encontramos en medio de la crisis terminal del capital, sufriendo el empeoramiento continuo de nuestras condiciones de vida, la generalización de situaciones de miseria, sometidos a la ofensiva de una burguesía brutal, amenazados por el movimiento fascista mundial, traicionados por los autodenominados líderes obreros, nos vemos obstaculizados por el peso de nuestras propias tradiciones y, además, debemos hacer frente a diversas luchas que se vienen intensificando. Nuestro deber, nuestra tarea histórica, se alza ante nosotros. A medida que la crisis mundial se profundiza, las situaciones revolucionarias se aproximan. Es ahí donde

debe tener lugar la lucha final entre la barbarie capitalista y la dictadura del proletariado como realización del auténtico comunismo, la asociación de los productores libres e iguales.

El programa del UWP

La actual crisis demuestra de manera definitiva que el capitalismo ha superado su cénit y que se encuentra ahora en su estadio de declive. A partir de este momento, mientras perdure el capitalismo, nos veremos en un escenario de crisis permanente. De ahora en adelante, los capitalistas solo pueden seguir sosteniendo su posición como clase dominante a partir de la generalización absoluta y continuada de la pauperización del proletariado. Para poder asegurar el proceso ininterrumpido de pauperización, se vuelve necesario sustituir las formas políticas democráticas por la dictadura omnímoda. El fascismo mundial se enfrentará al proletariado, a menos que la clase obrera lleve a cabo una revolución triunfante, estableciendo la dictadura del proletariado en su forma de soviets.

El viejo movimiento obrero no puede llevar a cabo esta tarea, pues no tiene posibilidad de sobrevivir a la embestida de la clase dominante y es incapaz de realizar la tarea histórica encomendada al proletariado. Los reformistas, los sindicalistas, los nuevos y viejos bolcheviques, incluso en contra de sus propios deseos, actuarán siguiendo los intereses del capital. Deben ser expulsados para hacer sitio a los *soviets* de trabajadores, a las organizaciones de lucha de la revolución.

A diferencia de otros partidos, que en su ansiedad por lograr mayores fuerzas e influencias hacen concesiones a los agricultores y a la pequeña burguesía, el UWP mantiene que la única clase revolucionaria en la sociedad capitalista es el proletariado. Luchamos junto con los trabajadores en sus luchas por la conquista de las demandas inmediatas, siempre que sean los proletarios mismos quienes lleven a cabo estas luchas, señalando continuamente que la solución final para nuestra clase es la revolución proletaria.

Nos oponemos a toda actividad parlamentaria y sindical, porque estas actividades, en el periodo de crisis permanente, no solo no pueden conseguir nada, sino que además tienden a actuar en contra del proletariado como clase; solo la lucha de los trabajadores mismos puede conseguir algún resultado. La revolución proletaria solo es posible durante el periodo histórico de colapso del capitalismo y la única forma de organización que puede sobrevivir y funcionar durante esta fase son los consejos obreros liderados por sus comités de acción.

Nuestra teoría y praxis es la marxista, nos consideramos el auténtico movimiento comunista del presente y el futuro. Trabajaremos por la unión de diferentes grupos como el nuestro, grupos que existen ya en muchas partes del mundo, a fin de crear, sobre las bases de este programa, una verdadera Internacional revolucionaria.

VI ¿CUÁN NOVEDOSO ES EL «NUEVO ORDEN» DEL FASCISMO? (1941)*

LAS NACIONES DEMOCRÁTICAS ven en los regímenes totalitarios nuevos sistemas económicos y sociales incompatibles con sus propias ideas basadas en la libertad y el progreso. Los fascistas también hablan de la existencia de «dos mundos» que deben luchar entre sí hasta que uno de los dos sucumba. Las democracias se «fascistizan» cuando más vigorosamente defienden su sistema. Mientras los fascistas claman que bajo su «Nuevo orden» existe mayor «democracia real» de la que nunca hubo bajo el capitalismo liberal. Los fascistas ven en su ascenso al poder una auténtica revolución que está cambiando al conjunto de la sociedad. Algunos «antifascistas» comparten dicha visión, pero en su lugar hablan de «revolución sustitutiva», «revolución de las clases medias», «revolución de los empleados» y «revolución nihilista» entre otras. Otros describen la actual transformación social como una «contrarrevolución frente a la revolución que no ha tenido lugar» o como un movimiento político que simplemente está al servicio nacional e imperialista del capitalismo monopolista.

La abundancia de definiciones sobre lo que es el fascismo en sí mismo es interesante, pero no ayuda a discernir entre las diferencias reales que existen entre los regímenes fascistas y las democracias capitalistas. Es obvio que existen tales diferencias. No obstante, un análisis del cambio del «viejo» al «nuevo» orden social muestra que esta transición afecta a algunas, no a todas, las relaciones sociales y económicas que son constitutivas de la sociedad capitalista. Las preguntas que debemos entonces plantearnos son: 1) ¿son estas diferencias lo suficientemente importantes para justificar que el viejo orden socioeconómico haya sido sustituido por un *sistema nuevo y diferente en su base?*; y 2) ¿estará este nuevo sistema sujeto a las leyes del desarrollo y la contradicción capitalistas?

* Publicado originalmente como «How New is the “New Order” of Fascism», *Partisan Review*, Nueva York, vol. VIII, núm. 4, julio-agosto de 1941. Traducido para este volumen por Pablo Oliveros Gregorio.

Laissez faire frente a control estatal

La diferencia esencial entre el «viejo» y el «nuevo» orden social es la existente entre una economía controlada y el *laissez faire*. La competitividad general característica de la fase inicial del capitalismo era interpretada como una muestra de que los mecanismos de mercado en una sociedad basada en la producción de mercancías proveían un crecimiento más o menos armónico, así como riqueza a las naciones. Aquel que prosperaba bajo el *laissez faire* estaba obligado a creer en la ley de la oferta y la demanda que traía orden a la producción social y a la distribución. Sin embargo, aquellos que no conseguían prosperar tendían a rebelarse contra esta filosofía. El libre comercio, reconocido como algo ventajoso para las naciones capitalistas más avanzadas, podía sufrir la oposición de aquellos países menos desarrollados que solo contaban con medidas políticas adicionales tales como las empresas bajo protección estatal y la regulación de los aranceles. Así, a la teoría del *laissez faire* se le oponían aquellas teorías que favorecen la intervención estatal sobre la economía.

La cuestión del libre comercio ha sido siempre debatida, sin llegar nunca a una solución. Y es que se trata de una cuestión irresoluble porque los proteccionistas eran proteccionistas solo para poder competir con aquellos que apoyaban el libre comercio; y estos últimos, que eran quienes controlaban el comercio mundial, eran en su práctica proteccionistas. Sin embargo, este tipo de cuestiones desaparecían de forma temporal siempre que se producía una rápida expansión capitalista y siempre volvían tan rápido como esta extensión se detenía.

No obstante, la lucha que se presenta hoy en día entre economías «fascistas» y «democráticas», aunque sigue determinada en parte por el desigual acceso a las oportunidades de reparto en la explotación mundial del trabajo, va más allá del viejo debate entre proteccionistas y librecambistas. Hoy, las intervenciones del Estado en la economía no están solamente restringidas a la protección de los mercados nacionales frente a la competencia extranjera, sino que son también una fuerza viva que opera en la destrucción de los mercados nacionales. Por supuesto, incluso las limitadas formas que adoptaban las intervenciones estatales anteriormente tenían el efecto de perturbar los mercados internos, pero las decisiones para hacer frente a las situaciones creadas por estas políticas se dejaban en manos de capitalistas individuales. Las intervenciones estatales sobre la economía ya no están diseñadas para fines protectores, sino agresivos; son el medio por el que se expresa hoy el imperialismo.

Mucho antes del auge del fascismo, el capitalismo basado en la libre competencia había sido sustituido en cada nación capitalista por el

capitalismo monopolista. Los mercados eran controlados por *trusts* y cárteles. El paso del *laissez faire* al capitalismo monopolista ha conducido a la creación del mercado mundial, la división internacional del trabajo, la concentración del capital y el incremento de la productividad del trabajo. Todos ellos son interdependientes y son impensables por separado.

La economía fascista y su estructura social es resultado directo del proceso previo de competencia capitalista. Por eso, es imposible oponerse al fascismo sin oponerse al capitalismo en todas las fases previas de su desarrollo. Que no todos los Estados capitalistas hayan alcanzado la «madurez» fascista al mismo tiempo se explica por el simple hecho de que su desarrollo no ha comenzado simultáneamente y bajo idénticas condiciones. Existe aquí, no obstante, una contradicción aparente; para que el fascismo fuese un producto directo del desarrollo capitalista, este fenómeno debería aparecer y mostrarse primeramente en aquellos Estados donde el sistema capitalista estaba más consolidado y era más avanzado. Pero ese no es el caso. Rusia, el país donde encontramos el Estado totalitario más completo, era una de las naciones más atrasadas, al igual que Italia, que experimentó la primera «revolución fascista». Alemania era, en comparación al resto, una nación nueva y pobre en términos capitalistas, de la misma manera que lo eran Japón, Turquía y México.

Debemos quizás recordar que Marx, junto con otros economistas liberales, creía que «el país más desarrollado muestra al siguiente la imagen de su propio futuro».¹ La historia ha demostrado que lo contrario es igualmente cierto. Marx se inclinaba a pensar que:

[...] en general, el sistema proteccionista es en nuestros días conservador, mientras que el sistema del librecambio es destructor. Corroe las viejas nacionalidades y lleva al extremo el antagonismo entre la burguesía y el proletariado. En una palabra, el sistema de la libertad de comercio acelera la revolución social.²

En la actualidad, los que proponen la «economía nacional», en oposición a los modernos «librecambistas», muestran que son capaces de «destruir las viejas nacionalidades» de una manera más efectiva de lo que podía hacerlo el «libre juego» de las fuerzas capitalistas. De hecho, han logrado llevar el «antagonismo entre el proletariado y la burguesía hasta el punto más extremo». Y en lo que se refiere a acelerar la revolución, ambos sistemas han sido igualmente capaces de prevenir que se diera tal circunstancia.

¹ K. Marx, *Capital*, Chicago, 1906, 1909, vol 1, p. 13 [ed. cast.: *El capital*, Ciudad de México, FCE, 2017, 3 vols.].

² K. Marx, *Free Trade. An Address Delivered before the Democratic Association of Brussels*, 1848, p. 43.

La forma específica en la cual el plustrabajo era extraído por los capitalistas era similar en los sistemas basados en el *laissez faire* y en los sistemas proteccionistas, como fue similar en todos los Estados capitalistas que han experimentado las consecuencias sociales y económicas que se derivan de esta relación de explotación. Sin embargo, fuera de esta relación, han existido grandes variaciones y gradaciones entre distintas economías nacionales que permiten diferentes estructuras políticas. Que los sistemas librecambistas fueran durante un tiempo dominantes y por ello «progresistas» no quiere decir que por ello sean constitutivos del sistema capitalista *per se*, pudiendo ser sustituidos en cualquier momento y país por un sistema basado en el sistema proteccionista, variando de esta manera los métodos y las estrategias competitivas, sin tener que afectar en absoluto a la naturaleza capitalista de la nación.

A medida que el capital se va acumulando de manera más rápida, se va acelerando a su vez su concentración. Hasta la guerra mundial, las naciones capitalistas más desarrolladas eran también aquellas que tenían una estructura más centralizada. Los países «ricos» en un sentido económico son aquellos que tienen menos necesidad de ejercer y reforzar su estructura de gobierno. En Estados Unidos, por ejemplo, el fuerte estrato capitalista podía ignorar al gobierno hasta el punto de que en ocasiones los intereses entre el estamento político y las necesidades de los grandes negocios parecían estar en franca oposición. En cambio, en países pobres como Japón, la concentración de la riqueza corría desde el comienzo paralela a la concentración del poder político. En Alemania también «el gobierno desplegaba todas las iniciativas del desarrollo capitalista que en el mundo occidental están en las manos de las empresas capitalistas».³

Sin embargo, el mundo occidental no ha dudado en intervenir sobre la economía desde el aparato estatal cuando esto ha supuesto una fuente de beneficios para el capital. Por ejemplo, Napoleón III, en lo que respecta a las políticas a favor del librecambio y el proteccionismo, «viró de una postura a otra hasta el punto de que nadie podía saber qué estaba haciendo».

La alta concentración de capital alcanzada en las naciones más «exitosas» sirve para explicar la concentración de bienes y poder en las naciones más atrasadas.⁴ En esta centralización forzosa podemos observar la auténtica naturaleza internacional de la producción capitalista, la cual obliga a sus eslabones más débiles a alcanzar y superar a las naciones más boyantes. Cuando

³ Gustav Stolper, *German Economy 1870-1940. Issues and Trends*, 1940, p. 10.

⁴ La consigna bolchevique de «alcanzar y superar el capitalismo occidental» estuvo dictada por la necesidad de escapar de la explotación basada en la inversión extranjera y fomentar el desarrollismo nacional, pudiendo así hacer un uso total de los recursos y la fuerza de trabajo nacionales de acuerdo con los intereses de la clase dominante nacional.

en una primera fase las naciones más atrasadas se opusieron a la posición de monopolio de los países que apoyan las políticas de *laissez faire*, con medidas monopólicas aplicadas por las políticas de intervención estatal y, por lo tanto, consiguen escapar de la explotación económica simplemente negándose a seguir los «dictados del mercado», contrarrestaron un método competitivo efectivo con uno aún más efectivo. Cuando hoy en día los países monopolistas más industrializados compiten con las naciones capitalistas más débiles, las segundas deben oponer una política económica prácticamente dictatorial con medidas dictatoriales aún mayores. La protección estatal en su sentido tradicional no resulta ya suficiente y esta postura debe ser reforzada, asumiendo el completo control del Estado. Por otro lado, de la misma manera que Hitler alcanza el poder en el momento en el que la crisis económica del año 1929 se extiende de Estados Unidos a Europa, el Estado totalitario alemán es un producto de la unión que se produce entre el capitalismo mundial y capitalismo alemán. De tal forma, todo aquel que se muestre a favor de la democracia estadounidense debe estar necesariamente a favor del fascismo alemán. Y como reverso de este mismo argumento, los fascistas alemanes son tan responsables como los estadounidenses del creciente aumento de las posturas autoritarias en EEUU. En resumen, el «Nuevo orden» no puede separarse del «Viejo orden».

La sustitución de la competencia económica por la guerra abierta y el predominio de la política sobre la economía, que quieren utilizarse para diferenciar el pasado del presente, no son características nuevas. Las guerras han acompañado todo el desarrollo capitalista y la esfera política siempre ha interferido sobre las actividades económicas. La expansión del capital exige un incremento de la explotación o en su defecto el desarrollo de las condiciones de explotación. Los aspectos militares del imperialismo resultan tan esenciales como los resultados y las motivaciones económicas. Algo que no debería sorprendernos, ya que tal y como Marx escribió en una ocasión: «Por la sed de conquista de la burguesía. Apoderarse de cosas es el principio vital de todo burgués y tomar provincias extranjeras siempre es “tomar”».⁵

La proporción de plustrabajo que se divide, a nivel nacional e internacional, entre las distintas fracciones de la clase dominante estaba determinada en gran medida, pero no de forma absoluta, por el proceso de intercambio. Lo que resulta nuevo en el «nuevo orden» es el hecho de que la relación establecida entre medios «económicos» y «extraeconómicos» para la apropiación y la distribución del plustrabajo mundial se ha invertido. En este sentido, Gustav Stolper tiene razón cuando señala que la Alemania de hoy:

⁵ K. Marx, *Letters to Dr. Kugelmann*, p. 114 [ed. cast.: *Cartas a Kugelmann*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, p. 192].

Ha arriesgado su propia existencia a la técnica del *Blitzkrieg*. Y del éxito o fracaso de esta técnica depende el sino del mundo. En caso de que tenga una salida triunfal, la superficie del mundo nos resultará irreconocible.⁶

De cualquier modo, no es «Alemania», sino más bien los actuales dirigentes de Alemania, quienes han apostado su propia supervivencia a la técnica del *Blitzkrieg*. Por tanto, no es el destino del mundo lo que está en juego, sino el futuro de los numerosos intereses basados en el *statu quo*.⁷ No obstante, es cierto que existen situaciones donde las modificaciones políticas pueden actuar tan bien, e incluso mejor, que aquellas que operan a partir del desarrollo «orgánico» del capitalismo basado en el *laissez faire*.

La competencia y la destrucción del capital

En la sociedad de clases la distinción entre política y economía se refiere a los diferentes métodos existentes para la apropiación y distribución de las mercancías arrebatadas a los productores por parte de los dueños del capital. Los medios políticos intervienen sobre las medidas económicas y lo mismo sucede al revés. Desde este punto de vista, la diferencia entre la protección estatal en el «viejo» orden y el control estatal bajo el «nuevo» solo radica en una diferencia de grado, un cambio cuantitativo que aparece determinado por el alto carácter monopolista de la sociedad capitalista. El incremento del control constituye un intento por romper el estancamiento de la depresión, por ejemplo, la caída de la competencia durante el periodo de crisis. Y aunque es cierto que la crisis misma intensifica la competencia, este primer momento de agudización de la competencia solo sirve para acelerar su propio declive a través de la destrucción de capitales. Debido a las numerosas bancarrotas, la crisis lleva a una mayor concentración de capital y a que se produzca una situación donde aquellas empresas capaces de superar la depresión son más capaces de incrementar el beneficio de su proceso productivo. *La competencia, que por un tiempo se desarrolla de forma casi exclusiva en la esfera de la distribución, se produce de nuevo de forma generalizada en la esfera de la producción.* Este tipo de competitividad tardía conduce a una nueva prosperidad, en tanto se trata de una competencia basada en la inversión del capital.

⁶ Gustav Stolper, *German Economy...*, p. XIII.

⁷ Eric Voegelin escribirá en «Algunos Problemas de la Hegemonía Alemana» (*The Journal of Politics*, mayo de 1941, p. 166): «Allá donde la expansión militar y revolucionaria tuvo un resultado exitoso, se produjo un cambio radical en todos los puestos gubernamentales clave [...] Los medios empleados en dicho cambio [...] pasaban de la simple dimisión a la emigración forzada, los campos de concentración o el propio asesinato».

Bajo una situación de depresión económica, un gran número de las empresas capitalistas desaparece. Aquellas empresas que el Estado no desea que desaparezcan se sostienen concediéndoles medidas ventajosas, ya adopten estas la forma de financiación pública o de medidas proteccionistas. Mucho antes del ascenso al poder de Hitler en Alemania, un gran número de empresas capitalistas eran ya completamente dependientes de los subsidios estatales. Algo que en menor extensión era también cierto en otras naciones. En cualquier caso, la continuación de la competencia a través de las inversiones de capital depende de la exitosa destrucción de capitales en la esfera de la distribución. Las medidas proteccionistas nacionales contradicen la necesidad destructiva de una economía determinada a nivel internacional. Cuanto mayor es la intervención estatal, mayor es la dificultad para superar la situación de depresión económica. Cuanto más profunda es la depresión, mayor es la necesidad de intervención estatal.

Es más, cuanto más avanza el proceso de monopolización, menos eficaz es la crisis a la hora de cumplir su función destructiva del capital. Los monopolios han sido lo suficientemente poderosos como para guardarse las espaldas a costa del resto de la sociedad. La crisis en su sentido tradicional ha desaparecido, pero también la prosperidad en su sentido tradicional. El desarrollo capitalista deja de mostrarse así como un ciclo de depresión y auge y los economistas comienzan a reflexionar acerca de la razón de las ondas «largas» y «cortas» que se muestran en el ciclo económico. Es entonces cuando estos economistas comienzan a referirse al capitalismo monopolista como un sistema de «competencia imperfecta». En definitiva, en la medida en que los monopolios no pueden ser tan fácilmente destruidos como las pequeñas empresas, la competencia que otrora cumplía la doble función de profundizar, pero también de superar, la depresión pierde su fuerza «reguladora».

Toda sociedad tiene necesidad de regulación. Si el proceso competitivo ya no sirve como «regulador», el caos social aumenta. Incapaz de realizar un proceso completo de socialización del conjunto de la sociedad, esto es, a través del intento de regular la producción y la distribución de manera directa y consciente de acuerdo con los deseos y las necesidades, la única forma para garantizar el «orden» en la sociedad reinante pasa por la reactivación de la competencia. Este es un hecho conocido por los economistas fascistas y liberales. Los primeros abogan por un retorno a la fase anterior de desarrollo, es decir, la disolución de los monopolios y el restablecimiento de la competencia general. Estos últimos no solo quieren, sino que impulsan, el retorno de la competencia.

El intento liberal por volver al pasado es ilusorio. Disolver los monopolios sin alterar las bases de la producción de capital solo puede conducir a la reconstrucción de los monopolios. No es posible beneficiarse de la

expansión de la división del trabajo y la gran industria, características básicas del capitalismo actual, sin la presencia de monopolios. Y es que ya se sabe que en su lecho de muerte los moribundos desean vivir de nuevo otra vida. Las esperanzas liberales pueden servir únicamente a las necesidades ideológicas del capitalismo monopolista de Estado en su confrontación con los Estados totalitarios.

La competencia capaz de servir como «regulador» de la producción y la distribución capitalista solo puede surgir bajo una forma fascista; esto es, rompiendo con el estancamiento que produce la determinación monopolista llevando a cabo un proceso de monopolización todavía mayor. Hasta ahora la competencia se desarrollaba de manera simultánea entre empresas en competencia entre sí, empresas monopolistas enfrentadas a otras y por medio de empresas competitivas frente a empresas monopolísticas. Hoy, del mismo modo, todo el mundo capitalista se ve inmerso en una situación de competencia abierta, entre empresas que todavía desarrollan en gran medida su actividad bajo la libre competencia y empresas que son abiertamente monopolistas o que se encuentran bajo completo control estatal. De la misma manera que la «iniciativa» estaba del lado de los capitalistas más fuertes, esto es, los monopolistas y «acabó» a su favor, hoy la «iniciativa» está del lado del Estado totalitario, como fuerza mayor del monopolio. El resultado de todo esto será la victoria del fascismo independientemente de que sean estos Estados fascistas los que salgan victoriosos de la actual guerra. En tanto el Estado fascista es capaz de reactivar la competencia con la suficiente intensidad, se convierte *en el auténtico representante del capitalismo actual*. El fascismo opera usando al mismo tiempo todas las armas competitivas de las que dispone la sociedad capitalista, usándolas de forma coordinada en las esferas de la producción y la distribución de manera simultánea. Su empuje competitivo es integral: económico, político y militar. En resumen, *la competencia capitalista se resume hoy en la guerra abierta*.

El mercado laboral: factor decisivo

En la actualidad, se responsabiliza de la difícil situación que atraviesa el sistema capitalista a cualquier cosa menos a su causa real: el sistema capitalista de producción. Los economistas liberales hacen responsable a las economías bajo control estatal de todos los males del mundo. La «eliminación del mercado» bajo los regímenes totalitarios y la destrucción del «libre comercio internacional» son vistos como el comienzo mismo del fin de la civilización. Al culpar a factores extraeconómicos de las perturbaciones en la economía, nunca parecieron darse cuenta de que muchos de esos factores estaban ya operativos cuando todo iba bien. Si tiempo atrás las

interferencias estatales eran menos importantes, esto simplemente ocurría porque el capital se encontraba en un estadio de menor desarrollo.

Los economistas fascistas acusan, sin embargo, a las medidas económicas liberales de la prolongación de la crisis, debido a que las sociedades liberales se oponen a llevar a cabo la necesaria reorganización de la economía mundial. Y de la misma manera que las tendencias al monopolio se ven confundidas con tendencias hacia la socialización, hoy los fascistas creen ver en el control estatal la realización de un socialismo limitado a nivel nacional. Aunque solo los fascistas, y ni siquiera todos ellos, parecen llegar a dicha conclusión, los socialistas que se oponen tanto al «viejo» como al «nuevo» orden encuentran dificultades a la hora de definir esta nueva sociedad fascista, debido a la aparente desaparición de la «producción determinada por el mercado» en los Estados fascistas.

De todos modos, ¿*qué mercado* no determina ya la producción? O mejor dicho ¿*qué mercado* determinaba la producción bajo el «viejo» capitalismo? Los economistas burgueses asumen que la producción y la distribución capitalistas están reguladas por el mercado. El mercado, el lugar donde se compra y se vende para obtener beneficios, es visto como un mosaico de capitalistas que compiten entre sí. La mutua competencia, se argumenta, impide los precios extraordinarios, así como la obtención de beneficios excepcionales. Si en algún momento se produce una escasez de mercancías durante un cierto periodo, los precios subirán, aunque de manera temporal. Sin embargo, el incremento en la producción de dichas mercancías debido a la alta demanda llevará a que los precios se regulen de nuevo a su estado «normal». Este mecanismo de regulación de los precios basado en la competencia pretende ser el «regulador» de la producción y distribución para todos los economistas, ya pertenezcan a las escuelas clásicas, marginalistas o neoclásicas. La primera escuela convierte el precio en dependiente del «suministro objetivo», la segunda queda definida por la «demanda subjetiva», mientras que en la tercera operan ambos factores. Incluso la Escuela Historicista y la Escuela de la Economía institucional niegan la existencia de los mecanismos de regulación de precios, solo que creen que estos se ven influidos por factores y fuerzas que van más allá de la oferta y la demanda. En las fluctuaciones de precios es donde se juegan la fortuna y la miseria de todos los capitalistas. Es por ello que el mecanismo de precios es su única preocupación real.

Debido a que los comienzos del capitalismo son complejos, la transformación del plustrabajo en capital se produjo a través de la metamorfosis dinero-mercancía-dinero. Pero este retraso histórico no puede tomarse como una característica esencial de la producción capitalista. Con el crecimiento del capital, una cantidad creciente de plustrabajo se convierte directamente en capital sin tener que atravesar primero el

proceso de intercambio. El crecimiento del capital implica siempre un creciente «intercambio» *in natura*, ya que de manera progresiva una parte cada vez mayor del trabajo social es convertido en medios de producción. En Estados Unidos, por ejemplo, durante el periodo que se abre entre 1899 a 1922, la ratio entre las cantidades de trabajo y capital cambió de manera continua.

En 1922 en cada unidad de capital solo se incorporaba un 37 % del trabajo que se incorporaba en 1899, recíprocamente cada unidad de trabajo incorporaba un 270 % más de capital que entonces.⁸

Este cambio en la «composición orgánica» del capital altera toda la estructura del capitalismo, al tiempo que modifica la importancia y las características del mercado. Debido a la monopolización del capital relativa a este proceso, el control sobre los diversos productos queda concentrado en muy pocas manos, y así la distribución al margen del mercado cuya finalidad es la formación de capital, se vuelve más importante.⁹

El mercado de producción de bienes es el mercado para los capitalistas, no el mercado que regula la producción y el consumo. Con la creciente interdependencia del capital a través de los procesos de concentración, cartelización y monopolización, los mercados de capitales se contraen. Las transacciones contables reemplazan a las transacciones en el mercado. Aun cuando el proceso de reproducción del capital sigue siendo un proceso de circulación, este desarrollo deja de necesitar los acuerdos del viejo mercado. El mercado no solo está controlado, sino que es lentamente abolido a favor de la transformación directa del plustrabajo en capital.

Todo fenómeno vinculado a las relaciones de mercado se ve modificado por este proceso. El desplazamiento del control monopólico al control gubernamental de la producción, los precios, los beneficios y las inversiones; el cambio de las regulaciones arancelarias que sirven al crecimiento de las industrias nacionales al control absoluto de todo el comercio exterior; el hecho de que los bancos, que hasta ahora eran *principalmente* entidades que concedían crédito sean en la actualidad *principalmente* instrumentos político-económicos; que la concentración por medio de adquisición de acciones, contratos y directivas compartidas se vea ahora aumentada por medio de decisiones políticas directas equivalentes a la combinación de

⁸ P. H. Douglas, *The Theory of Wages*, Nueva York, McMillan Company, 1934, p. 129.

⁹ Henry Ford, por usar un ejemplo relativamente simple, compra hoy menos a otras empresas de lo que lo hacía antes. Produce en gran medida en sus instalaciones industriales, máquina herramienta, acero, soja, etc. Como consecuencia, su capital crece a través de una mayor conversión de plustrabajo en capital, es decir, una parte creciente de su producción no llega a entrar en el mercado, ni se llega a sacar del mercado.

todas las medidas de control previas; el hecho de que las políticas monetarias sean usadas en mayor medida para fines políticos que económicos; que sindicatos, corporaciones y acuerdos se vean ahora forzados por decretos gubernamentales, cuando antes eran establecidos mediante el consentimiento mutuo o la imposición de la fuerza; el hecho de que ahora se operen empresas no rentables mientras que, anteriormente, las industrias no rentables estaban apoyadas por el Estado; todo esto y mucho más no indica el ascenso de un nuevo sistema económico. Todos estos factores son indicadores de que una vez más, tal y como ha ocurrido siempre, el plusproducto apropiado de los trabajadores ha cambiado a lo largo del desarrollo capitalista.

Las diferencias de control estatal en diversas naciones solo son diferencias de grado.¹⁰ Un desarrollo mayor que apunte en esta dirección haría que todos los Estados capitalistas se parecieran una vez más a lo que ocurría en los días del liberalismo, pero que nadie se ha parado a mirar en detalle. La diferencia entre el Plan Cuatrienal alemán y el programa de armamento estadounidense es la diferencia entre una fase embrionaria y una reacción tardía a las necesidades de la guerra actual. Las nuevas empresas financiadas por el gobierno de EEUU vinculadas al sector del aluminio, la aviación, el magnesio, el acero y el caucho sintético solo difieren del *Goering Reichswerke* en su tamaño. En la «guerra productiva», que se libra en la actualidad, esta diferencia de escala desaparecerá o incluso se decantará del lado de las «democracias». Si la propiedad y la iniciativa privada, la búsqueda de beneficios y la competencia económica siguen todavía existiendo en EEUU, existen de igual forma en Alemania, aunque en esta última, bien es cierto, estas características solo se mantienen gracia al apoyo y la tolerancia que les otorga el gobierno. La guerra que ha acelerado este desarrollo no es un «estado de emergencia» que desaparecerá tan pronto como vuelva la paz. Los cambios estructurales que han sucedido son tan deudores de la «paz» previa como de la guerra misma, pues se basan en acontecimientos previos a la declaración del conflicto.

El hecho de que el mercado capitalista sufra contracciones, hasta el punto de que no queda nada más que la compraventa de la fuerza de trabajo, no convierte la producción de valores de cambio en una producción para el uso.¹¹ La actual producción de «valores de uso» es aquella producción llevada

¹⁰ Para una buena descripción de esta situación conviene consultar el monográfico núm. 40 del Temporary National Economic Committee, *Regulation of Economic Activities in Foreign Countries*. Sobre la concentración de capital y el control monopolista y otras cuestiones relacionadas conviene consultar *The Structure of the American Economy* del National Resources Committee. También los monográficos respectivos de la Investigation of Concentration of Economic Power del TNEC.

¹¹ En su libro *Workers before and after Lenin* (Nueva York, E. P. Dutton & Company, 1941), Manya Gordon cita al ministro Molotov cuando en el año 1932 dijo que: «Es necesario oponerse con vehemencia a todos aquellos que creen que el socialismo significa producción para el consumo» (p. 180).

a cabo de acuerdo con las exigencias que impone la crisis y la guerra, que no posee aparente rentabilidad y que únicamente continúa la producción de beneficios, o al menos ese es su objetivo. Se trata de una suerte de «inversión», un adelanto de capital del que se espera obtener un retorno futuro. Se espera que la aparente pérdida quede compensada en una fecha futura, de la misma manera que muchas empresas en el pasado, siempre que tuvieran suficientes reservas de stock, vendían por debajo del coste de producción para poder vender por encima de su «valor» en otro momento. El sistema de trueque no ha cambiado nada bajo la forma capitalista de intercambio, se espera poder cambiar menos trabajo por más trabajo.¹²

Estos cambios en las relaciones de mercado no muestran el comienzo de un sistema social regulado de forma consciente, en tanto siguen siendo las relaciones de clase las que determinan la producción y la distribución por debajo de las relaciones de mercado. *Las relaciones de clase son relaciones de mercado entre capital y trabajo*. Este mercado no se ve perturbado y nadie parece tener la intención de querer perturbarlo. El mercado en el cual la fuerza de trabajo se vende y se compra es el *único mercado que determina la producción*. El hecho de que el trabajo deje de ser «libre», en el sentido que se entendía «libre» bajo el capitalismo liberal, y que ahora pueda ser diseñado para adaptarse a las necesidades del Estado; que pueda ordenarse de un lugar a otro, tal y como el gobierno lo crea conveniente; que ya no se pueda elegir un empleo a voluntad; todas estas y otras restricciones no invalidan el hecho de que el trabajo también sigue siendo «libre» de toda propiedad productiva y que sigue siendo una potencia capaz de producir, la cual puede ser adquirida como cualquier otra mercancía por los gobiernos a cambio de un precio.

La *totalidad* del mercado capitalista, excepto las relaciones de mercado entre capital y trabajo, pueden desaparecer sin tener que afectar en modo alguno la forma de producción capitalista. Las relaciones de mercado entre el capital y el trabajo constituyen la única relación capitalista *per se*. Sin su abolición, la forma productiva históricamente desarrollada para la explotación humana, que hemos conocido como capitalismo, no puede desaparecer.

Capitalismo, fascismo y la ley del valor

Los economistas clásicos, a diferencia de los teóricos modernos de los precios que no tratan de encontrar bases objetivas en las que fundar sus razonamientos, no se detuvieron en explicar de manera descriptiva los

¹² Según el U.S. Department of Commerce Economic Review of Foreign Countries en 1939 y 1940: «La balanza comercial de Alemania, incluso en condiciones de guerra, se ha vuelto más favorable que antes de la guerra. El Reich ha podido reducir su endeudamiento con muchos países».

mecanismos de la oferta y la demanda. Decían que esto probaba la importancia de una «ley del valor» que regulaba la sociedad de la misma manera que la ley de la gravedad regula el universo conocido.

La «ley del valor» significa que el «valor» de una mercancía aparece determinado por el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción. De esta forma, la «ley de la oferta y la demanda» es la realización de un intercambio de tiempo de trabajo contra otro tiempo de trabajo. En efecto, si un vendedor consigue más por menos y la contraparte se ve obligada a aceptar menos por más, estos hechos son tan solo desviaciones de la norma general que no invalidan dicha ley. A largo plazo, será observable algún tipo de equilibrio. Este equilibrio sirve también para llevar a cabo la distribución de los tiempos de trabajo entre las diferentes ramas de la producción ocupadas en satisfacer las necesidades humanas.

La crítica marxista de la economía comienza a partir del cuestionamiento de su «ley del valor». Marx señala que esta ley no funciona como pensaban los teóricos burgueses. En medio de todas las relaciones de intercambio accidentales y fluctuantes, la ley del valor se cuela más bien imponiéndose por sí misma «como ley natural reguladora [...] al modo como se impone la ley de la gravedad cuando se le cae a uno la casa encima».¹³ Como Marx explicó:

Es *self-evident* que la necesidad de la división del trabajo social en determinadas proporciones no suprime en modo alguno la forma determinada de la producción social, sino que solo puede variar su modo de manifestarse. Las leyes naturales no pueden suprimirse de ningún modo. Lo que tal vez resulte modificado, en situaciones históricas diferentes, es únicamente la forma en que estas leyes se aplican. Y la forma en que se realiza esta repartición proporcional del trabajo, en un estado social donde la interconexión del trabajo social se manifiesta en la forma de intercambio privado de productos individuales del trabajo, este modo es precisamente el valor de cambio de estos productos.¹⁴

Por tanto, *la verdadera relación del valor*, si uno habla en términos capitalistas, es la necesidad de distribuir el trabajo social en porciones definidas, la necesidad de la coordinación de las operaciones individuales a través de la división del trabajo, con el fin de satisfacer las necesidades humanas, esto es, las necesidades sociales. *La relación del valor capitalista* es una *forma específica* de esta «relación del valor» *real*. En cualquier caso, en su *forma capitalista* la «ley del valor» no puede servir como un «regulador automático» *continuo* que cuadre las necesidades sociales con la división social del

¹³ K. Marx, *Capital*, vol. I..., p. 86.

¹⁴ K. Marx, *Letters to Dr. Kugelmann...*

trabajo. Nunca hubo «igualdad» de poder y oportunidades, ni en el seno de la sociedad ni entre los propios capitalistas, así como nunca hubo «igualdad» en el proceso de intercambio. En consecuencia, ninguna regulación puede acontecer a partir de una «ley del valor» que se vea realizada a través del intercambio de cantidades «iguales» de valor.¹⁵

Bajo el capitalismo, las necesidades humanas deben primero ser transformadas en relaciones de valor, antes de poder verse realizadas. Pero *la producción de valor* es una *producción de plusvalor*. Es la necesidad de beneficios lo que determina qué y en qué cantidad se produce. La necesidad de beneficios puede coincidir o no con las necesidades de la vida social. Si coincide, esto es completamente accidental. En resumen, las relaciones de clase en la sociedad y la producción de plusvalor son las que conllevan la «regulación» de la producción y la distribución, la oferta y demanda. Ninguna misteriosa «mano invisible» mueve los hilos de la sociedad, esta es «regulada» por la guerra social permanente.

Puesto que la producción capitalista es producción de beneficios, la acumulación de capital tiene como objetivo asegurar la acumulación misma. Una acumulación que, a su vez, destruya a la competencia. Cada uno de los capitalistas, si quiere seguir sosteniendo su posición, debe confrontar con los otros capitalistas. El famoso incentivo de los beneficios es el incentivo de la destrucción del capital. La totalidad de la producción, en tanto que es una producción dirigida a apropiarse del plusvalor de los trabajadores, es un proceso que *continuamente perturba las conexiones entre las necesidades sociales y las necesidades capitalistas*. En vez de dominar la producción, las personas son dominadas por la producción. Cuanto más capital se acumula, más se destruyen las capacidades para *proseguir el proceso de acumulación*, así como para *mantener alguna clase de reparto del trabajo social* con el fin de asegurar la vida social. Antes de que se produzca la destrucción de la totalidad del sistema capitalista, este escenario solo puede ser subsanado de forma temporal poniendo *remedio a la situación que evita la formación continua de capital*. La crisis capitalista, al establecer una base que permite la continuidad de la producción de beneficios, también proporciona de forma temporal el trabajo social desde el cual la sociedad puede mantener algún tipo de estabilidad. La única ley que se ha acabado imponiendo a lo largo del desarrollo capitalista es la *ley del valor en su sentido marxista*, esto es, *la ley de la crisis y el colapso*. Naturalmente,

¹⁵ En su libro *The Politics of Democratic Socialism* (Nueva York, Routledge & Sons Limited, 1940, p. 101), E. F. M. Durbin escribe: «Hasta ahora las industrias vivían estrangulándose unas a otras; se obtenía beneficio en un sector haciendo pasar hambre, no alimentando, a toda la sociedad; con el aumento del número de sectores en régimen de monopolio, incluso los beneficios sectoriales disminuyen, pues todos los precios suben en contra de todos. Llegamos a vivir, no empobreciéndonos los unos a los otros, sino ahorcando cada uno a su prójimo».

la burguesía no puede admitir que el único «orden» que puede encontrarse en su sistema es el desorden de la crisis. De este modo, han buscado por todas partes las fuerzas y razones que perturban el buen funcionamiento de las «leyes del mercado», lo que también explica la ridícula, al tiempo que gigantesca, producción de literatura económica.

Si en la sociedad capitalista «la determinación de la magnitud de valor por el tiempo de trabajo es, por tanto, el secreto que se esconde detrás de las oscilaciones aparentes de los valores relativos de las mercancías», este secreto se profundiza a medida que se desarrolla el capitalismo. Aunque «lógicamente» debería ocurrir lo contrario, porque el intercambio se contrae, porque el número de productores independientes en relación con el capital total disminuye, porque el control desplaza a la anarquía en la producción y en la distribución, en realidad las exigencias de la ley del valor son violadas en medida creciente. Debido a que el número de competidores anónimos y atomizados disminuye, los precios de venta y los márgenes aparecen cada vez más «regulados»:

La realización de una economía racional descansa en la voluntad, habilidad y perspicacia de unas pocas personas que dirigen de forma dictatorial el conjunto de la sociedad. De esta forma aparece un componente irracional, personal y subjetivo.¹⁶

De todos modos, las razones de la creciente «irracionalidad» no deben buscarse en la habilidad o falta de habilidad de aquellos que guían la sociedad de forma dictatorial *sino en la forma dictatorial misma*.

La regulación solo es posible «organizada en tanto que asociación consciente de trabajadores en función de un plan sostenido en común [...]».¹⁷ Pero bajo esas circunstancias sería un sinsentido continuar hablando de una «ley del valor». «El valor es una categoría estrictamente histórica; la producción de valor no existe ni antes ni después del capitalismo».¹⁸ Mientras los medios de producción se contrapongan a los trabajadores en tanto que capital, o mejor dicho, mientras un *tercero* tenga control sobre los mismos, los medios de producción solo podrán ser utilizados para crear excedentes para este tercer agente. Mientras tanto, también, la ley del valor y la no planificación «regularán» la producción y la distribución.

En una economía controlada, el Estado actúa como previamente actuaban los empresarios, como una *tercera variable* que se suma a las otras dos

¹⁶ H. von Beckerath, *The Philosophical Review*, noviembre de 1937, p. 595.

¹⁷ K. Marx, *Capital*, vol. I... p. 92.

¹⁸ F. Engels carta a Kautsky (20 de septiembre de 1884) en *Aus der Frühzeit des Marxismus*, p. 145.

necesarias para llevar a cabo la producción: los medios de producción y el trabajo. Este tercer agente prohíbe la separación entre la producción y las necesidades sociales, al mismo tiempo que se muestra incapaz de impedir que este hecho tenga lugar. La posición de mando de cualquier clase dominante depende de su capacidad para mantener a sus sujetos sometidos y «satisfechos». Mantenerlos simplemente sometidos no sería suficiente bajo las condiciones actuales, debido a que esto conduciría a una drástica disminución de la productividad. La clase dominante se ve obligada a llevar a cabo una serie de medidas que sean capaces de asegurar cierto equilibrio social. Aunque cada clase, grupo y Estado actúa y solo puede actuar para salvaguardar su propio interés, debe reaccionar también para poder responder a las necesidades sociales.¹⁹

Los anteriores procesos de desarrollo económico y político generaron una situación que hacía peligrar los beneficios de un creciente número de capitalistas, así como las vidas de millones de personas. No existía evidencia entonces de ningún tipo de «regulación» entre la producción y la distribución que permitiese incluso la más miserable de las existencias. *La violación real de la ley del valor* se afirma de manera *capitalista* en una crisis de proporciones gigantescas. Este hecho fuerza a las clases dominantes de las naciones más afectadas a reaccionar primero a las demandas de la crisis y a intentar llevar a cabo una distribución del trabajo social que permita la continuación de la acumulación capitalista y posponer el colapso.

Sin embargo, el mundo no se ve alterado de forma radical tan a menudo como cambian los procesos productivos o la composición del capital. Mantener los beneficios en un mundo dividido entre muchos grupos privilegiados, clases y naciones exige la reorganización por la fuerza. En el mundo tal y como es, le ayudaría bien poco a Hitler definirse a sí mismo no solo como socialista nacional, sino también como socialista internacional. Tampoco ayudaría a Churchill declararse un converso del internacionalismo *laissez faire* frente al nacionalsocialismo. La lucha entre «democracia» y «fascismo» debe seguir siendo interpretada.

Debido a que ha sido una sociedad de clases la que ha reaccionado ante las demandas de la ley del valor, su reacción ha concedido nuevos impulsos y fuerzas adicionales a las viejas medidas que habían sido diseñadas para combatir los periodos de depresión económica. «La característica principal de las acciones llevadas a cabo para poder satisfacer la demanda democrática derivada del ciclo comercial, siempre resulta la misma. Se llama

¹⁹ El ascenso de Hitler al poder, su política exterior y su programa nacional son interdependientes. Para revivir el imperialismo alemán ha sido necesario llevar a cabo todas las políticas nacionales como el «fin del desempleo», el incremento del control estatal, los programas de rearme y ¿viceversa? Estas medidas tuvieron su repercusión porque crear un «equilibrio social» en una sociedad de clases es descomponerlo en otra.

"planificación". Consiste en la sustitución de la libre competencia en todos los mercados e industrias por el control monopolista». ²⁰

Una vez más, se combate la crisis por medio de un proceso de concentración mayor, con una todavía mayor «planificación», más «planificación» que sin embargo implica una mayor destrucción de inversiones y acciones. Debido a que «todas las contradicciones de la producción capitalista afloran en una crisis general económica de alcance mundial», ²¹ la guerra exige la destrucción de todos esos intereses creados. La guerra total es indicativa de que la sociedad actual sigue estando determinada por una ley del valor que se afirma a sí misma como una «ley reguladora de la naturaleza». De ahí la incapacidad para «comprender» cómo la guerra podría producirse en nuestra «civilización», así como «las fuerzas magnéticas» que empujan a una nación tras otra al conflicto. Si cualquier prueba fuera necesaria para comprobar que este sigue siendo un mundo capitalista, la guerra por sí misma es prueba suficiente. Aquellas naciones que cumplen con las exigencias de la ley del valor de manera más enérgica, que no son otras que las naciones fascistas, deben de ser consideradas como las *más capitalistas*.

¿Qué es el capitalismo?

De forma más o menos habitual se tiende a considerar que si no hubiese guerra la producción hitleriana para el esfuerzo bélico de menos mantequilla y más cañones sería transformada en una producción social sin cañones y más mantequilla. La producción de Alemania no es únicamente una «productividad bélica», simple y llanamente es producción capitalista que también es producción bélica. La convicción de que se podría implementar el socialismo en Rusia y Alemania, sí así lo desearan Stalin y Hitler, si no fuera por el hecho de que son «enemigos» o por el hecho de la «guerra», es estúpida, pues toda economía es siempre una economía mundial. Estos países no están aislados, son partes integradas en la producción y la distribución mundial, por lo que se encuentran tan determinados por lo que ocurre en otros Estados como estos determinan lo que ocurre en el resto del mundo. Aparte de esto, el mantenimiento de la clase dominante en el «nuevo orden» impide la *producción social*. La producción aparece determinada por la necesidad de la clase dominante de permanecer en la cúspide, de la misma forma que anteriormente aparecía determinada por la necesidad de los capitalistas de incrementar su

²⁰ E. Durbin, *The Politics of Democratic Socialism...*, p. 100.

²¹ K. Marx, *Theorien über den Mehrwert*, vol. III, p. 318 [ed. cast.: *Teorías sobre la plusvalía*, 3 vols., Ciudad de México, FCE, 1970].

capital para poder seguir reproduciéndose como capitalistas. Se contraargumenta que, de la misma manera que los estados totalitarios eliminan la competencia en los territorios que se encuentran bajo su control, también acaban con la competencia política al instaurar las políticas de partido único. Pero tal y como hemos visto ya, «el final de la competencia nacional» no es más que el prerrequisito necesario para profundizar en la competencia internacional. La eliminación de la democracia es el prerrequisito para una mayor participación «democrática» en la lucha para escalar a mayores posiciones de poder. Después de todo, Alemania, Rusia e Italia juegan un papel mayor en las políticas internacionales del que ocupaban hace veinte años. Además, como Stolper ha subrayado, «la lucha de clases que el partido (que controla la nación) salió a reprimir y eliminar solo se ha desplazado al interior del partido».²²

La lucha de todos contra todos no ha terminado con el «Nuevo orden». Los incentivos privados solo se han desviado, ahora se obtienen a través de posiciones políticas y sociales que determinan el grado en el cual uno puede participar en el disfrute del plusvalor. Hay personas ricas y pobres en el «Nuevo orden»,²³ explotados y explotadores, trabajadores y desempleados, a los cuales ya se les ha puesto el uniforme que les guía a su autodestrucción. La producción que persigue la producción, beneficiando a las minorías y manteniendo a las mayorías en la miseria sigue siendo, bajo el «Nuevo orden», producción que persigue la producción, destacándose el hecho de que los frutos del trabajo humano se destruyen más rápido de lo que son creados. Si antes los productos de la relación capital/trabajo solo servían para incrementar la explotación sobre la parte del trabajo, ahora también sirven para que los trabajadores del mundo se maten entre sí en los campos de batalla del mundo. No tiene ningún sentido mantener la esperanza de que los grupos privilegiados vayan a poner voluntad alguna en cambiar una situación en donde los productos de la sociedad destruyen a sus productores. Cuanto más desaparezcan las posiciones privilegiadas, más feroz será la lucha por las posiciones restantes. Cualquiera que tenga o crea tener una oportunidad para alcanzar el poder luchará por ella a menos que todas las bases que permiten los privilegios sociales sean abolidas. Y esta tarea solo puede ser llevada a cabo por aquellos que nunca han tenido nada que ganar, es decir, las masas proletarias.

La producción capitalista hace necesaria una situación en donde los medios de producción pertenezcan a una única clase en la sociedad. La otra clase no debe tener más que su fuerza de trabajo. La separación de

²² Gustav Stolper, *German Economy...*, p. 234.

²³ Los datos sobre el impuesto sobre la renta de 1938 en Alemania indican un fuerte incremento en números brutos e ingresos de los percentiles mas altos, así como una drástica disminución de aquellos mas bajos.

los trabajadores de los medios de producción es prerequisite y base de la producción capitalista. Y en lo que respecta a este tipo de relación capitalista fundamental, nada ha cambiado en los regímenes totalitarios. Lo que ha cambiado es la relación existente entre el gobierno y los capitalistas individuales. En las democracias, la propiedad individual predomina sobre la propiedad gubernamental; en los regímenes fascistas, el control gubernamental prima sobre la propiedad individual; en Rusia, simplemente, la propiedad individual ha sido eliminada junto con todas las demás formas y ahora es el Estado quien tiene el control completo sobre el aparato productivo y los recursos naturales.

Las tendencias que toma el desarrollo son indicativas de que las democracias caminan en dirección al fascismo. Y que los regímenes fascistas caminan en la dirección del sistema ruso. Pero en todos y cada uno de estos regímenes las bases de la producción capitalista no han sido abolidas. Por diferente que parezca el mundo para los propietarios individuales que han sido desplazados por las agencias gubernamentales, para la gran masa de la población no ha ocurrido nada de verdadera importancia. Han visto cómo han cambiado sus amos, igual que cambiaron los procesos de contratación y despido, o pasaron del empleo privado al empleo gubernamental. Si la «revolución fascista» no implica más que un cambio en el control de los medios de producción, de los empresarios a los técnicos gubernamentales, nada nuevo ha sucedido en la relación entre capital y trabajo.

La relación capital-trabajo es la única realmente importante para la clase trabajadora. Incapaces o sin voluntad por alterar la situación mediante su acción independiente, los trabajadores permanecen apáticos ante la lucha que se desarrolla entre el fascismo y la democracia. Mientras estén dispuestos a trabajar para el capital, estarán tan dispuestos a trabajar para el gobierno como para las empresas privadas. Que los trabajadores de las naciones democráticas participen en las luchas contra el fascismo no constituye en modo alguno un signo de genuino antifascismo por su parte. Simplemente se oponen al *fascismo alemán*, lo cual simplemente significa que defienden los intereses capitalistas de sus propios países. La vertiente antifascista de esta lucha es simplemente accidental, su ausencia solo alteraría algunas de las frases de propaganda que se emplean.

Del liberalismo al «estatismo»

Los capitalistas, mucho más que los trabajadores, se ven afectados por las transformaciones sociales recientes. Que esto les sorprenda es solo una muestra más de cuán poco entienden su propia sociedad. Los pensadores burgueses,

no obstante, previeron bastante rápido lo que ha acontecido ahora.²⁴ Si sus actuales herederos desprecian las metamorfosis más recientes del sistema capitalista, algunos de sus padres fundadores²⁵ se deleitarían pensando que en un futuro el Estado representaría de manera real y no solo simbólica al «conjunto de la sociedad».

El desarrollo capitalista desplaza a los capitalistas aislados por grupos organizados, y a los trabajadores individuales por sindicatos y organizaciones políticas. De la misma manera que los mecanismos del mercado se veían cada vez más alterados a medida que se desarrollaban, los aparatos del Estado se volvieron cada vez más incapaces de resultar útiles bajo las nuevas condiciones. Se necesitaban poderes estatales adicionales para asegurar algún tipo de estabilidad social. En este contexto, los argumentos a favor del *laissez faire* y en contra del poder gubernamental se manifiestan completamente ridículos.

La pregunta no era ya si las empresas podían o debían detener al gobierno, sino entre qué grupos debía distribuirse el negocio de gobernar el país.²⁶

La tendencia hacia una centralización todavía mayor se afirma solo, sin embargo, dentro los caóticos juegos entre distintos monopolios y grupos de presión. Los monopolios comienzan, por debilidad o fortaleza, a colaborar con el Estado, cuya capacidad de control ha aumentado de forma correlativa. Los grupos de presión políticos operan a favor o en contra del Estado, a favor o en contra de los grupos autónomos o a la contra de la presión indirecta de actividades que todavía no han sido organizadas. El Estado es en esencia una empresa monopolista, como cualquier otra de las que existen en la sociedad capitalista, y es por ello que utiliza estas fuerzas que operan en la sociedad para su propio beneficio.²⁷ En su intento por apoyar a los monopolios, el

²⁴ Hobbes creía que un Estado totalitario sería necesario a la hora asegurar el orden bajo la sociedad capitalista. R. H. S. Crossman en su obra *Government and the Governed* (Nueva York, Basic Books, 1940) señala que el *Leviathan* de Hobbes «es el primer ataque democrático contra la democracia». Marcuse en *Razón y Revolución* escribe que la discusión de Hegel sobre los diferentes estadios del gobierno es «una descripción concreta del desarrollo que va de un sistema liberal a un sistema político autoritario [...] la principal acusación del análisis hegeliano es que la sociedad liberal produce necesariamente un Estado autoritario».

²⁵ Saint-Simon y Comte, por ejemplo, eran optimistas sobre el futuro precisamente por las tendencias autoritarias inherentes al proceso de producción capitalista. Soñaban con una reorganización consciente de la sociedad dirigida por la sabiduría y la inteligencia de un selecto grupo dirigente que planificara y estabilizara la sociedad de manera armónica.

²⁶ J. J. Robbins y G. Hecksher, «The Constitutional Theory of Autonomous Groups», *The Journal of Politics*, vol. 3, núm. 1, p. 19.

²⁷ Basta recordar, por ejemplo, el uso que la administración de Roosevelt dio al CIO (Congress of Industrial Organizations) a la hora de consolidar su poder, ganado gracias a la depresión económica, así como para fortalecer la posición del gobierno contra todos los demás grupos.

Estado mismo incrementa su posición de poder. En cambio, «las corporaciones solo apoyan la completa descomposición de las libertades individuales sin ganar ninguna libertad para sí mismos».²⁸ En medio de las condiciones que desata la crisis generalizada, el Estado se convierte en la mayor fuerza existente en la sociedad. La nueva posición dominante del monopolio estatal dentro de la sociedad monopolista ha permitido a los partidos que se disputen entre sí el control estatal, oponerse de forma simultánea a los trabajadores y a la burguesía.²⁹ J. C. Calhoun, a mediados del siglo XIX, lanzaba:

Una advertencia contra el peligro que representaba para los gobiernos constitucionales una corporación de políticos que tienen un interés de grupo cohesionado y una base económica en el tesoro nacional.³⁰

Los partidos desarrollan intereses corporativos propios. «La existencia del Estado como una entidad con una base económica propia ha concedido a los políticos profesionales un cierto grado de independencia respecto de los intereses de los grupos económicos».³¹ Así se ha preparado la senda para que, bajo condiciones de crisis general, se produzca un control absoluto de la economía por parte de un aparato estatal bajo control del partido. Los políticos encuentran muy poca oposición³² en una burguesía debilitada debido a que:

Uno de los más importantes desarrollos que han acontecido durante los últimos quince años ha sido la separación, e incluso la enemistad, entre empresa y propiedad. El desarrollo de las empresas bursátiles es en parte responsable de ello. Pero es sobre todo responsabilidad del endeudamiento creciente de las empresas. *De facto*, estas ya no pertenecen a los empresarios.³³

²⁸ J. J. Robbins y G. Heckscher, «The Constitutional Theory of Autonomous Groups...», p. 23.

²⁹ En *Germany Reborn*, Hermann Goring escribe: «Siempre se recordará como el mayor mérito de Hitler el no haber salvado el abismo existente entre burguesía y el proletariado, sino el hecho de haberlo llenado, arrojando así al abismo tanto a los partidos marxistas como a los burgueses».

³⁰ Citado en N. E. Long, «Party and Constitution», *The Journal of Politics*, mayo de 1941.

³¹ *Ibidem*, p. 202.

³² En el editorial de *The New Statesman and Nation* (Londres, mayo, 1941) se escribe «Desde que los accionistas del ferrocarril tienen consciencia de que el Estado debe de otorgarles lo que se conoce como un «*retorno justo a perpetuidad*» son los primeros en clamar por su nacionalización. Los bancos se muestran bastante indiferentes a dicho intento de nacionalización. Son muy conscientes de que no perderán con dicho proceso. Los grandes ejecutivos encuentran un reconfortable hogar en el Consolidated Fund [similar al banco central nacional]. Existen muchos capitanes de la industria que estarían contentos siendo parte del Comisariado de los monopolios estatales, desde donde obtendrían tantos o más ingresos sin tener que asumir ningún riesgo. Existe incluso la terrible sospecha de que algunos líderes laboristas se verían tentados por las ofertas en dichos puestos».

³³ E. Wagemann, *Wirtschaftspolitische Strategie*, Hamburgo, Hanseatische Verlagsanstalt, 1937, p. 341.

Hablar de una diferencia entre propiedad y Estado simplemente es otra manera de decir que el reparto del plusvalor estaba todavía en gran parte determinado por la competencia descentralizada. Ahora está determinado por una competencia centralizada. Quienes pierden en esta competencia exacerbada ven en el «Nuevo orden» no solo un nuevo arreglo en la distribución del plusvalor, sino también el final de toda vida social, en tanto supone el fin de *su existencia capitalista*. Quienes venzan en esta batalla se mostrarán como los creadores de una «sociedad nueva», mejor, en tanto en esta estará asegurada para *sí mismos* una mejor existencia capitalista. Para los trabajadores, en cambio, esta situación no plantea ninguna novedad. Su objetivo sigue siendo establecer una *unidad directa* entre producción y consumo, y como consecuencia directa de ello, la abolición de la existencia de una clase o grupo político separado que controle el capital y explote al trabajo.

VII LA HEZ DE LA HUMANIDAD (1935)*

I

Una persona poco familiarizada con cuestiones políticas que asista a reuniones de trabajadores, exceptuando las de desempleados, probablemente se verá sorprendida por el hecho de que la mayor parte de los presentes no forma parte de los estratos más pobres del proletariado. Los trabajadores mejor organizados son, por supuesto, los pertenecientes a la llamada aristocracia obrera, que asume una posición social entre la clase media y el proletariado genuino. Las organizaciones sindicales de estos estratos defienden los intereses vitales directos de sus miembros, proporcionándoles ventajas inmediatas, y ni son capaces de politizar a sus adherentes en un sentido socialista ni tampoco lo intentan. Por otra parte, el movimiento obrero radical solo puede proporcionar a sus adherentes satisfacción ideológica, no ventajas materiales. Y es precisamente por esta razón por lo que es incapaz de alcanzar a las capas realmente empobrecidas del proletariado. Esta parte, por su misma miseria, se ve obligada a preocuparse solamente de sus intereses más perentorios y directos si es que no quiere dejar la vida misma. Por esa razón los movimientos políticos radicales de la clase obrera oscilan entre dos polos de la población trabajadora, la aristocracia obrera y el lumpenproletariado. El peso de la organización lo llevan elementos que aunque no se hacen ilusiones sobre las nulas posibilidades genuinas de avance personal en la sociedad actual, mantienen un nivel de vida que les permite dedicar dinero, tiempo y energías a esfuerzos cuyos frutos, en forma de mejoras reales materiales para ellos mismos, quedan diferidos a un incierto futuro. Estos militantes se enfrentan a la sociedad actual desde

* Publicado originalmente como «The scum of humanity», *International Council Correspondence*, marzo de 1935. En la versión original, el artículo apareció sin firma. Pero tanto por su contenido como por su estilo el texto es claramente atribuible a Paul Mattick, que era el editor de la revista. De hecho el artículo consta como tal en la bibliografía de Paul Mattick preparada con la colaboración de Paul Mattick hijo. En el original los distintos apartados del texto estaban simplemente numerados. La presente versión se debe a la traducción de 1999 de J. Antonio Tapia.

el reconocimiento de que hay que cambiarla, a pesar de lo cual a ellos les resulta posible vivir en ella.

La actividad del movimiento obrero radical en tiempos no revolucionarios se dirige fundamentalmente a transformar la ideología dominante. La agitación y la propaganda exigen sacrificios materiales y no proporcionan ventajas materiales. Los miembros activos de las organizaciones obreras deben tener tiempo disponible. Son militantes que confían en que las masas se transformarán en un sentido revolucionario, pero mientras tanto hacen lo posible por acercar el día del cambio y se dedican a educar, discutir y filosofar. Los elementos de la clase obrera que simpatizan con esas ideas pero que por sus circunstancias vitales no están en posición de esperar, se ven continuamente rechazados por estas organizaciones. Las fluctuaciones de la militancia en el movimiento radical no son solo resultado de falsas políticas o de falta de tacto de la burocracia en su trato con los miembros todavía ideológicamente inestables. Son también resultado de la compulsión crecientemente imperiosa de un estrato cada vez mayor de trabajadores empobrecidos a «limitar sus miras». La actividad del movimiento del que esperan ayuda solo les proporciona palabras y un algo en que perder el tiempo. No solo no les ayuda sino que les dificulta su lucha individual por la existencia, una lucha que se hace cada vez más difícil, que cada vez consume más horas y más esfuerzo psicológico cuanto más se extiende la penuria en la sociedad y cuanto más se hunde el individuo. Independientemente de la propaganda socialista que hayan absorbido, sus condiciones de existencia les empujan a acciones que son opuestas a sus convicciones y como resultado esas mismas convicciones antes o después se desvanecen, ya que son «inútiles en la práctica».

Esa es también una de las razones por las que el movimiento político de la clase obrera se quiebra en los periodos de recesión y funciona mejor en tiempos de reactivación económica. Y por ello, a partir de su «experiencia», una gran parte del movimiento obrero ha tomado una posición abiertamente hostil contra la idea de que el empobrecimiento de las masas es sinónimo de crecimiento de las ideas revolucionarias. A quienes mantienen esta teoría del empobrecimiento se les señala repetida y apasionadamente la existencia del lumpenproletariado, como prueba de que el empobrecimiento hace a las masas apáticas en lugar de revolucionarias y las pone en oposición al proletariado más que en disposición de servirlo, ya que la clase dominante a menudo aprovecha al lumpen para sus propias necesidades. De esta forma el movimiento obrero se esfuerza con gran celo en mejorar la posición económica de los trabajadores, considerando que precisamente así se elevará la conciencia de clase del proletariado. De hecho, en el periodo de avance de la sociedad capitalista la mejora del nivel de vida del proletariado fue paralela al crecimiento de los sindicatos y de las organizaciones

políticas obreras, así como al fortalecimiento de la conciencia política de los trabajadores. Pero esta conciencia, como las organizaciones mismas, no era revolucionaria. Por lo tanto, la teoría de la elevación del nivel de vida del proletariado como medio de avance revolucionario resultó tan desmentida como la teoría de la pauperización. La dificultad fue resuelta mediante la explicación desgraciada y absurda de que la actitud reaccionaria de los trabajadores organizados era resultado de sus direcciones reaccionarias. La contradicción que implica combatir el empobrecimiento y al mismo tiempo sostener que es necesario se consideraba lesiva para la existencia de la organización. Las masas no pueden ser atraídas hacia la organización sin recibir al mismo tiempo algunas promesas.

La convicción, basada en una visión superficial de los fenómenos, de que el empobrecimiento hace a las masas reaccionarias en lugar de revolucionarias, y la repugnancia hacia el lumpenproletariado como manifestación viviente de esta «verdad» fue durante mucho tiempo una característica común del movimiento político de la clase obrera y todavía surge en el debate político cuando se trata de explicar la ayuda reclutada por la clase dominante en el campo del proletariado. El escaso grado de organización y la conciencia de clase relativamente subdesarrollada de los desempleados tiende aparentemente a refutar la teoría del empobrecimiento. Lo mismo ocurre con la función que cumple el lumpen en la sociedad. Por supuesto es esta «hez de la humanidad» la que, en alianza con la pequeña burguesía y a las órdenes del capital monopolista llena las filas del fascismo. Los elementos que el movimiento fascista atrae desde los círculos de la clase obrera esperan y obtienen ventajas que en cualquier caso son inmediatas, aunque puedan ser pequeñas. Esos elementos no se vinculan a ningún movimiento por motivos ideológicos que sobrepasan con mucho sus posibilidades. Que las ventajas sean de carácter meramente temporal no preocupa a esos elementos que, por supuesto, viven permanentemente «al día». Reprocharles con la acusación de traición a su clase es simplemente atribuirles la posibilidad de una conciencia y un conjunto de convicciones, lo cual es un lujo que su propia forma de vida excluye. Ellos actúan por sus intereses más próximos y, a ese respecto, incluso la gran mayoría de los trabajadores acepta a la larga el movimiento fascista, pasiva o activamente, para no perjudicarse a sí mismos. Quién pasa primero y quién después al campo del enemigo de clase depende del grado de empobrecimiento de cada uno. Aparte de todo esto, la investigación de las ciencias sociales en casi todos los países muestra que el declive de las tendencias revolucionarias se asocia con el empobrecimiento de las masas. Esas conclusiones se basan exclusivamente en los últimos pocos años y por ello lo único que indican es que inicialmente el empobrecimiento se asocia con la regresión de las tendencias revolucionarias.

II

El concepto de lumpenproletariado no es de ninguna forma un concepto claramente delimitado. Los grupos comunistas a la izquierda del movimiento obrero oficial parlamentario y sindicalista han dado tal amplitud al concepto, que este se ha convertido prácticamente en un insulto para calificar a todos los elementos que en virtud de su situación de clase deberían naturalmente incluirse en el proletariado, pero que realizan algún tipo de servicio a la clase dominante. En esta concepción, el elemento lumpen no está integrado tanto por «la hez de la humanidad» como por «la flor y nata», es decir, por la burocracia del movimiento obrero. En esta extensión del concepto se refleja el odio dirigido contra los vendidos y conscientemente queda fuera de consideración que la traición es más el producto de todo el desarrollo histórico que del interés propio personal de los líderes corruptos.

Pero según la idea más extendida en el movimiento obrero, el término lumpenproletariado incluye los muchos elementos básicos de la sociedad actual que son arrojados a la lucha directamente en oposición a los trabajadores; por ejemplo guardias y vigilantes, provocadores, soplones, esquirols, etc. Sin embargo, para el movimiento obrero reformista que lucha por alcanzar el poder en la sociedad actual estos elementos pierden su carácter de lumpenproletariado tan pronto como la burocracia reformista consigue una participación en el gobierno. Los guardias se convierten entonces en «compañeros de uniforme»; los agentes de la policía secreta, en dignos ciudadanos que protegen al país de la amenazante anarquía; y los esquirols, en «trabajadores técnicos de emergencia». Un cambio de gobierno es suficiente para borrar de estos elementos el estigma de lumpen.

Los matones y represores de la sociedad existente o de cualquier otra sociedad de clases antagónicas no pueden ser incluidos propiamente en el concepto de lumpenproletariado, ya que resultan completamente necesarios en la práctica social. Esto no es aplicable a los esquirols, pero incluso a estos habría que excluirlos del lumpen ya que, como decía Jack London, «con raras excepciones, todo el mundo es un esquirol». De hecho, al esquirol solo se le puede reprochar desde el punto de vista de un orden social que aún no existe. De momento actúa en completo acuerdo con la práctica social, que a pesar de haber convertido la producción en un proceso intensamente social, no permite otra regla de conducta que la búsqueda del interés privado. El esquirol todavía no ha comprendido ni experimentado suficientemente en la práctica que son precisamente sus necesidades individuales las que habrían de moverle a la acción colectiva. Todavía no está suficientemente desilusionado por la improductividad de los esfuerzos destinados a hacerse un lugar partiendo de los fundamentos de la sociedad presente. Espera asegurarse

prebendas a partir de su mejor adaptación a la práctica social y solamente a partir de la inutilidad de sus esfuerzos podrá convencerse de que en realidad permanece al margen de tal sociedad, por mucho que se esfuerce en hacerle justicia. Por más que los trabajadores se vean forzados a luchar contra los esquirols, estos no pueden ser considerados lumpenproletariado.

Como las relaciones de producción capitalistas sirven para hacer avanzar el desarrollo general humano durante un cierto periodo histórico, estos «elementos básicos de la sociedad» pertenecientes a la clase obrera deben ser considerados elementos productivos, aún a pesar de su parasitismo y su hostilidad a los trabajadores. Si la capacidad productiva de la sociedad se multiplica a ritmo vertiginoso por las relaciones de mercado y competencia, los medios para salvaguardar y promover esas relaciones deben entenderse como instrumentos productivos. Y solo puede oponerse propiamente a esos medios quien se opone a la sociedad misma. La función de ambos grupos del proletariado, la directamente productiva y la indirectamente productiva, que garantiza la seguridad de la sociedad, difieren en la forma, pero en principio sirven a los mismos propósitos. El derrocamiento de la sociedad existente mostraría de una vez que el concepto de lumpenproletariado es aplicable solamente a los marginados de la sociedad que son aceptados por la nueva sociedad como sucesores de la vieja: los vagos y los delinquentes que aún siendo un producto de la actual sociedad que constantemente los niega y los usa, han de ser también combatidos en la nueva sociedad. Estos elementos no son otros que los habitualmente considerados como «hez de la humanidad»: vagabundos, «camellos», prostitutas, chulos, delatores, ladrones, estafadores, etc.

III

Cuando todavía podía negarse que el desempleo fuera un fenómeno social normal dado que las reactivaciones temporales ocultaban el hecho de que es inseparable del actual sistema, una gran parte de la criminología burguesa consideraba todas las actividades y tendencias delictivas en los estratos inferiores de la población como originadas primariamente por la vagancia. Esta actitud se veía reforzada incluso en los círculos obreros; los trabajadores organizados con unos ingresos relativamente regulares miraban con no poco desprecio a los pordioseros que vagaban por ciudades y carreteras. El origen de esa «vagancia», si es que este término puede servir realmente para explicar algo, no era motivo de preocupación para quienes juzgaban. El movimiento socialista, por supuesto, hacía responsable a la sociedad actual. Y sin embargo, cuando los propios socialistas tenían ocasión práctica de combatir estas tendencias, de lo único que sabían hacer uso era del código penal del derecho burgués.

La miseria, el lumprenproletariado y la delincuencia no son resultado de las crisis capitalistas. Esas crisis solo pueden explicar el gran aumento de estos fenómenos. El desempleo acompaña todo el desarrollo del capitalismo y es necesario en el actual sistema productivo a fin de mantener los salarios y las condiciones de trabajo en los bajos niveles que corresponden a lo que exige una economía generadora de ganancias. A pesar de que el desempleo por sí solo no explica la hegemonía del capital sobre los trabajadores, sí explica el reforzamiento de esa hegemonía. Independientemente del efecto providencial que tiene el ejército industrial de reserva sobre la tasa de ganancia obtenida por las diversas empresas, la misma existencia de ese ejército tiene su base en las leyes económicas que determinan el funcionamiento de la sociedad capitalista. La tendencia de la acumulación del capital a producir capital superfluo, por una parte, y exceso de población, por otra, se ha convertido en una dolorosa e innegable realidad. De esta manera hay que admitir, aunque sea a regañadientes, que el desempleo nunca podrá ser eliminado del todo. Así los esfuerzos se dirigen menos a combatirlo que a disminuir los peligros que implica para la sociedad. De ahí también las vigorosas discusiones sobre la reforma del sistema penal, que son un reflejo de los cambios habidos en el mercado laboral. Incluso H. L. Menken, en un número reciente de *Liberty* ha propuesto introducir en el sistema penal estadounidense prácticas como las de China, a saber, la eliminación física ilimitada de los delincuentes con o sin prueba de culpabilidad, una forma de justicia habitual en los países en los que existe sobrepoblación crónica. En Alemania se habla de introducir el castigo corporal que estuvo en boga durante la Edad Media, ya que las prisiones han dejado de ser instrumentos disuasorios y la fuerza de trabajo gratuita de los presos ya no puede utilizarse. La mayor miseria, que resulta de las crisis permanentes, y el desempleo a gran escala disminuye el miedo al castigo, ya que la vida en la cárcel no es mucho peor que la existencia fuera de ella. Los delincuentes cada vez son más, lo que empuja a una ulterior brutalización de los castigos y de ahí a la imposibilidad de reformar a los internos de las prisiones. Como ha dicho [George] Bernard Shaw, «cuando se llega a los estratos más pobres y más oprimidos de nuestra población se encuentran condiciones de vida tan miserables que resulta imposible administrar humanamente una prisión sin hacer la vida del delincuente menos mala que la de muchos ciudadanos libres. Si la prisión no es peor que los barrios bajos en cuanto a miseria humana, los barrios bajos se vaciarán y las prisiones se llenarán». De forma que el castigo legal no solo es bárbaro y se ve empujado a mayor barbaridad, sino que sus instituciones se convierten en semilleros de delincuencia, como prueban las estadísticas que muestran que la mayoría de quienes estuvieron en prisión vuelven otra vez a ser encarcelados.

De todas formas, la animalización de los seres humanos, fenómeno ligado al desarrollo de la sociedad capitalista y que tiene su expresión más

acabada en el crecimiento del lumpenproletariado, no solo se origina en el desempleo y en el empobrecimiento masivo que acompaña a aquel. Como decía Marx, la acumulación de riqueza en un polo no solo implica la miseria en el otro, sino también la acumulación de tedio, esclavitud, ignorancia, brutalización y degradación moral. Bajo las condiciones laborales del capitalismo, el trabajo se convierte en puro y simple trabajo forzado, independientemente de lo «libres» que puedan ser los trabajadores en otros aspectos. Incluso fuera del ámbito laboral, el trabajador no se pertenece a sí mismo, simplemente recupera su capacidad de trabajo para el día siguiente. Vive en libertad meramente para permanecer en condiciones de realizar trabajos forzados y así llega a deshumanizarse por completo, no tiene relación voluntaria alguna de ninguna clase con su trabajo y se cosifica convirtiéndose en mero apéndice del mecanismo productivo. Esperar que estos trabajadores, bajo tales condiciones, obtengan algún placer de su trabajo es completamente ilusorio. Lo que han de hacer es todo lo posible por salir de esas circunstancias a fin de afirmarse como seres humanos. A largo plazo, esas circunstancias acaban por animalizarlos.

Por medio del poder externo, los instrumentos coercitivos y la simple compulsión es imposible librarse del lumpenproletariado o inducir una disminución de la criminalidad. La cuestión es mantener o crear en los seres humanos la disposición psíquica para ocupar el puesto que les corresponde en la sociedad y su modo definitivo de vida y esto se vuelve cada vez más imposible. La falta de conciencia social y de adaptabilidad social por parte de los delincuentes es susceptible de otras explicaciones, además de la de la «vagancia». Por supuesto, hay multitud de teorías según las cuales los defectos físicos y mentales son las razones fundamentales para las acciones criminales de los seres humanos. Es innegable que los factores psicobiológicos deben tenerse en cuenta a la hora de comprender las inclinaciones criminales. Sin embargo resulta obvio que la teoría que tiene más que ofrecer a la comprensión de esta cuestión es la teoría política y socioeconómica. Los factores biológicos y psicológicos contribuyen a determinar las acciones conscientes e inconscientes de los seres humanos pero los efectos de esos factores resultan por completo modificados cuantitativa y cualitativamente por los procesos sociales. Los impulsos de los individuos están sujetos tanto a la situación socioeconómica como a la situación de la clase a la que pertenecen. En una sociedad que garantiza el mayor reconocimiento a los ricos y a los propietarios, los impulsos narcisistas, por ejemplo (como ha mostrado el psicólogo Erich Fromm) deben llevar a una enorme intensificación del deseo de posesión. Y si en el contexto de la actual sociedad esas tendencias no pueden satisfacerse por vías «normales», buscarán su satisfacción en la delincuencia. Incluso si esta aparece asociada con defectos físicos o psíquicos, estos mismos solo pueden entenderse en conexión

con la sociedad y con la situación de clases existente. La delincuencia, en su mayor parte dirigida contra las leyes de propiedad, solo es inteligible en el contexto de la totalidad del proceso social. Incluso los demás delitos están determinados si no directa, sí indirectamente, por la situación social y política. De ahí que solo puedan modificarse sustancialmente o ser totalmente eliminados mediante el cambio de la sociedad en la que ocurren.

No hay mejor prueba concreta de la importancia del factor económico para explicar la delincuencia que su enorme incremento en épocas de crisis económica. Como consecuencia de las depresiones, los más débiles mental y corporalmente entre los pobres se ven arrojados al camino de la delincuencia. De hecho, muchas veces no les queda otra posibilidad. Que el factor socioeconómico resulta aquí esencial se observa bien claramente, por ejemplo, al observar que los abusos sexuales infantiles en las familias de desempleados son mucho más frecuentes que en las familias con una vida económica estable. ¿Cómo intentar explicar la decadencia de la familia —en la sociedad actual otro de los factores de incremento de la delincuencia— a partir de factores biológicos y psicológicos? ¿Y el aumento rápido de la prostitución durante las crisis? En EEUU, en investigaciones sobre la influencia del medio en la delincuencia, se ha visto que la mayor parte de los convictos procede de los barrios marginales de las ciudades y de familias que viven «al día». La investigación ha revelado también que la mayor parte de los delitos que se cometen son delitos contra la propiedad y que la mayoría de los delincuentes son «de inteligencia normal». Los jóvenes que hoy vagabundean sin rumbo y sin objetivo por las carreteras de los distintos estados del país están en condiciones ideales para deslizarse hacia el lumpenproletariado y convertirse permanentemente en parte del mismo. No tienen oportunidades, y en su amargura están resueltos a proporcionarse satisfacciones vitales por los medios que sea, es decir, por los medios delictivos que todavía constituyen una posibilidad abierta. «Ya nos cogemos lo nuestro», se aseguran a sí mismos. Y sus héroes no son los héroes respetables de la sociedad actual, sino los Dillinger de este mundo.¹ Jack London caracterizó una vez a los vagabundos como trabajadores desmoralizados, pero la mayor parte de estos jóvenes nunca han trabajado. Su desmoralización es previa a su entrada al mundo laboral y cuanto más permanecen sin empleo más pierden la capacidad de adaptarse al ritmo de la vida social.

Como ya comprendió William Petty hace mucho tiempo, «es mejor para la sociedad quemar el trabajo de mil personas que permitir que esas mil personas pierdan su capacidad de trabajo por mera inactividad». Pero no solo desde el punto de vista de las ganancias sino también desde el punto de vista de la seguridad de la sociedad, el sistema actual se devora a sí mismo

¹ John Dillinger (1902-1934) fue un convicto que se hizo famoso en EEUU por sus asaltos a bancos y fugas espectaculares, hasta su muerte en una trampa tendida por el FBI. [N. del T.]

cuando, incluso contra su voluntad, niega a los trabajadores la posibilidad de mantenerse ocupados. Solo a través de la venta de su fuerza de trabajo pueden los trabajadores permanecer vivos como tales. Toda su vida depende de las volubles oscilaciones del mercado de trabajo. Librarse de la compulsión y de las posibilidades del mercado solo es posible en caso de que salgan de las mismas filas de la clase trabajadora. A quien falla en el salto a la clase media —una posibilidad que fue siempre excepcional y que hoy es prácticamente inexistente— no le queda otra que la integración en el lumpenproletariado, opción que solo en casos contados se elige voluntariamente, pero que resulta inevitable para segmentos cada vez mayores de la clase obrera. Pues aunque hubiera voluntad de hacerlo, no es factible dar a los desempleados condiciones de vida dignas de seres humanos, como tampoco lo es darlas a los delinquentes —ya que entonces la presión para trabajar perdería gran parte de su fuerza y aumentaría el poder de los trabajadores para resistir en la lucha salarial—, incluso los trabajadores que reciben asistencia social se ven a menudo empujados a mejorar sus limitados medios de subsistencia mediante la delincuencia. De todas formas, incluso en países con seguro de desempleo una proporción mayor o menor de los trabajadores permanece excluida de esa compensación y esta parte no puede librarse, incluso con la mayor moderación, de caer en el lumpenproletariado.

Cualquiera que resulta marginado del proceso de trabajo pierde también la capacidad y la posibilidad de trabajar de nuevo. Considérese por ejemplo el caso de alguien que haya estado desempleado tres o cuatro años. Para esa persona resulta indeciblemente difícil ocupar de nuevo su puesto en la vida económica. Dada la creciente racionalización del proceso productivo, no solo psicológica sino físicamente será difícil que pueda resistir las mayores demandas de rendimiento. Por esa razón los empresarios casi siempre rechazan contratar a trabajadores que han estado desempleados varios años, hacia los cuales tienen una actitud muy escéptica, algo a lo que contribuye también el aspecto miserable y desaliñado del solicitante. Una vez alcanzado cierto nivel de miseria, no hay posible vuelta a la rutina del trabajo diario. Entonces solo queda la posibilidad de subnutrirse mediante la mendicidad y el lento deterioro en las calles de las grandes ciudades. Solo queda la embriaguez para conseguir el olvido del sinsentido de la propia existencia; o el salto a las filas del submundo, lo que inevitablemente lleva a la prisión y a la muerte violenta.

IV

Si el empobrecimiento que tiene lugar entre las masas en el curso del desarrollo capitalista fuera uniforme y afectara al conjunto de la clase obrera de manera uniforme, el resultado sería equivalente a la concienciación

revolucionaria de las masas. Los «lumpenproletarios» serían tantos que la existencia del lumpenproletariado resultaría imposible. Las actividades lumpen de los individuos solo podrían expresarse de forma colectiva. La existencia individual parasitaria o la expropiación individual se eliminarían por sí mismas, ya que no es posible que una mayoría viva de gorra o del robo sin quebrar por completo las bases mismas de la sociedad. Que el lumpenproletariado solo sea posible como minoría es muestra también de su carácter trágico. Como resultado de esa existencia minoritaria para los lumpenproletarios solo queda vivir del cuento o de la delincuencia. En países en guerra, por ejemplo, donde incluso a pesar de la diversidad de ingresos la escasez cada vez mayor de comida produce un nivel de vida más o menos uniforme entre las grandes masas de la población, es más probable que se produzca una situación revolucionaria que en tiempos y situaciones en los que el empobrecimiento tiene lugar por etapas y mediante saltos bruscos. En tanto que el lumpenproletariado surge no solo indirecta sino también directamente de las relaciones existentes, el factor predominante en cuanto al empobrecimiento ha de asignarse a las leyes ciegas que lo hacen surgir. El lumpenproletariado tomó forma por el empobrecimiento inicialmente asociado a la expansión del sistema económico y el fin de esa expansión lo condena a permanecer como minoría, aunque pueda ser una minoría creciente, durante mucho tiempo. Como la fase de auge social es muy rápida y la de declinación es muy lenta, una parte de la población trabajadora resulta expuesta a consideraciones de inmisericordia a las que solo puede responder de forma lumpen y a las que debe someterse. Estas son las primeras «víctimas» de un lento proceso de derrocamiento social que de entrada no empuja a los individuos a transformarse en revolucionarios, sino más bien en fuerzas principalmente negativas. En lugar de soluciones revolucionarias las salidas que aparecen como posibles son individuales y necesariamente antisociales. De forma que el lumpenproletariado puede liberarse a sí mismo de su situación solo mediante su crecimiento, que es al mismo tiempo un indicio del proceso de avance revolucionario que se difunde en la sociedad. La forma de vida del lumpenproletariado ha de convertirse en modo de vida de una parte de la humanidad tan grande que no haya posibilidad para el individuo de mantener ningún tipo de vida, ni siquiera en el lumpenproletariado.

Como ya se dijo, la apariencia superficial parece desmentir la teoría del empobrecimiento. Considerando simplemente la actitud psicológica de los desempleados, por no hablar ya del lumpen, produce horror la penuria espiritual de estos elementos (a menos que el observador se autoengañe, lo que a menudo parece considerarse adecuado, a efectos de agitación). Liberados de la fatiga embrutecedora, resultan todavía más incapaces que antes de desarrollar una conciencia revolucionaria. Sus conversaciones

versan sobre los temas más triviales —sucesos y deportes— y no tienen relación alguna con su situación actual. Se apartan casi con temor del reconocimiento de esa situación y de sus consecuencias políticas.

El efecto que tiene el empobrecimiento sobre los desempleados puede dividirse en grados. Un pequeño porcentaje no se viene abajo ante la nueva situación. Todavía no han estado apartados del trabajo suficiente tiempo o resultan protegidos del hundimiento por algunos ahorros. Se alzan sobre sí mismos una y otra vez, se empeñan en encontrar trabajo y todavía tienen esperanzas en el futuro del que esperan una mejora en su situación. La intensidad con la que se esfuerzan en no hundirse excluye a este grupo, más o menos totalmente, de la actividad política. Más que antes, se ven obligados a dedicarse a sus más estrechos intereses, no tienen posibilidades de dedicar sus energías a varios campos simultáneamente. Sin embargo, la gran masa de los desempleados —que como consecuencia del tiempo que han estado sin trabajo han dejado el primer nivel mencionado— vive en el más profundo estado de resignación y falta de energía. No esperan nada de la vida. Ni la fantasía misma les permite tener esperanzas. Nada suscita su interés, ni son capaces de implicarse en nada. Han dejado a un lado las características de la humanidad viviente, vegetan y son conscientes de que poco a poco se están hundiendo. De esa enorme masa gris surge el pequeño porcentaje de los completamente desesperados que se integran en el lumpen o en poco tiempo desaparecen de la vida. La desesperación y la amargura limitan con la locura y las víctimas o se arrastran o se enzarzan en furiosas peleas como animales aterrorizados. Tan pronto como la sociedad se libra de ellos, sus vacantes son ocupadas por elementos procedentes de la masa gris de los resignados que a su vez son reemplazados por los procedentes de los aún íntegros.

Independientemente de lo que pueda decirse de la teoría del empobrecimiento, todos los argumentos se vienen abajo ante el empobrecimiento que actualmente está teniendo lugar y al que no se puede poner freno en el contexto de la sociedad actual. Si la teoría del empobrecimiento es falsa, también la revolución es improbable. Sin embargo, todavía es mucho más probable que el empobrecimiento haya permanecido, hasta ahora, sin consecuencias revolucionarias visibles solo porque siempre afectó a minorías. Una gran masa de empobrecidos por mera razón de su magnitud debe convertirse en una fuerza revolucionaria. Y esto, la abolición del proletariado como tal, es al mismo tiempo el fin del lumpenproletariado, a pesar de que no sea una desaparición inmediata. Solo el terreno para su desarrollo resulta eliminado. La ideología lumpen que surge como resultado del modo de vida lumpen todavía se manifestará durante mucho tiempo como una de las herencias indeseables del proletariado, hasta que las nuevas relaciones hayan cambiado la humanidad

suficientemente como para que las tradiciones ideológicas solo se hallen en los libros de historia y no en las cabezas de los seres humanos.

Por todo ello hay que afirmar que el empobrecimiento es una condición previa para el derrocamiento revolucionario y al mismo tiempo hay que combatir en la práctica ese empobrecimiento. Esto no es contradictorio, ya que precisamente por intentar dentro del marco del capitalismo disminuir el empobrecimiento realmente este se incrementa. Pero entrar en esta paradoja nos llevaría al campo de la economía. Dejémoslo pues simplemente en la afirmación de que en el lumpenproletariado los trabajadores solo pueden ver la cara de su propio futuro, a menos que sus esfuerzos por cambiar las relaciones de producción existentes procedan a mayor ritmo. Solo la estrechez de miras de la pequeña burguesía puede señalar con desprecio al lumpenproletariado. Para los mismos trabajadores, «la hez de la humanidad» es solo la otra cara de la moneda que suele admirarse como civilización capitalista. Solo el final de esta traerá consigo el final de aquella.

VIII LA GRAN DEPRESIÓN Y EL NEW DEAL (1977)*

PESE A QUE TODAS LAS CRISIS capitalistas son básicamente iguales, cada una varía respecto de las demás en su comienzo, su duración, profundidad, así como en las reacciones que provoca. La cambiante estructura del capital explica estas variaciones entre una y otra crisis. En tanto el capitalismo se compone de numerosas naciones que con configuraciones dispares operan a una escala global, las crisis internacionales afectan a los diferentes países de maneras diversas. La crisis económica de 1929 difiere de todas las crisis previas no solo en su mayor impacto a escala económica mundial sino también en las repercusiones políticas y los efectos que adquirió en el desarrollo del capitalismo. Todavía resulta necesario referirse a las similitudes y diferencias, así como a las razones abstractas y concretas en la aparición de cualquier crisis particular, aun cuando todas las crisis tienen lugar bajo el sistema capitalista.

La crisis de 1929 supuso una gran sorpresa para los estadounidenses. Pero esto solo ocurrió porque todas las crisis previas habían sido olvidadas o eran referidas como ocurridas en un pasado irrevocable. También porque la falta de una teoría general del desarrollo capitalista impide reconocer en la crisis un mecanismo «regulador» básico de la economía capitalista. Bien es cierto que existían teorías de los ciclos económicos¹ basadas en evidencias empíricas. En cualquier caso, se trataba más bien de trabajos descriptivos, no de naturaleza explicativa, siendo por lo general considerados como aberraciones que no afectaban al estatuto de la teoría económica estándar, que no era otra que la teoría de la autorregulación del mercado. En cualquier caso, las discusiones más relevantes estaban estrictamente circunscritas por su carácter académico y no fueron capaces de reflejar una conciencia más amplia acerca de las contradicciones inherentes a la producción capitalista. Tanto más cuanto que, por principio, pero también por falta de los

* Publicado como capítulo 6 de Paul Mattick, *Economics, Politics and The Age of Inflation*, Londres, Merlin Press, 1977. Traducido para este volumen por Pablo Oliveros Gregorio.

¹ Por ejemplo, T. Veble, *The Theory of Business Enterprise*, 1904 [ed. cast.: *Teoría de la empresa de negocios* Granada, Comares, 2009] y Wesley C. Mitchell, *Business Cycles*, 1927 [ed. cast.: *Los ciclos económicos*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1944].

datos necesarios, no existe una vía para predecir el comienzo de las crisis que convierten un periodo de prosperidad y bonanza en uno de depresión económica. Todas las medidas capitalistas son siempre simples reacciones a lógicas ciegas, a cambios incontrolables en las relaciones socioeconómicas que guían el sistema capitalista, afectando a este de manera positiva o negativa. Pero aunque la llegada de la crisis es impredecible, ciertos fenómenos del mercado son indicativos de su posible aparición.

La prosperidad capitalista depende de la expansión del capital. Debido a que la producción de ganancia es dependiente de esta expansión, resulta obvio que, para poder emplear al mismo número o una cantidad superior de trabajadores, la producción social total requiere de un proceso de acumulación de capital. Solo una parte del producto social total recae en la clase obrera; otra parte atiende las necesidades de consumo y los requisitos de acumulación impuestos por la competencia de los capitalistas o corporaciones capitalistas. Cuando una parte del producto social destinado a la acumulación es reinvertido en capital adicional, presuponiendo su rentabilidad, hablamos de la existencia de un estado de prosperidad, donde hay una cantidad mínima de desempleo y una utilización máxima de los medios de producción. En resumen, la prosperidad depende de la tasa de acumulación, la cual a su vez depende de la rentabilidad del capital. En todo caso, este último fenómeno no solo está determinado por la tasa de explotación sino también por la masa de ganancia en relación con las necesidades expansivas del capital acumulado hasta entonces. Una misma e incluso superior tasa de explotación puede no ser suficiente para sostener la masa de ganancia necesaria para una expansión mayor del capital. Que se detengan o se reduzcan las inversiones es el motivo del inicio de las crisis y de la depresión económica.

No hay necesidad aquí de insistir más en esta cuestión, ya que todos los que tratan este asunto coinciden en señalar la necesidad de que se produzcan inversiones de capital para poder superar las depresiones económicas o al menos asegurar cierto nivel de prosperidad. Cualquiera que sea la teoría particular de la depresión económica elegida, ya sea en términos de sobreproducción, infraconsumo o desproporciones del mercado, todas reconocen la necesidad del restablecimiento de la expansión de capital como condición previa para un desarrollo económico normal y para la estabilidad social. En la práctica y en cualquier caso, todas las reacciones capitalistas a la situación de crisis provienen de la preocupación de restaurar la rentabilidad perdida.

Aunque no se reconozca como tal, la crisis de 1929 fue en realidad una continuación de los problemas económicos no resueltos previos a la Primera Guerra Mundial. Por decirlo así, esta crisis fue soslayada por medio de la guerra, aunque la guerra misma era la expresión política de la crisis.

La rápida industrialización y la formación de capital de las potencias centroeuropeas las llevó a exigir una parte mayor de la explotación mundial, mientras que las viejas naciones capitalistas únicamente podían defender su posición de privilegio mediante su continua expansión, y ello a costa de las necesidades de capital de otros países. Desde el momento en el que la guerra se libró por el reparto de la explotación mundial, esto provocó que todas las naciones del mundo se vieran envueltas, de manera directa o indirecta, en el conflicto. Y en la medida que el conflicto terminó con la derrota de las potencias centrales, debido a la reorganización internacional del poder, Estados Unidos emergió como el principal país capitalista.

Esta reorganización afectó negativamente a todos los países europeos hasta un nivel nunca visto antes. Para EEUU, en cambio, la producción bélica supuso un importantísimo empuje a la expansión capitalista, justificando plenamente lo que el presidente Wilson expresó en 1916, cuando señaló a sus queridos ciudadanos que los Estados Unidos «deben desempeñar un papel principal en el mundo, lo queramos o no. Debemos financiar el mundo en un alto grado y aquellos que financian el mundo deben entender este hecho, gobernando el mundo con la fuerza de sus espíritus y mentes».² El eclipse temporal de la competitividad europea permitió a EEUU meter el pie en la puerta y, apoyados en la anárquica condición de una Europa devastada por la guerra, asegurar su nueva posición dominante. EEUU se transformó de nación deudora en nación acreedora, modificando en su ascenso al poder económico todas las relaciones internacionales.

La prosperidad americana de posguerra estuvo basada en un aparato productivo construido para apoyar un esfuerzo bélico mundial. El impulso que aportó la expansión acelerada del capital tuvo suficiente capacidad para proseguir más allá de las condiciones que la habían causado. Sin embargo, al final también EEUU sucumbió a la realidad de posguerra y su expansión se detuvo en 1929, para no volver a reanudarse a un nivel significativo hasta después de la Segunda Guerra Mundial. La Gran Depresión tuvo su «comienzo» en Estados Unidos por la única razón de que en otros países la depresión de posguerra nunca terminó. Sin embargo, el colapso estadounidense condujo al resto de las naciones a un declive todavía más profundo, con unas relaciones de comercio tan desorganizadas que estuvieron a punto de desaparecer. No había beneficio en una mayor expansión, y no había forma de organizar la estructura económica mundial de acuerdo con los requisitos de beneficio para una reanudación general del proceso de acumulación.

Hasta 1929 los periodos de depresión económica fueron de naturaleza deflacionaria, esto es, se dejaba que las «leyes del mercado» siguieran su

² W. Wilson, *W. Wilson Papers*, vol. 4, p. 229.

curso, con la expectativa de que tarde o temprano los mecanismos de la oferta y la demanda servirían para recuperar el equilibrio perdido, restableciendo a su vez la rentabilidad del capital y asegurando su ulterior desarrollo. La economía bélica fue, sin embargo, un proceso inflacionista, ya que el creciente endeudamiento de los gobiernos ejerció su presión sobre la rentabilidad del capital. El aumento de la producción fue destinado al «consumo público», destruyendo a su paso hombres, materiales y maquinaria, además de retrasar la producción de medios de producción rentables necesarios para la expansión del capital.

En una depresión «puramente» económica, los procesos deflacionarios, a través de las quiebras y bajadas de precios, solo destruyen valores de mercado sin afectar de manera seria a su contraparte física, los medios de producción. El cambio en las relaciones de producción, o lo que es lo mismo, el cambio en la distribución del beneficio socialmente disponible entre las firmas capitalistas, sirve con el tiempo para proveer a las empresas supervivientes de una mayor tasa de beneficios e incentivos para llevar a cabo nuevas inversiones. La concentración de capital y el proceso de centralización desplaza una gran masa de ganancias bajo control de unos pocos capitalistas, mejorando de esta manera sus posibilidades de reanudar la expansión capitalista sobre la base de una nueva estructura de capital que permita un incremento de la productividad del trabajo y una acumulación que resulte rentable. La destrucción de valores de mercado durante un periodo de depresión económica normal es únicamente una condición previa para un nuevo *boom* económico, que es como decir que los procesos deflacionarios son requisitos indispensables para el desarrollo del capital.

No obstante, la economía bélica es inflacionista. Los valores de mercado se apoyan en la deuda pública. La depresión de posguerra de las economías europeas estuvo caracterizada por una inflación monetaria que pretendía eliminar la deuda pública y cambiar la distribución del producto social a favor del lado del capital. Las medidas inflacionistas variaron de un país a otro, de acuerdo con el estado de salud de la economía y sus políticas monetarias. Los países más ricos intentaron, en un primer momento, restaurar el patrón oro internacional, el cual fue suspendido durante la guerra, para así poder mantener o mejorar sus posiciones previas al conflicto bélico en los mercados internacionales de crédito e inversión. Sin embargo, la recuperación de las economías europeas se produjo de forma demasiado lenta como para alcanzar la estabilidad social y los niveles de actividad económica necesarios para que se llevase a cabo otro periodo de expansión económica general. En contraste con el escenario europeo, y tras una breve crisis en 1921, la economía estadounidense prosperó a un nivel nunca conocido hasta entonces. Los precios permanecieron estables, los beneficios se incrementaron, la fuerza de trabajo se expandió y nuevos

inventos tales como los automóviles, teléfonos, radios, refrigeradores, etc., encontraron nuevos mercados donde comercializarse.

Sin embargo, por razones tanto internas como externas, los niveles de prosperidad de EEUU no podían durar. Aunque la dependencia de Estados Unidos del comercio exterior era menor que la de los otros países capitalistas, no obstante, existe, ya que la expansión de capital implica una ampliación de los mercados a través de la exportación de capitales y mercancías. Esto, por supuesto, presupone la capacidad de otros países para adquirir bienes estadounidenses, así como su propia habilidad para colocar sus propios bienes en el mercado nacional de EEUU. La guerra, así como el estancamiento de la economía europea, habían provocado sin embargo una desintegración del comercio exterior, el cual se veía obstaculizado por medidas proteccionistas e importantes diferencias en la productividad laboral. Aunque esto no era inmediatamente perceptible, la deriva en la que se encontraban las economías europeas acabaría por afectar a la prosperidad estadounidense, ya que, al igual que cada crisis importante que surge en algún lugar se extiende por todo el mundo, un estado de prosperidad no se puede mantener aislado del resto del mundo.

Si supusiéramos que el capitalismo es un sistema cerrado, este alcanzaría su límite en ese punto de desarrollo en el que el número de trabajadores y su productividad, determinados por la acumulación de capital, no generarían ganancias lo suficientemente grandes como para su posterior expansión. En dicho estadio, la acumulación, y con ello el propio sistema, se detendrían. El hecho de que la acumulación continúe en el mundo capitalista existente nos muestra que estos límites abstractos no han sido todavía alcanzados, mientras que las crisis recurrentes son indicativas de la existencia de estos límites, los cuales hacen su aparición cuando se interrumpe el proceso de expansión. La cuestión sobre el estado de la economía radica entonces en la capacidad de saber ajustar la rentabilidad del capital a sus necesidades de expansión. En la medida en que estos ajustes puedan realizarse en la esfera de la producción, a través de las relaciones de mercado, es posible, aunque no seguro, superar las barreras inmanentes a la producción de capital. En lo que respecta a la prosperidad estadounidense que precedió al *crash* de 1929, la emergente disputa entre la tasa de explotación del trabajo y la tasa de expansión necesaria de manera objetiva para poder sostener las condiciones de prosperidad general adquiere el rasgo de estar cada vez más basada en la especulación, así como en el enorme crecimiento que experimentó el sistema de crédito.

La prosperidad estadounidense estaba cada vez más basada en ganancias ficticias y un capital ficticio que había sido «creado» en el mercado de acciones, pero que no encontraba un equivalente en valores de capital y ganancias reales. Hasta cierto punto, estos valores ficticios y su continua

expansión funcionaron de la misma manera, como un impulso para un mayor aumento de la producción, aunque este aumento no se basó en las ganancias reales sino en las esperadas, que podrían o no realizarse. El incremento en la producción aceleró, en cambio, la fiebre especulativa sostenida por el acceso al crédito bancario. Debido a que desde un punto de vista capitalista resulta bastante indiferente el uso particular para el que son concedidos los créditos, estos se otorgan allí donde este resulta más lucrativo. La expansión del crédito es, no obstante, un indicador de la escasez de capital desde el cual poder mantener el ritmo de la expansión capitalista. Si bien el crédito es incapaz de crear nada por sí mismo, puede servir para prolongar o alcanzar un nivel de producción que hubiese sido mucho más pequeño sin la utilización del mismo. Esta es la razón por la que toda crisis del capitalismo viene precedida por un incremento extraordinario del uso del crédito, como forma de forzar la expansión del nivel de productividad con el objetivo de poder mantener una determinada tasa de ganancia. Ante el advenimiento de una crisis, la creciente concesión de crédito resulta también fundamental para comprender la rapidez que alcanza el derrumbe de la economía, una vez que la producción no alcanza el nivel de beneficios proporcional a la masa de capital inflada a través del crédito. En cualquier caso, los beneficios solo pueden obtenerse a través de la producción. Si estos no son suficientes en relación con el capital existente, bien sea en su forma ficticia o real, no se puede hacer frente al pago de los créditos y una parte del capital deja de ser considerado como capital real.

Pese a que la depresión económica se inició con el *crash* del mercado bursátil de 1929, esta no fue resultado de la especulación o de una política monetaria que promoviera la concesión de crédito con fines especulativos. Ambos hechos sucedieron junto con un debilitamiento de la tasa de inversión, debido a la disminución de las ganancias en relación con el capital empleado. Fue más bien esta situación, el relativo estancamiento del capital productivo, lo que condujo al auge de la especulación, que solo pudo aumentar la discrepancia general entre la rentabilidad y las necesidades expansivas de la economía. Incluso sin la expansión artificial del mercado bursátil, el periodo de bonanza estaba condenado a tocar a su fin, aunque esto quizá podría haber ocurrido en otro momento, con un impacto menor y generando consecuencias menos desastrosas que aquellas que se desencadenaron con el colapso del mercado bursátil y la desintegración del sistema bancario.

Sin embargo, se culpó al mercado bursátil de la crisis, es decir, a la inexplicable pérdida de valor ante el primer declive serio del auge de las ventas, que redujo o eliminó no solo la parte inflada de los valores bursátiles, sino también una parte «justificada» del valor de mercado. Al considerar las razones de la crisis como un hecho psicológico, con el propósito de frenar la caída del precio de las acciones, resultó preciso restaurar la confianza

en la viabilidad y desarrollo del sistema. Pero desde el momento en que la confianza no pudo sustituir al dinero, los capitalistas trataron ante todo de salvaguardar en la medida de lo posible el valor monetario de sus acciones, vendiéndolas a cualquier precio que los compradores estuvieran dispuestos a asumir. En un corto periodo de tiempo, el mercado de valores se redujo a la mitad del tamaño que había alcanzado en 1929, llevando a la bancarota a muchas empresas e instituciones financieras. Los bancos comenzaron también a quebrar, ya que los préstamos que habían concedido habían servido a fines especulativos antes que a inversiones productivas. Estas quiebras bancarias dieron lugar a escenas dantescas de avalanchas de particulares dirigiéndose a las sucursales guiados por el pánico y la necesidad.

El aparato productivo de la nación no se vio afectado por lo sucedido en su estructura financiera. La reducción del valor de mercado del capital, tal y como este se registraba en el mercado de valores, debía haber mejorado la rentabilidad de la producción industrial, ya que ahora podía relacionarse con una masa de capital disminuida. No obstante, el hecho de que la producción se redujera incluso en mayor medida, demostró que la causa de la crisis no se encontraba en el auge especulativo sino que era el resultado de un declive ya existente de la economía. Esto se mostró de la forma más drástica en la agricultura, donde los precios cayeron a la mitad de su valor máximo durante la guerra, para no subir en toda la década de 1920. Durante este mismo periodo, los trabajadores industriales fueron incapaces de conocer lo que en aquel momento se consideraba el salario mínimo anual, situado en dos mil dólares. Si bien la demanda de trabajo aumentaba, no lo hacía a un ritmo suficientemente rápido como para compensar el descenso de la tasa de expansión del capital, la cual, debido al aumento de la productividad del trabajo, llevó a un incremento de la producción de alrededor del 40 %. Estas mercancías estaban además destinadas principalmente a ser bienes de consumo, cuya finalidad no era la expansión productiva del capital. Que la tasa de crecimiento siguiera siendo considerada la propia de un país próspero se sostenía precisamente sobre la base de la congelación de los salarios y la caída de los precios agrícolas, lo que impulsó la rentabilidad del capital industrial y restringió la prosperidad a una minoría privilegiada. De acuerdo con las estimaciones de la Brookings Institution «durante el boom de 1929, el 78 % de las familias americanas obtuvieron unos ingresos anuales por debajo de los 3.000 dólares. En ese mismo segmento, un 40 % obtuvo ingresos por debajo de los 1.500 dólares. Solo un 2,3 % de la población pudo disfrutar de ingresos por encima de los 10.000 dólares. Las sesenta mil familias más ricas de Estados Unidos, ubicadas en los tramos más altos de patrimonio, concentraban la misma cantidad de ahorros que los 25 millones de familias más desfavorecidas».³

³ Citado por R. Golston, *The Great Depression*, Indianápolis, Bobbs-Merrill, 1968, p. 24.

Desde el punto de vista burgués, toda la producción aparece destinada al consumo, por lo que son los consumidores quienes terminan por determinar la primera. Pero en realidad la producción está determinada por su rentabilidad. El objetivo que persigue la producción es convertir una determinada cantidad de capital en una cantidad mayor y esto solo puede hacerse mediante el consumo. Si el consumo fuera el elemento racionalizador de la producción, no existiría acumulación de capital. Debe haber una expansión del aparato productivo como condición previa para la expansión del consumo, pero no para la acumulación de capital como capital. No importa lo que produzca una empresa o corporación capitalista, siempre buscará la mayor diferencia entre sus costes de producción y los precios de venta de sus mercancías. En el plano social esto siempre implica que existe un excedente productivo que no es introducido en la esfera del consumo, sino que adopta la forma de capital adicional, a menos que aparezca como capital monetario ocioso. Sin embargo, en esta última forma solo puede comprender una fracción de la totalidad del capital inactivo, que se ve incrementado por fuerzas productivas que permanecen inactivas, inventarios invendibles y una superabundancia general de mercancías en el mercado. Con la producción congelada en su forma mercancía, sin capacidad de transformarse en su forma dinero, las crisis capitalistas también se manifiestan como interrupciones del proceso de circulación y como escasez de dinero. En otras palabras, el dinero que permanece ocioso porque no encuentra colocación rentable, pasa a primer plano como una falta general de dinero y una demanda efectiva decreciente. Y es que pese a que parezca que la crisis está causada por la sobreproducción y sus consecuencias en forma de una demanda insuficiente, estas son únicamente manifestaciones mercantiles de la interrupción que ha sufrido el proceso de acumulación.

En esta situación, no basta con aumentar la producción de bienes de consumo, tal y como sucedió en el periodo de prosperidad estadounidense de posguerra, sino que la mayor parte de la producción debe ir acompañada por la correspondiente ampliación del aparato productivo, que es la forma en la que se materializa la expansión capitalista. Desde el momento mismo en que este fenómeno merma la rentabilidad del capital, al reducir la tasa de acumulación capitalista, el incremento de bienes de consumo puede ser una consecuencia de la acumulación, pero jamás su origen. Fue así el auge de los bienes de consumo duraderos, en condiciones de relativo estancamiento del capital, lo que resultó en una de las contradicciones de la prosperidad. Desde luego, esto no era una cuestión de política económica sino una expresión de la situación de bloqueo en la que se encontraban las posibilidades de inversión, debido a las precarias condiciones existentes a escala de la economía mundial. La tasa de crecimiento capitalista depende del volumen de la masa de beneficios

disponibles después de que las necesidades de consumo social hayan tenido lugar. Cuanto menos se consume, más se acumulará y viceversa. Pero en el mundo a gran escala, la producción apenas alcanzaba para asegurar los requisitos de consumo necesarios y, en consecuencia, las tasas de beneficio eran bajas. Fue la baja tasa de ganancia lo que impidió la exportación de capital estadounidense en la forma de inversiones directas en el extranjero. Las exportaciones de capital comenzaron a tomar la forma de pequeños préstamos, los cuales no podían transformarse en inversiones importantes a largo plazo. De hecho una gran parte de esos pequeños créditos fueron devueltos a EEUU mediante reparaciones de guerra y de pago de la deuda por parte de los aliados. Si bien EEUU financió la reparación de Alemania, esta última financió a su vez las deudas que los aliados de guerra contrajeron con Estados Unidos. Este flujo circular de dinero no pudo promover un auge general y llegó a su fin antes de que el estancamiento del capital se convirtiera en la Gran Depresión.

En este contexto, cabe observar que EEUU fue incapaz de llevar a cabo una expansión del capital, ya fuera interna o externa. De todos modos, durante la guerra como después de esta, se habían hecho grandes cantidades de dinero, tanto como para permitir un auge de las compras capaz de sugerir una verdadera prosperidad, aunque no se basara en la expansión del capital. Pero esto solo podía ser un hecho temporal, no solo porque se basaba en gran medida en el crédito, sino también porque las ganancias no se incrementaron pese al incremento de la actividad económica. Fue un periodo que a menudo se ha llamado en retrospectiva una «prosperidad sin ganancias», en tanto no ofrecía ningún incentivo a nuevas inversiones capitalistas. Durante todo este periodo, no solo el aparato productivo fue capaz de acomodar toda la demanda imperante, sino que nunca fue utilizado en su totalidad. La producción no era superior a la demanda de bienes de consumo, lo cual resultaba injustificable desde una óptica capitalista. No existía sobreproducción por el simple hecho de que la producción había sido constreñida a la demanda del mercado existente, que no incluía suficiente demanda de nuevas plantas y equipos.

A nivel social, esto significaba que el capital estancado no aportaba su parte correspondiente a la hora de generar las ganancias necesarias, por lo que no se podían producir nuevos procesos de expansión y crecimiento, reduciendo la tasa general de ganancia del capital total. Relanzar la tasa de ganancia, como condición previa para que se produzca una ampliación de capital, requiere una reestructuración de la totalidad de la economía, que pueda hacer rentable una masa aún mayor del capital total. Para lograr tal fin, en una economía de mercado, esto solo puede producirse vía crisis y periodos de depresión económica. Pero la crisis debe primero manifestarse a nivel del mercado, aunque ya se halle presente en los cambios que se han

producido en las relaciones de valor modificadas en el proceso productivo. Y es mediante el mercado que se ejecuta la reorganización de las estructuras del capital, aunque esta debe modificarse a través de cambios en las relaciones de explotación capital-trabajo en el punto de producción.

Antes de que esto suceda, la depresión sigue su curso. Tras el derrumbe del mercado bursátil, la producción disminuyó de forma progresiva durante tres años, reduciendo la renta nacional a menos de la mitad de la de 1929. Además de la completa desaparición de empresas, la producción en general se redujo, lo que llevó a que, para 1932, quince millones de personas se encontrasen sin empleo. Muchos de los que mantuvieron el empleo lo hicieron a media jornada. Por dar un dato concreto, la construcción industrial, un indicador de la producción general, disminuyó de 949 a 74 millones de dólares; la producción de acero se redujo al 12 % de su capacidad; cerraron 5.000 bancos, destruyendo cerca de 10 millones de cuentas de ahorros; la renta agrícola, que en 1929 alcanzaba los 12.000 millones, se había reducido a 5.000 en 1932; el precio del crudo, que en 1926 podía cifrarse en 2,31 dólares el barril, cayó a 10 centavos a finales de 1930.

Esta lista se podría continuar *ad infinitum*, la crisis fue realmente inclusiva, pues salvo a los realmente ricos, afectó a todos los estratos de la sociedad.

Quizás fue la rapidez de la caída lo que provocó que la población fuese tan incrédula ante la realidad de la crisis. Una situación tal no podía permanecer largo tiempo y debía acabar de forma tan inmediata como había comenzado. Como en una catástrofe natural, todos intentaron rescatar lo que aún era salvable; los empresarios por medio de una competencia feroz, los trabajadores al aceptar salarios más bajos. El gobierno de Herbert Hoover aseguró a sus ciudadanos que la situación de depresión económica cesaría después de algunas semanas, que no tenía nada que ver con el sistema económico, el cual funcionaba mejor que nunca y que seguramente la disrupción sufrida se debía a actividades especulativas poco acertadas por parte de otras naciones, así como a la aplicación de condiciones comerciales injustas. A medida que la depresión económica continuaba su curso, un falso optimismo comenzó a ocupar el lugar de la desesperación. Se llegó a decir «que si la depresión económica se había alargado tanto y llegado tan lejos era difícil pensar que el fin de este periodo se encontrara ya lejos en el tiempo. Bajo esta idea, el optimismo de un grupo de empresarios no paró de crecer».⁴ Para poder echar a rodar esta sensación de optimismo, se propusieron reducciones en las tasas impositivas más altas a fin de inducir nuevas inversiones de capital, en la creencia de que los gastos de capital adicionales aumentarían el ingreso nacional y finalmente producirían mayores

⁴ *The Commercial And Financial Chronicle*, núm. 131, 1930.

ingresos con el nuevo tipo impositivo más bajo. Se iniciaron nuevas obras públicas, sin el presupuesto adecuado, con la motivación de contribuir a la reducción del desempleo. Finalmente, se subieron los impuestos según el interés de la «armonía financiera», debido a que «el primer requisito para la confianza y la recuperación económica es la estabilidad financiera del gobierno de Estados Unidos y porque los empréstitos del gobierno privarían al comercio y a la industria de sus recursos, al comprometer al sistema financiero, haciendo aumentar el desempleo y agravando la situación del sector agrario, en vez de aliviarlo».⁵ Las medidas, o más bien la falta de las mismas, puestas en práctica para contrarrestar la depresión económica, intensificaron la crisis pero no hicieron desaparecer el optimismo de Hoover, ya que tal y como él mismo explicó «la función del presidente es mostrarse alentador», aun cuando los hechos le contradigan.

La distribución tan desigual de los ingresos que caracteriza la fase de ascenso del capitalismo, y que es de hecho uno de los requisitos para su nacimiento, se convierte en todavía más desigual durante los periodos de depresión económica. Para una parte de los grupos con ingresos más bajos, estos simplemente desaparecen, mientras que para otra se ven claramente recortados. A esta reducción de la capacidad de acceso al consumo se le denomina de forma eufemística como falta de «demanda efectiva», la cual causa una sobreproducción generalizada. Por supuesto, en la medida en que la economía no se detiene, una parte de la producción continúa sosteniendo los salarios y las ganancias, colocando a sus beneficiarios en una posición envidiable, que tratan de sostener por todos los medios a su alcance. La miseria social no es una miseria general, genera una división aún más severa entre privilegiados y fracasados, enfrentando a un grupo contra el otro, lo que intensifica los conflictos entre clases y los diferentes estratos que conforman la sociedad.

Sin embargo, durante un tiempo, una parte importante de la población pareció compartir la confianza de Hoover en la viabilidad del sistema económico, ya que las quejas no se dirigían tanto contra el sistema en sí, como contra su mala gestión por parte de un gobierno incompetente. Se esperaba del primero que pudiera restablecer las condiciones habituales del pasado y no alterar las condiciones estructurales de la sociedad. Ante la ausencia de una contraideología creíble, la ideología capitalista se mantuvo sobre amplias masas que deseaban el fin de la depresión económica, no el fin del capitalismo. Fue este clima mental el que explica las primeras y curiosas reacciones a la profunda depresión, a saber, los diversos esquemas de autoayuda, que ocuparon a un gran número de personas, ya sea por medio de un regreso a la tierra, donde esto parecía factible, o por todo tipo

⁵ H. Hoover, *State Papers*, vol. 2, p. 46.

de acuerdos de trueque basados en diversos tipos de trabajo. Por supuesto, no se trataba de soluciones, sino de arreglos improvisados para capear la depresión, cuyo fin era presumiblemente obra del gobierno, o de un nuevo gobierno en caso de que el existente fallara.

De cualquier manera, la depresión económica no respeta ideología alguna e inmuniza contra toda falsa conciencia. Sean cuales sean las nociones conformistas a las que se atan los desposeídos y los desempleados, estos deben seguir alimentándose; sin ahorros a la vista, necesitan de la caridad para poder seguir reproduciéndose. En ese momento no existía ningún subsidio para los desempleados, ni ningún programa para los millones de despedidos, solo la caridad privada y las prestaciones que podían proporcionar las instituciones comunitarias podía, con muchas dificultades, sostener toda la situación de miseria social presente, mostrándose totalmente incapaces de poder responder a la situación de desempleo masivo. No existía todavía ningún otro lugar donde las personas pudiesen acudir en busca de ayuda. Al acudir a la agencias de servicios sociales, las personas pronto encontraron formas colectivas de acción, conformando organizaciones espontáneas alrededor de los lugares donde estas agencias se ubicaban.

Durante los tres primeros años de depresión económica, no se hicieron esfuerzos reales por adaptar las instituciones de auxilio social a las necesidades de la crisis. Un ineficaz programa de obras públicas fue rápidamente abandonado. Uno de los principios del gobierno pasaba por la superación de la crisis a través «de la preservación de un espíritu de ayuda mutua basado en la ayuda voluntaria. Esto constituye un motivo de absoluta importancia para el futuro de los Estados Unidos. Ni la acción gubernamental, ni la doctrina económica, ni ningún proyecto o plan pueden reemplazar la responsabilidad impuesta por Dios a los hombres y mujeres sobre su prójimo».⁶ En este escenario, no obstante, el número de buenos vecinos dispuestos a ayudar descendía a un ritmo más rápido que aquel al que aumentaban los desempleados.

La depresión económica continuó agudizándose, desembocando en una crisis social que solo pudo ser superada mediante un brusco giro político que implicó la intrusión del gobierno en el sistema económico. A finales de 1932, tanto los políticos como algunos economistas comenzaron a expresar, en voz cada vez más alta, inquietantes escenarios proféticos, en los que si no se encontraba una pronta y satisfactoria solución a la cuestión del problema del desempleo, grandes convulsiones y revueltas de hambre tendrían lugar de manera inevitable. Se percibía una notable

⁶ H. Hoover, *Discurso del presidente Hoover sobre la ayuda a los desempleados*, octubre de 1931, p. 3.

radicalización de los parados, así como entre quienes todavía conservaban su empleo, que comenzaron a unirse a las *hunger marches*, al mismo tiempo que las manifestaciones espontáneas e incluso los saqueos se fueron incrementando y haciéndose más frecuentes. Muchas organizaciones de parados surgieron por sí mismas o al calor de las organizaciones obreras existentes. La insurrección se convirtió en un objeto de preocupación, en tanto era la expresión de la falta de certezas y de la tensión social. Por sí solo, el movimiento de desempleados era demasiado débil como para rebasar y romper con los límites impuestos por los instrumentos usuales del gobierno, pero conjugándose con el estado de ánimo que existía en toda la sociedad, constituyó un lugar de fermento social que por momentos asumió un carácter cuasi revolucionario.

El gradual agotamiento de los recursos destinados al auxilio social supuso el incremento de la miseria. La cantidad mínima con la cual podía evitarse la hambruna era de 22 céntimos por persona y día, pero en ningún lugar se podía acceder a esa cantidad de dinero. Ni los alquileres se podían pagar, ni tampoco las facturas de luz y gas para poder cocinar, al tiempo que las personas eran desahuciadas de sus hogares. Los bajísimos niveles de vida dispararon la tasa de morbilidad, con la disentería y la pelagra como principales protagonistas. El crimen se convirtió para muchos en el único medio de subsistencia. La desesperanza de los vagabundos se agudizó todavía más. En los extrarradios de las ciudades, los parados construyeron sus propias Hoovervilles con cajas, paneles de aluminio y restos. Los agujeros en el suelo empleados como refugio dejaron de ser una rareza. Miles y miles de personas vivían en campamentos de tiendas improvisadas. Millones de personas se echaron a las carreteras, desplazándose de este a oeste, de norte a sur, huyendo del problema de la vivienda así como empujados por la falsa esperanza de encontrar un lugar donde comenzar un nuevo proyecto de vida. Expulsados por comunidades hostiles, estas personas vivían en «junglas», remolques ferroviarios y debajo de puentes. Las colas frente a las panaderías estaban siempre repletas y la gente moría de frío. Las rebeliones eran todavía esporádicas, reprimidas con la mayor brutalidad. La situación de desesperación generó un miedo mayor por parte de las autoridades, que organizaron a la policía y a la Guardia Nacional para la guerra civil. Incluso el ejército fue desplegado con el propósito de dispersar a los veteranos de la Primera Guerra Mundial que se manifestaron en Washington para reclamar los beneficios prometidos por el gobierno; con el fin de reprimir a los manifestantes, bajo la comandancia de MacArthur y Eisenhower, se emplearon cañones, ametralladoras, tanques y lanzallamas.

De acuerdo con John Edgerton, miembro de la Asociación Nacional de Manufactureros, los auténticos responsables de la miseria eran los propios desempleados, «por no practicar el sano hábito del ahorro y

el comedimiento, gastar todos sus ahorros en el mercado bursátil y en cualquier otra bobada. ¿Por qué culpar a nuestro sistema económico, al gobierno o a la industria?». ⁷ Si bien esta actitud es entendible, carece a su vez de todo sentido, ya que no resolvía el problema de una masa persistente de desempleados, así como sus posibles consecuencias sociales. Más sorprendente aún era la negativa de una parte de aquellos que se habían pauperizado a hacerse responsables de la eliminación de las causas de su propia miseria. En su lugar insistieron en su «derecho al trabajo», exigiendo al gobierno los medios de subsistencia necesarios hasta que esta medida fuese cumplida. Aun cuando violaban el derecho a la propiedad privada explotando minas en desuso para vender carbón por su propia cuenta en el mercado, lo hacían bajo el principio de la necesidad, no sobre la convicción de que el capitalismo se había convertido en insostenible.

Fuesen cual fuesen las numerosas razones por las cuales los trabajadores estadounidenses no alcanzaron el grado de conciencia que caracteriza a los trabajadores de la industria de los países europeos, «el hecho fundamental y central fue que durante la peor y más larga depresión económica en la historia de cualquier nación industrial, la clase obrera estadounidense no mostró ninguna modificación significativa en su nivel de implicación política y económica». ⁸ Y mientras que el grado de conciencia de clase desplegado en Europa tampoco llevaba a ningún lado, pero al menos permitía alguna respuesta independiente a la crisis económica, en Estados Unidos los movimientos de protesta se dirigieron exclusivamente contra unas instituciones sociales que permanecieron incuestionadas. Aparte de preguntarnos si cualquier organización izquierdista está preparada para la acción anticapitalista, en caso de que surja la oportunidad, también debemos preguntarnos si estas estaban programáticamente comprometidas con algún tipo de cambio social. En las elecciones de 1932, los socialistas recibieron menos votos que treinta años atrás, al tiempo que los comunistas solo consiguieron 120.000 votos.

De manera general, la esperanza se depositaba en un nuevo gobierno que estuviera dispuesto a combatir la depresión económica con otras medidas que no fuesen las políticas deflacionistas de la administración Hoover. Estas políticas habían sido ya quebrantadas por la fuerza de las circunstancias. Con la creación de la Reconstruction Finance Corporation en 1931 se desplegó cierta ayuda gubernamental, la cual autorizaba los préstamos de dinero a bancos, negocios y granjas a fin de apuntalar la precaria situación de la economía. Las obras públicas para ayudar tanto a la empresa privada

⁷ Citado por W. F. Leuchtenburg, *Franklin D. Roosevelt and the New Deal*, Harper & Row, 1963, p. 21.

⁸ G. Kolko, *Main Currents in American History*, Harper & Row, 1976, p. 185.

como a los desempleados provocaron grandes déficits, a pesar del deseo de equilibrio presupuestario. Pero la caída económica siguió su curso y no encontró medidas compensatorias adecuadas por parte del gobierno. En tanto el sistema económico estaba a salvo de todo cuestionamiento, la administración Hoover fue señalada como fuente de todos los males. Debido a los fracasos de la administración republicana, el sistema bipartidista estadounidense concedió de manera automática el poder al Partido Demócrata. Las elecciones de 1932 llevaron a la Casa Blanca a los demócratas y a Franklin D. Roosevelt. En su discurso preelectoral, como es habitual, Roosevelt prometió de todo a todo el mundo, pero hizo especial hincapié en la responsabilidad gubernamental a la hora de fortalecer la economía y ayudar a sus víctimas. Roosevelt prometió un gobierno comprometido con sacar a la nación de la situación de depresión económica, a diferencia de Hoover, para quien dichas ideas implicaban una subyugación de las leyes económicas a la arbitrariedad del gobierno, así como la destrucción del capitalismo tradicional.

Roosevelt no tenía tal intención. En su ambición perseguía hacerse con la presidencia y para conseguir ser elegido no dudó en proponer soluciones incompatibles con los problemas sociales. Roosevelt también aspiraba a un equilibrio presupuestario y al mismo tiempo también a la intervención gubernamental en la economía en beneficio del bienestar general. «Gracias a su enfoque afable y a su presentación de los problemas generales mantuvo una amplia mayoría en el Congreso y entre el público general. Sus promesas eran interpretadas como deseos propios [...] Siguiendo la tradición del siglo XX, trató con fuerza de ser el presidente de todos los estadounidenses [...] Para los desesperados estadounidenses de 1933, Roosevelt deseaba dar apoyo a todos los grupos, pero, y es aquí donde estaba el problema, para de esta forma exigir concesiones y responsabilidades de parte de cada uno de esos mismo grupos. En la medida en que Roosevelt debió tomar decisiones prácticas y pasar de las generalidades a los asuntos concretos, los malentendidos y las decepciones comenzaron a surgir. Lo que, con todo, solo ocurrió años más tarde. En el primer verano de aplicación del New Deal, este pareció mover al unísono a hombres de negocios, agricultores y trabajadores; hombres y mujeres; oficinistas y proletarios, todos ellos en común alianza en pos de la recuperación».⁹

El eslogan del partido de Roosevelt, el New Deal, conllevaba el comienzo de un juego nuevo, solo que con los mismos jugadores. Los viejos jugadores debían convertirse en hombres honestos, sacrificando sus ventajas para no arruinar a sus parejas y el juego. La colaboración entre clases y la justa

⁹ F. Freidel, *FDR: Launching the New Deal*, Little, Brown & Company, Boston, 1973, p. 503.

competencia, el inalterable ideal de la sociedad burguesa, iba por fin a ser realizado a través del arbitraje neutral de un gobierno benevolente. Lo imposible se haría posible mediante el poder de la voluntad para volver a hacer a la sociedad tan próspera como lo fue en el pasado, ahora bien, ¿por dónde empezar? Pues, como siempre, con el material más a mano. Fue la falta de un programa definitivo, la experimentación en temas concretos y el acercamiento pragmático de aprender haciendo, lo que hizo superar la tendencia al estancamiento y la apatía general.

La toma de posesión de Roosevelt coincidió con el que fue quizá el punto más bajo de la depresión económica. En su discurso inaugural, Roosevelt insistió en que la nación debía avanzar «como un ejército entrenado y leal, capaz de sacrificarse por el bien de la disciplina común». Para lograr tal fin, el presidente reclamaba al Congreso «que para hacer frente a la crisis hacía falta promover la constitución de un amplio poder ejecutivo capaz de hacer la guerra contra esta emergencia, un poder tan grande como el que me sería concedido si fuéramos invadidos por una nación extranjera».¹⁰ Sus primeras acciones como presidente fueron descritas de forma certera como la «guerra de los cien días». Comenzó con un ataque frontal al caos financiero por medio de la declaración de un día festivo bancario con el fin de frenar la retirada de fondos de los bancos que todavía estaban operando. Aquellos bancos que se mostraron solventes pudieron reabrir con la garantía del gobierno. La Emergency Banking Act autorizó al Federal Reserve System a conceder a sus miembros créditos prácticamente ilimitados. Se detuvo así por fin el pánico bancario y para no perder la recientemente restaurada confianza en el sistema bancario, se estableció por ley el Federal Deposit Insurance System, dirigido a garantizar los pequeños depósitos ante futuras pérdidas.

Consciente de que solo los modelos inflacionarios podían servir para bloquear una ulterior caída de la economía, Roosevelt comenzó a explorar un tipo de inflación que no incrementase demasiado la deuda nacional. Se propuso, por un lado, reducir los costes gubernamentales y, por otro, incrementar la masa monetaria a través de la emisión de moneda sin garantías, así como a través de la devaluación del dólar. Dado que otros países, incluida Gran Bretaña, abandonaron el patrón oro en el otoño de 1931, también se esperaba la devaluación del dólar en EEUU; y que el dólar, y con este el oro, empezaran a abandonar el país. Para detener la pérdida de dólares, así como para poder devaluar, Roosevelt suspendió la convertibilidad del dólar oro para los ciudadanos americanos, al tiempo que bloqueó de forma temporal la exportación de oro. Tras esto, devaluó el dólar en

¹⁰ F. D. Roosevelt, *The public Papers and Addresses of Franklin D. Roosevelt*, vol. 2, Nueva York, The Macmillan Co., 1941, p. 11.

relación con el oro en un 40 %. Estados Unidos abandonó así el patrón oro. La devaluación sirvió para, en cierto modo, elevar los precios, proveyendo así al programa de recuperación de los medios monetarios necesarios para su financiación. A Roosevelt le gustaba pensar en estas políticas no como medidas inflacionistas, sino como la aplicación del principio de la «administración monetaria».

La legislación pronto tuvo que vérselas con la crisis agraria, el desempleo y la economía en general. La Agricultural Adjustment Administration tuvo como tarea principal el incremento de los precios agrícolas a través de la reducción de las cosechas. Las dificultades a las que se enfrentaban los granjeros no venían únicamente provocadas por la falta de demanda de sus productos, sino también por la disparidad existente entre los precios agrícolas e industriales, debido a la situación más avanzada del monopolio en la industria. Muchos granjeros no podían hacer frente al pago de sus impuestos, por no hablar del pago de los intereses de sus préstamos. Se enfrentaban así a la expropiación de sus granjas, que solo en ocasiones pudieron evitar mediante la acción directa. La militancia era mayor en las áreas rurales que en las urbanas, sin duda porque en el caso de los agricultores su propiedad estaba directamente implicada. Se concedieron créditos al sector agrario a cambio de que redujera la producción. Dado que la agricultura estadounidense se basa casi exclusivamente en los monocultivos comerciales, la transformación hacia un sistema de subsistencia no resultaba factible; el hambre acechaba tanto en el campo como en los barrios marginales de las ciudades. Se produjo así una situación curiosa cuando, en medio de una abundancia general de bienes de consumo alimenticios, la hambruna hizo su aparición. Incluso entre los productores de alimentos, la única solución planteada pasaba por la reducción de la producción y la destrucción de aquellos bienes que resultaran invendibles. Igual de curioso resulta hablar de sobreproducción cuando de hecho los alimentos eran sencillamente negados a las personas que estaban más que dispuestas a consumirlos. Bienes alimenticios de todo tipo fueron acumulados y cubiertos de veneno para evitar que pudiesen ser consumidos por los hambrientos. El algodón y la lana se arruinaron, millones de cerdos y vacas fueron sacrificados con la esperanza de que subieran los precios a través de la provocación de una escasez artificial. Los agricultores fueron recompensados por no producir mercancías, pese a que esto solo suponía una ventaja para las grandes empresas agrícolas, no para las pequeñas explotaciones.

Como cualquier otro asunto en el New Deal, su programa agrícola estuvo repleto de contradicciones. Roosevelt fue capaz de conjugar un falso romanticismo con la reducción de la producción agrícola, proyectando como algo deseable el regreso a la serenidad del campo frente la superflua vida en la ciudad. El éxodo del campo a la ciudad en busca de

actividades más lucrativas o cualquier otro trabajo debía ser revertido por campañas del gobierno que promocionasen el asentamiento en el medio rural como parte de la solución al problema agrícola. Si bien el número de agricultores debía crecer, o al menos mantenerse, la producción tenía que reducirse para poder subir los precios y asegurar así una vida digna para todos. La limitación de las cosechas sirvió no obstante para que los propietarios terratenientes expulsaran a sus arrendatarios de la tierra y al mismo tiempo embolsarse su parte de los subsidios gubernamentales. Este tipo de «recuperación» sirvió simplemente para incrementar la situación de miseria de los arrendados y de los aparecidos. En cualquier caso, este sector era una minoría inarticulada e impotente, tan carente de poder que podía ser fácilmente olvidada, incluso por los propios «hombres olvidados».

Como todo buen estadounidense, Roosevelt odiaba el «paro» inglés, un sistema de protección al desempleo «degenerado», que proporcionaba una limitada ayuda directa en efectivo a las personas sin trabajo. El cambio ineludible de la ayuda en especie a la ayuda en efectivo amenazaba con traer el «paro» a Estados Unidos. Tal degeneración moral solo podía evitarse mediante la combinación de la concesión de la ayuda a cambio de una contraprestación en trabajo, peculiaridad que caracterizó todo el programa de desempleo del New Deal. La Civil Works Administration (CWA) inventó el trabajo por «el trabajo en sí», a fin de brindar ejercicio y capacitación regulares a los trabajadores, de modo que estuvieran en buenas condiciones cuando las empresas pudieran necesitarlos. Se decía que «el hecho de que una enorme cantidad de personas estuvieran perdiendo el hábito del trabajo», así como la imposibilidad de establecer este hábito entre los más jóvenes, despertaba las más grandes preocupaciones entre los encargados de la elaboración de las políticas sociales. Era preciso restablecer el estigma de la ociosidad, el estigma contra el tiempo libre que había permitido al país alcanzar tal grado de desarrollo económico, hasta que una nueva demanda de oferta de trabajo encontrase una mayor aceptación». ¹¹ Para este propósito se creó la Civil Conservation Corps (CCC), que colocó a los jóvenes de entre 18 y 25 años en campos de trabajo, ofreciéndoles alojamiento, comida y una pequeña cantidad de dinero a cambio de la plantación de árboles, la construcción de carreteras secundarias, pistas y presas, así como en la lucha contra la erosión del suelo. Aunque el despliegue del CCC resultó ser el programa de mayor coste en términos presupuestarios, fue la única política que obtuvo una aceptación generalizada. Como señaló su director R. Fechner, «de los 2.300.000 jóvenes que se han formado en los campamentos de la CCC desde su implantación en marzo de 1933, el 85 % estaba preparado para el servicio militar y podían ser transformados en combatientes de primera al mínimo aviso». ¹²

¹¹ E. E. Calkins, *The Will to Recovery*, incluido en *Current History*, agosto de 1935, p. 454.

¹² *The New York Times*, 2 de enero de 1938.

Al mismo tiempo, se reanudaron las obras públicas bajo la supervisión de Harold Wilkes en la Public Works Administration (PWA), con el fin de combinar políticas que fomentaran la reducción del desempleo y el estímulo de los gastos de capital, aun cuando se obtuvieron escasos resultados en ambas direcciones. Así se construyeron ayuntamientos, juzgados, escuelas, oficinas de correos, autopistas y puertos, pero con tanta cautela que realmente no se pudo hablar de un aumento significativo de las obras públicas. El PWA sirvió más bien para «evitar simplemente que las obras públicas cesaran completamente». De hecho, las obras públicas jugaron un papel muy pequeño en los procesos de «financiación del déficit» con el que se esperaba poder «cebar la bomba de la recuperación».¹³

Los costes de la ayuda laboral resultaron mucho mayores que los costes de las ayudas directas. A comienzos de 1934, la CWA tenía a más de cuatro millones de personas empleadas, algunas de las cuales no cumplían los requisitos para acceder a la asistencia pública. El gran gasto que supuso dicho programa indujo a Roosevelt a acabar con la CWA y a devolver a sus usuarios a las listas de acceso a las ayudas, lo que contribuyó a que el gasto gubernamental se redujese a más de la mitad, sometiendo además a los beneficiarios de las prestaciones a sistemas de control cada vez más humillantes, tales como la «prueba de medios de vida», basada en la verificación de una situación de total indigencia. Un año más tarde, sin embargo, Roosevelt vio necesario restituir la creación del empleo público y lanzó la Works Progress Administration (WPA), esta contrató a tres millones de personas de entre los veinte que percibían algún tipo de prestación. La WPA pagaba algo más que la cantidad que se recibía en las prestaciones, pero siempre por debajo del salario mínimo, para no «fagocitar el rechazo de oportunidades en la empresa privada».

Los drásticos cambios que se produjeron en las políticas de bienestar social provocaron graves altercados entre los desempleados, así como tentativas, con la ayuda de las organizaciones políticas de izquierda, de formar un movimiento coordinado a nivel nacional que pudiera actuar como lobby de presión en el Congreso e influir en las decisiones políticas en favor de los desempleados. Con todo, este tipo de actividad lobbista carecía de cualquier tipo de capacidad de presión. A los ojos de Roosevelt y del ala «progresista» del Partido Demócrata resultaba mucho más preocupante el crecimiento de ciertas tendencias «fascistas», ejemplificadas en el ascenso al poder, así como la creciente influencia, de Huey Long en Louisiana, el cual había tomado prestados algunos de los discursos y argumentos de Roosevelt, dándoles un giro mucho más demagógico, y no dudaba en prometer una distribución de la riqueza que haría de «todo hombre un rey». Se

¹³ «The New Deal», *The New York Times*, 2 de febrero de 1938.

propusieron todo tipo de proyectos dirigidos a superar la crisis, tales como el *Townsend Plan* o el programa de pensiones para ancianos, así como el plan *End Poverty in California* de Upton Sinclair, que debía entregar a los trabajadores un cierto acceso a los medios de producción a fin de que se produjese una cierta distribución de la riqueza. Estos movimientos intensificaron la profunda división ideológica dentro del Partido Demócrata y empujaron a su ala «conservadora» hacia los republicanos, que se oponían al New Deal. A fin de mantener el partido unido y seguir sosteniendo su liderazgo, Roosevelt trató de conjugar y ejercer un equilibrio entre los intereses contrarios mediante distintos compromisos, que hacían avanzar y retroceder la apuesta del New Deal. Al fin y al cabo, las fricciones existentes en el Partido Demócrata eran el reflejo de aquellas que existían en la nación en su conjunto y explicaban el partidismo cada vez más visible, así como la oposición creciente a las medidas adoptadas por el New Deal.

El proyecto estrella del New Deal, a saber, la National Industrial Recovery Act (NRA) estaba llamado a hundirse, con independencia del hecho de que la Corte Suprema declarase que violaba la Constitución, invalidándolo junto con el AAA y otras políticas impulsadas en el marco del New Deal. El NRA implicaba la autorregulación empresarial bajo el auspicio gubernamental, para acabar así con la competencia salvaje que hacía caer los salarios y los precios sin que se alcanzase una nueva meseta económica de estabilidad. Indicaba la pérdida de confianza en el autoajuste del mecanismo de mercado. «Se han caído las caretas » escribirá R. C. Tugwell, uno de los primeros consejeros de Roosevelt, «no existe la mano invisible. Nunca existió. Ahora debemos tener una mano visible, que ejerza de guía y cumpla con las tareas que debía cumplir la mítica e inexistente agencia invisible que nunca existió». ¹⁴ La economía debía ser planificada si se quería sostener la economía capitalista. No resulta así contradictorio que la «planificación» consistiera en tomar exactamente aquellas medidas que hasta ahora habían sido el resultado de fuerzas inconscientes del mercado, es decir, la creciente concentración de capital y su aceleración en tiempos de crisis y depresión. A fin de facilitar este proceso, se promulgaron leyes antitrust que tenían como objetivo permitir a las asociaciones comerciales fijar sus propios precios y márgenes de beneficio para así lograr una distribución «justa» de las cuotas de mercado de todas las industrias.

Si nos remontamos a las experiencias «unificadoras» de la Primera Guerra Mundial, en las que el gobierno fue hasta cierto punto capaz de subordinar los intereses especiales al objetivo «común» de ganar la guerra, se suponía que la «guerra» contra la depresión económica produciría

¹⁴ R. O. Tugwell, *The Battle of Democracy*, Nueva York, Columbia University Press, 1935, p. 213.

resultados similares a través de la suspensión de la competencia capitalista, así como de la eliminación del conflicto de clases. La autorregulación de las empresas iba a ser complementada con el fortalecimiento de las organizaciones laborales, para garantizar unas condiciones más igualitarias y mantener unos niveles salariales que resultaran «razonables». Paralelamente al establecimiento de códigos éticos para diversas industrias, el NRA debía garantizar, mediante la aplicación de una legislación especial, el derecho de los trabajadores a la negociación colectiva y a la formación laboral sin que ningún sindicato independiente impusiese sus condiciones. Y esto tanto más cuanto que en 1932 el movimiento obrero estadounidense, pese al declive de sus organizaciones, había mostrado signos de una reactivación de su militancia. Los miembros de los sindicatos, que constituían el 12 % de todos los trabajadores en 1922, habían sido reducidos a un 6 % en 1932. A partir de entonces, el número de huelgas para defender tanto los salarios como a los sindicatos no hizo sino aumentar, lo que provocó un mayor deterioro del estado de la economía. Los argumentos a favor de las cláusulas laborales de la NRA se basaban en la consideración de que «los sindicatos tendían a mantener salarios altos, jornadas de trabajo lo más cortas posible y unas condiciones de trabajo seguras —todo ello objetivos del plan—. La competencia feroz que empeoraba estas tres condiciones procedía de las industrias o zonas que por su bajo coste mantenían la actividad sindical al margen. Si dichas industrias o zonas podían beneficiarse del acceso a los programas, los trabajadores también podían afiliarse a los sindicatos y negociar colectivamente».¹⁵

Por su falta total de comprensión acerca de las contradicciones inherentes a la producción capitalista, Roosevelt y sus allegados defensores del New Deal eran «subconsumistas», estos es, mezclaban los resultados de la depresión económica con sus causas. Los salarios debían incrementarse para incrementar la capacidad de acceso al consumo de los bienes, aumentando los niveles productivos y haciendo que los precios subiesen debido a los nuevos salarios más altos, e incrementando así los beneficios empresariales. Todo era tan simple como esta fórmula. Olvidaban, no obstante, que los salarios son costes de producción, por lo que cuanto más altos sean, menores serán los beneficios y los incentivos para ampliar la producción a un nivel mayor. Cuando los precios suben, el poder de acceso al consumo a través del salario disminuye a menos, por supuesto, que salarios y precios suban a la vez, lo que solo se puede presuponer bajo condiciones capitalistas de crecimiento y pleno empleo. Para los partidarios del New Deal, la depresión económica significaba salarios más bajos y una reducción de los precios, de modo que el camino hacia la recuperación pasaba por relanzar ambos. Para lograr esto debía restringirse la competencia, sin tomar en

¹⁵ G. Martin, *Madam Secretary, Frances Perkins*, Mifflin Harcourt, 1976, p. 264.

cuenta la rentabilidad real del capital, de la cual depende el estado de la economía y por ende de la competencia. La monopolización, efecto de la competencia, debía ser alcanzada ahora sin competencia, mediante acuerdos sostenidos por caballeros que asegurasen todos los beneficios necesarios y unos salarios dignos para los trabajadores.

En realidad, las cosas funcionaban de forma bien distinta, o más bien funcionaban de la única manera posible que puede darse bajo el régimen capitalista. Aunque la mayoría de las industrias se inscribieron en el código del NRA, o al menos lo respaldaron de boquilla, las autoridades creadas para su control estuvieron dominadas por grandes empresarios, que privilegiaron sus intereses particulares en detrimento de los pequeños productores, los trabajadores y la población en general. El control sobre los precios y la producción garantizó que distintas asociaciones comerciales se vieran reducidas al mero papel de reguladores de precios, rompió la espiral deflacionista, pero no fue capaz de generar efectos significativos en el crecimiento de la economía. Sin embargo, esto acentuó las tendencias hacia la concentración de capital, y, en ese sentido, fue una de las condiciones previas para la reanudación del proceso de expansión del capital. La no lamentada desaparición del NRA por veredicto del Tribunal Supremo ensombreció en parte a Roosevelt, aunque este simplemente se limitara a sancionar legalmente el curso natural de los acontecimientos, que no era otro que la tendencia creciente hacia la monopolización del capital.

Lo dicho hasta este punto no resume la totalidad de las medidas adoptadas bajo el New Deal. Sin embargo, aquellas que se han dejado fuera constituyen aspectos menores del mismo, tales como las ampliamente repetidas reformas para el control y la seguridad de los mercados, con el fin de reducir la especulación fraudulenta; algunas restricciones a las prácticas bancarias con el fin de proteger los depósitos; las leyes compensatorias por accidentes laborales; la creación de agencias de empleo con la finalidad de agilizar la colocación de la mano de obra; así como la entrada del gobierno en el negocio energético a través de la Tennessee Valley Authority, que se suponía serviría como «referencia» para evaluar las políticas de fijación de precios de las compañías eléctricas privadas y para recuperar tierras baldías mediante la construcción de presas y vías fluviales. Otras medidas ampliamente esperadas, como la ley de Seguridad Social, la cual incluía las prestaciones por desempleo y jubilación, así como la Ley Nacional de Relaciones laborales, se convirtieron en ley a mediados de 1935.

En el contexto francamente reaccionario del capitalismo estadounidense, toda la legislación vinculada al New Deal parecía tener una naturaleza progresiva, que desafiaba la tradición basada en el «rudo individualismo» y que además reconfortaba a los autodenominados «colectivistas», por el simple hecho de que se oponían al *laissez faire* apostando por las reformas

sociales, de la misma manera que estas habían tenido lugar hacía tiempo en los países capitalistas europeos. Mientras el movimiento reformista impulsado por una parte de la burguesía estaba fundado en el temor a las posibles consecuencias de la creciente polarización de la sociedad, los trabajadores aprovecharon la división temporal de la clase dominante para poder atender a sus necesidades más inmediatas. La creciente oposición capitalista al New Deal forzó a la administración Roosevelt a confiar en cierto modo en la buena voluntad y apoyo de la clase obrera, aunque esto solo se hiciera con la intención de salvar al sistema capitalista de la locura de sus defensores menos ilustrados. Las cláusulas favorables a la causa del trabajo de la NRA permitieron defender de forma legal el derecho de organización, sirvió de impulso para las viejas organizaciones y ayudó a la conformación de nuevas estructuras, pero al mismo tiempo sirvió también para que los capitalistas combatieran a estas organizaciones y sus reivindicaciones, pese al marco establecido por la NRA. Con la aprobación de la National Labor Relations Act, se creó la impresión de que el gobierno apoyaba con firmeza el derecho de los trabajadores a organizarse, lo que obligaría a la industria a aceptar su mandato. En semejante situación, Roosevelt comenzó a ser considerado el héroe y defensor de la clase obrera.

Con un gobierno aparentemente a favor de los trabajadores, se produjeron una serie de huelgas por la conquista de salarios más altos y mejores condiciones laborales, basada en la reactivación de los viejos sindicatos o la formación de otros nuevos representados por la CIO. La lucha por el reconocimiento sindical comprendió a industrias como la del acero, el textil, el automóvil y el caucho, que hasta ese momento se las habían ingeniado para mantener al margen a los sindicatos. La sindicalización alcanzó niveles espectaculares, multiplicándose por diez los niveles de afiliación en menos de un año. La resistencia por parte de la dirección de las empresas a estas luchas dio un carácter militante a estos conflictos, que emplearon nuevas tácticas de lucha, tales como las huelgas de brazos caídos o la huelga general en San Francisco. La no intervención del gobierno en estos conflictos concedió a Roosevelt gran parte del voto obrero en 1936, así como un fuerte apoyo económico a su campaña electoral. No obstante, organizadas las industrias más importantes y con los sindicatos burocratizados, la iniciativa de base volvió a amainar para dar paso a los procedimientos ordinarios de negociación del mercado laboral, revelando así el vacío de las victorias obreras, que solo habían servido para integrar a los sindicatos más a fondo dentro del sistema capitalista.

La militancia obrera también reflejaba un notable cambio económico, que no solo se estaba produciendo en Estados Unidos, sino en todo el mundo. La tendencia a la baja se había detenido. Las fuerzas de la recuperación que operan en la depresión, así como la disminución del desempleo

por medio la financiación pública, habían hecho incrementar la producción a los niveles de 1929. Esto bastó para que la administración Roosevelt redujese de manera drástica las obras públicas, así como la WPA, en un intento para mantener el equilibrio del gasto público que se adaptara a las exigencias del mundo de los negocios. Sin embargo, volver a los niveles productivos de 1929 no fue suficiente para evitar que siguiera habiendo una gran cantidad de desempleados. David Weintraub escribió: «Debemos esperar todavía una expansión de la producción mucho más rápida que la experimentada entre 1933 y 1935, antes de que podamos esperar una vuelta a los niveles de desempleo y ocupación del periodo previo a la depresión económica».¹⁶ Un cálculo aproximado señala que para que el desempleo alcanzara los niveles de 1929 en el año 1937, la producción de bienes y servicios debía aumentar un 20 % sobre su nivel de 1929, aun cuando el nivel de productividad alcanzado en 1935 se mantuviera invariable. Sin embargo, fue la restauración de la rentabilidad en el nivel de producción existente, no el pleno empleo, lo que motivó la actitud cada vez más negativa con respecto al New Deal y llevó al Congreso a disminuir sus asignaciones de ayuda laboral, eliminando gradualmente diversos proyectos.

Con todo, la recuperación fue de corta duración. A finales de 1937, el Business Index cayó de 110 puntos a 85, llevando a la economía al mismo estado donde se encontraba en 1935. La producción de acero se redujo de un 80 % a un 19 % de su capacidad. Millones de trabajadores volvieron a perder su trabajo. El New Deal era ahora considerado un estrepitoso fracaso y toda la ilusión que suscitó se disipó en una apatía general. Se comenzó a considerar el estancamiento económico como el estado «normal» donde debían darse los negocios, sin que se pudiera hacer nada para remediarlo. Todos aquellos que se las habían arreglado para seguir viviendo relativamente bien y todos aquellos que se beneficiaron de la mayor productividad del trabajo se sintieron inclinados a responsabilizar al New Deal por la nueva recesión y abogaron por darle al mercado la oportunidad de seguir su propio curso.

Por supuesto, seguía existiendo el problema del desempleo, pero su difícil situación se enfrentaba a una indiferencia cada vez más acusada. La sociedad se encontraba ya preparada para convivir con ello, pues tal y como explicó Marry Hopkins, directora del WPA, la gente «estaba ya aburrida de los pobres, los parados y los vulnerables».¹⁷ Con cierta razón se señalaba que esa población excedente «no contribuye al bienestar general de la población. Son expulsados de los otros grupos que conforman el sistema económico. No encuentran un mercado donde emplear la única habilidad de la que disponen, su trabajo. En la actualidad, los desempleados constituyen una

¹⁶ *Technical Trends and National Policy*, 1937, p. 87.

¹⁷ «The Future of Relief», *The New Republic*, núm. 90, 1937, p. 8.

nueva clase social en Estados Unidos; disfrutaban de una igualdad legal con el resto de clases sociales [...] pero con el paso del tiempo estas diferencias se acentuarán, convirtiéndose en definitivas. Las personas que nazcan en esta clase nunca serán empleadas. Los niños criados en el seno de los grupos que conforman el sistema económico ni siquiera conocerán a los niños del grupo de los expulsados. La clase desempleada se convertirá en una clase de parias. No habrá lugar para ellos, ni servicio social real o ficticio que puedan prestar. Lo natural sería que la sociedad ignorase a esta clase social y la abandonase. Seguirán existiendo como una nulidad, a nadie le vendrá a cuenta lo que suceda con este grupo. Sus miembros se dedicarán al robo y la mendicidad y vivirán en la miseria como sus hermanos de la India».¹⁸

A todos los efectos prácticos, en 1938 el New Deal estaba ya muerto y enterrado. La economía volvió a experimentar una tendencia alcista, pero en 1939 seguía habiendo diez millones de parados. Aunque la producción total estaba a niveles de 1929, las inversiones privadas seguían siendo un tercio inferiores a su nivel de 1929. Las empresas culpaban de esta situación a los altos impuestos que acompañaban a los déficit presupuestarios y a la invasión de la producción inducida por el gobierno en el ámbito de las inversiones privadas competitivas. Mientras tanto, el New Deal tuvo que adaptarse al calor de las circunstancias concretas en las que se desarrollaron sus políticas, encontrando una justificación teórica a las mismas en las teorías económicas keynesianas que estaban comenzando a emerger. Ahora se argumentaba que no era tanto el New Deal, como su aplicación limitada y sus inconsistencias, las que debían ser consideradas responsables de su aparente fracaso. De acuerdo con Herbert Stein «el hecho fundamental era que en 1939 el país no estaba dispuesto a comprometerse a gastar como camino hacia la prosperidad, especialmente cuando el compromiso parecía ser permanente. Para salir del “fondo del pozo”, el gobierno podía gastar como medida de emergencia, pero no estaba preparado para regularizar y perpetuar el proceso».¹⁹

Las teorías keynesianas no tuvieron relación alguna con el New Deal. La financiación del déficit para hacer frente a los gastos extraordinarios del gobierno es tan vieja como el capitalismo o más. La financiación del déficit siempre ha sido practicada en épocas de guerra, por lo que era obvio que también sería utilizada en la «guerra» contra la depresión económica. También la idea del «efecto multiplicador» de la producción inducida por el gobierno había sido ya planteada mucho antes de que Keynes formulase sus teorías. Pero incluso ante la ausencia de una teoría realista de la forma de producción capitalista, la burguesía comprendió de forma intuitiva que la financiación del déficit del gobierno puede ser un recurso a corto

¹⁸ A. Rockelt, «The Rise of the Outcasts in America», *Social Science*, otoño de 1936, p. 356.

¹⁹ *The Fiscal Revolution in America*, Chicago, The University of Chicago Press, 1969, p. 122.

plazo, pero no podía ser una solución a largo plazo. Resultaba evidente que cualquier gran inversión haría aumentar la productividad, independientemente de su origen, y que además este incremento se traduciría en un pequeño aumento de la producción más allá de la inversión inicial. Tras el deseo de unos presupuestos equilibrados se escondía, sin embargo, el reconocimiento instintivo de que un crecimiento de la producción sostenido por la financiación del déficit del gobierno acabaría por conducir a la destrucción del sistema capitalista.

Por supuesto, la burguesía no distingue entre la producción en general y la producción capitalista. Del mismo modo, la economía se ocupa de los flujos que se producen entre gastos e ingresos en abstracto. Si los gastos son inferiores a los ingresos, se rompe el equilibrio, aunque este puede restablecerse mediante el gasto gubernamental. Estos gastos deben ser mayores que los que normalmente cubre el gobierno y son cubiertos mediante la recaudación de impuestos. El balance del déficit se realiza a través de préstamos en el mercado de capitales y se convierte en deuda nacional. De esta manera se consigue, o al menos es lo que se espera, que la producción inducida por el gobierno a través de la financiación del déficit sirva para revivir la economía y se incrementen los ingresos de forma suficiente como para poder recaudar más impuestos y captar ahorros que sirvan para compensar el déficit previo. No se trataba entonces de equilibrar el presupuesto año tras año, sino de equilibrarlo a lo largo de todo el ciclo económico, compensando los déficit de los años de depresión con los superávits de los años prósperos, aumentando al mismo tiempo el empleo y estabilizando las actividades económicas.

Fue la esperanza puesta en el efecto de «bombeo» del gasto público lo que hizo que los partidarios del New Deal apoyasen tanto la financiación del déficit como la idea del equilibrio presupuestario. Pero lo que ocurrió es que el equilibrio presupuestario debía ser continuamente pospuesto, mientras persistía el miedo al incremento continuado de la deuda pública. Con las decepciones causadas por la lentitud de la recuperación, se perdió la confianza en la producción inducida por el gobierno, incluso por parte de Roosevelt, y se prestó más atención a las necesidades de expansión de la empresa privada. A pesar de su práctica implacable, la mente burguesa se niega a aceptar que no es el aumento de la producción social sino el aumento de la rentabilidad del capital lo que puede permitir a las empresas privadas salir de la situación de depresión económica. Si no se produce un aumento paralelo de las ganancias, los gastos del gobierno, que por naturaleza son no rentables, solo pueden agudizar la depresión económica más allá de todos los efectos multiplicadores que pueda ejercer el incremento de la productividad. Esto no significa que la «bomba» del capital privado permanezca seca, a pesar de todo el esfuerzo llevado a cabo por el gobierno

por cebarla. Significa que solo bajo circunstancias determinadas y particulares este «cebado» tendrá resultados positivos. En la mayoría de casos será negativo para las empresas privadas y encontrará sus límites en el mismo sistema capitalista.

En cualquier caso, la teoría keynesiana no encontró su verificación empírica en el New Deal. Finalmente, la depresión económica acabó no como consecuencia de la recuperación de la prosperidad, sino por el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Es por eso que debemos buscar los motivos de la recuperación en la colosal destrucción de capital a escala mundial, así como en la necesidad posterior de reestructurar toda la economía mundial para que otro periodo de expansión rentable de capital pudiera tener lugar. Las soluciones nacionales a las crisis económicas han fracasado en todos los lugares en donde se han probado, pero además, al intentar poner en práctica dichas soluciones, el sistema capitalista, que ya se veía sacudido hasta sus mismísimos cimientos, no ha hecho sino deteriorarse en mayor medida. Las soluciones imperialistas estaban ahora a la orden del día, sobre todo debido a las medidas casi autárquicas contra la depresión que precedieron a la guerra. Las intervenciones gubernamentales en la economía estadounidense estuvieron restringidas al país, pero afectaron al mundo entero, encontrando sus límites tanto dentro de sus fronteras como en el exterior. Llegado cierto punto, la expansión de los beneficios inducida por el gobierno entró en conflicto con la base sobre la que se sostenía la ganancia de capital, empujando a todas las naciones a una depresión económica todavía más profunda. Este es el punto en donde las soluciones imperialistas se mostraron como la única vía para asegurar el capital nacional a expensas del resto de los países capitalistas. Una acentuación del nacionalismo económico precede a los conflictos internacionales, aun cuando en un principio estas políticas no pretenden más que servir a las necesidades de recuperación económica de un Estado nación capitalista particular. El New Deal también trató de superar la depresión económica desde un relativo aislamiento frente a la decadente economía mundial, solo para participar en su mayor perturbación. Con la Guerra Civil española, las potencias imperialistas comenzaron a alinearse, la eventualidad de una nueva guerra global comenzó a agitar al mundo. La producción inducida por el gobierno se transformó en producción armamentística. En EEUU esto tomó la forma de un gran programa naval. El desencadenamiento de la guerra transformó a EEUU en el «arsenal de la democracia», pero fue necesario que el país entrase en guerra para superar la Gran Depresión y alcanzar por fin el objetivo del pleno empleo. La muerte, el mayor y más grande de todos los keynesianos, gobernaba el mundo una vez más.

TERCERA PARTE

CRISIS ECONÓMICAS

IX LA TEORÍA MARXISTA DEL VALOR-TRABAJO (1969)*

MIENTRAS QUE LA PREOCUPACIÓN de Keynes por las cuestiones monetarias estaba basada en su deseo de lograr que el sistema capitalista funcionara con mayor eficiencia, el relativo descuido de estos temas por parte de Marx se originaba en su propósito de formular una teoría del desarrollo del capital. Esta teoría, la teoría del valor-trabajo, provenía de su crítica de la teoría clásica del valor.

Con objeto de producir resultados reguladores, el automatismo del mercado presupone un principio en el que se basa el intercambio, un principio que explica los precios y sus cambios. Si se tiene un precio dado, puede variar en la interacción de la oferta y la demanda, pero queda la cuestión de qué es lo que determina los precios. Para los clásicos, el precio derivaba del valor y el valor estaba determinado por el trabajo incorporado en los bienes. Esta concepción no rige en los casos específicos en los que el precio no tiene relación con el tiempo de trabajo. Marx encontró que la teoría del valor era indispensable para comprender las tendencias del desarrollo de la producción de capital y que, en realidad, era la única «base racional de la economía política».

La teoría del valor-trabajo es el fundamento tanto de la primitiva teoría económica burguesa como de su crítica marxista, y en ambos casos tiene que ver con la producción social y su distribución entre diferentes clases sociales. La economía clásica, según Marx, alcanzó su apogeo con Ricardo y fue una expresión del capitalismo industrial ascendente en el marco del decadente régimen feudal. Se presentaba como la teoría de las clases productivas, en contraste con las clases no productivas, cuyos privilegios consistían en la apropiación de intereses y rentas. Todavía no se interesaba por el proletariado industrial y por lo tanto podía ver en el trabajo al único creador y la única medida del valor económico.

* Publicado originalmente como «Marx Labour Theory of Value», capítulo 3 del libro *Marx and Keynes. The Limits of the Mixed Economy*, Boston, Porter Sargent, 1969. El libro fue traducido al castellano como *Marx y Keynes, Los límites de la economía mixta*, trad. de Ana María Palos, Ciudad de México, Era, 1975. La presente versión sigue esta edición.

La teoría del valor-trabajo se convirtió en una molestia para la clase capitalista tan pronto como las nuevas fricciones entre burguesía y proletariado replazaron y eclipsaron a las que habían existido entre los regímenes feudal y capitalista. Si el valor de los bienes está determinado por la cantidad de tiempo de trabajo requerido para su producción, y el producto total del trabajo social se divide en renta, beneficio y salarios, parece deducirse que la eliminación del beneficio y de la renta permitiría un intercambio de mercancías de acuerdo con su tiempo de trabajo. La economía ricardiana dio origen a una escuela de «socialistas ricardianos», que pedía un sistema de cambio que asegurase a los productores el valor completo de su trabajo.

Marx no dedujo conclusiones similares de la teoría del valor-trabajo. No obstante, como señaló Friedrich Engels, «el socialismo moderno, de cualquier tendencia, en tanto procede de la economía política burguesa, se relaciona casi exclusivamente con la teoría del valor de Ricardo».¹ Esta es la razón por la que Marx ha sido llamado frecuentemente «el último, así como el más grande de los economistas clásicos».² Esto cumple con el doble propósito de conceder a Marx su innegable grandeza al tiempo que disminuye la importancia de su teoría sugiriendo que está pasada de moda, junto con toda la teoría clásica. Aunque Marx aceptó y desarrolló la teoría del valor de Ricardo, él no era «el más grande» de los economistas clásicos, sino su adversario. Sabía que el mismo proceso social del trabajo no tiene nada que ver ni con el valor ni con el precio sino solo con los esfuerzos físicos y mentales de la población trabajadora y el tiempo que consumían, y que «valor» y «precio» eran categorías fetichistas en las relaciones de producción existentes. Su crítica a la economía política estaba concebida como parte de una lucha social para abolir el capitalismo junto con las teorías económicas que racionalizaban su existencia.

La teoría económica burguesa ve las relaciones de producción burguesas como relaciones naturales, esto es, sostiene «que estas constituyen las relaciones mediante las cuales se crea la riqueza y se desarrollan las fuerzas productivas conforme a las leyes de la naturaleza. Así pues, estas relaciones son ellas mismas leyes naturales independientes de la influencia del tiempo. Son leyes eternas que deben regir siempre la sociedad. Por tanto, ha existido historia, pero ya no».³

Para Marx, sin embargo, el capitalismo era solamente una forma histórica de la producción social. Reconocía que por debajo de esta forma

¹ K. Marx, *The Poverty of Philosophy*, Moscú, s. f., p. 8 [ed. cast.: *Miseria de la filosofía*, Ciudad de México, Aguilar, 1969, p. 33].

² G. Lichtheim, *Marxism*, Londres, 1961, p. 175 [ed. cast.: *El marxismo*, Barcelona, Anagrama, 1971].

³ K. Marx, *The Poverty...*, p. 121 [ed. cast.: p. 177].

específica de desarrollo social está el proceso general de desarrollo social —comprendido en la concepción materialista de la historia— que se expresa a sí mismo en una variedad de formaciones socioeconómicas ligadas a diferentes niveles de productividad del trabajo. Este proceso tiene su origen en la lucha del hombre por la existencia en un medio natural que le permite y lo obliga a incrementar su capacidad para el trabajo y la organización social. Su comienzo se pierde en la prehistoria, pero en la historia conocida las diferentes etapas de la existencia humana y social se revelan en las herramientas cambiantes y en los modos de producción.

Cuando Marx habla de la «ley del valor» en relación con una realidad más profunda que subyace a la economía capitalista, se refiere al «proceso social de vida, o lo que es lo mismo, al proceso material de producción».⁴ Estaba convencido de que en todas las sociedades, incluyendo la esperada sociedad socialista, la distribución proporcional del trabajo social de acuerdo con las necesidades sociales y los requerimientos de reproducción resulta una necesidad inevitable.

Un chico sabe —escribió a Kugelmann—, que un país que dejase de trabajar, no digo durante un año, sino durante unas pocas semanas, se moriría. Cualquier chico sabe también que la cantidad de producto correspondiente a las diversas necesidades requiere masas diferentes y cuantitativamente determinadas del trabajo total de la sociedad. El que no pueda eliminarse esta necesidad de distribuir el trabajo social en proporciones definidas mediante la forma particular de la producción social, sino que solo pueda cambiar la forma que toma, es evidente. No se puede eliminar ninguna ley natural. Lo que puede cambiar, con el cambio de circunstancias históricas, es la forma en que operan esas leyes. Y la forma en que opera esa división proporcional del trabajo en un estado de la sociedad en que la interconexión del trabajo social se manifiesta en el intercambio privado de cada uno de los productos del trabajo, es precisamente el valor de cambio de esos productos.⁵

Se ha dicho que esta y otras declaraciones similares de Marx «se oponen a la opinión generalmente aceptada de que Marx consideraba todas las leyes económicas como de carácter histórico relativo».⁶ Según Oscar Lange, por ejemplo, la posición de Marx parece «haber sido que las leyes económicas de validez universal son tan evidentes por sí mismas que apenas

⁴ K. Marx, *Capital*, Chicago, 1906, 1909, vol 1, p. 92 [ed. cast.: *El capital*, Ciudad de México, FCE, 2017, t. I, p. 44. 5].

⁵ Marx y Engels, *Selected Correspondence*, Moscú, 1953, p. 221 [ed. cast.: *Correspondencia*, Ciudad de México, Cultura Popular, 1972, vol. II, pp. 107-108].

⁶ O. Lange, *On the Economic Theory of Socialism*, Mineápolis, 1938, p. 132 [ed. cast.: O. Lange y F. M. Taylor, *Sobre la teoría económica del socialismo*, Barcelona, Bosch, 1967, p. 146, n. 7].

existe necesidad de una técnica científica especial para su estudio, con lo cual la ciencia económica tendría que concentrarse en la investigación de la forma particular que adoptaban estas leyes en un marco institucional determinado».⁷

Pero todo lo que Marx dijo sobre este punto fue que existen leyes naturales y necesidades sociales que ninguna ley económica puede violar por mucho tiempo sin destruir la sociedad. Las leyes naturales y las necesidades sociales no son «leyes económicas universales», a pesar de que, cuando son abandonadas a sí mismas como sucede en el capitalismo, pueden afirmarse como manifestaciones de la ley del valor propia de ese sistema económico. En el prefacio a la segunda edición del primer volumen de *El capital*, Marx cita con aprobación la declaración de un crítico ruso, en el sentido de que niega que:

Las leyes generales de la vida económica sean siempre las mismas, ya se proyecten sobre el presente o sobre el pasado [...] No existen tales leyes abstractas. [...] Ocurre lo contrario: cada época histórica tiene sus propias leyes [...] Tan pronto como la vida supera una determinada fase de su desarrollo, saliendo de una etapa para entrar en otra, empieza a estar presidida por leyes distintas.⁸

Como cualquier otra forma de producción social, también la producción de valor, según el punto de vista de Marx, implica una distribución del trabajo social de acuerdo con las necesidades sociales y naturales. Para Marx, la ley del valor representa la única forma indirecta que la organización social de la producción puede tomar en una sociedad productora de mercancías; pero al mismo tiempo era también una forma restringida a tal sociedad. Ilustraba su opinión con descripciones reales e imaginarias de procesos similares bajo condiciones no capitalistas. Las condiciones precapitalistas de las que trataba Marx no tienen que ocuparnos aquí; con respecto de las condiciones imaginarias, Marx se refería en primer lugar a Robinson Crusoe, que sabía que su trabajo, cualquiera que fuese su forma, no era sino su propia actividad para asegurar su existencia. Este conocimiento le obligaba a repartir su tiempo cuidadosamente entre diferentes clases de trabajo.

Imaginemos [escribía Marx] una asociación de hombres libres que trabajan con medios colectivos de producción y que despliegan sus numerosas fuerzas individuales de trabajo, con plena conciencia de lo que hacen, como una gran fuerza de trabajo social. En esta sociedad se repetirán todas las normas que presiden el trabajo de un Robinson, pero

⁷ *Ibidem*.

⁸ K. Marx, *Capital*, vol. 1, p. 23 [ed. cast.: vol. I, p. xxii].

con carácter social y no individual [...] Los productos de Robinson eran todos producto personal y exclusivo suyo, y por tanto objetos directamente destinados a su uso. El producto colectivo de la asociación a que nos referimos es un producto social. Una parte de este producto vuelve a prestar servicio bajo la forma de medios de producción. Sigue siendo social. Otra parte es consumida por los individuos asociados, bajo forma de medios de vida. Debe, por tanto, ser distribuida. El carácter de esta distribución variará según el carácter especial del propio organismo social de producción y con arreglo al nivel histórico de los productores. Partiremos, sin embargo, aunque solo sea a título de paralelismo con el régimen de producción de mercancías, del supuesto de que la participación asignada a cada productor en los medios de vida depende de su tiempo de trabajo. En estas condiciones, el tiempo de trabajo representaría, como se ve, una doble función. Su distribución con arreglo a un plan social servirá para regular la proporción adecuada entre las diversas funciones del trabajo y las distintas necesidades. De otra parte y simultáneamente, el tiempo de trabajo servirá para graduar la parte individual del productor en el trabajo colectivo y, por tanto, en la parte del producto también colectivo destinada al consumo. Como se ve, aquí las relaciones sociales de los hombres con su trabajo y los productos de su trabajo son perfectamente claras y sencillas, tanto en lo tocante a la producción como en lo que se refiere a la distribución.⁹

Ninguna «ley del valor» entra en este hipotético arreglo, que está directamente determinado por las consideraciones conscientes de los productores. También es cierto que Marx escribió que incluso después de la abolición del modo capitalista de producción, «seguirá predominando la determinación del valor, en el sentido de que la regulación del tiempo de trabajo y la distribución del trabajo social entre los diferentes grupos de producción y, finalmente, la contabilidad acerca de todo esto, serán más esenciales que nunca».¹⁰

Pero el término valor en este contexto no es sino una forma de hablar; porque, obviamente, lo que Marx quería decir es que la abolición del capitalismo no acaba con la necesidad de distribuir el trabajo de acuerdo con los requerimientos sociales. En una sociedad socialista, escribió Engels con mayor precisión, «la gente hace todo esto muy sencillamente en su casa sin necesidad de meter de por medio el célebre “valor”».¹¹

Por lo que respecta a la distribución del trabajo social, también se ha dicho que el socialismo simplemente hace manifiesto, por lo tanto más

⁹ *Ibíd.*, p. 90 [ed. cast.: p. 43].

¹⁰ K. Marx, *Capital...*, vol. 3, p. 992 [ed. cast.: vol. III, p. 787, n. 11, 12].

¹¹ F. Engels, *Anti-Dühring*, Chicago, 1935, p. 325 [ed. cast.: *Anti-Dühring*, Ciudad de México, Grijalbo, 1964, p. 307].

efectivo, lo que en el capitalismo se presenta como la «fuerza reguladora de la ley del valor». Desde este punto de vista, es solamente la mitificación de la organización social del trabajo como «ley del valor» lo que llega a su fin con el fin del capitalismo. Sus resultados desmitificados reaparecen en una economía conscientemente regulada. De acuerdo con Rudolf Hilferding, por ejemplo, la teoría del valor:

Está restringida a la época en que el trabajo y el poder que controla al trabajo no han sido conscientemente elevados al rango de principio regulador del metabolismo social y del predominio social, pero en la que este principio inconsciente y automáticamente se establece como una cualidad material de las cosas [...] Se debe a [...] que el trabajo es el lazo social que une a una sociedad atomizada, y no a que el trabajo sea el asunto más relevante técnicamente, que el trabajo es el principio del valor y que la ley del valor esté dotada de realidad.¹²

Definiendo al trabajo como principio del valor, continúa Hilferding, Marx reconoce «el factor por cuya calidad y cantidad, por cuya organización y energía productiva, es controlada causalmente la vida social».¹³ Por esta razón el principio del valor es «idéntico a la idea fundamental de la concepción materialista de la historia».¹⁴

Aparentemente, según Hilferding, la ley del valor realiza las funciones de la «mano invisible» de Adam Smith. Pero mientras que en la teoría burguesa existe un proceso de intercambio que asegura la correcta distribución del trabajo social y los productos de este trabajo, para Hilferding es el trabajo mismo y la necesaria distribución de este trabajo lo que regula la vida social a espaldas de los productores. En ambos casos, las necesidades sociales se afirman independientemente de las actividades humanas y fuerzan un esquema de comportamiento definido sobre su propia base.

La necesidad social es vista aquí como una fuerza que, reconocida o no, rige a su voluntad todas las actividades humanas que puedan oponérsele. Para Hilferding, la necesidad social se convierte en ley del valor en el capitalismo porque las relaciones sociales entre las personas están ligadas a las cosas y aparecen como cosas, como relaciones mercantiles, y no como lo que realmente son, es decir, relaciones sociales de producción entre personas. Al descartar el fetichismo de la producción de mercancías, piensa él, la ley del valor se revelará como lo que realmente es: la necesidad de regular el proceso del trabajo social de acuerdo con las necesidades sociales

¹² R. Hilferding, «Böhm-Bawerk's Criticism of Marx», *Karl Marx and the Close of his System*, Nueva York, pp. 133-134.

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ *Ibidem*.

reconocidas directamente por las necesidades de las personas. Y es únicamente en este sentido, según Hilferding, que la ley del valor es histórica. En el socialismo, la ley del valor será remplazada por una organización social de la producción y la distribución basada en el principio del trabajo y su apropiada distribución. Este cambio, no obstante, solamente hace manifiesto y directo lo que hasta ahora se presentaba indirecta e inconscientemente en la forma de relaciones de valor. De acuerdo con P. M. Sweezy, otro marxista:

Una de las principales funciones de la ley del valor es la de aclarar que en una sociedad productora de mercancías, a pesar de que las decisiones no se toman de un modo centralizado y coordinado, existe el orden y no simplemente el caos. Nadie decide cómo se debe asignar el esfuerzo productivo, o cuánto se debe producir de las diversas clases de mercancías; sin embargo, el problema se resuelve, y no en una forma puramente arbitraria e ininteligible. La función de la ley del valor consiste en explicar cómo sucede esto y cuál es el resultado.

De esto se deduce, dice Sweezy:

En la medida en que la asignación de la actividad productiva es sometida a un control consciente, la ley del valor pierde su pertinencia y su importancia; el principio de la planificación la sustituye. En la economía política de una sociedad socialista, la teoría de la planificación debiera ocupar la misma posición básica que la teoría del valor en la economía política de una sociedad capitalista.¹⁵

En consecuencia, según Sweezy, la oposición entre la producción de valor y la producción planificada es la que existe entre control consciente e inconsciente de la producción. La función de la ley del valor, por ejemplo, la regulación de las «proporciones del cambio de mercancías, la cantidad producida de cada una, y la asignación de la fuerza de trabajo a las diferentes ramas de la producción»,¹⁶ son también las funciones del principio de planificación con la diferencia, sin embargo, de que el último va acompañado de conocimiento y previsión y el primero no.

Según Marx, «economía del tiempo: a esto se reduce finalmente toda economía».¹⁷ Pero aunque la «economía del tiempo» determine la distribución del trabajo tanto en el socialismo como en el capitalismo, la

¹⁵ P. M. Sweezy, *The Theory of Capitalist Development*, Nueva York, 1942, p. 53 [ed. cast.: *La teoría del desarrollo capitalista*, Ciudad de México, FCE, 1945, p. 65].

¹⁶ *Ibidem*, p. 64.

¹⁷ K. Marx, *Grundrisse der Kritik der Politischen Ökonomie*, Berlín, 1953, p. 89 [ed. cast.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971, p. 101].

distribución en sí misma será diferente para cada uno de estos sistemas. En el capitalismo está determinada por la producción de capital como valor de cambio; en el socialismo, la producción es supuestamente una producción para el uso, libre de valor. Por lo tanto, la distribución del trabajo en el capitalismo no es idéntica a la distribución del trabajo que prevalece en otras formas de producción social. Es una forma capitalistamente modificada de esta necesidad de distribuir el trabajo en proporciones determinadas. Y es precisamente esta modificación la que hace que la distribución del trabajo en el capitalismo aparezca como una «ley económica» que opera ciegameamente como una ley natural. Porque es la naturaleza del proceso de producción la que determina la distribución del trabajo según las necesidades planteadas por la «economía del tiempo». Aunque la producción de valor también descansa en el trabajo social y en la economía del tiempo, no se deriva del proceso de trabajo mismo. De forma más precisa, la producción de valor deriva del proceso de trabajo tal como lo modifican y cambian las relaciones sociales del capitalismo. Lo que Marx define como lo «racional y naturalmente necesario», y como «el proceso vital de la sociedad basado en el proceso material de la producción», no es ni una categoría económica ni una «ley económica de validez universal», sino simplemente la condición básica de toda existencia y desarrollo social.

A pesar de la afirmación de Hilferding, la concepción materialista de la historia no es idéntica a la teoría del valor-trabajo. La primera se refiere al desarrollo social en general, en el que el capitalismo es solamente un caso especial. La teoría del valor-trabajo se refiere a unas relaciones sociales específicas que operan bajo la producción de capital. La producción de capital transforma el proceso de trabajo en un proceso de producción de valor y las relaciones sociales en categorías económicas. La teoría del valor-trabajo se refiere a la inevitable necesidad —común a todas las sociedades— de trabajar y distribuir el trabajo social en proporciones definidas. Pero esta necesidad general se manifiesta en ley del valor solamente en el capitalismo, y solo porque la economía de mercado no puede separar el proceso de producción de valor del proceso de producción mismo. La ley del valor no opera fuera de las relaciones del mercado y no es un requisito necesario para la organización social del trabajo. Pero la organización social del trabajo es necesaria para la producción social, y el capitalismo encuentra la respuesta a esta necesidad en la ley del valor.

El tipo de regulación de la producción originado por la ley del valor es también específico del capitalismo. La distribución proporcional del trabajo social es necesaria en todos los sistemas de producción social; pero igualmente variará con las diferencias entre esos sistemas. Incluso los requerimientos más generales de la producción social, que pueden ser válidos en todas las etapas del desarrollo social, toman un carácter histórico específico

cuando se aplican en diferentes sistemas sociales de producción. Esto no es simplemente una cuestión de regulación consciente contra regulación inconsciente, como Sweezy parece implicar al referirse al desplazamiento de la ley del valor por el principio de planificación; porque la regulación de la producción bajo el principio de planificación sería muy distinta a la determinada por la ley del valor.

[Para Marx] incluso las categorías más abstractas, a pesar de su validez —precisamente debido a su naturaleza abstracta— para todas las épocas son, no obstante, en lo que hay de determinado en esta abstracción, el producto de condiciones históricas y poseen plena validez solo para esas condiciones y dentro de sus límites.¹⁸

Por ejemplo, como él señaló, tanto el hecho y el concepto del trabajo abstracto, de «trabajo en general» son muy antiguos. Sin embargo, el trabajo abstracto como una categoría económica es una realización moderna. Los fisiócratas todavía consideraban el trabajo agrícola como la única clase de trabajo que crea valor. Con Adam Smith, sin embargo, es ya el trabajo como tal, bien sea aplicado a la manufactura, al comercio o a la agricultura, el que produce la riqueza de las naciones. La riqueza se obtiene por medio de todos los tipos de trabajo, por el trabajo en general. Según esto puede parecer, escribió Marx:

Se habría encontrado finalmente la expresión abstracta de la relación más simple y antigua, en que entran los hombres en tanto productores, cualquiera que sea la forma de la sociedad. Esto es cierto en un sentido. Pero no en el otro. La indiferencia frente a un género determinado de trabajo supone una totalidad muy desarrollada de géneros reales de trabajo, ninguno de los cuales predomina sobre los demás [...] Aquí, pues, la abstracción de la categoría «trabajo», el «trabajo en general», el trabajo *sans phrase*, que es el punto de partida de la economía moderna, resulta por primera vez prácticamente cierta. De este modo, la abstracción más simple que la economía moderna coloca en el vértice, y que expresa una relación antiquísima y válida para todas las formas de sociedad, se presenta no obstante como prácticamente cierta en este [grado de] abstracción solo como categoría de la sociedad moderna.¹⁹

A causa de que el capitalismo es, hasta ahora, la organización de la producción social más desarrollada, sus categorías económicas iluminan las relaciones de producción social anteriores. Así como «la anatomía del hombre es la clave para la anatomía del mono», como dijo Marx, así la

¹⁸ *Ibidem*, p. 25 [ed. cast.: p. 26].

¹⁹ *Ibidem* [cursivas de P. M.].

sociedad burguesa es clave para conocer las relaciones de producción de formaciones sociales previas. Pero no en el sentido de la teoría económica burguesa que, sin hacer caso de diferenciaciones históricas, solo descubre en todas las sociedades pasadas sus propias categorías económicas. Las categorías económicas de la sociedad burguesa pueden servir para comprender las condiciones de vida comunes a todas las formaciones sociales, pero no nos llevarán al descubrimiento de «leyes económicas de validez universal». La teoría del valor-trabajo, esto es, la ecuación de la riqueza social en general con el trabajo social en general, que también ha producido una comprensión de lo «racional y naturalmente necesario» común a todas las formaciones sociales, seguirá teniendo validez general en el futuro como la ha tenido en el pasado, en tanto que es en sí misma una expresión de lo «racional y naturalmente necesario», pero no en el aspecto de que es una expresión de las relaciones de producción específicamente capitalistas.

Como medida del valor y medio para distribuir el trabajo social, la teoría del valor se desarrolló para, y dentro de, las relaciones de producción burguesas. El plustrabajo es lo que engendra al capital y es por ello que la riqueza social se mide por el tiempo de trabajo. Pero la formación de la riqueza como acumulación de plusvalor es solo una forma de producción de riqueza particular e históricamente condicionada, ligada a las relaciones de clase y de propiedad específicas del capitalismo. Aunque la riqueza como capital solamente puede ser aumentada por medio del aumento del plustrabajo como plusvalor, esto no se debe al proceso de producción de riqueza material como tal, sino a la forma que toma este proceso dentro de las relaciones sociales del capitalismo. El capital nace del tiempo de trabajo, y crece más rápidamente en la medida en que más tiempo de trabajo se convierte en tiempo de trabajo excedente; pero la riqueza social real depende solamente de la productividad real del trabajo y de las condiciones reales de producción, y no está necesariamente ligada a la magnitud del tiempo de trabajo.

Para Marx y Engels, el valor económico es «una categoría que pertenece a la producción de mercancías y desaparece con este modo de producción, ya que no existía con anterioridad al mismo».²⁰ Las categorías económicas «no son más que abstracciones de estas relaciones reales y que únicamente son verdades mientras esas relaciones subsisten».²¹ Mientras existen, sin embargo, determinan las actividades económicas. Una crítica de la economía política debe comenzar, por lo tanto, por el análisis de las relaciones del valor.

²⁰ Engels a Kautsky, *Aus der Frühzeit des Marxismus*, Praga, 1935, p. 145.

²¹ Marx to P. Annenkov, *Selected Works*, vol. II, p. 446 [ed. cast.: Marx a P. Annenkov, *Obras escogidas*, Moscú, Progreso, 1971, vol. II, p. 448].

En el mercado es donde los productos del trabajo adquieren un estatus social uniforme como mercancías. Este estatus es distinto de sus variadas formas de existencia como objetos de utilidad. Según Marx, esta división de un producto en una cosa útil y un valor no procede del proceso de trabajo entendido como el metabolismo entre el hombre y la naturaleza, sino que es una adquisición social.

Logra importancia práctica «allí donde el cambio adquiere la extensión e importancia suficientes para que se produzcan objetos útiles con vistas al cambio, donde, por tanto, el carácter de valor de los objetos se acusa ya en el momento de ser producidos».²²

El trabajo privado de cada productor es socialmente igual al de todos los demás productores solo porque la mutua capacidad de ser intercambiados que poseen todos los distintos tipos de trabajos y de productos útiles es un hecho social establecido. Y en esta «igualdad *toto coelo* de diversos trabajos, hay que hacer forzosamente abstracción de su desigualdad real, reducirlos al carácter común a todos ellos como desgaste de fuerza humana de trabajo, como trabajo humano abstracto».²³

La diferencia entre las diversas clases de trabajo es precisamente la condición necesaria para el intercambio de mercancías «medidas» en términos de tiempo de trabajo abstracto. La reducción de todos los tipos de trabajo, sin considerar la habilidad y la productividad, a trabajo simple o abstracto no solo es un postulado de la teoría del valor sino que se establece real y constantemente en el proceso de intercambio.

Por muy complejo que sea el trabajo a que debe su existencia una mercancía, el valor la equipara en seguida al producto del trabajo simple, y como tal valor solo representa, por tanto, una determinada cantidad de trabajo simple.²⁴

Además, no es la productividad individual la que determina el valor de cualquier mercancía particular, sino la productividad socialmente necesaria, o promedio, requerida para su producción; y no es la particular habilidad individual la que se tiene en consideración en el proceso de cambio sino únicamente la evaluación social de esta habilidad. Y esta evaluación, por la naturaleza del objeto, solo puede ser cuantitativa: un múltiplo de trabajo simple expresado en términos de dinero.

El capitalismo no es una sociedad de trabajadores independientes que cambian sus productos de acuerdo con el promedio social de tiempo de

²² K. Marx, *Capital...* vol. I, p. 84 [ed. cast.: vol. I, p. 39].

²³ *Ibidem*.

²⁴ *Ibidem*, p. 51 [ed. cast.: p. 12].

trabajo incorporado en ellos: es una economía productora de plusvalor empeñada en la persecución competitiva del capital. La fuerza de trabajo es una mercancía; su valor (valor de cambio) está determinado por sus requerimientos de producción y reproducción medidos en términos de tiempo de trabajo. Su valor de uso tiene la capacidad de producir, además de su propio valor de cambio, plusvalor. Este modo de producción es posible porque los trabajadores están separados de los medios de producción, y de esa manera se ven forzados a vender su fuerza de trabajo a los dueños del capital. Obviamente, el cambio «igual» entre capital y trabajo en términos de valor se basa en el hecho de que parte del trabajo social no es cambiado en absoluto, sino que sencillamente es apropiado por los compradores de la fuerza de trabajo.

Pero tanto si es enajenado como cambiado, el producto social total entra en el mercado en forma de mercancías. Cualquier parte de este que no pueda ser vendida carece de valor, aunque se haya incorporado trabajo en ella. La parte no vendida del trabajo social será un despilfarro de trabajo excedente; simplemente habrá menos plusvalor que trabajo excedente. Para realizar toda el plusvalor producido, es necesario producir mercancías para las que exista una demanda suficiente. Los capitalistas ajustarán, individualmente, su producción a través de pruebas y errores a la cambiante demanda del mercado social.

El trabajo y el tiempo de trabajo es una preocupación de todo empresario, aun cuando tenga su atención fija en los precios del mercado en el intento de llevar al máximo sus beneficios. Ya que para obtener esos beneficios, primero debe llevar al máximo el trabajo excedente en el proceso de producción. Puede lograr esto bien alargando el tiempo de trabajo o bien aumentando la intensidad y productividad del trabajo durante un tiempo dado. En cualquiera de estos casos, tratará de reducir al mínimo el valor de cambio de los trabajadores y aumentar al máximo su plusvalor. Lo que se aplica al empresario individual se aplica también a la sociedad globalmente: de la producción total, un mínimo de salarios producirá un máximo de beneficios.

X

LA CRISIS PERMANENTE. LA INTERPRETACIÓN DE HENRYK GROSSMAN SOBRE LA TEORÍA MARXISTA DE LA ACUMULACIÓN DE CAPITAL (1934)*

I. La caída tendencial de la tasa de ganancia

Según Marx, el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad es el motor del desarrollo histórico. Al adquirir nuevas fuerzas productivas, los humanos modifican su modo de producción, y al cambiar sus modos de producción y sus formas de ganarse la vida, cambian a su vez todas sus relaciones sociales. La transformación de la rueca, el telar y el martillo del herrero en la máquina hiladora, el telar mecánico y el martillo neumático no solo supuso un cambio en los pequeños talleres de los artesanos, sino que vino acompañada por plantas industriales que comenzaron a emplear a miles de trabajadores. También supuso el derrocamiento del orden social feudal por la instauración del capitalismo. Como se puede ver, no se trató de una simple revolución material, supuso también una revolución cultural.

El capitalismo como sistema económico tiene la misión histórica de desarrollar las fuerzas productivas de la sociedad a mucha mayor escala de lo que fue posible bajo cualquier sistema previo. El motor del desarrollo de las fuerzas productivas bajo el capitalismo es la búsqueda de ganancias. Pero la razón última sobre la cual ha podido sostenerse este proceso de desarrollo es que siga produciendo beneficios. Desde este punto de vista, el capital se convierte en una barrera para el desarrollo continuado de las fuerzas productivas tan pronto como el desarrollo entra en conflicto con la necesidad de producir beneficios. «El monopolio del capital se convierte en una traba del modo de producción que ha florecido junto con él y bajo su amparo. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan a tal punto que se hacen incompatibles con su envoltura capitalista».

Marx siempre consideró el movimiento de las leyes económicas desde dos puntos de vista: primero como un «proceso de historia natural» y, segundo, en la forma social, específica, que este adopta. El desarrollo de

* Publicado originalmente en *International Council Correspondence*, vol. 1, núm. 2, noviembre de 1934. Traducido para este volumen por Pablo Oliveros Gregorio.

las fuerzas productivas ha tenido lugar en todo sistema social, este consiste en un proceso que implica una productividad del trabajo cada vez mayor a través de la utilización de herramientas mejores o métodos de trabajo que resultan más eficientes. El proceso productivo bajo el capitalismo, aparte de producir bienes necesarios para la reproducción de la vida, también produce valor y plusvalor, y es a través de este hecho particular que el capitalismo ha sido capaz de acelerar el desarrollo de las fuerzas productivas de una manera tan descomunal. Las cosas ya no son únicamente máquinas, materias primas o fuerza de trabajo, sino que son también capital. El desarrollo de los instrumentos de producción implica justamente la expansión de la producción y reproducción de capital, y esto solo es posible cuando el plusvalor o la ganancia es el resultado del proceso productivo del capital. Al analizar los procesos de producción de plusvalor, Marx descubre que tendencialmente se produce un conflicto entre las fuerzas productivas materiales y la forma capitalista que estas adoptan. Cuando la producción no es capaz de generar el suficiente plusvalor, si el capital no puede ser «empleado», no existe posibilidad de continuar el desarrollo de las fuerzas productivas. En ese momento las formas capitalistas deben ser abolidas para que un sistema económico y social más avanzado y superior tome su lugar.

En el sistema capitalista, el trabajo asalariado es necesario para la producción de plusvalor. Al comprar fuerza de trabajo, el capitalista adquiere el derecho a usarlo en su propio beneficio. A través de su trabajo, el obrero es capaz de producir un valor más grande del que consume, o lo que es lo mismo, produce una cantidad de valor mayor de la que el capitalista le paga en forma de salario. Desde el momento en que el capitalista compra fuerza de trabajo a su valor de cambio y adquiere total control de su valor de uso, resulta una creación de plusvalor de la que el capitalista se apropia, obteniendo una parte de capital adicional que emplea para la acumulación, el pago de intereses a los banqueros, rentas a los terratenientes, así como beneficios comerciales para los intermediarios, etc., pudiendo retener la parte sobrante para su propio consumo.

Todas las mercancías tienen en común el hecho de ser un producto del trabajo. De hecho, toda mercancía es valorada e intercambiada por la proporción de trabajo socialmente necesario para su elaboración, lo que incluye la mercancía fuerza de trabajo. El desarrollo de las fuerzas productivas implica un aumento de la productividad del trabajo, lo cual a su vez comporta que cada aumento de la producción incorpora una menor cantidad de trabajo en la realización de cada mercancía, es decir, cada mercancía contiene menos valor, y en consecuencia menor plusvalor. Esta disminución del valor de cada mercancía solo puede ser compensada por el incremento de las mercancías producidas, lo cual hace necesario un

aumento de la tasa de explotación del trabajo. Este aumento suele darse bajo dos formas principales: mediante el alargamiento de la jornada laboral («plusvalor absoluto») o acortando los tiempos de trabajo necesarios para reproducir el salario de los trabajadores («plusvalor relativo»). Si la prolongación de la jornada resulta imposible, la única vía posible es acortar los tiempos de trabajo necesarios, lo cual solo puede lograrse haciendo disminuir el valor de la fuerza de trabajo. La reducción del valor de las mercancías es el único medio posible para reducir el valor de la fuerza de trabajo, situación que solo puede tener lugar como resultado del aumento de la productividad. Este proceso es, al mismo tiempo, un acelerador que obliga a un desarrollo técnico que se produce a un ritmo cada vez mayor gracias a la producción en masa y el uso de gigantescas y costosas máquinas, concentradas en enormes complejos industriales, las cuales eliminan a los pequeños capitalistas individuales en favor de los intereses de las corporaciones y los grandes capitalistas.

Si el trabajo es la fuente de sus beneficios, los capitalistas deberían tener un interés en explotar a tantos trabajadores como sea posible. A más trabajadores, más plusvalor y valor, es decir, más beneficios. Sin embargo, es un hecho que desde el comienzo mismo del capitalismo, el número de trabajadores en relación con el capital empleado no ha hecho sino disminuir. Incluso si su número absoluto se ha incrementado durante un tiempo, este crecimiento se ha producido a un ritmo más lento que el de la acumulación de capital. Hoy, el número de trabajadores empleados ha caído, no solo en términos relativos, sino absolutos. (Desde 1918 el número de trabajadores empleados en la industria ha ido cayendo de forma continua mientras que, hasta 1929, la producción se ha ido incrementando). El proceso de incremento de la productividad unido al proceso de concentración de capital se traduce en una cantidad cada vez mayor de mercancías producidas por un número cada vez menor de trabajadores. Se produce así un doble aumento, del desempleo y de la producción. Esta realidad, que tiene lugar en medio de una urgente necesidad del capitalismo de realizar una explotación más extensiva, es indicativa de los límites con los que se topa la producción capitalista. Cuanto más se intensifica la explotación, más rápido se alcanzan estos límites. «Los mismos factores que elevan la capacidad productiva del trabajo, que aumentan los productos de consumo de masas, que amplían los mercados, que aceleran la acumulación de capital, tanto en cuanto a su magnitud como en cuanto a su valor, y que hacen caer la tasa de ganancia, han creado y crean constantemente una superpoblación relativa, una superpoblación de obreros que el capital sobrante no emplea por el bajo grado de explotación del trabajo al que tendría que emplearlos o, al menos, por la baja tasa de ganancia que se obtendría con este grado de explotación».

La ley del valor es, según Marx, la ley que regula la producción de mercancías y en qué proporción se distribuye el trabajo en una sociedad, pero esta solo actúa sobre el conjunto de bienes del total de la sociedad, no sirve para medir las unidades capitalistas individuales. En realidad, la ley del valor solo puede aplicarse mediante la competencia que se desata entre las empresas individuales, pues el intercambio de mercancías no se produce de acuerdo con el valor, sino a su precio de producción. Si un capitalista vende por encima del valor, otro capitalista estará vendiendo por debajo del valor. La competencia, que se traduce en el establecimiento de la tasa media de ganancia, también sirve para establecer la ley del valor como ley final y general que subyace a la suma total de las transacciones individuales en los precios de producción.

Sin esto, la tasa de ganancia diferiría de una rama de producción a otra, según el periodo de rotación del capital y la composición orgánica del capital. Cuanto mayor sea la tasa de plusvalor, mayor tasa de ganancia. (La tasa de plusvalor o explotación queda definida por el plusvalor dividido por la cantidad de capital invertido en salarios y recibe el nombre de capital variable. La tasa de ganancia es la tasa de plusvalor dividida por el capital total, el cual incluye el capital constante y el capital variable). Cuanto más rápidamente se produce la rotación de capital, o lo que es lo mismo, cuanto antes sea recuperado el capital invertido mayor será la cantidad de plusvalor obtenida, más alta la tasa de ganancia obtenida y viceversa. La ratio entre medios de producción y fuerza de trabajo, expresado en su forma de valor como capital constante y variable, es lo que llamamos composición orgánica del capital. A una mayor composición orgánica de capital, le corresponde una menor tasa de ganancia.

Como no solo cae la tasa de ganancia de los capitalistas individuales, sino que lo hace también la tasa de ganancia general debido al aumento de la composición orgánica del capital, los pequeños capitalistas se ven empujados a la destrucción cuando no son capaces de incrementar los beneficios de forma suficiente. La existencia de los capitalistas depende de su capacidad para incrementar su capital al disminuir los costes de producción por debajo de lo normal. El capitalista debe entonces esforzarse por obtener un beneficio extra produciendo y vendiendo sus productos por encima de su valor individual, pero por debajo de su valor social. Cada capitalista alberga necesariamente el mismo deseo y es por eso que deben tratar de acumular la mayor cantidad de capital.

Si cada capitalista deja de reinvertir parte de su plusvalor en la empresa, corre el riesgo de que su capital pierda valor, quedando sus métodos técnicos anticuados respecto del desarrollo general de las fuerzas productivas. Este hecho resulta en un nuevo aumento de la composición orgánica y una

disminución mayor de la tasa de ganancia, por lo que se vuelven a acelerar los tiempos de desarrollo, al estimular la búsqueda de beneficios extra. Para un capitalista, resistirse a este proceso significa el suicidio.

A fin de comprender la acción de la ley del valor y la acumulación, debemos primero disgregar estas acciones que suceden en el plano individual y externo y comenzar a considerar la acumulación desde el punto de vista del capital total, en tanto el valor del capital social total y los precios totales son idénticos. «El factor más importante, en esta investigación, es la composición del capital y los cambios experimentados por ella en el transcurso del proceso de la acumulación». Bajo el modo de producción capitalista, y solo en esta forma histórica, el desarrollo de las fuerzas productivas no solo se expresa como un crecimiento de los medios de producción bajo la ecuación de obtener más con menos trabajo (tal y como sucede en todo sistema económico), sino también en un incremento de la composición orgánica del capital, con más capital constante, menor cantidad de capital variable y la consecuente caída de la tasa de ganancia. «Una caída en la tasa de ganancia y la acumulación acelerada no son más que dos modos distintos de expresar el mismo proceso, en el sentido de que ambos expresan el desarrollo de la capacidad productiva. La acumulación, por su parte, acelera la caída de la tasa de ganancia, toda vez que implica la concentración de los trabajos en gran escala y, por tanto, una composición más alta del capital».

La caída en la tasa de ganancia aparece acompañada por un incremento de la masa de ganancia, en tanto el capital se acumula más rápido de lo que cae la tasa de ganancia. El hundimiento de la tasa de ganancia y el crecimiento de la masa de ganancias son, por tanto, causados por la acumulación capitalista. Al mismo tiempo el hundimiento de la tasa de ganancia actúa como un *indicador de la caída relativa de la masa de ganancia*. Cuando la acumulación de capital alcanza cierto punto, la masa de ganancias no caerá de manera relativa respecto de la cantidad total de capital invertido, sino de manera absoluta, *un capital social mayor rendirá un beneficio más pequeño en términos absolutos*. Pero este punto solo se alcanza al final de cierto periodo de acumulación. «El mismo desarrollo de la fuerza productiva social del trabajo se expresa, pues, a medida que progresa el régimen capitalista de producción, de una parte, en la tendencia a la caída progresiva de la tasa de ganancia y, de otra, en el aumento constante de la masa absoluta de plusvalor o ganancia apropiada, de tal modo que, en conjunto, al descenso relativo del capital variable y de la ganancia corresponde un aumento absoluto de ambos». Esto es una expresión característica del desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo bajo el modo de producción capitalista.

II. Acumulación y crisis

La caída de la tasa de ganancia ha empujado a la economía burguesa a una situación de desequilibrio. Para Marx, «la caída de la tasa de ganancia es una ley que, al llegar a un cierto punto, se opone del modo más hostil a su propio desarrollo y que, por tanto, tiene que ser constantemente superada por medio de crisis periódicas». La acumulación y una mayor composición orgánica del capital son fenómenos idénticos. A este movimiento le acompaña la caída de la tasa de ganancia. Con una composición orgánica (1:1) de, digamos, 30 unidades de capital constante, 30 de capital variable y una tasa de explotación del 100 %, la tasa de beneficio sería del 50 %. Con una composición orgánica de (5:1), es decir, 250 unidades de capital constante y 50 de capital variable e idéntica tasa de explotación, la tasa de beneficio es del 16,6 %. Como se ha señalado anteriormente, el porcentaje de plusvalor (aquí el 100 %) está determinado por la proporción entre trabajo necesario y plustrabajo. Sin embargo, la tasa de ganancia es el plusvalor dividido por el capital total —el capital constante y variable—. En el ejemplo previo, ambos capitales, constante y variable, se han incrementado. Se ha expandido pues, no solo la escala productiva, sino también el número de trabajadores empleados. Comenzamos con una baja composición orgánica del capital (1:1) y terminamos con una alta (5:1). Esto es a su vez causa y efecto del incremento de la productividad del trabajo, el cual también debe expresarse como un aumento de la tasa de plusvalor. Al principio, teníamos una tasa de plusvalor del 100%, pero el incremento de la productividad reduce el tiempo de trabajo necesario e incrementa la tasa de plusvalor, lo cual sirve para contrarrestar la caída de la tasa de ganancia. Si la tasa de plusvalor se incrementa del 100 al 300 %, entonces incluso una composición orgánica del capital alta (5:1), produciría la misma cantidad de beneficios, un 50 %, que una composición del capital baja (1:1) con una de plusvalor del 100 %. Además de esto, mediante el incremento de la productividad del trabajo, la tasa de plusvalor también puede aumentar debido a otros factores, compensando así el incremento de la composición orgánica del capital. Más tarde investigaremos este asunto, pero se escoja el camino que se escoja, el hecho es que la caída de la tasa de ganancia viene acompañada por un incremento de la masa de beneficios, el cual sirve para contrarrestar el peligro implícito en la tasa decreciente. Este aumento del capital implica, no obstante y a su vez, una nueva caída de la tasa de ganancia. El hundimiento de la tasa de ganancia genera nuevos intentos de incrementar el plusvalor obtenido, tal y como ocurre en la actualidad.

Si desde el comienzo del proceso la caída de la tasa de ganancia viene acompañado por un incremento de la masa de beneficios, resulta difícil comprender cómo el derrumbe del capitalismo puede ser consecuencia

de la misma caída de la tasa de ganancia, así como observar la relación existente entre las crisis periódicas y la caída de esta tasa. A menudo se ha intentado buscar una explicación para esta conexión, pero todas estas tentativas han fallado porque su explicación únicamente se basaba en, y se limitaba a, *la investigación de la caída de la tasa de ganancia*. Henryk Grossman ha sido el primero en señalar que la crisis y el derrumbe final son fenómenos que *deben ser explicados no solo por medio de la caída de la tasa de ganancia, el cual no es más que un mero índice de la ganancia, sino por la masa real de ganancia subyacente*. Según Marx, la acumulación de capital viene determinada no solo por la tasa de ganancia, sino también por la masa de beneficios. En otras palabras, el plusvalor puede aumentar de manera absoluta, pero nunca conseguirá hacerlo de forma suficiente en relación con las necesidades de acumulación, ya que el aumento de la composición orgánica del capital engulle una parte cada vez mayor del plusvalor obtenido.

La acumulación de capital se inicia con una serie de grandes *booms* que se ven interrumpidos por crisis periódicas. En tanto la tasa de acumulación aumenta, la intensidad de las crisis crece de forma paralela. El proceso de reproducción capitalista se repite, no en la forma de un círculo, sino en la de una espiral que se acerca a un punto concreto. La producción de plusvalor, debido a sus contradicciones internas, tiene que conducir a su propia negación. Pero solo la acumulación de estas contradicciones puede transformar estas en algo cualitativamente diferente: la revolución. *Las mismas leyes que al principio constituían el motor del rápido desarrollo capitalista, se convierten ahora en la fuerza motriz de su derrumbe*. Aun así, el derrumbe no se expresa de manera uniforme y en una línea recta descendente. Este proceso se ve constantemente interrumpido en la medida en que el capitalismo modifica las leyes generales abstractas que rigen la acumulación capitalista. Marx no elaboró ninguna teoría especial sobre las crisis, pero sus análisis de las leyes capitalistas de la reproducción o la acumulación eran también parte de la teoría de la crisis. Ilustremos este proceso con unas tablas ficticias de la ley de la reproducción capitalista.

Para que la acumulación pueda ser posible, el plusvalor debe ser dividido en tres partes: una primera, que debe ser invertida en capital constante, otra en capital variable adicional y el restante se corresponde con la parte a consumir por la clase capitalista en tanto individuos. Durante la fase ascendente del capitalismo, el capital variable crecía igual que el capital constante, solo que a un ritmo más lento. Comenzamos nuestra tabla con una composición orgánica de 2:1. El capital constante aumenta cada año un 10 %, el capital variable en un 5%. La tasa de plusvalor permanece al 100 %. (El capital constante recibe el nombre de C, el variable, V. La parte consumible por los

capitalistas es R. AC representa el plusvalor disponible para la acumulación de capital constante y AV el variable. Llamaremos VYP al valor al producto anual, el porcentaje de plusvalor consumido por los capitalistas será R %, la tasa de acumulación A % y la tasa de beneficio P %).

Tabla 10.1

Año	C	V	R	AC	AV	VYP	R %	A %	P %
1	200.000	100.000	75.000	20.000	5.000	400.000	75,00	25,00	33,3
2	220.000	105.000	77.750	22.000	5.250	430.000	74,05	25,95	32,6
3	242.000	110.250	80.539	24.200	5.511	462.500	73,04	26,96	31,3
4	266.000	115.762	83.374	26.600	5.788	497.524	72,02	27,98	30,3

A través de esta tabla podemos ver cómo la acumulación aumenta a costa de la caída de la tasa de ganancia. La acumulación sigue siendo rentable para los capitalistas, ya que sus ingresos se reducen en relación al total del plusvalor, pero aumentan de forma absoluta. Durante el primer año los capitalistas obtienen un retorno de 75.000, durante el cuarto año 83.374.

Esta tabla constituye una ficción, que bajo ninguna circunstancia debería ser confundida con la realidad. Un aumento progresivo de la composición orgánica del capital, acompañado de una tasa constante de la explotación resulta imposible, cuando no un sinsentido. Esta tabla solo resulta útil para ilustrar la tendencia de la acumulación cuando no se producen interferencias y situaciones complicadas. Incluso con una tasa de plusvalor constante, la acumulación solo puede producirse más rápido a través de un incremento de la tasa de explotación. Esta tabla también refleja la acumulación en su forma de valor y no expresa la cantidad de valores de uso. Hacerlo produciría múltiples modificaciones. La devaluación de capital que necesariamente aparece conectada con los procesos de acumulación ha sido aquí ignorada.

Si nosotros, como Henryk Grossman, ampliáramos esta tabla hasta el año 35, seríamos capaces de demostrar, si no la actual acumulación capitalista, al menos su «ley inherente». Pero para llegar a la realidad capitalista, además de tener en cuenta las leyes internas de la acumulación capitalista, también debemos tener en cuenta los elementos que hemos ignorado en esta tabla ilustrativa. No obstante, se debe de tomar en consideración que los elementos que no se han tomado en cuenta en la tabla solo determinan el *tempo* de la acumulación, ya sea acelerando o ralentizando el proceso, el cual sigue siendo esencialmente el mismo. Sigamos con la tabla:

Tabla 10.2

Año	C	V	R	AC	AV	VYP	R%	A%	P%
5	292.600	121.500	86.213	29.260	6.077	535.700	70,93	29,07	29.3
6	321.860	127.627	89.060	32.186	6.381	577.114	69,70	30,30	28.4
20	1.222.252	252.961	117.832	122.225	12.634	1.727.634	46,63	53,37	17.1
21	1.344.477	265.325	117.612	134.447	13.266	1.875.127	44,33	55,67	16.4
34	4.641.489	500.304	11.141	464.148	25.015	5.642.097	0,45	99,55	9.7
35	5.105.637	525.319	0	510.563	14.756	6.156.275	0,00	104,61	9.3

Esta tabla muestra que la misma fuerza que, al principio, hizo posible el auge del capitalismo, llegada una cierta fase de la acumulación, conduce a la *sobreacumulación* y sus consecuencias correlativas. El capital constante, que en el primer año (tabla 10.1) constituía el 50 % de la producción anual, en el trigésimo quinto año constituye el 82,9 %. La parte consumible por los capitalistas, que hasta el vigésimo año se incrementa de forma relativa a la masa de plusvalor, tal y como muestra R %, disminuye a partir de este momento de forma absoluta. En el trigésimo quinto año desaparece completamente. La caída de la tasa de ganancia ocurrida a partir del vigésimo año se deja primero notar como una caída total de la masa de ganancia que disponen los capitalistas para su propio consumo. Hasta el vigésimo año la acumulación es rentable en términos de rendimiento económico. A partir del vigésimo primer año, este rendimiento se desploma. Si partimos de que el capital variable se incrementa de forma anual un 5 %, AV muestra un déficit. En el trigésimo quinto año, frente a los 26.265 trabajadores necesarios, solo hay disponibles 14.756, dejando un déficit de 11.509. Este déficit representa al ejército industrial de reserva como producto inevitable del proceso de acumulación capitalista. El capital acumulado en el trigésimo quinto año no puede funcionar. Debido a que hay 11.509 trabajadores que no pueden ser empleados, el capital constante adicional (AV: 510.563) no puede ser reinvertido. Partiendo de nuestra hipótesis, una población de unas 551.548 personas requeriría en el trigésimo sexto año de un capital constante de 5.616.200. En consecuencia, en una población de 540.075 solo 5.499.015 unidades de capital constante podrían ser invertidas. Existirá entonces un excedente de capital de 117.185 que no podría ser empleado. Una insuficiente «utilización» del capital ha llevado a un proceso de sobreacumulación. Tenemos entonces un excedente de capital incapaz de expandirse y un exceso de población que no puede ser empleada (las investigaciones empíricas llevadas a cabo por W. C. Mitchel en EEUU han demostrado que en tiempos de expansión económica los beneficios crecen de forma ininterrumpida, mientras que en los periodos de crisis vienen precedidos por una disminución de los

beneficios). En definitiva, la «utilización» creciente del capital es la causa general de la acumulación de capital y su falta de «utilización» suficiente la causa de las crisis.

La fórmula teórica de la sobreacumulación, tal y como la hemos presentado, fue primero teorizada por Henryk Grossman, quien considera su trabajo solo como una reconstrucción de la teoría de Marx de la acumulación, que es la teoría de la crisis y el colapso del capitalismo. Según Grossman, para que la acumulación tenga lugar, debe incrementarse la composición orgánica del capital, así como una parte relativamente mayor del plusvalor debe ser empleada como capital constante adicional (AC). Mientras que la masa total de capital social en una composición orgánica baja es pequeña, el plusvalor es relativamente amplio y conduce a un rápido aumento de la acumulación. Por ejemplo, en una composición de 200 C: 100 V: 100 S (plusvalor), el capital constante puede ser incrementado en un 50 % respecto de su tamaño original (suponiendo que el total del plusvalor sea destinado a la acumulación). En una fase superior de la acumulación capitalista, con una composición orgánica de capital considerablemente más alta, por ejemplo de 14.900 C: 100 V: 150 S, *la masa ampliada de plusvalor, cuando es empleada como capital adicional (AC), solo es suficiente para un incremento del 1 %.*

En la medida en que la acumulación prosigue sobre la base de una composición orgánica de capital cada vez mayor, se debe alcanzar un punto donde toda acumulación cese. Además, no todo fragmento del capital puede ser usado para la expansión de la producción. Un mínimo definido resulta necesario para hacer crecer de forma continua la progresiva acumulación de capital. Por consiguiente, mientras se produce el desarrollo de la acumulación capitalista, no solo una parte de la acumulación absoluta, sino también una parte relativamente mayor de la masa de plusvalor debe ser utilizada para hacer funcionar la acumulación. En una fase superior de la acumulación, donde la totalidad del capital social adquiere un tamaño enorme, la parte de plusvalor requerido para la parte adicional del capital constante (AC) se vuelve tan grande que finalmente llega a absorber el conjunto del plusvalor. Se llega a un punto en donde todas las unidades de plusvalor necesarias para los trabajadores adicionales y el consumo capitalista (AV y R) deben disminuir de forma absoluta. Este sería el punto a partir del cual las tendencias previas hacia el derrumbe del capital comenzarán a operar de forma activa. En ese punto se vuelve evidente que las condiciones necesarias para la acumulación progresiva de capital dejarían de confluir y que la masa de plusvalor que crece de manera absoluta es ya insuficiente para poder realizar las tres funciones que debe de cumplir. Si la parte adicional de capital constante (AC) necesaria fuera tomada de la parte del plusvalor, los ingresos dejarían de ser suficientes como para poder pagar los salarios de los trabajadores y

a los empresarios a la escala vigente. La profundización de la lucha entre trabajadores y empresarios por el reparto de los ingresos se vuelve así inevitable. Si, por otro lado, debido a la presión ejercida por los trabajadores, los capitalistas se ven obligados a mantener los salarios y la parte destinada para la acumulación (CA) disminuye en consecuencia, el ritmo de la acumulación entra en un *tempo* de ralentización, provocando a su vez que el aparato productivo no pueda ser renovado y ampliado al ritmo del progreso técnico. Bajo esas condiciones, todo proceso de acumulación ulterior se ve rodeado de dificultades, dado que para una población dada, la masa de plusvalor solo puede aumentar en una cantidad insignificante. El plusvalor obtenido gracias a la inversión debe, bajo esas circunstancias, fluctuar y permanecer en barbecho, surgiendo entonces un excedente de capacidad inactiva, que busca en vano oportunidades de inversión.

Podemos decir entonces que la acumulación es un proceso que inevitablemente conduce a la sobreproducción de capital, un desempleo mayor, un excedente de capital incapaz de generar beneficios y un excedente de población que no puede ser empleado. Y es esta contradicción final la que hace saltar en pedazos la producción capitalista. «El hecho de que los medios de producción y la productividad del trabajo crezcan de manera más rápida que la población disponible como fuerza de trabajo, se expresa, por tanto, en términos capitalistas, en la forma inversa en la cual la población trabajadora aumenta siempre de manera más rápida que las condiciones bajo las cuales el capital puede emplear este número en crecimiento a favor de su propia expansión».

Sobre la base de este análisis de la acumulación, la cuestión no es tanto si el sistema capitalista llegará a colapsar, sino por qué no lo ha hecho ya. Por el momento, hemos investigado el proceso de acumulación en un capitalismo ficticio. La realidad, no obstante, es distinta. La ley del colapso capitalista que hemos observado funciona en un capitalismo «puro» (un capitalismo que *de facto* no existe). Para ilustrar mejor las leyes de la acumulación capitalista y las consecuencias que se derivan de estas, hemos tenido que dejar de lado los aspectos secundarios y las tendencias que son características del capitalismo real. Tal y como se ha organizado nuestro proceso de investigación hasta este momento, estos factores resultaban irrelevantes, ya que solo servían para cubrir con un velo las leyes internas del proceso de acumulación capitalista. Más allá de las simplificaciones mencionadas hasta este punto, nos hemos ocupado únicamente del proceso de producción, descartando las modificaciones que operan sobre la acumulación en el proceso de circulación del capital. Solo estamos interesados en las dinámicas de la sociedad comprendida como totalidad, así que no hemos entrado a considerar las esferas de producción concretas, ni los procesos de competencia y sus efectos modificadores sobre los tiempos de la acumulación. En nuestro análisis de la acumulación no había comercio

internacional, el cual es de vital importancia desde el punto de vista de la acumulación capitalista. También hemos ignorado a los distintos grupos que componen la clase media; hemos hablado únicamente de capital y trabajo. A su vez, en nuestro análisis no existían problemas de crédito. Hemos prescindido también de otros elementos que en diferentes intensidades modifican la ley absoluta de la acumulación. En resumen, nuestro análisis de la acumulación se basa en un capitalismo que no existe. Toda la exposición realizada servía para demostrar que, siguiendo el proceso de acumulación en un sistema capitalista «puro», se puede comprobar con precisión matemática el derrumbe del sistema capitalista.

Si, en realidad, no existe dicho sistema capitalista «puro», tampoco las tendencias hacia el derrumbe del capitalismo operan bajo la forma «pura» antes descrita. De hecho, las tendencias «puras» de la acumulación capitalista ven frenado su vertiginoso ritmo por tendencias opuestas que también surgen del desarrollo capitalista. La tendencia hacia el derrumbe que se expresa a través de las crisis se ve no obstante ralentizada por estas mismas crisis, las cuales expresan de manera embrionaria la forma que adoptará el derrumbe definitivo; pero estas contratendencias tienen solo un carácter temporal. Pueden posponer, pero no evitar, el colapso del sistema. *Si la crisis es solo una forma de colapso embrionario, el colapso final del capitalismo no es nada más que una crisis completamente desarrollada y libre de ninguna contratendencia.*

Si la causa de la crisis es la sobreacumulación que hace imposible la «utilización» de capital, entonces deben emplearse nuevos medios a fin de asegurar de nuevo la necesaria «utilización» de capital para poder acabar con la crisis. Según Marx, la crisis es solo un proceso de saneamiento, un violento retorno a una expansión rentable de mayor escala; desde el punto de vista capitalista, la crisis constituye una «limpieza». Pero tras esta «limpieza», con su serie de bancarrotas de empresas capitalistas y de penalidades para los trabajadores, el proceso de acumulación puede proseguir hasta que un tiempo más tarde la «utilización» de capital se vuelva de nuevo en insuficiente. La autoexpansión se detiene cuando el capital resulta excesivo para sus nuevas bases. Entonces nuevas crisis entran en escena. De este modo, la tendencia al colapso se fragmenta en una serie de ciclos aparentemente independientes.

III. Cómo se superan las crisis

Los periodos de cambio en el ciclo económico pueden ser más cortos o más largos, pero su periodicidad es un hecho. También es un hecho innegable que los periodos de *boom* económico son cada vez más cortos, mientras la duración e intensidad de los periodos de crisis está aumentando. Esto nos sirve para señalar que las tendencias adoptadas con la finalidad de retrasar el

colapso capitalista, aun siendo parte integral de la acumulación capitalista, se van volviendo cada vez más débiles a cada ciclo que pasa, al tiempo que la superación de las crisis se vuelve cada vez más difícil. EEUU ha experimentado una serie de crisis industriales seguidas y precedidas por periodos de bonanza. La crisis de 1837 estuvo precedida por una enfermiza actividad en la construcción. Es durante ese periodo que se desarrolla la red nacional de carreteras, canales y flotas de barcos de vapor. Gigantescas cantidades de capital fueron importadas y unas expectativas optimistas y generalizadas acerca de los posibles beneficios impulsaron la especulación. Al mínimo síntoma de que la producción de beneficios era insuficiente, los «negocios» fluían a la especulación, que adoptó formas más propias del bandidaje. Poco después de estos hechos estalló la crisis. Para los economistas burgueses, la crisis pareció venir causada por la «imposibilidad de pagar los intereses del capital prestado, ya que la tasa de ganancia que se podía obtener era muy pequeña». La situación de pánico de 1857 estuvo precedida por la intoxicación provocada por el descubrimiento de oro en California, así como por las grandes obras del ferrocarril que ayudaron a empujar el desarrollo industrial en general. De nuevo, la prosperidad se transformó en un periodo de intensa especulación, la cual ha sido siempre la salida cuando los beneficios se han demostrado escasos. La crisis fue de nuevo explicada a través del problema del «interés». De acuerdo con las concepciones burguesas, los ferrocarriles se construyeron demasiado «rápido», la industria creció demasiado «apresuradamente» y se volvió imposible pagar los intereses del dinero invertido en la industria. El capital creció más rápido que la posibilidad de «explotar» su crecimiento. Esta crisis vino seguida por la de 1873, 1893, 1907 y 1921, por citar las más importantes.

Cualquiera que fuese la forma que adoptase la explicación de las crisis, en cada explicación concreta se señalaba que las ganancias eran insuficientes, que una mayor expansión de la industria no era rentable y que, por esta razón, no podía tener lugar; cada explicación, de forma inconsciente, es cierta al señalar la sobreacumulación como la causa de las crisis. Sin embargo, nadie ha hablado de este fenómeno como el inevitable final del modo de acumulación capitalista; este hecho ha sido siempre planteado como una «sobreproducción de mercancías» y «el excesivo peso que asumen las deudas a la hora de hacer frente al pago de los intereses». La caída de los precios es, así, aceptada como la causa de la crisis.

Según Marx, *en tiempos de crisis la tasa de ganancia y la demanda de capital industrial prácticamente desaparecen. No falta poder adquisitivo con el que poder expandir la producción, sino que no se hace uso de este poder adquisitivo en tanto no resulta rentable expandirla ya que la producción ampliada no aporta más sino menos plusvalor que en la escala precedente.* Cuando la expansión productiva no genera beneficios, la producción prosigue a su

previa escala. Mediante la continuación de la producción a ese nivel se produce, cada año, una cantidad de plusvalor destinada a la acumulación, sin posibilidad alguna de encontrar tal aplicación. Crece entonces el stock de medios de producción y mercancías sin vender, incrementando a su vez los costes de almacenaje, mientras los equipos de las plantas permanecen innecesariamente inmovilizados ya que no hay renovación a través de las ventas de los productos básicos producidos. En estas condiciones, los capitalistas deben vender a toda costa a cualquier precio, para así obtener los medios para continuar con la producción a la escala previa. Esto conlleva un recorte de los precios, así como de las operaciones en las factorías. Las empresas entran en quiebra, el desempleo crece.

La solución capitalista a este problema se basa en el restablecimiento de la «utilización» del capital. Para conseguir esto o bien disminuye el valor del capital constante o bien se incrementa el plusvalor. Ambas posibilidades se encuentran tanto en la esfera de la producción como en la reproducción. Vamos ahora a analizar algunas de las tendencias de superación de la crisis y de postergación del colapso del sistema.

Como hemos dicho, los capitalistas siempre observan la caída de los precios como la causa de la crisis. Dentro de ese marco un incremento de los precios significa el comienzo de la recuperación económica. Los economistas burgueses afirman que cuando los precios caen, las quiebras se incrementan de forma proporcional, ofreciendo además pruebas estadísticas para demostrar esta ecuación. En opinión de estos economistas, la estabilidad de los precios es sinónimo de estabilidad social. Sin embargo, lo que terminan por demostrar es el aumento de la productividad del trabajo y su incidencia en los precios. Los llantos por la quiebra de empresas tan solo son ilustrativos de los procesos de concentración capitalista. Frente a esto los economistas burgueses han ofrecido explicaciones superficiales, señalando que es en la caída de los precios donde se debe buscar la causa de las crisis. Todavía hoy, frente a la constatación de que, desde 1925, en EEUU ha tenido lugar un periodo de bonanza económica a pesar de la caída de precios, los economistas burgueses continúan aferrándose a este tipo de argumentos. También es un hecho que la expansión del aparato productivo se produce en tiempos de depresión económica, cuando los precios son bajos. Solo cuando la demanda generada por la expansión excede los medios disponibles, vuelven a subir los precios. Por tanto, la subida de los precios, caso de tener lugar, lo cual no es en absoluto necesario, es el efecto y no la causa de la recuperación económica. No, las operaciones rentables deben ser posibles a un nivel de precios bajos, antes de que pueda comenzar la recuperación. Y esto de nuevo exige un incremento de la productividad del trabajo, que conlleva un aumento en la composición orgánica del capital o bien en la reproducción de la crisis en un plano superior.

La productividad mayor es, antes que nada, un proceso de concentración y centralización que viene acompañado por fusiones entre distintas unidades industriales, así como por procesos de racionalización general. En definitiva, las crisis, aunque vengan acompañadas de procesos de «sobreproducción», vienen siempre superadas por una expansión mayor de la producción. Esto conduce al aumento de los despidos de trabajadores, primero en relación con el capital empleado, luego en valores absolutos, sin que esto altere en absoluto su necesidad. Las estadísticas demuestran que en periodos de auge económico las quiebras se producían principalmente en pequeñas empresas, y que mientras se incrementaban estas bancarrotas, los *trusts* consiguieron beneficios extraordinarios pese a la caída de los precios. La trustificación generó los mayores beneficios posibles, pese a los bajos precios, mientras que las pequeñas empresas que no fueron capaces de asumir el proceso de «racionalización» sucumbieron. El profesor Eitemann escribe:

Los bajos precios que prevalecieron durante la depresión de 1873 alentaron la introducción de métodos y dispositivos de ahorro de mano de obra para así poder reducir los costes de producción. La búsqueda de métodos de producción más baratos continuó incluso después del retorno de la prosperidad, dando lugar a una tendencia constante a la bajada de los precios.

El incremento de la productividad del trabajo y la consiguiente disminución del coste del capital constante hace que la «utilización» de capital se vuelva de nuevo posible. Esta tendencia resulta evidente en la presente crisis. Informes como el siguiente suelen ser habituales:

La nueva planta energética de General Electric, que ha ascendido a un coste de 4 millones de dólares, estará preparada para ser operativa la próxima primavera. De acuerdo con las estimaciones de los ingenieros, esta planta será capaz de producir suficiente vapor y kilovatios por hora a un coste menor del que nunca antes se haya alcanzado.

Al mismo tiempo que la Merchant Fleet Corporation permitía la destrucción de 124 barcos de aproximadamente un millón de toneladas, se planificaba la construcción de otros 20 millones de toneladas de nuevos barcos, aun cuando la «sobreproducción» deje a una parte importante de esos barcos atracados en los puertos. A pesar de la «sobreproducción», durante las crisis, el aparato de producción no solo no se restringe sino que aumenta. Así y todo, las crisis previas han sido superadas. Las crisis no son, por lo tanto, una restricción del aparato productivo, sino una ruptura en el sistema de precios y valores aceptados, así como el proceso de reorganización de los mismos a una nueva escala.

Según Marx, la tendencia a la caída de la tasa de ganancia aparece acompañada de un aumento en la tasa de plusvalor o en la de la explotación de la fuerza de trabajo. Mediante el desarrollo de las fuerzas productivas las mercancías se vuelven más baratas. Y en la medida en que esto ocurre con las mercancías de consumo para los trabajadores, los elementos de la parte del capital variable se vuelven más baratos. El valor de la fuerza de trabajo se hunde mientras la tasa de explotación aumenta. El mismo efecto puede tener lugar a través de la intensificación del trabajo mediante la racionalización técnica y otros métodos más despiadados de aceleración de la producción o de alargamiento de la jornada laboral. Uno de los medios más importantes para lograr tal fin consiste en forzar los salarios por debajo del valor de la fuerza de trabajo, aprovechando la situación de aumento del ejército de reserva durante los periodos de crisis (de hecho, la disminución de los salarios por debajo de su valor se ha convertido ya en uno de los «principios» de existencia de la totalidad del sistema). La ridícula concepción de que se puede superar la crisis incrementando la capacidad adquisitiva de la parte del trabajo ha tenido, ahora y siempre, la respuesta del capital de una disminución todavía mayor de esta capacidad de acceso al consumo. Es precisamente mediante el empleo del recorte de salarios como el capitalismo trata de superar la crisis. Así el *Commercial and Financial Chronicle* escribe:

El industrial ya no es capaz de producir bienes que generen beneficios y como consecuencia deja de producir, por ello, multitud de asalariados se encuentran sin empleo. Si el presidente pudiera ser instigado a convencer a los asalariados de mantener sus sueldos a un nivel más bajo, acorde con los tiempos, la depresión comercial pronto se convertiría en cosa del pasado.

Las estadísticas, como por ejemplo esta de la US Steel Corporation, muestran cómo la crisis y el incremento de la explotación corren en paralelo.

Tabla 10.3

1 de agosto	1918	Incremento del 10 % de los salarios
1 de octubre	1918	Adopción de la jornada laboral de 8 horas
1 de febrero	1920	Incremento del 10 % de los salarios
16 de mayo	1921	Disminución del 20%
6 de junio	1921	Abolición de la jornada de 8 horas
29 de agosto	1921	Disminución de los salarios a 30 centavos la hora
1 de septiembre	1922	Incremento del 20 % de los salarios
16 de abril	1923	Incremento del 10 % de los salarios
1 de octubre	1931	Disminución del 10 %

La crisis de 1921 destruyó las medidas previas sobre la adopción de la jornada de trabajo de 8 horas y produjo a su vez una drástica reducción de los salarios. Este escenario se repitió en 1931. La intensificación de la explotación es una de las medidas más potentes contra el derrumbe del capitalismo.

Acortar los tiempos de rotación de capital es también un importante factor frente al derrumbe del sistema capitalista. Las principales medidas para conseguir este fin, aparte del incremento de la productividad, son medios de comunicación mejores y más directos, especialmente de transporte, así como la disminución del stock en almacenaje, etc. A su vez, el aumento de valores de uso sobre un mismo valor de cambio, así como la fundación de nuevas esferas productivas con una baja composición orgánica de capital debilitan la tendencia al derrumbe del sistema capitalista, en tanto que son ramas de producción que generan beneficios excepcionalmente altos. En tanto la clase capitalista no puede disponer exclusivamente para sí misma de un plusvalor adecuado, sino que debe dividirlo entre los grupos que componen la clase media, la crisis es siempre el comienzo de una intensa lucha que toma la forma de productores «reales» frente a rentistas inmobiliarios, intermediarios comerciales y todos los demás elementos «parasitarios». Se trata, en resumen, de una lucha entre los capitalistas industriales y todos los demás capitalistas y grupos de la clase media que explotan el trabajo de forma indirecta a través de los capitalistas industriales.

Un elemento importante a la hora de llevar a cabo operaciones rentables pasa por la devaluación del capital. Esta devaluación consiste en que la misma cantidad de medios de producción representen una cantidad de valor menor. La composición técnica (MP/L) permanece mientras que la composición orgánica del capital (C/V) se ve drásticamente reducida. La masa de plusvalor permanece constante, pero se calcula sobre la base de un capital menor, por lo que la tasa de ganancia crece. En la práctica, la devaluación acaba por asumir el papel que se espera de la venta a precios ruinosos. Las crisis y las guerras capitalistas son gigantescas devaluaciones de capital constante por medio de la destrucción violenta de valor, así como de los valores de uso que forman su base material.

De otro lado, por medio de la importación siempre creciente de nuevos valores de uso del extranjero, la producción capitalista se expande y la tendencia hacia el derrumbe del sistema se debilita. La importación de comida barata reduce el valor de la fuerza de trabajo e incrementa de manera proporcional la tasa de plusvalor. Mediante el suministro y adquisición de materias primas baratas, los elementos que forman parte del capital constante se abaratan y la tasa de ganancia aumenta. Esta es la razón por la que en el plano internacional de las políticas capitalistas la lucha por las fuentes de materias primas es uno de los objetivos principales. A través

de la tendencia a la igualación de las ganancias, los países más desarrollados son capaces de apropiarse de una parte del plusvalor creado por los países menos desarrollados. Este beneficio extraordinario contrarresta el hundimiento de la tasa de ganancia. A través del comercio exterior, los pasos hacia el derrumbe capitalista son así ralentizados, y por eso, en la medida en que el desarrollo de la acumulación capitalista se transforma en una disyuntiva de vida o muerte para el sistema, la expansión imperialista adopta formas cada vez más violentas.

La naturaleza internacional de la crisis se desarrolla mediante el comercio exterior. De hecho, este mismo factor contribuye al desarrollo de monopolios mundiales ya que, aunque se acumule gran parte de capital para proseguir el proceso mismo de acumulación, en tanto que no es necesario, no genera beneficios. El colapso del sistema no tiene por qué seguirse, siempre y cuando un capital suficiente en forma de préstamos e inversiones extranjeras pueda encontrar una base nueva y satisfactoria para su «utilización». Esto hace de la exportación de capital una característica del imperialismo. Todos estos elementos, característicos del imperialismo, son remedios contra la insuficiencia de los beneficios. La consecuencia última del imperialismo es la anexión política de otros territorios, pues al asegurar cantidades mayores de masa de plusvalor ayuda a posponer el colapso del sistema capitalista. A medida que la evolución de la acumulación convierte la amenaza del colapso en algo inminente, las tendencias imperialistas se fortalecen de manera proporcional.

IV. La crisis permanente

Ya hemos señalado que la teoría marxista de la acumulación es la ley del derrumbe del sistema capitalista. Hemos demostrado además que esta ley puede verse temporalmente debilitada por acción de ciertas contratendencias en determinados periodos. Sin embargo, estas contratendencias son a su vez superadas en el curso del desarrollo del sistema o pierden su efecto debido a la sobreacumulación. La racionalización se convierte en racionalización fallida. La fusión de empresas y unidades industriales deja de ser útil por el peso que ocupan las unidades productivas que carecen de uso. El recorte de los salarios, así como la intensificación de la explotación, se enfrentan también a sus límites, pues los trabajadores no pueden ser permanentemente pagados por debajo del coste de su nivel de reproducción. Los trabajadores muertos y famélicos no producen plusvalor. El acortamiento de los tiempos de rotación de capital también se topa con sus propios límites en el punto en el que se rompe la continuidad entre producción y circulación. Incluso si los beneficios comerciales fuesen

eliminados por completo, el hundimiento de la tasa de ganancia todavía continuaría. En tanto contratendencia, el comercio exterior se elimina a sí mismo, al convertir a los países importadores de capital en exportadores de capital y acelerar su desarrollo industrial protegido. A medida que la potencia de las contratendencias se ve frenada, la tendencia hacia el colapso del capitalismo se desata. Nos vemos entonces ante una situación de crisis permanente o de crisis terminal del capitalismo. El único medio posible para asegurar la continuación del capitalismo es *la pauperización general, absoluta y permanente del proletariado*.

En las crisis previas ha sido posible recobrar una «utilización» eficiente de capital sin tener que recurrir al recorte permanente de los salarios reales. Marx señaló que «a medida que se acumula el capital, tiende a empeorar la situación del obrero, sea cual sea su remuneración». Todas las estadísticas disponibles muestran que acumulación y pauperización de los trabajadores son las dos caras de un único proceso. No obstante, durante el periodo de ascenso del capitalismo solo se produce un proceso relativo, no necesariamente absoluto, de pauperización de los trabajadores. Este hecho constituye el pilar del reformismo. Solo cuando el proletariado *se ve necesariamente pauperizado en términos absolutos, se cumplen las condiciones objetivas para un auténtico movimiento revolucionario*.

Si en lugar de engañarnos a nosotros mismos con los incrementos nominales de los salarios durante las tres últimas décadas en EEUU, observamos la evolución de los salarios en relación con la producción, obtenemos una imagen real de la pauperización relativa del proletariado estadounidense. Si dividimos los índices del salario real por los índices de la producción, obtenemos el índice del poder adquisitivo de los trabajadores:

Tabla 10.4

Año	Índice de poder adquisitivo	Año	Índice de poder adquisitivo
1899	100	1922	73
1904	91	1923	68
1909	70	1924	76
1914	70	1925	68
1919	65	1926	68
1920	67	1927	71
1921	91	1928	70

El poder adquisitivo de los trabajadores de fábrica de EEUU no solo no ha aumentado en proporción al producto industrial total, sino que se ha ido

rezagando. La posición de los trabajadores es por tanto relativamente peor. Esto resulta evidente cuando entendemos que los salarios reales se han incrementado de una base 100 en 1900 a 123,6 en 1928, mientras que en el mismo periodo de tiempo el volumen de producción ha aumentado de una base 100 en 1899 a 283,8 en 1928. Los trabajadores viven mejor, pero soportan mucha mayor explotación en 1928 que en 1900. Para Marx, esta fase de pauperización relativa *era solo una fase de la pauperización absoluta*. Si al principio los salarios solo disminuyen de manera relativa a la riqueza general, más tarde, esta disminución adopta una forma absoluta, a medida que la cantidad de mercancías que recae sobre la parte del obrero como representante del trabajo se vuelve más pequeña en términos absolutos. Este empeoramiento relativo de la posición de los trabajadores frente a una mejora absoluta, solo se puede proseguir mientras las condiciones sigan permitiendo un incremento suficiente en la masa de plusvalor que pueda a su vez facultar una «utilización» suficiente del capital. En la fase final del capitalismo, el plusvalor resulta insuficiente a la hora de mantener los niveles previos de los salarios, así como una «utilización» del capital satisfactoria. La crisis, por lo tanto, solo puede ser superada mediante una tasa de acumulación suficiente o restableciendo los beneficios a costa de los trabajadores. Lo que diferencia la crisis final del resto de crisis previas es que los niveles salariales previos no pueden ser restablecidos mediante nuevas operaciones rentables, los salarios siguen hundiéndose, tanto en tiempos de «prosperidad» como de crisis. Si bien los capitalistas superan la crisis, los trabajadores permanecen bajo su dominio, y caso de no querer ser destruidos, no les quedará otra opción que la abolición del sistema capitalista.

El nivel de la producción industrial mundial está en la actualidad por debajo de los niveles de 1904. La depresión económica es mundial. En este estadio de acumulación avanzada, la crisis puede variar de un país a otro, pero la naturaleza internacional de la crisis es perceptible en todas partes. La contracción de los mercados nacionales agudiza la competición en un mercado mundial que también se ve resentido por la aplicación de aranceles y tarifas proteccionistas. Las contracciones del comercio mundial intensifican la crisis al hacer cada vez más precaria la situación económica y financiera. Estos acontecimientos se producen de forma paralela a una fuerte pérdida de beneficios. La situación del capital bancario es catastrófica. Solo en EEUU el número de desempleados ha alcanzado los 16 millones. Estos hechos prueban que la crisis actual, tanto en EEUU como en todo el mundo, difiere en extensión e intensidad de todas las crisis previas. Se trata de la mayor crisis de la historia del capitalismo. Si va a ser la última, tanto para el capitalismo como para los trabajadores, dependerá de la acción de éstos últimos. La «prosperidad rooseveltiana» a la que la prensa burguesa se ha referido como «el final» de la depresión ha sido

un rasgo muy temporal, que de ninguna manera ha tenido efecto alguno sobre el resto del mundo. Todo lo que EEUU ha ganado durante un corto periodo de tiempo ha sido a costa de la pérdida de algún otro país. La política inflacionista de EEUU, que le permitió poder competir con ventaja en el mercado mundial, solo fue efectiva mientras los demás países no respondieron, bien fuera inflando su propia moneda o encontrando otros medios con los que combatir la competitividad estadounidense. La inflación, utilizada como medio para el recorte general de los salarios y para la eliminación de la clase media, así como para la eliminación del capitalismo bancario devorador de beneficios, puede servir hasta cierto punto para dar un empuje a la producción y hacer que esta resulte rentable durante un corto periodo de tiempo. *Pero este beneficio solo se ha obtenido mediante un proceso de pauperización, no solo de carácter relativo sino absoluto. Se trata de un «boom» económico en medio de una crisis terminal, una ganancia que no indica desarrollo sino hundimiento. Muestra únicamente que nos encontramos no al «final» de la crisis, sino en sus comienzos.*

El comienzo de la actual depresión económica en EEUU siempre aparece unido al *crack* del mercado bursátil, pese a que este era más un efecto, que no la causa, de una crisis que ya había comenzado. Tan pronto como 1927, la «utilización» de capital en EEUU se había vuelto cada vez más difícil. La caída de la tasa de ganancia era indicativa de una situación de sobreproducción. Pero pese a ello, la expansión de la industria pudo mantenerse hasta 1929, si bien no al nivel que habría sido necesario según la tasa de acumulación de los años previos y sobre la base del capital existente previamente acumulado. Los beneficios industriales, que ya no podían ser completamente reinvertidos en la industria, fluyeron hacia los bancos. Ese capital quedó en barbecho en la caja de los bancos. Para finales de 1927, los depósitos de los bancos del Federal Reserve System eran superiores en 17.000 millones a los de 1926. Si bien en ese momento un aumento del 5 % era considerado dentro de la normalidad, el incremento ascendió hasta el 8 %. De manera simultánea, el crédito disponible creció. El resultado fue una avalancha de préstamos especulativos dirigidos al mercado de valores y a las cotizaciones bursátiles, llevando la fiebre especulativa a Wall Street que terminó en la caída del mercado de valores. Sin embargo, esta fiebre especulativa no fue solo un indicador de la falta de posibilidades para inversiones suficientemente productivas. En la medida en que el excedente de capital hizo caer los tipos de interés hasta el 1 %, a la crisis industrial le siguió la crisis bancaria. Y a pesar de los bajos intereses, con los que los economistas burgueses esperaban una vuelta a la prosperidad, ningún crédito fue solicitado por la industria. El *Chicago Daily Tribune* escribió: «El dinero ocioso acumulado en los bancos ha encontrado dificultades para encontrar salidas seguras, los tipos de interés han bajado, sin que hayan aumentado

los préstamos e inversiones». No se trata de una situación particular de EEUU sino que se extiende a todo el mundo. J. P. Morgan testificó frente al Senado que: «Es la primera vez en la historia del mundo, al menos hasta donde alcanzo a conocer, que la depresión económica se encuentra tan extendida que ningún país puede prestar dinero a otros. En este momento no existe demanda de capital en la industria».

Esta situación solo puede superarse, sin embargo, mediante una mayor acumulación, es decir, mediante la expansión del aparato productivo o la renovación del capital fijo a una escala mayor. La masa necesaria para que se produzca la acumulación depende del volumen previo de capital fijo, con independencia de que este haya sido utilizado a la mitad de su capacidad, porque la acumulación está determinada por la velocidad a la que este proceso ha tenido lugar. Además, esta acumulación debe tener lugar bajo una situación de precios más bajos, ya que la expansión de la producción va acompañada de una caída de los precios. Por tanto, caso de que la acumulación vaya a continuar, la expansión de la producción debe entonces reducir los costes de producción para que la masa de ganancias sirva para compensar la caída de la tasa de ganancia. Por esta razón, el *Barrons Weekly* señaló en su anuario que «la capacidad con la que el capital acumulado pueda ser efectivo a la hora de promover la recuperación económica dependerá de que se hayan realizado los ajustes necesarios en otros engranajes del mecanismo, tales como los precios y costes de producción, la relación entre oferta y demanda para determinadas mercancías y en los servicios públicos, en su coste para el contribuyente y su valor real para el país; en resumen, dependerá de si el capital es capaz de generar beneficios y sostenerlos».

Un sistema capitalista estático es una imposibilidad, el capital debe ser capaz de avanzar a través de la acumulación o bien colapsar. A la acumulación se le presupone el restablecimiento de las operaciones que generan ganancias, de ahí que observemos los violentos esfuerzos llevados a cabo a escala internacional para lograr dicho objetivo. Sin embargo, todas las medidas previas tomadas para superar la profundidad de la actual crisis han fallado de forma miserable.

Como hemos señalado anteriormente, la reanudación de las operaciones económicas rentables depende de la reducción de la composición orgánica del capital, o de incrementar, mediante otros medios, el plusvalor. La devaluación de capital reduce la composición orgánica del capital. En la práctica esto significa la ruina de muchos capitalistas individuales, pero desde el punto de vista del capital total, que es el punto de vista del sistema, este proceso es un proceso de rejuvenecimiento. La devaluación de capital es un proceso continuo, una expresión del incremento de la productividad del trabajo, pero durante las crisis se desarrolla de forma violenta. La tasa creciente de bancarrotas nos muestra que la devaluación

de capital está hoy en curso. Sin embargo, estas quiebras, aunque expresan la veloz y violenta devaluación en marcha, no son síntomas de un recrudecimiento de la crisis; hasta ahora han sido una ayuda a la hora de superarla. En todas las crisis previas, el número y la velocidad creciente en la cantidad de bancarrotas estuvieron unidos a la rapidez a la hora de superar la crisis. Que hoy este efecto se haya desvanecido prueba simplemente que la acumulación ha alcanzado un punto en donde la devaluación ha dejado de ser un elemento efectivo a la hora de superar la crisis.

O no se producen suficientes bancarrotas o la devaluación de capital alcanzada es insuficiente para reducir la composición orgánica de capital al nivel necesario para hacer la acumulación rentable. Este hecho está profundamente conectado con los cambios estructurales de un capitalismo de competencia a un capitalismo monopolista.

El capitalismo «clásico» respondía a la crisis con una caída general de los precios, que provocaba una serie de bancarrotas, lo que forzaba a los supervivientes del proceso a adaptarse a los nuevos precios mediante la instalación de nueva maquinaria. La demanda de capital fijo percibida en algunas industrias causaba que otras industrias fueran drenadas en el nuevo periodo de bonanza. Pero en el monopolio, o como decía Lenin, en el capitalismo «estancado», la crisis no reacciona de la misma forma. Aquí nos encontramos con una condición prolongada marcada por una ingente cantidad de maquinaria industrial que permanece inactiva sin ser destruida, lo cual constituye un rasgo propio de la crisis en esta fase de desarrollo del capital. Los fondos de reserva en la forma de capital fijo que han sido creados en el capitalismo monopolista son puestos al servicio de la producción durante los periodos de *boom* económico, haciendo innecesaria la creación de nuevas empresas e incrementando a su vez la dificultad de que se produzca una transición a una producción ampliada. Cuando la crisis tiene lugar, la producción se contrae; más tarde, cuando la demanda vuelve a crecer esta necesidad es cubierta volviendo a reabrir las empresas que permanecían cerradas. De esta forma, el capitalismo monopolista obstaculiza el progreso técnico y reduce a su vez el mercado existente de medios de producción. Puede observarse cuán pequeña es la importancia que adquiere en esta fase la devaluación de capital si uno compara los monopolios con la totalidad de las fuerzas productivas en la sociedad. En EEUU hay 37 empresas que producen neumáticos. Cinco de ellas poseen el 70 % de la producción total. Las 32 restantes se dividen entre sí el 30 % restante. En la industria del automóvil dos empresas, Ford y General Motors, ocupan el 75 % de la producción total. Dos *trusts* del acero (US Steel y Bethlehem) controlan el 52 % de la producción total. En lo que respecta a la industria del empaquetado de carne, la producción está controlada en un 70 % por cuatro grandes firmas —Swift, Armour, Wilson y Cudahy—. En otras

industrias podemos encontrar un panorama similar. ¿Qué efecto puede tener la quiebra de las pequeñas empresas en este contexto? La fusión de capitales y el reforzamiento de los monopolios fortalecen esta tendencia a la decadencia y el estancamiento, que no es otra cosa que admitir que la crisis permanente es una característica propia del capitalismo monopolista. Incluso la enorme caída de los valores es llevada a cabo contra pequeños grupos de accionistas, pero no se dirige hacia la recuperación. Queda claro también que hoy no es esperable una revolución técnica que deseche enormes masas de capital obsoleto, ya que la restricción de las fuerzas productivas se ha convertido en una «necesidad» para el capitalismo. Tener fe en que el final de la depresión económica puede tener lugar a partir de medidas de devaluación es depositar las esperanzas en una forma de capitalismo todavía superior a la del capitalismo monopolista, la cual resulta imposible en el marco de la propiedad privada de los medios de producción. (El capitalismo de Estado no constituye una forma económica superior al capitalismo monopolista, sino una máscara política que busca encubrir y enderezar los desequilibrios entre las fuerzas de clase, en la cual, debido al estrechamiento que sufre la clase dominante bajo el capitalismo monopolista de Estado, se vuelve necesaria una intervención mayor y más directa del Estado a fin de asegurar la posición de la clase dominante).

A fin de incrementar la masa de plusvalor, los costes de producción deben disminuir. Esto es un intento de racionalización general de la economía, pero una racionalización incrementada conduce a la irracionalidad. Durante un tiempo, las ganancias de las empresas individuales aumentan con esta racionalización, si bien el ingreso neto del trabajo social total disminuye. Los individuos se vuelven más ricos mientras que la sociedad se empobrece. En los informes de los tecnócratas podemos observar hasta dónde ha llegado el alcance de estas medidas. El proceso de racionalización solo es efectivo cuando el posible ahorro en los salarios es superior al aumento del coste necesario en capital fijo. La racionalización provoca el cierre de muchas empresas, por eso el posible ahorro en los salarios debe exceder no solo el incremento de los costes de capital fijo en aquellas empresas que son racionalizadas, sino además equilibrar las pérdidas causadas por la depreciación del capital fijo en las empresas sin actividad. Si se incrementan los costes de capital fijo, todas las empresas se vuelven más sensibles a las fluctuaciones de la actividad económica. La racionalización entonces conduce a un incremento de los costes de producción, no a su disminución, dificultando de esta forma la superación de la crisis. Al sobredesarrollar el aparato productivo, la racionalización en una etapa avanzada de la acumulación acelera el colapso del capitalismo en lugar de retrasarlo. El aparato productivo estadounidense fue racionalizado en los años de prosperidad posteriores a 1921, siendo esta una de las causas de la

duración que adquirió dicha fase. Pese a la continua racionalización, la crisis llegó y creó una situación en la que apenas se podía emplear el 50 % de las empresas racionalizadas, anulando de dicha forma el incremento del plusvalor obtenido mediante la racionalización. Este caso de «irracionalidad» muestra de manera definitiva la imposibilidad de recuperación mediante una mayor racionalización productiva.

El incremento del plusvalor mediante el acortamiento de los tiempos de rotación de capital encuentra también sus límites objetivos en el proceso de desarrollo de la acumulación. El periodo de rotación del capital total ha sido prolongado mediante la disminución de la utilización de capital fijo. La misma tasa de ganancia en un periodo de rotación se convierte en una tasa de beneficio anual mucho menor. La caída de los precios, aunque limitada por el capitalismo monopolista, supera hoy las posibilidades aún existentes para reducir el periodo de rotación de capital. La reducción de stock para elevar la tasa de ganancia se ve limitada por la demanda de continuidad en el ámbito de la producción y la circulación. Más allá de esto, la acción de las crisis provoca un incremento de stock de mercancías que no pueden venderse, lo cual genera una disminución en la tasa de ganancia, ya que por un lado aumentan los costes de almacenaje y por otro se produce una caída de los precios debido a las ventas forzadas. El efecto neto es que las existencias disponibles aumentan, el periodo de rotación se prolonga y la tasa de ganancia cae. El aumento de stock es especialmente notorio en lo que se refiere a las materias primas. El suministro mundial de materias primas era de 192 para 1929 y de 265 para 1933. Reducir esta cantidad a su nivel normal significaría el cese de la producción mundial durante meses.

Los costes de circulación se ven también incrementados debido al aumento de la competitividad que se produce durante la crisis. Mientras que el número de trabajadores empleados en la producción se reduce de forma permanente, el número de aquellos empleados en la distribución aumenta (solo los gastos en publicidad superan los mil millones de dólares al año en EEUU). Naturalmente, esto también reduce las ganancias.

En la crisis de 1920 y 1921, el 30 % de todas las empresas de EEUU estaban inactivas, lo cual, en términos monetarios, representaba una inversión de 30 mil millones de dólares. Si la depreciación y el mantenimiento están estimados en cerca de un 10 %, esto significa una pérdida de 3 mil millones de dólares o el valor del trabajo de un millón y medio de trabajadores. Esto mismo ocurre hoy a una mayor escala, causando una mayor caída de la tasa de ganancia. En tanto hoy, en EEUU, hay 16 millones de trabajadores desempleados, se vuelve necesario que aquellos que están empleados, además de poder compensar las pérdidas mencionadas, sean capaces de producir tanta cantidad de plusvalor como si los parados se encontrasen empleados o, de lo contrario, la masa de ganancia disminuye,

haciendo más difícil que se produzca el nivel de acumulación necesario. La disminución de la masa de ganancia agudiza la lucha por su reparto. Los bancos han adelantado capital a las empresas industriales durante el periodo de prosperidad; crédito que se basaba en los precios de entonces. La caída de los precios «congela» estos créditos y provoca, en primer lugar, quiebras en el terreno industrial y, más adelante, bancarrotas bancarias, acelerando de esta manera el proceso general de concentración del capital. Al mismo tiempo, se ha producido un enorme cambio en el reparto de los beneficios entre el capital industrial y bancario, a favor de los segundos. La profundidad de la crisis y la caída de los precios han hecho que las deudas devengan insostenibles para el capital industrial. Solo una reducción general de la deuda puede provocar que los procesos de bancarrota generalizados puedan dejar de ser útiles para el capital. Esto a su vez es un proceso que puede darse mediante la inflación, cargando el peso de estas deudas sobre la clase obrera, las clases medias profesionales y el capital monetario.

La profundidad de la crisis se muestra también en los virulentos ataques del capital a los estándares de vida de los grupos que componen la clase media. Pese a los procesos de expropiación creciente de la clase media, reduciendo de esta forma el principal grupo que sostiene el consumo capitalista, la crisis sigue agudizándose, anulando este tipo de métodos que permiten a la clase capitalista retener para sí una cantidad mayor de plusvalor. Después de todo, estos grupos podrían ser eliminados de una tacada, pero antes incluso de que esto ocurriera, se levantarían nuevas barreras contra las nuevas expropiaciones, debido al hecho de que la continuidad en el poder de la clase dominante depende de la existencia de la clase media. En contradicción con los denodados esfuerzos por eliminar gastos en actividades improductivas, estos no paran de crecer. En EEUU, el crecimiento de los impuestos ha sido más rápido que el de la renta nacional. La pauperización creciente provoca un aumento mayor en los gastos sociales, así como un incremento en los gastos dirigidos a reprimir violentamente las revueltas y a cumplir los designios imperialistas.

En la actual crisis, la caída de las rentas de la tierra «ha servido hasta cierto punto para suavizar la caída de la tasa de ganancia», al precio, no obstante, de aumentar el riesgo de una revuelta agraria. Por un espíritu de autoconservación, para la burguesía ha sido necesario contrarrestar las medidas que actúan a su favor con otra serie de concesiones favorables a la clase terrateniente, como nuevos planes de adjudicación de suelos, tarifas proteccionistas, subvenciones a los precios, etc. En esta tesitura, no se puede esperar un crecimiento suficiente de los beneficios gracias a la disminución de las rentas de la tierra.

En esta crisis, todas las energías puestas en su superación, o bien se han neutralizado entre sí, o se han mostrado completamente insuficientes. Y

esto es algo que también puede aplicarse a la principal medida de recuperación imperialista: la exportación de capital. Durante los últimos años, EEUU prácticamente no ha exportado capitales. En otros países imperialistas nos encontramos con escenarios similares. Esto ha agudizado la competencia por el mercado mundial entre todas las naciones industriales. En EEUU las ganancias obtenidas de las exportaciones de capital previas no pueden volver a ser invertidas ni en el propio país ni en el extranjero. Al mismo tiempo, EEUU hace imposible que las naciones endeudadas puedan hacer frente al pago de los intereses, forzándolas a salir de su mercado de medios de producción. Esto también imposibilita que EEUU pueda adquirir materias primas y alimentos, ya que no pueden vender los medios de producción a fin de pagarlos. El final de esta tendencia no puede ser sino una crisis irracional insuperable o una nueva matanza a escala mundial.

La ley de la acumulación es la ley del colapso del sistema capitalista. El colapso puede ser, y de hecho es retrasado, por medio de tendencias contrarias hasta que estas se agotan o se vuelven ineficaces de cara a estimular el crecimiento de la acumulación capitalista. Sin embargo, el capitalismo no colapsa automáticamente; el factor de la acción humana, aun cuando esté condicionado, sigue siendo poderoso. La crisis terminal del capitalismo no significa que el sistema se suicide, sino que la lucha de clases asume formas que deben conducir al derrocamiento del sistema. Tal y como Lenin indicaba, no existe ninguna situación esperanzadora para el capitalismo, está en la mano de los trabajadores determinar cuánto tiempo podrá vegetar el capitalismo. En el *Manifiesto comunista* encontramos la alternativa: ¡comunismo o barbarie! Un capitalismo estático no es posible. Si la acumulación no puede proseguir, la crisis se transformará en permanente y las condiciones de los trabajadores no pararán de empeorar. Esa crisis es la barbarie.

Hoy, la mitad de los trabajadores de la gran industria están desempleados. Y el enorme incremento de la explotación no sirve para compensar al número de trabajadores empleados. De momento no existe otro camino para el capitalismo que atacar de forma continua las condiciones de vida de los trabajadores. La pauperización general, absoluta y permanente de los trabajadores es hoy la necesidad de existencia de la sociedad capitalista. Según Marx, la consecuencia final y más importante de la acumulación capitalista, así como la razón última de toda crisis, es la generalización de la pobreza y la miseria para amplias masas, en contradicción con el motor esencial del capitalismo de desarrollar las fuerzas productivas hasta tal punto que solo las posibilidades absolutas de consumo de la sociedad sean su barrera. Bajo semejantes condiciones, como señala el *Manifiesto comunista*, la burguesía no puede seguir dominando sobre la sociedad, debido a que «es incapaz de gobernar, porque es incapaz de garantizar a sus esclavos la existencia ni aun dentro de su esclavitud, ya que se ve forzada a dejarlos

en una situación de desamparo en la que no tiene más remedio que mantenerlos, cuando son ellos quienes debieran mantenerla a ella».

El análisis de la acumulación capitalista termina, tal y como Marx señala en una carta a Engels: «¡En la lucha de clases, donde encontramos la solución a todo este embrollo!». En una fase de acumulación donde toda la existencia de la sociedad se basa únicamente en la pauperización absoluta de los trabajadores, la lucha de clases se ve transformada. De una lucha por los salarios, la jornada laboral, las condiciones de trabajo y la ayuda social, se transforma, pese a reclamar y luchar también por estos motivos, en una lucha para derrocar el sistema de producción, una lucha por la revolución proletaria.

XI

LAS DINÁMICAS DE LA ECONOMÍA MIXTA (1964)*

I

La teoría de una economía «mixta» o «dual» es keynesiana. Este tipo de economía, que implica la intervención del gobierno en ámbitos monetarios y fiscales sobre los mecanismos del mercado, todavía perdura en gran parte entre nosotros, pero como teoría, o ideología, se encuentra en crisis. A menudo se vuelve a la pregunta sobre qué está anticuado y qué no en el keynesianismo, se escuchan entonces tanto voces a favor de un acercamiento «metakeynesiano» a los problemas económicos como a favor de reemplazar la versión más «conservadora» del keynesianismo por una más «radical». Estas quejas no surgen, sin embargo, de ninguna reciente constatación sobre las inconsistencias de la teoría de Keynes, sino del relativo estancamiento en el que se encuentran las economías mixtas y su aparente incapacidad para resolver los problemas de un adecuado nivel de inversiones y ocupación. A fin de buscar una respuesta a la pregunta de qué es lo que ha ido mal, convendría tratar de forma breve el auge y éxito inicial del modelo de economía keynesiana.

Keynes, siendo una especie de neomercantilista, era plenamente consciente de que el gobierno siempre tiene una mano metida en la economía nacional. Se trataba simplemente de una cuestión de una mayor o menor intervención, siendo la opción del *laissez-faire* la que apostaba por que fuera menor. No obstante, la guerra y la revolución traen consigo un incremento del control del gobierno. El libro de Keynes, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, fue una reacción al «socialismo de guerra» practicado por las naciones involucradas en el conflicto bélico de la Primera Guerra Mundial, al «experimento» bolchevique de propiedad estatal, así como a las condiciones de crisis que aparecieron tras la guerra y que alcanzaron una dimensión mundial con el derrumbe de la prosperidad estadounidense en 1929. Tras esto, el principal problema social era el del nivel de

* Publicado originalmente en *Science and Society*, vol. 28, verano de 1964, pp. 286-304. Traducido para este volumen por Pablo Oliveros Gregorio.

ocupación, cuya causa principal era identificada con el declive general de las inversiones. Keynes pensó que ese problema podía ser resuelto a través de la adopción de las medidas de gobierno apropiadas.

Fuera cual fuese la explicación de la falta de inversiones y el consiguiente desempleo, parecía necesario incrementar el primer factor para poder solucionar el segundo. Para Keynes las inversiones eran un acto de consumo futuro, siendo además el consumo la finalidad de toda la actividad económica. Keynes descubrió que, debido a una «ley psicológica», el consumo como porcentaje de la renta tiende a disminuir con la expansión económica y que en las sociedades «avanzadas» la «propensión al consumo» es demasiado débil como para generar una «demanda efectiva» capaz de asegurar el pleno empleo. Sin embargo, existen fórmulas para incrementar la actividad económica a través de la producción y el consumo inducidos por el gobierno.

Para poder incrementar la producción a través de las inversiones, se debe incentivar la inversión estimulando medidas que generen mayores beneficios, como tipos de interés más bajos y, quizás, inflación monetaria. A fin de incrementar el consumo, se requiere acometer obras públicas y políticas de bienestar social. El dinero ocioso puede ser reclamado en préstamo por el gobierno con el fin de financiar empresas públicas, aunque con ello se exceda la capacidad tributaria del Estado. La financiación del déficit no entraba en contradicción con la noción previamente establecida de mantener necesariamente un presupuesto equilibrado. No había necesidad de lograr el equilibrio presupuestario, ya que el plusvalor obtenido durante los años de prosperidad podía servir para compensar los déficit acumulados durante los periodos de depresión económica. La teoría de la economía centralizada y consciente se reducía finalmente a la aplicación de *techniques* de distribución de la renta —las cuales afectan al presente y al futuro— mediante las que se pretendía pasar de una situación de desempleo a una de pleno empleo.

Por supuesto, la inflación, la financiación del déficit y la construcción de obras públicas habían sido aplicadas mucho antes, pero sin el armazón teórico que proporcionó Keynes. Estas medidas no solo eran independientes del razonamiento particular de Keynes, sino que además sus efectos eran reversibles y podían ser empleadas para otros fines diferentes a los planteados por él. De hecho, el propio Keynes descubrió que la manipulación fiscal y monetaria podía emplearse para hacer disminuir, en lugar de aumentar, la «propensión al consumo» y aumentar en su lugar el «ahorro» necesario para financiar obras públicas tan vastas como las de la Segunda Guerra Mundial. En esta segunda forma «invertida», el keynesianismo demostró ser un completo «éxito» en claro contraste con el «fracaso» que supuso durante los años de depresión económica.

Aparte de su función ideológica, por norma general se acepta que entre las funciones del gobierno se incluye la de sostener un nivel socialmente satisfactorio de actividad económica. Existen pocas dudas de que la intervención del gobierno en un sentido keynesiano ha resuelto la mayoría de problemas económicos que acosaban al mundo prekeynesiano. Si se produce una caída de las inversiones, con su respectivo aumento del desempleo, esto solo significa que es necesario un mayor impulso gubernamental a la producción y al consumo a fin de que la economía pueda hacer un empleo más completo de todas sus capacidades productivas. Sin embargo, todas estas propuestas son realizadas sin tomar en cuenta las consecuencias y sin considerar el carácter real de las economías mixtas.

II

Para poder comprender las dinámicas de una economía mixta es necesario conocer sus mecanismos de funcionamiento. Estos mecanismos vienen proporcionados por los gastos públicos que contrarrestan el movimiento de la prosperidad a la depresión. El rol económico del gobierno parece dividir la totalidad de la economía mixta entre el «sector público» y el «sector privado». Por supuesto, el gobierno interviene sobre una única economía, porque no es la propiedad estatal sino su control, lo que caracteriza a las economías mixtas. Naturalmente en las economías mixtas, existe una mayor y creciente cantidad de propiedad estatal directa, pero de la misma manera que existe la propiedad estatal en el capitalismo *laissez-faire*. No importa, sin embargo, cuán autosuficientes, autoliquidables o incluso rentables sean las empresas públicas, ya que el gobierno aún sigue necesitando una proporción cada vez mayor de riqueza nacional producida de forma privada.

El sector privado de la economía, por usar términos que resulten familiares, difiere del sector público en el sentido de que este segundo no produce beneficios mientras que el primero sí. El sector privado crece por sí mismo pero el sector público lo hace a expensas del primero. En la medida que el crecimiento del sector privado sea más rápido que el del sector público, el crecimiento del segundo será un simple reflejo del crecimiento general de la economía. No sucede lo mismo cuando el crecimiento del sector público se desarrolla a un ritmo superior al del sector privado.

Por norma general, el gobierno no produce bienes destinados al mercado. Simplemente se dedica a movilizar ahorros privados para poder utilizar medios de producción privados con la intención de emplear mano de obra que de otro modo estaría ociosa. Cuanto mayor sea el producto nacional obtenido de este modo, más se perjudica la rentabilidad del capital privado, no tanto ciertamente de los capitalistas particulares, como del capital en su conjunto. Es

la producción privada la que debe sostener los impuestos necesarios que sirven para financiar y garantizar la «demanda» creada por el gobierno.

Por supuesto, se podría argumentar que más allá de las situaciones de guerra, los gobiernos incrementan su actividad económica solo porque la producción privada comienza a renquear, por eso la rentabilidad del sector privado no se ve afectada, ya que los negocios no irían mejor en ausencia de intervención gubernamental. Puede que esto sea así. No obstante, los impuestos deben salir del sector privado de la economía, que se detraen, en la misma extensión, de sus ingresos presente y futuros. Solo si los ingresos del sector privado crecen proporcionalmente más rápido que la deuda nacional y la carga fiscal, y si este aumento se debe a la actividad de «bombeo» del gobierno, podemos concluir que la producción inducida desde instancias gubernamentales sirve también al capital privado.

Para Keynes, la intervención del gobierno en la economía podía escalar desde la manipulación de las tasas de interés a la usurpación por parte del gobierno de las funciones empresariales. Sin embargo, competir de forma directa con el capital privado por la demanda disponible en el mercado conduciría al desplazamiento gradual de la empresa privada por la empresa estatal y no se puede esperar que esto suceda en una sociedad en la que el gobierno representa el sistema de libre empresa. Bajar los tipos de interés, puede, o quizás no, impulsar las inversiones de capital, pero esto es algo que se ha mostrado completamente insuficiente en periodos de estancamiento económico. El incremento de los impuestos para gastos superiores a los de la demanda de mercado se limita a distribuir los beneficios disponibles sin garantizar con ello un incremento de la ocupación y la producción. De hecho, bien podría cumplir el efecto contrario, pese a que la distribución de los beneficios mediante los impuestos pueda aumentar el impulso al consumo. En este escenario, aun cuando aumente el consumo, el incentivo para la inversión puede llegar a debilitarse todavía más.

Por lo general, los capitalistas proponen exactamente el procedimiento opuesto: reducir los impuestos como forma de inducir la inversión. Si se cumplen sus deseos, sus ingresos serán mayores, pero esto no conducirá a una mayor tasa de formación de capital sino a un simple aumento de la masa del capital ocioso. No hay ninguna certeza que afirme que las políticas fiscales, dirigidas a incidir en el consumo o a aumentar las inversiones, sirvan para incrementar la productividad nacional así como los niveles de pleno empleo. Existe, no obstante, la posibilidad de que el empleo y la producción se incrementen cuando el gobierno paga más de lo que recibe en concepto de impuestos por la financiación del déficit.

El dinero puede ser ahorrado en lugar de invertido o consumido. Una baja tasa de inversión puede ser indicativa de la existencia de tales ahorros,

una condición que Keynes denomina como «preferencia por la liquidez». El gobierno puede hacer uso de ese ahorro y aumentar el gasto, para así contribuir al incremento de la producción y el consumo nacional. Este proceso produce beneficios para algunos capitalistas e intereses para otros. Su expresión financiera se encuentra en la deuda nacional, así como en la proporción creciente de impuestos sobre el producto nacional.

El gobierno no solo financia el déficit, sino que una gran parte de la propiedad privada se sostiene sobre el crédito, con la expectativa puesta en que un futuro crecimiento de la economía produzca los suficientes beneficios como para poder hacerse cargo del endeudamiento. Las deudas de las empresas no se liquidan en su conjunto, sino que se renuevan mediante nuevas emisiones de bonos que sustituyen a aquellas que vencen. El crédito debe ser continuo para que la expansión también pueda serlo. Las deudas públicas del gobierno se gestionan de igual manera. Con independencia de lo que el gobierno solicite como préstamo y gaste, no debe preocuparse por los reembolsos, ya que puede volver a pedir prestado un importe igual o superior.

La expansión privada sostenida sobre la base del crédito aparece ligada a una rentabilidad esperada, y a su vez esa misma rentabilidad esperada está ligada a la rentabilidad real del capital. Es esta última la que permite o no una mayor expansión del crédito privado. Una tasa estática o decreciente de formación del capital implica una contracción de la estructura del crédito privado. Esto puede ser compensado mediante préstamos gubernamentales. De esta manera es el Estado el que se avala a sí mismo en nombre de recursos productivos de propiedad privada. Esta «transferencia» de control económico sirve para estimular una «demanda» específica, a saber, una demanda no mediada por el mercado por encima de aquella que «normalmente» entra dentro del gasto público. El mismo principio que permitió que la economía del esfuerzo bélico fuese una economía de pleno empleo también facilita el incremento de la actividad económica en una economía mixta, o mejor dicho, la distinción existente entre una producción en tiempos de paz o de guerra se ha difuminado por completo y la economía mixta opera como si fuese una economía de guerra permanente. De esta forma, y hasta hace poco, la economía mixta ha sido lo suficientemente «estable» para cabalgar depresiones como las que ocurrieron en el periodo de entreguerras.

III

Un periodo de crecimiento económico no tiene por qué ser inflacionista, incluso cuando la oferta monetaria crece con el incremento de la deuda, en la medida en que la productividad puede ser incrementada al nivel

suficiente como para compensar la oferta y la demanda sociales. En cualquier caso, no es la cantidad de dinero y los efectos de los mecanismos de crédito lo que determina la relación entre los precios y la producción. Más bien sucede a la inversa: es el estado de la producción social lo que determina la rentabilidad y con ello las relaciones entre precio y dinero. Un crecimiento monetario excesivo por la vía de la expansión del crédito y la financiación del déficit puede conducir de hecho a la inflación, de la misma manera que la contracción del crédito y la falta de dinero tienden a producir escenarios deflacionarios. Debe darse una situación donde exista una cantidad «justa» de dinero para así evitar tanto la inflación excesiva como la deflación; y de acuerdo con Keynes, es función del gobierno alcanzar esa «cantidad justa» de dinero. Las políticas fiscales dirigidas a este propósito son, por supuesto, políticas monetarias, ya que se limitan a buscar la «cantidad justa» de dinero para asegurar la estabilidad y el crecimiento económico.

Los keynesianos consideran la economía como una economía monetaria y suelen olvidar que es una economía basada en *hacer dinero*. Desde su punto de vista, el dinero se muestra como un mero instrumento manipulable a la hora de convertir una producción insuficiente en una que resulte razonablemente suficiente. No obstante, en la sociedad existente, el dinero es el principio y el fin de la producción: una cantidad dada de dinero, o capital, debe convertirse a través del proceso de producción en una cantidad mayor. La producción capitalista y la acumulación son procesos iguales.

Como en el temprano capitalismo de *laissez faire*, en la economía mixta el capital no se acumula para incrementar la producción, sino que se produce para acumular capital. La productividad nacional puede incrementarse a través de la acumulación de deuda pública y privada, pero la acumulación de deuda no es acumulación de capital. Esta es la razón por la que la estructura del crédito privado se contrae en cuanto la expansión de la producción no coincide con un proceso de acumulación de capital. Solo la acumulación de deuda pública puede ampliar la producción social, donde y cuando esta no puede aumentar por sus propios medios, esto es, mediante la formación de capital determinada por el mercado.

El incremento de la demanda social a través del gasto público sostenido con dinero prestado ha producido un proceso inflacionario. Por lo general, la inflación se define como una situación en la que el ingreso monetario nacional aumenta más rápido que el ingreso real nacional; esta situación se produce cuando existe gran cantidad de dinero en relación con los bienes disponibles. Si fuera cierto que la financiación del gobierno aumenta la producción en general, tal y como afirman sus defensores, este aumento de la producción debería ayudar a suprimir las diferencias entre ingresos

monetarios e ingresos reales, poniendo fin a la presión inflacionista inicial. Sin embargo, la inflación, por baja que sea la escala a la que se produzca, es continua. Aparentemente existe siempre demasiado dinero en relación con los bienes disponibles. Lo que ocurre, no obstante, es que existe una abundancia de bienes, pero no suficiente capacidad adquisitiva. De este modo, la inflación no es explicable como una situación en donde existe una gran cantidad de dinero junto con una carestía de bienes. Se trata más bien de un mecanismo que frena el consumo independientemente de la oferta, con el fin de mitigar la pérdida de rentabilidad causada por la producción inducida por el gobierno.

IV

Los economistas no suelen distinguir entre producción inducida por el gobierno y formación privada de capital, entre demanda creada por el gobierno y demanda de mercado. Piensan en la formación de capital como un simple agregado de medios capaces de producir más bienes, sin importar a dónde puedan ir a parar. Mientras la producción nacional total en términos monetarios crezca y el desempleo se mantenga bajo control, estarán satisfechos. Solo cuando la depresión desplaza a los periodos expansivos comienzan a buscar fuentes más «permanentes» de demanda.

¿Cuáles podrían ser estas fuentes? La formación de capital privado mediante la producción de bienes de mercado encuentra sus límites *observables* en la disminución de la demanda de mercado. Para no reducir todavía más las perspectivas de comercialización de las mercancías producidas de forma privada, la producción inducida por el gobierno debe ser conducida a áreas de no mercado tales como obras públicas, armamento y gastos superfluos. Por la misma razón, y contrariamente a las sugerencias de Keynes, la producción no puede incrementarse mediante una distribución de los ingresos que favorezca a los pobres.

Si bien es cierto que la productividad de la economía actual, al menos potencialmente, podría permitir una producción de «abundancia», esta sigue siendo, en lo que respecta a la necesidad de beneficios, una «economía de la escasez». Por el hecho de que la producción de mercancías es simplemente un mecanismo para la producción de ganancias y el aumento del capital, el éxito o fracaso del sistema no puede ser medido por la abundancia o la escasez de mercancías, únicamente puede ser cuantificado por la tasa de ganancia y la acumulación. A pesar de la existencia de una gran cantidad de producto excedente, el sistema capitalista debe primero incrementar la ganancia del capital antes de incrementar la capacidad de consumo a través de salarios más altos y un mayor bienestar social.

Los salarios son «costes de producción» y si se incrementan sin relación con un mayor incremento de la productividad del trabajo, provocan una reducción de los beneficios capitalistas. Los salarios crecen en el capitalismo, pero solo en condiciones de rápida acumulación de capital. La formación de capital representa el exceso de producción respecto de lo que la sociedad consume. Esto puede, y en general lo hace, llevar a un incremento del consumo, pero el consumo por sí mismo no conduce a la formación de capital.

Cada entidad capitalista, da igual lo pequeña o grande que sea, debe tratar de mantener sus costes de producción al mínimo para así alcanzar el máximo beneficio. Las ganancias extraordinarias a través de la monopolización o la manipulación de los precios incrementan la competencia entre las entidades capitalistas menos privilegiadas, transfiriendo las ganancias de las empresas más débiles a las más fuertes. Aunque la huida parcial de la competencia libra a algunas empresas de la preocupación acuciante por los costes de producción, magnifica este mismo problema en otras empresas. A largo plazo, por supuesto, la disminución de los beneficios de las empresas más competitivas también disminuye la cantidad de beneficios que pueden ser transferidos a los capitales menos competitivos. Aunque en realidad todo este proceso se desarrolla en la esfera del mercado, tiene sus orígenes, y también sus límites, en la esfera de la producción.

Mientras prevalezca la competencia, esta se centrará en los costes de producción y, además, determinará los salarios en tanto que estos no pueden ser mayores del nivel compatible con la rentabilidad de los beneficios empresariales. De la misma manera que se alcanza una mayor rentabilidad a través de la transferencia de beneficios mediante el marketing y los mecanismos de precios, los salarios más altos en algunas empresas están fundados correspondientemente en los salarios más bajos en otras. Y del mismo modo que la ganancia social total no puede incrementarse por la «desigualdad» en el reparto de los beneficios, los salarios totales siguen siendo los que son, independientemente de cómo se repartan entre los distintos grupos de trabajadores.

La determinación gubernamental de los salarios presupone la determinación gubernamental de las ganancias y viceversa, y ambos ejercicios son igualmente imposibles en una economía basada en el mercado, ya sea mixta o no. La demanda por medio de una mayor propensión al consumo mediante salarios más altos equivale a pedir el fin de la economía de mercado, y si es tomada en serio, requeriría de un control central del conjunto de la economía, la planificación de la producción, el consumo y la expansión. En definitiva, la propensión al consumo varía según la habilidad para acumular capital. Por esta razón, los incrementos salariales determinados por el gobierno no se encuentran incluidos entre los «estabilizadores fiscales automáticos» de las economías mixtas, y son siempre los salarios más

bajos los que establecen el estándar gubernamental de la legislación de salario mínimo.

El incremento de la propensión al consumo mediante la redistribución de ingresos a favor de las clases más pobres debería ser un fenómeno que se mostrase en las estadísticas. Sin embargo, cuando lo hace, lo hace como una posible «interpretación», no como un hecho innegable. Los estudios recientes sobre la distribución de ingresos han revelado que pese al aumento de los salarios, difícilmente podemos concluir que la distribución nacional de la riqueza entre las diferentes clases haya experimentado cambios importantes. Podemos observar cambios en los tramos de mayores ingresos y cómo algunos de estos cambios reflejan de manera indudable el crecimiento del sector público de la economía a expensas del sector privado. Sin embargo, a pesar de estas transformaciones, en lo que respecta a la producción social total —privada y pública— la brecha entre producción y consumo se profundiza, no se reduce. Debido a que una parte creciente de la producción social es de naturaleza no rentable, la reducción de la producción del capital privado se muestra como una aparente redistribución de ingresos sin un incremento de la propensión al consumo y mucho menos a través de unos salarios más altos.

V

No es mediante el aumento a la propensión al consumo, en el sentido propio del término, como la economía mixta resuelve el problema de una demanda efectiva insuficiente. Sin embargo, es cierto que el empleo y la producción aumentan mediante el «consumo», pero este «consumo» adopta la forma de obras públicas y producción de desecho, fundamentalmente en forma de armamento. En lo que respecta al capital privado «en su conjunto», la parte de la producción inducida por el gobierno queda fuera del mercado y con ello del proceso de acumulación privada. Al quedar fuera de la esfera del consumo acaba por perderse de forma irremediable.

Esto cambia por completo el procedimiento tradicional de la formación de capital. En lugar de expandir el capital a expensas del consumo a través del «ahorro», se expande la producción al expandir los gastos públicos que se producen en la esfera del consumo. No obstante, la historia reciente ha demostrado que es posible tener un «desarrollo» próspero en condiciones de estrechamiento del mercado y de una creciente producción inducida por el gobierno gracias a los altos niveles de productividad. Cuando la producción inducida por el gobierno se mantiene dentro de los límites en relación con la rentabilidad total de la economía nacional, puede compensar la caída de la demanda de mercado sin serios impactos sobre la rentabilidad del capital y la

propensión al consumo. El coste de la producción inducida por el gobierno puede ser tolerable porque es distribuido sobre el conjunto de la sociedad, en un largo periodo de tiempo, mediante la inflación o la financiación del déficit. De todos modos, si una parte demasiado grande de la producción social es consumida en cualquiera de sus formas, no solo existe una cantidad menor de demanda de capital para fines de inversión sino también una menor tasa de ganancia para el capital existente, haciendo desaparecer consecuentemente los incentivos a la inversión. Cuando el incremento de la producción inducida por el gobierno es suficiente como para reducir la formación de capital privado de manera absoluta, la ganancia en la producción que se obtiene a través del aumento del gasto público se perderá una vez más debido a la pérdida productiva experimentada en la esfera del capital privado. Un nuevo aumento de la productividad inducido por el gobierno solo podría ser posible a expensas del consumo en el verdadero sentido de la palabra.

Este proceso puede ser entendido con una analogía con la economía de guerra, en donde el aumento de la producción de desecho se realiza mediante restricciones al consumo así como a expensas de nuevas inversiones de capital. Eventualmente, sin embargo, es solo a expensas del consumo, ya que la continuación y el aumento de la producción de desecho requiere el reemplazo y la expansión del aparato productivo. En condiciones de guerra, la producción de desecho aumenta a un ritmo cada vez mayor, mientras que el aumento de la producción de desecho como previsión de un escenario de guerra, o como medida para asegurar el pleno empleo, puede todavía mantenerse bajo control. En una economía mixta, de todos modos, un aumento constante, aunque lento, de la producción de desecho requiere del mantenimiento de una cierta tasa de formación de capital. Y la necesidad de mantener tanto una tasa de formación de capital como una cantidad necesaria de producción de desecho tendrá que ser así finalmente garantizada a expensas del consumo.

VI

Lo que aquí llamamos producción de desecho, esto es, la cantidad de producción social que tiene lugar para compensar el relativo estancamiento de la producción privada de capital, se presenta para los capitalistas como inevitable aunque deba ser afrontada con amargura. Esta no solo resulta necesaria para aquellos cuyos beneficios o medios de vida dependen de esta, sino en general. Incapaces, e incluso poco dispuestos, a admitir cualquier contradicción inherente al modo de producción dominante o a su incompatibilidad a largo plazo con el progreso social, las dificultades que

afronta el ciclo económico son achacadas a enemigos externos que sirven para justificar el crecimiento de la producción de desecho.

Además, la acumulación continua de capital se muestra como algo teóricamente posible siempre y cuando el crecimiento de la productividad del trabajo genere los beneficios necesarios para lograr dicho objetivo. Siempre tendrá lugar un desplazamiento continuo del trabajo por la maquinaria, pero esto no excluye un incremento absoluto de la fuerza de trabajo. Asimismo, el aumento de la explotación puede ir acompañado de una mejora continua de las condiciones de vida. Sin embargo, los beneficios deben no solo producirse, sino también realizarse mediante las compraventas. La expansión de capital siempre debe ser expansión del mercado capitalista.

Al tomar el mercado en consideración, una masa concreta de capital puede ser de manera simultánea muy grande y muy pequeña. Puede mostrarse como demasiado grande como para realizar la ganancia por la vía de la compraventa, y al mismo tiempo, muy pequeña para ser capaz de ampliar el mercado mediante una mayor productividad. La economía estadounidense, por ejemplo, producía en 1962 un 20 % por debajo de su capacidad, y esto a pesar de la gran cantidad de producción inducida por el gobierno. Se podría así aumentar la capacidad productiva casi en una quinta parte de su PIB actual sin necesidad de nuevas partidas de capital de equipo adicional y sin ejercer una explotación mayor sobre la actual fuerza de trabajo disponible. Sin embargo, no podría vender de manera rentable el producto añadido, y tampoco podría regalarlo sin recortar las ventas que son todavía rentables. A la vista de los mercados actuales, la economía estadounidense es obviamente demasiado grande, ya que se muestra incapaz de generar beneficios a partir de un aumento de la producción.

De cualquier modo, para todos los economistas burgueses, las cantidades existentes de capital se muestran siempre como demasiado pequeñas, todos ellos claman por una tasa de formación del capital más veloz. Esto, por supuesto, conlleva un incremento de la producción, que debería verse correspondido por un aumento paralelo de los mercados, aun cuando el capital existente no sea plenamente utilizado. Para los keynesianos «radicales» esto no supone problema alguno. En su razonamiento, la demanda de mayores mercados puede ser creada mediante gastos gubernamentales adicionales así como una mayor distribución de los beneficios que sirva para estimular la propensión al consumo. Sin embargo, los gobiernos donde impera la economía mixta representan a los intereses del capital privado. La expansión económica mediante el gasto deficitario constituye una forma lenta de expropiación de las ganancias y se recurre a esta forma porque los gobiernos no quieren recurrir a la expropiación del capital. Demasiada financiación del déficit constituye, en cualquier caso, una forma lenta de

expropiación de capital y es solo la fuerza de las circunstancias, no las ideas de los keynesianos, lo que induzca a los gobiernos aumentar la producción mediante un aumento continuo de la deuda nacional.

Al margen de toda teoría, los capitalistas también ven en un mayor capital la solución al problema económico. Solo bajo condiciones de un rápido aumento de la formación de capital, la demanda social será suficiente para emplear todos, o la práctica totalidad, de los recursos productivos. Bajo condiciones de *laissez-faire*, la sobreproducción de capital y la sobreproducción de mercancías como su expresión en la esfera del mercado, venía siempre superada después de un periodo de recesión económica, por una mayor acumulación de capital. Los beneficios que no podían ser realizados en una escala inferior de la producción podían encontrar salida en una escala de producción mayor. Allí donde un capital menor se había mostrado incapaz de producir ganancias, una masa mayor de capital se hacía de nuevo rentable. La razón de este cambio debe ser buscada en los cambios estructurales que el capital atraviesa durante el periodo de recesión económica. Una mayor escala productiva para una cantidad relativamente menor de empresas y una relación más favorable entre salarios y ganancias son capaces de restaurar el «equilibrio» previamente perdido entre la acumulación de capital y su rentabilidad.

La capacidad inactiva se considera otra razón para tener que lograr un capital mayor. Las fuerzas productivas inactivas son consideradas «obsoletas» porque no son competitivas y por tanto no rentables. De hecho, un uso pleno de las capacidades productivas sería menos rentable que su empleo parcial, y esto no porque no hay una demanda correlativa a una mayor producción, sino porque muchas empresas y corporaciones son competitivas (tanto a nivel nacional como internacional) solo en la medida en que operan, y se limitan, al equipo técnico más actualizado y a los costos de mano de obra más bajos. Para poder incrementar sus mercados deben volverse todavía más competitivas, lo que es lo mismo que decir que deben incrementar la «obsolescencia» de su capital fijo mediante una mayor formación de capital.

Una mayor cantidad de capital supone un empleo más eficiente del aparato productivo, capaz de producir más que los capitales menos eficientes, a través de la captura del mercado de estas empresas menos competitivas, así como ensanchando el mercado en general. Diseñado y construido, en primer lugar, con miras a un mercado mundial en expansión, el aparato productivo de los países capitalistas avanzados excede el alcance de sus mercados nacionales. La producción combinada de las naciones industriales excede el rango del mercado mundial, a menos que un aumento rápido y general de la formación de capital expanda el mercado mundial tan rápido como aumenta la productividad internacional. Aunque esto no

es imposible, dicha situación rara vez tiene lugar. Algunas naciones acumulan a un ritmo más veloz o sufren procesos recesivos más severos que otras. Los cambios resultantes en las relaciones de poder económico tienen su trasvase en las relaciones de poder político, la competencia económica nacional deja paso a la competencia imperialista y la guerra.

Bajo las condiciones del siglo XIX, era más fácil superar la sobreacumulación temporal de capital mediante los procesos de recesión, que afectaban en mayor o menor medida al capital a escala internacional. Al final de dicho siglo ya no era posible cambiar la estructura internacional del capital mediante las recesiones que permitieran alcanzar nuevas bases para la reanudación del proceso de acumulación. Procesos que todavía eran replicables a escala nacional no eran ya efectivos a escala internacional porque la competencia económica era ahora suplementada a una escala cada vez mayor por la competencia político-militar. La concentración internacional de capital, necesaria para la reanudación del proceso de acumulación de capital, ya no era un resultado «automático» de la crisis económica, sino que solo podía producirse directamente, a través de las «intervenciones» del gobierno por medio de la guerra.

La reanudación del proceso de acumulación, tras una crisis «estrictamente» económica, aumenta la escala general de la producción. También la guerra produce un aumento de la actividad económica. En ambos casos el capital resulta más concentrado y centralizado a pesar y debido a la destrucción consumada del capital. Pese a las pérdidas de algunas naciones, las ganancias de otras son lo suficientemente grandes como para iniciar un nuevo periodo de aparente expansión general del capital capaz de exceder, en términos de escala productiva mundial, los niveles prebélicos. En sus efectos, por tanto, la producción bélica no era realmente producción de desecho, sino un medio para la reanudación del proceso de formación de capital. En este sentido, la producción de desecho no es solo un subsidio a los productores armamentísticos, sino una condición previa para la rentabilidad del capitalismo de posguerra. Esta es una razón adicional por la que, en general, los capitalistas se oponen a las obras públicas útiles y al gasto en bienestar, pero no a un aumento en los gastos de «defensa». Al margen de consideraciones ideológicas, la experiencia muestra que las dificultades económicas pueden resolverse por la fuerza y que el sostenimiento de los privilegios de clase puede requerir de la intervención militar.

A la vista de la capacidad destructiva que puede adquirir un conflicto nuclear, tales nociones representan, sin duda alguna, una auténtica locura. Sin embargo, es imposible proceder de forma racional en una sociedad que en su haber se muestra como irracional. El reconocimiento de que la guerra ya no es capaz de resolver los problemas existentes en el mundo capitalista no sirve para prevenir los comportamientos que puedan conducir a

una nueva guerra. Ningún capitalista deseaba las pérdidas que produce la recesión y con todo, la incesante competencia por apoderarse del capital llevó a la crisis y a la recesión económica. En otras palabras, fue el comportamiento «normal» lo que causó la «anormalidad» de la crisis. Esto no es diferente en lo que se refiere a la guerra. El implacable afán de dominio político y económico, ya se trate de obtenerlo o conservarlo, es el resultado y la suma de todos los comportamientos asociales que comprenden la vida social bajo el capitalismo.

La aceptación de que la guerra supondría un suicidio no influye en la deriva bélica y aquellos que toman las decisiones política no están menos atrapados en este callejón sin salida que las masas emasculadas e indiferentes. Simplemente tomando las decisiones «correctas», que determinan las necesidades específicas de sus naciones y la seguridad de sus estructuras sociales, son capaces de destruirse a sí mismos y a una gran parte del mundo. Pueden darse cuenta de la «obsolescencia» de la guerra, pero no pueden evitar prepararse para ella porque un capitalismo desarmado pronto dejaría de existir. Se preparan para la guerra no solo porque la producción de desecho aporta cierta estabilidad económica, sino por la sospecha tácita, cuando no la conciencia, de que nada realmente garantiza el futuro del capitalismo excepto aterrorizar al mundo. Debido a la enormidad de la guerra nuclear, a menudo se expresa la esperanza de que tal guerra será evitada, aunque se admite que podría estallar de forma «accidental». Sin embargo, si no hay cambios sociales decisivos, el «accidente» pasará a ser que la guerra pueda evitarse y que no tenga lugar.

VII

La Segunda Guerra Mundial fracasó a la hora de proveer del ímpetu necesario a la expansión de capital privado determinado por el mercado, al menos en una escala lo suficientemente amplia como para poder desechar la demanda inducida por el gobierno. Toda disminución significativa del gasto gubernamental en el mundo de posguerra condujo a contracciones económicas que solo pudieron ser corregidas mediante la reanudación del gasto público a una escala todavía mayor. Lo mejor que se pudo esperar fue la estabilización de las relaciones entre la producción privada y el gasto público de la forma en la que este emergió en el mundo de posguerra. Pero incluso esto requería de una tasa de crecimiento económico capaz de mantener la economía a un nivel suficientemente competitivo y de prevenir el aumento del desempleo. Si bien los gobiernos intentaron fomentar la formación de capital, su falta de éxito a la hora de lograr dicho objetivo requirió de un aumento de la producción inducida por el gobierno,

generando a su vez nuevos obstáculos para la expansión del capital privado. En ocasiones, se aplicaron alternativamente políticas destinadas a aumentar las ganancias capitalistas por la vía de la reducción de impuestos y políticas dirigidas a aumentar la producción de desecho mediante la financiación del déficit público. Pero como el déficit debe ser financiado a través de la producción que tiene lugar en la esfera privada, esto equivale a un proceso donde con una mano se da y con la otra se quita, incluso cuando este proceso se extiende durante un largo periodo de tiempo.

¿Pero por cuánto tiempo? Esta es una pregunta que carece de respuesta, y como no puede ser respondida, el argumento a favor de mayores déficits públicos se muestra como una opción convincente. Tal vez llegue un momento en el que la formación de capital privado tenga lugar de forma suficientemente rápida como para alcanzar la creciente deuda nacional y mantenerla en unas magnitudes manejables. Tal vez toda esta postura pueda justificarse con el famoso principio de «tras nosotros, el diluvio».

¿Cuántos impuestos puede recaudar y cuánto crédito puede solicitar un gobierno? Obviamente, no la totalidad del PIB ¿Quizás el 50 %? Esta cifra estaría próxima a las condiciones de tiempos de guerra durante las cuales el gobierno estadounidense compraba aproximadamente la mitad del producto nacional. Bajo dichas condiciones, la tasa de inversión constituía el 2,9 % del PIB, una tasa inferior a los de los años de la Gran Depresión, con excepción de 1932, cuando este indicador cayó a una tasa del 1,35 %. Sin embargo, una economía de guerra sostenida de manera continua e indefinida terminaría por destruir al sistema capitalista. Un incremento de la producción de desecho hasta el 50 % en periodo de paz, en un sistema de economía mixta, sería una situación equivalente a la de una economía de guerra, con la excepción de que los productos fruto de la producción de desecho se van deteriorando lentamente en lugar de ser rápidamente destruidos. Sin embargo, en EEUU la producción de desecho actual, a través del gasto militar, compromete cerca del 10 % del PIB, mientras que los gastos gubernamentales totales constituyen un cuarto de todo el PIB. Hay todavía un margen considerable entre las condiciones existentes entre una economía de guerra y otra de paz.

El capital privado puede existir e incluso crecer aun a pesar de la alta proporción de gasto público sobre el producto nacional. Existe por supuesto, un techo donde los impuestos terminan por reducir, en vez de aumentar, la producción social sostenida por el sector público. Pero cuál es este techo y en qué momento será alcanzado no es algo que sea predecible. En una economía mixta, la proporción de los impuestos sobre el producto nacional varía entre una cuarta y una tercera parte, Inglaterra tiene la tasa más alta mientras que EEUU tiene la más baja. No obstante, la intervención pública en las naciones de la Europa Occidental no supuso

un incremento de la producción de desecho, sino la reanudación de las recapitalizaciones de la economía de mercado. Los gobiernos impusieron el ahorro institucional cuasi obligatorio además de la retención de una gran cantidad de beneficios empresariales con el propósito de ser utilizados en procesos de reinversión. La expansión fue alcanzada mediante el déficit de gasto y el crecimiento de la inflación.

La recapitalización forzada de Europa Occidental no fue producto de la aplicación de la «nueva economía», más bien la «aplicación» funcionó de esta manera particular debido a las condiciones en las que se encontraba Europa después de la guerra. La enorme destrucción de capital, tanto en términos de valor como físicos, así como la obsolescencia en la que se encontraba gran parte del aparato productivo que sobrevivió a la guerra, permitía y reclamaba a su vez una rápida formación de capital que sirviera para evitar el colapso total del sistema basado en la propiedad privada. Tanto el capital como el trabajo aceptaron la exigencia del gobierno para trabajar a favor de la acumulación capitalista en lugar de hacerlo por un mayor consumo. Y como ocurrió en épocas pasadas, el mayor consumo se convirtió en un subproducto del proceso de expansión acelerada.

Las mismas medidas «económicas» no tuvieron un resultado similar en EEUU, debido a que allí no se produjo una destrucción de capital semejante, ni en términos físicos ni de valor monetario. A fin de mantener el fuerte aumento de la producción tras la guerra, cuando no aumentarlo, se requería de un control de la economía mundial mucho mayor del que se podía llegar a alcanzar. Dicho control no podía ser realizado a expensas del capitalismo europeo; al contrario requería de la recuperación europea. El capitalismo basado en la propiedad privada, simple y llanamente, no podía convertirse en una economía mundial controlada desde un único centro, EEUU. De la misma forma que en cada nación capitalista el proceso de concentración de capital no puede producirse sin que se destruya el mercado económico competitivo, en un plano internacional, el capitalismo no puede integrarse bajo la dominación de una nación particular. La integración económica de la economía mundial presupone la integración política, proceso que resulta imposible debido a la naturaleza competitiva de la producción de capital en una economía de mercado. Lo que fue posible tras la guerra fue un retorno a las condiciones prebélicas modificadas por los cambios políticos acontecidos por el resultado de la guerra, esto es, la restauración de una economía europea truncada en un mercado mundial reducido por la mayor expansión de la autarquía en algunas naciones, y el surgimiento de un «segundo» mercado mundial a través de la consolidación del bloque de poder del Este.

Bajo determinadas condiciones, una economía mixta puede, por tanto, expandir su demanda de mercado y la formación de capital privado pese al amplio peso de los impuestos sobre el producto nacional, si bien bajo

diferentes condiciones, otra economía mixta puede no ser capaz de incrementar la demanda de mercado y la formación de capital privado —y ello a pesar de un menor peso de los impuestos sobre el producto nacional—. La «próspera» tasa de formación de capital de Europa Occidental tuvo sus orígenes en el contexto de la Segunda Guerra Mundial. Con el fin de la influencia que ejercían estas condiciones particulares, Europa Occidental, al igual que EEUU, deberá recurrir, seguramente pronto, a una mayor producción de desecho con el fin de evitar un nuevo declive económico.

VIII

Sea cual sea la tasa de impuestos sobre el producto nacional, la producción inducida por el gobierno encuentra sus límites en la producción rentable del mercado. Mientras prevalezca el «sector privado», no existirá forma de satisfacer una producción libre de consideraciones basadas en la ganancia, excepto por la vía de generación de beneficios a través del capital privado. Los límites a la producción de beneficios privados no son otros que los límites de la producción inducida por el gobierno. Allí donde el capital privado domina, la intervención estatal sobre la economía no puede ir más allá del punto en donde amenazaría de forma seria la producción de capital privado. Si llegado este punto la economía no puede «prosperar», no «prosperará». Modificar esta situación a través de intervenciones de mayor alcance requeriría de un gobierno capaz y con la voluntad de destruir la dominación social del capital privado, procediendo a instaurar en su lugar el control y la propiedad gubernamental.

Debido a que el control gubernamental en una economía mixta se subordina a las relaciones de propiedad existentes, en el marco social actual esta intervención termina por ser útil a los intereses de las grandes empresas. La redistribución de los ingresos consiste, en gran medida, en un movimiento en donde el dinero de los impuestos es desplazado de los sectores no subvencionados a aquellos subvencionados. Este es un proceso funcional a la concentración de capital mediante la concesión de subvenciones a las grandes empresas, principales proveedores de la demanda inducida y creada por el gobierno.

Si bien la producción subvencionada ayuda a sostener las ganancias de sectores como el de defensa, al mismo tiempo contribuye a hacer reducir la tasa de ganancia de las industrias no subvencionadas. El incremento de la producción reduce la tasa media social de ganancia, y por tanto de la rentabilidad del capital social total, mermando a su vez la capacidad general para incrementar la rentabilidad mediante nuevas inversiones. El *mercado* de bienes duraderos se contrae, a pesar del crecimiento continuo

de la industria productora de este tipo de bienes. A su vez, a menos que los gobiernos concedan subvenciones, no existen incentivos reales para llevar a cabo nuevas inversiones debido a las perspectivas sombrías del mercado. La competencia, de igual modo, también puede forzar la expansión, pero en una estructura capitalista altamente concentrada los acuerdos de precios de los bienes se muestran como una opción preferente frente a la competencia. En las industrias clave, los precios son liberados de todas las presiones del mercado y aumentan a medida que aumenta la capacidad no utilizada, lo que obliga a aumentar los precios en todas las industrias dependientes. Los precios suben a pesar de la productividad del trabajo que sigue aumentando y que ahora no opera como antes, es decir, como una vía de acceso a nuevos mercados más amplios.

De tres maneras diferentes, las grandes empresas aseguran su rentabilidad incluso en condiciones de baja tasa de formación de capital. La primera, a través de la explotación de sus propios trabajadores; la segunda, mediante su participación en los resultados que otros capitalistas obtienen de la explotación; y por último, mediante subvenciones gubernamentales que sirven para transferir bajo control de las grandes empresas dinero que a través de los impuestos es extraído de todas las capas sociales. Cabe señalar que el beneficio del cual se apropian estas grandes empresas debe proceder de otros sectores de la economía, contribuyendo a disminuir su propia capacidad expansiva. Una vez que la producción de desecho se convierte en un factor permanente e institucionalizado de la producción social, comienza a operar un círculo vicioso. Al incrementar la producción inducida por el gobierno, la acumulación privada de capital disminuye, provocando a su vez que la disminución de la formación de capital privado contribuya a aumentar la producción inducida por el gobierno, hecho que a su vez disminuye la expansión del capital privado y así sucesivamente.

¿Cómo romper este círculo vicioso? «Teóricamente» existen dos posibilidades, las dos igualmente imposibles en la práctica. Las dos tienen que ver con «desmezclar» la economía mixta, bien sea volviendo a una economía de «libre» mercado como la que existía en el pasado, o eliminando a la vez tanto la economía mixta como la economía de mercado. Incapaz de volver a las condiciones existentes en el pasado o de transformarse en capitalismo de Estado, la economía mixta alterna entre procesos de estancamiento y de destrucción; entre expansión insuficiente del capital e incremento de la producción de desecho. Esto no es una manifestación de la habilidad del capitalismo para «reformarse» mediante grandes medidas capaces de conceder la cantidad justa de control gubernamental e iniciativa privada para así lograr alcanzar un nivel «óptimo» de «eficiencia económica», sino más bien la constatación de esa situación de «crisis permanente» en la que se halla el capitalismo desde principios de siglo.

XII EL CAPITAL MONOPOLISTA (1967)*

I

Paul A. Baran y Paul M. Sweezy, los autores del *Capital monopolista*, intentan superar el «estancamiento de la ciencia social marxista» desplazando el interés principal del capitalismo de competencia al capitalismo monopolista. En su opinión, «el análisis marxista del capitalismo aún descansa en último análisis en el supuesto de una economía competitiva», la cual, sin embargo como consecuencia del tránsito al capitalismo monopolista ha experimentado una transformación cualitativa. Marx «consideraba los monopolios no como elementos esenciales del capitalismo, sino más bien como un remanente del pasado feudal y mercantilista del que había que abstraerse para poder obtener la visión más clara posible de la estructura básica y de las tendencias del capitalismo» (p. 9).¹ El libro de Baran y Sweezy se propone superar esta situación sirviéndose para ello del «potente método analítico» de Marx.

El análisis marxiano del capitalismo parte de la teoría del valor-trabajo y del plusvalor. Sin embargo, las relaciones de mercado, son, según Baran y Sweezy, «esencialmente relaciones de precios», de tal manera que «el estudio del capitalismo monopolista, como el del capitalismo competitivo debe empezar por el funcionamiento del mecanismo de precios» (p. 48). Para Marx, las relaciones de precios se derivan de relaciones de valor, por lo que el estudio del capitalismo ha de *empezar* con las relaciones de valor. El análisis en términos de valor del capitalismo desatiende el fenómeno competitivo porque en el agregado social todos los precios se igualan al valor

* Escrito originalmente como «Monopoly Capital», *Progressive Labor*, julio-agosto de 1967. Existe una versión en castellano titulada «Marxismo y "capital monopolista"» incluida en el volumen *Crítica a los neomarxistas*, Barcelona, Península, 1978. Aunque se ha empleado como base esa edición, la presente versión es el resultado de una traducción prácticamente nueva.

¹ Paul A. Baran y Paul Sweezy, *Monopoly Capitalism: An Essay on the American Economic and Social Order*, Nueva York, Monthly Review Press, 1966 [ed. cast.: *Capital monopolista*, Ciudad de México, Siglo XXI, 1968]. [Las páginas entre paréntesis corresponden a la edición en castellano, N. del E.].

total. En contra de las afirmaciones de Baran y Sweezy, el análisis de Marx no se basa en el supuesto de un capitalismo competitivo, sino en el concepto abstracto del capital global. En el caso de que este concepto tenga en general validez, es independiente de la estructura de capital (competitiva o monopolista) que en cada caso venga dada.

Marx vivía en una sociedad de capitalismo competitivo altamente desarrollado y sabía muy bien que son los precios y no los valores los que determinan el acontecer a escala de mercado, aun cuando los precios estén limitados por las vinculaciones sociales que los configuran como relaciones de valor. Las partes descriptivas de *El capital* se ocupan de la competencia de capitales y de la superación de la competencia por medio de la competencia, es decir, por medio de la centralización y concentración del capital. Con su afirmación de que Marx había descuidado el monopolio, Baran y Sweezy querían decir posiblemente que Marx no había utilizado el concepto de «monopolio» en su sentido burgués contrapuesto a la competencia. Su teoría de la competencia de los capitales es simultáneamente una teoría del monopolio; el monopolio en este sentido sigue siendo siempre competencia, porque un capitalismo sin competencia significaría el fin de las relaciones de mercado, que son las que mantienen con vida el capitalismo privado. Seguro que en la época del florecimiento del capitalismo la competencia era más intensa que en sus épocas más tempranas o tardías. «En tanto el capital es débil —decía Marx— se apoya en las muletas de modos de producción periclitados o que caducan con la aparición de aquel. Apenas se siente robusto, arroja las muletas y se desplaza con arreglo a sus propias leyes. Tan pronto como empieza a sentirse a sí mismo como barrera al desarrollo, recurre a formas que, aunque parecen dar los últimos toques al dominio del capital moderando la libre competencia, al propio tiempo anuncian la disolución de aquel y del modo de producción fundado en este».²

Según Baran y Sweezy la aparente «transformación estructural fundamental» que media entre el capitalismo competitivo y el capitalismo monopolista demanda una transformación de las leyes que se derivan del «modelo competitivo» de Marx, como puede ser, por ejemplo, la ley de la tasa de beneficio descendente. El modelo marxista de la formación de capital se basa, no obstante, como ya se ha dicho, no en la competencia, sino en la aplicación de la teoría del valor-trabajo sobre el proceso de acumulación. Aun cuando en el presente la acumulación de capital es un proceso competitivo, la caída de la tasa de beneficio no se basa en la competencia, sino en las relaciones de valor desplazadas de la expansión del capital.

² Karl Marx, *Grundrisse der Kritik der Politischen Ökonomie*, Berlín, 1953, p. 544. [ed. cast.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, vol. II, Madrid, 1972, p. 168].

Esta ley postula que el capital invertido en medios de producción crece más rápidamente que el capital invertido en fuerza de trabajo. Como el plusvalor es tiempo de trabajo excedente, la reducción del tiempo de trabajo en relación con la cantidad creciente de capital improductivo conduce a una caída de la tasa de beneficio, ya que esta tasa se mide sobre el capital total, es decir, tanto sobre el capital invertido en medios de producción (capital constante) como sobre el capital invertido en fuerza de trabajo (capital variable). La caída tendencial de la tasa de beneficio no es sino otra expresión para la acumulación del capital y la productividad creciente del trabajo.

Marx habla de una *tendencia* de la tasa de beneficio a caer por las mismas causas que determinan «un descenso absoluto del plusvalor y, por tanto, del beneficio sobre el capital dado y también, por consiguiente, de la tasa de beneficio calculada en términos porcentuales y que comportan un crecimiento de la masa absoluta de plusvalor y, por tanto, del beneficio apropiado por el capital social». ³ Pues «si una parte alícuota = 100 del capital social y, por tanto, cada 100 de capital de composición social media, representa una determinada magnitud, por lo cual, en lo que a ella se refiere, el descenso de la tasa de beneficio coincide con la caída de la magnitud absoluta del beneficio, precisamente porque aquí el capital por el cual se mide constituye una magnitud constante, la magnitud del capital de la sociedad, como la del capital que se halla en manos de distintos capitalistas, constituye una magnitud variable que [...] tiene que variar en razón inversa a la disminución de su parte variable». ⁴

Prescindiendo de la caída tendencial de la tasa de beneficio «el número de obreros empleados por el capital [...] por tanto, la masa de plusvalor por este absorbida, esto es, la masa de plusvalor por este producida, o lo que es lo mismo la masa absoluta de la ganancia producida por este, *puede*, por tanto, aumentar, y aumentar progresivamente [...]. Y no solo *puede* ocurrir esto, sino que además —prescindiendo de fluctuaciones transitorias— *tiene necesariamente* que ocurrir donde quiera que impere la producción capitalista». ⁵ Para ello se requiere tan solo que «el capital total [aumente] en proporción mayor a la que porcentualmente disminuye el capital variable». ⁶ El propio proceso de acumulación destaca la importancia inmediata de la tasa de beneficio en descenso.

De acuerdo con Marx, la acumulación es un proceso caracterizado por el aumento del plustrabajo, primero por la «reducción del tiempo de

³ Karl Marx, *Capital*, Kerr edition, vol. III, p. 259 [ed. cast.: *El capital*, vol. III, Ciudad de México, FCE, 2017, p. 222].

⁴ *Ibíd.*

⁵ *Ibíd.*, p. 255.

⁶ *Ibíd.*, p. 261.

trabajo necesario que se requiere para la reproducción de la fuerza de trabajo. Segundo, por el descenso de la cantidad de fuerza de trabajo (número de obreros) que en general se utiliza para poner en movimiento un capital dado». ⁷ Estos movimientos se condicionan recíprocamente e influyen sobre la tasa de beneficio en direcciones opuestas. Mientras que la tasa de plusvalor aumenta en una dirección, el número de trabajadores disminuye en la otra. «Mientras el desarrollo de la fuerza productiva disminuye la parte pagada del trabajo utilizado, aumenta el plusvalor, porque aumenta su tasa; mientras disminuye la masa total del trabajo utilizado por un capital dado, no obstante, disminuye el factor del número con el cual la tasa de plusvalor se multiplica para obtener su masa». ⁸

A pesar de que la caída de la tasa de beneficio es así contenida por la acumulación, no puede evitarse por completo ya que existen barreras absolutas más allá de las cuales el tiempo de trabajo absoluto no puede prolongarse. De otro lado, más allá de un cierto límite de tiempo de trabajo necesario, es decir, el tiempo de trabajo que les corresponde a los obreros no puede seguir siendo acortado en beneficio del tiempo de trabajo excedente. Por formularlo de manera extrema: el tiempo de trabajo absoluto no puede ser un día de más de 24 horas y el tiempo de trabajo necesario no puede reducirse a cero. La compensación por la relativa reducción de la cifra de obreros a través de una explotación más intensa no puede ampliarse «indefinidamente». Por muy grande que pueda ser la masa de trabajadores en el mundo capitalista real, en relación con el capital, que crece más rápidamente, tendrá que ser una cantidad decreciente. Llevada a sus últimas consecuencias, la continua y creciente expansión del capital transforma la caída latente de la tasa de beneficio como consecuencia de la falta de plusvalor en relación con la masa acrecentada de capital total en una caída actual de la tasa de beneficio. Llegados a este punto, la realidad estaría en consonancia con el *modelo* marxista de la acumulación de capital.

La acumulación alcanza un punto en el que al capital variable así reducido no puede ser compensado por el aumento del plusvalor, por la formación de plusvalor susceptible de generar beneficios suficientes para el capital en su conjunto. En este punto la tasa de beneficio cae por debajo del nivel requerido para la prosecución del proceso de expansión. Cuándo se alcanzará este punto en la propia realidad resulta imprevisible, pero la existencia de una tendencia en este sentido explica, para Marx, la repetición continua de las crisis, así como la creciente dificultad para superarlas, mediante transformaciones en las condiciones de producción susceptibles de aumentar la tasa de plusvalor. Ahora bien, mientras el capital se

⁷ *Ibíd.*, p. 289.

⁸ *Ibíd.*, p. 290.

acumule, estará todavía en condiciones de aumentar la masa de plusvalor. En estas condiciones, no existe ningún motivo por el cual haya que rechazar la teoría de la caída tendencial de la tasa de beneficio a causa del aumento observable de la masa de plusvalor: la teoría de Marx no queda afectada por ello.

II

A Baran y Sweezy les parece necesario *sustituir* «la ley de la tasa de beneficio descendente por la ley del excedente creciente», con lo que se olvidan de que también en Marx un plusvalor creciente detiene *de facto* la caída en curso de la tasa de beneficio. Al comprometerse en esta tarea superflua, Baran y Sweezy dicen que no niegan «una ley sacralizada de la economía política» sino que simplemente consideran «el hecho indudable de que la estructura de la economía capitalista ha sufrido un cambio fundamental desde que el teorema fue formulado» (p. 62). Para ellos basta el mero «cambio» de la competencia al monopolio para eliminar la ley de Marx inmanente a la expansión del capital. La «prueba» de esta suposición es la aparente abundancia de plusvalor que registra Estados Unidos. Suponiendo que Baran y Sweezy estuviesen en lo cierto, no habría sino que repetir lo que el mismo Marx destacó, a saber: que una tasa de explotación suficiente puede detener pasajeramente la caída de la tasa de beneficio.

Baran y Sweezy no solo sustituyen «la ley de la caída de la tasa de beneficio por la ley del incremento del excedente», sustituyen también el concepto de plusvalor por el de *excedente* [*surplus*]. Prefieren el concepto de «excedente» al tradicional concepto marxista de «plusvalor» porque este último coincide aparentemente con la suma de beneficios, interés y renta de la tierra, al menos para quienes están familiarizados con la teoría económica marxista. «Es cierto que Marx —escriben— demuestra en diversos pasajes de *El capital* y de las *Teorías sobre la plusvalía* que el plusvalor también comprende otros renglones, tales como la renta del Estado y de la Iglesia, los costes de la transformación de las mercancía en dinero y los salarios de los trabajadores improductivos. Sin embargo, en general, trató estos como factores secundarios y los excluyó de su esquema teórico básico». Según Baran y Sweezy «este procedimiento ya no se justifica» y confían en que su cambio de terminología, la sustitución de «plusvalor» por «excedente» contribuya «al necesario cambio de enfoque teórico» (p. 13, n. 6).

Como para Marx, «la relación entre el capital y el trabajo asalariado determina todo el carácter del modo de producción»,⁹ todo su análisis del

⁹ *Ibidem*, p. 1025.

capital lo efectúa en términos de las categorías de valor y plusvalor. Incluso la subdivisión del plusvalor en beneficio, interés y renta de la tierra desaparece en el análisis del valor. Lo mejor de *El capital*, escribió Marx a Engels «es a) el doble carácter del trabajo (en ello se basa toda comprensión de los *facts*) según se exprese como valor de uso o como valor de cambio; b) el tratamiento del plusvalor independientemente de sus formas particulares como beneficio, interés, renta de la tierra, etc.»¹⁰ En la observación de la relación entre el plusvalor y el capital total, Marx consiguió, a diferencia de Ricardo, visualizar en la caída de la tasa de beneficio una ley inmanente a la acumulación de capital; una ley que para Marx era «la ley más importante de la economía política moderna».¹¹ Si en el análisis no es importante investigar el interés y la renta de la tierra en términos de valor del desarrollo del capital, menos lo son los otros puntos aducidos por Baran y Sweezy y en los que se divide el plusvalor en la sociedad capitalista, excepto en el caso de que esta división haga caer la tasa de acumulación en caso de que se consuma demasiado plusvalor en vez de capitalizarlo.

Incluso en la definición de Baran y Sweezy del *excedente* como la «diferencia entre lo que una sociedad produce y los costes de esa producción» (p. 13) estamos todavía en los términos del valor y el plusvalor. Si los autores definen el plusvalor simplemente como «excedente» es porque «en la realidad económica del capitalismo monopolista [...] solo aparecen partes de esta diferencia entre output y costes de producción como beneficio» (p. 81). Pero esto también ocurría en el capitalismo competitivo. En realidad, Baran y Sweezy han pasado del análisis marxista al análisis económico burgués. Y este no trabaja con conceptos de clase tales como el valor y el plusvalor, sino con el agregado del producto social, con el concepto de «demanda efectiva» y el instrumental keynesiano contra el estancamiento. Sería ciertamente un marxismo singular aquel que se ocupase más de la distribución del plusvalor entre los capitalistas y sus acólitos que del reparto del producto social entre el capital y el trabajo. Porque si solo hay ingreso y «excedente» en vez de plusvalor, entonces naturalmente no habrá caída de la tasa de beneficio como resultado de las relaciones de valor de la producción de capital o como barrera inmanente a la producción de beneficio. Si a pesar de esto se produce estancamiento, la causa se encuentra no en las relaciones de producción —la relación entre el capital y el trabajo—, sino, según Baran y Sweezy, en la estructura monopolista del capitalismo actual.

Las dificultades del capital monopolista se derivan según esta interpretación no de la falta de beneficio, sino de un excedente que resulta imposible de absorber. «La magnitud del excedente en los Estados Unidos

¹⁰ Marx-Engels, *Selected Correspondence*, Moscú, p.232.

¹¹ Marx, *Grundrisse...*, p. 634.

ascendía —explican apoyándose en Joseph D. Phillips— al 46,9 % del Producto Nacional Bruto en 1929 [...] alcanzando el 56,1 % en 1963. En segundo lugar, la porción del excedente que por lo general se identifica con el plusvalor (beneficio + interés + renta) declinó en el mismo considerablemente. En 1929, los ingresos sobre la propiedad fueron el 57,7 % del total del excedente y en 1963 solo del 31,9 %». A la vista de estos hechos «no solo las fuerzas que determinan la cantidad total del excedente necesitan ser analizadas, sino también las que rigen su diferenciación, así como las tasas variables de crecimiento de sus componentes» (p. 14).

Por muy grande que pueda ser el valor de estas estadísticas —y es cierto que no valen mucho— no se refieren al problema de Marx de la determinación de la tasa de beneficio, sino al problema capitalista de la distribución del ingreso registrado (a diferencia de los salarios) entre los diferentes grupos de interés que viven del plusproducto. Los autores nos comunican, simplemente, la banalidad de que en algunos países capitalistas la productividad del trabajo se haya incrementado tan fuertemente, lo que ha posibilitado la existencia de una gran parte de producción superflua así como un nivel de vida más elevado incluso en condiciones de estancamiento relativo. Informan además de que el gobierno requiere y obtiene una parte mayor del Producto Nacional Bruto. Evidentemente todo marcha de acuerdo con la sociedad capitalista, al menos en lo que se refiere a la tasa de explotación. Solo la valorización del «excedente» plantea dificultades y exige «incomodidades» como las campañas publicitarias, la ampliación de las actividades gubernamentales, el armamento, el imperialismo y la guerra.

Visto desde el ángulo de la teoría marxista de la caída tendencial de la tasa de beneficio, Baran y Sweezy escriben: «Las barreras a la expansión capitalista parecieron descansar más en una escasez de excedentes para mantener el impulso de la acumulación que en la ineficacia de las medidas características de empleo del excedente». Sin embargo, en las condiciones del capitalismo monopolista y «una vez que la ley de excedentes crecientes ha sustituido a la ley de la tendencia decreciente de la tasa de beneficio y siendo las formas normales de utilización de excedentes manifiestamente incapaces de absorber un excedente creciente, la cuestión de otras medidas de utilización de los excedentes adquiere una importancia definitiva» (p. 94).

Las formas usuales de utilización del excedente son el consumo de los capitalistas y la inversión, completados por gastos inevitables del proceso de circulación y por actividades necesarias pero improductivas. En el capitalismo monopolista, sin embargo, estas utilidades normales del excedente ya no bastan, porque la producción sobrepasa a la demanda efectiva. Dado que ahora el excedente ya no puede ser absorbido, deja de ser producido. El estado normal del capital monopolista es, por eso, el estancamiento. «Con

una existencia dada de capital y una estructura de costes y precios determinada, la tasa de operación del sistemas no puede ascender por encima del punto en el cual la cantidad del excedente producido puede encontrar las salidas necesarias. Y esto implica un subempleo crónico de los recursos humanos y materiales disponibles. O, por decirlo con otras palabras, el sistema debe operar hasta un punto suficientemente bajo en una escala de rentabilidad para que no genere más excedentes de los que pueden ser absorbidos» (p. 90). Baran y Sweezy han dicho que al capital monopolista no le compensa aumentar la producción más allá del punto en que deja de ser rentable. Esto también ocurría en la misma medida en el capitalismo competitivo, tal y como muestran los recurrentes periodos de depresión. Con la diferencia de que lo que en el ciclo de la coyuntura alcista era un estancamiento ahora se ha convertido en el estado normal. En tanto los periodos de estancamiento son condiciones de crisis, se podría decir que la crisis temporal se ha convertido en permanente.

El excedente no absorbido del que hablan Baran y Sweezy no existe en realidad, porque la producción cesa en el punto en que deja de ser rentable; en lugar de aquel, lo que hay son recursos humanos y materiales no utilizados. Las dificultades para el capital monopolista no provienen del excedente efectivo, sino del *potencial*, del que podría ser producido pero no lo es. «Dejado a sí mismo, es decir, en ausencia de fuerzas contrarias, que no son parte de lo puede llamarse “lógica elemental” del sistema, el capitalismo monopolista se hundiría cada vez más en un pantano de depresión crónica» (p. 90). De acuerdo con su teoría, no podría ser de otro modo, pues cuando el capital monopolista deja de poder absorber el excedente, resulta incapaz de una ulterior elevación de la productividad del trabajo susceptible de aumentar a su vez el excedente, enfrentando al capital monopolista a límites cada vez más importantes en la producción. Con el incremento de los recursos ociosos, la acumulación de capital, es decir, el modo de producción capitalista dejaría de existir.

A todos los efectos prácticos, es bastante indiferente si se considera que la falta de demanda efectiva explica una restricción de la producción o si se considera que la falta de rentabilidad es la causa de la restricción de la producción y la consiguiente falta de demanda efectiva. En un caso, se contempla el problema desde el lado del mercado y en el otro desde el de la producción, pero en ambos casos hay restricción de la producción. De todos modos, solo en condiciones de rápida acumulación de capital se expande la demanda lo suficiente como para posibilitar la realización y la capitalización del plusvalor.

Como la productividad aumenta incluso cuando la acumulación es insuficiente, resulta relativamente independiente del proceso de producción en tanto que proceso de expansión del capital. Ahora bien, en el caso

de la acumulación que discurre sin perturbaciones, la productividad creciente marcha de la mano con la expansión en términos de valor del capital. El capital constante y el capital variable están en su forma valor indisolublemente entrelazados con las condiciones materiales de la producción, es decir, los medios de producción y la fuerza de trabajo. Marx distinguió entre la composición del valor y la composición material (técnica) del capital. «Existe entre ambas una estrecha interrelación. Para expresar esta, llamo a la composición de valor del capital, en la medida en que viene determinada por su composición técnica y refleja sus transformaciones: composición orgánica del capital». ¹² El concepto de composición orgánica del capital remite a la *identidad* y a la *diferencia* que existe entre la producción material y la producción de valor, y reitera en el plano social el concepto de valor como identidad y diferencia entre el valor de uso y el valor de cambio, que es la contradicción de base de la producción capitalista. Para Marx son las discrepancias entre la producción material y la producción de valor, que si bien conducen a dificultades en el proceso de acumulación también posibilitan su reanudación y la expansión a través de las modificaciones en las condiciones materiales y técnicas de la producción, las que elevan la productividad del trabajo y con ella la tasa de plusvalor y la tasa de beneficio. Donde y cuando esto deje ser posible, las inversiones dejarán de ser rentables y no se llevarán, por lo tanto, a cabo.

Aparte de esto, la rentabilidad de cada capital en particular se basa, según Marx, en la rentabilidad del sistema capitalista en su conjunto, una rentabilidad que es una magnitud desconocida. La única orientación en sentido de si aumenta o disminuye viene dada por los mecanismos de mercado. Son estos, por tanto, los que determinan para cada capital en particular si la producción ha de ampliarse, contenerse o seguir al mismo nivel. Para elevar su cuota en un mercado dado o para mantener su rentabilidad en un mercado que se encoge, los diversos capitales intentarán abaratar su producción con el fin de mantener su competitividad o incluso mejorarla. Esto lo hacen todos los capitales, pero en condiciones de un mercado menguante, los capitales más débiles ceden antes que los más fuertes, de tal manera que las transformaciones en la esfera de la producción confluyen con las transformaciones que se dan en la esfera del mercado. El capital será más productivo, pero también estará más concentrado y centralizado. Un número menor de capitalistas dispondrá entonces para sí de un mercado mayor, de tal manera que aun cuando este giro «para mejor» remite a una transformación en las condiciones de producción, aparece como una modificación de las condiciones de mercado, como el restablecimiento de la demanda efectiva que hace posible la reanudación del proceso de acumulación.

¹² Karl Marx, *Capital*, vol. I..., p.67

III

Para Baran y Sweezy, sin embargo, los problemas capitalistas son exclusivamente problemas de mercado. El dilema actual del capitalismo no es la *producción*, sino la *realización* del excedente. La escasez de demanda efectiva en relación con el potencial de producción conduce a que existan recursos no utilizados. En ese caso, la demanda sería relativamente grande si la producción fuese menos efectiva. Como los excedente crecientes y la demanda escasa son uno y el mismo fenómeno, uno no puede servir de explicación del otro; antes bien, es ese fenómeno bifronte y a la vez unitario lo que precisa explicación. Es evidente que si pudiese, el capital monopolista vendería más productos. Y se encontraría en situación de hacerlo si el capital acumulase y por tanto aumentase la demanda efectiva. Sin embargo, el capital no se expande porque no resultaría rentable. Las quejas en relación con la escasez de demanda resultan en realidad quejas acerca de una rentabilidad insuficiente.

En la exposición de Baran y Sweezy es solo la capacidad productiva la que fuerza la restricción de la producción. Esta teoría descuida el carácter mercantil inherente a la producción capitalista. El excedente no se ve ya como producción de plusvalor, sino solo como producción de excedente. En el capitalismo la masa creciente de mercancías (como valores de uso) aparecen, por el contrario, como valores de cambio. Como la masa de valores de cambio cae con la productividad creciente del trabajo, la acumulación del capital requiere una masa de valores de uso que crezca más rápidamente. Solo gracias a la capacidad de producción en aumento se incrementa el valor de cambio global y se acumula capital. En realidad, la capacidad de producción aumenta precisamente en las situaciones de crisis, para actuar en el sentido de reanimar el proceso de acumulación. Precisamente esta *coerción* orientada al incremento de la capacidad de producción señala la realidad de la caída tendencial de la tasa de beneficio. Es también el único medio disponible para detener esa caída. Por eso, para determinar el grado de rentabilidad, hay que poner en relación el valor de cambio del producto excedente, y no del producto en sí, con el valor del capital global. Como la capacidad de producción capitalista se refiere no a una cantidad de mercancías determinada, sino al valor de cambio de esa cantidad, Baran y Sweezy deberían haber demostrado sus posiciones no en relación con la creciente capacidad para producir mercancías sino con la creciente capacidad para producir valores de cambio.

En el capitalismo todo excedente es plusvalor o no es excedente sino pérdida. Según Baran y Sweezy, el «capital monopolista» impide las pérdidas limitando la producción. En la realidad, sin embargo, el capital, sin que importe su estructura, intenta por todos los medios aumentar el plusvalor

en condiciones de un uso total o parcial de los recursos productivos. Si los recursos no son utilizados entonces es porque son demasiado productivos, no a la inversa. La tasa creciente de obsolescencia muestra el ritmo cada vez mayor en el que los medios de producción pierden su capacidad para generar beneficios. A menudo parece que solo el aparato productivo más eficaz es ya capaz de garantizar la rentabilidad del capital. En su aguda hambre de beneficio, el capital intenta, más allá de esto, obtener plusvalor en todo el mundo con el fin de aumentar el beneficio obtenido en casa.

¿Por qué esa enorme sed de plusvalor y beneficio si, según Baran y Sweezy, el capital monopolista apenas puede con el excedente disponible? En realidad, nunca puede haber suficiente plusvalor y beneficio, debido a la disminución de la rentabilidad en el curso de la expansión del capital. El plusvalor que se manifiesta en las mercancías es el tiempo de trabajo excedente. Sea cual sea la forma física del excedente en relación con el sistema capitalista es solo una cantidad determinada de tiempo de trabajo excedente, una parte del tiempo de trabajo total. Por mucho que el excedente aumente en su forma mercancía, el tiempo de trabajo excedente disminuye con el tiempo de trabajo total decreciente en el curso de la creciente composición orgánica del capital. Lo que determina la tasa de beneficio no es la masa de mercancías en tanto excedente en aumento, sino las relaciones de valor entre el trabajo «muerto» y el trabajo «vivo», es decir, la cambiante relación entre capital constante y capital variable modificada por la tasa de explotación. La tasa de beneficio puede caer a pesar y a causa de un excedente en aumento, si este se contempla exclusivamente como una masa de mercancías. En este caso el excedente mismo expresa la caída de la tasa de beneficio en sus concretas manifestaciones a través de una crisis de sobreproducción o, últimamente, en la subutilización casi permanente de los recursos productivos. Ambas situaciones muestran que la tasa de beneficio desalienta las inversiones adicionales de capital o incluso las excluye, y eso sobre una base que es lo suficientemente amplia como para afectar a la demanda efectiva que sería precisa para asegurar la realización del plusvalor sobre una producción más amplia.

Por pensar, una vez más, en los extremos: asumamos que una completa automatización de la producción reduce el capital variable a una parte insignificante del capital total. La productividad del trabajo se convertiría entonces, por así decir, en la «productividad del capital». Habría una enorme cantidad de producción pero poco trabajo directo y, por lo tanto, poco plustrabajo. En tanto existirían aún masas obreras desocupadas, tendrían que ser sustentadas sobre la base de la producción automatizada; el capital alimentaría al trabajo y no a la inversa. Las condiciones de la producción capitalista se habrían trocado por completo en su contrario; la producción de valor y plusvalor no sería ya posible.

Por esta causa, en el marco del capitalismo no puede naturalmente haber nunca una situación así. Mientras el valor de cambio sea la meta de la producción, las cantidades de tiempo de trabajo seguirán siendo la fuente y la medida de la riqueza capitalista. «El desarrollo del capital *fixe* revela hasta qué punto el conocimiento o *knowledge* social general se ha convertido en *fuera de trabajo inmediata* y, por tanto hasta qué punto las condiciones del proceso de la vida social misma se han encontrado bajo los controles del *general intellect* y han sido remodeladas conforme al mismo». ¹³ La aportación específica del capital a este estado de cosas consiste en que este «aumenta el tiempo de plus-trabajo de la masa mediante todos los recursos del arte y la ciencia, puesto que su riqueza consiste directamente en la apropiación de tiempo de plus-trabajo». ¹⁴

IV

El modelo de Marx de la acumulación de capital presupone un sistema cerrado y homogéneo en el que la creciente composición orgánica del capital lleva al descenso de la tasa de beneficio cuando se alcanzan los límites de la extracción de plusvalor. Si un país altamente industrializado como EEUU —que está en la base de la reflexión de Baran y Sweezy— pudiese ser considerado como un sistema cerrado, entonces, siguiendo a Marx, su tasa de beneficio tendría que descender cuando aumentase la composición orgánica del capital, a no ser que este proceso se viese contenido por un incremento de la tasa de plusvalor, lo que se expresaría en una expansión acelerada del capital. Pero EEUU no es un sistema cerrado y puede, por tanto, no solo reducir el incremento de la composición orgánica del capital (exportando capital, por ejemplo), sino también incrementar sus beneficios en el mercado mundial importando beneficios del extranjero. Sin embargo, las exportaciones de capital no han obstaculizado significativamente el incremento de la composición orgánica del capital y, hasta ahora, las importaciones de ganancias no han sido lo suficientemente grandes como para explicar la aparente suficiencia de los beneficios en Estados Unidos. En general, es la creciente productividad del trabajo lo que explica su mayor producción.

Si se considera el mundo como un todo resulta evidente que no sufre de exceso, sino de escasez. El excedente potencial del capital monopolista resulta más que compensado por las carencias efectivas de todos los países débiles en lo que a capital se refiere. Frente a la sobreproducción de capital en una parte del mundo está la infracapitalización en la otra parte. Si se considera al capitalismo como un todo, como un sistema de mercado mundial, entonces se esfuma el excedente y en su lugar lo que aparece es una gran carencia de plusvalor.

¹³ Marx, *Grundrisse...*, p. 594.

¹⁴ *Ibidem*, p. 595.

Para el capitalismo considerado en su conjunto, es evidente que la composición orgánica no es lo suficientemente elevada como para generar una tasa de beneficio tal que excluya una ulterior y rápida expansión del capital. Pero el proceso de acumulación es al mismo tiempo un proceso de concentración del capital que tiende a concentrar tanto el capital mundial en unos pocos países como dentro de cada país en manos de un número cada vez más reducido de personas. Y eso es así porque solo cuenta la expansión en cuanto valor del capital existente, no su proyección espacial, y esta última solo tiene lugar en la medida en que aumenta la expansión en cuanto valor del capital concentrado y dominante. La monopolización, en este sentido, divide al mundo en diferentes sistemas nacionales en relación con la diversa composición orgánica del capital. Si el capitalismo pudiera expandirse en general, si el proceso de acumulación no fuera simultáneamente un proceso de concentración de capital, el «excedente potencial» en unas pocas naciones industrialmente avanzadas, incluso si se convirtiera en un excedente real, difícilmente sería suficiente para atender las necesidades de capitalización de capitalismo mundial. La contradicción de la producción capitalista erige límites a su expansión mucho antes de que las barreras abstractas de la teoría marxista del desarrollo capitalista se aproximen de alguna manera a la realidad.

Marx predijo que el capitalismo, una vez desarrollara rápidamente las fuerzas sociales de producción, llegaría a encadenarlas, y que su existencia posterior requeriría no solo periodos de crisis y estancamiento, sino también la destrucción total del capital. La incapacidad del capitalismo para capitalizar la producción mundial se pone claramente de manifiesto si consideramos el excedente potencial de los países altamente capitalizados y la miseria creciente del resto del mundo. Desde el punto de vista del mercado esta incapacidad se presenta como un problema de realización del beneficio. Mientras el capital monopolista no puede vender lo que podría producir, el resto del mundo no puede comprar a causa de infradesarrollo de sus fuerzas productivas, a causa de la falta de plusvalor. Lo que en una parte del mundo aparece como un problema de realización de beneficios, en la otra es el problema de la producción de beneficios. Sin embargo, si se examina el sistema en su conjunto la responsabilidad de su lenta tasa de expansión recae en una carencia general de plusvalor.

En principio, ningún país capitalista es diferente en particular. La infrautilización creciente de los recursos productivos a causa de la falta de rentabilidad no puede sino aumentar la carencia de beneficios en relación con las necesidades de la acumulación capitalista. En la medida en que los recursos no utilizados representan capital constante pierden, debido a su desempleo, carácter de capital, es decir, dejan de funcionar en tanto que capital productor de plusvalor. En la medida en que el capital pierda su

carácter de capital, la rentabilidad del capital total —cualquiera que sea— se verá perjudicada y la plusvalía, por grande que sea, será menor de lo que sería en condiciones de plena utilización de la capacidad productiva.

De acuerdo con Baran y Sweezy, sin embargo, el capitalismo monopolista «tiende a crear aún más excedentes y sin embargo es incapaz de proporcionar al consumo y a la inversión las salidas necesarias para la absorción de los crecientes excedentes y a la inversión las salidas necesarias para la absorción de los crecientes excedentes y por lo tanto para el funcionamiento armónico del sistema» (pp. 88-90). ¿Qué es lo que hace tan extraordinariamente rentable al capital monopolista? «Costes bajos y beneficios altos», dicen Baran y Sweezy. Esto era naturalmente correcto a lo largo del desarrollo capitalista en su conjunto y es una explicación de ese desarrollo. Para Baran y Sweezy, no obstante, hay una diferencia en lo que se refiere al capital monopolista. Este, de manera opuesta al capital competitivo, no es ya «receptor de precios», sino «creador de precios»; de aquí que el excedente tenga en el capitalismo monopolista «a causa de la política de precios y costes de las corporaciones gigantes, una tendencia fuerte y sistemáticamente creciente» (p. 83). En definitiva, el excedente se amasa solo gracias a los precios administrados, es decir, gracias a que se les mantiene artificialmente altos mientras al mismo tiempo se hacen descender los costes.

En la exposición de Baran y Sweezy llega un momento en el que aparece excedente porque la capacidad económica de producción crece con demasiada rapidez. Ahora bien, esto es debido a la imperfecta competencia en condiciones de monopolio. Con una productividad creciente y con el poder de determinar sus propios precios, el capital monopolista consigue asegurar e incrementar sus propios beneficios bajo condiciones de estancamiento relativo. En tanto el aparato de producción existente es más que adecuado para atender la «demanda efectiva» dada, no tiene sentido hacer nuevas inversiones de capital significativas. Las cuotas de amortización bastan en gran medida para financiar las innovaciones técnicas y para completar el aparato de producción, el cual con una tasa de expansión lenta es efectivamente capaz de garantizar un producto social creciente e incluso una elevación todavía más rápida de los beneficios. Mientras que la producción, la productividad y los beneficios aumentan, disminuye la tasa de inversión. En definitiva, la capacidad de producción de un excedente en aumento reduce la acumulación de capital.

En el sistema capitalista, no obstante, el crecimiento de la producción y de la productividad solo tiene «sentido» si incrementa el capital existente. En la medida en que el plusvalor no es consumido ha de convertirse en capital adicional. El aumento de la producción carecería de sentido si disminuyese la tasa de acumulación. En lo relativo a la producción, la tasa de acumulación

es el factor determinante, no el determinado. El motivo más profundo de la expansión o de la contracción del sistema económico se sitúa en la relación entre capital y trabajo o bien entre salario y beneficio, no en la capacidad técnica de producción. Al no atender a esta relación social fundamental, Baran y Sweezy hacen posible lo que en el capitalismo es imposible: conjugan un excedente creciente con una tasa de acumulación decreciente.

Solo pueden hacer esto, en cualquier caso, en tanto asumen la ilusión predominante según la cual las transferencias de renta y de gasto pueden considerarse como renta mientras sean operadas por el Estado. Baran y Sweezy dan incluso un paso más y extienden esta sorprendente idea a la esfera del capital privado. No solo aseguran que los beneficios monopolistas aumentan el excedente social, sino que además descubren un método para acumular capital mediante la publicidad. En cuanto a las ganancias de monopolio aseguradas por la manipulación de precios, debe quedar claro que solo pueden obtenerse a través de las correspondientes pérdidas de ganancias por parte del capital no monopolista. Independientemente de la estructura del capitalismo existe en todo momento una determinada magnitud del ingreso nacional e internacional que procede del plusvalor. Si el capital monopolista está en condiciones de aumentar mediante las ventas su participación en este ingreso global mucho más allá de la tasa media de ganancia, ello solo es posible a costa del capital que no está en condiciones de proceder de esta manera; en consecuencia, este último necesariamente ha de distribuirse una parte correlativamente inferior del ingreso total que corresponde al capital total.

Los beneficios monopolistas reducen la tasa de beneficio media establecida a través de la competencia y conducen de esta manera a un descenso progresivo de la cantidad de beneficios transferidos al capital monopolista. En el no tan largo plazo, la extracción de ganancias monopólicas es un proceso contraproducente, destinado a afectar negativamente tanto la tasa de monopolio como a la tasa competitiva de ganancia. Solo en condiciones de una rápida expansión del capital sería posible mantener los beneficios monopolistas sin hacer caer simultáneamente la tasa de beneficio *absoluta* del capital competitivo. Las condiciones de estancamiento en las que se mueve el capital monopolista de Baran y Sweezy excluyen, no obstante, esta posibilidad.

V

Si es cierto —como afirman Baran y Sweezy— que el capital monopolista tiene una tendencia a producir cada vez más excedente, ¿por qué entonces tendría ese mismo capital que atenerse a una política de precios orientada a

reducir los beneficios del capital competitivo? Sin embargo, nuestros autores dicen también que el capital monopolista no genera realmente excedente, ya que la producción cesa antes de lograr un excedente, como lo demuestra la existencia de crecientes recursos ociosos. Aun cuando no existe realmente excedente, se da una dura competencia por la realización del excedente, la cual, dado el carácter monopolista del capital, es conducida más mediante la campaña de ventas que con ayuda de la presión de los precios. Aun cuando no hay excedente real, sino solo presencial, la base racional del capital se deriva, no obstante, «del simple hecho de que lo contrario de “producir demasiado” del lado de la oferta es “muy poco” de la lado de la demanda; en lugar de reducir la oferta se tiende a estimular demanda» (p. 91).

En el plano conceptual, el esfuerzo por vender se corresponde, según Baran y Sweezy, «con los costes de circulación de Marx». Pero en la época del capitalismo monopolista ha venido a desempeñar un papel, tanto cuantitativa como cualitativamente, de alcance mucho mayor del que Marx jamás soñara (p. 94). La estrategia de venta, siguen diciendo, «resulta ser un poderoso antídoto contra la tendencia del capitalismo monopolista a hundirse en un estado de depresión crónica» (p. 131), y esto en la medida en que «absorbe directa e indirectamente una gran cantidad de excedentes que de otra manera no se habrían producido» (p. 116). A través de la elevación de la demanda efectiva, la publicidad incrementa el nivel de ingresos y de ocupación, de tal manera que el impacto del esfuerzo de venta sobre la estructura de ingresos de la economía es similar a la de los gastos del gobierno financiados por los ingresos tributarios (p. 103). Finalmente, la publicidad desempeña «con respecto de las oportunidades de inversión [...] un papel similar al que tradicionalmente ha sido asignado a las innovaciones. Al hacer posible la *creación* de demanda de un producto, la publicidad fomenta la inversión en plantas y equipos que de otra forma no se llevarían a cabo» (p. 104).

De acuerdo con esta teoría, la publicidad asume toda una serie de medidas contradictorias: siendo un gasto de circulación también genera ingresos y, mientras absorbe parte del excedente, colabora en el aumento de este estimulando nuevas inversiones. Es evidente que mucha gente vive de las rentas y de la publicidad, mientras que otros pierden una parte de sus ingresos a consecuencia de tener que pagar precios más altos —precios que incluyen los costes publicitarios—. Esto siempre ha sido así, pero según Baran y Sweezy la ampliación cuantitativa implica en el capitalismo monopolista una diferencia cualitativa, es decir, cuando el gasto es lo suficientemente grande se convierte en una forma de ingreso adicional. En tanto el consumo aumenta a consecuencia de la persuasión, ese mayor consumo hace que se proceda a una producción y a unas inversiones crecientes. Esto, naturalmente, no es sino la creciente «propensión al consumo» de Keynes como instrumento posible para una producción expansiva en condiciones de inversión decreciente.

Ahora bien, mientras que la propuesta de Keynes —no realizable en el capitalismo— se refiere al conjunto del producto social, Baran y Sweezy solo la relacionan con el excedente, es decir, con la parte del producto social que corresponde a los capitalistas.

La publicidad penetra todo el mercado, no solo la parte que se ocupa del consumo de los capitalistas. Todo el mundo se ve estimulado para que gaste más, aun cuando según Baran y Sweezy lo único que hay que superar es el excedente. Existe excedente —sea cual sea su dimensión— porque los costes de producción, es decir, el ingreso de los trabajadores permanecen bajos en relación con el excedente. Para obtener ese «excedente» se requieren costes de producción bajos; por esta razón no sería suficiente aumentar la «propensión al consumo» mediante salarios más elevados. Mientras no sea extraído de los trabajadores no hay excedente, pero para ser realmente excedente primero ha de realizarse en el mercado. Si este no se realiza se producen pérdidas. Los capitalistas no redoblan sus esfuerzos de venta para liberarse del excedente, sino para evitar las pérdidas. Si no es posible convertir todas las mercancías producidas en dinero, los beneficios que se apoyan en la parte de la producción que corresponde a los capitalista no se pueden realizar. Los esfuerzos por vender no dependen de un excedente en aumento, sino de la situación del mercado en su conjunto y ello en una medida tal que viene determinada por la caída de la tasa de acumulación.

La publicidad no puede «crear» otra cosa que anuncios publicitarios. Nuevos productos que estimulen nuevas necesidades no son publicidad, aun cuando se pueda hacer publicidad de ellos. Despertar continuamente nuevos deseos es un rasgo característico de la economía de mercado y una causa de su expansión y ampliación. La publicidad como tal no puede incrementar la «demanda efectiva» y a través de esta demanda elevar la producción. El capital ha de acumular no solo para mantener su competitividad, sino también para conservar su valor-capital. Los capitalistas no pueden consumir todos sus beneficios, porque si así lo hicieran no tardarían en dejar de ser capitalistas. La publicidad no puede influir sobre esa necesidad forzosa de acumular y la acumulación determina la demanda efectiva en relación con los bienes de consumo. Ninguna publicidad estaría en condiciones de incrementar una demanda efectiva *objetivamente determinada* aun cuando pueda ejercer influencia a favor de uno u otro producto, o a favor de uno u otro vendedor de un producto idéntico. La publicidad puede influir sobre la distribución del plusvalor disponible, pero no contribuir a fijar su cuantía pues ella misma es solamente una parte del plusvalor total disponible.

La curiosa argumentación de Baran y Sweezy en lo relativo a la publicidad se basa en la ilusión de que una producción exterior a los límites fijados por el propio capital monopolista, es decir, una producción que

no existiría sin publicidad ni compras estatales, sería útil verdaderamente al capital monopolista creando ingreso y ocupación en toda la sociedad. Se da así un «excedente» creciente que no finaliza necesariamente en un estancamiento prolongado, al tiempo que el pleno empleo se combina con una «absorción» del «excedente» a través del gobierno y las agencias de publicidad. Lo que sigue siendo lamentable en opinión de Baran y Sweezy, sin embargo, son los usos irracionales a los que ambas agencias dedican la mayor parte del «excedente».

Así pues el evidente «excedente» de la «sociedad opulenta» no viene producido por el capital monopolista sino que se forma a pesar suyo. Es engendrado, según Baran y Sweezy, por las compras gubernamentales que elevan la demanda efectiva e impiden así la crisis. El peligro de crisis viene conjurado mediante «una capacidad colosal para el despilfarro privado y público» (p. 8). Despilfarrar el excedente implica, no obstante, una posibilidad de absorberlo y como entre la producción y el despilfarro no hay límites fijados, tampoco tiene por qué formarse un excedente ni por qué aparecer un problema de valorización del excedente. Particularmente no, porque, en opinión de Baran y Sweezy, el despilfarro no reduce las ganancias del «capital monopolista», ya que constituye esa parte del «excedente» por encima del «excedente» realizado como ganancia. De la misma manera que la campaña de ventas absorbe una gran cantidad de excedentes, que «de otra manera no se habrían producido», «el gobierno desempeña una papel similar, solo que a una escala mayor» (p. 116). Si los recursos se pusiesen a funcionar, «producirían no solo los medios necesarios de subsistencia para los productores, sino también cantidades adicionales de excedentes. De aquí que si el gobierno crea más demanda efectiva puede incrementar su dominio sobre bienes y servicios sin inmiscuirse en los ingresos de sus ciudadanos» (p. 117).

Al considerar el plusvalor como excedente, Baran y Sweezy acaban consiguiendo tratar el capitalismo como si no fuese capitalismo. «La magnitud del excedente es un índice de productividad y de riqueza, de la libertad que tiene una sociedad para alcanzar las metas que se ha fijado a sí misma» (p. 13). Esto es, se considera la sociedad en abstracto, no se la ve como sociedad en concreto; en cualquier caso se la analiza en tanto que sociedad capitalista. Porque en esta sociedad, los medios de producción pertenecen a una clase particular, no al Estado o a los ciudadanos. Los recursos ociosos siguen siendo, incluso en su ociosidad, propiedad capitalista. A no ser que sean confiscados, el Estado solo puede hacerse cargo de ellos mediante la compra y el dinero empleado en estas transacciones ha de obtenerse previamente del capital privado mediante impuestos o préstamos. Financiada de esta manera, la producción inducida por el gobierno no aumenta la cantidad de mercancías *comercializables* y, por lo tanto, no puede convertirse

en valor de cambio y, en consecuencia, tampoco en plusvalor. No importa cuánto empleo e ingreso pueda generar, *el producto final* de la producción inducida por el gobierno, como las obras públicas de naturaleza útil o despilfarradora, no es un producto comercializable, mientras que el ingreso real en la sociedad capitalista tiene que realizarse a través de la circulación de mercancías. Esta pérdida se asemeja a la que se da cuando existe sobreproducción, cuando una parte de las mercancías producidas no pueden ser convertidas en dinero.

Según Baran y Sweezy, «las grandes y crecientes cantidades de excedentes absorbidas por el Estado en décadas recientes no son [...] deducciones de lo que de otra manera estaría disponible para propósitos privados de empresas e individuos» (p. 120). Los autores han demostrado, sin embargo, que la proporción del excedente que normalmente se denomina plusvalor descendió con rapidez entre 1929 y 1963. Mientras que los ingresos de la propiedad supusieron en 1929 el 57,5 % del excedente total, en el año 1963 solo ascendieron al 31,9 %. De acuerdo con estas estadísticas, el excedente absorbido por el Estado creció más rápidamente que el que correspondía al ingreso de la propiedad. La reducción del plusvalor tiene por tanto algo que ver con el crecimiento de los gastos públicos o, en la terminología de Baran y Sweezy, con la absorción del excedente por el Estado.

Para evitar confusiones dejemos bien sentado que Baran y Sweezy son de la opinión de que estos ingresos de la propiedad no habrían sido en modo alguno mayores en ausencia de una producción estatalmente inducida. Hay grandes probabilidades de que las cosas sean efectivamente así, porque la producción estatalmente inducida se incrementa con el fin de compensar la producción privada en retroceso con la finalidad de atemperar las consecuencias sociales de la crisis de larga duración. Esto, sin embargo, no altera para nada el hecho de que el empleo de recursos productivos por parte del Estado supone *el empleo de recursos productivos privados*. En tanto el Estado no tiene que dar a cambio más que el dinero que extrae de la economía en su conjunto, la utilización de recursos productivos privados por parte del Estado supone —en la medida en que el capital privado se ve implicado— su no valorización en su anterior estado de ociosidad.

Ciertamente, las compras del gobierno en realidad aumentan la producción en general, porque los productos finales no *comercializables* requieren actividades productivas intermedias, como la producción de materias primas, las necesidades de consumo de una población ocupada creciente y las adiciones y cambios requeridos en la maquinaria productiva. Pero todos estos productos pertenecen a los costes producción que no están cubiertos por precios de venta en el mercado, ya que los bienes producidos para el Estado se sitúan con pocas excepciones fuera del sistema de mercado. Una parte de la producción total deja de ser, de este modo, producción

capitalista y cuando se da un crecimiento relativamente más rápido de esta parte no rentable de la producción total, la parte rentable en retroceso no puede sino incrementar las dificultades que atenazan al proceso de acumulación capitalista.

VI

Baran y Sweezy sostienen, sin embargo, que la absorción estatal del excedente se suma al excedente privado sin sustraerse a este. «Como además los gastos a gran escala del gobierno permiten que la economía opere mucho más cerca de su capacidad, el efecto neto sobre la magnitud del excedente privado es positivo y grande» (p. 121). Existe la apariencia de que es así. Sin embargo, esa apariencia no se sitúa en la tasa de expansión del capital, sino solo en el tamaño del producto social bruto, del cual una parte cada vez mayor ha dejado de ser rentable. Este hecho queda oculto por el velo monetario que cubre la producción capitalista, ejerciendo su función encubridora con un éxito tal que incluso los críticos del capital monopolista se tragan el anzuelo.

«Si lo que el gobierno toma no se hubiese producido de otra forma en absoluto, no puede decirse que se haya extraído de alguien. Los gastos del gobierno y los impuestos que fundamentalmente solían ser un mecanismo de transferencia de ingresos se han convertido en gran medida en un mecanismo para crear ingreso introduciendo en la producción el capital y la mano de obra ociosa». Mediante este «nuevo mecanismo» se llega a que lo que el «gobierno toma como impuestos supone una adición al excedente privado y no una deducción de este» (p. 122). El Estado, con todo, no ha conseguido convencer a los capitalistas que esto es realmente así, pues el capital, como siempre está en contra del aumento de los impuestos y del incremento de la deuda pública, ya que esto es perjudicial para sus propias necesidades de rentabilidad y acumulación.

¿Qué hace realmente el Estado cuando conjuga trabajo y recursos ociosos para la producción de bienes no comercializables? Los impuestos son una parte del ingreso realizado a través de transacciones mercantiles; si les son extraídos al capital, disminuyen su beneficio, con indiferencia de que este beneficio fuese luego consumido o reinvertido en tanto que capital adicional. Si no, el capital ocioso en su forma de dinero existiría como una reserva monetaria privada. Bajo esta forma no puede trabajar en sentido capitalista; tampoco lo puede hacer cuando es empleado por el Estado para la financiación de la producción no rentable de los servicios públicos y de desecho estatal. En lugar de una reserva de dinero carente de sentido desde el punto de vista capitalista, aparece una producción de bienes y

servicios carente de sentido desde la misma perspectiva. Hay, sin embargo, una diferencia: mientras que sin imposición, el capital procedería a atesorar dinero, la imposición con fines de gasto público se efectúa de hecho sobre la base de una apropiación de cantidades de dinero que de otro modo se atesorarían.

Si los impuestos se utilizan para compras estatales, entonces fluyen de nuevo a los capitalistas bajo la forma de contratos gubernamentales. La producción que se realiza sobre la base de estos contratos es pagada por los capitalistas con sus impuestos. Los capitalistas vuelven a obtener a través de los contratos gubernamentales su dinero y aprovisionan al gobierno con la cantidad correspondiente de productos. Es esta cantidad de productos la que el gobierno «expropia» al capital. La cuantía de esa producción determina la medida en que la producción ya no es producción de capital; el incremento de la producción a través de la imposición es un signo del retroceso del sistema capitalista en tanto sistema de empresa privada orientado a la consecución de beneficios. Este tipo de producción no solo no es rentable, sino que solo es posible gracias a la parte de la producción total que todavía es lo suficientemente rentable como para generar impuestos lo suficientemente grandes como para ampliar la producción del gobierno a través de los impuestos. Con la disminución de la rentabilidad se vuelve cada vez más difícil expandir la producción de esta manera particular.

El gobierno puede, no obstante, pedir prestado fondos adicionales. Estos fondos también regresan a los capitalistas como pagos por la producción contratada por el gobierno. Los gastos de la producción estatalmente inducida se suman en parte a la deuda pública. Este crecimiento es considerado como un completamente inocuo mientras el producto social crece más rápidamente que las deudas. La deuda pública creciente se compara normalmente con el ingreso nacional creciente; esto apoya la tesis de que el déficit público va de la mano de un producto social creciente. Esta tesis, sin embargo, se basa en un cálculo singular, pues la deuda pública creciente de hecho no puede relacionarse con el producto social global, sino solo con aquella parte de la cantidad total que no ha sido aportada a la economía por el gobierno. Al contabilizar *un gasto como un ingreso* aparece la ilusión de que una deuda pública creciente ha de ser neutralizada por un producto social creciente.

A menos que la deuda nacional se recupere realmente a través de ingresos adicionales en el sector privado de la economía, esto es, *ingresos adicionales además de los inyectados en la economía por el gobierno*, los «ingresos» derivados de este último procedimiento permanecen, en lo que respecta al capital, como un mero gasto público. Este «gasto» consiste en la valorización estatal de los recursos productivos privados para fines no rentables. Se trata de una «expropiación» parcial del capital, si bien el capital

«expropiado» no puede subsistir durante mucho tiempo, por sus propias fuerzas, funcionando de modo capitalista. Esto no impide a los capitalistas, sin embargo, reclamar una indemnización al Estado por el uso de *sus* recursos productivos. La posibilidad de reembolso de la deuda privada depende de la rentabilidad ulterior del capital privado. Si esta rentabilidad no se materializa efectivamente, la deuda no puede reembolsarse de tal manera que el ingreso adicional de hoy se convierte en la merma del ingreso de mañana. Se trata, por así decirlo, de pagar la fruta antes de que haya madurado, y dada la caída tendencial de la tasa de beneficio en el curso de la expansión del capital puede decirse que difícilmente habrá fruta.

Naturalmente, la producción inducida por el Estado eleva de forma inmediata el ingreso y el empleo de una forma mucho más intensa que si tal intervención no se hubiese producido. Hay más producción, si bien en gran parte producción para el derroche, que Baran y Sweezy consideran parcialmente como excedente. Este excedente no contiene, sin embargo, plusvalor, sino que existe como un gasto inevitable de la producción de plusvalor. «Dada la ineficacia del capitalismo monopolista para asignar usos privados al excedente que puede generar fácilmente, no puede haber duda de que tiene interés para todas las clases —aunque no para todos los elementos dentro de ellas— que el gobierno deba incrementar constantemente sus gastos y la carga impositiva» (p. 122). Si esto es correcto, entonces naturalmente no solo aumentará la producción para el despilfarrero, sino el sistema mismo de empresa privada caminará lenta y de forma segura hacia su destrucción. Sobre todo los gastos públicos deben limitarse a producciones y servicios que *no* entren en competencia con los del capital privado, pues caso contrario harían descender la demanda efectiva del sector de economía privada en la misma medida en que la demanda efectiva resultase incrementada por la producción estatalmente inducida. Para no destruir el capital privado, la producción estatalmente inducida ha de limitarse a la producción no rentable. En segundo lugar, la producción estatalmente inducida ha de ser pequeña en proporción con la producción total con el fin de no arrebatar a demasiados recursos del capital su carácter capitalista, es decir, el atributo de ser medios de producción generadores de beneficio. En pocas palabras, el mantenimiento del sistema de empresa privada plantea al desarrollo de la producción estatal límites muy estrictos.

Baran y Sweezy son a este respecto, no obstante, de otra opinión. También la clase dominante en EEUU «ha variado radicalmente su actitud hacia los impuestos y los gastos del gobierno [...] [Para los grandes industriales modernos] los gastos gubernamentales significan más demanda efectiva y sienten que pueden trasladar la mayor de los impuestos combinados ya sea a los consumidores o a los trabajadores» (p. 121). No solo es que «lo sienten», es que lo hacen efectivamente. Pero el único significado

de esto es la reducción de la demanda efectiva a causa de los precios más elevados, mientras aseguran sus propios beneficios. Por este procedimiento, sin embargo, una parte de los gastos estatales se distribuyen en el conjunto de la sociedad. Mientras que una parte del gasto para la producción estatal se acumula en calidad de deuda pública, la otra parte se distribuye continuamente en toda la economía y se paga a través de la inflación con precios más altos.

En la medida en que en el hombre de negocios hay una actitud positiva hacia el gasto público, esta está determinada por las necesidades de beneficio de su propia área de negocio. ¿Por qué esto habría de entender la economía capitalista mejor que Baran y Sweezy, quienes, incluso considerando la economía como un todo y no meramente como un negocio particular dentro de ella, llegaron a la conclusión de que el gasto público resolvería los problemas económicos del capitalismo y los de todas sus clases? Ahora bien, mientras que el hombre de negocios puede al menos aducir a modo de disculpa su floreciente negocio, para Baran y Sweezy no hay disculpas que valgan, porque la prosperidad inducida sobre la base del gasto público es una prosperidad falsa susceptible de demorar las crisis pero no de eliminarlas.

El hombre de negocios individual no tiene nada que ver con la naturaleza íntima de la demanda efectiva en función de la cual produce. A él le es indiferente que esté financiada por el sector privado o el público. De la misma manera, al financiero le es absolutamente indiferente que los créditos sean concedidos a empresarios privados o al Estado, mientras sean «seguros» y aporten el tipo de beneficio apetecido. Para el individuo privado es igualmente indiferente estar ocupado en una producción orientada al despilfarro o bien a la elaboración de bienes comercializables. En la práctica no hay ninguna diferencia entre el sector público y el sector privado de la economía; en ambos todas las transacciones son transacciones monetarias. Desde un punto de vista monetario, la producción para el despilfarro es tanto o más lucrativa que la producción de mercancías y la acumulación de deuda pública aparece hasta su amortización definitiva como acumulación de capital. Ahora bien, si se considera la sociedad en su conjunto, solo el sector privado produce beneficio y plusvalor. Todas las capas sociales que viven del plusvalor dependen, igual que la expansión del *capital en tanto que capital*, de ese plusvalor, la cual si bien puede incrementarse a través de una productividad creciente del trabajo, desciende simultáneamente porque el sector no rentable de la economía crece comparativamente a más velocidad que el rentable.

No puede negarse, naturalmente, que el capital ha podido evitar en algunos países y durante un periodo de tiempo considerable la aparición de depresiones como las que invadían el mundo anterior a la Segunda Guerra

Mundial, y esto naturalmente se ha vuelto posible por la intervención estatal en la economía. Por esta razón, es importante reflexionar acerca de si estas intervenciones han impedido efectivamente el funcionamiento de las leyes del desarrollo capitalista formuladas por Marx. Empresas como las de Baran y Sweezy están plenamente justificadas, lo único que ocurre es que navegan bajo un pabellón que no les corresponde cuando, como en este caso, afirman servirse del «potente método analítico de Marx». Porque precisamente eso es lo que no hacen. Es posible que el método de Marx haya perdido su relevancia a consecuencia de las transformaciones inducidas por el capital monopolista y la intervención estatal en la economía. Pero aquí las apariencias engañan y, en cualquier caso, no bastarían para destruir la teoría de Marx sobre las leyes inmanentes de la acumulación de capital.

Las modificaciones del sistema capitalista también pueden interpretarse como reacciones políticas a eventos económicos incontrolables que, al igual que otras «contratendencias» a la tendencia dominante de expansión del capital, sirven, por un tiempo, para mantener la estabilidad social a través de una pseudoprosperidad basada en la producción para el despilfarro. «Si los gastos militares se redujeran una vez más a las proporciones de antes de la Segunda Guerra Mundial, la economía del país volvería a un estado de profunda depresión» (pp. 124-125), afirman con justicia Baran y Sweezy. En otras palabras, la economía se encuentra todavía en un estado de depresión, contrarrestada por gastos que no pueden llamarse, de ningún modo, acumulación de capital. Sin la acumulación de capital, sin embargo, el sistema capitalista sólo puede contraerse, y se contrae más rápido cuanto menos rentable se vuelve su producción. A menos que se nacionalice la totalidad del capital para utilizarlo con fines distintos de los de la empresa privada, las intervenciones del gobierno en la economía están necesariamente limitadas por la necesidad de asegurar la rentabilidad del capital privado dominante. Cuando se alcancen estos límites, dejarán de contrarrestar la crisis capitalista.

**CUARTA PARTE
CAPITALISMO Y
REVOLUCIÓN**

XIII

CAPITALISMO Y ECOLOGÍA. DEL COLAPSO DEL CAPITAL AL FIN DEL MUNDO (1976)*

LA HISTORICIDAD DE LA NATURALEZA se sigue de la segunda ley de la termodinámica, descubierta por Carnot y Clausius hace ya más de cien años o del aumento de la entropía cuyo desenlace es la muerte térmica. Nuestra vida en el planeta depende del abastecimiento de energía constante procedente de la radiación solar, el cual disminuye, no importa cuán lentamente, a la vez que esa misma y creciente entropía. Los marcos temporales en cuestión resultan, desde el punto de vista humano, demasiado indeterminados y monstruosos como para ser considerados en la práctica. La ley de la entropía tiene una repercusión directa sobre la Tierra y con ello sobre el destino de la humanidad. Salvo el propio sol, el resto de recursos naturales se encuentra a disposición de los seres humanos para la satisfacción de sus necesidades energéticas. Su consumo acelera sin embargo la transformación de la energía «libre» en «sujeta», es decir, aquella energía que ya no se encuentra a nuestra disposición y que se degrada hasta la muerte térmica. En otras palabras, las fuentes de energía de las que disponemos poseen un único uso, una única vida útil. Con su agotamiento finaliza la vida humana, mucho antes —dicho sea de paso— del enfriamiento del astro rey, en tanto todos los recursos del planeta no contienen más energía de la que se puede generar en unos pocos días de luz solar.

Para la humanidad, la segunda ley de la termodinámica remite así a la limitación de los recursos. Cuanto menor sea la cantidad de recursos empleada, tanto más podremos vivir los seres humanos, y cuanto más rápido los consumamos, tanto más rápidamente nos echaremos a perder. Como la masa de población influye en el consumo, la fecha del fin está relacionada con el problema de la población. Para salir de semejante atolladero, se han de poner límites al aumento de población y limitar el consumo de los recursos. Wolfgang Harich ha puesto el foco sobre este

* Publicado originalmente en *Jahrbuch Arbeiterbewegung*, núm. 4, Fischer Taschenbuch, Frankfurt am Main, 1976. Traducido del alemán para esta edición por Mikel Angulo Taracón.

problema,¹ ya planteado para el mundo capitalista por el Club de Roma,² solo que esta vez en relación al comunismo, el cual, hasta entonces, estaba igualmente obligado a un crecimiento económico perpetuo.

Sobre Harich se puede decir lo que se suele en estos casos, que la cabra siempre tira al monte. Los años en la prisión no han sido capaces de amedrentar su ímpetu opositor. Si el 17 de junio de 1953 se inclinó hacia la continuación de la deriva estalinista en la RDA en aras de su conservación, hoy se posiciona contra la ideología del crecimiento dominante para, mediante el comunismo, salvar el planeta. De la misma manera que, después de 1953, la RDA debía acercarse a Occidente para superar sus contradicciones internas, así también debe ser abordado hoy el problema ecológico por Occidente, y ello a fin de evitar el fin del mundo. El desmantelamiento del capitalismo representa así, para Harich, no tanto la meta de la política comunista como el único medio válido para la vuelta a un mundo sin crecimiento, del cual depende la continuación de la humanidad a largo plazo. Sus opiniones constan en las entrevistas con Freimut Duve —tal vez con la esperanza de que en la RDA no vuelvan a ser malinterpretadas—.

Ni Marx ni la economía clásica se refieren a la ley de la entropía en sus teorías, aun cuando el problema de la población fue ya objeto de debate para Malthus y la tendencia decreciente de la productividad de la tierra fuera expuesta por Ricardo como un límite al desarrollo capitalista. Con ello, las contradicciones inherentes al capitalismo quedaron reducidas de forma apologetica a los procesos naturales, y fueron presentadas como inalterables. Se trata de teorías que se desarrollaron en una época en la que la economía agrícola todavía era predominante y el desarrollo industrial no hacía sino dar sus primeros pasos. Aunque la producción viene determinada por la naturaleza y los humanos, Marx y Engels centraron su atención en los límites no de la naturaleza, sino en los del modo de producción capitalista, ya que el mundo —visto como naturaleza— aún estaba infra-poblado, mientras que la «sobrepoblación» a la que se refería Malthus era un resultado directo de la producción de capital. Una población creciente presupone una productividad del trabajo igualmente creciente, y esta a su vez ciertas modificaciones en la estructura social. «Cuanto más contemplo esta basura —escribe Marx a Engels—, más me convenzo de que la reforma de la agricultura y por lo tanto también toda esa mierda de la

¹ Wolfgang Harich, *Kommunismus ohne Wachstum? Babeuf und der «Club of Rome»*, Reinbek bei Hamburg, 1975.

² Se refiere aquí a los dos conocidos informes del Club de Roma, *The limits of Growth*, MIT, 1972 [ed. cast.: *Los límites del crecimiento*, Ciudad de México, FCE, 1973] y *Mankind at the Turning Point*, MIT, 1974 [ed. cast.: *La humanidad ante la encrucijada. Segundo Informe del Club de Roma*, Madrid, Estudios de Planificación, 1975]. [N. de E.]

propiedad basada en ella es el alfa y omega de la próxima transformación. Sin eso, el Padre Malthus seguirá teniendo la razón».³

A la vista de la ideología del crecimiento dominante en la RDA, que ha de servir al desarrollo de las fuerzas productivas a niveles hasta ahora insólitos, Harich trata de legitimar su interés por la ecología con referencias a Marx y Engels y al materialismo dialéctico. Remitiéndose al comunista francés G. Biolat, sostiene que «al desarrollo de la ecología corresponde una profunda aproximación dialéctica al estudio de la naturaleza», con lo que su posición «es lo más ortodoxa que uno pueda desear». La ecología se centraría en la «reciprocidad entre naturaleza y sociedad», la cual solo puede ser enteramente comprendida por los adeptos de la «dialéctica de la naturaleza» y por la «epistemología marxista precisada por Lenin». El metabolismo entre el ser humano y la naturaleza, que también puede ser entendido como reciprocidad, no tiene de por sí nada que ver ya con la cuestión de la dialéctica de la naturaleza, algo que tampoco discuten aquellos para quienes la dialéctica carece de toda relevancia. De ahí que tampoco la epistemología de Lenin necesite remitirse a la ecología ni a los peligros que la amenazan, y el mero hecho de incluir dicha epistemología, mal que le pese a Harich, ha contribuido más bien poco al conocimiento del problema ecológico. En cualquier caso, el Club de Roma no apela al materialismo dialéctico. Puesto que para Harich, en última instancia, es irrelevante si la dialéctica de la naturaleza contiene en sí el problema ecológico o no, no hace falta entrar en su ortodoxia leninista, tan fiel a la línea del partido. Él se basa no en esa dialéctica, sino en los cálculos del Club de Roma, los cuales concluyen, a partir del rápido agotamiento de los recursos naturales y la explosión demográfica, el declive de la especie en un porvenir no muy lejano.

Hay aspectos de la naturaleza que pueden ser captados mediante la lógica formal y otros que solo pueden serlo mediante la lógica dialéctica. Los descubrimientos en la microfísica requieren de una lógica complementaria adecuada a este objeto, una lógica que no casa ni con la lógica formal ni con la dialéctica. Pero los medios para el conocimiento de la naturaleza y sus regularidades, en lo tocante al ser humano y su influencia sobre ellas, todavía no ofrecen pista alguna sobre la «totalidad» de la naturaleza y las leyes de su movimiento, las cuales nos han sido vedadas hasta la fecha, y al parecer todavía por mucho tiempo. Aun cuando la lógica dialéctica sea un medio recurrente para el conocimiento natural, con todo no puede proyectarse aún sobre la dialéctica de la naturaleza —mientras que la dialéctica de la sociedad resulta patente a través de su desarrollo económico y la lucha de clases—. Si se reducen todos los procesos económicos y biológicos

³ Marx / Engels, *Werke*, vol. 27, p. 314.

a los físicos, se puede designar, si se quiere, la ley de la entropía como «dialéctica», precisamente porque implica constantemente alteraciones cualitativas. Pero la segunda ley de la termodinámica procede de la química física, no del método dialéctico, y es por eso que está en condiciones de explicar la ecología en un sentido tanto biológico como social.

El marxismo no es una ciencia natural, no es una ciencia en sentido burgués, sino que se sirve de los métodos científicos para desvelar las condiciones y los requisitos previos de la transformación social en general y de la abolición del capitalismo en particular, y todo para poder influir en la práctica del acontecer social. Respecto de las leyes naturales, nada hay que pueda ser cambiado; estas tienen que ser aceptadas, incluso cuando el creciente conocimiento humano sobre las mismas se convierte en toda una fuerza productiva que condiciona las posibilidades de desarrollo social. Si la naturaleza considerada por el ser humano solo puede tomar una dirección, esto es, la de su final, mientras dure el mundo los problemas del ser humano vendrán condicionados por este mismo mundo, y es aquí donde habrán de ser resueltos. Aunque es cierto que la termodinámica solo es una particularidad del universo en expansión, y que también podría darse el proceso inverso, esto es, el de un universo que tendiese a la desaparición para extraer de la radiación una nueva formación de la materia, todo ello carece de sentido para el mundo y sus habitantes, ya extinguidos para entonces.

Incluso sin recurrir al principio de entropía resulta evidente que el metabolismo entre lo natural y lo humano es dependiente de la fertilidad de la Tierra y de sus materias primas. Con el agotamiento de estas últimas se reducen las fuentes de energía y con ello la posibilidad de una intervención humana en el curso natural. El mundo en el que se movían Marx y Engels, con todo, no conocía aún los límites impuestos a la producción por la naturaleza. Ni los procesos físicos ni los biológicos eran capaces de explicar el deplorable estado social de las cosas. La explotación masiva de los bienes y la relativa superpoblación eran el resultado directo de la producción de beneficio; podían ser evitadas mediante la supresión de las relaciones de producción capitalistas. Por aquel entonces, no podía tratarse de una crisis de la ecología, y menos aún desde un punto de vista marxista.

¿Pinta la cosa diferente hoy en día? Según el Club de Roma y Harich, nos hallamos inmersos en una crisis ecológica, que obliga también al marxismo a penetrar más que nunca en la base natural de la sociedad y en la cuestión demográfica lanzada por Malthus. Harich cree poder afirmar que los científicos comunistas, si no en la RDA, sí en la URSS, «empiezan ya a centrarse con un interés cada vez mayor en la crisis ecológica». Para decirlo de nuevo, el problema se puede describir con tres sintagmas: perjuicio para el medio ambiente, agotamiento de las materias primas, superpoblación.

La solución se encuentra, para Harich, en la reversión de estos procesos. Lo que requiere, no obstante, de la abolición de la sociedad capitalista y por ende de transformaciones revolucionarias a una escala mundial.

Sin embargo, no se trata aquí de la revolución comunista que nos hemos figurado hasta la fecha, esa que libera a las fuerzas productivas de los grilletes de las relaciones de producción capitalistas para adecuar así la producción a un cupo creciente de necesidades; se trata del retroceso de las fuerzas productivas y de las necesidades humanas en el sentido de la comunidad de bienes preindustrial y ascética de Babeuf. Marx habría ya subrayado que las fuerzas productivas en el capitalismo se tornan destructivas, «y precisamente esto», dice Harich, «es lo que estamos viviendo ahora». Pero se trata de una interpretación errónea por parte de Harich. Habida cuenta, justamente, del lado destructivo del desarrollo capitalista, Marx veía en el comunismo la única posibilidad de un posterior y *progresivo* desarrollo de las fuerzas productivas, de la que dependería la superación de la miseria humana en su condición capitalista. De todas formas, este crecimiento de las fuerzas sociales de producción suponía basarse no ya en el imperativo ciego de la valorización del capital, sino en las necesidades humanas racionales, las cuales vendrían determinadas por el carácter tecnológico-científico de las fuerzas productivas.

Ahora bien, esto puede sonar a utopía, y no solo por la longevidad del capitalismo, sino también por los límites del crecimiento económico impuestos por la naturaleza —y que Marx no tuvo en cuenta—. Según Harich, la sobrepoblación relativa destacada por Marx se ha vuelto una sobrepoblación absoluta que tampoco es susceptible de ser superada con una transición del capitalismo al comunismo, sino tan solo con su desmantelamiento sistemático y por medio de la planificación demográfica, y no solo para el «tercer mundo», sino para el contexto global. El comunismo no permite, de este modo, un desarrollo ulterior sobre la base de la moderna industria, antes bien exige una planificación económica sin crecimiento y posiblemente la liquidación de las formas de producción ya existentes.

En cierto modo, cabe entender la crisis ecológica descubierta por el Club de Roma y otros autores como el intento —similar a los esfuerzos de Malthus y Ricardo— de reducir las dificultades sociales a los factores naturales, puesto que para ellos la propia forma social se muestra como natural e inalterable. Lo novedoso es que, desde la perspectiva «marxista», solo se puede coincidir con ello desde una buena o una mala conciencia. No obstante, la posición de Harich se diferencia de la del Club de Roma en lo siguiente, y es que él es consciente de que el mundo capitalista, a pesar de todo su conocimiento de la situación de crisis, no está en condiciones de tomar medidas que conserven la vida humana a largo plazo, ni siquiera sobre bases mucho más modestas. Ciertamente es que el Club de Roma, según afirma Harich, habla de

un más que previsible empobrecimiento y de una destrucción del mundo, pero *no dice* que los ricos tengan que desaparecer del mapa. Hoy estamos dispuestos a «racionar el gasoil», pero no a «racionar *todo*». Pero por qué no debería ser todo racionado, clama Harich, de forma intencionada, sobre una base socialista. ¿Acaso no sería ya eso el comunismo? ¿No sería esto, como consecuencia del reparto *racionado*, el comunismo de Babeuf, al cual el movimiento obrero debe regresar, solo que ahora a una escala superior, con un movimiento dialéctico en espiral —negación de la negación— y después de los casi 200 años en los que las fuentes de las que procede toda la riqueza capitalista no han dejado de manar?».

Pero ¿por qué quedarse en Babeuf? ¿Por qué no volver a la ecología perfecta del paraíso anterior al pecado original? Tanto lo uno como lo otro resulta imposible, es la misma imposibilidad ante la que ya Babeuf fracasara. La historia no puede deshacer lo hecho, ni siquiera mediante la negación de la negación. Incluso una distribución racionada tiene como requisito previo aquellas fuerzas productivas que han surgido precisamente de las necesidades de millones de seres humanos, y con ello del desarrollo productivo continuado para hacer frente a la ley del aumento de la entropía, es decir, para hacer que la energía «libre» se sustraiga, con el menor esfuerzo posible, a la entropía negativa del mundo vivo.

Pero independientemente de eso: la racionalización de la que habla Harich no es en absoluto extraña al mundo capitalista, y de hecho ha sido puesta ya en marcha, con mayor o menor esmero, en épocas de crisis (o también en el «comunismo de guerra»). Además, y mediante la ley del plusvalor, el propio capitalismo se basa ya en una suerte de «racionalización» de las condiciones de vida del proletariado, una condición que caracteriza también las relaciones de producción de los países presuntamente «socialistas», si bien el plusvalor es capaz de manifestarse ahí como plusproducto. En efecto, y a fin de satisfacer las siempre crecientes pretensiones de acumulación de plusvalor, la existencia del capital depende, tal y como el propio Harich señala, de la permanente «racionalización» de los productores. Donde y cuando sea necesario, el capital tratará por vías políticas de tumbar las condiciones de vida de los trabajadores hasta alcanzar niveles cada vez más bajos. La pobreza extendida a escala mundial es resultado de la producción de plusvalor, resultado de la racionalización asociada al capitalismo de las condiciones de vida de masas humanas cada vez más numerosas; de ahí que no pueda ser recomendada como solución a la crisis ecológica. Si en verdad lo fuera, sería el propio capital el que estaría, en el mejor de los casos, en condiciones de ponerla en práctica.

Quando Harich habla de la necesidad de desmantelamiento de la producción y el consumo, la pregunta es la siguiente: ¿a quién se lo está diciendo? ¿Acaso a los trabajadores, a quienes se les extrae plusvalor

continuamente? ¿A los parados, que apenas pueden mantenerse a flote? ¿A los cientos de millones de personas que viven en países subdesarrollados, que padecen desnutrición y que poco a poco (y a menudo no tan despacio) acaban muriendo de hambre? Y si son esta sobrepoblación absoluta y el vertiginoso agotamiento de las materias primas lo que provoca tales males, entonces un reparto más justo tampoco puede cambiar en nada lo esencial. Por tanto, y siguiendo a Harich, hay que acabar con la acumulación para que el total de la producción pueda basarse única y exclusivamente en el consumo, con arreglo a la reproducción social simple y sin crecimiento demográfico alguno.

Las relaciones de producción y de propiedad capitalistas excluyen toda posibilidad de una reproducción social simple. Con la interrupción del desarrollo industrial forzado por el imperativo de la acumulación, entran en juego la crisis económica y la miseria de la depresión. Para la opinión que toma la crisis ecológica por algo actual, desde luego esta sería una situación deseable. Sin embargo, dado que una situación de crisis sin la abolición revolucionaria del sistema capitalista solo puede conducir a una nueva fase de acumulación, la materialización de la reproducción simple queda reservada al comunismo. En la concepción de Harich, el comunismo no es aún nada real, pero sus condiciones de posibilidad estarían ya dadas con la existencia de los «países socialistas». Es de estos, así como de los movimientos obreros de los países capitalistas, de quien depende que la sociedad conserve su base natural. «El derrocamiento de la burguesía, la instauración de la dictadura del proletariado y la realización del comunismo son», para Harich, «los prerequisites para materializar en la sociedad las demandas del Club de Roma».

A excepción de un puñado de científicos, ni las autoridades de los «países socialistas» ni los trabajadores del mundo capitalista son conscientes de tan elevada tarea. Tal y como subraya F. Duve: «La política económica de todos los Estados —sin excepción— discurre como si las investigaciones del Club de Roma no hubieran salido nunca a la luz». Esto es cierto también para los Estados «socialistas», lo que sin embargo no impide a Harich adscribirles la posibilidad de una mejor y más rápida adecuación a la crisis ecológica, ya que en ellos no opera el imperativo de la reproducción ampliada. Aun cuando la destrucción del medio ambiente es un problema propio de la sociedad industrial, la posibilidad de abordar este problema no es en absoluto neutral respecto del sistema. Con todo, y por desgracia, la riqueza en materias primas de los países «socialistas» haría de las regulaciones comunistas algo de entrada innecesario. Pero en última instancia volverían la vista hacia la crisis ecológica, porque los comunistas «jamás se conformarían con el hecho de que la humanidad esté condenada a la extinción».

Entretanto, se trata de nadar «contra la corriente» y de presentar al mundo la imagen de su futuro para mostrarle el camino de la salvación. Que el Club de Roma solo pueda advertir y aconsejar no cambia nada, según Harich, de la «explosiva fuerza revolucionaria» de los conocimientos ecológicos transmitidos por él. Las consecuencias que de ahí se derivan solo pueden ser extraídas por el movimiento obrero y los Estados proletarios, aun cuando reclamen una revisión de las concepciones comunistas tradicionales. «Las ventajas del sistema socialista deberían servir para regular la producción de todos los bienes materiales de tal manera que esta se ajuste óptimamente a los criterios de la ecología». Con este objetivo, dice Harich, «los partidos de izquierda deben comenzar enseguida a presentar a la clase trabajadora las razones por las cuales, tan pronto lleguen al poder, habrán de frenar el crecimiento económico y por las que se impondrán limitaciones materiales a toda la población, incluidos los trabajadores». Como se ve, aquí la cosa va de una revolución no para la mejora, sino para el empeoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores.

Será difícil que prenda la mecha del entusiasmo revolucionario con ese fin. Pero esa es la menor de las preocupaciones de Harich. Como amante de la verdad, no quiere despertar ilusiones, quiere hacer conscientes a los trabajadores de la necesidad de nuevas privaciones, tan popularmente como sea posible y tan impopularmente como sea necesario, pero eso sí, siempre «conforme al juicio de la ciencia». En todo caso, hay que acabar como sea con el pensamiento del bienestar y con el fetichismo del crecimiento «por medio de la reeducación y de un convencimiento ilustrado, aunque si es necesario también por medio de medidas coercitivas rigurosas como por ejemplo la paralización de ramas enteras de la producción, acompañada de curas de desintoxicación masivas dispuestas por ley». Está claro, al menos para Harich, «que la condición indispensable para ello es la propiedad social de los medios de producción administrada por el Estado proletario. Pero con eso no basta. Antes bien, el Estado proletario debe además disponer de la fuerza para controlar a su vez el consumo de los individuos y ello según los criterios que le proporciona la ecología. En el sistema de la biosfera entendido como límite último», prosigue Harich, «que es donde se ha de situar el comunismo, este solo puede conducir a la sociedad humana a un estado homeostático estacionario que impida que siga adelante la dinámica del capitalismo o del socialismo, al igual que tampoco va a permitir una libertad ilimitada de los individuos. Toda esperanza depositada en una pronta extinción del Estado es por ello ilusoria».

Esta «revisión», no obstante, del «marxismo-leninismo clásico» se dirige únicamente contra la ideología, no contra la realidad de los países «socialistas», los cuales jamás han tenido, ni tienen, la intención de renunciar a «la autoridad estatal y el derecho codificado» para realizar el comunismo en el

sentido original propuesto por Marx. Si el Estado autoritario era necesario, según Harich, para instaurar con «insólita fiereza y brutalidad» la «industria pesada que está en la base de la autoafirmación nacional», lo es aún más para dismantelar esa base. Tal y como hiciera Stalin, quien «violentó el país» en aras del desarrollo industrial, así mismo el Estado proletario debe emplear todos los medios necesarios para obligar a los humanos a llevar su vida conforme a la ecología. Ni siquiera el comunismo de Babeuf puede dejar a su arbitrio a los trabajadores; solo puede ser impuesto mediante la incontestable fuerza estatal de los partidos marxista-leninistas.

Llegados a este punto, F. Duve resalta que no se puede hablar en absoluto de comunismo desde la perspectiva de las concepciones autoritarias de Harich, ya que «la administración de la escasez otorgaría el poder efectivo a los administradores». La perpetuación del Estado representa, en definitiva, la perpetuación de la sociedad de clases y con ello de las relaciones de producción basadas en la explotación que, al mismo tiempo, no son sino relaciones de propiedad. En tanto que *propiedad del Estado*, los medios de producción siguen siendo medios separados de los trabajadores. El qué y el cómo de la producción no está bajo su control, sino bajo el de las instituciones estatales que supuestamente encarnan los intereses de la sociedad. Pero esta sociedad se mantiene dividida entre un grupo de individuos organizado por el Estado que posee dichos medios y domina la distribución y la masa de la población que está obligada a seguir sus indicaciones. Este nuevo tipo de sociedad, caracterizado por el control estatal de los medios de producción, se presenta a ojos de la burguesía como el socialismo de Estado o el socialismo por excelencia, se mantiene como relación de capital respecto de los trabajadores y encuentra su más fiel expresión en el concepto de capitalismo de Estado, aunque ideológicamente trate de presentarse como socialismo.

Dada esta situación, el proceso de la reproducción social se completa a su vez como reproducción de la dominación estatal y el aumento de la riqueza social como aumento del poder del Estado. Al margen de la competencia de las distintas masas de capital organizadas a nivel nacional, agudizadas por la diversidad del sistema capitalista, la clase privilegiada que se forma dentro de las relaciones capitalistas de Estado tiene ya de por sí un interés directo en el crecimiento del plusproducto disponible y con ello en el despliegue de las fuerzas productivas sobre la base de un capitalismo de Estado. No se puede esperar que este fije libremente límites a las fuerzas productivas, y en la medida en que se le obligue en esta dirección, no se aplicará a sí mismo las privaciones resultantes, sino que las impondrá a unas masas de población impotentes. El argumento ecológico no sería, así pues, más que una excelente coartada.

A día de hoy, esto le sirve a Harich para justificar el subdesarrollo todavía vigente en los Estados «socialistas» frente a los países capitalistas industrializados. «El declive del estándar de vida que se observa en la relación Oeste-Este», dice, «y que ha frenado hasta la fecha el avance de la revolución proletaria en los Estados capitalistas industriales, debemos revertirlo en el sentido de una protección ejemplar del medio ambiente en dirección Este-Oeste, de la gestión racional, moderada, económica, de las materias primas y de la calidad de vida socialista en armonía con ella». Una vez llevada a cabo la revolución, los trabajadores del Oeste deben tomar como ejemplo el bajo nivel de vida del Este e identificar su tarea revolucionaria precisamente en esa renuncia a las escasas ventajas que el capitalismo todavía les ofrece eventualmente. En lo concerniente a los trabajadores de la RDA, se trataría de hacerles ver «que los atributos de la RDA, como también los del ámbito socialista en general, en los que no estábamos habituados a ver sino inconvenientes, demuestran ser ventajas tan pronto los medimos con el nuevo rasero de la crisis ecológica».

Esta transvaloración de los valores hasta entonces vigentes tampoco puede ser alcanzada en la concepción de Harich de la noche a la mañana. El comunismo de la equidad de Babeuf presupone una «primera fase socialista», tal y como pusiera de relieve el propio Marx y como de hecho existía ya en la RDA, es decir, una distribución no conforme a las necesidades, sino conforme a los rendimientos. Y como la valoración de los rendimientos está subordinada al «Estado proletario», dicho Estado se transforma ya en instrumento de desigualdad, y no implica nada más que esa desigualdad. Si la clase dominante del capitalismo privado no va a renunciar voluntariamente a sus privilegios, tampoco lo hará la nueva clase elevada al poder con el advenimiento del «Estado proletario». Al igual que el capital, tampoco el «Estado socialista» se encuentra en condiciones de asimilar las advertencias del Club de Roma en el sentido de Babeuf, a menos que sea a costa de los trabajadores, lo cual, con o sin crisis ecológica, sigue siendo el caso igualmente. Y si la clase trabajadora de los países capitalistas, estando como está en condiciones de explotación y de desigualdad, no va a estar dispuesta a relativizar sus necesidades en aras de la protección medioambiental, tampoco los trabajadores de los países «socialistas» renunciarán a una mejora de sus condiciones de vida en beneficio de las «futuras generaciones». Será la lucha de clases, latente aún hoy en día, la que decidirá sobre el curso ulterior del desarrollo económico. Con la suspensión del crecimiento económico debe abolirse también la lucha de clases o, en la terminología de Harich, es la «dictadura del proletariado» la que debe instaurarse, a una escala ya mundial, bajo la dirección de los partidos comunistas, y todo a fin de cumplir las exigencias de la crisis ecológica ya desde la «primera fase» del comunismo.

Con los medios de la violencia estatal, la lucha de clases no puede ser superada pero sí dirigida unilateralmente durante periodos de tiempo más o menos largos, es decir, mediante la dictadura fascista o democrática del capital o bien mediante la «dictadura de la clase trabajadora» en el sentido del «marxismo-leninismo». Si se agravan las contradicciones de clase que surgen de la crisis económica de las relaciones de producción capitalistas, entonces hay que contar, partiendo de las medidas para la superación de la crisis ecológica que corresponden a la crisis económica, con la agudización de la lucha de clases. La constante presión de la clase dominante, por un lado, forzará esa lucha a fin de preservar su poder; por otro lado, sin embargo, tratará también de hacer frente a las reivindicaciones del trabajo. Para el capital privado solo puede tratarse de medidas que conduzcan a la reanudación de la acumulación y con ella a la expansión de la producción. Para conservar ese capital, las clases dominantes de los países «socialistas» han de aumentar la productividad del trabajo y la producción y comprometerse al crecimiento sin atender a las consecuencias ecológicas.

Es de este modo cómo se hace la vista gorda ante las advertencias del Club de Roma, especialmente en aquellos países «socialistas» en los que se ha formado una nueva burguesía sobre una base estatal. Harich evoca una falta de comprensión por parte de las autoridades «comunistas», que podría remediarse con conocimientos «científicos», pero el verdadero problema es el de la conciencia de clase de la nueva facción dominante que no le va a la zaga a la antigua. Es la perversión del socialismo en la forma del socialismo de Estado, el único tipo de «socialismo» que es capaz de imaginar Harich y que le permite hacer depender sus esperanzas ecológicas de la dictadura estatal y de su perpetuación.

Si la salvación del mundo depende de los países «socialistas» existentes y aun de los todavía por existir, entonces se puede dejar de lado toda esperanza. Lo que Harich echa en cara al capitalismo, esto es, la incapacidad de poner coto al crecimiento económico, vale también para los sistemas capitalistas que se presentan a sí mismos como «socialismo». Su ilusorio anhelo de una «fase estacionaria de la humanidad en el sistema de la naturaleza» solo podría ser correspondido por la superación simultánea tanto del sistema capitalista como del capitalismo de Estado, y requeriría de movimientos revolucionarios, los cuales ya no se someterían incondicionalmente al «juicio de la ciencia» y a la autoridad estatal, sino que se desarrollarían por cuenta propia y conforme a sus necesidades.

Puesto que aún no se dan tales movimientos, será preciso atenerse a la crisis ecológica. La «ciencia» no es responsable de la aplicación práctica o de la omisión de los conocimientos generados por ella; estos están en manos de los gobiernos y las clases dominantes. Es curioso que Harich se vuelque entonces contra el fetichismo del crecimiento en nombre de la ciencia,

tanto más cuanto que esta no es sino un aspecto de dicho fetichismo. La ciencia es representada por individuos que no son solo científicos, sino también miembros de la sociedad, y son intereses sociales específicos los que determinan el ámbito práctico de la ciencia. El despliegue de las fuerzas productivas capitalistas o, lo que es lo mismo, la producción de la «crisis ecológica» fue un proceso animado por la ciencia, fue progresivamente el resultado directo de la ciencia y de su repercusión sobre la técnica. Harich espera de esta ciencia destructora del medio ambiente las indicaciones necesarias para el restablecimiento del equilibrio ecológico, cuya realización práctica pondría límites definitivos no solo al crecimiento económico, sino también a la propia ciencia. Ciertamente, habla de la ciencia bajo la «dictadura del proletariado»; ahora bien, dado que ahí se trata únicamente de un cambio de nombre —de la propiedad estatal— en lo relativo a la relación capital-trabajo, el desarrollo de la ciencia continúa dependiendo del aumento de las fuerzas productivas, con lo que los intereses socialmente determinados de los científicos siguen a expensas de la buena marcha del capitalismo de Estado.

Aparentemente, esto contradice el reconocimiento atribuido al Club de Roma por parte de científicos rusos, como también la atención generalizada que prestan a las investigaciones del Club de Roma, provistas de esa «explosiva fuerza revolucionaria». Parece asombroso que estos estudios sean financiados por instituciones y empresas capitalistas como por ejemplo la Fundación Volkswagen, por no hablar de la inesperada liberalidad de ciertos Estados totalitarios a la hora de tolerar previsiones de futuro de corte más bien pesimista. La ciencia como tal, ¿se abre camino así, independientemente de las circunstancias sociales, o son sus preocupaciones actuales también las de las diversas clases dominantes? ¿Tal vez guarda esto relación con el mandamiento de la planificación a largo plazo, o es solo una reacción espontánea a las insuficiencias de los combustibles y las materias primas necesarias en el marco del mecanismo de regulación de precios? ¿O acaso se trata de algo más que esa locura que se le permite a la ciencia, y que en definitiva no puede sino derivar en una maquinaria de proyectos en permanente ampliación, y todo para proporcionar a los científicos una ocupación y un salario? Aunque el problema ecológico existe efectivamente, en la práctica las investigaciones que parten del mismo carecen de todo significado. En la medida en que se les pueda atribuir un significado práctico, es contradictorio: mientras pueden explicar la terrible situación a los trabajadores del Este y del Oeste, y bloquear su lucha en pro de mejores condiciones de vida, un aumento del plusvalor o del producto excedente requiere todavía de una destrucción ecológica creciente.

El restablecimiento absoluto del equilibrio ecológico resulta imposible. Pero la preservación de la existencia humana mediante el reconocimiento

de los límites que le impone la naturaleza es todavía hoy una posibilidad cuya realización requiere, no obstante, del final de la explotación capitalista. Tales límites no son aún de primer orden. Lo que es necesario, tanto ahora como el día de mañana, es la superación de la miseria humana producida por las relaciones de producción capitalistas; y esto como condición previa para una planificación económica racional y adecuada a las condiciones naturalmente dadas, pero no merced a nuevas privaciones, sino mediante un mejor estándar de vida, por lo demás alcanzable para todos los seres humanos. Un estándar de vida que esté sujeto al control del crecimiento demográfico y que condicionará el posterior desarrollo de las fuerzas productivas.

La progresiva destrucción del medio ambiente es el resultado no tanto del crecimiento de las fuerzas productivas como del desarrollo de esas fuerzas bajo condiciones capitalistas. Si la producción capitalista fuese lo que se afirma de ella, producción para la satisfacción de necesidades humanas, entonces su desarrollo tendría un carácter bien distinto al que de hecho tiene, tendría otra tecnología y otros resultados ecológicos. La reproducción ampliada sobre la base de una cantidad de población y de unas necesidades crecientes tampoco supone cambio alguno. Pero el desarrollo de las fuerzas productivas se produce sobre la base de las relaciones de producción capitalistas, y es por eso que guarda una relación directa con la producción de capital; puede satisfacer tales necesidades tan solo en la medida en que estas coinciden con las necesidades de acumulación del capital. Con ello queda excluida la posibilidad de toda referencia directa a las verdaderas necesidades sociales y a los límites naturales de la producción social. Bajo las condiciones de la competencia capitalista, la cual ni siquiera mediante la monopolización del capital puede ser superada y a la cual se someten —a escala internacional— también los sistemas estatocapitalistas, el desarrollo de las fuerzas productivas se produce a ciegas, y tanto más cuanto que, en el ámbito nacional, se intenta mantenerlo bajo un control consciente. Este proceso comporta un despilfarro monstruoso de mano de obra humana y de recursos naturales, todo lo cual no podrían encontrarse en otro sistema social (o no en esta medida).

Aunque no tiene mucho sentido, podría hacerse el cálculo de en qué medida la expansión de la producción capitalista viene determinada por las necesidades humanas y en qué medida se relaciona con el carácter específico del modo de producción capitalista. En otras palabras, ¿qué aspecto tendría la producción si todas las actividades derivadas del capitalismo, tanto las productivas como las no productivas, quedasen suprimidas? Seguramente, el cálculo daría como resultado que al menos la mitad de la producción capitalista se echaría a perder, y ello sin menoscabo alguno de las condiciones de vida de las personas. La mayor parte del trabajo hoy

empleado es trabajo improductivo, trabajo que solo dentro del mercado y de las relaciones de propiedad capitalistas posee un «valor». Podría ser transformado, con una reducción del tiempo de trabajo, en trabajo productivo; pero «productivo» no en el sentido del beneficio, sino en el de la producción de valor de uso. Esta clase de producción, dejando a un lado los principios de la ganancia y la competencia así como el innecesario «desgaste moral» de los medios de producción, conllevaría un ahorro significativo de materias primas, sin que por ello quedara desacreditada la producción que sirve a las necesidades humanas.

Semejante cambio requiere un ordenamiento social distinto a los ya existentes. Si nos atenemos a las previsiones del Club de Roma, podría tratarse ya de una oportunidad perdida, a la vista de la superpoblación, de la productividad del suelo y de las exhaustas fuentes de energía. Desde luego, basta con echar un vistazo a la producción mundial actual para poder afirmar que, a día de hoy, todavía no puede hablarse de una falta de recursos. Por el contrario, y pese a la reciente «crisis energética», provocada como lo ha sido de forma artificial, el mundo padece una «sobreproducción» o una notable escasez de demanda, debido sobre todo a una tasa de acumulación excesivamente baja que establece, ya de por sí, sus propios límites a la expansión de la producción. Considerada de este modo, la situación de crisis no tiene causa natural alguna, son las necesidades de valorización del capital las que la provocan. Las consecuencias de la crisis ecológica resultarán enteramente perceptibles, también para el Club de Roma, en el intervalo de «dos o tres generaciones», y adoptarán formas catastróficas si antes no se dan los pasos que deben darse para evitarlas.

En los dos informes del Club de Roma a los que se refiere Harich, el plazo de gracia concedido al mundo se extiende hasta la abolición temporal del sobredesarrollo y del subdesarrollo en las correspondientes regiones; hasta la asignación a escala mundial de recursos no renovables como materias primas y combustibles; hasta una política demográfica efectiva; hasta la transición a la energía solar en lugar de la nuclear; hasta el apoyo masivo a los países pobres por parte de los ricos y otras tantas medidas dignas de elogio. Acerca de la puesta en práctica del programa, no se pasa por alto ningún detalle. Lo que está claro es que la solución a la *problématique humaine* requiere de un trabajo conjunto a nivel global, ya que solo puede haber futuro «si la historia ya no está determinada, como hasta ahora, por personalidades o clases sociales, sino por la priorización de los recursos materiales para garantizar la existencia humana». Su desconocimiento de la realidad capitalista no le va a la zaga del que demuestra sobre el mundo «socialista». En ambos casos tenemos que vérnoslas con lo mismo: son meras súplicas que el viento arrastra consigo. De algún modo, todo esto tampoco gusta un pelo a los autores del segundo informe. Tan «racional» es

el ordenador como irracionales los humanos. Aunque el cálculo informático da fe de que la humanidad puede ser ayudada no mediante conflictos, sino mediante el trabajo conjunto, dicho análisis no puede sino referirse a los límites materiales del crecimiento. Pero el mundo está amenazado por el ser humano debido a dificultades sociales, políticas y organizativas que, en última instancia, proceden de la «naturaleza humana». Puesto que el Club de Roma es, no obstante, políticamente neutral, no se puede entrar en ese tema. Sin embargo, se señala que el camino más rápido hacia la aniquilación de la humanidad sería una guerra atómica; pero esta eventualidad no entra en el marco de los problemas planteados por el Club de Roma, como tampoco el inmenso derroche de recursos motivado por la militarización y el rearme, pues el mundo está abocado al peligro de su completa destrucción incluso sin la necesidad de una guerra nuclear.

Con ello, el dialéctico Harich no se da por satisfecho. La distinción entre problemas naturales y sociales a la que apunta el Club de Roma contradice la «reciprocidad» entre el ser humano y la naturaleza. Para él, el riesgo de una guerra nuclear y la crisis ecológica van de la mano. Si bien no discute que son las contradicciones sociales las que provocan la guerra, «en una época en la que el crecimiento económico se topa con límites naturales insuperables, tenemos que desaprender un poco. En condiciones de crisis ecológica, los factores sociales y los naturales se entremezclan de una forma inaudita [...]. La influencia de la sociedad sobre la naturaleza puede generar una situación en la que la sociedad intente de nuevo encontrar una salida a la misma mediante la catástrofe». No basta, por tanto, con impedir la guerra, sino que se trata de apuntar a la crisis ecológica precisamente como una de las posibles causas de la guerra a fin de evitarla.

A estas alturas de la historia, tenemos ya dos guerras mundiales a nuestras espaldas y otras tantas refriegas menores, desde antes incluso de que la presión de la ecología recaiga sobre nuestra conciencia. No porque las naciones se abalancen sobre los cada vez más escasos recursos como un perro sobre su hueso. Es porque la lucha de la competencia capitalista por el plusvalor extraído de la población trabajadora se produce ya a una escala mundial. La competencia existe en cualesquiera circunstancias, haya o no escasez de materias primas, no tiene pues nada que ver con esto último, sino que se debe al modo de producción capitalista. Aun cuando se reaccionase a una inminente falta de materias primas y alimentos con la guerra y no de otra manera, dicha forma de reacción dependería de la forma social antes que de la escasez generalizada. En este punto, con todo, Harich se acerca de nuevo a la concepción unilateral del Club de Roma respecto del puro problema ecológico, es decir, sin relación alguna con el mundo capitalista real. Este mundo es, para él también, y pese a la «confusión entre factores naturales y sociales», tan solo un factor secundario, pues es la crisis

ecológica la que puede llevar a la guerra, de tal manera que la prevención de la guerra presupone el fin de la crisis ecológica. Pero la guerra puede estallar en cualquier momento, mañana mismo incluso; la catástrofe ecológica, en cambio, no lo hará antes de mediados del próximo siglo. Se puede anticipar, eso sí, mediante la guerra nuclear, pero solo para probar así que la humanidad fue aniquilada no por la naturaleza, sino por el capitalismo.

¿Pero qué es lo que ocurre, de hecho, con la crisis ecológica? Los resultados estadísticos de los modelos informáticos a los que apelan Harich y el Club de Roma no son inapelables y pueden ponerse en duda desde diferentes ángulos. Si solo de un modo un tanto incierto se puede calcular lo que se ha gastado durante los últimos 50 años en materias primas y energía por parte de los países industriales, con menos seguridad aún puede calcularse lo que todavía queda a nuestra disposición. Nos encontramos aquí con una magnitud desconocida, lo que se muestra en el hecho de que esta clase de estimaciones se revisan continuamente —no solo por los descubrimientos de nuevas reservas, sino también por la mejora de los métodos de estimación—. Por poner tan solo un ejemplo: en 1969, los yacimientos de carbón de los Estados Unidos se estimaban en 3 billones de toneladas, cifra que en 1975 se incrementó en un 23 % gracias a una mejora de las estimaciones. Pero como los errores de estimación no impiden que las materias primas y los combustibles sigan siendo consumidos, tampoco tiene mucho sentido oponer unas expectativas optimistas a las más pesimistas. Lo que de hecho cabe esperar es que no sean las consideraciones ecológicas, sino la producción de beneficio hasta ahora inmanente al capital, lo que determine el curso de la política económica y, con ello, también de la propia política.

El límite histórico del capital es, según Marx, el capital mismo. El desarrollo de las fuerzas productivas en aras de la acumulación implica no solo una sobrepoblación relativa y el consumo de materias primas insustituibles, sino también la tendencia a la caída de la tasa de ganancia en relación con el aumento del capital, apuntando con ello a los límites de la expansión capitalista. El capital debe sucumbir incluso antes de toparse con los límites impuestos por la naturaleza. No puede acogerse, en primera instancia, a la naturaleza, sino que depende de las tasas de beneficio asociadas al plusvalor, las cuales determinan a su vez, con la acumulación, la relación entre naturaleza y sociedad. Los temores «ecológicos» del Club de Roma tienen también a menudo un fundamento prosaico, como ocurrió por ejemplo con la llamada «crisis del petróleo» de 1973. La cuestión ahí no era una carencia súbitamente sobrevenida de petróleo, sino un alza de precios políticamente dirigido a raíz de la inflación generalizada a nivel mundial, la cual inclinó la balanza entre la oferta y la demanda en beneficio de los propios productores de petróleo. En términos de mercado, lo único que podía repercutir en el precio monopolístico era un descenso notable

de la demanda, algo difícil de lograr (y no de la noche a la mañana). El incremento de la producción de petróleo a un precio en aumento conduciría, según el segundo informe del Club de Roma, no solo a un rápido agotamiento de las fuentes energéticas, sino también a una transacción de riqueza y poder económico de los países industriales a los productores de petróleo. Irán ha logrado ya controlar en parte las fábricas alemanas Krupp. En el plazo de una década, los Estados petrolíferos podrían, con un capital acumulado de 500.000 millones de dólares, apropiarse de una gran parte del capital occidental y hacer temblar la economía mundial hasta sus cimientos, incluida la de los países subdesarrollados. Sin entrar en esta clase de especulaciones, a menudo infundadas y más que dudosas, se señala sin embargo que la aspiración del «Club de Roma» a una «solución global al problema de la energía» parece determinada más por los puntos de vista económicos que por los ecológicos. En cualquier caso, lo que pone el mundo en peligro no es una carencia fáctica de recursos naturales, sino la competencia —entendida ya como lucha que se libra por todos los medios habidos y por haber—.

Como el curso del mundo viene determinado por la ganancia, los capitalistas solo se preocupan del problema ecológico en la medida en que afecta a la ganancia. No les importa el fin del mundo; en caso de que su conservación fuese rentable, harían de la protección del medio ambiente un gran negocio. Lo que se ve agravado en la medida en que la destrucción del medio es un instrumento de la competencia y de la distribución de la ganancia total. En la literatura económica, este problema se conoce como el «efecto externo» o la diferencia entre las consecuencias privadas y los efectos sociales secundarios de la producción capitalista. Los fenómenos sociales son al mismo tiempo fenómenos ecológicos, como por ejemplo la emisión de tóxicos de todo tipo, tan perjudiciales para el ciclo natural, o la alteración del balance de oxígeno globalmente necesario. Es así como se conjuga el agotamiento de los recursos con la destrucción del medio ambiente, que con frecuencia se tiene por algo más actual y peligroso que el gasto acelerado de los recursos materiales. Tales procesos, ya hartamente conocidos, y que por un lado pueden atribuirse a la producción de beneficios y que por el otro, sin embargo, también limitan dicha producción, afectan de diferente manera a los distintos capitales y son motivo de esfuerzos por reducir la destrucción dentro del capitalismo. Si esas tentativas merecen o no la pena dependerá de la masa de plusvalor, es decir, del incremento del grado de explotación de los trabajadores o de un «modo de vida más modesto». En este punto, los consejos de Harich coinciden con las medidas recomendadas por el capital, tal y como las enuncia el Club de Roma.

No hay que excluir tampoco la posibilidad de que sea el capital mismo, dada una producción de plusvalor suficiente, quien esté en condiciones

de evitar o de contener por su propio interés la destrucción del medio ambiente, lo que solo puede ocurrir a costa de la población trabajadora. Y dado que al plusvalor se le imponen límites mediante la acumulación, es posible reducir la destrucción del medio a los límites del modo de producción. Con esto queda dicho que aquí se trata de problema ecológico, no social. Pero, ¿qué pasa con la sobrepoblación? Porque este es un problema de por sí, un problema que hasta con la mejor gestión racional de las materias primas y con el fin de la destrucción medioambiental seguiría estando presente. La producción de alimentos disminuye en relación con el aumento de población. ¿Acaso se está volviendo la Tierra menos fértil? ¿O es que ya no basta para alimentar a esa creciente población?

Una «investigación», que tuvo tres años de duración, emprendida por el Club de Roma y dirigida por H. Linneman, demostró que la capacidad global de la producción alimentaria soportaría un incremento de hasta el doble de la población existente. La producción agrícola en relación con ese incremento de población no tiene nada que ver con los límites impuestos por la naturaleza, sino que tiene sus causas en las relaciones sociales que obstaculizan la expansión de la producción. Por supuesto, tampoco el hambre que existe en el mundo se debe al bajo rendimiento de la producción agrícola. Ni siquiera el doble de producción podría aplacarlo, si acaso lo agudizaría aún más. La disponibilidad de alimentos suficientes no garantiza la satisfacción de las necesidades de consumo humanas. Las mercancías existen solo en relación con una demanda lo suficientemente solvente; para la que no lo es, la sobreproducción puede ser aún más peligrosa que una mala cosecha achacable a la naturaleza. Que las malas cosechas generan hambre es algo que tampoco tiene solo que ver con la impredecible naturaleza. Es más bien la negligencia respecto de ciertas medidas sociales, de aquellas que, con el incremento de la producción agrícola y la mejora de la productividad del sector, producirían las reservas suficientes como para poder afrontar las catástrofes naturales.

En la mayor parte del mundo subdesarrollado, que es predominantemente agrario, como por ejemplo en el sur de Asia, es un sistema social de clases, de instituciones y relaciones de poder, el que pone trabas al incremento de la producción y la productividad, no la ruina naturaleza. Junto con la cada vez menos sostenible economía de subsistencia, son la propiedad del suelo, el sistema de arrendamientos, el capital usurario y la economía de plantación los que impiden, mediante su insistente defensa de la estructura social actual, cualquier tipo de desarrollo progresivo. En los Estados africanos, la especialización de la producción generada a partir del sistema colonial en torno a la extracción industrial de materias primas ha llevado a una situación que sigue sujeta a los ciclos de crisis capitalistas y a la correspondiente pobreza. No solo allí, también en los Estados

sudamericanos se completa la creciente industrialización a expensas de la producción agrícola. Los viejos países exportadores se convierten en importadores de alimentos. También el ascenso ruso a potencia competidora mundial se explica por el relativo abandono de la agricultura y obliga, con ocasión de cada mala cosecha, a la importación masiva de alimentos. La creciente discrepancia entre la producción agrícola y la industrial tiene por tanto menos que ver con el crecimiento demográfico y la decreciente rentabilidad del suelo que con la excesiva insistencia en la expansión industrial o del capital.

Ciertamente, la población ha aumentado enormemente. En la medida en que la medicina ha contribuido ampliamente a disminuir las cifras de mortalidad, las de los nacimientos, que se han mantenido idénticas, parecen apuntar a una «explosión demográfica». Es igualmente cierto que la población no puede aumentar indefinidamente y que tenderá tarde o temprano a estabilizarse conforme a las circunstancias ecológicas. Pero eso no significa que el conjunto de la población existente sea responsable de la miseria mundial actual. Una producción adecuada al crecimiento demográfico y sus correspondientes necesidades traería muy probablemente como consecuencia que aún no pudiera hablarse de sobrepoblación absoluta. En porcentaje, el incremento de la producción y de la productividad agrícola en países como Estados Unidos y Australia supera con creces el crecimiento demográfico. Aunque no en todas partes pueden conseguirse los mismos resultados con los mismos métodos de producción, sin duda aún es posible incrementar significativamente la producción mundial de alimentos. Y solo de una mejora generalizada de las condiciones de vida puede esperarse una limitación consciente del crecimiento demográfico. Una mejora que, con todo, también puede lograrse mediante la violencia estatal. En la India existen proyectos de ley para la esterilización forzosa de la población, lo que afectaría a las familias de más de dos hijos. De ahí solo hay un paso al exterminio masivo del excedente de población. Pero se puede hacer también por otras vías. Los controles voluntarios de natalidad realizados en los países altamente industrializados no eran, en un principio, sino el privilegio de una minoría de la población mundial, pero confirman la posibilidad de una planificación demográfica que, con el paso del tiempo, no solo estabilizará la población, sino que también puede contribuir a disminuirla en términos absolutos.

Si no se asociara a ellas el firme convencimiento respecto de la evitabilidad de la tan temida catástrofe ecológica, las advertencias de Harich y el Club de Roma serían completamente absurdas. De ser esta una posibilidad objetiva, dependería, como decimos, de la sociedad y no de la naturaleza que la humanidad tuviera un largo y prometedor futuro ante sí. Para Harich, la condición indispensable no es otra que la abolición de la

producción de capital. Únicamente de este modo podría abordarse el problema ecológico. Solo que la revolución que tiene ante sus ojos no supone una transformación que podría conducir a una sociedad comunista, y por tanto tampoco a una sociedad que estuviera en condiciones de superar el problema ecológico. El Club de Roma no puede siquiera imaginarse la pseudorevolución de Harich y se abandona a la buena voluntad de un grupo de sabios hombres de Estado a fin de hallar las medidas necesarias para la solución del problema ecológico. Pero que esas medidas acaben suprimiendo, junto con ese grupo de sabios, la propia estructura social, eso no es algo que pueda esperarse por su parte.

¿Qué se puede hacer, por tanto, en una situación tan aparentemente desesperada? Si se aborda el problema desde la perspectiva de la ecología, desde luego nada. Y no porque lo que venga sea algo que amenace la supervivencia de la especie. La «crisis ecológica» es, en buena medida, un producto de la situación de crisis social, y la catástrofe de esta última precede a la ecológica. Tal y como están las cosas hoy en día, la alta probabilidad de una contienda nuclear hace de la confrontación con la crisis ecológica algo superfluo. Toda la atención debe ser dirigida a los procesos sociales para anticiparse al estallido de la guerra atómica entre el Este y el Oeste. Si los trabajadores del mundo no lo logran, nunca estarán en condiciones de oponer resistencia a la amenaza ecológica ni de sentar los cimientos, con la sociedad comunista, para la supervivencia de la humanidad.

XIV

EL HOMBRE UNIDIMENSIONAL EN LA SOCIEDAD DE CLASES. EXTRACTOS DE UNA CRÍTICA A MARCUSE (1972)*

[...]

VI

La estabilización, la organización y la integración capitalista de la que habla Marcuse son de un tipo especial. En un trabajo presentado a la Sociedad Alemana de Sociología, en 1964, Marcuse describe «cómo el capitalismo maduro, con la eficacia de su racionalidad, llega a hacer de la aniquilación planificada de millones de seres humanos y de la destrucción planificada de su trabajo fuente de mayor y mejor prosperidad; incluso la insalubridad absoluta se convierte en fundamento no solo de la continuidad de la vida, sino hasta de una mayor comodidad [...]. Ante las miserias inhumanas de la crueldad metódica, la sociedad “opulenta” derrocha su inimaginable fuerza técnica, material e intelectual y la utiliza para mantener la movilización permanente».¹ Es obvio que no podría ser que las víctimas de este proceso compartieran el entusiasmo que sus beneficiarios pueden demostrar. La situación misma divide a la sociedad y las fuerzas en oposición niegan el concepto de Marcuse de sociedad sin oposición.

Es cierto, sin embargo, que las fuerzas en oposición no encuentran expresión en una lucha de clases entre proletariado y burguesía, sino en la competición capitalista, en las rivalidades imperialistas y la guerra fría entre dos sistemas sociales diferentes. Así pues, hay muchas sociedades «unidimensionales» que están entre sí en conflicto. Esta es la situación que ha predominado en los últimos cincuenta años. Estos conflictos, si es que algo significan, demuestran la incapacidad total del capitalismo para organizar y estabilizar un sistema capitalista mundial que pueda dominar el futuro previsible.

* Apartados VI, VII y XII de Paul Mattick, *One Dimensional Man In Class Society*, 1972. Publicado por primera vez en castellano como *Crítica de Marcuse. El hombre unidimensional en la sociedad de clases*, Barcelona, Grijalbo, 1974.

¹ H. Marcuse, *Industrialization and Capitalism*, Brandeis University, 1965, p. 27.

El capitalismo ha sido siempre un sistema social a la vez productivo y destructivo, no solo en la competición diaria, sino también, y de forma acelerada y concentrada, en épocas de crisis y depresión. Los conflictos imperialistas que tienen su origen decisivo en las rivalidades económicas han conducido a guerras destructivas mundiales. La destrucción de valor capital, tanto en la competición pacífica como en la competición bélica, ha servido para dar lugar a nuevas fases ascendentes de la producción de capital y a ulteriores extensiones de sus mercados. Lo que Marcuse refiere como típico del «capitalismo maduro» ha sido típico de toda su existencia: solo que las consecuencias sociales eran menos devastadoras y menos feroces, porque las posibilidades más limitadas de la producción circunscribían las de la destrucción. La diferencia cuantitativa entre el pasado y el presente da lugar a una diferencia cualitativa en un doble sentido: no solo incluye la posibilidad técnica de destruir la mayor parte del mundo y su población, sino que excluye la utilización de la guerra con objetivos de acumulación de capital.

Para servir de instrumentos de acumulación, los aspectos destructivos de la producción de capital deben conservar cierta relación determinada con sus fuerzas productivas. La destrucción de valor capital en una depresión afecta solo a una parte pequeña del capital en su forma física. El aparato productivo material queda en general intacto y simplemente se concentra en menos manos, en forma de valor de capital depreciado. En cambio, la guerra destruye capital tanto en su forma física como en la de valor, y, si se destruye demasiado en forma material, los capitales supervivientes se ven arrojados a un estado «anterior» del desarrollo capitalista, en el que su propias características avanzadas se convierten en un anacronismo. Como su propios beneficios están ligados a una masa determinada de renta social total, la disminución de esta última reduce también la rentabilidad de estos capitales supervivientes. Con otros términos, no pueden vender sus productos por falta de compradores, ya que su producción y su productividad requieren mayor producción y productividad general. Las desproporciones causadas por la destrucción y las dislocaciones de la guerra deben primero superarse, antes de que pueda seguir adelante el proceso de acumulación de capital.

Dos guerras mundiales no han conseguido restaurar condiciones de producción progresiva de capital privado como las que habían existido en el capitalismo del siglo XIX. La última gran depresión a escala internacional, que llevó a la Segunda Guerra Mundial, duró demasiado y penetró en el tejido social demasiado profundamente como para poder seguir siendo aceptable en tanto mal menor destinado a obtener de nuevo las bendiciones de la prosperidad. Las depresiones de esta naturaleza ya no parecen viables socialmente y los gobiernos se ven obligados a evitarlas. Han perdido su utilidad para el proceso de expansión del capital. Y en lo que se refiere a la guerra como medio de acumulación parece claro que una

Tercera Guerra Mundial entre las fuerzas capitalistas dejaría sueltas fuerzas destructivas suficientes para destruir no solo al capitalismo, sino también a la propia humanidad.

No hay futuro para el capitalismo ni en la guerra ni en la depresión. Pero no hay otro modo de llevar a cabo los cambios estructurales a gran escala que exige la expansión continua de la producción de capital. Mantener la estructura existente internacionalmente y a la vez en cada nación capitalista por separado, o sea, mantener el pleno empleo de los recursos productivos, requiere ahora una cantidad creciente de producción no rentable; se trata con palabras de Marcuse, del «derroche de fuerza técnica, material e intelectual para mantener la movilización permanente». Para hacerlo, y mantener al mismo tiempo la llamada opulencia, debe aumentarse continuamente la productividad, si se quiere asegurar la necesaria rentabilidad de la parte de la economía cuya producción de beneficios disminuye relativamente.

Según Marcuse esto es precisamente lo que está consiguiendo la tecnología moderna: permite a la vez una cantidad inimaginable de producción de derroche y destrucción, y una «opulencia» que, con excepción de una minoría de gente no empleable, integra en el sistema a todas las clases sociales y crea el hombre unidimensional. En esto piensa Marcuse, los hombres están vendiendo las perspectivas de un futuro auténticamente humano, autodeterminado, por el plato de lentejas de los altos niveles de hoy en día. Cuánto más valiosas serían sus vidas, y cuánto mejor su nivel de vida, si la producción de derroche y destrucción fuera completamente eliminada y si la producción social fuera racionalmente dirigida a las necesidades reales de los hombres.

La producción de derroche de una sociedad «opulenta» es, claro está, lo que mantiene la «opulencia» de tal sociedad, pero no tiene el efecto indirecto de aumentar la rentabilidad del capital y su cuota de acumulación. La rentabilidad no puede mantenerse más que mediante el aumento de la productividad por innovaciones técnicas que desplacen trabajo o ahorren capital. Cuando más «opulenta» se vuelve la sociedad por la producción de derroche, tanto más necesita de dispositivos que ahorren trabajo para evitar la pérdida de rentabilidad, que de otro modo acompañaría el aumento de producción.

El aumento sostenido de la producción y de la productividad mediante dispositivos que ahorran trabajo tiene el doble efecto de aumentar la rentabilidad del capital y de reproducir la necesidad de grandes aumentos ulteriores de la productividad sobre una base cada vez más estrecha de producción de capital. Aunque las innovaciones que ahorran capital compensan la creciente discrepancia entre el capital invertido en medios de producción y el invertido en fuerza de trabajo y detuvieran la caída de la

tasa de beneficio respecto del capital total, eso no podría ser más que un factor mitigador temporal. La eliminación constante de la fuerza de trabajo tiene que acabar destruyendo en algún momento la rentabilidad, y por eso es inviabile para el capitalismo. Pero este tampoco puede arreglárselas sin la disminución sostenida del trabajo, ya que esta parece ser la única manera de enfrentarse con el aumento de producción no rentable en el marco de la economía de producción de beneficios. Aunque el desplazamiento del trabajo es un camino abierto para el capitalismo, el camino mismo conduce únicamente a un callejón sin salida. Lo que Marcuse considera una solución capitalista a las dificultades del capitalismo, a saber, su nueva tecnología, representa, por el contrario, la contradicción insoluble presente y futura de la producción de capital dentro de las relaciones de propiedad de la economía de mercado.

VII

Si bien es posible que los acontecimientos futuros prueben que Marcuse tiene razón en su pesimismo en relación con las posibilidades de una revolución de la clase obrera, lo más probable es que el «optimismo», en lo que se refiere a la capacidad del capitalismo para salvarse por medios tecnológicos y políticos, sea refutado por el desarrollo real. En lo presente no se puede, claro está, contestar a la afirmación de Marcuse más que con otra contrapuesta a aquella. A la vista de lo que ha ocurrido desde el final de la Segunda Guerra Mundial, podría parecer que el capitalismo ha encontrado una manera de evitar los peligros de su estructura de clases y ha sido capaz de transformarse en una sociedad exenta de oposición interna efectiva. El «optimismo» de Marcuse a este respecto no es, por lo demás, en absoluto de su gusto; tan solo lo acepta de mala gana, con el fin de liberarse de toda ilusión.

Cualquier estado particular del capitalismo es transitorio, aunque pueda predominar durante un periodo de tiempo considerable. Pero las situaciones históricas determinadas del desarrollo capitalista no revelan su naturaleza transitoria más que al considerar las leyes generales de dicho desarrollo. El futuro del capitalismo se apoya en el mantenimiento de su capacidad de arrancar de la producción social beneficios suficientes a fin de asegurar su reproducción ampliada. La cuota de expansión del capital, en caída persistente, pone de manifiesto de forma cada vez más acusada la pérdida de dicha capacidad, a pesar del aumento general de la producción, debido a las intervenciones de los gobiernos. Sin embargo, mientras este aumento, gracias al incremento de la productividad del trabajo, pueda todavía conciliarse con la disminución de la formación de capital privado,

la «economía mixta» podrá ser tenida no ya por una posibilidad temporal, sino por una transformación efectiva que resuelve las contradicciones de la producción de capital. Lo que ocurre es que también esto es una ilusión.

El problema está entonces en si el capitalismo puede evolucionar hasta convertirse en algo distinto a lo que es; en si las leyes generales del desarrollo capitalista pueden ser dejadas de lado por los medios tecnológicos y políticos que consigan proporcionar, por el simple expediente de la producción de derroche, el beneficio necesario al capital privado y, a la vez, un bienestar general. Es cierto que esto es exactamente lo que ha ocurrido. Pero ver este proceso como práctica social permanente y en constante ampliación es afirmar que el capitalismo puede transformarse en otro sistema cuyo funcionamiento —por hablar con términos de Marx— no esté ya regido por el valor de cambio, sino por el valor de uso. Tal transformación implicaría un cambio de las relaciones de propiedad, estando como están basadas en la producción y distribución de valores de cambio. En otras palabras, requeriría una revolución social. En opinión de Marcuse esto no es así. La sociedad industrial avanzada, dice, es «una sociedad estática, a pesar de todo su dinamismo. Su expansión ininterrumpida, su productividad en rapidísimo aumento, su crecimiento cada vez mayor, únicamente producen cada vez más de lo mismo, sin ningún cambio cualitativo ni ninguna esperanza de que tenga lugar».²

Pero Marcuse habla también de una «metamorfosis» capitalista, en respuesta al fenómeno de la Guerra Fría, que ofrece al capitalismo antes de nada el estímulo para «organizarse» y aumentar su producción. Bajo su perspectiva, sin embargo, esta «metamorfosis» implica un cambio, no cualitativo, sino solo cuantitativo, por «la marea de bienes y el nivel de vida siempre crecientes, que parecen cada vez más deseables», y que no dan a las masas «nada más que motivos para integrarse en el sistema».³

Según Marcuse «incluso el capitalismo más organizado conserva como factor regulador de la economía la necesidad social de apropiación y distribución privadas de los beneficios».⁴ Por esta razón se aparta de la posición mantenida por algunos de que «el conflicto contemporáneo entre capitalismo y comunismo es un conflicto entre dos formas o modos de una misma y única sociedad industrial compleja».⁵ Para él hay una diferencia

² Marcuse, «Socialism in the Developed Countries», *International Socialist Journal*, Roma, abril de 1965, p. 141 [ed. cast.: *La sociedad industrial y el marxismo*, Buenos Aires, 1969, p. 54].

³ *Ibidem*, p. 143.

⁴ Marcuse, *One-Dimensional Man*, Boston, Beacon Press, 1964 p. 53 [ed. cast.: *El hombre unidimensional*, Ciudad de México, 1968, p. 61].

⁵ Marcuse, *Soviet Marxism*, Nueva York, 1967, p. xi [ed. cast.: *El marxismo soviético*, Madrid, 1968, p. 28].

fundamental entre las economías nacionalizadas y las de empresa privada aunque ambos sistemas compartan la misma tecnología y la misma tendencia a desarrollarla en direcciones que puedan destruir la base del dominio de clase. El «capitalismo organizado» de Marcuse no es lo mismo que una economía dirigista estatal como la que domina en Rusia, ya que, repetimos «conserva como factor regulador de la economía la necesidad de apropiación y distribución privada de beneficios».

Pero, si esto es así, el «capitalismo organizado» también conserva las relaciones de valor capitalistas, y a Marcuse se le hace necesario demostrar que estas relaciones están en armonía con la expansión constante de la producción por medios tecnológicos y políticos. A este respecto Marcuse cita la observación de Marx de que la máquina nunca crea valor, sino que meramente transfiere al producto su propio valor, mientras que el plusvalor queda como resultado de la explotación del trabajo vivo. La máquina es materialización de fuerza de trabajo humana, y por medio de ella, el trabajo pasado (trabajo muerto) se conserva y determina lo vivo.⁶ Pero al considerar la automatización, Marcuse observa que esta «parece alterar cualitativamente la relación entre trabajo muerto y trabajo vivo; tiende hacia un punto en el que la productividad queda determinada por las máquinas y no por el rendimiento individual».⁷ También pensó esto Marx, quien señaló que la riqueza social no es solo una relación de valor, sino que se materializa, en medida creciente, en un aparato productivo que convierte la productividad del trabajo en productividad del capital. Aunque los medios de producción representan una cantidad determinada de valores, no obstante, el crecimiento de la capacidad productiva del trabajo social, en su forma real, física y en su desarrollo continuo, se expresa por la cantidad y la calidad de los medios de producción, no por el tiempo de trabajo. Para Marx «el tiempo de trabajo deja de ser la medida del valor de uso, tan pronto como el trabajo en forma directa deja de ser la fuente de riqueza».⁸

Pero para Marx, la abolición de las relaciones de valor es la abolición del capitalismo mismo. Si no fuera por las relaciones de producción capitalistas, la riqueza social creciente se caracterizaría por una reducción constante del tiempo de trabajo directo, y la riqueza de la sociedad se mediría, no por el tiempo de trabajo, sino por el tiempo libre. Pero, mientras el valor de cambio sea el objetivo de la producción, las cantidades de tiempo de trabajo seguirán siendo la fuente y la medida de la riqueza capitalista, porque el capital, lo mismo que el valor, no puede ser más que tiempo de trabajo que

⁶ Marcuse, *One-Dimensional Man...*, p. 29 [ed. cast.: p. 50].

⁷ *Ibidem*, p. 28 [ed. cast.: p. 50].

⁸ K. Marx, *Grundrisse der Kriti der Politischen Ökonomie*, Berlín, 1953, p. 593 [ed. cast.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política 1857-1858*, Madrid, vol. 2, 1972, p. 228].

ha sido objeto de apropiación. «Aunque el mismo desarrollo de los medios de producción modernos», escribió Marx, «indica en qué amplia medida los conocimientos generales de la sociedad se han convertido en fuerza productiva directa, que condiciona la vida social y determina su transformación»,⁹ la contribución particular del capitalismo a este estado de cosas no consiste más «que en su utilización de todos los medios de las artes y las ciencias para aumentar el plusvalor, porque su riqueza en forma de valor, no es nada más que la apropiación del tiempo de plusvalor».¹⁰

La disminución de la fuerza de trabajo como fuente y medida del valor tiene ya lugar en condiciones capitalistas. Según las circunstancias concretas y la estructura del capital, puede tener un efecto positivo o negativo sobre la acumulación de capital. Ahora bien, cuando Marcuse dice «que hasta el capitalismo más organizado conserva como factor regulador de la economía la necesidad social de apropiación y distribución privadas de beneficios», está diciendo únicamente que, en este, las relaciones de valor de la producción de capital se conservan y regulan la economía. En otras palabras, la economía está «regulada» por su capacidad o incapacidad de producir plusvalor, no por su simple capacidad de producir. Apropiación y distribución privadas de beneficio presuponen relaciones de mercado, y estas relaciones de mercado presuponen una relación de valor. En estas circunstancias el beneficio sigue siendo plusvalor, o plusvalor, incluso allí donde se han invertido las relaciones entre trabajo «muerto» y trabajo «vivo». Y en estas circunstancias, la disminución del trabajo en relación con la masa creciente de capital implica una reducción del plusvalor, excepto allí donde la productividad del trabajo aumenta a un ritmo más rápido que el de la disminución de la cantidad de trabajo. Lo que cuenta para el beneficio capitalista es la productividad del trabajo, no la «productividad del capital». El beneficio presupone, ciertamente, la existencia del capital, y cuanto más «productivo» es este capital en forma física mayores beneficios puede dar lugar. Además, estos beneficios pueden ser solo la diferencia entre trabajo pagado e impagado. Si de algún modo misterioso, tuvieran que derivar la «productividad del capital», independientemente del trabajo que empieza poniendo en movimiento este capital, no serían beneficios en el sentido capitalista, o sea, resultado de la explotación del trabajo. Seguiría siendo cierto que el capital representa plusvalor pasado transformado, pero ya no determinaría el trabajo vivo. En realidad, claro está, el capital presupone el trabajo asalariado del mismo modo que el trabajo asalariado presupone el capital; ambos constituyen las dos caras de las relaciones de producción capitalistas necesarias para la producción de plusvalor. Si no

⁹ *Ibidem*, p. 594 [ed. cast.: vol. 2, p. 230].

¹⁰ *Ibidem*, p. 595 [ed. cast. vol. 2, p. 231].

interviene capital en la producción no hay sociedad capitalista, y si el capital ya no depende del trabajo asalariado el capitalismo deja de existir.

Marcuse mismo señala que la «automatización, una vez convertida en el proceso de producción material, revolucionaría la totalidad de la sociedad». ¹¹ Por esta razón, dice, tanto las economías nacionalizadas como las de empresa privada deben contener el desarrollo tecnológico y «detener el crecimiento material o intelectual en un punto en el que la dominación sea todavía racional y rentable». ¹² Pero en su consideración, este punto parece estar lejos, y mientras tanto el capitalismo responde al «desafío del comunismo con un desarrollo espectacular de todas las fuerzas productivas, después de subordinar el interés de la rentabilidad privada que detendría tal desarrollo». ¹³

Además, según Marcuse, lo que da lugar a este cambio no es solo el desafío del comunismo sino también el «proceso tecnológico y la producción en masa», que suprimen las formas individualistas con las que operó el progreso en la época liberal. ¹⁴ Aparte del hecho de que el primer lugar en el que «se acabó» con estas «formas individualistas» son las naciones tecnológicamente atrasadas sin producción en masa, queda el hecho de que si fuera realmente cierto que se ha acabado con esas «formas individualistas» no podría ser cierto al mismo tiempo que se conservara como «factor regulador de la economía» «la apropiación y la distribución privadas de beneficios», ni tampoco podría ser verdad que haya «subordinado» «el interés a la rentabilidad privada» a la necesidad social de un ulterior y «espectacular avance de las fuerzas productivas».

No se puede estar al plato y a las tajadas: o bien se abandona la economía a su «autorregulación» por las relaciones valor-precio en un mercado competitivo de productores orientados individualmente, esto es, al modo capitalista; o bien se las regula conscientemente, con más o menos éxito, mediante decisiones del gobierno que consideren la economía nacional como un todo, sobre la base de unas características institucionales particulares. Una combinación del mercado y la planificación en la regulación de la economía no deja de enfrentarlos; no hace que la economía sea realmente «mixta», sino que tiende, en el curso del desarrollo, a eliminar un lado o el otro, a menos que uno de estos lados pueda mantenerse siempre en una posición subordinada. Pero mantenerse en ella es limitar su eficacia.

[...]

¹¹ Marcuse, *One-Dimensional Man...*, p. 36 [ed. cast.: p. 57].

¹² *Ibidem*, p. 45 [ed. cast.: p. 66].

¹³ *Ibidem*, p. 55 [ed. cast.: p. 76].

¹⁴ Marcuse, *Soviet Marxism...*, p. 67 [ed. cast.: p. 52-53].

XII

Hace tiempo que el capitalismo ha dejado de ser un sistema de producción socialmente progresista y se ha convertido, a pesar de todas las apariencias de lo contrario, en una forma de producción social regresiva y destructiva. Ha llevado a la división del mundo en unos pocos países muy industrializados y un gran número de naciones incapaces de salir de un estado de pobreza creciente. Pero los destinos de todas las naciones están inextricablemente entrelazados; lo que determina en última instancia el futuro de cada nación y de todas ellas es la situación como totalidad, la situación mundial. Las perspectivas, incluso para los países más prósperos, deben considerarse a la luz de las condiciones mundiales existentes, y vistas de este modo no son verdaderamente prometedoras. Las condiciones de prosperidad constituyen casos más bien aislados en un vasto desierto de miseria humana.

Las fuerzas capitalistas dominantes, que ya no son capaces de extraer de sus propias masas trabajadoras las cantidades de plusbajo que proporcionarían una acumulación de capital privado rentable, se encuentran con que las fuentes del plusbajo que tenían en las zonas subdesarrolladas del mundo se están secando. La sobreacumulación que se produce en las naciones desarrolladas es, en gran parte, causa de la falta de acumulación en las subdesarrolladas. Como los beneficios ya no pueden incrementarse lo suficiente por continuación del crecimiento del capital en los países industrialmente adelantados, disminuyen también en las naciones atrasadas debido a su falta de capital. La consecución de la explotación de las zonas atrasadas destruirá lentamente su explotabilidad. Pero no explotarlas significa reducir todavía más la ya insuficiente rentabilidad del capital en las naciones adelantadas. Así que en vez de suavizar su explotación, intentará aumentarla, si no ya en colaboración con las clases dirigentes tradicionales de las naciones atrasadas, sí en la forma de neocolonialismo, esto es, en colaboración con las nuevas clases dirigentes instituidas por los movimientos anticoloniales.

Sin embargo, el continuo dominio indirecto del capital occidental sobre las naciones menos desarrolladas no da ninguna solución a las necesidades reales de la enorme masa de población que comprenden, ni resolverá el problema fundamental de producción de beneficios del capital occidental. Todo lo que ese dominio hace es sostener algún tiempo más la viabilidad de la economía mundial capitalista en desintegración, apoyado por la brutal supresión de toda resistencia causada por la absoluta y creciente miseria social. Se puede predecir con toda seguridad que, por lo menos en las zonas del mundo subdesarrolladas, la miseria predominante

llevará constantemente a nuevas rebeliones contra las fuerzas extranjeras dominantes, así como contra sus colaboradores indígenas.

Es obviamente cierto, como dice Marcuse, que las rebeliones en las naciones subdesarrolladas no son movimientos proletarios en el sentido de Marx. Incluso si estos movimientos tuvieran éxito, ello llevaría simplemente a condiciones como las que caracterizan al mundo capitalista, iguales en el Este y en Occidente, donde ya no parecen ser posibles revoluciones proletarias en el sentido de Marx. Según Marcuse, «la realidad de las clases trabajadoras en la sociedad de hoy en día convierte la idea marxiana en un sueño».¹⁵ Pero no existe ningún «socialismo de hoy en día» que por su realización, pruebe la irrealidad del concepto de Marx del socialismo, esto es, de sociedad sin clases libre de las relaciones de valor económico. Tampoco la realidad de las clases trabajadoras de la sociedad industrial avanzada niega la realidad del concepto de proletariado en Marx por el mero hecho de que el nivel de vida de aquellas haya mejorado, o por el mero hecho de que se haya desvanecido su conciencia de clase. La sociedad está dividida, como antes, en propietarios de los medios de producción y clase trabajadora no propietaria, o en dominadores del capital y trabajadores asalariados ajenos al poder.

Solo por la hipótesis de que el *statu quo* pueda mantenerse, de que todos los problemas sociales puedan resolverse dentro de las instituciones existentes, de que la historia se ha detenido en las condiciones establecidas, puede Marcuse negarle al proletariado —esto es, a la gran mayoría de la población de los países industrialmente avanzados— un papel en la historia, papel que no puede ser más que un papel de oposición, y tiene por ello que encontrar expresión en una conciencia de clase renacida o nueva. Naturalmente, Marcuse no niega la continuación del desarrollo histórico, el factor de la automatización, por sí solo, señala, «apunta a la posibilidad de una revolución en el capitalismo». Pero según él, «este es un proceso largo», de modo que «la revolución no se puede planear para hoy o mañana». Por esta razón, Marcuse formula siempre sus poco halagüeños pronósticos añadiendo «en el futuro previsible». Pero ¿qué otra cosa es el «futuro previsible», si no el reconocimiento de tendencias básicas que afectan o alteran las condiciones existentes en una dirección determinada? Así pues, lo que hay que acentuar no es la persistencia posiblemente prolongada de las condiciones existentes, sino los elementos que entre esas condiciones indican su disolución.

Marcuse parece creer, y al mismo tiempo lamentar, que las condiciones recientes y actuales de «opulencia» de la clase trabajadora en las naciones industrialmente avanzadas están allí ya para mantenerse. La explicación

¹⁵ Marcuse, *One-Dimensional Man...*, p. 198 [ed. cast.: p. 208].

marxista tradicional del aburguesamiento del movimiento obrero como algo restringido a una pequeña aristocracia obrera ya no conserva su validez en la consideración de Marcuse, porque «los cambios en el proceso de trabajo y el crecimiento en el nivel de vida han convertido a la mayor parte de la clase trabajadora organizada en aristocracia obrera, cuando, en cambio, en tiempos de Lenin esta no constituía más que una pequeña minoría». Ha habido, dice Marcuse, una «división dentro de la propia clase obrera, que ha convertido a casi toda la clase obrera en aristocracia obrera»,¹⁶ lo que ha dado lugar a un «nuevo tipo de solidaridad de la clase obrera: solidaridad entre trabajadores organizados que tienen trabajo y una cierta seguridad, por oposición a aquellos que no tiene ningún trabajo ni tampoco posibilidad de conseguirlo en el futuro previsible».¹⁷

Esto no es una nueva solidaridad de la clase obrera, sino la ausencia de toda solidaridad, ya que ni siquiera dentro del sector organizado de la clase obrera —de por sí una minoría— hay solidaridad alguna, sino meramente, aunque no siempre, un mutuo acuerdo de respeto a los monopolios de diferentes sindicatos sobre determinados empleos. Los sindicatos obreros se han vuelto abiertamente reaccionarios debido a que las relaciones de mercado en las que se basan ya no son relaciones sociales progresivas, sino regresivas. Esto no es una cuestión de «integración social», en la que coincidan un ejemplo de pervivencia de instituciones caducas en la economía de mercado en declive.

Pero esta pervivencia en tiempos venideros no asegurará su posición social presente. Como el capital no puede obtener nada de los desempleados, sino que de un modo u otro tiene que mantenerlos, solo puede obtener algo, si algo debe obtener, de los trabajadores con empleo. Es muy difícil, si no imposible, deshacer niveles de vida ya alcanzados sin dar lugar a serias convulsiones sociales. Salvo en épocas de guerra, en las que el gobierno asegura militarmente la paz social, realmente nunca se ha intentado. En el pasado, en épocas de depresión, la presión de los desempleados sobre el mercado de trabajo era suficiente como para hacer bajar los salarios en cierta medida. Pero pronto la sindicación eficaz permitió que un amplio sector de la clase trabajadora mantuviera su escala de salarios ya alcanzada. En lugar de reducir sus salarios se elevaba su productividad, aumentando así la rentabilidad del capital a pesar de la llamada rigidez de los salarios. En las presentes circunstancias, y con la creciente automatización, esto significa el desplazamiento progresivo del trabajo por el capital.

Los altos niveles de vida alcanzados en las naciones industrialmente avanzadas tienen también que convertirse en una dificultad para la

¹⁶ Marcuse, *Socialism in the Developed Countries...*, p. 145 [ed. cast.: p. 60].

¹⁷ *Ibidem*.

expansión del capital, ya que mantenerlos en condiciones de rentabilidad decreciente implica la ampliación continua de la producción no rentable, y esto, a su vez, una necesidad cada vez mayor de aumentar la productividad del trabajo, lo que significa en las presentes condiciones, el aumento sostenido del desempleo. El desempleo mismo pasa de ser un coste cada vez mayor que, junto con todos los otros costes de la «opulencia», tarde o temprano gravará hasta el límite, incluso las mayores «posibilidades económicas y técnicas». La «opulencia» no podrá ser mantenida a menos que cambie la naturaleza misma de la sociedad, a menos que se rechace el principio del beneficio. La propia «opulencia» y las dificultades sociales de su proceso de eliminación se convertirán en fuerzas revolucionarias.

Esto no quiere decir que la «opulencia» produzca la revolución. Quiere decir únicamente que no se requiere el empobrecimiento absoluto para producir sentimientos de oposición. La gente no necesita quedar reducida al hambre para empezar a rebelarse: puede empezar a hacerlo en cuanto se vea profundamente afectado su nivel de vida acostumbrado, o cuando se le niegue el acceso a lo que considera su nivel de vida. En este sentido, una restricción de la «opulencia» predominante puede ser suficiente para acabar con el consenso existente.

Marx dice en alguna parte que el «proletariado, o es revolucionario, o no es nada». Actualmente no es nada, y bien podría ser que siga no siendo nada. Pero no hay ninguna seguridad. Marx dijo también que las «ideas dominantes son las ideas de la clase dominante», lo que no impide que surjan ideas subversivas. Las ideas subversivas, es obvio, solo florecerán en condiciones de descontento. No hay suficiente descontento en la sociedad próspera de hoy en día, aunque su prosperidad sea falsa. En consecuencia, el pensamiento es unidimensional, la sociedad no tiene oposición. Como en tales condiciones no cabe esperar nada más, no hemos examinado el penetrante análisis crítico que hace Marcuse de la ideología dominante de la sociedad industrial avanzada. En eso estamos de acuerdo con todas sus observaciones y se lo agradecemos. A partir de Marx debía esperarse, como refiere Marcuse, que el avance de la «sociedad unidimensional alterase las relaciones entre lo racional y lo irracional. En contraste con otros aspectos fantásticos y dementes de su racionalidad, el dominio de lo irracional se convierte en un medio propio de lo realmente racional»,¹⁸ lo que constituye el resultado final del fetichismo de la mercancía y del capital.

En realidad, y en esto Marcuse mismo es testigo, la racionalidad no fetichista todavía existe, pero puede ser ignorada a todos los efectos prácticos. La oposición que existe queda en gran parte sin expresión. No puede convertirse en fuerza social porque no representa todavía intereses materiales

¹⁸ Marcuse, *One-Dimensional Man...*, p. 247 [ed. cast.: p. 264].

suficientemente fuertes para oponerse a los intereses materiales representados por la ideología dominante —o la demencia dominante—. Donde la oposición deja de tener fuerza material deja de ser oposición efectiva; se convierte en un lujo, en una comprensión propia de personas inteligentes que pueden muy bien despreciar tanto a la sociedad como a sus víctimas, pues también estas defienden obstinadamente la irracionalidad predominante. A pesar de todo, la minoría empobrecida tiene que vivir dentro de esta irracionalidad y tiene que aceptarla por necesidad, lo cual es convertido en aparente virtud para hacerlo más aceptable. Incluso allí donde la oposición encuentra formas políticas encuentra expresiones falsas, como ocurre por ejemplo en la lucha de los negros estadounidenses por los derechos civiles; una meta sin sentido y, hasta en su falta de sentido, irrealizable. El «marginado» no puede salir de las condiciones existentes, a menos que lo arriesgue todo, su propia vida, en el incendio y en el saqueo. Pero entonces ya está de vuelta en el camino hacia una realidad que es racional.

Las rebeliones esporádicas desesperadas y de pequeñas minorías son fácilmente dominadas por las autoridades que representan a la mayoría satisfecha, que incluye a la masa del proletariado. Blanco o negro «el sustrato de proscritos y marginados» puede ser diezmado poco a poco por las mismas condiciones de existencia que se le proporcionan. Pero al crecer su número —y está creciendo— la frecuencia de sus acciones rebeldes también aumentará, lo mismo que la conciencia de muchos de los satisfechos de que también ellos, quizá, se encontrarán pronto en el montón de basura del capitalismo. A juzgar por el pasado, el crecimiento de la miseria social da fuerza a esa miseria, y la fuerza conduce a acciones conscientes para superar la miseria. Cuando Marcuse dice con respecto de los no empleables que «las posibilidades técnicas y económicas de las sociedades establecidas son suficientemente amplias para permitir adaptaciones y concesiones a los desvalidos, y sus fuerzas armadas están suficientemente entrenadas y equipadas para ocuparse de situaciones de emergencia»,¹⁹ describe correctamente las condiciones existentes en los países industrialmente avanzados. Pero lo que es cierto hoy no lo será necesariamente mañana y, en cualquier caso, lo será menos si el curso del desarrollo capitalista procede como lo ha hecho anteriormente. Claro está que uno no puede regirse por hechos pasados. Los acontecimientos del pasado pueden no ser repetibles; puede muy bien ser que la edad de las revoluciones haya quedado atrás y que la sociedad unidimensional, estacionaria, totalitaria, sea inevitable. Pero si no podemos juzgar por experiencias pasadas no podemos juzgar en absoluto. En ese caso todo es posible, hasta una revolución proletaria. Esto presupone que continúa existiendo el proletariado, que, en cambio, según se afirma, está ya en disolución, no solo en relación con su conciencia de clase, que

¹⁹ *Ibidem*, p. 257 [ed. cast.: p. 273].

desaparece, sino también en sus funciones sociales. Frecuentemente se distingue entre la «clase trabajadora clásica», esto es, el proletariado industrial en el sentido marxiano, y la moderna población trabajadora, de la cual solo una parte menor tiene ocupaciones productivas. Pero esta distinción es artificial ya que lo que diferencia al proletariado de la burguesía no son las ocupaciones específicas de los miembros del primero, sino la falta de control de su propia existencia debido a su falta de control sobre los medios de producción.

Sean cuales sean sus ocupaciones, los trabajadores asalariados son proletarios. Incluso si hay ahora más trabajadores empleados en industrias no productivas, llamadas de servicios, su posición social frente a los capitalistas permanece inalterada. Debido a la concentración del capital y a la eliminación de la clase media propietaria, hay ahora más proletarios que nunca. Es cierto evidentemente que una buena parte de estos empleados recibe ingresos que les proporcionan niveles de vida burgueses y pequeño-burgueses. Pero la gran mayoría, en lo que se refiere a sus niveles de vida, cae en la categoría de los trabajadores asalariados, sin que importe lo improductivo que pueda ser su trabajo. La población trabajadora puede no considerarse, o puede que no le guste considerarse, proletaria, y por esta falta de disposición para reconocer su posición social, puede contribuir a la unidimensionalidad de la ideología dominante. No obstante, para no perder su utilidad, todas las ideologías deben referirse de algún modo a situaciones objetivas; si pierden todo contacto con la realidad se ponen al borde del fracaso. Mientras que el trabajador con empleo bien pagado quizá no reconozca su condición proletaria, el parado lo hará más fácilmente, y el que está en la miseria, tratado como marginado, no tiene ya alternativa. Pero reconocer la propia pertenencia a una clase no significa adquirir conciencia de clase en un sentido revolucionario. Es meramente una primera condición para el desarrollo de una ideología y un movimiento anticapitalistas.

Cuando Marx hablaba de la «misión histórica» de la clase trabajadora, la de acabar con el sistema capitalista, hablaba, como puede colegirse por su teoría de la acumulación, de la expropiación de la minoría por la mayoría. Marx vio correctamente que la expansión del capital es también polarización de la sociedad en una pequeña minoría de capitalistas y una gran mayoría de gente no propietaria obligada a vender su fuerza de trabajo para existir, e incapaz de existir si esta ya no es comprada. El proletariado industrial de hace cien años ha crecido entretanto hasta convertirse en una masa amorfa de ocupaciones y profesiones asalariadas, que dependen todas de los altibajos de los acontecimientos del mercado y de las fortunas o desventuras del proceso de acumulación.

Estos trabajadores pueden considerarse lo que quieran, pero no pertenecen a la clase dominante, sino a la clase sometida. El capitalismo es básicamente una sociedad de dos clases, a pesar de las variadas diferencias de condición dentro de cada una de ellas. La clase dominante es la clase que toma decisiones; la otra clase, sean cuales fueren sus diferenciaciones internas, está a merced de estas decisiones, que determinan las condiciones generales de la sociedad, aunque están concebidas con vistas a las necesidades particulares del capital. La clase dominante no puede actuar más que como lo hace; es decir que, estúpida o inteligentemente, lo hará todo para perpetuarse como clase dominante. Los que quedan fuera del proceso de toma de decisiones pueden no estar de acuerdo con las decisiones tomadas, al no corresponder quizá con sus propios intereses, o por su convicción de que las cosas deberían hacerse de distinto modo. Pero para influir en estas decisiones o cambiarlas tienen que tener su propia fuerza.

Todo lo que deciden los que toman las decisiones tiene que hacerse efectivo en la esfera de la producción, ya que la forma de distribución depende de la de producción, y la estructura de consumo de la estructura de la producción. Sin control del proceso productivo no pueden tomarse decisiones, no puede dominar ninguna clase. El control de la producción se ejerce a través del control de los medios de producción, por medio de la ideología y por la fuerza. Pero ni la propiedad ni la ideología ni la fuerza pueden producir nada. Todo el edificio social descansa sobre el trabajo productivo. Los trabajadores productivos tienen a su disposición más fuerza latente que ningún otro grupo social, o que todos los otros grupos sociales juntos. Para hacer efectiva la fuerza latente no se requiere más que un reconocimiento de las realidades sociales, y la aplicación de este conocimiento a la prosecución de los fines propios de los productores.

Negar este hecho es la tarea principal de la ideología burguesa. Empieza por manifestarse en su teorías económicas y en el poco valor que se asigna en general al trabajo productivo en sus resultados tangibles. No obstante, a pesar de la idea predominante de la importancia decreciente del proletariado industrial, se le presta más atención que nunca, ya que en realidad su fuerza potencial para dirigir la sociedad nunca ha sido tan grande como ahora. La «socialización» técnico-organizativa de la producción, esto es, la dependencia de cada proceso de producción nacional de los otros y la absoluta dependencia de la totalidad de la población de un flujo de producción ininterrumpido proporcionan a la clase trabajadora un poder casi absoluto sobre la vida y la muerte de la sociedad. Podría destruir la sociedad con solo dejar de trabajar. Aunque su intención, por pertenecer esta a la misma sociedad, no podría ser esa, sin embargo podría afectar a la sociedad hasta sus mismos cimientos si estuviera decidida a alterar su estructura. Por esta razón los sindicatos han sido adoptados, en la situación establecida

por el capitalismo, para controlar los conflictos industriales; los gobiernos, incluidos los laboristas, aprueban leyes contra la huelga, y los que más cuenta se dan de la fuerza latente de la acción de los obreros industriales, esto es, los regímenes totalitarios, ponen a la huelga sin contemplaciones fuera de la ley.

Como el proletariado tiene fuerza para cambiar la sociedad si lo pretende, es ahora, como antes, la clase de la cual depende la transformación efectiva de la sociedad. Aquí solo estamos señalando esta fuerza, dejando de lado la cuestión de si será o no usada alguna vez, o podrá serlo. Ya que si esta fuerza no existiera, o su aplicación no fuera una posibilidad real, no habría verdaderamente ninguna esperanza de superar las fuerzas materiales de la coerción con otra fuerza material. La única esperanza que quedaría sería la expectativa de que las simples ideas pudieran cambiar tanto la ideología dominante como el interés material que está en su base.

Todas las luchas sociales son también luchas ideológicas, pero para que alcancen su objetivo han de hacer una palanca material que derrumbe las defensas de la sociedad existente. No es del todo inconcebible que la creciente irracionalidad lleve a una reacción extendida, no influida por las filiaciones de clase, entre la población en general y a una convicción creciente de que ya no son necesarias, ni tienen ningún sentido, las relaciones de clase explotadoras, sino que la sociedad podría ser reorganizada de modo que beneficiase a todo el mundo y que garantizase a todos una existencia humana, Esto equivaldría al triunfo de la razón sobre los intereses de clase irracionales, y a la autoliquidación de la clase dominante. Pero a falta de un milagro así, la nueva sociedad tendrá que conseguirse por la lucha con todos los medios disponibles tanto en el campo ideológico como en el de las relaciones reales de poder.

No puede haber duda alguna de que en cualquier crisis social amplias capas de la población que habitualmente no se cuentan como proletariado formarán no obstante del lado de este último en oposición a la clase dominante. Incluso ahora que los trabajadores son todavía bastante apáticos, estudiantes, intelectuales y otros miembros de la nueva clase media no propietaria demuestran un interés político considerable por cuestiones en apariencia aisladas, como la guerra, el desarme, los derechos civiles, etc. Pero sus propuestas quedarán en la ineficacia hasta que no puedan combinarse con una fuerza política real, que solo la población trabajadora puede proporcionar. Si no puede haber una revolución de la clase obrera no puede haber una revolución en absoluto.

Según Marcuse ya no se puede esperar una revolución de la clase obrera en la sociedad industrial avanzada. Y aunque pudiera esperarse, «el control desde abajo» de las fuerzas productivas no conduciría, en su opinión, a un

cambio social cualitativo. La noción de un cambio cualitativo tal, dice «era válida, y es todavía válida, donde los trabajadores eran, y son todavía la negación y la acusación vivientes de la sociedad establecida. Pero allí donde estas clases se han convertido en apoyo del modo de vida establecido, su subida al poder prolongaría este modo de vida, en un marco diferente».²⁰ En otras palabras, la burguesía y el proletariado son ahora intercambiables; nada cambiaría en el modo de vida establecido porque el dominio pasase de una clase a otra.

Si la clase obrera se ha convertido en «apoyo» del modo de vida establecido, seguro que ha ocurrido lo mismo con las otras clases, y aunque la «opulencia» de los trabajadores, que los ha convertido en su «apoyo», pueda ser considerable, no es nada en comparación con la «opulencia» de que disfrutaban las otras clases. Hay todavía desigualdad de «opulencia» y, por consiguiente, lucha por la participación relativa en la «abundancia» general. Dentro de esta competición nadie puede quedar harto y, de hecho, nadie se siente suficientemente «opulento». En realidad, claro está, industrialmente, es todavía cosa difícil, y tiene que alcanzarse mediante esfuerzos verdaderamente extraordinarios en el proceso de producción. No obstante, parece suficiente para tener satisfechos a los trabajadores, por lo menos en el sentido de que no piensen en la conveniencia del cambio social. Así el hipotético «control desde abajo», que dejaría las cosas como están, no será puesto a prueba.

La idea toda se mantiene en pie o cae con la supuesta capacidad del capitalismo de mantener para la población trabajadora los niveles de vida actuales. Por todo lo dicho anteriormente, le hemos negado al capitalismo esta capacidad. Es cierto que la situación actual demuestra todavía lo contrario, pero la situación no demuestra nada más que lo que ella misma es. El problema está en adónde iremos de aquí en adelante; y es que, a pesar de la «opulencia» existente en una pequeña parte del mundo, la condición humana en general se hace cada vez más detestable e intolerable. Tampoco esto puede cambiarse dentro de los límites del capitalismo, y el final del capitalismo solo es concebible como final de las relaciones sociales de clase, como abolición de la clase proletaria. La sociedad unidimensional solo lo es ideológicamente; en todos los otros sentidos es todavía el capitalismo de antes. La conformidad ideológica depende de las circunstancias de prosperidad; no tiene fuerza para aguantarse por sí sola. Pero a menos que los razonamientos teóricos carezcan de todo valor, en las predicciones que permiten hacer señalan el final, no solo de la prosperidad capitalista, sino también del capitalismo mismo. El final del capitalismo, aunque solo sea concebible como abolición simultánea del proletariado, podría venir

²⁰ *Ibidem*, p. 252 [ed. cast.: p. 269].

precedido por una mera modificación capitalista-estatalista del sistema capitalista. Una revolución tal no sería una revolución socialista, ya que se limitaría al control de los medios de producción, y con ello de la producción y distribución, de las manos de los propietarios a las de los políticos organizados como Estado. El proletariado seguiría siendo una clase sometida a una dirección, que no podría determinar su propio destino.

Este tipo de revolución puede ciertamente considerarse posible porque aparecería como punto final lógico de la creciente determinación por los gobiernos de las economía y de la vida social en general y porque seguiría el modelo acostumbrado de los sistemas capitalistas de Estado ya establecidos, que ahora son por lo general considerados regímenes socialistas. Pero en estos últimos sistemas la forma capitalista de Estado ha surgido, no para abolir la clase proletaria sino para su rápida formación. La ideología socialista se usa en ellos para ocultar la explotación intensificada del trabajo, y es en cierta medida admisible por la nacionalización lograda de los medios de producción. Pero en las naciones industrialmente avanzadas, el capitalismo de Estado sería un sistema tan irracional como el anterior. Las dificultades que hay en estas naciones no pueden resolverse por medio de un aumento de la explotación, sino solo acabando con el sistema de explotación mismo. En estas naciones, lo que destruye la rentabilidad del capital, y con ella la fuerza motriz para la continuación del desarrollo capitalista, es la creciente productividad. Eso es así porque el capital aparece en ellas como propiedad privada sujeta a las oscilaciones de las relaciones de mercado competitivas, en las que el impulso de expansión del capital domina a los capitalistas en lugar de ser controlado por ellos. Pero los beneficios puede ser determinados por los gobiernos. Estos pueden regular el proceso sin plustrabajo, y, aunque la formación de capital ya no esté determinada por el beneficio, el proceso de producción necesita todavía trabajo y plustrabajo. Con el monopolio estatal de los medios de producción, la relación entre trabajo y plustrabajo puede ser determinada por los gobiernos. Estos pueden regular el proceso de producción y distribución con equidad o sin ella. Igual que las autoridades de las naciones pobres en capital conservan las relaciones de clase en sus sistemas capitalistas de Estado, del mismo modo podrían hacerlo las autoridades de los países industrialmente avanzados. No tendrían la misma «excusa», pero podrían crear un aparato político de represión que pudiera funcionar sin «excusas». Las relaciones de clase podrían mantenerse para sostener a una clase privilegiada, y la economía planificada sería una sociedad de clases planificada.

Tendría lugar una revolución, pero no una revolución socialista. El marco de esta última es precisamente la socialización de los medios de producción, y con ello el control por los productores de su producto, así como la distribución de este. Sin esto, simplemente se cambia una forma de

esclavitud salarial por otra; queda aparte la posibilidad de que una pueda ser preferible a la otra. El socialismo solo puede realizarse por la autodeterminación de la clase obrera, cuya actividad comprende todas las funciones productivas de las que depende la vida social y por las cuales esta se enriquece. Los intereses de la sociedad como totalidad deben determinar la organización consciente del proceso de producción social y la distribución racional de sus productos. Para hacer esto posible tiene que desaparecer el control social por una clase especial de dirigentes, y esto requiere nuevas formas de organización de la sociedad y de la producción, cuya eficacia tendrá que alcanzarse por el método del ensayo y el error. Hablar del cambio que acabaría con el modo de vida capitalista significa hablar de una revolución de la clase obrera, ya que solo esa clase en particular es capaz de transformar la sociedad desde el punto de vista de la producción, en una comunidad racional y sin clases. Ningún simple cambio de gobierno podría realizar el socialismo. Este requiere una transformación radical de la sobriedad con la cual los propios productores pasen a tomar las decisiones. Su mecanismo de planificación tendrá que montarse de modo que los planificadores y los productores representen intereses idénticos y sean, de hecho, ramas de una y la misma organización de la producción.

En condiciones de abundancia, como las que caracterizan la sociedad industrialmente avanzada, la distribución podría quedar libre de consideraciones de valor, y en ese sentido podría realizarse la «igualdad». Pero este no es el lugar para defender la viabilidad del socialismo, ni para extenderse sobre las nuevas instituciones que requerirá. Lo que pretendemos decir ahora es que el triunfo del socialismo sobre el capitalismo tendrá que ser obra de la clase productora.

Volvamos a la Tierra. Con los antecedentes del comportamiento de la clase obrera ante nosotros, que los obreros sean indispensables para la realización del socialismo hace de este algo todavía menos accesible, lo convierte a primera vista en un «sueño marxiano». Pero no hay más que pensar en lo que, con toda probabilidad, tiene que ocurrir sin una revolución socialista para pensar en la posibilidad de un tipo de comportamiento distinto por parte de las clases trabajadoras. Lo que tiene que ocurrir está ya en cierta medida ocurriendo, y la proyección cuantitativa del presente sobre el futuro previsible señala lo utópico de la posibilidad de resolver los problemas sociales por medios capitalistas. La frase «socialismo o barbarie» formula las únicas alternativa reales; pero no obstante un estado de barbarie puede ser alterado de nuevo por fuerzas contrarias que surjan de él.

Si la conciencia de clase depende de la miseria, pocas dudas puede haber de que la miseria que espera a la población del mundo irá más allá de todo lo experimentado hasta ahora, y de que llegarán a quedar sumidas en ella hasta las minorías privilegiadas de las naciones industrialmente avanzadas,

que todavía se consideran inmunes a las consecuencias de sus propias actividades. Como no hay «soluciones económicas» para las contradicciones de la producción de capital, se está intentando encontrar «soluciones económicas» por medios políticos, pero solo en la medida en que se ajustan a la estructura socioeconómica del capitalismo. Esto significa que los aspectos destructivos de la producción de capital toman un carácter cada vez más violento: internamente produciendo cada vez más para el derroche y la destrucción; externamente, dejando territorios yermos ocupados por gentes que no quieren someterse a las necesidades de beneficio de las potencias extranjeras, las cuales significarían su propia pérdida. A medida que aumenta la miseria general, las situaciones específicas de «opulencia» también se disolverán, al disiparse las ventajas de la creciente productividad en una competición encarnizada por conseguir los beneficios, cada vez menores, de la producción mundial.

Es concebible, claro está, que nada incite a la población trabajadora, que esta prefiera aceptar cualquier miseria que le sobrevenga antes que levantarse en oposición al sistema responsable de la misma. Pero la falta de una conciencia revolucionaria no es falta de inteligencia. Es mucho más probable que la clase obrera moderna no tolere indefinidamente todo lo que el sistema capitalista le tiene preparado; puede haber un punto de tensión límite en el que la inteligencia llegue a incluir la conciencia de clase. La disposición a dar pasos revolucionarios no requiere de una consecuente conducta de oposición anterior al primer acto independiente; una clase obrera apática en ciertas condiciones puede exaltarse en condiciones distintas. En tanto esta es la clase que resultará más profundamente afectada por un cambio de la suerte de la producción de capital, o por escapatorias bélicas del capitalismo, puede ser con toda la probabilidad que sea la primera que rompa con la ideología unidimensional del dominio capitalista. Pero tampoco hay ninguna seguridad de ello. Hay solo una posibilidad, como observa Marcuse en un contexto algo distinto. Pero se trata solo de una posibilidad, no porque parte del proletariado quede fuera del proceso de integración capitalista, sino porque el capital puede destruir el mundo antes de que surja una oportunidad para pararle los pies. La integración en la muerte es la única integración que el capitalismo puede realmente obtener. Sin esta integración final el hombre unidimensional no durará mucho. Desaparecerá con la primera crisis de la economía capitalista, en los baños de sangre que el orden capitalista le está hoy preparando. El capitalismo, en la cumbre de su fuerza, es también en extremo vulnerable; no puede ir más que hacia su muerte. Por pocas que sean las posibilidades de rebelión, no es este el momento de arrojar la toalla.

XV MARXISMO: AYER, HOY Y MAÑANA (1978)*

EN LA CONCEPCIÓN DE MARX, los cambios en las condiciones sociales y materiales de las personas transforman su conciencia. Esto es algo que también se mantiene en lo que se refiere al marxismo y su desarrollo histórico. El marxismo es ante todo una teoría de la lucha de clases basada en las condiciones sociales específicas del modo de producción capitalista. Sin embargo, mientras que el análisis de las contradicciones sociales inherentes a la producción capitalista encuentra su punto de referencia en las tendencias generales que adopta el desarrollo capitalista, la lucha de clases es un asunto cotidiano que se ajusta a las cambiantes condiciones sociales del momento. Estos ajustes encuentran su reflejo a través de la ideología marxista. La historia del capitalismo es por eso también la historia del marxismo.

El movimiento obrero precedió a la teoría marxista y proporcionó las bases efectivas para su desarrollo. El marxismo se convirtió en la teoría dominante del movimiento socialista porque fue capaz de mostrar de forma contundente la estructura de explotación de la sociedad capitalista y al mismo tiempo desenmascarar las limitaciones históricas de este modo de producción. El secreto detrás del vasto desarrollo del capitalismo — esto es, el aumento constante y creciente de la explotación de la fuerza de trabajo— ha sido también el secreto de las diversas dificultades que ha atravesado el sistema y que apuntan a su eventual desaparición. *El Capital* de Marx, al emplear el método científico, ha sido capaz de construir una teoría capaz de sintetizar la lucha de clases y las contradicciones que atraviesan al modo de producción capitalista.

La crítica de la economía política de Marx tuvo que ser necesariamente tan abstracta como la economía política misma. Su corpus teórico estaba pensado para confrontar con las tendencias generales del desarrollo capitalista, no con las múltiples manifestaciones concretas de este sistema en

* Capítulo del libro póstumo *Marxism. Last Refuge of the Bourgeoisie?*, editado por Paul Mattick Jr., y publicado por Merlin Press, 1983. Traducido para este volumen por Pablo Oliveros Gregorio.

cada momento particular. Dado que la acumulación de capital es al mismo tiempo causa del desarrollo y del declive del sistema, el proceso de producción capitalista se muestra como un proceso cíclico de expansión y contracción. Estas dos situaciones implican distintas condiciones sociales y, por tanto, distintas reacciones por parte tanto del capital como del trabajo. Sin duda, la tendencia general del desarrollo capitalista supone una dificultad creciente para escapar de los periodos de contracción económica a través de una mayor expansión de capital y con ello dibuja una tendencia hacia el colapso del sistema. Sin embargo, no es posible señalar en qué punto particular del desarrollo del capital este sistema comenzará a desintegrarse debido a su imposibilidad objetiva para continuar reproduciendo el proceso de acumulación.

La producción capitalista, la cual implica la ausencia de cualquier tipo de regulación social consciente sobre la producción, encuentra un cierto tipo de ciega regulación a través de los mecanismos de oferta y demanda del mercado. Este último, a su vez, se adapta a las necesidades expansivas del capital, que aparecen determinadas, por un lado, por la cambiante explotabilidad de la fuerza de trabajo y, por otro, por la alteración que sufre la estructura del capital debido a la acumulación. Las entidades particulares implicadas en este proceso no son empíricamente discernibles, por lo que resulta imposible determinar si una crisis concreta del modo de producción capitalista será de mayor o menor duración, si será más o menos devastadora en lo que respecta a las condiciones sociales existentes, o si en cambio resultará en una crisis que acabará por provocar el fin del sistema capitalista mediante la determinación de la acción revolucionaria de una clase obrera consciente.

En principio, cualquier crisis profunda y prolongada puede desencadenar una situación revolucionaria que intensifique la lucha de clases hasta el punto de que el sistema capitalista sea derrocado, siempre y cuando, por supuesto, las condiciones objetivas generen una disposición subjetiva a cambiar las relaciones sociales de producción. En los comienzos del movimiento marxista, esta posibilidad fue considerada como algo realista, debido al rápido crecimiento del movimiento socialista y a la extensión que estaba alcanzando la lucha de clases dentro del sistema capitalista. Se pensaba que el desarrollo de este último elemento iba en paralelo al desarrollo de la conciencia de clase del proletariado, el auge de las organizaciones obreras, así como el reconocimiento generalizado de que existía una alternativa a la sociedad capitalista.

La teoría y la práctica de la lucha de clases se consideraban un fenómeno unitario, debido a la expansión intrínseca y la correlativa autorrestricción del desarrollo del capitalismo. Se pensaba que la explotación creciente de los obreros, así como la progresiva polarización de la sociedad entre

una pequeña minoría de explotadores y una vasta mayoría de explotados, acabaría por elevar la conciencia de clase de los trabajadores y así también su inclinación revolucionaria a la hora de destruir el sistema capitalista. Cabe señalar que las condiciones sociales existentes durante dicho periodo tampoco permitían prever ningún otro escenario, ya que el desarrollo del capitalismo industrial iba en paralelo al aumento de la miseria de las clases trabajadoras, así como a una notable agudización de la lucha de clases. Sin embargo, esta era simplemente una perspectiva provista por estas condiciones, que aún no revelaban la posibilidad de otro curso de los acontecimientos.

Aun cuando se ha visto interrumpido por periodos de crisis y recesión económica, el capitalismo ha sido capaz de sostenerse hasta hoy en día gracias a una continua expansión del capital, e igualmente ha sido capaz de alcanzar una mayor extensión geográfica mediante la aceleración del incremento de la productividad del trabajo. Ha demostrado que no solo es posible recuperar la rentabilidad que se pierde de forma temporal, sino incrementarla de forma suficiente como para poder continuar el proceso de acumulación, mejorando de manera simultánea las condiciones de vida de una gran parte de la población trabajadora. La exitosa expansión del capital y la mejora en las condiciones de vida de los trabajadores llevaron a que se cuestionara cada vez más la validez de las teorías abstractas de Marx acerca del desarrollo capitalista. La realidad empírica parecía contradecir, de hecho, las expectativas de Marx acerca del futuro del capitalismo. Incluso entre quienes sostuvieron la teoría marxista, esta dejó de estar vinculada con una práctica política ideológicamente dirigida al derrocamiento del capitalismo. El marxismo revolucionario se transformó en una teoría evolucionista que expresaba el deseo de superar el capitalismo mediante la aplicación de reformas constantes en las instituciones políticas y económicas. El revisionismo marxista, de forma abierta o encubierta, llevó a cabo un proceso de síntesis entre el marxismo y la ideología burguesa como corolario teórico de la integración práctica del movimiento obrero en la sociedad capitalista.

Lo expresado anteriormente no es, con todo, tan importante, ya que en todas las épocas el movimiento obrero organizado solo ha integrado a fracciones minoritarias de la clase obrera. La gran masa de los trabajadores termina por adaptarse a la ideología dominante de la burguesía —quedando así sujeta a las condiciones objetivas del capitalismo— y constituyendo una clase revolucionaria, si bien solo de forma potencial. Esta mayoría puede volverse revolucionaria cuando las circunstancias terminan por hacer desaparecer los obstáculos que se oponen a su toma de conciencia, ofreciendo de esta manera la posibilidad a la minoría consciente de convertir aquello que se muestra como una potencia en una realidad

mediante su ejemplo revolucionario. Sin embargo, esta función que cumplía el sector consciente de la clase obrera se fue perdiendo con su paulatina integración en el sistema capitalista. De esta forma, el marxismo se fue convirtiendo en una doctrina cada vez más ambigua, sirviendo a propósitos diferentes a los que estuvieron presentes en sus orígenes.

Todo esto ya es historia, en concreto la historia de la Segunda Internacional, cuya aparente orientación marxista no era más que una carcasa ideológica para su práctica contrarrevolucionaria. Esto tiene, sin embargo, poco que ver con una «traición» al marxismo; más bien es el resultado del rápido ascenso e incremento del poder del capitalismo, lo que provocó que el movimiento obrero tuviera que moverse a rebufo de las cambiantes condiciones de la producción capitalista. Como el derrocamiento del sistema parecía imposible, las modificaciones del capitalismo acabaron por determinar las transformaciones del movimiento obrero. En tanto movimiento reformista, este último formó parte de las sucesivas renovaciones del capitalismo, que estuvieron basadas en el incremento de la productividad del trabajo y la creciente competencia interimperialista entre capitales organizados de forma nacional. La lucha de clases se convirtió en colaboración de clases.

Bajo estas nuevas condiciones, el marxismo, que no fue ni completamente rechazado ni completamente reelaborado hasta convertirlo en su contrario, fue adoptando una forma puramente ideológica que no afectaba a la práctica procapitalista del movimiento obrero. En tanto tal, esta ideología podía coexistir con el resto de tendencias en competencia. El marxismo no representaba ya la conciencia del movimiento obrero dirigida a derrocar la sociedad existente sino una cosmovisión supuestamente basada en la ciencia social de la economía política. De esta forma, el marxismo se fue haciendo interesante para los sectores más críticos de la clase media, aliados de la clase obrera, pero que no formaban parte de la misma. Esta y no otra fue la concreción que tomó la división ya consumada entre la teoría marxista y la práctica real del movimiento obrero.

Por supuesto, es cierto que las ideas socialistas fueron sostenidas primero y principalmente —aunque no solo— por miembros de la clase media escandalizados por las condiciones inhumanas del capitalismo temprano. Fueron esas condiciones, no su nivel de inteligencia y análisis, lo que atrajo su atención hacia el cambio social y consiguientemente hacia la clase obrera. No resulta por eso sorprendente que las mejoras que experimentó el capitalismo al final del siglo hicieran mella sobre la percepción crítica que esta clase media tenía sobre el sistema, tanto más cuanto que la misma clase obrera había perdido gran parte de su fervor antagonista. El marxismo se convirtió en una cuestión de intelectuales y fue tomando una perspectiva académica. Al calor de estos cambios dejó de ser principalmente una forma de

acercamiento al movimiento obrero para convertirse en un problema científico sobre el que discutir. Las divergencias existentes sobre los distintos problemas planteados por el marxismo sirvieron, sin embargo, para mantener la ilusión del carácter marxiano del movimiento obrero, hasta que la irrupción de la realidad de la Primera Guerra Mundial disipó este engaño.

La Primera Guerra Mundial, que representó una enorme crisis de la producción capitalista, hizo renacer de forma temporal el radicalismo en el seno del movimiento obrero, así como de la clase obrera en su conjunto. En este sentido, anunció un retorno a la teoría y la práctica marxistas. Pero fue solo en Rusia donde esta vuelta de la agitación social fue capaz de derrocar al atrasado régimen capitalista y semifeudal zarista. Esta fue, no obstante, la primera ocasión en la que un régimen capitalista fue derrocado a través de la acción de la población oprimida y la determinación de un movimiento marxista. El cadáver en el que se había convertido el marxismo de la Segunda Internacional parecía preparado para ser sustituido por el marxismo vivo de la Tercera Internacional. Y como fue el partido bolchevique bajo el liderazgo de Lenin el que condujo a Rusia a la revolución social, fue también su particular interpretación del marxismo la que se convirtió en el marxismo de la nueva y «superior» etapa del capitalismo. Este marxismo ha sido justamente transformado en el «marxismo-leninismo» que ha dominado el mundo de la posguerra.

Este no es, sin embargo, el lugar en el que contar una vez más la historia de la Tercera Internacional y el tipo de marxismo que aupó. Esta historia está muy bien documentada en innumerables textos que culpan del colapso de este marxismo a Stalin, o volviendo más atrás, al propio Lenin. Los principales acontecimientos que llevaron a esta situación tuvieron lugar a partir del fracaso práctico de la revolución mundial y de cómo la Revolución rusa tuvo que realizarse como una revolución nacional atada a los límites de su realidad socioeconómica. Dentro de este aislamiento, la revolución no podía ser juzgada como una revolución socialista en el sentido marxiano, en tanto faltaban todas las condiciones previas para la transformación socialista de la sociedad —esto es, la hegemonía del proletariado industrial y un control del aparato productivo bajo control obrero, que fuese no solo capaz de acabar con la explotación, sino de llevar a la sociedad más allá de los límites de la sociedad capitalista—. Bajo esas circunstancias, el marxismo solo podía constituirse en una ideología capaz de sostener, aunque de forma contradictoria, el capitalismo de Estado. En otras palabras, lo que había tenido lugar con la Segunda Internacional, pasó también con su sucesora, la Tercera Internacional. Y es que al subordinar esta ideología a los intereses de la Rusia bolchevique, convertía el marxismo en una ideología funcional a una práctica no revolucionaria, que finalmente resultó contrarrevolucionaria.

A falta de un movimiento revolucionario, la Gran Depresión, que afectó a gran parte del mundo, no dio lugar a nuevas insurrecciones revolucionarias sino al fascismo y la Segunda Guerra Mundial. Esto significó el eclipse total del marxismo. Las consecuencias desastrosas de la guerra hicieron posible una nueva expansión del capitalismo a escala internacional. El capitalismo monopolista no solo salió más reforzado del conflicto, sino que también surgieron nuevos sistemas basados en el capitalismo de Estado a través de la liberación nacional o la conquista imperialista. Esta situación no trajo consigo una reemergencia del marxismo revolucionario sino una «guerra fría», esto es, la confrontación entre sistemas capitalistas diferenciados en su lucha continua por el control de esferas de interés y nuevas tasas de explotación. Por la parte de los defensores del capitalismo de Estado, este conflicto fue camuflado planteando un escenario donde existía un movimiento marxista que se oponía a la monopolización capitalista de la economía mundial, mientras que por su parte, el capitalismo basado en la propiedad privada no podía más que regocijarse al identificar a los Estados rivales basados en el capitalismo de Estado como marxistas o comunistas, más que dispuestos a destruir todo vestigio de libertad de la civilización al destruir la posibilidad de amasar capitales. Esta actitud sirvió para adherir firmemente la etiqueta de «marxismo» a la ideología del capitalismo de Estado.

Los cambios que se experimentaron a nivel mundial como consecuencia de los periodos de depresión económica y las guerras no llevaron así a una confrontación entre capitalismo y socialismo, sino a una división entre economías controladas en mayor o menor medida por el Estado, al igual que a un ensanchamiento de las diferencias entre las naciones subdesarrolladas y aquellas naciones capitalistas desarrolladas. Es cierto que esta división ha sido interpretada, por lo general, como las diferencias existentes entre países capitalistas, socialistas y del «Tercer Mundo», pero esto se trata de una simplificación de las diferencias más o menos complejas entre estos sistemas políticos y económicos. Por «socialismo» se entiende comúnmente una economía controlada por el Estado dentro del marco nacional, en la que la planificación reemplaza a la competencia. Ese tipo de sistema deja de ser capitalista en un sentido tradicional pero tampoco es una forma de organización socialista, en el sentido marxista de una asociación de productores libres e iguales. Al funcionar dentro de un mundo capitalista, y por ende imperialista, este sistema económico controlado por el Estado no puede evitar participar en la competencia general por el poder económico y político y, como el capitalismo, debe expandirse o contraerse. Un sistema tal debe fortalecerse en todos los aspectos, a fin de limitar la expansión del capital monopolista que, de otro modo, terminaría por destruir este «socialismo». La forma nacional que adoptan los autodenominados regímenes

socialistas o bajo control estatal las hace no solo estar en conflicto con el mundo capitalista tradicional, sino también entre ellos mismos, ya que deben priorizar sus intereses nacionales, así como los de la nueva y emergente clase dominante, cuya seguridad se basa en el Estado-nación. Esto lleva al espectáculo de un imperialismo «socialista», así como a la amenaza de guerra entre países nominalmente socialistas.

Dicha situación era inconcebible en 1917. El leninismo o, en términos de Stalin, «el marxismo en la era del imperialismo», esperaba que se produjera una revolución mundial de acuerdo con el modelo de la Revolución rusa. Igual que las distintas clases sociales se habían unido en Rusia para derribar la autocracia, a escala internacional, algunos de los países en distintos estadios de desarrollo podían luchar contra el enemigo común representado por el capitalismo imperialista monopolista. Y de la misma forma que en Rusia la clase obrera, bajo el liderazgo del partido bolchevique, había transformado la revolución burguesa en una revolución proletaria, la Internacional Comunista debía constituirse en el instrumento para transformar las luchas antiimperialistas en revoluciones socialistas. En esas condiciones, era concebible que las naciones menos desarrolladas pudieran eludir la fase de desarrollo capitalista para integrarse en el emergente mundo socialista. Basadas en el supuesto del triunfo de las revoluciones socialistas en los países capitalistas avanzados, esta teoría nunca pudo ser comprobada como verdadera o falsa, ya que las revoluciones esperadas nunca tuvieron lugar.

Lo que resulta de interés en este contexto son las inclinaciones revolucionarias del movimiento bolchevique antes y después de la toma del poder en Rusia. La revolución se hizo en nombre del marxismo revolucionario, al igual que el derrocamiento del sistema capitalista y la instauración de una dictadura que asegurase el avance hacia una sociedad sin clases. Incluso en esa fase, y no solo por las condiciones existentes en Rusia, las concepciones leninistas de la reconstrucción socialista se desviaban de las nociones del marxismo original, incluso cuando se basaban en los mismos fundamentos de la Segunda Internacional. Para esta última, el socialismo era concebido como una evolución inmediata del desarrollo del capitalismo. La concentración y la centralización del capital conllevaba la progresiva eliminación de la competencia, y con ello su naturaleza basada en la propiedad privada, hasta que un gobierno socialista, que emergiera de unas elecciones parlamentarias democráticas, transformase el monopolio capitalista en monopolio estatal y de este modo diese comienzo al socialismo por decreto gubernamental. Aunque para Lenin y los bolcheviques esto parecía una utopía irrealizable así como una excusa estúpida para abstenerse de cualquier tipo de actividad revolucionaria, ellos pensaban que la instauración del socialismo era un asunto gubernamental, que debía ser llevado a cabo

a través de la revolución. Los bolcheviques diferían de los socialdemócratas acerca de los medios para alcanzar un objetivo por lo demás común: la nacionalización del capital por parte del Estado y la centralización planificada de la economía.

Lenin estaba también de acuerdo con la visión filisteo y arrogante de Karl Kautsky de que la clase obrera por sí misma era incapaz de desarrollar la conciencia revolucionaria, la cual debía de ser introducida desde fuera por parte de la *intelligentsia* de clase media. La forma organizativa de esta idea pasaba por la forma de un partido revolucionario que actuara como vanguardia de los trabajadores y como presupuesto para el éxito de la revolución. Bajo esta perspectiva, si la clase obrera era incapaz de llevar a cabo su propia revolución, sería todavía menos capaz de construir una nueva sociedad, una tarea reservada al partido dirigente como poseedor del aparato del Estado. La dictadura del proletariado no era sino el partido organizado como Estado. Y como el Estado debía tener control sobre la totalidad de la sociedad, también debía controlar la acción de la clase revolucionaria, ejerciendo este control supuestamente a su favor. En la práctica, el resultado de esta práctica se convirtió en el control totalitario del poder por parte del gobierno bolchevique.

La nacionalización de los medios de producción y el dominio autoritario del gobierno por parte de los bolcheviques claramente diferenciaba al sistema socialista del capitalismo occidental. Sin embargo esto no alteró en absoluto las relaciones sociales de producción, ya que ambos sistemas se basaban en la separación de los medios de producción y el monopolio del poder político en manos del Estado. De esta forma, ya no era el capital privado, sino aquel bajo control estatal el que se oponía a la clase obrera, perpetuando la actividad productiva basada en el trabajo asalariado, a la vez que permitía la apropiación de plusvalía por parte del Estado. Aunque el sistema expropia el capital privado, no abole la relación capital-trabajo sobre la que se sostiene la moderna sociedad de clases. Bajo estas circunstancias, solo era cuestión de tiempo que resurgiera una nueva clase dominante, cuyos privilegios dependieran precisamente del mantenimiento y la reproducción del sistema capitalista basado en la producción y la distribución controladas por el Estado, en tanto única forma «realista» del socialismo marxista.

No obstante, el marxismo, en tanto que crítica de la economía política y lucha por una sociedad sin clases ni explotación, solo puede tener sentido bajo las relaciones de producción capitalistas. El fin del capitalismo implicaría por tanto el fin del marxismo. Para una sociedad socialista, el marxismo tendría el mismo significado que cualquier hecho del pasado. La propia descripción del «socialismo» como sistema marxista reniega de la autoproclamada naturaleza socialista del capitalismo de Estado. La

ideología marxista aquí solo funciona como un intento para justificar las nuevas relaciones de clase, planteadas como un requisito necesario para la construcción del socialismo y obtener, de este modo, la aquiescencia de las clases trabajadoras. De la misma forma que en el viejo capitalismo, los intereses particulares de la clase dominante se hacen pasar por el interés general de la sociedad.

Pese a todo lo descrito, el marxismo-leninismo fue en sus orígenes una doctrina revolucionaria que se proponía realizar sin ningún género de duda su particular visión del socialismo mediante medios directos y prácticos. Si bien este concepto no implicaba más que la formación de un sistema capitalista de Estado, esta era la forma en que, a principios de siglo, el socialismo era por lo general entendido. No es posible, por lo tanto, hablar de una «traición» bolchevique a los principios marxistas entonces dominantes. Antes al contrario, el bolchevismo fue capaz de llevar a cabo la transformación del capitalismo basado en la propiedad privada al capitalismo de Estado, que había sido declarado como objetivo de los marxistas revisionistas y reformistas. Estos últimos, sin embargo, habían perdido todo interés en actuar de acuerdo con sus aparentes convicciones, prefiriendo acomodarse al *statu quo* capitalista. Lo que los bolcheviques hicieron fue actualizar el programa de la Segunda Internacional por medio de la revolución.

Sin embargo, una vez en el poder, la estructura basada en el capitalismo de Estado de la Rusia bolchevique acabó por determinar su posterior desarrollo, en lo que hoy generalmente conocemos de manera peyorativa como «estalinismo». Que la Rusia bolchevique adoptase esta forma particular se explica por el atraso general de Rusia y el cerco capitalista al que se enfrentó, lo cual exigía, para poder hacerle frente, una completa centralización del poder, así como sacrificios inhumanos por parte de los trabajadores. Se decía que el bolchevismo, bajo condiciones como las que imperaban en las naciones capitalistas más desarrolladas y en el marco de unas relaciones internacionales más favorables, no habría recurrido a posturas tan drásticas como a las que tuvieron que ejercer en la construcción del primer país socialista. Aquellos que se mostraban menos favorables hacia este experimento de «puesta en práctica del socialismo» aseguraron que la dictadura del partido era un rasgo de la naturaleza «cuasi asiática» del bolchevismo, el cual no podría ser replicado en las naciones occidentales más avanzadas. En ese contexto se utilizaba el ejemplo ruso para dar una justificación a las políticas reformistas como única vía de mejora de las condiciones de la clase obrera en Occidente.

Sin embargo, los regímenes fascistas de Europa Occidental pronto se encargarían de demostrar que el control del Estado por parte de un partido único no era un rasgo particular del contexto ruso, sino algo aplicable a

cualquier sistema capitalista. El fascismo demostró que podía ser utilizado tanto para sostener las relaciones de producción existentes como para la transformación de estas en un capitalismo de Estado. Por supuesto el fascismo y el bolchevismo continuaban diferenciándose en sus estructuras económicas, pese a que a nivel político eran completamente indistinguibles. Sin embargo, la concentración del control político en las naciones capitalistas totalitarias implicaba una coordinación central de la actividad económica para poder cumplir con los objetivos específicos de las políticas fascistas, acercándose por tanto al sistema ruso. Para el fascismo esto no suponía un objetivo central, sino una medida temporal, análoga al «socialismo de guerra» aplicado durante la Primera Guerra Mundial. De cualquier modo, el fascismo fue el primer indicador de que el capitalismo occidental no era inmune a las tendencias que apuntaban hacia el capitalismo de Estado.

Hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial, con la inesperada y deseada consolidación del régimen bolchevique y la relativa coexistencia pacífica entre estos dos sistemas enfrentados, los intereses rusos requirieron de la ideología marxista no solo para sus propios fines internos, sino también de política exterior, logrando el apoyo del movimiento obrero internacional a la hora de defender la existencia de la nación rusa. Por supuesto, en esta defensa solo se vio envuelta una parte del movimiento obrero, la cual fue suficiente para poder romper con el frente antibolchevique impuesto por los viejos partidos socialistas y los sindicatos reformistas. Dado que esas organizaciones ya habían desechado su herencia marxista, la supuesta ortodoxia sostenida por los bolchevique se convirtió prácticamente en la totalidad de la teoría marxista, en tanto contra-ideología de todas las formas de antibolchevismo y todos los intentos de debilitar o destruir el Estado ruso. De manera simultánea, sin embargo, se llevaron a cabo iniciativas dirigidas a asegurar la coexistencia pacífica a través de concesiones a los adversarios capitalistas, y a demostrar las mutuas ventajas que podían ser alcanzadas mediante el comercio internacional y otras formas de cooperación. Esa política de dos caras solo sirvió al objetivo de preservar el Estado bolchevique, así como de asegurar los intereses nacionales rusos.

De esta forma, el marxismo fue reducido a un arma ideológica que simplemente servía para las necesidades de protección de un Estado y país particular. Sin perseguir ninguna aspiración revolucionaria internacional, la Internacional Comunista fue utilizada como un instrumento político que se limitaba a defender los intereses de la Rusia bolchevique. De forma creciente, sin embargo, estos intereses perseguían el mantenimiento del *statu quo* internacional, como forma de asegurar el sostenimiento del sistema ruso. Si el fracaso de la revolución mundial fue el primer factor que indujo a la política rusa de atrincheramiento, las políticas rusas de

defensa y seguridad pasaban por exigir la estabilidad mundial del capitalismo, un hecho en el que el régimen de Stalin puso verdadero ahínco. El crecimiento del fascismo y la creciente probabilidad de nuevas tentativas de buscar soluciones imperialistas a la crisis mundial pusieron en peligro no solo la coexistencia pacífica, sino también las condiciones internas de Rusia, las cuales exigían cierto grado de tranquilidad a escala mundial. En ese momento la propaganda marxista dejó de preocuparse de las diferencias entre socialismo y capitalismo para, bajo la forma del antifascismo, concentrar sus críticas y ataques contra la nueva forma de capitalismo que amenazaba con desencadenar una nueva guerra mundial. Este nuevo marco implicaba, por supuesto, la aceptación de las potencias capitalistas antifascistas como aliados potenciales, así como la defensa de la democracia burguesa contra los ataques de la derecha o la izquierda, tal y como ilustró la Guerra Civil española.

Incluso antes de esta tesitura histórica, el marxismo-leninismo ya había asumido la función meramente ideológica que caracterizaba al marxismo de la Segunda Internacional. Esta corriente política ya no estaba asociada con la acción práctica cuyo objetivo final pasaba por el derrocamiento del capitalismo, aunque solo fuera para llevar a cabo la realización del capitalismo de Estado disfrazado de socialismo. Ahora esta corriente se contentaba con su existencia dentro del sistema capitalista, de la misma manera que el movimiento socialdemócrata se había contentado con existir en una sociedad que se consideraba intocable. Este reparto de poder a escala internacional debía verse reflejado a escala nacional: fuera de Rusia, el marxismo-leninismo se convirtió así en un movimiento estrictamente reformista. En estas circunstancias, los fascistas quedaron como única fuerza capaz de aspirar al control total del Estado. Pero no se produjo ningún intento serio por cortar su ascenso al poder. El movimiento obrero, incluida su ala bolchevique, puso su confianza en los procesos democráticos tradicionales como forma de hacer frente a la creciente amenaza fascista. Esto implicó la total pasividad y la progresiva desmoralización del movimiento obrero, al tiempo que aseguró la victoria del fascismo como única fuerza dinámica capaz de operar dentro de la crisis mundial.

Por supuesto, la capitulación ante el fascismo no puede explicarse únicamente por el control ruso sobre el movimiento comunista internacional a través de la Tercera Internacional, sino también por la burocratización del movimiento, que concentró toda la capacidad de poder y decisión en manos de políticos profesionales que no compartían las condiciones sociales del proletariado pauperizado. Esta burocracia se encontraba en una posición «ideal» a la hora de expresar su oposición verbal al sistema, a la vez que obtenía todos los privilegios que la burguesía concede a sus ideólogos políticos. Estos políticos no tenían ninguna razón concluyente para

oponerse a las políticas de la Internacional Comunista, las cuales coincidían con sus necesidades inmediatas en tanto que líderes y representantes reconocidos de la clase obrera en una democracia burguesa. Por último, es la apatía general de los propios trabajadores, su falta de disposición para buscar una solución propia e independiente a la cuestión social, lo que explica este estado de cosas junto con su resultado fascista. Medio siglo de marxismo reformista bajo fuertes liderazgos, que se acentuaron con el marxismo-leninismo, generó un movimiento obrero incapaz de actuar de acuerdo con sus propios intereses; y por lo tanto incapaz de inspirar a la clase obrera en su conjunto para que intentase impedir el auge del fascismo y la guerra mediante la revolución proletaria.

Al igual que en 1914, el internacionalismo, y con ello el marxismo, quedó atrapado entre el nacionalismo y el imperialismo. Las políticas aplicadas se tomaron teniendo en cuenta las cambiantes alianzas entre las potencias imperialistas, lo que llevó a situaciones como el primer pacto entre Hitler y Stalin y después a la alianza antihitleriana entre la URSS y el resto de potencias democráticas. El final de las aspiraciones revolucionarias puramente verbales del marxismo encontró su simbolización tardía en la liquidación de la Tercera Internacional. El resultado de la guerra, predeterminado por su naturaleza imperialista, dividió el mundo entre dos grandes bloques que pronto volverían a enfrentarse por el control mundial. La naturaleza antifascista de la guerra implicó la restauración de regímenes democráticos en los países fascistas derrotados, así como el resurgimiento de los partidos políticos, incluidos los de orientación marxista. En el este, Rusia restauró sus dominios imperiales a la vez que incorporó nuevas esferas de influencia internacional y obtuvo jugosos botines de guerra. En el «Tercer Mundo», el derrumbe del sistema colonial hizo surgir toda una serie de naciones que adoptaron el sistema ruso o economías mixtas basadas en el modelo occidental. Surgió así una nueva forma de neocolonialismo, que sirvió para dominar a las naciones «liberadas» por medio de controles indirectos, pero mucho más eficaces, en pro de las grandes potencias. El surgimiento y auge de naciones basadas en el capitalismo de Estado fue por lo general interpretado como una expansión del marxismo a nivel global; y la reacción contra esta tendencia como una lucha contra un marxismo que amenazaba las (indefinidas) libertades del mundo capitalista. Ni que decir tiene que estas formas de marxismo y antimarxismo nada tenían que ver con la lucha entre capital y trabajo, que tanto Marx como el naciente movimiento obrero habían planteado.

De esta forma, el marxismo fue reducido a un movimiento de carácter regional más que internacional, como prueba su debilidad en los países anglosajones. El resurgimiento de los partidos marxistas durante la posguerra se dio principalmente en naciones que debieron hacer frente a

dificultades económicas, como Francia e Italia. La división y posterior ocupación de Alemania impidió la reorganización de un partido comunista de masas en su zona occidental. Por su parte, los partidos socialistas terminaron por repudiar su pasado y sus orígenes vinculados a las ideas marxistas para convertirse en partidos burgueses o del «pueblo» que defendían el capitalismo democrático. En la actualidad, los partidos comunistas continúan existiendo a lo largo y ancho del mundo, de manera legal o ilegal, pero su posibilidad de influir sobre los eventos políticos son más o menos nulas, tanto en este momento como en un previsible futuro. El marxismo como movimiento revolucionario de los trabajadores se encuentra en la actualidad en su fase histórica más baja.

Lo que quizás resulta más sorprendente es la respuesta capitalista sin precedentes al marxismo teórico. Este nuevo interés por el marxismo en general y la «economía marxista» en particular se circunscribe al mundo académico, que es el mundo de la clase media por excelencia. Existe una ingente cantidad de literatura marxista, la «marxistología» se ha convertido en una nueva profesión y hay escuelas «radicales» de economía, historia, filosofía, sociología, psicología, etc. Al final puede ser que esto no sea más que una moda intelectual pasajera, pero incluso aun cuando así fuera, este fenómeno es indicativo del presente estado de decadencia en el que se encuentra la sociedad capitalista, así como su total pérdida de confianza en el futuro. Si, en el pasado, la progresiva integración del movimiento obrero en el capitalismo implicó cambios en la doctrina socialista para poder adaptarse a un capitalismo todavía en auge, este proceso parece haberse revertido a través de los múltiples intentos por utilizar los hallazgos teóricos del marxismo con fines capitalistas. Los mutuos intentos de reconciliación y superación del antagonismo entre marxismo y teoría burguesa no son sino el reflejo de la crisis que atraviesan tanto el marxismo como la sociedad burguesa.

Aunque el marxismo presta atención a la sociedad en todos sus aspectos, se centra principalmente en las relaciones sociales de producción, en tanto fundamento de la totalidad capitalista. En concordancia con la concepción materialista de la historia, centra su atención en la economía y, con ello, en las condiciones sociales del desarrollo capitalista. Hace ya mucho que la concepción materialista de la historia ha sido plagiada por la ciencia social burguesa, aunque hasta hace bien poco su aplicación por parte del sistema capitalista fuera desconocida. Ha sido el propio desarrollo capitalista lo que ha forzado a la propia teoría económica burguesa a considerar las dinámicas del sistema capitalista, y por ello a emular de alguna forma la teoría marxista de la acumulación, así como sus consecuencias.

Debemos recordar que la transformación que el marxismo ha experimentado, de teoría revolucionaria a teoría evolucionista, giró —en el plano

teórico— alrededor de la pregunta de si la teoría de la acumulación marxista era también una teoría sobre el colapso del capitalismo. El ala reformista del movimiento obrero señalaba que no existía ninguna razón objetiva para el declive y la destrucción del sistema, mientras que la minoría revolucionaria mantuvo la convicción de que las contradicciones inmanentes al capitalismo conducirían a su final inevitable. Ya basaran esta convicción en las contradicciones existentes en la esfera de la producción o en la de la circulación, el ala izquierda del marxismo sostuvo la certeza de un eventual colapso del capitalismo, expresado en crisis cada vez más devastadoras, las cuales darían un empuje para la toma de conciencia del proletariado antes de derrocar al sistema mediante la acción revolucionaria.

El rechazo por parte de los reformistas a la existencia de unos límites objetivos al capitalismo hizo que estos centraran su atención en la distribución en lugar de en la producción; o en la esfera de las relaciones de mercado, que constituye la única preocupación de la teoría económica, en lugar de las relaciones sociales de producción. Las contradicciones del sistema fueron así interpretadas a partir de la relación entre oferta y demanda, las cuales atravesaban periodos de sobreproducción innecesarios debido a la falta de una demanda efectiva por los niveles salariales injustificablemente bajos. El problema económico quedó reducido al de la cuestión sobre una distribución más justa del producto social, lo que llevaría a la superación de las fricciones sociales existentes en el sistema. La postura que comenzó a defenderse es que, a efectos prácticos, la teoría económica burguesa era de mayor relevancia que la aproximación marxista, por lo que si el marxismo quería seguir teniendo un rol efectivo en la elaboración de políticas públicas debía acercarse a las nuevas teorías de los precios y los mercados.

Se decía ahora que existen leyes económicas que operan en todas las sociedades y que no son por tanto objeto de la crítica marxista. En este escenario, la crítica de la economía política tendría por objeto la crítica de las formas institucionales en las que se afirman estas leyes eternas. Cambiar el sistema no cambiaría las leyes de la economía. En línea con esta postura, se sostenía que aunque existen diferencias entre el acercamiento marxista y burgués a la economía, también existen similitudes que ambas partes debían reconocer y que el mantenimiento de la relación entre el capital y el trabajo, esto es, el sistema salarial, en las sociedades autoproclamadas socialistas, así como la acumulación de capital social y la aplicación del llamado sistema de incentivos que divide a la fuerza de trabajo entre diferentes categorías de ingresos, eran todas necesidades inalterables que las leyes económicas obligaban a cumplir. Además la aplicación de estas leyes debía llevarse a cabo utilizando los instrumentos analíticos de la economía burguesa, a fin de permitir una organización racional de la planificación económica socialista.

Este tipo de marxismo, «enriquecido» por los aportes de la teoría burguesa, encontró pronto su complemento en los intentos por modernizar la teoría económica burguesa. Esta teoría había entrado en crisis durante la Gran Depresión que sobrevino tras la Primera Guerra Mundial. La teoría del equilibrio del mercado se mostraba incapaz de explicar o justificar la prolongación de los periodos de recesión, por lo que fue perdiendo valor ideológico para la burguesía. De todos modos, la teoría neoclásica encontró una suerte de resurrección a través a su modificación keynesiana. Aunque se aceptaba que el supuesto mecanismo de equilibrio del sistema de mercado y de precios ya no era operativo, se afirmaba que podía hacerlo funcionar con un poco de ayuda del Estado. El desequilibrio provocado por la insuficiente demanda podía ser corregido mediante la producción para el «consumo público» inducida por el gobierno. Además, mediante la aplicación apropiada de políticas monetarias y fiscales este equilibrio podría sostenerse no solo bajo condiciones estáticas sino también de crecimiento económico. La economía de mercado, con la ayuda de la planificación gubernamental, podría superar la susceptibilidad del capitalismo a la crisis y a la recesión para permitir, en principio, un crecimiento continuo de la producción capitalista.

Recurrir al gobierno y a su intervención consciente sobre la economía, así como la atención prestada a las dinámicas del sistema, redujo la notable oposición existente entre la ideología del *laissez-faire* y la planificación económica. Este fenómeno se correspondía de forma paralela con la visible convergencia de los dos modelos, entre los cuales se producía una influencia mutua, en un proceso de síntesis y combinación de los elementos favorables existentes en ambos, para así quizás en un futuro poder superar las dificultades que atraviesa la producción capitalista. De hecho, el largo crecimiento económico sostenido tras la Segunda Guerra Mundial parecía albergar esta esperanza. No obstante y a pesar de la intervención estatal continua, a este periodo de expansión capitalista le ha sobrevenido una nueva crisis —y a la manera que siempre lo ha hecho—. La «puesta a punto» de la economía y el «tira y afloja» entre inflación y desempleo no previno un nuevo declive económico. La crisis y los medios diseñados para hacerle frente han demostrado ser igualmente perjudiciales para el capital. La crisis actual marca la bancarrota del neokeynesiano así como la Gran Depresión supuso el final de la teoría neoclásica.

Más allá del hecho de que la actual crisis ha llevado a un punto crítico el dilema de la teoría económica burguesa, su prolongado empobrecimiento, a través de su creciente formalización, hace que los académicos burgueses tengan que enfrentarse a serios quebraderos de cabeza. El actual cuestionamiento de casi todos los supuestos de la teoría neoclásica y sus herederos keynesianos ha llevado a algunos economistas —representados sobre todo por los llamados neorricardianos— a una vuelta a regañadientes

a la economía clásica. El mismo Marx es considerado un economista ricardiano y, en tanto tal, encuentra una creciente atención entre los economistas burgueses que intentan integrar «su trabajo pionero» dentro de su especialidad, la ciencia económica.

Sin embargo, el marxismo no significa más que la destrucción del capitalismo. Incluso como disciplina científica no tiene nada que ofrecer a la burguesía. Pese a todo, como alternativa a la desacreditada teoría social burguesa, el marxismo puede servir para proveer algunas ideas útiles para su rejuvenecimiento. Y es que, después de todo, uno siempre aprende de su enemigo. Además, en su forma aparentemente «realizada» en los «países socialistas», el marxismo pone sobre la mesa algunas soluciones prácticas que pueden resultar útiles para las economías mixtas, como por ejemplo una intervención todavía mayor de la regulación gubernamental. Las políticas de rentas y salarios, por ejemplo, se parecen cada vez más a los acuerdos análogos que existen en los sistemas económicos planificados. Por último, ante la ausencia de un movimiento revolucionario, la investigación llevada a cabo desde el marxismo académico no supone ningún riesgo, en tanto queda circunscrito al mundo de las ideas. Por extraño que parezca, la ausencia de movimientos revolucionarios en tiempos de turbulencia social convierte el marxismo en una mercancía y en un fenómeno cultural que atestigua la tolerancia y el respeto democrático de la sociedad burguesa.

En cualquier caso, la repentina popularidad de la teoría marxista no es sino el reflejo de la crisis, tanto económica como ideológica, del capitalismo. Esto afecta especialmente a los estratos responsables de la manufactura y distribución de las ideologías, esto es, a los intelectuales de clase media especializados en la teoría social. Esta clase, que se ve amenazada en su totalidad por el desarrollo capitalista y su visible decadencia social, busca alternativas sinceras a los dilemas sociales que también son los propios. Aunque los motivos que guían esta voluntad puedan ser oportunistas, aparecen necesariamente ligados a una actitud crítica respecto del sistema existente. En este sentido, el actual «renacimiento marxista» podría ser la antesala del retorno del marxismo como movimiento social teórico y práctico.

En la actualidad existen, no obstante, muy pocos signos de que vaya a producirse una reacción revolucionaria a la crisis capitalista. Si uno distingue entre la «izquierda objetiva» de la sociedad, esto es, el proletariado como tal, y la izquierda organizada, que no es estrictamente proletaria, solo podemos hablar de fuerzas revolucionarias capaces de desafiar el orden capitalista en Francia e Italia y eso concediéndoles dicha intención. Sin embargo, tanto los partidos comunistas como los sindicatos de estos países hace ya tiempo que se han convertido en partidos puramente reformistas, en línea con el sistema capitalista y dispuestos a defenderlo. El hecho mismo de que estas organizaciones tengan un gran seguimiento entre la

clase obrera es indicativo tanto de la incapacidad y falta de disposición de los trabajadores mismos para derrocar el sistema capitalista, como del deseo subyacente de esta clase por acomodarse dentro del mismo. Sus ilusiones sobre la reformabilidad del capitalismo sirven de apoyo para el oportunismo político de los partidos comunistas.

Apoyados en el contradictorio término de «eurocomunismo», estos partidos tratan de diferenciar su postura actual de las políticas pasadas — esto es, los partidos eurocomunistas quieren dejar claro que han dejado su tradicional aunque olvidada postura en favor del capitalismo de Estado por la defensa de la economía mixta y las democracias burguesas—. Esta es la contrapartida natural a la integración de los «países socialistas» en el mercado capitalista mundial. Es también una forma en la que estos partidos asumen mayores responsabilidades en los países capitalistas y en sus gobiernos, así como una promesa de no interrumpir los limitados grados de cooperación alcanzados por las potencias europeas. Esto no implica una ruptura radical con la parte del mundo donde impera el capitalismo de Estado, sino el reconocimiento de que esta parte no está interesada en un crecimiento de ese sistema mediante medios revolucionarios, sino en su propia seguridad en un mundo cada vez más inestable.

Mientras que las revoluciones socialistas son más que dudosas en esta fase del desarrollo, todas las actividades de la clase trabajadora en defensa de sus propios intereses poseen un carácter potencialmente revolucionario. En periodos marcados por una relativa estabilidad económica, la lucha de los trabajadores acelera la acumulación de capital, al forzar a la burguesía a adoptar formas más eficientes de incremento de la productividad del trabajo. Los salarios y las ganancias, como hemos mencionado, pueden subir a la vez sin entorpecer la expansión del capital. Una recesión implica, sin embargo, el final del crecimiento simultáneo, aunque desigual, de ganancias y salarios. Las ganancias del capital deben restablecerse antes de que el periodo de acumulación pueda reanudarse. La lucha entre capital y trabajo compromete ahora la propia existencia del sistema y su necesidad de continua expansión. Objetivamente, las luchas económicas por mayores salarios alcanzan una dimensión revolucionaria, ya que una clase solo puede triunfar a expensas de la otra.

Por supuesto, los trabajadores deben estar dispuestos a aceptar, dentro de unos límites, una parte menguante en el reparto del producto social, aunque solo sea para evitar la miseria de una confrontación abierta con la burguesía y el Estado. Y es que debido a que en experiencias previas la clase dominante ha estado alerta ante posibles tentativas revolucionarias, se ha armado y preparado en consecuencia. Pero el apoyo político de las grandes organizaciones obreras es igualmente necesario para prevenir insurrecciones sociales de amplia escala. Cuando una depresión económica prolongada

amenaza al sistema capitalista, resulta esencial que los partidos comunistas así como otras organizaciones reformistas ayuden a la burguesía a superar las condiciones de crisis. Estas instancias deben prevenir las actividades de la clase obrera que puedan retrasar la recuperación capitalista. Sus políticas oportunistas adquieren un carácter abiertamente contrarrevolucionario en cuanto el sistema se ve amenazado por demandas obreras que no pueden ser satisfechas en el marco de un capitalismo en crisis.

Aunque las economías mixtas no se vayan a transformar en sistemas de capitalismo de Estado por su propia voluntad y pese a que los partidos de izquierdas hayan renunciado por el momento a su objetivo de instaurar un sistema basado en la organización estatal planificada, la burguesía y sus aliados dentro del movimiento obrero no están a salvo de nuevos estallidos sociales lo suficientemente amplios como para hacerles perder su control político. Si dicha situación tiene lugar, la actual identificación del socialismo con el capitalismo de Estado y la recuperación de las viejas tácticas bolcheviques por parte de los partidos comunistas pronto redirigirá cualquier alzamiento espontáneo de los trabajadores dentro del redil del capitalismo de Estado. De la misma manera que la tradición socialdemócrata en los países de Europa Central previno que las revoluciones políticas de 1918 se convirtieran en revoluciones sociales, la tradición leninista puede jugar un papel parecido, previniendo la realización del socialismo en favor del capitalismo de Estado.

La introducción del capitalismo de Estado como resultado de la Segunda Guerra Mundial en naciones avanzadas desde la óptica del desarrollo económico demuestra que este sistema no se circunscribe a los países poco desarrollados, sino que es un modelo que quizás pueda tener una aplicación universal. Esta posibilidad no fue contemplada por Marx. Para él, el capitalismo sería reemplazado por el socialismo, no por un sistema híbrido que poseyese elementos de ambos modelos dentro de una relación de producción capitalista. El final de una economía basada en la competencia de mercado no tiene por qué significar el fin de la explotación, la cual puede proseguir en el marco de un sistema basado en la economía planificada. Esta situación históricamente nueva indica la posibilidad de un desarrollo caracterizado por el monopolio estatal sobre los medios de producción, no como un periodo de transición hacia el socialismo sino como una nueva forma de la producción capitalista.

Las acciones revolucionarias implican una ruptura general con el orden social que escapa del control de la clase dominante. Hasta ahora, dichas acciones solo han tenido lugar de forma paralela a catástrofes sociales como derrotas bélicas, con los descalabros financieros consiguientes. Esto no significa, en absoluto, que dichos acontecimientos presupongan ninguna precondition para la revolución, pero sí son indicadores de cierto grado

de extensión del malestar social necesario para la irrupción y el desencadenamiento de nuevas revueltas sociales. La revolución debe ser capaz de situar en estado de rebelión a la mayor parte de la población activa, algo que no se puede conseguir mediante el adoctrinamiento ideológico, sino como resultado de una necesidad real y concreta. Las acciones resultantes producen su propia conciencia revolucionaria, esto es, una comprensión de lo que debe hacerse para no ser destruido por el enemigo capitalista. Ahora bien, en el presente, el poder político y militar de la burguesía no se ve amenazado por ninguna división interna, al igual que los mecanismos para intervenir y manipular el ciclo económico todavía no se han visto agotados, por lo que a menos que se produzca un recrudecimiento de la competencia por los beneficios menguantes de la economía mundial, lo esperable es que las clases dominantes de todos los países se apoyen entre sí a la hora de reprimir todo movimiento revolucionario.

La enorme dificultad en el camino de la revolución social y la posterior reconstrucción de una sociedad comunista ha sido una variable claramente subestimada por parte del temprano movimiento marxista. Por supuesto, la capacidad de resiliencia y adaptación del capitalismo ante condiciones cambiantes no podía ser descubierta sin comenzar a intentar destruirlo. Debería quedar claro, no obstante, que las formas que adopta la lucha de clases durante el periodo de ascenso de la sociedad capitalista dejan de ser adecuadas en el momento de declive de esta forma social, en donde la única posibilidad pasa ya por su derrocamiento revolucionario. La existencia de naciones basadas en el capitalismo de Estado nos demuestra también que el socialismo no puede ser alcanzado con los medios que parecían suficientes en el pasado. De cualquier modo, esto no demuestra el fracaso del marxismo, sino el simple carácter ilusorio de sus muchas manifestaciones, que no son más que los reflejos de las ilusiones que ha generado el propio desarrollo del capitalismo.

Hoy como ayer, el análisis marxista de la producción capitalista y su peculiar y contradictoria evolución mediante la acumulación es la única teoría que ha sido empíricamente confirmada por el desarrollo capitalista. Para hablar del desarrollo capitalista debemos hablar en términos marxistas absolutos y es por ello que el marxismo no puede desaparecer mientras el capitalismo siga existiendo. Aunque modificadas en gran medida, las contradicciones de la producción capitalista persisten en los sistemas capitalistas de Estado. Como en el capitalismo toda relación económica es también una relación social, la continuación de las relaciones de clase trae consigo la persistencia de la lucha de clases, incluso si está adopta la forma única de un dominio autoritario. La inevitable y creciente integración de la economía mundial afecta a todas las naciones independientemente de su estructura socioeconómica particular y tiende a internacionalizar la lucha

de clases y, por lo tanto, a socavar los intentos de encontrar soluciones nacionales a los problemas sociales. Así, aun cuando toda la teoría marxista fuese suprimida o utilizada como una falsa conciencia en la que se apoya la práctica antimarxista, mientras prevalezca la explotación de clase, habrá una oposición marxista.

La historia, por supuesto, es hecha por las personas a través de la lucha de clases. El declive del capitalismo —visible en la continua concentración de capital y en la centralización del poder político, así como en el incremento de la anarquía del sistema a pesar y debido a los intentos de llevar a cabo una organización social más eficiente— podría acabar siendo un proceso muy prolongado. Y así será a menos que sea interrumpido por la acción revolucionaria del proletariado y todos aquellos incapaces de asegurar su propia existencia debido al deterioro de las condiciones sociales. Con todo, en este momento el futuro del marxismo permanece extremadamente vago. La ventaja con la que cuenta la clase dominante y sus herramientas represivas tienen que ser superadas por un poder todavía mayor que la clase trabajadora no es todavía capaz de generar. No resulta inconcebible que el alargamiento de la situación actual pueda llevar a un recrudescimiento todavía mayor de las condiciones de vida, donde el proletariado sea condenado a penas todavía mayores por su incapacidad de actuar de acuerdo con sus propios intereses. Más aún, no resulta descartable que la persistencia del capitalismo lleve a la destrucción de la sociedad. Debido a que el capitalismo sigue siendo susceptible a seguir sufriendo crisis catastróficas, las naciones, al igual que en el pasado, pueden recurrir a la guerra para sortear las dificultades a expensas de otras potencias capitalistas. Esta tendencia incluye también la posibilidad del desencadenamiento de una guerra nuclear, y como ocurre en la situación actual, la guerra se muestra como una posibilidad más clara que una revolución socialista internacional. Aunque las clases dominantes son plenamente conscientes de las consecuencias que tendría el desencadenamiento de un conflicto nuclear, solo son capaces de ponerle freno por medio del terror mutuo, esto es, por medio de la expansión de los arsenales nucleares. En la medida que estas potencias tienen un control muy limitado sobre sus propias economías, carecen a su vez de un control real sobre los asuntos políticos, y cualesquiera que sean las intenciones que puedan albergar para evitar la destrucción mutua, no afectan en gran medida a la probabilidad de que esta ocurra. Es esta terrible situación la que excluye la confianza propia del periodo anterior, en la certeza y el éxito de la revolución socialista.

Pero como el futuro no está escrito, incluso cuando aparece determinado por el pasado y por las condiciones existentes en la actualidad, los marxistas deben asumir que la posibilidad del socialismo no está cerrada y que todavía existe una posibilidad de derrocar al capitalismo antes de que este

se autodestruya. El socialismo aparece ahora no solo como la meta del movimiento obrero revolucionario sino como la única alternativa a la destrucción parcial o total del mundo. Esto requiere, por supuesto, de la emergencia de nuevos movimientos socialistas que reconozcan en las relaciones de producción capitalistas la base de la creciente miseria social y la amenaza de la caída en la barbarie. De todos modos, tras más de cien años de agitación socialista, esto puede parecer una esperanza infantil. Lo que una generación aprende, la siguiente lo olvida en un proceso guiado por fuerzas que escapan a nuestro control y comprensión. Las contradicciones que atraviesa el capitalismo, como un sistema basado en los intereses privados determinados por las necesidades sociales, no solo se reflejan desde el punto de vista capitalista sino también desde la conciencia del proletariado. Ambas clases reaccionan a los resultados de su propia actividad, como si esta se debiera a unas leyes naturales inalterables. Atrapados por el fetichismo de la producción de mercancías, ambos grupos perciben la historia desde un lugar limitado al modo de producción capitalista, como si este fuera la única forma de organización social posible a la que todos y cada uno de nosotros nos debemos ajustar. Desde el momento en el que esta errónea percepción sirve para asegurar la explotación del trabajo por parte del capital, los burgueses y los capitalistas han tratado de fomentarla como la ideología que guía la sociedad burguesa, adoctrinando al proletariado en esta cosmovisión.

Las condiciones de la producción social capitalista obligan al proletariado a aceptar la explotación como el único medio para asegurar su vida. Las necesidades más inmediatas de los trabajadores solo pueden ser satisfechas sometándose a estas condiciones y su reflejo en la ideología dominante. De manera general, la aceptación de uno de estos factores conlleva la asunción del otro, en tanto representación del mundo real, que no puede ser desafiada excepto por el suicidio. Escapar de la ideología burguesa no altera la posición en la que se encuentra el proletariado en la sociedad y en muchas ocasiones es un lujo que el trabajador no puede permitirse debido a su condición de subalternidad. No importa cuánto en el plano ideológico se autoemancipe un trabajador, a efectos prácticos debe seguir actuando como si siguiera bajo el embrujo de la ideología burguesa. Sus pensamientos y acciones se encontrarán por supuesto en discrepancia. Puede darse cuenta de que sus necesidades individuales solo pueden asegurarse por medio de acciones de clase colectivas, pero aun así se verá obligado a atender sus necesidades inmediatas como individuo. El doble carácter del capitalismo como productor social destinado a la apropiación en manos privadas se vuelve a mostrar en la ambigüedad de la posición del proletariado como individuo y a su vez miembro de una clase social.

Es esta situación, más que una supuesta incapacidad para trascender la ideología capitalista, lo que provoca que los trabajadores en su condición

individual sean reacios a expresar y actuar sobre la base de sus actitudes anticapitalistas, que complementan su posición social como trabajadores asalariados. Los proletarios son plenamente conscientes de su condición de clase, incluso si la ignoran o lo niegan, pero reconocen también el enorme poder que se dispone frente a ellos, el cual amenaza con su destrucción si se atreven a hacer frente abiertamente a las relaciones de clase del capital. Es por esta razón que el proletariado ha escogido la acción reformista en detrimento de la postura revolucionaria, cuando ha tratado de obtener alguna concesión por parte de la burguesía. Su falta de conciencia revolucionaria no expresa más que la actual relación de poder social, la cual, evidentemente no pueden ser cambiada a voluntad. Un cauto «realismo» —es decir, un reconocimiento del limitado rango de acciones que se pueden llevar a cabo— determina su pensamiento y su acción, encontrando su justificación en el amplio poder del capital.

A menos de que venga acompañado de una práctica revolucionaria de la mano de la clase trabajadora, el marxismo no es más que una comprensión teórica del capitalismo, y permanece siendo justamente eso. No es ya una teoría para la práctica, que intenta y es capaz de cambiar el mundo, sino que opera como una ideología en la anticipación de tal práctica. Su interpretación de la realidad, aun siendo correcta, no afecta de forma importante a las condiciones dadas de forma inmediata. Simplemente describe las condiciones reales en las que se encuentra el proletariado, dejando el cambio a las acciones futuras de los propios trabajadores. Sin embargo, las condiciones en las que se encuentra el proletariado hacen que estos queden sometidos al dominio del capital y a una oposición inútil o, a lo sumo, ideológica. Su lucha de clases, en un capitalismo en ascenso, fortalece a su adversario y debilita sus propias inclinaciones de oposición. El marxismo revolucionario no es por tanto una teoría de la lucha de clases como tal, sino una teoría de la lucha de clases bajo las condiciones de un capitalismo en declive. No puede operar efectivamente bajo las condiciones «normales» de producción capitalista, sino que tiene que esperar a que se derrumben. Solo cuando el cauto «realismo» de los trabajadores se convierte en descrédito y el reformismo en utopía —es decir, cuando la burguesía es ya solo capaz de mantenerse a sí misma a través del empeoramiento continuado de las condiciones de vida del proletariado—, pueden las revueltas espontáneas devenir en una acción revolucionaria lo suficientemente potente como para derrocar el régimen capitalista.

Hasta ahora, la historia del marxismo revolucionario ha sido la historia de sus derrotas, lo cual incluye sus aparentes triunfos que han culminado en la instauración de sistemas basados en el capitalismo de Estado. Resulta claro que el marxismo en sus comienzos no solo subestimó la capacidad de resiliencia del capitalismo, sino que también sobrestimó el poder de la

ideología marxista a la hora de influir sobre la conciencia del proletariado. El proceso histórico de transformación, a pesar de que ha venido acelerado por la dinámica capitalista, resulta extremadamente lento, sobre todo cuanto el elemento de comparación son las vidas de las personas. Pero esta historia de los fallos es también la historia de las ilusiones compartidas y la experiencia, si no del individuo, al menos de la clase. No existe razón alguna para concluir que el proletariado no puede aprender de sus experiencias. Dejando de lado estas consideraciones, las circunstancias actuales obligan a la clase obrera a buscar y encontrar la forma de poder asegurar su existencia fuera del capitalismo cuando esta ya no quede garantizada dentro del sistema. Aunque las particularidades que tendrá dicha situación no pueden establecerse de antemano, una cosa está clara, que la liberación por parte de los trabajadores de la dominación capitalista deberá ser obra de los trabajadores mismos, así como el socialismo solo podrá ser alcanzado a través de la abolición de la sociedad de clases y el final de las relaciones capitalistas de producción. Solo la realización de este objetivo será a la vez la verificación de la teoría marxista y el fin del marxismo.

